
JUNG CHANG
CIXÍ, LA EMPERATRIZ
LA CONCUBINA QUE
CREÓ LA CHINA MODERN
Lectulandia

La emperatriz viuda Cixí (1835-1908) es la mujer más importante en la historia de China. Gobernó China durante décadas y trajo un imperio medieval a la edad moderna.

A la edad de dieciséis años, en una selección a nivel nacional para las consortes reales, Cixí fue elegida como una de las numerosas concubinas del Emperador y sus parejas sexuales. Cuando murió en 1861, su hijo de cinco años de edad, le sucedió en el trono. Cixí lanzó de inmediato un golpe palaciego contra los regentes propuestos por su marido y tomó así el mando de China —detrás del trono, literalmente, con una pantalla de seda que la separaban de sus funcionarios que eran todos hombres.

En esta biografía revolucionaria, Jung Chang describe vívidamente cómo Cixí luchó contra los obstáculos monumentales para cambiar China. Bajo su regencia transformó un imperio medieval dándole los atributos de un Estado moderno: industria, ferrocarril, electricidad y un ejército provisto de lo último en armamento. Abolió castigos tan horribles como la «muerte por mil cortes», puso fin al tradicional vendado de pies y dio los primeros pasos hacia la liberación de la mujer, y se embarcó en el camino para introducir elecciones parlamentarias en China. Jung Chang anula íntegramente la visión convencional de Cixí como una reina déspota, conservadora, intransigente y cruel.

Cixí reinó durante tiempos extraordinarios y tuvo que hacer frente a una serie de grandes crisis nacionales: las rebeliones Taiping y Boxer, las guerras con Francia y Japón, y la invasión de las ocho potencias aliadas, incluyendo Gran Bretaña, Alemania, Rusia y Estados Unidos. Jung Chang no sólo registra la conducta de la emperatriz viuda en asuntos internos y externos, también lleva al lector a las profundidades de su espléndido Palacio de Verano y el harén de la Ciudad Prohibida de Beijing, donde vivía rodeada de eunucos —de uno de los cuales se enamoró, con consecuencias trágicas. Jung Chang describe con todo lujo de detalles un mundo, mezcla de tradición y modernidad, que hoy resulta casi increíble.

Apoyándose en fuentes hasta hoy desconocidas, en su mayoría chinas: documentos históricos como los registros judiciales, correspondencia privada, diarios y relatos de testigos presenciales, esta biografía va a revolucionar el pensamiento histórico existente sobre un período crucial en la historia de China —y también del mundo. Lleno de drama, de un ritmo ágil y apasionante, que es a la vez una panorámica representación del nacimiento de la China moderna y un retrato íntimo de una mujer: como la concubina de

un monarca, como el gobernante absoluto de un tercio de la población mundial, y como una mujer de estado única.

Lectulandia

Jung Chang

Cixí, la emperatriz

La concubina que creó la China moderna

ePub r1.0

Mangeloso 19.06.14

Título original: *Empress Dowager Cixi: the concubine who launched modern China*
Jung Chang, 2013
Traducción: María Luisa Rodríguez Tapia
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1

Para Jon

Sobre las fuentes

Este libro se apoya en documentos históricos, sobre todo chinos. Entre ellos hay decretos imperiales, expedientes judiciales, comunicaciones oficiales, correspondencia personal, diarios y relatos de testigos presenciales. La mayoría de ellos ha salido a la luz desde que murió Mao, en 1976, cuando los historiadores pudieron volver a trabajar con los archivos. Gracias a sus denodados esfuerzos, se han clasificado, estudiado y publicado un número inmenso de documentos, e incluso se han podido digitalizar algunos. Ha habido reediciones de antiguos materiales y estudios académicos. Como consecuencia, he tenido a mi alcance un fondo documental gigantesco, además de haber podido consultar los Primeros Archivos Históricos de China, principal guardián de todo lo relacionado con la emperatriz viuda Cixí, con 12 millones de documentos. La inmensa mayoría de las fuentes mencionadas no se ha visto ni utilizado jamás fuera del mundo de habla china.

Los contemporáneos occidentales de la emperatriz viuda dejaron valiosos diarios, cartas y memorias. El diario de la reina Victoria, Hansard y los abundantes intercambios diplomáticos internacionales son valiosas minas de información. Los Archivos de la Freer Gallery of Art y la Arthur M. Sackler Gallery, en Washington D. C., son los únicos lugares que poseen negativos originales de las fotografías de Cixí.

Nota de la autora

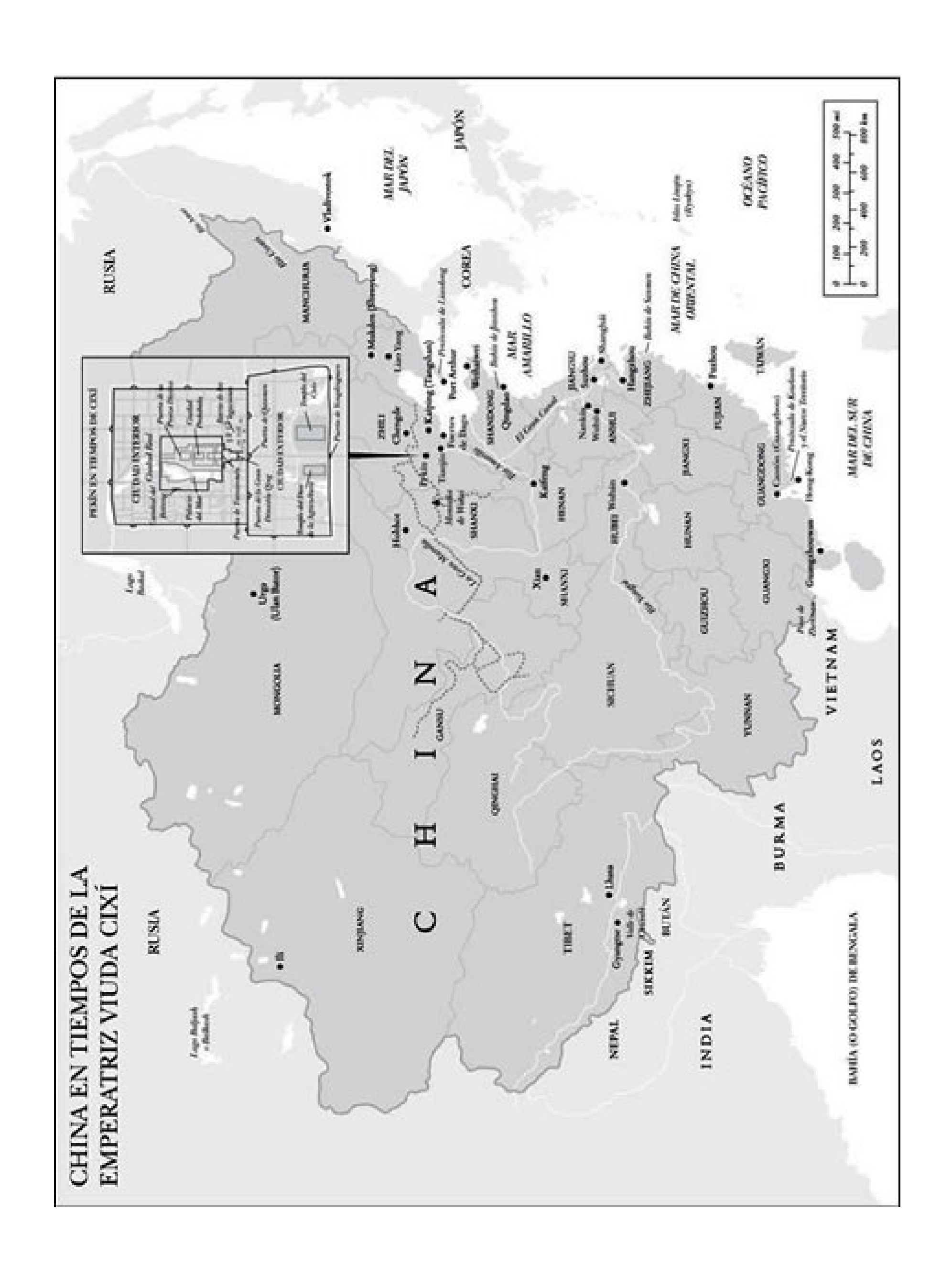
La moneda de China en esa época era el tael. Un tael pesaba alrededor de 38 gramos y valía aproximadamente un tercio de una libra esterlina (1 libra = 3 taeles).

En los nombres chinos (y japoneses) se menciona primero el apellido, salvo en el caso de algunas personas que prefirieron cambiar el orden.

He recurrido al sistema de pinyin solo cuando hacía falta una transliteración, de modo que aparecen también nombres chinos en los que este sistema no se emplea, como Cantón y la Universidad de Tsinghua.

Las fechas y las edades de las personas se ofrecen con arreglo al sistema occidental (que es el que se usa hoy en China). Si hay alguna excepción, está señalada.

En la «Bibliografía», las fechas de publicación son las de las ediciones que ha consultado la autora. Por eso puede haber libros muy antiguos que aparecen con fechas de publicación recientes.


CHINA EN TIEMPOS DE LA
EMPERATRIZ VIUDA CIXÍ
PEKÍN EN TIEMPOS DE CIXÍ
CIUDAD INTERIOR
CIUDAD EXTERIOR
RUSIA
MONGOLIA
Urga
(Ulan Bator)
XINJIANG
C H I N A
GANSU
QINGHAI
TIBET
Lhasa
NEPAL
SIKKIM
BUTÁN
INDIA
BURMA
BAHÍA (O GOLFO) DE BENGALA
LAOS
VIETNAM
YUNNAN
GUANGXI
GUIZHOU
SICHUAN
SHANXI
Xian
HUNAN
HUBEI
HENAN
Kaifeng
SHANXI
Hohhot
ZHILI
Chengde
Pekín
Tianjin
Kaiping (Tangshan)
Port Arthur
Weihaiwei
SHANDONG
Qingdao
MAR
AMARILLO
JIANGSU
Suzhou
Shanghái
ANHUI
Hangzhou
ZHEJIANG
JIANGXI
FUJIAN
Fuzhou
GUANGDONG
Guangzhouwan
Hong Kong
TAIWÁN
MANCHURIA
Mukden (Shenyang)
Liao Yang
Vladivostok
COREA
MAR DEL
JAPÓN
JAPÓN
MAR DE CHINA
ORIENTAL
OCÉANO
PACÍFICO
MAR DEL SUR
DE CHINA
0 100 200 300 400 500 mi
0 200 400 600 800 km

Primera parte

La concubina imperial en años turbulentos (1835-1861)

1
Concubina de un emperador (1835-1856)

En la primavera de 1852, en una de las selecciones periódicas que se hacían en toda la nación en busca de consortes imperiales, una niña de 16 años llamó la atención del emperador, que la escogió como concubina. El emperador chino tenía derecho a contar con una emperatriz y todas las concubinas que quisiera. En el registro judicial se la inscribió simplemente como «la mujer de la familia Nala»[1], sin nombre propio. Los nombres femeninos se consideraban demasiado insignificantes para ser anotados. Sin embargo, diez años después, esa niña, cuyo nombre tal vez no se conozca jamás(1), había logrado abrirse camino hasta gobernar China, y durante decenios —hasta su muerte, en 1908— tendría en sus manos el destino de casi un tercio de la población mundial. Era la emperatriz viuda Cixí (que también se escribe Tzu Hsi), un nombre honorífico que significa «bondadosa y alegre».

Procedía de una de las familias manchúes más antiguas e ilustres. Los manchúes eran un pueblo originario de Manchuria, al otro lado de la Gran Muralla, en el nordeste. En 1644, en China, la dinastía Ming fue derrocada por una rebelión campesina, y el último emperador Ming se ahorcó de un árbol en el jardín posterior de su palacio. Los manchúes aprovecharon la oportunidad para entrar por la Gran Muralla. Derrotaron a los rebeldes, ocuparon toda China y establecieron una nueva dinastía llamada Gran Qing, la «gran pureza». Después de adueñarse de la capital Ming, Pekín, los manchúes, victoriosos, construyeron un imperio que acabaría siendo tres veces mayor que el de los Ming, con un territorio que en su apogeo abarcó 13 millones de kilómetros cuadrados; hoy China tiene 9,6 millones.

Los conquistadores manchúes, mucho menos numerosos que los nativos de China —los han— en una proporción aproximada de 100 a 1, impusieron su dominio empleando medios brutales. Obligaron a los hombres han a adoptar el peinado de los vencedores como máximo símbolo de sumisión. Los han solían dejarse el cabello largo y peinarlo en un moño, mientras que los manchúes se afeitaban un anillo exterior y dejaban crecer la parte central, que sujetaban en una larga cola de caballo. Cualquiera que se negara a llevarla era ejecutado de forma sumarísima. En la capital, los conquistadores expulsaron a los han de la Ciudad Interior a la Exterior, y construyeron muros y puertas para separar a los dos grupos étnicos(2). La represión se suavizó con los años, y los han acabaron teniendo una vida no peor que la de los manchúes. La animosidad étnica disminuyó, si bien los mejores trabajos siempre estuvieron reservados para los manchúes. Los matrimonios mixtos estaban prohibidos, y eso, en una sociedad centrada en la familia, significaba una escasa relación social entre los dos grupos. Sin embargo, los manchúes adoptaron muchos elementos de la cultura y el sistema político de los han, y la administración del

imperio, que se extendía hasta todos los rincones del país como un pulpo gigantesco, estaba mayoritariamente en manos de funcionarios han, escogidos de entre los más cultos por los Exámenes Imperiales tradicionales, cuya base eran los clásicos de Confucio. Los propios emperadores manchúes se educaban en el confucianismo, y algunos de ellos llegaron a ser especialistas más importantes que los mayores estudiosos han. En resumen, los manchúes se consideraban chinos y, al hablar de su imperio, lo llamaban «chino», «China» o «Qing».

La familia gobernante, los Aisin-Gioros, produjo una sucesión de emperadores preparados y trabajadores que eran monarcas absolutos y tomaban todas las decisiones importantes en persona. Ni siquiera disponían de un primer ministro, sino solo de un equipo de ayudantes, el Gran Consejo. Los emperadores se levantaban al amanecer para leer informes, celebrar reuniones, recibir a funcionarios y emitir decretos. Estudiaban los informes de toda China en cuanto llegaban, y no era frecuente que se tardara más de unos cuantos días en resolver los asuntos. La sede del trono era la Ciudad Prohibida, quizá el mayor palacio imperial del mundo, un complejo rectangular que abarcaba un área de 720.000 metros cuadrados, con un foso de dimensiones proporcionales. Estaba rodeada por un majestuoso muro de unos diez metros de alto y casi nueve metros de grueso en la base, con una magnífica puerta en cada lado y una espléndida torre de vigilancia en cada esquina. Casi todos los edificios del complejo tenían azulejos esmaltados en un tono de amarillo reservado para la corte. Cuando lucía el sol, los grandes tejados eran una llamarada de color oro.

Un barrio al oeste de la Ciudad Prohibida era el núcleo donde se recibía el carbón que se transportaba a la capital. Llevado desde las minas al oeste de Pekín, llegaba en caravanas de mulas y camellos adornados con campanillas. Se decía que entraban en Pekín alrededor de 5.000 camellos cada día. Las caravanas hacían una pausa en ese barrio, y los guardias compraban en tiendas cuyos nombres aparecían bordados en pancartas llenas de colorido o estampados en oro sobre placas lacadas. Las calles no estaban asfaltadas, y la tierra, blanda y polvorienta en tiempo seco, se convertía en un río de fango después de un aguacero. Había un hedor constante procedente de un sistema de alcantarillado tan anticuado como la propia ciudad. Los desechos se arrojaban en las cunetas, sin más, donde quedaban a disposición de los perros y las aves carroñeras. Después de comer, grandes cantidades de buitres y cuervos volaban hasta la Ciudad Prohibida y se posaban en sus tejados dorados, ennegreciéndolos.

Lejos del bullicio se encontraba un entramado de callejones estrechos y tranquilos denominados *hu-tong*. Allí es donde, el décimo día del décimo mes lunar de 1835, nació la futura emperatriz viuda de China, Cixí. En esa zona, las casas eran espaciosas, con patios pulcros, minuciosamente limpios y ordenados, en intenso contraste con las calles sucias y caóticas. Las habitaciones principales disponían de

puertas y ventanas orientadas al sur para absorber el sol, mientras que el lado norte estaba amurallado para protegerse de las tormentas de arena que barrían con frecuencia la ciudad. Los tejados estaban cubiertos de tejas grises. Los colores de los tejados seguían un código estricto: amarillo para los palacios reales, verde para los príncipes y gris para todos los demás.

La familia de Cixí llevaba generaciones trabajando para el Gobierno[2]. Su padre, Huizheng, fue secretario y después jefe de sección del Ministerio de Funcionarios[3]. La familia vivía bien; tuvo una niñez despreocupada. Como era manchú, no tuvo que vendarse los pies, una costumbre han que torturó a sus mujeres durante un milenio y que consistía en machacar los pies de las niñas con vendajes muy apretados para impedir que crecieran demasiado. Los manchúes sí compartían la mayoría de las demás costumbres de los han, como la separación entre hombres y mujeres. Al pertenecer a una familia instruida, Cixí aprendió a leer y escribir algo de chino, a dibujar, a jugar al ajedrez, a bordar y confeccionar vestidos…, todo lo que se consideraba deseable en una joven. Era una alumna despierta y enérgica y desarrolló una amplia variedad de intereses. En años posteriores, cuando la emperatriz viuda tuviera el deber ceremonial, en determinada fecha, de cortar el patrón para hacerse un vestido —como símbolo de feminidad—, desempeñaría la tarea con una competencia enorme.

Su educación no incluyó aprender la lengua manchú, que nunca habló ni escribió (cuando gobernaba China, tuvo que dictar una orden para que los informes escritos en manchú se tradujeran al chino antes de enseñárselos)[4]. Después de estar inmersos en la cultura china desde hacía 200 años, la mayoría de los manchúes no hablaba su lengua original, pese a que era la lengua oficial de la dinastía y varios emperadores habían intentado preservarla. El conocimiento que tenía Cixí del chino escrito era rudimentario, y se puede decir que era «semianalfabeta». Pero eso no significa que no fuera inteligente. La lengua china es increíblemente difícil. Es el único gran sistema lingüístico del mundo que no tiene alfabeto, y está compuesto por numerosos caracteres muy complicados —ideogramas— que es necesario memorizar uno a uno y que, además, no guardan relación alguna con los sonidos. En tiempos de Cixí, los textos escritos estaban completamente separados de la forma hablada, de modo que una persona no podía limitarse a escribir lo que decía o lo que pensaba. Por lo tanto, para considerarse «instruidos», los alumnos debían pasar aproximadamente diez años, en su etapa formativa, absorbiendo las obras clásicas de Confucio, de variedad y estilo muy limitados. Menos del uno por ciento de la población sabía leer o escribir mínimamente.

Cixí compensaba su falta de educación académica con su inteligencia intuitiva, que le gustó emplear desde muy joven. En 1843, cuando tenía siete años, el imperio acababa de terminar su primera guerra contra Occidente, la Guerra del Opio, desatada

por Gran Bretaña en respuesta a las medidas de Pekín contra el tráfico ilegal de opio que llevaban a cabo mercaderes británicos. China fue derrotada y tuvo que pagar una cuantiosa indemnización. Desesperado por obtener fondos, el emperador Daoguang (padre del futuro marido de Cixí) retuvo los tradicionales regalos para las novias de sus hijos —collares de oro con corales y perlas— y prohibió que se celebraran grandes banquetes para celebrar sus nupcias. Las festividades de Año Nuevo y los cumpleaños se moderaron e incluso se anularon, y las concubinas reales menos importantes tuvieron que completar sus limitadas asignaciones con la venta de sus bordados en el mercado por medio de los eunucos. El propio emperador hacía inspecciones sorpresa de los armarios de sus concubinas para comprobar si escondían ropas extravagantes en contra de lo que él había ordenado[5]. Como parte de un decidido empeño por acabar con los robos a manos de funcionarios, se emprendió una investigación de las arcas del Estado que reveló que habían desaparecido más de nueve millones de taeles de plata. Furioso, el emperador ordenó que todos los custodios e inspectores de las reservas de plata durante los 44 años anteriores pagaran unas multas para compensar la pérdida, fueran o no culpables. El bisabuelo de Cixí había sido uno de los custodios, y se le asignó una multa de 43.200 taeles, una suma gigantesca, al lado de la cual su sueldo de funcionario había sido una minucia. Dado que había fallecido hacía mucho tiempo, su hijo, el abuelo de Cixí, tuvo que pagar la mitad de esa suma, a pesar de que trabajaba en el Ministerio de Castigos y no tenía nada que ver con el Tesoro. Después de tres años de inútiles esfuerzos para recaudar el dinero, no consiguió entregar más que 1.800 taeles, y un edicto del emperador le mandó a prisión, donde permaneció hasta que su hijo, el padre de Cixí, pudo pagar el resto[6].

La vida familiar sufrió un vuelco. Cixí, que tenía 11 años, tuvo que trabajar como costurera para ganar dinero extra, algo que recordaría toda su vida y de lo que hablaría más tarde con sus damas de compañía en la corte. Como era la mayor de cinco hijos, dos niñas y tres niños, su padre le explicó la situación, y ella supo estar a la altura. Sus ideas eran muy pensadas y prácticas: qué posesiones vender, qué objetos de valor empeñar, a quién pedir préstamos y cómo pedírselos. Al final, la familia reunió el 60 por ciento de la suma, suficiente para sacar a su abuelo de la cárcel. La ayuda de la joven Cixí para resolver el problema se convirtió en una historia legendaria en la familia, y su padre le hizo el máximo elogio posible: «¡Esta hija mía parece más un hijo!».

Al ser tratada como un hijo, Cixí podía hablar con su padre de cosas que solían estar fuera del alcance de las mujeres. Era inevitable que sus conversaciones se refirieran a asuntos oficiales y de Estado, lo cual inspiró en Cixí un interés que duró toda su vida. El hecho de que su padre la consultara e hiciera caso de sus opiniones le permitió adquirir confianza en sí misma y no aceptar jamás la idea habitual de que el

cerebro de la mujer era inferior al del hombre. Aquella crisis contribuyó también a inspirar su futuro método de gobierno. Después de probar la amargura del castigo arbitrario, en el futuro se esforzaría en ser justa con sus funcionarios.

Como el padre de Cixí, Huizheng, había recaudado una suma considerable de dinero para pagar la multa, en 1849 el emperador le recompensó nombrándole gobernador de una vasta región de Mongolia. Ese verano fue allí con su familia y se estableció en Hohhot, en la actualidad la capital de la región de Mongolia Interior. Por primera vez, Cixí salió de la abigarrada Pekín, atravesó la semirruinosa Gran Muralla y recorrió una carretera pedregosa que llevaba hasta las estepas mongolas, donde las praderas ininterrumpidas se extendían hasta un horizonte muy lejano. Durante toda su vida, Cixí sentiría pasión por el aire fresco y los espacios ilimitados.

En su nuevo puesto de gobernador, el padre de Cixí era responsable de recaudar los impuestos y, siguiendo una inveterada costumbre, exprimía a la población local para compensar las pérdidas familiares. Se daba por descontado que debía hacerlo. Estaba previsto que los funcionarios, que estaban mal remunerados, completaran sus ingresos con todos los extras que pudieran arrancar —«dentro de lo razonable»— a la población. Cixí creció sabiendo que este tipo de corrupción era una forma de vida.

En febrero de 1850, meses después de que la familia se asentara en Mongolia, el emperador Daoguang murió, y le sucedió su hijo, el emperador Xianfeng. El nuevo emperador, de 19 años, había nacido de forma prematura y siempre tuvo mala salud. Tenía un rostro delgado y ojos melancólicos, además de una cojera, consecuencia de una caída del caballo en una de las partidas de caza que eran obligatorias para los príncipes. Como el emperador recibía el nombre de «Dragón», los chismosos de Pekín le apodaron El Dragón Cojo[7].

Después de su coronación se emprendió una campaña de búsqueda de cónyuges para él en todo el imperio (tenía ya una consorte, una concubina). Las candidatas, adolescentes, debían ser manchúes o mongolas; las han estaban excluidas. Sus familias debían ser de cierta categoría y estaban obligadas por ley a inscribirlas en cuanto llegaban a la pubertad.

Cixí estaba en la lista y durante esos días, como otras jóvenes de toda China, viajó a Pekín. Se instaló en la vieja casa familiar y esperó el momento en el que todas las candidatas debían desfilar delante del emperador. Después de que escogiera, regalarían algunas chicas a los príncipes y otros miembros de la familia real para que fueran sus consortes. Las que no fueran escogidas podrían volver a casa y casarse con otra persona. La inspección estaba prevista en la Ciudad Prohibida para marzo de 1852[8].

El procedimiento para realizar el examen se había transmitido de generación en

generación. En la víspera de la fecha fijada, las candidatas llegaban al palacio en carros tirados por mulas —los «taxis» de la época— contratados por las familias y pagados por la corte. Los carros eran una especie de baúl con dos ruedas, cubiertos de bambú o ratán tejido, empapado en aceite de tung para impermeabilizarlo contra la lluvia y la nieve. Por encima llevaban cortinas de color azul brillante y, en el interior, colchones y cojines de fieltro y algodón. Esos carros eran el medio de transporte habitual incluso para las familias de los príncipes, aunque en esos casos el interior estaba forrado de piel o raso, según la estación, y el exterior mostraba los símbolos del rango de su propietario. Años después, al ver uno de esos vehículos que pasaba en silencio y desaparecía en la oscuridad, Somerset Maugham reflexionó:

Uno se pregunta quién es ese que va dentro, sentado con las piernas cruzadas. Tal vez es un sabio… que se dirige a visitar a un amigo con quien va a intercambiar elaborados cumplidos y a hablar de la época dorada de Tang y Sung, que no puede volver; tal vez es una joven cantante, cubierta de espléndida seda y un abrigo con ricos bordados, con jade en el cabello negro, invitada a una fiesta para que cante una cancioncilla y tenga conversaciones elegantes con jóvenes cultos y capaces de valorar el ingenio[9].

El carro que, según Maugham, parecía llevar «todo el misterio de Oriente», era increíblemente incómodo, porque sus ruedas de madera iban fijadas con alambre y clavos, sin ningún muelle. El ocupante iba dando tumbos por los caminos de tierra y piedras, golpeándose contra las paredes. Era especialmente engorroso para los europeos, que no estaban acostumbrados a sentarse sin asiento con las piernas cruzadas. El abuelo de las hermanas Mitford, Algernon Freeman-Mitford, que pronto sería agregado en la legación británica de Pekín, observó: «Después de diez horas en un carro chino, un hombre sirve para poco más que para ser vendido en una tienda de un ropavejero»[10].

Con paso tranquilo, los carros de las candidatas convergieron ante la puerta posterior de la Ciudad Real, el recinto que rodeaba la Ciudad Prohibida. Dado que esta última era enorme, la zona exterior, gigantesca, estaba rodeada también por unos anchos muros de color rojo, bajo tejas esmaltadas del mismo color amarillo real. En ella se albergaban templos, despachos, almacenes y talleres, con caballos, camellos y asnos que iban y venían prestando servicios a la corte. Aquel día, al atardecer, todas las actividades se detuvieron y se dejó espacio para que pasaran los carros que transportaban a las candidatas, que entraron en la Ciudad Real en un orden fijado previamente. Después de pasar por la colina artificial de Jingshan y cruzar el foso, llegaron ante la puerta norte de la Ciudad Prohibida, la Puerta de la Proeza Divina, coronada por un imponente y adornado tejado de dos niveles.

Era la entrada posterior de la Ciudad Prohibida. La puerta delantera, que daba al

sur, estaba reservada a los hombres. En realidad, lo estaba toda la parte delantera, que era la principal. Construida para las ceremonias oficiales, estaba formada por unos salones grandiosos y unos jardines con suelo de piedra inmensos y vacíos, y con una ausencia de lo más llamativa: las plantas. No había prácticamente vegetación. Era una decisión deliberada, porque se pensaba que las plantas transmitían una idea de suavidad que podía disminuir el sobrecogimiento que debía inspirar el emperador, el Hijo del Cielo, de un «Cielo» que constituía el dios supremo, místico y amorfo, al que adoraban los chinos. Las mujeres tenían que permanecer en el corazón de la parte posterior de la Ciudad Prohibida, el *hou-gong*, o harén, en el que no se permitía la entrada de ningún hombre más que el emperador y los eunucos, que eran muchos centenares.

Las aspirantes a formar parte del harén se detuvieron ante la puerta posterior para pasar allí la noche. Bajo las torres de la entrada, los carros se estacionaron en un enorme terreno pavimentado mientras anochecía, iluminados por unas linternas que proyectaban tenues círculos de luz. Las candidatas iban a dormir recogidas en sus carros, a la espera de que abrieran la puerta al alba. Entonces saldrían y, dirigidas por los eunucos, caminarían hasta el salón, donde las examinaría el emperador. De pie ante Su Majestad, varias en fila, estaban exentas de tener que hacer la obligatoria reverencia: arrodillarse y colocar la frente en el suelo. El emperador necesitaba verlas con claridad.

Aparte del apellido familiar, un criterio clave era el «carácter». Las candidatas debían demostrar dignidad y educación, elegancia además de amabilidad y modestia, y debían saber comportarse en la corte. El aspecto era secundario, pero tenía que ser agradable. Para mostrarse tal como eran, las candidatas no podían llevar ropa con mucho colorido: los vestidos debían ser sencillos, con un simple bordado en los dobladillos. Los vestidos manchúes solían estar muy decorados. Colgaban de los hombros hasta el suelo y quedaban mejor si se llevaban con la espalda recta. Los zapatos de las mujeres manchúes, delicadamente bordados, tenían un tacón en el centro de la suela, de incluso hasta 14 centímetros de alto, que las obligaba a estar muy erguidas. Sobre el cabello llevaban un tocado con una forma entre una corona y una torre de vigilancia, decorado con joyas y flores cuando la ocasión lo exigía. En esos casos, hacía falta mantener el cuello tieso para sostenerlo.

Cixí no era una gran belleza, pero tenía aplomo. Aunque era baja, ligeramente por encima del metro y medio, parecía mucho más alta gracias al vestido, los zapatos y el tocado. Se sentaba recta y se movía con elegancia, incluso cuando caminaba deprisa, sobre lo que algunos llamaban «zancos». Tenía la suerte de contar con una piel magnífica y unas manos delicadas, que, incluso en la vejez, siguieron siendo tan suaves como las de una niña. La artista estadounidense que la pintó años después, Katharine Carl, describía así sus rasgos: «Una nariz alta […] un labio superior de

gran firmeza, una boca grande pero bella con labios rojos y ágiles que, cuando se abrían y mostraban sus dientes blancos y sólidos, otorgaban un encanto especial a su sonrisa; una barbilla enérgica, pero no demasiado, y sin señales de obstinación»[11]. Su rasgo más llamativo eran sus ojos, brillantes y expresivos, como observaron muchos. En años posteriores, durante las audiencias, dirigía su mirada más persuasiva a los funcionarios cuando, de pronto, sus ojos relucían con temible autoridad. El futuro primer presidente de China, el general Yuan Shikai, que había trabajado a su servicio y tenía reputación de fiero, confesó que lo único que le perturbaba era la mirada de Cixí: «No sé por qué, pero empezaba a sudar. Me ponía muy nervioso»[12].

Aquel día, sus ojos transmitieron los mensajes adecuados, y el emperador Xianfeng se dio cuenta. Indicó su preferencia, y los funcionarios de la corte retuvieron la tarjeta de identificación de la joven. Al quedar entre las seleccionadas, se vio sometida a más pruebas y pasó una noche en la Ciudad Prohibida. Al final resultó escogida, junto a otras jóvenes, de entre cientos de candidatas. No hay duda de que aquel era el futuro que deseaba. A Cixí le interesaba la política y no tenía ningún príncipe azul que aguardara su vuelta. La segregación entre hombres y mujeres impedía cualquier relación amorosa, y la amenaza de castigo severo para cualquier familia que comprometiera a su hija sin que antes el emperador la hubiera rechazado significaba que sus padres no habían podido arreglarle ningún matrimonio. Aunque, una vez aceptada en la corte, Cixí vería poco a su familia, estaba estipulado oficialmente que los padres ancianos de las consortes reales podían obtener un permiso especial para visitar a sus hijas e incluso alojarse durante meses en las casas de invitados situadas en un rincón de la Ciudad Prohibida.

Se fijó una fecha para la incorporación de Cixí a su nuevo hogar: el 26 de junio de 1852, después de que terminaran oficialmente los dos años obligatorios de luto por el fallecido emperador Daoguang, cuando el nuevo emperador visitó el mausoleo de su difunto padre, al oeste de Pekín. Durante todo ese periodo, había tenido que abstenerse de practicar el sexo. Al llegar a palacio, Cixí recibió el nombre de Lan, al parecer derivado de su apellido, Nala, a veces escrito Nalan. *Lan* quería decir además magnolia u orquídea. Era habitual ponerle a una niña un nombre de flor. A Cixí no le gustaba su nombre y, en cuanto se encontró en situación de poder pedir un favor al emperador, hizo que se lo cambiaran.

El harén en el que entró aquel día de verano era un mundo de patios amurallados y largos y estrechos callejones. A diferencia de la parte frontal reservada a los hombres, esa zona no tenía mucha grandiosidad, pero sí muchos árboles, flores y rocallas. La emperatriz ocupaba un palacio, y cada una de las concubinas tenía una pequeña *suite*. Las habitaciones estaban decoradas con seda bordada, muebles tallados y adornos

enjoyados, pero se permitían escasas muestras de personalidad individual. El harén, como toda la Ciudad Prohibida, se regía por normas estrictas. Los objetos exactos que podían tener las jóvenes en sus habitaciones, la cantidad y calidad de los tejidos de sus vestimentas y los tipos de alimentos que consumían cada día se determinaban meticulosamente con arreglo a su rango. En cuestión de comida, una emperatriz tenía una ración diaria de 13 kilos de carne, 1 pollo, 1 pato, 10 paquetes de té, 12 frascos de agua especial de las colinas del Manantial de Jade y cantidades específicas de hortalizas, cereales, especias y otros ingredientes(3). Su ración diaria incluía asimismo la leche de no menos de 25 vacas (a diferencia de la mayoría de los han, los manchúes bebían leche y comían productos lácteos)[13].

Cixí no fue nombrada emperatriz. Era una concubina, y de baja categoría. Había ocho niveles en la jerarquía de cónyuges imperiales, y Cixí estaba en el sexto, es decir, en el grupo inferior (del sexto al octavo). En su situación, Cixí no poseía ninguna vaca privada y no tenía derecho más que a tres kilos de carne al día. Disponía de cuatro doncellas personales, mientras que la emperatriz tenía diez, además de numerosos eunucos.

La nueva emperatriz, una joven llamada Zhen, que significaba «castidad», había llegado a la corte a la vez que Cixí. Había empezado también como concubina, pero tenía un rango más alto, el quinto. Sin embargo, cuatro meses después, antes de que terminara el año, había ascendido a la categoría superior, la de emperatriz. No por su belleza, porque la emperatriz Zhen era bastante corriente. Además tenía mala condición física, y los chismosos que habían apodado a su marido El Dragón Cojo la llamaron a ella El Frágil Fénix (el fénix era el símbolo de la emperatriz). Pero poseía la cualidad que más se valoraba en una emperatriz: la personalidad y la habilidad necesarias para llevarse bien con las demás consortes y dirigirlas, así como a los criados. El principal papel de la emperatriz consistía en administrar el harén, y la emperatriz Zhen lo desempeñaba a la perfección. Bajo su dirección, el harén se libró por completo de las maledicencias y mezquindades endémicas de dichos lugares.

No existen pruebas de que Cixí fuera favorecida como concubina por su marido. En la Ciudad Prohibida, la vida sexual del emperador quedaba anotada con toda diligencia. Escogía a su pareja para cada noche escribiendo su nombre en una tablilla de bambú que le presentaba el eunuco jefe durante la cena, que solía ingerir a solas. Tenía dos dormitorios, uno con espejos en todas las paredes y el otro con biombos de seda. Las camas estaban cubiertas con cortinas también de seda, de las que colgaban bolsas de olor. Cuando el emperador entraba en una de las dos habitaciones, se bajaban las cortinas de las dos camas, parece que por motivos de seguridad, para que ni siquiera los criados más próximos supieran con certeza en qué lecho estaba. Las normas de la corte prohibían que el emperador durmiera en las camas de sus mujeres. Ellas iban a la de él, y se decía que la escogida llegaba transportada por un eunuco,

desnuda y envuelta en seda. Después del sexo, la mujer se iba: no estaba autorizada a quedarse toda la noche.

A El Dragón Cojo le encantaba el sexo. Se conocen más historias sobre sus actividades sexuales que sobre ningún otro emperador Qing. Sus concubinas pronto llegaron a 19, algunas ascendidas de entre las criadas de palacio, que también se seleccionaban en toda China, en general entre familias manchúes de clase baja. También le llevaban mujeres ajenas a la corte. Se rumoreaba que en su mayoría eran famosas prostitutas han que tenían los pies vendados, algo por lo que, al parecer, sentía debilidad. Como la Ciudad Prohibida se regía por normas estrictas, decían que las introducían a escondidas en el Viejo Palacio de Verano, el *Yuan-ming-yuan*, o Jardín del Perfecto Brillo, un gigantesco recinto ajardinado a unos ocho kilómetros al oeste de Pekín. Allí, las reglas eran más relajadas, y el emperador tenía más libertad para sus aventuras sexuales[14].

Durante casi dos años, el emperador, con gran actividad —casi frenesí— sexual, no mostró ninguna preferencia especial por Cixí. La dejó en la categoría 6 mientras ascendía a otras inferiores a su mismo nivel. Había algo en ella que no le gustaba. Y parece que la adolescente, deseosa de agradar a su marido, cometió el error de intentar compartir sus preocupaciones.

El emperador Xianfeng hacía frente a unos problemas inmensos. En cuanto subió al trono, en 1850, estalló la mayor revuelta campesina de la historia de China, la rebelión Taiping, en la provincia de Guangxi, en la costa meridional. La hambruna en la región empujó a decenas de miles de campesinos a un último recurso desesperado, la rebelión armada, a pesar de que corrían peligro de sufrir horribles consecuencias. Para sus líderes, el castigo señalado era el *ling-chi*, la «muerte de los mil cortes», que consistía en rebanar al condenado pedazo a pedazo a la vista de todos. Pero eso no detuvo a los campesinos, que se enfrentaban a una lenta muerte por hambre, y el ejército rebelde de Taiping pronto sumó cientos de miles de soldados. A finales de marzo de 1853 había invadido la vieja capital del sur, Nankín, para instaurar un Estado rival, el Reino Celestial de Taiping. El día que recibió la noticia, el emperador Xianfeng lloró delante de sus funcionarios[15].

Y ese no era el único problema del emperador. En la mayoría de las 18 provincias comprendidas dentro de la Gran Muralla se habían producido también revueltas. Se habían destruido incontables aldeas, pueblos y ciudades. El imperio vivía tal situación de caos que el emperador se vio obligado a hacer pública una declaración de Disculpa Imperial en 1852. La Disculpa Imperial era el máximo acto de contrición de un monarca ante la nación[16].

Fue justo entonces cuando Cixí llegó a la corte. Los problemas de su marido se

hacían sentir incluso en las profundidades de la Ciudad Prohibida. Las reservas de plata del Estado cayeron a un mínimo histórico de 290.000 taeles. Para ayudar a pagar los salarios de sus soldados, el emperador Xianfeng sacó dinero del presupuesto doméstico de la casa real, hasta no dejar, al final, más que 41.000 taeles, apenas suficientes para cubrir los gastos diarios. Se fundieron los tesoros de la Ciudad Prohibida, incluidas tres campanas gigantes de oro puro[17]. Y envió a sus consortes una serie de advertencias, escritas de su puño y letra:

Nada de grandes aros ni pendientes de jade.

No más de dos flores enjoyadas para el cabello, y cualquiera que lleve tres será castigada.

No más de un *cun* (aproximadamente 2,5 centímetros) de elevación en los zapatos, y cualquiera cuyo calzado tenga más de 1,5 *cun* será castigada[18].

Los desastres del imperio afectaron también de manera directa a la familia de Cixí, con la que seguía manteniendo contacto. Antes de que llegara a la corte, habían trasladado a su padre a la provincia de Anhui, en la zona centro-oriental, cerca de Shanghái, y le habían nombrado gobernador de una región que abarcaba 28 condados, con sede en Wuhú, una próspera ciudad a orillas del Yangtsé. Pero era un territorio próximo al campo de batalla de Taiping, y un año después su padre tuvo que huir cuando los rebeldes atacaron la ciudad. Ante el terror que le producía la ira del emperador —que había mandado decapitar a algunos funcionarios que habían dejado su puesto— y exhausto tras la huida, Huizheng enfermó y murió en el verano de 1853[19].

La muerte de su padre, con quien tenía una estrecha relación, animó a Cixí a pensar que debía hacer algo para ayudar al imperio y a su marido. Al parecer, intentó hacerle alguna sugerencia sobre cómo hacer frente a las revueltas. Como procedía de una familia en la que sus opiniones se valoraban y se tenían en cuenta, pensó que Xianfeng también lo haría. Pero lo único que consiguió fue irritarle. La corte Qing, de acuerdo con la antigua tradición china, prohibía estrictamente que las consortes reales se inmiscuyeran en los asuntos de Estado. El emperador Xianfeng le dijo a la emperatriz Zhen que se ocupara de Cixí y empleó palabras despectivas para calificar sus consejos: dijo que era «taimada y artera»[20]. Cixí había infringido una norma básica y corría peligro de ser condenada a muerte(4). Más tarde corrió la historia de que el emperador entregó a la emperatriz Zhen un edicto privado y le dijo que temía que Cixí tratara de inmiscuirse en los asuntos de Estado después de su muerte, por lo que, en tal caso, la emperatriz Zhen debía mostrar el edicto a los príncipes para que la «exterminasen»[21]. A la hora de la verdad, o eso se dijo, la emperatriz Zhen mostró el documento letal a Cixí tras la muerte de su esposo y después lo quemó.

La emperatriz Zhen era una mujer valiente, y sus contemporáneos elogiaban también su bondad. Cuando el emperador estaba enfadado con una concubina, ella hacía siempre de mediadora. En esta ocasión, parece, intervino en favor de Cixí. Y es muy posible que su argumento fuera que lo único que pretendía Cixí —quizá con demasiado ahínco— era expresar su amor y su preocupación por Su Majestad[22]. En aquel momento de máxima vulnerabilidad para Cixí, la emperatriz Zhen la protegió y, con ello, sentó las bases de la devoción que Cixí sentiría toda su vida por ella, unos sentimientos que eran mutuos. Cixí nunca fue traicionera en su relación con Zhen. Aunque debía de disgustarle su propia posición en los escalones inferiores de la jerarquía de las consortes, mientras que Zhen se había convertido en emperatriz, Cixí nunca hizo nada en su contra. Ni sus peores enemigos podían acusarla de conspirar. Si había celos, que en la situación de Cixí debían de ser inevitables, los mantuvo controlados y no dejó nunca que envenenaran su relación. Cixí no era mezquina, sino sabia y prudente. De modo que, en lugar de considerarse rivales, las dos mujeres se hicieron buenas amigas, y la emperatriz empezó a llamar a Cixí en privado «hermana pequeña»[23]. En realidad, era un año más joven que Cixí, pero la expresión indicaba su posición superior.

Es muy posible que la emperatriz Zhen contribuyera de forma esencial a convencer al emperador para que en 1854 ascendiera a Cixí del nivel 6 al 5 y, de esa forma, la sacara del grupo inferior. Para acompañar el ascenso, el emperador le dio un nombre nuevo, muy pensado, Yi, que significa «ejemplar». Un edicto especial de puño y letra del emperador, escrito con tinta roja, que indicaba la autoridad del monarca, anunció públicamente el nuevo nombre de Cixí, además de su ascenso. Se celebró una ceremonia para otorgarle oficialmente el honor, durante la cual los eunucos del Departamento de Música de la corte interpretaron composiciones de felicitación[24].

A Cixí, todo este episodio le enseñó que, para sobrevivir en la corte, debía mantener la boca cerrada sobre los asuntos de Estado. Le resultó difícil, porque veía que la dinastía estaba en dificultades. Los rebeldes de Taiping, victoriosos, no solo consolidaron sus bases en el sur de China, sino que estaban enviando expediciones militares con el objetivo de atacar Pekín. Cixí pensaba que tenía ideas útiles, y, de hecho, los rebeldes de Taiping fueron derrotados años después, bajo su mando. Pero no podía decir una sola palabra, y con su marido solo podía hablar de otros intereses ajenos a la política, como la música y el arte. El emperador Xianfeng era un hombre artístico. Las pinturas que había realizado en sus años de adolescente (figuras, paisajes y caballos de ojos seductores) eran de una calidad notable. Cixí también sabía dibujar. Cuando era niña diseñaba bordados, y sus pinturas y su caligrafía alcanzarían su plenitud más adelante. Por ahora, eran cosas de las que al menos podía hablar con su marido. La ópera los unió todavía más. El emperador Xianfeng no solo

adoraba asistir a la ópera, sino que componía melodías, escribía letras y dirigía representaciones. Incluso se maquillaba y participaba en funciones. Deseoso de mejorar su oficio, llamaba a actores para que enseñaran a sus eunucos mientras él miraba y aprendía al mismo tiempo. Sus instrumentos preferidos eran la flauta y el tambor, que tocaba bien. En cuanto a Cixí, su amor constante por la ópera contribuiría posteriormente a hacer de este género una forma artística más sofisticada.

El 27 de abril de 1856, Cixí dio a luz a un hijo. Este acontecimiento cambiaría su destino.

2
De la guerra del opio al incendio del viejo palacio de verano (1839-1860)

El nacimiento del hijo de Cixí, el primer hijo varón del emperador, fue un acontecimiento trascendental para la corte. El emperador Xianfeng no tenía más que una hija, la gran princesa, de una concubina que se había incorporado a la corte con Cixí; pero, al ser mujer, no tenía derecho a transmitir la línea dinástica. Con la llegada del hijo de Cixí, se abrió un archivo en el palacio titulado «La concubina imperial Yi dio afortunadamente a luz a un gran príncipe». En él se ve que, varios meses antes, siguiendo una sensata norma de la casa real, se había invitado a la madre de Cixí a la Ciudad Prohibida para que cuidara de su hija. En una fecha propicia determinada por el astrólogo de la corte, se había excavado un «Agujero Feliz» detrás del apartamento de Cixí, en una ceremonia durante la que se recitaron «Cantos de Alegría». En el agujero se colocaron palillos envueltos en seda roja al lado de ocho tesoros que incluían oro y plata[25]. Palillos, *kuai-zi*, se pronuncia igual que la expresión «parir un hijo rápidamente». En el agujero se enterraron después la placenta y el cordón umbilical.

Se prepararon sedas de todo tipo, el mejor algodón y la mejor muselina para las ropas y las sábanas del recién nacido. Se entrevistó a decenas de mujeres con experiencia en partos. Esas mujeres maduras permanecerían, junto a los médicos de la Clínica Real, al lado de Cixí a partir del séptimo mes de embarazo. En realidad, las normas de la corte indicaban el octavo mes, pero el emperador Xianfeng, inquieto, decretó un trato especial. Le informaban con todo detalle de la evolución de Cixí, y, en el momento en que nació el niño, el eunuco principal se apresuró a informar de que «la concubina imperial Yi acababa de dar a luz a un príncipe» y los médicos reales habían visto que «los pulsos de la madre y el hijo eran pacíficos» (se consideraba que el pulso era un indicador crucial de la salud). Todos gritaron: «¡Oh, gran júbilo por nuestro Señor de los Diez Mil Años!».

Exultante, el emperador Xianfeng elevó de inmediato a Cixí a un rango superior. Toda la corte se vio arrastrada a una locura de celebraciones por el niño, que recibió el nombre de Zaichun. Al tercer día lo lavaron de arriba abajo en una gran palangana de oro puro, después de que el astrólogo de la corte calculara con gran cuidado la fecha, la hora (mediodía) y la posición (de cara al sur). Pronto lo colocaron en una cuna, en medio de grandes fanfarrias. Volvió a haber festividades cuando cumplió un mes, y entonces recibió su primer corte de pelo. En su primer cumpleaños, colocaron a su alcance una montaña de objetos, para que agarrara uno; se suponía que el primero que escogiera indicaría cómo iba a ser en el futuro. Lo primero que cogió fue

un libro, algo por lo que más tarde desarrollaría auténtica fobia. En todas estas ocasiones, recibía lujosos regalos. En aquella época, realizar regalos se llevaba hasta límites insospechados y se consideraba que no se podía celebrar nada debidamente sin ellos. En la corte, no había casi un día en el que no llegaran, se enviaran o se intercambiaran regalos. Al cumplir su primer año, el hijo de Cixí había recibido alrededor de 900 objetos de oro, plata, jade y otras piedras preciosas, además de 500 prendas de vestir y ropa de cama en los tejidos más exquisitos.

Gracias a su hijo, Cixí se convirtió sin discusión en la segunda consorte, solo por detrás de la emperatriz Zhen. Su posición se afianzó aún más cuando el segundo hijo del emperador, nacido dos años más tarde de otra concubina, no vivió más que unas horas y murió incluso antes de que le dieran un nombre[26]. La solidez de su situación le permitió convencer al emperador de que casara a su hermana de 18 años con uno de los hermanos de padre de él, el príncipe Chun, de 19[27]. Las consortes de los príncipes las escogía el emperador entre las candidatas que le habían presentado para que seleccionara a las suyas. Cixí había visto con frecuencia al príncipe en la ópera. Aunque, en esas ocasiones, los hombres y las mujeres estaban separados por un biombo, los más curiosos siempre encontraban la forma de examinar a un miembro del sexo opuesto. Desde los palcos en los que estaban, sentadas con las piernas cruzadas sobre cojines, las mujeres reales podían observar a los varones sin que las vieran. La señora de Isaac Headland, una médico y misionera estadounidense que (más tarde) trató a numerosas aristócratas, incluida la madre de Cixí, escribió: «Estas elegantes damitas tienen su curiosidad, y ciertos medios de averiguar quién es quién en esa corte llena de pilares del Estado envueltos en dragones; porque siempre he tenido respuesta cuando he preguntado el nombre de algún guapo o distinguido huésped cuya identidad deseaba saber»[28]. Cixí se propuso informarse sobre el carácter del príncipe Chun, y este iba a serle de inmenso servicio en el futuro.

Mientras tanto, Cixí se dedicaba a su hijo. Las normas de la corte le prohibían amamantar al niño, y los médicos le recetaron unas hierbas medicinales para interrumpir la leche. Se contrató a una nodriza de una familia manchú de clase baja que cumplía los requisitos y, para facilitar su producción de leche, le ordenaron que comiera «medio pato cada día, o codillo de cerdo, o la parte delantera de los pulmones del cerdo». La casa real pagaba además a la nodriza para que, a su vez, contratara a otra nodriza para su propio hijo[29].

La emperatriz Zhen era la madre oficial del niño y tenía precedencia sobre Cixí. Ello no produjo ninguna animosidad entre las dos mujeres, y el niño creció con dos madres que le adoraban. A medida que cumplió años, tuvo una compañera de juegos, su hermana mayor, la gran princesa. Los pintores de la corte retrataron a los dos niños jugando juntos en los jardines del palacio: el niño con una túnica de color añil, atada en la cintura con un cordón rojo, y la niña vestida de verde, con un chaleco rojo y

flores en el pelo. Se los ve pescando, desde un quiosco situado a la sombra de un sauce, en un lago lleno de lotos en flor. En otro cuadro, situado a principios de la primavera, con magnolias blancas junto a un pino de hoja perenne, los dos tienen puestos unos pequeños gorros, y el príncipe lleva una gruesa túnica forrada en azul claro. Parecen estar buscando insectos, tal vez en pleno despertar de una larga hibernación, entre las escuálidas raíces de unos árboles viejos y la rocalla. En las imágenes, el niño siempre está representado con una figura el doble de grande que su hermana mayor.

Detrás de estas imágenes tranquilas e idílicas de la infancia del hijo de Cixí, el imperio seguía convulso por la rebelión de Taiping en el sur y violentos disturbios en otros lugares. Además, le aguardaba otro tremendo problema: la invasión de las potencias extranjeras.

El origen de la guerra anglofrancesa contra China en 1856-1860 se remonta a 100 años antes. En 1757, el entonces emperador, Qianlong, que gobernó China durante 60 años (1736-1795) y al que con frecuencia se llama Qianlong *El Magnífico*, por sus hazañas, cerró las puertas del país y no dejó más que un puerto abierto al comercio, Cantón. El interés principal del monarca era controlar el vasto imperio, y mantener las puertas cerradas lo hacía mucho más fácil. Pero Gran Bretaña tenía sed de comercio. Sus mayores importaciones de China eran las sedas y los tés, en una época en que estos últimos solo se cultivaban en el país asiático. Cada año, los aranceles a la importación de té aportaban por sí solos más de tres millones de libras al Tesoro británico, suficiente para cubrir la mitad de los gastos de la Armada real. Para convencer al emperador Qianlong de que abriera más puertos al comercio, en 1793 llegó una misión británica a Pekín. Su jefe, lord Macartney, hizo todo lo posible para satisfacer las exigencias chinas y aceptó que los barcos y carros en los que viajaba su misión llevaran unas pancartas que decían, en caracteres chinos: «El embajador inglés viene a rendir tributo al Emperador de China». Para que Qianlong le concediera audiencia, incluso aceptó hacer el gesto obligatorio de *san-gui-jiu-kou*, es decir, arrodillarse tres veces ante el emperador y tocar nueve veces el suelo con la frente. Macartney lo hizo muy a su pesar y después de resistirse mucho, sabiendo que, si no, el emperador Qianlong no le recibiría[(5)].

El emperador Qianlong trató a lord Macartney con lo que el inglés calificó de «todos los signos externos de favor y consideración», pero se negó a ampliar la relación comercial. Para mostrarle lo que podía ofrecer Gran Bretaña, lord Macartney había llevado consigo, entre otros regalos, dos obuses de montaña, con sus carros, sus armones y su munición. El emperador los dejó intactos, almacenados en el Viejo Palacio de Verano[30]. En su respuesta a una carta del rey Jorge III, rechazó con todo

cuidado sus peticiones, punto por punto. Abrir más puertos al comercio era «imposible»; que Gran Bretaña adquiriese una pequeña isla frente a las costas de China para que sus comerciantes pudieran residir y guardar sus mercancías no estaba autorizado; y designar a un enviado especial para que viviera en la capital, Pekín, estaba «absolutamente fuera de discusión». Lord Macartney había solicitado también que se permitieran misiones cristianas en el país, y la respuesta del emperador fue: «El cristianismo es la religión de Occidente, y esta Dinastía Celestial tiene sus propias creencias dispensadas por nuestros sabios y sagrados monarcas, que han permitido gobernar a nuestros 400 millones de súbditos de forma ordenada. Las mentes de nuestro pueblo no deben verse confundidas por la herejía […] Los chinos y los extranjeros deben estar completamente separados».

El emperador afirmaba que su «Dinastía Celestial posee todas las cosas en gran abundancia y no carece de ningún producto dentro de sus fronteras» y que, por tanto, no necesitaba nada del mundo exterior. Aseguraba que si permitía el comercio en un puerto lo hacía solo por su generosidad hacia los extranjeros, que no podían vivir sin los productos chinos. Toda esta arrogancia no tenía nada de verdad ni era lo que en realidad pensaba el emperador. Los derechos de aduana de Cantón hacían una aportación sustancial a las arcas del Estado, más de 1,1 millones de taeles de plata en 1790, tres años antes de la misión de lord Macartney. Una gran parte del dinero iba a parar a la corte, cuyos gastos anuales ascendían a 600.000 taeles. El emperador Qianlong era muy consciente de ello, porque examinaba con regularidad los libros de cuentas[31]. Tampoco ignoraba los avances de la ciencia y la tecnología en Europa. Algo tan importante como el calendario chino, que regía la producción agraria del imperio, lo habían diseñado en el siglo XVII jesuitas europeos —en especial Ferdinand Verbiest—, que habían trabajado al servicio del emperador Kangxi (1661-1722), el abuelo de Qianlong. Desde entonces, los jesuitas habían seguido encargándose del Observatorio Imperial de Pekín, en el que empleaban aparatos europeos. En esas fechas aún trabajaban para el propio emperador Qianlong. Incluso el mapa de China era, en tiempos de Qianlong (y de Kangxi), responsabilidad de misioneros que medían el territorio del imperio con métodos europeos.

Esta sensación de inseguridad sobre el control de China fue precisamente lo que hizo que Qianlong rechazara con tanta energía la misión de Macartney y que cerrara las puertas del país. El control del emperador sobre su vasto imperio dependía de la sumisión total e incondicional de la población. Cualquier contacto extranjero que pudiera perturbar esa obediencia ciega era peligroso para el trono. Desde el punto de vista de Qianlong, el imperio podía descontrolarse si no se aislaba y si se permitía que se aproximaran elementos externos a la gente, sobre todo cuando ya existía malestar en las bases. La dinastía Qing, que había disfrutado de una gran prosperidad bendecida por el buen tiempo durante largos periodos (alrededor de 50 años bajo el

mandato del emperador Kangxi)[32], estaba comenzando su declive a finales del XVIII. El principal motivo era la explosión demográfica, en parte como consecuencia de la llegada a China desde el continente americano de cultivos de alto rendimiento, como la patata y el maíz. En la época de la visita de lord Macartney, la población china había aumentado a más del doble en medio siglo y sobrepasaba los 300 millones. Cincuenta años después, estaba por encima de los 400 millones. La economía tradicional del país no podía sostener ese crecimiento tan espectacular[33]. Lord Macartney observó: «Apenas discurre ya un año sin que haya una insurrección en alguna de las provincias. Es cierto que las reprimen de inmediato, pero su frecuencia es un síntoma inequívoco de la fiebre que bulle bajo la superficie. El paroxismo se mantiene a raya, pero la enfermedad no se cura».

El emperador Qianlong expulsó prácticamente a lord Macartney y escribió una agresiva carta al rey Jorge III en la que le amenazaba con repeler por la fuerza los cargueros británicos que llegaran a sus costas; terminaba diciendo: «¡No me culpes de no hacerte las debidas advertencias!». Estaba comportándose como un animal erizado ante el olor del peligro. La política de puertas cerradas del emperador Qianlong surgió de la alarma y la reflexión, no de la ignorancia y la soberbia, como tantas veces se ha dicho.

Su hijo y su nieto, cuando le sucedieron, mantuvieron la política de puertas cerradas, mientras el imperio iba debilitándose. Pero medio siglo después de la fallida misión de lord Macartney, Gran Bretaña empujó esa puerta con la Guerra del Opio (1839-1842), el primer choque militar de China con Occidente.

El opio se producía en la India británica, y los mercaderes, sobre todo británicos, lo introducían de contrabando en China. Pekín había prohibido la importación, el cultivo y el consumo de opio en 1800, porque las autoridades eran muy conscientes de que la droga estaba causando un perjuicio enorme tanto a su economía como a la población. Un texto de la época hacía una descripción muy gráfica de unos adictos: «Con sus hombros encorvados, sus ojos llorosos, su nariz que moquea y la falta de aliento, parecen más muertos que vivos». Existía un gran miedo a que, si no se cortaba, el país acabaría quedándose sin soldados ni trabajadores, por no hablar de plata, su moneda. En marzo de 1839, el emperador Daoguang, el futuro suegro de Cixí, nombró a un activo luchador contra la droga, Lin Zexu, comisario imperial en Cantón, en cuya costa solían echar el ancla los barcos extranjeros. El comisario Lin ordenó a los mercaderes que entregaran todo el opio que tuvieran y, cuando no le obedecieron, acordonó la comunidad internacional y declaró que solo abriría el cerco cuando entregaran todo el opio que se encontraba en aguas chinas. Al final, el comisario Lin recibió 20.183 cofres de opio, con un contenido de más de un millón

de kilogramos, y levantó el sitio. Ordenó que destruyeran el opio a las afueras de Cantón, primero fundiéndolo y luego arrojándolo al mar. Antes de soltar la droga, el comisario llevó a cabo un sacrificio ritual al Dios del Mar para pedirle que «dijera a los peces que se alejaran para eludir el veneno»[34].

El comisario Lin sabía que «a la cabeza de Inglaterra está una mujer, y muy joven, pero todas las órdenes emanan de ella». Escribió una carta a la reina Victoria, que ocupaba el trono desde 1837, para pedirle su cooperación. «Me he enterado de que el opio está estrictamente prohibido en Inglaterra —escribió—. Es decir, Inglaterra conoce el daño que hace la droga. Si no permite que envenene a su propio pueblo, no debería permitir que envenenase al pueblo de otros países». El emperador Daoguang aprobó la carta[35]. No está claro a quién se la confió el comisario, pero no existen pruebas de que la reina Victoria la recibiera(6).

Las grandes compañías comerciales y las Cámaras de Comercio desde Londres hasta Glasgow se alzaron en armas. Se dijo que la medida de Lin era una «injuria» contra las propiedades británicas, y hubo llamamientos a la guerra para lograr «satisfacción y reparación». El ministro de Exteriores, lord Palmerston, favorable a la «diplomacia de las cañoneras», era partidario de la guerra. Cuando se debatió la cuestión en el Parlamento, el 8 de abril de 1840, el joven diputado conservador y futuro primer ministro William Gladstone habló apasionadamente en contra de la propuesta:

> […] una guerra de origen más injusto, una guerra de desarrollo más calculado para cubrir este país de vergüenza permanente, ni la conozco ni he leído sobre ella. El muy honorable caballero sentado enfrente habló anoche en términos elocuentes de la bandera británica que ondea con gloria en Cantón […] Pero ahora, bajo los auspicios del noble lord, esa bandera se alza para proteger un infame tráfico de contrabando […] No, estoy seguro de que el Gobierno de Su Majestad nunca convencerá a la Cámara tras esta moción de que inicie esta guerra injusta e inicua[36].

Pero un voto de censura instigado por la oposición conservadora no consiguió salir adelante por 9 votos de diferencia, 271 a 262. Durante los dos años sucesivos, decenas de buques de guerra británicos y 20.000 hombres (incluidas 7.000 tropas indias) atacaron la costa sur y este de China y ocuparon Cantón y, durante un breve periodo, Shanghái. Sin cañoneras y con un ejército pobremente armado, China sufrió la derrota y tuvo que firmar el Tratado de Nankín en 1842, además de pagar una indemnización de 21 millones de dólares(7)

Con esos estímulos, el contrabando de opio floreció. Inmediatamente, los cargamentos de droga procedentes de Calcuta y Bombay se multiplicaron casi por dos, y aumentaron a más del triple antes de que terminara la siguiente década: de

15.619 cofres en 1840 a 29.631 en 1841, y de ahí a 47.681 en 1860. Resignada ante la realidad de que su batalla contra la droga era inútil, China legalizó su venta en octubre de 1860. El opio, al que denominaban «la droga extranjera» (*yang-yao*), se asociaba de forma indisoluble con Occidente. La señora Headland, médico y misionera estadounidense, recordaba más adelante: «Cuando visitaba hogares chinos, era frecuente que me ofrecieran la pipa de opio y, cuando la rechazaba, las señoras se mostraban sorprendidas y decían que tenían la impresión de que todos los extranjeros la usaban».

El Tratado de Nankín obligaba a China a abrir cuatro puertos más al comercio, además de Cantón. Dichos puertos, llamados los Puertos del Tratado, eran asentamientos occidentales, sujetos a las leyes de Occidente, no a las chinas. Uno de ellos era Shanghái. Un apartado especial del tratado «daba» la isla de Hong-Kong a Gran Bretaña para alojar allí sus barcos y sus cargamentos. Abrasada por el sol y desierta, con unos cuantos árboles en medio de escarpadas colinas, Hong-Kong no albergaba entonces más que un puñado de cabañas de pescadores, mientras que el asentamiento extranjero en Shanghái era poco más que una franja pantanosa junto a unos campos. De aquellos terrenos sin nada especial surgirían dos metrópolis espectaculares de dimensión internacional, gracias al esfuerzo chino y las inversiones y la dirección extranjeras, en particular británicas. Años después, a principios del siglo XX, un destacado diplomático del Gobierno de Cixí, Wu Tingfang, escribió a propósito de Hong-Kong:

> El Gobierno británico gastó grandes sumas de dinero año tras año para su mejora y su desarrollo, y, gracias a la sabia administración del Gobierno local, se dieron todas las facilidades al libre comercio. Hoy es una próspera colonia británica […] La prosperidad de dicha colonia depende de los chinos que, ni que decir tiene, poseen todos los privilegios de los que disfrutan los residentes británicos […] Debo reconocer que el Gobierno británico ha hecho mucho bien en Hong-Kong. Ha proporcionado a los chinos un modelo real del sistema de gobierno occidental que […] ha logrado transformar una isla estéril en una próspera ciudad […] La administración imparcial de justicia y el trato humano a los delincuentes no puede sino despertar la admiración y granjear la confianza de los nativos[37].

La Guerra del Opio obligó a China a aceptar a los misioneros occidentales. Habían estado prohibidos durante más de cien años. Tras la guerra, los franceses, que tenían escasa relación comercial con China y solo estaban interesados en propagar el catolicismo, aprovecharon la victoria europea y presionaron para que se levantara la prohibición. El emperador Daoguang se resistió. Pero luego, ya abrumado, y con un carácter propenso a la indecisión, cedió ante la implacable presión francesa, transmitida por el comisario al que había nombrado para tratar con los occidentales,

Qiying, que le aconsejó acceder. Un histórico edicto, hecho público el 20 de febrero de 1846, levantó la prohibición de establecer misiones cristianas, aunque solo en los Puertos del Tratado; la prohibición siguió vigente en el resto de China.

No obstante, era imposible contener a los misioneros. Una vez aseguradas esas bases, empezaron a penetrar en el vasto interior y a desafiar la restricción. A diferencia de los primeros jesuitas, que habían trabajado al servicio de la corte y nunca habían tratado de desobedecer al emperador, ahora los misioneros eran atrevidos e insolentes, conscientes de las cañoneras que los respaldaban. Se lanzaron a esta antigua tierra con celo, dispuestos a difundir las ideas y las prácticas occidentales, y contribuyeron a modernizar China y, de paso, a derrocar a la dinastía Qing, fuera o no esa su intención. Su papel en la transformación de China fue vital, a pesar de que lograron hacer un número relativamente escaso de conversos.

No parece que el emperador Daoguang previese el futuro, pero desde luego se dio cuenta de que había desatado una fuerza gigantesca y ominosa, y eso le producía inquietud y preocupación. Sus fracasos con los británicos ya le habían causado enorme pesar y desesperación. «Acosado por una intimidación tan inimaginable, cuánta ira y cuánto odio acumulados en mi interior», había escrito. Ahora expresó este sentimiento: «No puedo sino culparme a mí mismo y sentirme totalmente avergonzado», y «quiero golpearme el pecho una y otra vez con los puños apretados». Meses después del fatídico edicto, saltaron las alarmas en las provincias por la llegada de los misioneros y los problemas que eso estaba causando. La angustia del emperador aumentó[38], y entonces redactó su testamento y designó a su sucesor. Era necesario dejar el imperio en manos de un hijo que fuera más decidido y más capaz de enfrentarse a Occidente. Escogió a su cuarto hijo, el que después sería el emperador Xianfeng y esposo de Cixí, que había crecido con un odio ferviente hacia los occidentales[39].

La dinastía Qing no practicaba la costumbre de que el hijo mayor heredara automáticamente el trono, sino que el emperador reinante redactaba un testamento secreto en el que nombraba a su sucesor. El emperador Daoguang lo hizo de manera privada pero solemne. Lo redactó en chino y en manchú, tal como exigía un documento oficial de semejante importancia. Luego lo dobló, lo introdujo entre dos capas de papel amarillo real, y firmó y fechó el sobre, que puso en una carpeta de cartulina forrada de blanco y de tapa amarilla. Envolvió la carpeta con otro papel también amarillo sobre el que volvió a firmar y escribió en lengua manchú las palabras «Diez mil años», para indicar que el testamento era definitivo. Luego metió el testamento en una caja hecha de la madera más preciosa, *nan-mu*, forrada de seda amarilla y cubierta de lana amarilla. Esta caja ya la habían usado los emperadores anteriores para guardar sus testamentos de sucesión. El cierre y la llave tenían tallado el propicio dibujo de unos murciélagos que volaban entre las nubes («Murciélagos»

se pronuncia igual que «buena fortuna»). El emperador Daoguang no selló la caja de inmediato: esperó un día, para darse la oportunidad de cambiar de opinión y para asegurarse bien de su decisión. Luego cerró personalmente la caja y la envolvió con tiras de papel, firmó cada una de ellas y añadió la fecha en la parte delantera. La caja se colocó con sumo cuidado detrás de la placa gigante que colgaba sobre la entrada a un gran salón de la Ciudad Prohibida. En la placa estaban inscritos cuatro caracteres de enorme tamaño: *zheng-da-guang-ming*, «recto, magnánimo, honorable y sabio», un lema imperial.

El emperador Daoguang tenía nueve hijos de diferentes consortes, pero solo el cuarto y el sexto tenían la edad apropiada y cumplían los requisitos para ser candidatos(8). El sexto hijo quedó descartado categóricamente por el emperador, que a cambio le concedió, de forma excepcional, el título de *qin-wang*, el más alto de todos los príncipes. Simpático y popular en la corte, el sexto no sentía un odio visceral a los extranjeros como su hermano, el heredero designado. A su padre le preocupaba que pudiera acabar plegándose a las demandas de Occidente y que dejara que las puertas de China se abrieran aún más(9). El padre conocía bien a sus hijos. En años posteriores, iban a comportarse exactamente como él había previsto.

El futuro emperador y marido de Cixí tenía ocho años cuando estalló la Guerra del Opio, y en años sucesivos vio cómo había destrozado a su padre y cómo lo había atormentado. Cuando le sucedió en el trono, en 1850, uno de sus primeros actos fue redactar un largo edicto en el que condenaba a Qiying, el comisario imperial de talante conciliador que había firmado el Tratado de Nankín y había convencido a su padre para que levantara la prohibición sobre las misiones cristianas. En el texto, el emperador Xianfeng denunciaba a Qiying por «ceder siempre ante los extranjeros en detrimento del país», mostrar «extrema incompetencia» y «no tener ni un atisbo de conciencia». Qiying fue degradado y posteriormente recibió la orden de suicidarse[40].

En una ocasión le dijeron al emperador que el tejado de una iglesia en Shanghái se había caído durante una tormenta y la gran cruz de madera con la figura de Cristo había quedado destruida. Pensó que era señal de que el Cielo estaba haciendo el trabajo que debería haber hecho él, y escribió: «Me siento sobrecogido y conmovido y, sobre todo, avergonzado»[41]. Su odio al cristianismo y los occidentales era aún más intenso por el hecho de que los rebeldes de Taiping que estaban haciendo tambalearse su trono aseguraban ser cristianos, y su jefe, Hong Xiuquan, había declarado que era el hermano pequeño de Jesucristo. El emperador Xianfeng lucharía siempre con uñas y dientes para mantener a los occidentales fuera de China.

Mientras tanto, los británicos querían que se abrieran más puertos al comercio y que

sus representantes pudieran establecerse en Pekín. El hombre designado por Xianfeng para tratar con ellos, el virrey Ye Mingchen de Cantón, tenía una opinión similar a la del emperador y hacía oídos sordos a todas las peticiones. Al final, los británicos decidieron que «son absolutamente necesarios buques de guerra»[42]. Un incidente con un barco llamado *Arrow* desencadenó lo que a menudo se llama la Segunda Guerra del Opio en 1856, el año en el que nació Cixí. Al año siguiente, lord Elgin (hijo del séptimo conde, el de los Mármoles de Elgin) fue a China al mando de una flota de buques de guerra. Los franceses le acompañaron como aliados, con el propósito de obtener un acceso ilimitado al interior del país para sus misioneros. Los aliados ocuparon Cantón y enviaron al virrey Ye a Calcuta, donde murió poco después. Los europeos zarparon hacia el norte. En mayo de 1858 capturaron los Fuertes de Dagu, a unos 150 kilómetros al sureste de Pekín, y entraron en la cercana ciudad de Tianjín. Con las tropas enemigas a las puertas, el emperador Xianfeng siguió rechazando de forma categórica sus exigencias. Al final, cuando lord Elgin amenazó con invadir Pekín, se vio obligado a enviar a unos negociadores, que aceptaron todas las demandas: que se establecieran unos representantes en Pekín, que se abrieran más puertos al comercio y que los misioneros pudieran viajar al interior. Después de unos días angustiosos, el emperador Xianfeng sucumbió a lo que el enviado francés, el barón Gros, llamó «una pistola al cuello»[43], y dio su aprobación. Los aliados se consideraron satisfechos y abandonaron los Fuertes de Dagu en sus naves de guerra.

El emperador Xianfeng aborrecía el nuevo acuerdo que le habían obligado a firmar. Tras devanarse los sesos para encontrar una solución, llegó a proponer la exención de todos los aranceles de importación para Gran Bretaña y Francia, a cambio de aceptar la anulación del trato. Pero los dos países dijeron que, aunque estarían encantados de no tener que pagar aranceles, preferían mantener los acuerdos. El emperador no dejaba de reprender a sus delegados en Shanghái por cómo estaban negociando con los europeos, pero sin resultado[44].

Pasó un año y, tal como se había estipulado, llegó el momento de ratificar los acuerdos en Pekín. En junio de 1859, el hermano menor de lord Elgin, Frederick Bruce, se encaminó a la ciudad acompañado de tropas británicas y una pequeña fuerza francesa (en esa época, Francia estaba muy ocupada tratando de colonizar Indochina). El emperador Xianfeng interpuso todo tipo de obstáculos en un intento de desbaratar los planes de Bruce y sus colegas. Exigió que los barcos de los enviados atracaran en una pequeña ciudad costera; después debían «viajar a Pekín con un séquito no superior a 10 hombres, sin armas […] sin sillas de manos ni procesiones […] y marcharse de Pekín en cuanto se lleve a cabo la ratificación». Las sillas de manos eran el medio de transporte de prestigio. La alternativa era viajar en incómodos carros de mulas por caminos rurales llenos de baches, lo cual era muy

humillante. Bruce se negó a obedecer al emperador y en lugar de ello lanzó un ataque contra los Fuertes de Dagu. Para su asombro, el ataque no triunfó; los chinos llevaban un año reforzando las fortificaciones. El emperador sintió enormemente animada su confianza y se apresuró a dar órdenes para retirarse de los acuerdos.

Pero los aliados volvieron un año después, en 1860, con una fuerza mucho más numerosa, encabezada por lord Elgin como embajador extraordinario de Gran Bretaña y el barón Gros como embajador francés. Los dos llegaron primero a Hong-Kong, luego a Shanghái y después siguieron por mar hacia el norte. Entre ambos contaban con 20.000 soldados de tierra, incluido un cuerpo de transporte de culis cantoneses. La fuerza aliada se apoderó de los Fuertes de Dagu, con numerosas bajas en los dos bandos. El teniente coronel G. J. Wolseley observó: «Nunca antes ha emprendido Inglaterra una campaña con una fuerza tan bien organizada o tan eficaz». En cambio, la mayoría de los soldados chinos estaban «mal vestidos y miserablemente montados y equipados, algunos con nada más que arcos, otros con lanzas y, el resto, con unos viejos mosquetes de aspecto oxidado». A juicio de los europeos, además, los chinos carecían de decisión en combate. «Si los chinos hubieran adoptado el plan de campaña de Wellington en la defensa de Portugal en 1809, o de los rusos en 1812 en la defensa de Moscú, no habríamos podido llegar a Pekín en 1860. Solo tenían que arrasar el campo, quemar las cosechas, alejar todo el ganado y destruir los barcos en el Peiho, y nos habrían dejado totalmente impotentes…». Wolseley destacó también que, al tocar tierra, «todos eran muy solícitos y aparentemente les proporcionaban toda la información que podían». Observó que «parecían odiar a todos los tártaros [el ejército encargado de la defensa era mongol], a los que describían como “una raza horrible, que habla una lengua desconocida, se alimenta sobre todo de cordero crudo” y “apesta más que vosotros (los ingleses)”». El teniente coronel añadía en tono jocoso: «Un gran estímulo para nuestros sentimientos nacionales, sobre todo porque John Bull(10) tiende a pensar que es el más limpio de la humanidad»[45].

Es indudable que la guerra era asunto de la corona y no del hombre de la calle. El emperador estaba infinitamente alejado del pueblo llano. Ni siquiera le interesaba al funcionario corriente. No era extraño, porque el propósito del régimen consistía en hacer lo posible para que no participara en la política ni siquiera la clase más educada. Como consecuencia, los aliados se dirigieron a Pekín con escasos obstáculos. Ya no buscaban la mera ratificación de los acuerdos firmados dos años antes, sino que habían añadido nuevas demandas, incluida la apertura de Tianjín como un puerto comercial más y el pago de reparaciones de guerra. El emperador Xianfeng estaba totalmente furioso; cuando le aconsejaban que aceptara las demandas de los aliados para que se marcharan, recurría a sarcasmos e insultos patéticos. Para animar a su ejército a luchar, ofreció una recompensa: «Cincuenta

taeles de plata por cada cabeza de un bárbaro negro [los indios que formaban parte de las fuerzas británicas] y 100 taeles por cada cabeza de un bárbaro blanco»[46].

Lord Elgin quería negociar y envió a su representante adelantado, Harry Parkes, a una ciudad próxima a Pekín, con una bandera blanca. Fue capturado junto con sus acompañantes y encerrado en la prisión del Ministerio de Castigos. El emperador ordenó personalmente que se le aplicara «un duro encierro». Así que ataron y esposaron a los cautivos de la manera más dolorosa posible, *kao-niu*, que tenía muchas probabilidades de ser mortal[47]. En la guerra china, hacer daño a los mensajeros del enemigo era la forma suprema de decir que la lucha era a muerte. El comandante del ejército mongol, que sabía que no podía vencer en un enfrentamiento, pidió con urgencia que se tratara a los presos con más suavidad y que se les diera una celda cómoda y buenos alimentos. Estaba tan preocupado que decidió escribir una carta tranquilizadora a lord Elgin, en la que expresaba su deseo de paz y conciliación. Xianfeng, lleno de ira, le reprendió. El círculo íntimo del emperador, un grupo de príncipes y altos funcionarios, le aconsejó que fuera inflexible. Uno de sus miembros, Jiao, dijo: «Deberíamos someter a Parkes a una ejecución extrema», que significaba la muerte mediante mil cortes. Al emperador Xianfeng le gustó la idea y escribió: «Tienes toda la razón. Salvo que tenemos que esperar unos días».

El optimismo del emperador procedía de los miembros de ese círculo íntimo, a los que había nombrado para que «se ocuparan de los bárbaros». Ellos le dijeron: «El bárbaro Parkes es el que sabe de maniobras militares, y todos los bárbaros obedecen sus órdenes. Ahora que ha sido capturado, la moral de las tropas bárbaras tendrá que derrumbarse, y, si aprovechamos la oportunidad para llevar a cabo nuestra campaña de exterminio, la victoria será nuestra»[48]. Tres días después de este consejo tan absurdo y fantasioso, el 21 de septiembre de 1860, el ejército chino sufrió una rotunda derrota a las afueras de Pekín. El emperador Xianfeng recibió la noticia en el Viejo Palacio de Verano, y no tuvo más remedio que huir. Esa noche, la corte empezó a hacer las maletas en medio del caos y el pánico. A la mañana siguiente, cuando los funcionarios acudieron a las audiencias, se encontraron con que el emperador había desaparecido. La mayor parte de los cortesanos tuvieron que irse después, por separado, porque las carreteras estaban llenas de muchedumbres en fuga, los residentes de Pekín, que se habían enterado de que el propio emperador se había ido.

El 6 de octubre, las tropas francesas irrumpieron en el Viejo Palacio de Verano. El día 8, pusieron en libertad a Parkes y otros presos. En días sucesivos recuperaron a los demás, en su mayoría ya cadáveres. De los 39 hombres capturados, 21 habían muerto debido a cómo los habían atado, tal como había ordenado el emperador. Sus camaradas vieron que los captores les habían «atado los pies y las manos juntos, detrás de la espalda, lo más flojo [lo más fuerte] posible y que después habían vertido agua sobre las cuerdas para incrementar la tensión; los habían mantenido en esa

terrible postura hasta que las manos y las muñecas adquirieron una condición tan horrible que no había palabras para describirla»[49]. Habían muerto tras días de dolorosa agonía. Parkes y los demás supervivientes se habían librado solo porque algunos funcionarios sensatos del Ministerio de Castigos los habían protegido de forma discreta.

Lord Elgin se sintió muy afectado por todo lo que había visto y oído. Escribió a su mujer: «Querida mía, tenemos noticias espantosas sobre la suerte de varios de nuestros amigos capturados. Es un crimen atroz y hay que hacer algo al respecto, no por venganza, sino por la seguridad futura»[50]. Los europeos estaban yendo a China. Para que no recibieran semejante trato, llegó a la conclusión de que debía lanzar una señal de advertencia, algo que hiciera verdadero daño al emperador, y decidió arrasar el Viejo Palacio de Verano. En el despacho que redactó el general Grant, dijo que, sin esa medida de castigo, «el Gobierno chino vería que es posible aprehender y asesinar a nuestros compatriotas con impunidad. Es necesario que no se equivoquen al respecto»[51]. Lord Elgin había sopesado otras posibilidades, pero las rechazó: «Habría preferido aplastar al ejército chino que se encuentra aún en las proximidades, pero mientras actuamos, podríamos haberles seguido alrededor de las murallas de Pekín hasta el día del juicio final sin atraparlos jamás». Estaba deseoso de acabar su tarea y marcharse, de no quedarse sin remedio en China, donde estaba llegando el frío y existía la posibilidad de que aparecieran tropas chinas de refuerzo. Un rápido incendio era la alternativa más sencilla.

El Viejo Palacio de Verano era en realidad un conjunto de palacios comenzados a principios del siglo XVIII y expandidos durante los cien años siguientes. Abarcaba una superficie de 350 hectáreas y albergaba unos edificios grandiosos de estilo europeo, diseñados por los jesuitas Giuseppe Castiglione y Michel Benoist, que habían sido empleados de Qianlong *El Magnífico*, además de cientos de edificios de estilo chino, tibetano y mongol. Estaban representados diseños arquitectónicos de toda China. Los jardines conmemoraban los variados paisajes del imperio, como los arrozales del valle del Yangtsé, famosos por las flores de melocotón, los bosques de bambú y los riachuelos que discurrían por su interior. Había reproducidas imágenes de grandes poemas. En una, inspirada en versos del poeta del siglo VIII Li Bai, había una cascada que caía en un estanque de piedras talladas y creaba música en función de cómo variaba la fuerza del agua. Cuando el sol estaba en determinado punto, sobre la cascada aparecía un arcoíris que coincidía con el pronunciado arco de un puente que bajaba desde lo alto de la catarata hasta el estanque. Contemplar el arcoíris y escuchar la música acuática desde un delicado quiosco situado sobre el puente era uno de los pasatiempos favoritos de la corte. En este palacio de recreo, la grandiosidad no

contaba, la belleza lo era todo. Todos los rincones estaban ocupados por obras de arte y tesoros de valor incalculable, acumulados durante más de cien años.

Antes de que lord Elgin prendiera fuego a este gigantesco tesoro oculto, los franceses, que habían llegado antes, habían saqueado ya el palacio. Su jefe, el general de Montauban, escribió al ver el lugar: «No hay en Europa nada que pueda transmitir una idea de lujo semejante, y me resulta imposible describir sus esplendores en unas cuantas líneas, tan impresionado como estoy, en especial, por el asombro que me causa ver estas maravillas»[52]. Sus tropas cayeron sobre la presa con escasas inhibiciones. El teniente coronel Wolseley fue testigo presencial: «Saqueo indiscriminado y destrucción incontrolada de todos los artículos demasiado pesados para llevárselos de inmediato […] Oficiales y soldados parecían poseídos por una locura temporal; absortos en cuerpo y alma en una sola tarea, que era saquear, saquear»[53]. Las tropas británicas, que llegaron después, sumaron sus esfuerzos, mientras «el general no hacía ninguna objeción al pillaje», escribió Robert Swinhoe, intérprete del general Grant. «¡Qué terrible escena de destrucción presenciamos!»[54], escribió Grant:

Solo quedó intacta una habitación en el palacio. El general de Montauban me informó de que había reservado todos los objetos valiosos que pudiera contener para dividirlos por igual entre los ingleses y los franceses. Sus paredes estaban cubiertas de jade […] El general francés me dijo que había encontrado dos […] bastones de mando, hechos de oro y jade verde, uno de los cuales me iba a dar como regalo para la reina Victoria y el otro pretendía ofrecérselo al emperador Napoleón[55].

Entre los presentes que recibió la reina Victoria había un perrito. Una anciana concubina imperial, que no había huido con la corte, murió de espanto al llegar los aliados. Sus perros, cinco pequineses, fueron transportados a Gran Bretaña y así empezó a criarse la raza pequinesa fuera de China. Uno de ellos volvió con el capitán Hart Dunne, del Regimiento de Wiltshire, que lo llamó Lootie y se lo regaló a la reina Victoria. En su carta de presentación, el capitán escribió: «Es una pequeña criatura de lo más afectuosa e inteligente, siempre ha estado acostumbrada a que la trataran con cariño y con la esperanza de que Su Majestad y la familia real puedan considerarla como tal es por lo que la he traído desde China». La perrilla causó una pequeña conmoción en Windsor. El ama de llaves, la señora Henderson, escribió a su supervisor: «Es muy delicada con la comida y no suele querer pan y leche, pero sí come arroz hervido con algo de pollo y salsa mezclados, y se considera que esa es la mejor comida para ella». A su supervisor pareció molestarle, porque escribió en el reverso de otra carta familiar: «¡Un perro chino que insiste en tener pollo en su dieta!». Instruyó a la señora Henderson: «después de un poco de ayuno y persuasión,

el perro [en masculino, pese a que Lootie era hembra] empezará seguramente a apreciar la comida que más le conviene». En Windsor, la reina Victoria pidió al artista alemán Friedrich Keyl que pintara un retrato de Lootie y solicitó específicamente, a través de su secretaria personal, la señorita Skettett, que «cuando el señor Keyl dibuje a la perra debe poner algo que muestre que su tamaño es extraordinariamente pequeño». Lootie vivió en las perreras de Windsor durante un decenio[56].

Cuando lord Elgin decidió quemar el Viejo Palacio de Verano, los franceses se negaron a participar y dijeron que era un acto de vandalismo contra un «site de campagne sans défense»[57]. Pese a ello se llevó a cabo la quema, de manera metódica. El general Grant describió la escena en su carta al secretario de Estado de Guerra en Londres:

El 18 de octubre, la división de sir John Michel, con la mayor parte de la brigada de caballería, recibió la orden de dirigirse al palacio y prender fuego a todo el conjunto de edificios. Fue un espectáculo portentoso. No pude sino lamentar la destrucción de tanta grandeza tan antigua y sentí que era una acción poco civilizada, pero pensé que era necesaria como advertencia a los chinos para que en el futuro no asesinen a enviados europeos ni infrinjan las leyes de las naciones[58].

El incendio, alimentado por más de 200 opulentos y exquisitos palacios, pabellones, templos, pagodas y jardines, ardió durante días y envolvió la parte oeste de Pekín en humo negro y ceniciento. Wolseley escribió: «Cuando entramos en los jardines, recordaban a los terrenos mágicos que se describen en los cuentos de hadas; salimos de ellos el 19 de octubre y los dejamos convertidos en un triste páramo de ruinas inexistentes»[59].

Lord Elgin logró hasta cierto punto su objetivo. A partir de entonces, las autoridades chinas dieron a los occidentales un trato especial, muy diferente al que daban a su propia gente. Sin embargo, cualquier intención de complacer a los occidentales debió de quedar ensombrecida por las semillas del odio que se agitaron en las cenizas del Viejo Palacio de Verano. Por aquel entonces, Charles Gordon, que más tarde recibiría el apodo de Gordon *El Chino*, era capitán en el ejército invasor y participó en la destrucción, y escribió a su familia: «La gente es educada, pero creo que los nobles nos odian, como es natural después de lo que hicimos con el Palacio. No podéis imaginar la belleza y la magnificencia de los sitios que incendiamos. Dolía el corazón al verlos arder»[60]. Victor Hugo escribió un año después: «Esta maravilla ha desaparecido […] Los europeos somos los civilizados y decimos que los chinos son los bárbaros. Y esto es lo que ha hecho la civilización a los bárbaros»[61].

El Viejo Palacio de Verano estaba en plena gloria cuando Cixí salió de él con su esposo y su hijo en septiembre de 1860. El otoño es la mejor estación de Pekín, cuando el sol ya no es abrasador, todavía no ha caído el frío implacable y no llegan tormentas de arena desde el desierto del noroeste que azoten la ciudad, como suelen hacerlo en primavera. Días antes de que los aliados arribaran a la costa, el emperador había celebrado su 30 cumpleaños[(11)], y la tradición le había permitido al monarca, pese a estar asediado por los problemas, disfrutar de su pasión por la ópera durante cuatro días. El gran escenario, construido en tres niveles, se alzaba al aire libre, junto a un extenso lago, y Cixí vio las obras con él desde un quiosco al otro lado de un patio. En el momento del clímax, masas de actores —todos ellos, hombres que interpretaban papeles de los dos sexos y hacían también de dioses— cantaron y bailaron en los tres pisos, mientras felicitaban al emperador por su cumpleaños. Bajo un claro cielo de otoño, el viento transportaba la música hasta las celosías de todas las ventanas de unos jardines llenos de olor. El esplendor del Viejo Palacio de Verano se quedó grabado en la mente de Cixí y volvería a atormentarla con frecuencia. Su reconstrucción se convertiría en una obsesión para ella.

Después de recorrer 200 kilómetros en dirección nordeste, la corte atravesó la Gran Muralla y llegó al Pabellón de Caza real al borde de las estepas de Mongolia, en la región montañosa de Chengde. El «pabellón» era en realidad más grande que el Viejo Palacio de Verano, aunque menos lujoso. Había servido de base para expediciones de caza de varios emperadores. El emperador Kangxi, que lo construyó en 1703, era maestro cazador y, por lo visto, en una ocasión mató ocho tigres en una semana. Por la noche, los emperadores y sus hombres encendían hogueras y asaban las presas obtenidas, mientras bebían, cantaban y bailaban, sin la presencia de ninguna mujer. Se habían celebrado concursos de lucha y de remo en el largo y sinuoso lago. Uno de los edificios era una reproducción del Palacio de Potala, en Lhasa, y allí cerca, en una yurta mongola de aspecto marcial, lord Macartney había mantenido una audiencia inútil con el emperador Qianlong en 1793. Cixí no había estado nunca. Su marido había tenido que hacer frente al creciente caos en todo su reino, y ahora habían ido solo porque eran refugiados.

Durante esta crisis dinástica sin precedentes, Cixí no desempeñó ningún papel político. Vivía confinada en el harén, donde para ella era peligroso incluso insinuar sus opiniones. Su obligación era cuidar de su hijo, que entonces tenía cuatro años. Medio siglo después, en 1910, cuando ya había fallecido, un inglés, sir Edmund Backhouse, escribió una biografía de ella muy citada, *China under the Empress Dowager*, en la que incluyó un falso diario que presentaba a Cixí como una figura implacable que había intentado convencer a su esposo de que no huyera ni tratara de

negociar la paz con los extranjeros, sino que matara a sus mensajeros[62]. Era pura invención(12). Como demostrarían los acontecimientos, es cierto que Cixí se oponía a la política exterior de su marido y sus colaboradores más próximos, pero por motivos muy distintos. Mientras observaba la situación en silencio desde cerca, opinaba que su terca resistencia a abrir las puertas de China era estúpida y equivocada. En su opinión, el empeño en aislarse de Occidente, impulsado por el odio, no había logrado proteger el imperio, sino todo lo contrario. Había acarreado catástrofes como la destrucción de su amado Viejo Palacio de Verano. Ella seguiría una nueva ruta.

3
Muere el emperador Xianfeng (1860-1861)

Justo antes de huir hacia el Pabellón de Caza, el emperador Xianfeng ordenó a su hermano menor, el príncipe Gong, que permaneciera en la capital e hiciera frente a los invasores. El príncipe, de 27 años, era el sexto hijo de su padre, el que había sido descartado como sucesor al trono porque no sentía un odio visceral hacia los occidentales y tenía tendencias conciliadoras. Ahora, gracias a esas cualidades, llegó a un rápido acuerdo con los aliados, que consistió en aceptar todas sus demandas, incluido el pago de unas indemnizaciones de ocho millones de taeles de plata a cada país europeo. El 24 de octubre de 1860 firmó el Tratado de Pekín con Gran Bretaña y al día siguiente, con Francia. Los aliados se fueron y la paz quedó restablecida. Las potencias occidentales empezaron a instalar a sus representantes en Pekín y se dispusieron a tratar con el príncipe Gong.

El príncipe, a pesar de tener el rostro picado, como la mayoría de los hombres de su época que habían tenido viruela de niños, era atractivo. John Thomson, el famoso fotógrafo que años después le hizo fotos, dijo que el príncipe Gong «poseía lo que los frenólogos llamarían una cabeza espléndida. Sus ojos eran penetrantes y su rostro, en reposo, tenía una expresión taciturna y decidida»[63]. Cuando se sentaba, lo hacía en la postura dictada para los aristócratas manchúes: las piernas ligeramente separadas y los pies hacia afuera. Con la túnica adornada con una pluma montada en jade y un botón de color que indicaba su rango, era la imagen de un alto príncipe. Siempre que levantaba su pipa de largo tubo, aparecía de inmediato una llama en su pequeña cazoleta enjoyada, encendida por un criado arrodillado. El príncipe guardaba la pipa en un compartimento interior de su bota de raso negro, el «bolsillo» de un caballero en esos tiempos. Dichos bolsillos contenían diversos artículos, desde tabaco hasta documentos de Estado, desde dulces hasta pañuelos con los que los aristócratas se limpiaban la boca y lavaban sus palillos después de cenar en algún sitio (normalmente se llevaban sus propios palillos cuando comían fuera de casa). La funda de los palillos del príncipe colgaba de su faja, junto con una profusión de objetos revestidos de piedras preciosas, como una funda de abanico. Cuando recorría la capital, su silla de manos iba cubierta por un baldaquín y rodeada de un llamativo séquito a caballo. Todo el mundo le abría paso. Cuando se aproximaba a su destino, un jinete se adelantaba para avisar de su inminente llegada y asegurarse de que se colocaran en fila para recibirle.

El hermano del príncipe Gong, el emperador, decretó que, como gran príncipe, no debía rebajarse a recibir a los europeos en persona, aunque fueran los vencedores. Pero el príncipe era pragmático y sabía que la orden de su hermano no era realista. Firmó los tratados con británicos y franceses de su puño y letra, e incluso llegó

pronto al lugar de la cita para esperar a lord Elgin. Cuando llegó este, con una escolta de 400 soldados de infantería, 100 de caballería y dos bandas que iban tocando en cabeza de la procesión, el príncipe Gong se acercó a saludarle con las manos unidas delante del pecho, un gesto propio del saludo a un igual. Lord Elgin, según el general Grant, «le devolvió una mirada orgullosa y despreciativa y se limitó a una ligera inclinación, que debió de provocar un escalofrío al pobre Kung [Gong]. Era un hombre de aspecto delicado y noble»[64]. Elgin no tardó en mitigar sus muestras de soberbia. «Los dos representantes nacionales […] parecían dispuestos a tratarse como iguales, pero no como superiores»[65]. La actitud conciliadora del príncipe Gong le granjeó la simpatía de los europeos. Elgin le escribió una amigable carta de despedida al irse, en la que expresaba su deseo de que, en el futuro, la política exterior de China estuviera en manos del príncipe Gong[66].

El emperador Xianfeng autorizó los tratados y elogió al príncipe Gong por su labor. Luego hizo públicos los tratados por todo el imperio, los envió a todas las provincias y puso carteles en Pekín. «Quienes estén pensando en aprovechar la guerra para iniciar una revuelta se lo pensarán dos veces ahora que saben que se ha restablecido la paz», dijo[67]. El autor de un diario vio el anuncio y lloró: el emperador chino aparecía en la misma categoría que los monarcas de Gran Bretaña y Francia, algo que, para este hombre, era «una cosa totalmente inaudita y una degradación increíble»[68].

El país que salió más beneficiado de la guerra fue un tercero, Rusia, el vecino septentrional de China. El 14 de noviembre, el príncipe Gong firmó un tratado con el enviado ruso, Nikolái Ignátiev, por el que cedía a Rusia cientos de miles de kilómetros cuadrados de territorio al norte del río Amur y al este del Ussuri, que siguen definiendo la frontera hasta hoy. La región, que se consideraba «una vasta tierra salvaje», era un territorio que el jefe de la guarnición manchú local, el general Yishan, había entregado a Rusia en 1858, al parecer en un momento de pánico, cuando pensó que los rusos iban a ir a la guerra. El general ya había demostrado ser un cobarde mentiroso e irremediable durante la Guerra del Opio. El documento, consistente en tres párrafos que no ocupaban ni una página, nunca recibió la aprobación del emperador Xianfeng.

Sin embargo, el príncipe Gong reconoció ese documento tan irregular e incorporó su contenido al tratado con Rusia. Nikolái Ignátiev aseguró al príncipe que era él quien había convencido a los británicos y franceses de que aceptaran un acuerdo pacífico y que, por consiguiente, su país merecía una recompensa. El príncipe Gong le dijo al emperador que Ignátiev no había hecho nada de eso; en realidad, había «empujado a los británicos y los franceses a invadir». No estaba más que «aprovechando su presencia en Pekín para obtener exactamente lo que quiere». Pero, como consideraba que el ruso era «un personaje increíblemente astuto e inamovible»,

le preocupaba que fuera a «crear el caos» y «causar problemas imprevisibles», de modo que aconsejaba aceptar sus exigencias. El emperador Xianfeng maldijo a Ignátiev y le calificó de «totalmente aborrecible», pero dio su autorización; aunque no es fácil imaginar qué problemas podría haber causado, dado que los aliados estaban impacientes por regresar a casa. Y así fue como la dinastía Qing sufrió la mayor pérdida de tierras de su historia[69]. «Con este tratado en su bolsillo —escribe Michael Ignatieff, bisnieto de Nikolái—, Ignátiev y sus cosacos ensillaron sus caballos y se dirigieron a San Petersburgo», y:

después de atravesar toda Asia a caballo en seis semanas […] fue recibido por el zar, condecorado con la Orden de San Vladimiro, ascendido a general y poco después nombrado jefe del departamento de Asia en el Ministerio de Exteriores. Sin disparar un solo tiro, había obtenido para Rusia un territorio salvaje del tamaño de Francia y Alemania unidas y una franja de terreno alrededor de Vladivostok, el nuevo puerto del imperio en el Pacífico[70].

El hecho de que el príncipe Gong cediera sin luchar indica una falta de coraje que su padre ya había previsto y que volvería a manifestarse en otras circunstancias críticas. En cuanto al emperador Xianfeng, su preocupación en aquellos días era cómo evitar una audiencia con los enviados occidentales a Pekín, que habían solicitado presentarle sus credenciales. La perspectiva de encontrarse cara a cara con sus enemigos le resultaba insoportable y dijo al príncipe Gong que les negara la petición de tal forma que nunca más volvieran a plantearla. Si no, amenazó el emperador en tono irritado, «si regreso a Pekín y vuelven a pedirlo, te consideraré responsable y te castigaré». El príncipe Gong alegó que los europeos no tenían intenciones malévolas, pero el emperador fue categórico. Lord Elgin había llevado en sus dos viajes a China, en 1858 y 1860, cartas manuscritas de la reina Victoria al emperador Xianfeng profesando su buena voluntad. Las cartas volvieron a Gran Bretaña sin haberse entregado ni abierto[71].

Desde el norte, en el Pabellón de Caza al otro lado de la Gran Muralla, el emperador Xianfeng mantenía el contacto con el príncipe Gong, que estaba en Pekín, y continuaba su rutina administrativa, que incluía ocuparse de docenas de informes de todo el imperio cada día. Los documentos llegaban mediante un sistema antiguo pero eficaz, de mensajeros a caballo cuya velocidad se concretaba en función de la urgencia de cada mensaje. Los más urgentes tardaban dos días en llegar desde Pekín. Al principio, el emperador estaba deseoso de regresar a la capital, en cuanto se fueron los británicos y los franceses. El tiempo estaba volviéndose muy frío en el Pabellón de Caza y empeoraba día a día. Los palacios, que habían estado deshabitados durante

decenios, no estaban equipados para afrontar el duro invierno. Sin embargo, luego empezó a dudar: en varias ocasiones, después de anunciar su partida, anuló el viaje. Los funcionarios le instaban a volver y señalaban, inquietos, que el país corría peligro de inestabilidad si el emperador no estaba presente en la capital. Pero el argumento no convencía al monarca, ni tampoco su propio estado de salud. Al final decidió pasar el invierno en las tierras septentrionales, pese a saber que era perjudicial para su delicada naturaleza. Da la impresión de que el emperador estaba decidido a no residir en la misma ciudad que los delegados occidentales. Todo indica que estaba encarnando hasta el final la idea china del odio supremo: «¡Ni bajo el mismo cielo!» (*bu-gong-dai-tian*). O tal vez no podía soportar estar cerca del Viejo Palacio de Verano destruido. El exilio que se había impuesto a sí mismo se prolongó hasta hacerse permanente. Durante el interminable invierno en el rudimentario Pabellón de Caza, cayó enfermo y empezó a toser sangre. Once meses después de su llegada, el 22 de agosto de 1861, falleció.

En sus últimos meses de vida, aunque seguía ocupándose de los asuntos de Estado con gran diligencia y no dejó de trabajar más que los días que debía permanecer en cama, ya no escribía las instrucciones detalladas que emitía antes. Se permitió disfrutar de sus auténticas pasiones, la ópera y otros tipos de música, que interpretaban para él casi a diario. Los artistas habían viajado al pabellón desde Pekín convocados poco después de que se estableciera el monarca, y nada más llegar los habían llevado a su presencia, sin darles tiempo para cambiarse de ropa. Acabó habiendo más de 200 cantantes, bailarines y músicos en el Pabellón, que se quedó sin habitaciones. El emperador pasaba mucho tiempo con ellos, seleccionando los repertorios y escogiendo el reparto, observando ensayos y discutiendo con los artistas sobre sus interpretaciones. Escuchaba cómo cantaban la música que él mismo había compuesto. Los espectáculos, que solían durar horas, se llevaban a cabo a veces en un islote en medio de un lago, en un teatro exterior con el poético nombre de «Un toque de nube». Otras veces, se celebraban en los aposentos del emperador, o en los de Cixí y su pequeño hijo. El emperador vio óperas en 11 de sus últimos 16 días de vida, cada día durante varias horas. Dos días antes de morir, estuvo escuchando música desde las dos menos cuarto hasta las siete menos cinco de la tarde, con una única pausa de 27 minutos. La representación prevista para el día siguiente tuvo que ser anulada. El emperador se encontraba demasiado enfermo, y luego perdió el conocimiento[72].

Cuando esa noche recuperó la conciencia, Xianfeng llamó a su lado a sus colaboradores más íntimos, su viejo círculo, ocho príncipes y ministros, y les anunció su testamento. Su único hijo, el de Cixí, que tenía cinco años, sería el siguiente emperador, y los ocho hombres debían formar un Consejo de Regentes y gobernar de forma conjunta. Le pidieron que escribiera el testamento de su puño y letra con tinta roja, para que tuviera una autoridad incuestionable, pero no podía sostener el pincel.

Así que uno de ellos lo escribió por él y dejó claro que ese había sido el deseo del emperador. Xianfeng murió horas después, con esos hombres a su lado. China quedaba en manos de los regentes[73].

Eran los mismos hombres que habían ordenado la captura de los mensajeros de Elgin y los malos tratos que habían provocado una muerte horrible para algunos de ellos, con la consecuencia del incendio del Viejo Palacio de Verano. Eran los mismos hombres que habían ayudado al emperador Xianfeng a tomar sus decisiones más desastrosas, que desembocaron en su propia muerte. Cixí sabía que, con esos hombres al mando, siguiendo la misma ruta de autodestrucción, las catástrofes serían interminables y acabarían destruyendo a su hijo, además del imperio. Tomó la decisión de actuar, orquestar un golpe y arrebatar el poder a los regentes.

4
El golpe que cambió China (1861)

Aunque su hijo era el sucesor al trono, Cixí no tenía poder político. De hecho, al ser una concubina, no era ni siquiera la madre oficial del nuevo emperador. Ese papel le correspondía a la emperatriz Zhen, que asumió de inmediato el título de viuda emperatriz, *huang-tai-hou* (intercambiable con «emperatriz viuda»). Cixí no recibió ningún título. Tampoco acompañó a su hijo cuando un regente lo llevó a despedirse de su difunto padre y protagonizar un ritual consistente en sostener una copa dorada sobre la cabeza, vaciarla en el suelo y situarla sobre una mesa de cantos dorados situada delante del ataúd. En los registros de la corte, Cixí pertenecía al grupo de «otros» anónimos que, «encabezados por la emperatriz viuda», es decir, la emperatriz Zhen, realizó un ritual parecido[74].

Cixí necesitaba el título de emperatriz viuda. Solo entonces obtendría el estatus de madre del emperador y, sin él, no era más que una mera concubina. Parecía inevitable un enfrentamiento con la emperatriz Zhen, y las dos mujeres tuvieron una emocional disputa por primera vez en su relación. Pero pronto dieron con la solución. Rastrearon los archivos y se descubrió que había habido ya un caso similar. Casi 200 años antes, cuando el emperador Kangxi subió al trono, su madre también era una concubina, pero le habían otorgado el título de emperatriz viuda, de modo que habían convivido dos emperatrices viudas a la vez. Con este precedente, el Consejo de Regentes concedió el título a Cixí. La amistad de las dos mujeres salió indemne y empezaron a llamarlas las dos emperatrices viudas[75]. Para diferenciarlas, decidieron emplear distintos nombres honoríficos. La emperatriz Zhen adoptó el de «Ci'an», que quiere decir «bondadosa y serena»(13), y Cixí, que hasta entonces era la concubina imperial Yi, adoptó el nombre por el que se la conoce, que significa «bondadosa y alegre». Fue entonces cuando se la empezó a denominar emperatriz viuda Cixí.

Las dos mujeres no solo resolvieron un grave problema, sino que formaron una alianza política y pusieron en marcha un golpe de Estado. Cixí tenía 25 años y la emperatriz Zhen un año menos. Enfrente tenían a ocho hombres poderosos que controlaban la maquinaria del Estado. Eran muy conscientes del peligro que corrían. Un golpe era traición y, si fracasaba, se castigaba con la más dolorosa *ling-chi* (muerte de los mil cortes). Pero estaban dispuestas a asumir ese riesgo. No solo estaban decididas a salvar a su hijo y la dinastía, sino que además rechazaban la vida reglamentaria de las viudas imperiales, que consistía en vivir lo que les quedara de vida como prisioneras de hecho en el harén. Como querían transformar su destino y el del imperio, se dedicaron a conspirar, a menudo con las cabezas unidas sobre una gran cisterna de agua de cerámica esmaltada, mientras fingían contemplar sus reflejos

o hablar de cosas femeninas[76].

Cixí elaboró un ingenioso plan. Se había dado cuenta de que las disposiciones que había hecho su marido en el lecho de muerte tenían algún agujero legal. Los emperadores Qing demostraban su autoridad escribiendo con tinta roja. Desde hacía casi 200 años, cuando el emperador Kangxi era joven, esas instrucciones en rojo las había escrito siempre el emperador de su puño y letra. Sin embargo, el emperador actual era un niño y no podía manejar el pincel. Cuando el Consejo de Regentes emitía decretos en su nombre, no iba acompañado de ninguna muestra de autoridad. Estaba el sello oficial, pero solo se utilizaba en ocasiones muy formales, no en las comunicaciones diarias. Señalaron este defecto al Consejo después de que hiciera públicos sus primeros decretos. Entonces dijeron que el fallecido emperador había dado un sello informal al niño, que estaba en poder de Cixí, y otro similar a la emperatriz Zhen. Alguien sugirió al Consejo la posibilidad de estampar los sellos en los decretos como equivalente de la caligrafía imperial con tinta roja, para legalizarlos. Sin duda debió de ser una de las dos mujeres —si no ambas— quien señaló el defecto e hizo la sugerencia. Esos sellos informales, de los que había miles en la corte Qing, no eran instrumentos políticos, sino objetos artísticos encargados por los emperadores por puro placer, que a veces usaban para estamparlos en sus cuadros y sus libros, o los ofrecían como regalos en la intimidad del harén.

El Consejo de Regentes aceptó la solución y anunció que todos los futuros edictos tendrían estampados los sellos. Lo notificaron en forma de posdata en un decreto que ya estaba redactado y a punto de hacerse público, señal de que la idea les acababa de llegar y de que estaban de acuerdo y querían llevarla a la práctica a toda prisa. La posdata decía asimismo que el edicto en cuestión salía sin los sellos porque no había tiempo de estamparlos. Es evidente que no habían sabido de la existencia de los sellos hasta entonces y habían tenido que enviar a buscarlos al harén(14). Después hubo una proclamación oficial, que decretaba la obligación de estampar los dos sellos en todos los edictos: uno al principio y otro al final.

Así quedó establecida la autoridad de los sellos, una victoria que iba a ser fundamental en el futuro golpe[77]. Es posible que el sello supuestamente legado al niño y preservado por Cixí fuera en realidad un regalo a la propia Cixí, que ella atribuyó al niño emperador para dotarlo de más peso. El Consejo de Regentes aceptó de buen grado el uso de los sellos porque los consideraban unos simples artilugios de caucho. Las mujeres les habían hecho creer que «todo está en armonía, todo está bien», «todo discurre de acuerdo con las viejas normas»[78]. Los regentes estaban «muy satisfechos» con la conformidad de las dos emperatrices viudas y no tenían ni idea de lo que pasaba por sus cabezas.

A continuación, las mujeres intentaron ganarse al príncipe Gong como aliado. El príncipe era el noble más importante del país y gozaba de mucho aprecio. Entre los máximos funcionarios y generales existía el consenso de que él debía haber sido el regente. Mientras que el Consejo de Regentes designado no había provocado más que el desastre para el imperio, el príncipe había conseguido sacar a las tropas aliadas de Pekín y restablecer la paz. El ejército y la guardia pretoriana le escuchaban. Cixí tenía claro que el príncipe también deseaba cambiar de enfoque en la política exterior.

El príncipe Gong estaba en aquel momento en Pekín. Se había quedado después de firmar los tratados el año anterior, por orden expresa del emperador Xianfeng. Cuando había pedido a su hermano, que estaba enfermo, que le dejara ir a visitarle al Pabellón de Caza, el emperador le había respondido: «Si nos viéramos, no podríamos evitar recordar el pasado, y eso nos pondría tristes, y no sería bueno para mi salud […] Por tanto, te ordeno que no vengas»[79]. En su lecho de muerte, el emperador había vuelto a enviar instrucciones concretas al príncipe Gong de que permaneciera en la capital. No quería ver al príncipe porque tenía la intención de excluirlo del Consejo de Regentes, por el mismo motivo por el que su padre lo había excluido del trono. El príncipe Gong no sentía un odio radical hacia Occidente; era complaciente con los occidentales, como había demostrado la firma de los tratados. El príncipe no estaba resentido por ninguna decisión del emperador Xianfeng, por injusta que hubiera podido ser. Tenía fama de ser honorable. Desde la subida de su hermano al trono, no había mostrado ninguna envidia, solo una falta total de ambición personal. Había compuesto elegías en honor de su hermano, como correspondía que hiciera un príncipe por el emperador, y había escrito textos poéticos sobre las pinturas de su hermano, que era algo propio de dos amigos. El carácter del príncipe le había granjeado la confianza del emperador. Xianfeng le había dejado solo en la capital para tratar con los europeos, aunque sabía que estos preferían a su hermano y estaban preparando planes para ponerle en el trono en su lugar. Las impecables muestras de lealtad del príncipe Gong, su falta de interés en obtener el poder supremo y en las intrigas también fueron factores importantes en los que pensó Cixí mientras se preparaba para convertirse en su jefa.

En definitiva, pocos días después de la muerte de su esposo, Cixí logró discretamente que los regentes publicaran un edicto que autorizaba al príncipe Gong a visitar el Pabellón de Caza con el fin de decir adiós a su hermano, a pesar de las órdenes del difunto. No dejarle ir habría sido poco decoroso[80].

Cuando llegó el príncipe, se arrojó al suelo ante el ataúd y derramó un torrente de lágrimas. Un testigo observó que «nadie había mostrado tanta pena como él»[81]. Los que estaban presentes en la sala se conmovieron y empezaron a sollozar también.

Después de esta muestra de pesar, llegó un eunuco con un mensaje de Cixí y la emperatriz Zhen, que convocaban al príncipe al harén. Algunos nobles estaban en contra de que fuera y destacaron que, según la tradición, los cuñados debían mantenerse separados, en particular cuando la cuñada acababa de perder a su marido, aunque hablaran con el obligatorio biombo entre ellos. Pero las dos emperatrices viudas insistieron y enviaron más eunucos con la petición. El príncipe Gong, siempre deseoso de tener un comportamiento correcto, pidió a los regentes que fueran con él. Pero las dos mujeres se negaron categóricamente. De modo que fue solo y no salió hasta dos horas después[82].

Fue una audiencia muy larga, mucho más que las que se habían concedido a los regentes. Sin embargo, no les alarmó. Se creyeron la explicación del príncipe Gong de que había necesitado mucho tiempo para intentar convencer a las mujeres de que regresaran a Pekín lo antes posible y asegurarles que los extranjeros no representaban ningún peligro. Los regentes tenían confianza absoluta en la honradez del príncipe Gong y se habían dejado engañar por las dos mujeres, de modo que tenían un ánimo relajado y complaciente.

Al parecer, Cixí, que sabía lo prudente que era el príncipe, no abordó la idea del golpe en esa primera reunión. Revocar el solemne testamento del difunto emperador no era algo a lo que él pudiera estar dispuesto así como así. Lo que sí debió de conseguir la conversación fue que el príncipe Gong aceptara que no debían dejar el imperio por completo en manos del Consejo de Regentes, que, al fin y al cabo, tenía un historial penoso. Por consiguiente, el príncipe aceptó conseguir que alguien de los suyos pidiera que las dos emperatrices viudas participaran en la toma de decisiones y que «se escogiera a uno o dos príncipes con lazos de sangre para que ayudaran en los asuntos de Estado»[83]. La petición no debía mencionar el nombre del príncipe Gong. Desde luego, quería evitar la impresión de que deseaba el poder, pese a que tenía argumentos sólidos para hacerlo.

Se comunicó la iniciativa en secreto a la gente del príncipe en Pekín y se designó a un subordinado relativamente menor para que redactara la petición. El príncipe Gong temía que el Consejo de Regentes pudiera descubrir la vinculación con él cuando vieran el documento, así que partió del Pabellón de Caza antes de que llegara. La víspera de su viaje a Pekín, volvió a ver a Cixí y la emperatriz Zhen. Y esta vez fue inevitable hablar de lo que debían hacer si los regentes rechazaban la propuesta.

Parece que el príncipe Gong se mostró de acuerdo en utilizar la fuerza para derrocarlos, pero solo como último recurso y solo después de que se revelara algún acto imperdonable que hubieran cometido, para que el golpe tuviera imagen de legitimidad. Al príncipe le importaba mucho su honor. Todavía no estaba decidido cuál sería su papel tras el golpe, lo cual indica que el príncipe no pensaba que fuera a producirse pronto, ni tal vez nunca.

No habría pasado nada si no hubiera habido más iniciativa por parte de Cixí. Tal como se esperaba, los regentes rechazaron de forma categórica la petición, alegando que no se podía alterar el testamento del difunto emperador, además de la regla inflexible de que las mujeres no debían intervenir en política. Cixí necesitaba obligar a los regentes a hacer algo inexcusable para que el príncipe Gong estuviera de acuerdo en derrocarlos. La emperatriz Zhen y ella se propusieron provocarlos para que cometieran una afrenta. Con el emperador niño en brazos, llamaron a los regentes y entablaron una airada discusión sobre la petición. Los hombres se indignaron y exclamaron en tono despectivo que, como regentes, no tenían por qué responder ante las dos mujeres. Con sus gritos, el niño se asustó y se mojó los pantalones. Después de una larga pelea, Cixí fingió acatar el veredicto de ellos. Se anunció públicamente que la petición se rechazaba en nombre del emperador niño[84].

Cixí había conseguido que los regentes cometieran una infracción muy grave, porque se habían atrevido a gritar y comportarse de forma desconsiderada delante del emperador, y lo habían asustado. De modo que, con ese hecho como argumento, redactó personalmente un edicto en nombre de su hijo en el que condenaba a los regentes. Su caligrafía delataba la falta de formación académica. El texto estaba lleno de solecismos y frases poco elegantes, y salpicado de caracteres equivocados, unos errores muy fáciles de cometer. Cixí era consciente de sus carencias y escribió al final de su borrador: «Por favor, que el séptimo hermano me lo revise»[85].

El séptimo hermano era el príncipe Chun, el que se había casado con la hermana menor de Cixí, gracias a sus maniobras. Tenía entonces 20 años, había recibido una rigurosa educación clásica desde los cinco y era capaz de escribir «magníficas composiciones y bellas frases», según el gran tutor Weng, que acabaría siendo profesor de dos emperadores y cuya erudición era indudable. Alumno diligente, el príncipe había absorbido los clásicos hasta altas horas de la noche, contaba él mismo que había dependido de las palabras de sus maestros como «del sol en invierno» y había seguido sus enseñanzas de la misma manera que cuando «se mantiene uno en el sendero al borde de un precipicio, sin osar desviarse ni un paso». Era un hombre que necesitaba una guía, y Cixí estaba desempeñando esa función[86].

El príncipe Chun había quedado desolado por la derrota del emperador a manos de los occidentales, la quema del Viejo Palacio de Verano y la muerte de su hermano. Antes de que la corte huyera de Pekín, había rogado al emperador que no abandonara la capital y que le permitiera dirigir las tropas contra los invasores. Su hermano había rechazado sus súplicas, porque no quería enviarle a una muerte segura. Frustrado, el apasionado príncipe pensaba que los asesores del emperador tenían la culpa de haber manejado mal los acontecimientos y estaba deseando librarse de ellos[87]. Fue la primera persona, aparte de la emperatriz Zhen, a la que Cixí reveló sus planes sobre el golpe.

Cixí envió su borrador de edicto al príncipe Chun con un eunuco de su confianza. Él contestó al día siguiente con un texto revisado, que terminaba con el anuncio de la expulsión de los regentes. Su esposa, la hermana de Cixí, fue la encargada de llevar el texto corregido, que luego cosieron en el forro de la túnica de la emperatriz Zhen. En la carta que lo acompañaba, el príncipe Chun prometía su apoyo total a Cixí. Que estuviera decidida a actuar, decía Chun, era «sin duda una suerte para nuestro país», y él estaría a su lado, «suceda lo que suceda»[88].

Las palabras del príncipe Chun reflejaban el sentimiento predominante entre los príncipes, generales y funcionarios. Cixí sabía que sus acciones serían populares. Con esa seguridad y los dos sellos que representaban la autoridad monárquica, sentía que podía lograr el compromiso del príncipe Gong. Como él estaba en la capital, el plan de Cixí era reunirse con él allí antes de que fueran los regentes, para coordinarse y capturarlos cuando llegaran. Así que el príncipe Chun manipuló a los regentes para que aceptaran que el emperador niño debía tomar un atajo de regreso a Pekín en vez de acompañar el enorme ataúd del fallecido, que debía recorrer las carreteras principales y avanzar despacio, porque lo transportaban docenas de hombres, seguidos de toda la corte. Todos estuvieron de acuerdo en que había que ahorrar al niño un viaje tan largo y agotador.

En una fecha propicia, dos meses después de la muerte del emperador Xianfeng, partió del Pabellón de Caza la gran procesión que transportaba su féretro. Antes de que emprendieran su recorrido, se habían reparado puentes y las carreteras se habían aplanado, ensanchado y cubierto de tierra amarilla, tal como se exigía para todos los trayectos reales. Antes de levantar la caja, el emperador niño se arrodilló a su lado en un acto de despedida. Estaba previsto que volviera a hacer el mismo ritual para recibirlo 10 días después, en una puerta de la Ciudad Prohibida. La mitad de los regentes viajaba con la comitiva, presidida por el príncipe Chun. La otra mitad acompañaba al emperador niño, que, de acuerdo con las normas de la corte, iba sentado con la emperatriz Zhen en una silla de manos con cortinas negras, como señal de luto. Cixí iba en otra silla también cubierta de negro. Viajaron a toda velocidad y recorrieron la distancia hasta Pekín en seis días, cuatro menos que el ataúd. En cuanto llegó a las afueras de la capital, Cixí pidió ver al príncipe Gong y le presentó el edicto que anunciaría el golpe, autorizado con los dos sellos, uno al principio y otro al final. El príncipe Gong quedó convencido y se sentía capaz de convencer a otros de que expulsar a los regentes del poder era respetar las órdenes del nuevo emperador.

Propuso unos cuantos cambios para el edicto, como borrar su nombre, que aparecía cubierto de elogios por haber llevado la paz al imperio. La palabra empleada para referirse a los extranjeros, «bárbaros extranjeros», se sustituyó por otra más neutral, que significaba «países extranjeros», *wai-guo*. Después, el príncipe se dispuso a preparar las fuerzas necesarias para el golpe.

El último día del noveno mes lunar de 1861, mientras el féretro del emperador Xianfeng avanzaba hacia la capital con paso solemne, Cixí prendió la mecha de su golpe. Le dijo al príncipe Gong que reuniera a sus colaboradores y los llevara ante la emperatriz Zhen y ella y, cuando llegaron, ordenó que realizaran la proclamación del edicto. En una encantadora exhibición de tristeza, las dos emperatrices viudas acusaron a los regentes de intimidarlas a ellas y al emperador niño. Todos los presentes se mostraron muy indignados. En medio de la acusación, los regentes que habían viajado con Cixí llegaron corriendo al palacio y, a las puertas de la sala, gritaron que las mujeres habían infringido una norma cardinal al llamar a los funcionarios al harén. Cixí, con aire más indignado todavía, ordenó que se redactara y se sellara un segundo edicto allí mismo: la detención de los regentes por intentar impedir que el emperador viera a sus funcionarios, que era un delito grave.

El edicto original solo ordenaba que los regentes fueran depuestos. Ahora el príncipe Gong cogió el nuevo decreto y fue a arrestar a los regentes que habían estado gritando. Ellos aullaron: «¡Nosotros somos los que escribimos decretos! ¡Los vuestros no pueden ser válidos porque no los hemos escrito nosotros!». Pero los dos sellos mágicos los callaron. Los guardias que acompañaban al príncipe se los llevaron a rastras[89].

Armado con un tercer decreto sellado, el príncipe Chun detuvo a los regentes que habían viajado con el féretro. Fue personalmente a buscar a Sushun, que, en la práctica, era su jefe. Cuando el príncipe irrumpió en la casa en la que Sushun, que era un hombre de gran tamaño, estaba pasando la noche, lo encontró en la cama con dos concubinas. Sushun rugió «como un leopardo» y se negó a reconocer «la orden de detención». Ese desafío a un decreto imperial y el hecho de que parecía haber mantenido relaciones sexuales mientras escoltaba el féretro del difunto emperador dieron a Cixí motivos para ordenar que le ejecutasen. Sushun era el único hombre del Consejo de Regentes que tenía cierta idea de lo inteligente que era Cixí y había intentado que la mataran. Pero, como no sabía nada de su ambición y su habilidad, se había dejado convencer por otros y había abandonado su plan. Mientras se dirigía al lugar donde lo iban a ejecutar, mostró a gritos su pesar por haber subestimado a «esta simple mujer».

La aplicación de los castigos seguía un procedimiento estricto. Primero, el príncipe Gong presidió una mesa de príncipes y oficiales que debían atribuir unos delitos concretos a cada uno de los regentes y proponer los castigos apropiados, de acuerdo con las leyes penales. Para que cayeran los regentes, tenían que ser declarados culpables de traición. Pero los delitos que se habían alegado no justificaban ese cargo. El quinto día, después de que las deliberaciones se interrumpieran, las dos mujeres intervinieron con una prueba irrefutable: los ocho hombres, afirmaron, habían falsificado el testamento de su difunto esposo. Este era

un cargo tan grave —y tan improbable— que los miembros de la mesa de deliberación dudaron en mencionarlo, para que no les acusaran de inventarse pruebas. Las dos mujeres asumieron toda la responsabilidad y dejaron que la mesa anunciara que la información procedía de ellas. Eso permitió que el príncipe Gong y la mesa condenaran a los ocho regentes por traición. Los tres principales infractores fueron condenados a la muerte de los mil cortes. En una calculada demostración de magnanimidad, Cixí redujo enormemente las sentencias y no ejecutó más que a Sushun, y por un método mucho menos doloroso, la decapitación.

La ejecución de Sushun fue recibida con vítores por las muchas personas que le odiaban. Como máximo responsable de los Exámenes Imperiales, que se utilizaban para seleccionar a los funcionarios, se había mostrado siempre implacable con los candidatos más educados que viajaban hasta la capital, con grandes dificultades, desde todos los rincones del imperio. Los había tratado «como a esclavos», dijo el gran tutor Weng, también examinador. Sushun, que lideraba una especie de fanática lucha «contra la corrupción», había impartido castigos desproporcionados por delitos menores, cuando él era uno de los más corruptos. Acusó a un subordinado suyo, Junglu, de «desfalco» y estuvo a punto de cortarle la cabeza. Sin embargo, Junglu decía que Sushun le perseguía porque él se había negado a regalarle su colección de exquisitos frascos de rapé y un caballo de primera clase. La mañana de la ejecución de Sushun, Junglu se levantó temprano para estar en primera fila de la muchedumbre y ver rodar la cabeza de su enemigo. Después se fue directamente a una taberna y se emborrachó. Junglu guardó devoción eterna a Cixí, una devoción que posteriormente dio pie al rumor de que habían sido amantes[90].

Cixí ordenó a los otros dos principales regentes, el príncipe Zheng y el príncipe Yee, que se quitaran la vida, y envió a cada uno una larga bufanda de seda para que se ahorcaran con ella. Esta orden imperial, no tan infrecuente, tenía el poético nombre de *ci-bo*, «la seda otorgada». Se consideraba un favor para alguien condenado a muerte: era suicidio, no ejecución, y se podía llevar a cabo en privado. A los demás regentes caídos en desgracia los expulsaron, sin más (a uno lo enviaron a la frontera). Unos nuevos edictos anunciaron que no se iba a incriminar a nadie más, y los papeles confiscados en casa de Sushun se quemaron de inmediato, sin leerlos, delante del Gran Consejo[91].

En definitiva, dos meses después de que muriera su esposo, Cixí, a los 25 años, había culminado su golpe, con solo tres muertes, ninguna otra sangre derramada y ninguna revuelta. El enviado británico en Pekín, Frederick Bruce, se mostró asombrado: «Desde luego es extraordinario que unos hombres que llevaban mucho tiempo en el poder, que disponían del dinero del Estado y sus apoyos, hayan caído sin un disparo de resistencia y sin que se haya alzado una voz o una mano en su defensa». Era muestra de la popularidad del golpe orquestado por Cixí. Como

escribió Bruce a Londres, «por lo que puedo ver, la opinión pública parece unánime en la condena de Su-Shun [Sushun] y sus colegas y en la aprobación de los castigos que se les han asignado». El golpe no solo era un reflejo de los deseos de la gente, sino que «sin duda se ha organizado con gran habilidad» y no había causado más «confusión» que «un cambio de Ministerio»[92]. Corrió la voz de que Cixí era quien había organizado el golpe y eso le granjeó una tremenda estima. El virrey de Cantón, «de muy buen ánimo», la elogió ante el cónsul británico, que citó sus palabras en un mensaje a Londres: «La emperatriz madre es una mujer de mente [*sic*] y fuerte voluntad», el golpe estaba «bien hecho» y «ahora habrá esperanza»[93]. El famoso jefe militar y posteriormente gran reformador Zeng Guofan escribió en su diario, al conocer los detalles del golpe a través de amigos: «Me siento anonadado ante la sabia y decidida actuación de la emperatriz viuda, que ni siquiera grandes monarcas del pasado fueron capaces de conseguir. Estoy conmovido por la admiración y el pasmo»[94].

El príncipe Gong también estaba impresionado. Su gente pidió que fuera ella, y no el príncipe, quien tomara las riendas del país, una idea que sin duda tuvo su origen en él. Aunque no había precedentes en la dinastía Qing, decían los altos funcionarios, sí los había en otras dinastías que se remontaban a más de 1.700 años atrás. Mostraron una lista de emperatrices viudas que habían supervisado a sus hijos cuando eran pequeños. Ahora bien, en la lista no figuraba Wu Zetian (624-705 d. C.), la única mujer en la historia de China que se había proclamado de forma explícita «emperatriz» y que recibió el país por derecho propio, un hecho por el que recibió numerosas condenas. El respaldo a Cixí se basaba en el acuerdo de que su papel político era de transición, hasta que su hijo fuera mayor de edad.

Cixí había pensado en la posibilidad de que el príncipe Gong fuera el regente, pero cambió de opinión[95]. Ella era la que había logrado que el golpe triunfase, mientras que el príncipe había sido un subordinado, y su confianza en sí misma se incrementó. Al final, le otorgó el título de gran asesor —*yi-zheng-wang*—, que dejaba claro que ella era la que mandaba. El príncipe Gong se vio inundado de honores poco habituales, que insistió en rechazar, incluso llegando a estallar en lágrimas. Tal vez pensaba sinceramente que no los merecía. Seguiría sirviendo fielmente a Cixí y su causa común[96].

El noveno día de la décima luna de 1861, la víspera del vigésimo sexto cumpleaños de Cixí, se proclamó en todo el imperio, en nombre del nuevo emperador, que «a partir de ahora, todos los asuntos de Estado serán decididos personalmente por las dos emperatrices viudas, que darán órdenes al Gran Asesor y a los grandes consejeros para que las lleven a cabo. Los decretos seguirán emitiéndose en nombre del emperador»[97]. Cixí se había convertido en la auténtica gobernante de China, si bien, al mismo tiempo, se sintió obligada a declarar que gobernar no era su

deseo, ni el de la emperatriz Zhen. No hacían más que ceder a las súplicas de los príncipes y los ministros, que les habían rogado que cumplieran con su deber en unos tiempos tan difíciles. Pidió a la población que comprendiera su dilema y prometió que el joven emperador asumiría su puesto en cuanto llegara a la edad adulta[98].

La víspera de su cumpleaños, un día nublado y con cierta llovizna en el aire, era la fecha de la coronación de su hijo, Zaichun, que recibió el nombre de emperador Tongzhi, un nombre que significaba «Orden y prosperidad», el ideal confuciano de lo que debería aportar un buen gobierno a la sociedad(15). A las siete en punto de la mañana, llevaron al niño al salón más grande de la Ciudad Prohibida, el Salón de la Suprema Armonía, *Tai-he*. Vestido con una túnica de brocado amarillo, con bordados de dragones dorados que cabalgaban sobre nubes de colores, le colocaron en un trono de laca dorada, adornado con nueve dragones espléndidamente bañados en oro. Había más dragones tallados en el biombo posterior, las columnas de alrededor y el techo, en cuyo centro había un dragón enroscado con una gran bola de plata suspendida de sus dientes. La idea era que la bola caería sobre cualquiera que se sentase en el trono si no tenía autoridad para ser el monarca. Todo el mundo lo creía, y la propia Cixí no se atrevió jamás a sentarse en el trono(16).

Delante del sillón se encontraba una mesa rectangular, bañada en oro y cubierta de brocados amarillos con el dibujo de la nube propicia, sobre una alfombra amarilla. Sobre la mesa estaba un pergamino enrollado que contenía la proclamación imperial del nuevo reinado. Escrito en chino y en manchú, el pergamino amarillo tenía varios metros de largo y en él figuraba el gran sello oficial del nuevo emperador. Para envolverlo en misterio y solemnidad, cuatro quemadores de bronce, cada uno en una columna, desprendían nubes de incienso. La sala era oscura y misteriosa, en contraste con las relucientes terrazas exteriores de mármol blanco, que, en tres majestuosos niveles, resultaban aún más grandiosas con sus balaustradas esculpidas y sus grandes escaleras. Abajo, en la parte delantera, había una explanada empedrada de más de 30.000 metros cuadrados, ocupada ese día por altos funcionarios y oficiales que se habían reunido antes del amanecer y se habían alineado de forma ordenada y jerárquica. Bajo banderas y baldaquines de colores brillantes, acompañados por la música solemne de campanas y tambores, se arrodillaron repetidamente y se postraron ante el nuevo emperador.

Al terminar la ceremonia, una procesión escoltó el pergamino desde la Ciudad Prohibida hasta la Puerta de Tiananmén, en el sur. En lo alto de la puerta abrieron el documento y lo leyeron, primero en manchú y después en chino, ante los funcionarios agrupados a los pies de la muralla exterior, que estaban, todos, de rodillas. Una vez cumplimentado el ritual de leer la proclamación y postrarse varias veces, colocaron el pergamino en el pico de un ave fénix de oro, lo bajaron despacio, colgado de una cuerda, por el muro exterior, y lo colocaron en una urna que se llevaron escoltada por

una guardia de honor. En el Ministerio de Ritos se copió el documento en papel real especial para enviarlo a las provincias, donde se leyó a los funcionarios, nivel por nivel, hasta llegar a los más humildes. Se colgaron carteles en las ciudades y se transmitió la noticia a los pueblos. Al paso de las copias del documento, todos los oficiales y toda la gente corriente iban postrándose.

Cixí no estuvo presente en la coronación. No podía entrar en la majestuosa área principal de la Ciudad Prohibida, porque era mujer. No podía poner el pie en ella a pesar de ser quien de verdad gobernaba. De hecho, cuando su silla de manos pasaba cerca, tenía que cerrar la cortina y apartar la mirada en señal de humildad[99]. Prácticamente todos los decretos se publicaban en nombre de su hijo, porque Cixí no tenía autoridad para gobernar. Con este grave impedimento se dispuso a transformar China.

Segunda parte

Reinando desde detrás del trono de su hijo (1861-1875)

5
El primer paso en el largo camino hacia la modernidad (1861-1869)

Los indicios de una nueva era se vieron de inmediato. El príncipe Gong encabezaba el Gran Consejo y la media docena de grandes consejeros nuevos eran inteligentes y sensatos como él. Según Frederick Bruce, el primer enviado británico que residió en Pekín, eran «hombres de Estado que comprenden nuestro carácter y nuestros motivos lo suficiente como para confiar en nosotros», y que «están satisfechos con nuestra moderación, además de nuestra fuerza». En su opinión, el cambio de líder era «el incidente más favorable que ha ocurrido hasta ahora en el curso de nuestras relaciones con China»[100].

En efecto, gracias a los informes del príncipe Gong y tras ver que las tropas británicas y francesas se habían retirado de Pekín, Cixí había llegado a la conclusión de que era posible mantener relaciones amistosas con Occidente, y empezó a esforzarse para lograrlo. Comenzó a plantear las preguntas más lógicas y fundamentales: ¿Son el comercio exterior y la política de puertas abiertas dos cosas tan malas para China? ¿No podemos beneficiarnos de ellas? ¿No podemos utilizarlas para resolver nuestros problemas? Esta nueva perspectiva anunció el comienzo de la era de Cixí. Indicó que estaba sacando a China del callejón sin salida en el que había acabado, arrinconada por el odio obsesivo del emperador Xianfeng y cien años de política de aislamiento. Estaba trazando un nuevo rumbo para el país: el de abrirse al mundo exterior.

Cixí presidió el esfuerzo hercúleo, en colaboración con la emperatriz Zhen, desde el harén. Se levantaban entre las cinco y las seis de la mañana, a veces incluso a las cuatro —que siempre era una tortura para Cixí— con el fin de estar listas en el salón de audiencias a las siete. Aparecían espléndidamente vestidas, en unas túnicas formales con dibujos de aves fénix, zapatos adornados con perlas y el cabello lleno de joyas y peinado en un moño en forma de altísima torre. En el salón se sentaban una al lado de la otra, detrás de un biombo de seda amarilla, a través del cual discutían los asuntos con los grandes consejeros. Los consejeros llevaban un tiempo esperando en sus despachos, de una sencillez deliberada, con mesas y sillas austeras, cubiertas con telas. Cuando terminaban las reuniones, las dos mujeres concedían audiencias a funcionarios de todo el imperio. El emperador niño, Tongzhi, se sentaba en un pequeño trono delante del biombo, de cara a los funcionarios, mientras que las mujeres eran apenas visibles detrás de él. Para asistir a estas audiencias, los funcionarios se levantaban poco después de medianoche para ir hasta la Ciudad Prohibida, y el ruido de sus carros de mulas y las pezuñas de los animales eran casi

los únicos sonidos en las calles desiertas de Pekín. Durante toda la audiencia, permanecían postrados y con la mirada baja.

Solía ser Cixí la que hacía las preguntas. Se le daba bien proyectar una imagen de autoridad. Mientras estaba en el harén, como muchas observaban, era vivaracha y aficionada a reírse; pero en cuanto aparecía un eunuco para anunciar, de rodillas, que su silla de manos estaba lista para llevarla al salón de audiencias, dejaba de sonreír y asumía un aire intimidatorio[101]. Incluso separados por el biombo, los funcionarios podían sentir su imponente presencia, y ella podía juzgar la personalidad de ellos. Muchos de los que asistían a esas audiencias decían que Cixí parecía capaz «de leernos el pensamiento» y que, «de un vistazo», parecía poder «desentrañar el carácter de todos los que comparecen ante ella»[102]. La emperatriz Zhen permanecía callada y discreta, en un voluntario segundo plano[103].

Después de las audiencias, de vuelta en sus aposentos, las mujeres se cambiaban la ropa por otra menos formal y más cómoda y se quitaban algunas joyas, que hacían que los tocados pesaran demasiado. Sacaban los informes del día de una caja amarilla y, de acuerdo con una serie de costumbres de la corte que pronto aprendieron, doblaban una esquina de una página o la marcaban con la uña para indicar «Informe registrado», «Seguir la recomendación», etcétera. Gran parte del trabajo diario consistía en puras tareas administrativas, por ejemplo, aprobar nombramientos de funcionarios. La emperatriz Zhen se encargaba de ellos por su cuenta, y casi todos los documentos de este tipo llevaban solo su sello[104]. Las decisiones políticas eran competencia de Cixí. Durante veinte años, las dos mujeres trabajaron en perfecta armonía, hasta la muerte de la emperatriz Zhen en 1881. El hecho de que siguieran siendo amigas toda la vida, además de colaboradoras políticas, fue un hecho extraordinario, «casi único, si no del todo, en la historia»[105], comentó un misionero estadounidense.

Se suele decir que el príncipe Gong tomaba todas las decisiones en lugar de Cixí, dado que esta, que era una mujer «semianalfabeta», tenía experiencias y conocimientos limitados. Los abundantes intercambios documentados entre ellos, y entre Cixí y los funcionarios, indican todo lo contrario: que el príncipe Gong y todos los demás respondían ante Cixí y ella era quien decidía. Siempre consultaba al príncipe, por supuesto, y a veces suscitaba debates entre los funcionarios de más rango. Después daba sus órdenes al Gran Consejo, de palabra, y los consejeros o sus secretarios ponían los decretos por escrito. Después de aprobarlos, la emperatriz Zhen y ella estampaban sus sellos en los documentos. De acuerdo con las normas Qing, los grandes consejeros (incluido el príncipe Gong) tenían prohibido añadir o cambiar alguna cosa en un decreto.

La dinastía contaba con un contrapeso político que era un órgano de vigilancia tradicional e institucional, los censores, *yu-shi*: los «críticos» oficiales. Además de

ellos, Cixí animaba a otros funcionarios a que hicieran comentarios críticos, y así comenzó una tendencia que desembocó en la participación de los eruditos en los asuntos de Estado, en agudo contraste con la tradición, que la desaconsejaba. Estos «opositores» informales se convirtieron en una fuerza importante en el país y adquirieron un nombre colectivo, *qing-liu,* «río limpio», en referencia a que no se guiaban por sus propios intereses. La propia Cixí era uno de sus blancos. Con los años, los miembros del Gobierno se quejaron de que las críticas dificultaban su trabajo, pero Cixí nunca intentó acallarlos. Da la impresión de que sabía de forma instintiva que un gobierno necesita voces discrepantes. Entre esas voces descubrió a algunos personajes notables a los que ascendió a altos cargos. Uno de ellos fue Zhang Zhidong, que llegó a ser uno de los principales reformadores. Cixí tenía cuidado de no enfrentarse a la opinión mayoritaria, pero la decisión definitiva siempre era suya.

Para dirigir el imperio era necesario tener más dominio del lenguaje y más conocimiento de los clásicos de los que tenía Cixí. Así que recibía clases de eunucos educados. Sus lecciones eran una especie de lecturas en la cama y se desarrollaban antes de la siesta o de noche. Se sentaba con las piernas cruzadas en la cama, con un libro de poesía o un clásico en la mano. Los eunucos se sentaban sobre cojines en el suelo, delante de una mesa baja. Repasaban los textos, y ella los leía después. La lección se prolongaba hasta que ella caía dormida[106].

Con Cixí, China entró en un largo periodo de paz con Occidente. Por ejemplo, el Gobierno británico advirtió que «China está preparada para entablar relaciones íntimas con extranjeros en vez de […] esforzarse por impedir cualquier relación con ellos». Y «como la política de China es fomentar el comercio con las naciones del mundo, sería suicida que no hiciéramos todo lo posible para ayudar al Gobierno liberal de China». De modo que Gran Bretaña y otras potencias adoptaron una «política de cooperación». «Nuestro rumbo actual», dijo lord Palmerston, a la sazón primer ministro, «es fortalecer el imperio chino, aumentar sus ingresos y facilitar que pueda tener una Armada y un ejército mejores»[107].

El príncipe Gong, que dirigía el primer Ministerio de Exteriores de China además del Gran Consejo, se llevaba bien con los diplomáticos occidentales. Era un hombre encantador. El abuelo de las hermanas Mitford, Algernon Freeman-Mitford, observó que era «dado a las bromas y la diversión» e incluso parecía «tener un carácter frívolo». «Mi monóculo era una verdadera bendición para el príncipe. Cuando estaba perdiendo una discusión y no sabía como responder, se detenía, levantaba las manos lleno de asombro, me señalaba y exclamaba: “¡Una sola lente! ¡Maravilloso!”, de forma que, a mi costa, creaba una distracción y ganaba tiempo para pensar su respuesta»[108].

La primera ventaja que obtuvo Cixí de esta nueva relación de amistad fue la ayuda de las potencias occidentales para derrotar a los rebeldes de Taiping. En aquella época, 1861, los campesinos llevaban diez años librando feroces batallas en el interior de China, y controlaban amplias franjas de las mejores tierras del país, a orillas del río Yangtsé, y algunas de las ciudades más ricas, como Nankín, su capital, muy próxima a Shanghái. Como los rebeldes se declaraban cristianos, al principio, los occidentales habían simpatizado con ellos. Pero pronto se decepcionaron, cuando se vio con claridad que los Taiping tenían poco que ver con el cristianismo. Durante mucho tiempo, su líder, Hong Xiuquan, impuso la abstinencia sexual absoluta a los miembros de menor categoría y decretó la pena de muerte para quienes infringieran la prohibición, aunque estuvieran casados; sin embargo, autorizaba a sus jefes a tener hasta 11 esposas cada uno, y él llegó a tener 88 consortes. Escribió más de 400 «poemas» obscenos en los que decía a las mujeres cómo dar placer al Sol, que es el nombre que se asignaba a sí mismo[109]. Y eso no era lo peor: las hordas de campesinos rebeldes emprendían matanzas crueles e indiscriminadas de personas inocentes y prendían fuego a pueblos y aldeas allá por donde pasaban. Destruyeron una superficie equivalente a la de Europa Occidental y Central. El *North China Herald*, que se publicaba en lengua inglesa, llegó a la conclusión de que «toda la historia» de la rebelión de Taiping «ha sido una sucesión de carnicerías, saqueos y desorganización; y [su] avance del sur hacia el norte, y ahora en la parte oriental de esta desgraciada tierra, ha ido siempre acompañado de desolación, hambruna y pestilencia»[110]. Los rebeldes tampoco tenían buenas relaciones con los cristianos occidentales; rechazaron sus peticiones de que dejaran en paz Shanghái e intentaron capturar la ciudad, con el consiguiente peligro para los negocios y la seguridad de los extranjeros.

Algunas potencias se habían ofrecido a ayudar a luchar contra los Taiping mientras el emperador Xianfeng aún vivía. Pero él odiaba por igual a unos y otros. Poco después de su muerte volvieron a hacer la propuesta, y Cixí aceptó entusiasmada. A quienes sospechaban que los occidentales no tenían buenas intenciones y muy bien podían acabar ocupando las tierras que arrebataran a los rebeldes, les razonaba: «Desde que se firmaron los tratados, Gran Bretaña y Francia han mantenido su palabra y se han retirado. Les interesa ayudarnos»[111]. Tomó ciertas precauciones, no obstante, y se negó a usar tropas occidentales, siguiendo el consejo de Thomas Wade, secretario de la legación británica, de que tener tropas extranjeras en suelo chino no era bueno para China(17). A Cixí le impresionó que Wade le diera consejo pensando en el bien de China. Decidió aceptar a oficiales occidentales para equipar, entrenar y dirigir a soldados locales, bajo la autoridad de un jefe supremo chino[112].

Con su apoyo, Frederick Townsend Ward, un curtido aventurero y mercenario de

30 años de Salem, Massachusetts, con aptitudes para el mando, organizó un ejército de varios miles de chinos, con entrenamiento occidental y oficiales occidentales. Ward y sus hombres ganaron muchas batallas, de las que Cixí se enteraba en elogiosos informes. Le confirió grandes honores públicos y dio a sus fuerzas el nombre de Ejército Siempre Victorioso. Era inaudito que unos decretos imperiales «reconocieran de manera franca y explícita» los méritos de un extranjero, y a los occidentales aquello les pareció «una señal importante del cambio de actitud en los chinos»[113].

Ward resultó mortalmente herido en una batalla en 1862, y Cixí ordenó la construcción de un templo en su honor. El oficial inglés Charles Gordon asumió el mando del Ejército Siempre Victorioso. Gordon era firme partidario de «acabar con la rebelión». Escribió: «No hay palabras para expresar los horrores que sufren estas personas a manos de los rebeldes, ni el espantoso desierto en que han convertido esta rica provincia. Está muy bien hablar de la no intervención; y yo no soy especialmente sensible, ni suelen serlo nuestros soldados; pero desde luego estamos impresionados por la absoluta miseria y desgracia de esta pobre gente»[114]. Como Ward, Gordon tenía tendencia a fanfarronear y entraba en acción armado solo con un bastón de ratán. Sus hombres le consideraban un héroe. Acabaría siendo el famoso Gordon *El Chino*, y desempeñando un papel clave —algunos dicen que indispensable— en la derrota de la rebelión de Taiping y la salvación de la dinastía Qing.

Aunque no tenía contacto directo con los guerreros ni los enviados occidentales, Cixí tardó poco tiempo en aprender sobre Occidente y captar ideas de los voluminosos y detallados informes que recibía del príncipe Gong y otros funcionarios que sí trataban con ellos. En un caso, un decreto imperial había agradecido a «los ingleses y los franceses» que hubieran atacado con proyectiles a las tropas de Taiping. El enviado francés protestó y señaló que solo habían participado los franceses, no los ingleses. Cixí dijo a sus diplomáticos: «Podéis decir que son minucias de extranjeros, pero también podéis ver que tienen razón. En el futuro, cuando hagáis un informe, no os desviéis ni una coma de los hechos»[115]. Había puesto el dedo en la llaga de la anticuada tendencia china a la imprecisión.

Un dato que la impresionó fue que a los occidentales les importaban las vidas individuales de los chinos. Era lo que le decía con frecuencia Li Hongzhang, que era el jefe por encima de Ward y Gordon. Con su cuidada perilla y unos ojos afilados que habían visto muchas cosas, Li, que tenía el título de conde, era el caballero confuciano clásico, pero iba a evolucionar hasta ser el más famoso de todos los reformadores de China. En estos primeros tiempos, gracias a sus tratos diarios con los occidentales, ya estaba aprendiendo de ellos, mientras la mayoría de sus colegas seguían considerándolos extraños. Hacia finales de 1863, el conde Li y Gordon sitiaron la ciudad de Souzhou, famosa por sus sedas, sus jardines y sus canales

(algunos la llamaban la Venecia china) y estratégicamente situada cerca de Nankín, la capital de los Taiping. Convencieron a ocho jefes rebeldes que defendían la ciudad de que se rindieran, con la promesa de otorgarles seguridad y un alto cargo a cambio. En su campamento a las afueras de la muralla, el conde Li ofreció a los jefes un banquete al que no invitó a Gordon. Cuando estaban bebiendo entraron ocho oficiales, que vestían los sombreros de honor de los mandarines, con un botón rojo en lo alto y una pluma de pavo alzada sobre él. Los oficiales se arrodillaron ante los jefes y les ofrecieron los sombreros. Todos los asistentes al banquete se pusieron de pie y observaron. Los jefes se levantaron, se quitaron los pañuelos amarillos que llevaban y estaban a punto de coger los sombreros y ponérselos cuando, en un instante, aparecieron ocho espadas y las ocho cabezas quedaron colgadas del pelo y sujetas por los oficiales. El conde Li, que se había ausentado del banquete justo antes de que entraran los oficiales para no estar presente en el momento de los asesinatos, había ordenado matarlos para prevenir una posible traición, como las que ya habían ocurrido con anterioridad. A continuación, su ejército irrumpió en Souzhou y mató a las decenas de miles de soldados de Taiping que creían estar a salvo.

Gordon, que había dado a los jefes asesinados su palabra y les había garantizado personalmente la vida, se llenó de justa indignación y renunció al mando del Ejército Siempre Victorioso. Aunque comprendía, a su pesar, el punto de vista del conde Li, sintió que, como oficial inglés y caballero cristiano, tenía que separar su nombre de aquel acto de «barbarie asiática»[116].

El conde Li informó a Cixí de la enérgica reacción de Gordon y de las protestas de los diplomáticos y mercaderes extranjeros por los asesinatos. Cixí no hizo ningún comentario, pero seguro que tuvo que sentir cierta admiración por los occidentales. Los ideales de Confucio también consideraban que era abominable matar a personas inocentes y a los que se habían rendido. Y las fuerzas imperiales estaban cometiendo matanzas y comportándose tan mal como los odiados rebeldes de Taiping, con la notable excepción del Ejército Siempre Victorioso. (El conde Li escribió a un colega que los hombres de Gordon «pueden derrotar a los bandidos pero no matan a todos los posibles, así que mi ejército es el que tiene que ayudarles»[117]). Cixí y su círculo de funcionarios estaban abandonando la idea de que los occidentales eran unos «bárbaros». De hecho, parece que, a partir de entonces, Cixí desarrolló una actitud algo defensiva de su propio país y sus costumbres.

Gordon se puso manos a la obra con el conde Li para disolver el Ejército Siempre Victorioso. Para Cixí supuso un alivio. Había estado dándole vueltas a qué hacer con este ejército cuando se acabara la guerra, porque la invencible fuerza no obedecía más que a Gordon y no aceptaba las órdenes de Pekín. En su carta al príncipe Gong, Cixí decía: «Si Gordon toma las medidas adecuadas para disolver el ejército y enviar a los oficiales extranjeros a sus países, demostrará que es verdaderamente bueno para

nosotros y que siempre ha actuado en nuestro beneficio». Antes de que el inglés partiera, Cixí le hizo encendidos elogios en público y le ofreció unas recompensas muy generosas, que incluían 10.000 taeles de plata. Gordon rechazó el dinero alegando que no era un mercenario, sino un oficial. Cixí preguntó al príncipe Gong, desconcertada: «¿De verdad piensa eso? ¿No es cierto que los extranjeros no desean más que dinero?». Envió al conde Li y otros funcionarios a ver a Gordon para preguntarle qué le satisfaría. Tras la recomendación de Li, Cixí le concedió un honor peculiar: una chaqueta de mandarín, del color amarillo reservado a la realeza, que solo el emperador estaba autorizado a llevar. Gordon había dado a Cixí mucho que pensar sobre los occidentales[118](18).

Para derrotar a los rebeldes de Taiping, Cixí otorgó a varios personajes han un ascenso sin precedentes: el conde Li, por ejemplo, y también Zeng Guofan, a quien hizo marqués. Fue el ejército del marqués Zeng el que, por fin, recuperó Nankín en julio de 1864. La toma señaló el final de la revuelta de Taiping, la mayor rebelión campesina de la historia de China, que había causado la muerte de alrededor de 20 millones de personas en 50 años de guerra. Su líder, Hong Xiquan, murió por enfermedad antes de la caída de Nankín, y su hijo y sucesor fue condenado a la muerte de los mil cortes, como ordenaban las leyes Qing, pese a tener solo 14 años. También fueron condenados a esta forma de ejecución otros jefes Taiping capturados. Las informaciones sobre estas muertes tan sangrientas, publicadas en periódicos como el *North China Herald*, acompañadas de fotografías muy explícitas, horrorizaron a los occidentales. Thomas Wade, que para entonces era el encargado de negocios británico, escribió al príncipe Gong para sugerirle que, ahora que se había aplastado la rebelión, China debería abolir esa salvaje forma de castigo. Era «demasiado cruel y profundamente inquietante» para la gente de Occidente, dijo Wade, que añadió que su abolición le granjearía al imperio sentimientos muy favorables y grandes ventajas políticas. El príncipe rechazó la petición y dijo a Wade que el castigo casi no se utilizaba pero era necesario para amedrentar a posibles rebeldes para que no destruyeran numerosísimas vidas. «Sin este castigo, lamento decir que la gente en China no tendría nada que temer […] y muy pronto habría cada vez más criminales, y sería difícil garantizar la paz y la estabilidad»[119]. El príncipe estaba reconociendo que ni siquiera las ejecuciones por métodos como la decapitación podían disuadir a los rebeldes y que el imperio no podía sobrevivir sin ese castigo tan cruel. Cixí no contradijo al príncipe Gong, pero tampoco añadió ninguna nota personal, como había hecho el emperador Qianlong en 1774 cuando escribió de su puño y letra a propósito de un jefe rebelde, Wang Lun, que el hombre debía ser condenado a morir mediante «mil cortes, que deben dejarle la piel del

cuerpo como escamas de un pez», y a sus familiares había «que decapitarlos, a todos, hombres, mujeres, viejos y jóvenes»[120].

Para los chinos, el lado humanitario de la cultura occidental estaba asombrosamente en sintonía con su propio ideal, *ren*, la benevolencia, que, según Confucio, era el objetivo supremo de todos los gobernantes. El príncipe Gong elogió a Wade por «tener el espíritu de *ren*», pero expresó su pesar por que su ideal no pudiera hacerse realidad aún en China.

Con el fin de la rebelión de Taiping, también fueron acabando otras revueltas, una detrás de otra. A los pocos años de llegar al poder, Cixí había restablecido la paz. Ello le otorgó una autoridad indiscutible a ojos de la clase dirigente y redujo la oposición a sus futuras políticas para reanimar el país, que se encontraba en un estado lamentable(19). Las guerras habían costado más de 300 millones de taeles de plata. Las calles de Pekín estaban abarrotadas de mendigos; algunos eran mujeres que, en lugar de ocultarse como era habitual, abordaban a los transeúntes, vestidas con poco más que andrajos. Y sin embargo, bajo la dirección de Cixí, China iba a vivir una asombrosa recuperación en menos de un decenio e iba a empezar a gozar de cierta prosperidad. Un factor que contribuyó a esa mejora fue la nueva y gran fuente de ingresos que constituían los aranceles del comercio con Occidente, cada vez más intenso, como consecuencia de la política de puertas abiertas instaurada por ella.

Cixí había comprendido las inmensas posibilidades del comercio internacional, cuyo centro estaba en Shanghái, situada donde el río Yangtsé, que nace en el Himalaya, cruza el centro de China y sale al mar. A los pocos meses de su golpe, a principios de 1862, le había dicho al príncipe Gong: «Shanghái no es más que un remoto rincón, y está tan amenazado [por los Taiping] como una montaña de huevos. No obstante, gracias a la congregación de comerciantes extranjeros y chinos, ha sido una espléndida fuente para mantener el ejército. Sé que en los dos últimos meses ha recaudado 800.000 taeles solo en aranceles a la importación». «Debemos hacer todo lo posible para proteger este lugar», concluyó[121]. Shanghái le demostró que la apertura a Occidente representaba una tremenda oportunidad para su imperio, y la aprovechó. En 1863 visitaron Shanghái más de 6.800 buques de carga, un salto de gigante respecto a los aproximadamente 1.000 anuales que llegaban en tiempos de su difunto esposo[122].

La expansión del comercio exterior obligó a China a contar con un Servicio de Aduanas eficiente e incorrupto. Por recomendación del príncipe Gong, Cixí nombró a Robert Hart, de 28 años, que procedía del Ulster, del condado de Armagh, inspector general de las Aduanas Marítimas Chinas, en las que ya estaba trabajando. Un año después del nombramiento, ya le había otorgado una condecoración.

Nacido el mismo año que ella, 1835, y educado en el Queen's College de Belfast, Hart había llegado a China siendo un inteligente, honrado e inocente joven de 19 años que aspiraba a ser intérprete en el servicio consular británico. Lingüista brillante, llevaba consigo además un montón de premios de lógica, latín, literatura inglesa, historia, metafísica, historia natural, jurisprudencia y geografía física. Sus diarios muestran que era cristiano devoto, preocupado por lo que era justo y moral, y que sentía profunda simpatía por los chinos. Una anotación escrita poco después de su llegada a Hong-Kong describía un paseo vespertino a la orilla del mar con un tal señor Stace: «Me sorprendió bastante ver cómo trataba a los chinos, arrojando sus cosas al agua y tocándoles con el bastón porque no se habían apartado del muelle cuando entró su barco. Era la hora de la cena allí; y, dado que para ellos era una hora sagrada, no estaban dispuestos a trabajar hasta acabar de comer»[123].

Después de una década de trabajar en China, era innegable que Hart era un hombre justo y muy capaz, con dotes de mediador y talento para encontrar compromisos aceptables. Conocía sus virtudes y estaba seguro de sí mismo. La mañana en que llegó el despacho oficial que anunciaba su nombramiento, no lo abrió de inmediato, y escribió después, con más que una pizca de satisfacción:

> Tomé mi desayuno como siempre, y después, como siempre, leí mi capítulo de la mañana y recé […] El despacho abierto: primero, una carta muy cordial de sir F. Bruce, que me pedía que aceptara el puesto de inspector y me garantizaba el apoyo de los ministros de exteriores; segundo, una larga carta […]; tercero, una larga carta en chino […]; cuarto, un despacho del [Ministerio chino de Exteriores] nombrándome inspector general, etcétera, etcétera[124].

Con Hart, las Aduanas chinas dejaron de ser una institución anticuada, anárquica y propensa a la corrupción para convertirse en una organización moderna, bien regulada, que contribuyó enormemente a la economía china. En cinco años, hasta mediados de 1865, proporcionó a Pekín aranceles muy por encima de los 32 millones de taeles[125]. Las indemnizaciones a Gran Bretaña y Francia se pagaron con dinero obtenido por las Aduanas, y el pago se completó a mediados de 1866, con un coste mínimo para el país en su conjunto[126].

Con la nueva riqueza, Cixí empezó a importar alimentos a gran escala. China llevaba mucho tiempo siendo incapaz de producir suficiente comida para alimentar a su población, y la dinastía siempre había prohibido la exportación de cereal. A partir de 1867, hubo importaciones sistemáticas y libres de impuestos, registradas por las Aduanas. Ese año, se importó arroz, el alimento esencial, por valor de 1,1 millones de taeles. La búsqueda y adquisición de alimentos se convirtió en una de las principales tareas de las Aduanas durante el mandato de Hart, y el empleado a quien se le asignó

fue condecorado por Cixí[127].

El empleo de Hart y muchos otros extranjeros causó resentimiento entre los funcionarios. Fue una medida audaz.

El lema de gobierno de Cixí era «Hacer fuerte a China», *zi-qiang*. Hart quería mostrar a Pekín cómo lograrlo mediante la modernización. Su propósito, según escribió en su diario, era «abrir el país al acceso de todo lo que la civilización cristiana haya podido aportar a la comodidad o el bienestar, material o moral, del hombre […]». Deseaba el «progreso» para China. Y en esos tiempos, el progreso significaba técnicas modernas de minería, el telégrafo y el teléfono y, sobre todo, el ferrocarril. En octubre de 1865, Hart presentó un memorándum al príncipe Gong.

En su prisa por «hacer que renazca la vieja dama» —China—, Hart amonestaba y amenazaba. «De todos los países del mundo, no hay ninguno más débil que China», afirmaba, y echaba la culpa de las derrotas militares del país a la «escasa inteligencia» de sus gobernantes. Escribía en tono premonitorio que, si China no seguía sus consejos, las potencias occidentales «quizá tengan que emprender una guerra para obligarla». Estas palabras reflejaban una actitud habitual entre los occidentales, que tenían la sensación de que «saben lo que quiere China mejor que ella misma» y que debían «agarrarla del cuello» e «imponer el progreso»[128].

El príncipe Gong tardó meses en transmitir el memorándum de Hart a Cixí. Este extraño retraso se debió seguramente a que temía que la emperatriz viuda se enfadara hasta el punto de despedir a Hart y, con ello, matar la gallina de los huevos de oro. Aunque Cixí fomentaba las críticas duras y los consejos sinceros de sus funcionarios, nadie había hecho gala de tanta arrogancia ni usado unas amenazas tan directas. El príncipe Gong no podía estar seguro de cómo iba a reaccionar. Decidió enviar a Hart al extranjero, para que, si la emperatriz viuda decidía despedirle, por lo menos la orden no se pudiera llevar a la práctica de inmediato y hubiera tiempo para convencerla y que cambiara de opinión. Ofreció a Hart unas vacaciones para volver a ver a los suyos en Europa, algo que él llevaba tiempo solicitando.

Hart partió a finales de marzo de 1866 y su memorándum llegó a manos de Cixí el 1 de abril, junto con otro documento lleno de consejos del encargado de negocios británico, Thomas Wade, que planteaba más o menos las mismas cuestiones y más o menos en el mismo tono, pensado para «asustarles», según Hart. Después de entregar los documentos, el príncipe Gong se quedó preocupado. Cuando el agregado británico Freeman-Mitford fue a verle para insistir en «ferrocarril, telégrafos» y «todas las viejas historias de las que hemos hablado cien veces», notó que el príncipe estaba «muy nervioso e inquieto. Se retorcía, se agachaba y se escurría como una liebre»[129].

El príncipe había infravalorado a Cixí. Ella leyó los memorandos con atención y luego se los envió a diez altos funcionarios encargados de asuntos exteriores, comercio y provincias, para que opinaran sobre ellos. En la letra que acompañaba las copias no había ninguna muestra de ira ni animadversión hacia Hart ni Wade; a diferencia del informe redactado por el príncipe Gong, lleno de destellos de resentimiento. Cixí se tomó con calma la arrogancia occidental y no dejó que le nublara el juicio. Por el contrario, buscó las posibles ventajas de las propuestas. Hart «tiene buenos argumentos», dijo, «cuando evalúa el gobierno, el ejército y la economía de China y cuando sugiere adoptar los métodos occidentales de minería, construcción naval, producción de armas y entrenamiento militar […] En cuanto a lo que dice sobre las relaciones exteriores, por ejemplo, enviar embajadores a otros países, son cosas que deberíamos hacer de todas formas». No mencionó el lenguaje y el tono amenazadores, sino que se limitó a evocar el lema de su Gobierno: «Hacer fuerte a China es la única manera de asegurarnos de que otros países no van a emprender un conflicto contra nosotros […] ni van a despreciarnos»[130]. Tal vez supo poner la afrenta en perspectiva, además, porque era muy consciente de que los chinos usaban el mismo lenguaje ofensivo cuando hablaban de los extranjeros. Aun así, el príncipe Gong advirtió a los delegados occidentales que tuvieran cuidado con su lenguaje. Ellos le hicieron caso y, a partir de entonces, omitieron las expresiones ofensivas en su correspondencia[131](20).

Algunos altos cargos arremetieron contra Hart, pero la emperatriz viuda nunca lo hizo. Hart era honrado y llevaba las Aduanas con eficacia y rectitud, lo cual era un triunfo en un país en el que la corrupción era endémica. Eso le bastaba. Cixí nunca era mezquina y siempre se fijaba en el bien general, y pronto concedería a Hart otra condecoración por sus servicios. Hart dirigió las Aduanas chinas mientras ella vivió y reinó. Que un extranjero estuviera a cargo de un importante organismo fiscal durante casi medio siglo fue un fenómeno extraordinario y muestra una increíble falta de prejuicios y sospechas por parte de Cixí, además de astucia. No era una fe ciega. No tenía la menor duda de que, a la hora de la verdad, Hart sería leal hacia su propio país, Gran Bretaña. Un diplomático le contó que había preguntado a Hart con quién estarían sus lealtades si hubiera un enfrentamiento entre China y Gran Bretaña y que Hart había replicado: «Soy británico»[132]. Pero ella confiaba en que Hart jugaría limpio con China y se esforzó por evitarle cualquier conflicto de intereses. Entre las máximas jerarquías había pocos que se opusieran a Hart, y eso también era extraordinario. Por muy antioccidentales que fueran algunos funcionarios, habían depositado las Aduanas de su país en manos de un occidental. Y Hart no les decepcionó. Contribuyó enormemente no solo al bienestar económico de China, sino a su relación general con el mundo exterior. Se convirtió en una persona a la que recurría el príncipe Gong para cualquier cosa que tuviera que ver con Occidente. Y la

emperatriz viuda aprendió sobre la civilización occidental a través de sus tratos con él, aunque el contacto fuera indirecto.

Sin embargo, los proyectos de modernización propuestos por Hart se encontraron con el rechazo de todos a los que consultó Cixí. Incluso el más reformista de todos, de quien los occidentales habían llegado a tener una gran opinión, el conde Li, se mostró muy vehemente en su oposición y resumió sus «daños incalculables» así: «Destruyen nuestro paisaje, invaden nuestros campos y aldeas, estropean nuestro *feng-shui* [geomancia] y arruinan el modo de vida de nuestro pueblo»[133]. Nadie podía imaginar qué ventaja tendrían aquellos costosos proyectos de ingeniería, y los representantes de Occidente no fueron capaces de presentar argumentos convincentes a su favor. El príncipe Gong informó a Cixí de que los occidentales no habían «dicho nada concreto de cómo van a beneficiar a China»[134].

Por el contrario, parecían tener múltiples ventajas para Occidente. China estaba a punto de acabar de pagar las reparaciones de guerra y gozaba de un inmenso superávit comercial. Podía permitirse esas aventuras. Después de conocer el interior, los occidentales descubrieron que era una tierra rica en recursos naturales sin explotar. El oficial naval británico Henry Noel Shore subrayó que «las autoridades competentes calculan que los yacimientos de carbón ocupan alrededor de 419.000 millas cuadradas [aproximadamente un millón de kilómetros cuadrados], más de 20 veces los de Europa, y se dice que los minerales, en especial el hierro de excelente calidad, abundan en todas las provincias»[135]. Y para explotar las minas era necesario tener telégrafo y ferrocarril.

Una de las numerosas objeciones que se hacían era que los occidentales tendrían acceso a los tesoros subterráneos de China y tratarían de controlarlos. Los ferrocarriles podían llevar tropas occidentales al interior, si querían invadir. Millones de personas que trabajaban en los sectores de los viajes y las comunicaciones —los conductores de carros, porteadores de mercancías, mensajeros, posaderos y así sucesivamente— perderían su empleo. No parece que nadie considerara especialmente deseable la desaparición de unos trabajos inhumanos ni previera la creación de nuevas formas de empleo. Pensaban que el ruido atronador y el negro humo que producían las máquinas eran un horror porque interferían con la naturaleza y, lo peor de todo, molestaban a las almas muertas en todas las tumbas ancestrales particulares que definían el paisaje de China.

En aquellos tiempos, en China, cada familia contaba con su propio cementerio. Se trataba de unos terrenos sagrados para la población. Como comentó Freeman-Mitford, «en este país, los mejores lugares se destinan a enterrar a los muertos»[136]. Desde luego, la gente creía que las tumbas eran su destino final, donde, después de su

muerte, se reunían con sus seres queridos fallecidos antes. Esta idea los consolaba y alejaba el miedo a morir. El peor golpe que podía asestar alguien a su enemigo era destruir su tumba ancestral, porque entonces él y su familia se convertirían después de morir en fantasmas sin hogar, condenados a la soledad y la miseria eternas.

Como la mayoría de sus contemporáneos, Cixí asociaba las tumbas ancestrales a un profundo sentimiento religioso. La fe era esencial en su vida, y lo único que le inspiraba miedo era la ira del Cielo, el ser místico y amorfo que equivalía a Dios para los chinos de la época. Creer en el Cielo no era incompatible con tener fe en el budismo o el taoísmo. Los sentimientos religiosos chinos no estaban tan definidos como los del mundo cristiano. Tener más de una creencia religiosa era algo habitual. En las grandes ceremonias, como un funeral extravagante que podía prolongarse más de un mes, había oraciones pronunciadas por sacerdotes budistas, taoístas y lamas del budismo tibetano, que se alternaban cada pocos días. De acuerdo con esta tradición, Cixí era una budista devota y fiel seguidora de la doctrina taoísta. Su Bodhisattva más venerado era Guan Yin, la Diosa de la Misericordia, la única diosa femenina del budismo, que también era una inmortal en el taoísmo. Cixí rezaba con frecuencia en sus capillas personales a una estatua de Guan Yin, con las palmas unidas delante del pecho. Las capillas eran además sus santuarios privados, a los que acudía para estar a solas y despejarse la mente antes de tomar decisiones cruciales. Como budista, seguía el ritual de poner en libertad criaturas capturadas. Para su cumpleaños compraba muchos pájaros —en los últimos tiempos, hasta 10.000, según sus damas de compañía— y, llegado el día, escogía la hora más propicia, subía a la cima de una colina y abría las jaulas que habían transportado los eunucos, una detrás de otra, para observar cómo salían volando las aves.

Las tumbas ancestrales fueron el principal motivo por el que el Gobierno de Cixí rechazó los proyectos de la era de las máquinas. No se debía molestar a los espíritus de los muertos. El príncipe Gong dijo a los enviados extranjeros que, si esa negativa significaba la guerra, habría guerra[137]. Cixí se tomaba muy en serio la amenaza bélica y emitió un edicto en el que, en tono muy grave, ordenaba a los jefes provinciales que resolvieran a toda velocidad cualquier disputa en la que hubiera occidentales involucrados, con el fin de que nadie tuviera ningún pretexto para iniciar una guerra[138]. Su Gobierno hizo todo lo posible para respetar los tratados. Como reconoció Hart, «No sé de ninguna infracción de los tratados»[139]. Después de nuevas e inútiles presiones, las empresas occidentales se rindieron. La era industrial quedó postergada en China.

A pesar de todo, iba a deslizarse por otra puerta. La corte de Cixí estaba unánimemente a favor de construir un ejército y un sector de producción de

armamento modernos. Se contrató a oficiales extranjeros para entrenar a las tropas y a ingenieros para enseñar a fabricar armas. Se compró tecnología y material. En 1866 se inició en serio la construcción de una flota moderna. Su principal supervisor extranjero era un francés, Prosper Giquel, que había llegado a China como miembro de las fuerzas invasoras británicas y francesas y se había quedado. Había ayudado a derrotar a los rebeldes de Taiping encabezando una fuerza franco-china denominada el Ejército Siempre Triunfante, en imitación del Ejército Siempre Victorioso chino-británico, y luego trabajó en las Aduanas a las órdenes de Robert Hart. Cixí tenía fe en Giquel y autorizó todo el dinero que el proyecto pudiera necesitar. Había muchos escépticos que desconfiaban de un antiguo oficial francés que había pertenecido a un ejército invasor, y otros estaban horrorizados por los costes astronómicos. Pero Cixí tendía a ser confiada por instinto. Les dijo a sus funcionarios que a Giquel y otros extranjeros había que «tratarlos especialmente bien». «Este proyecto de construir la flota es verdaderamente fundamental para nuestro objetivo de hacer fuerte a China», declaró con entusiasmo[140].

En solo unos años, se construyeron nueve barcos de vapor, de una calidad que parecía a la altura de los barcos occidentales. No se bautizaron con ninguna botella de champán; solo hubo ceremonias solemnes en las que se pedía perdón a la Reina Celestial y los Dioses de los Ríos y la Tierra porque los barcos de vapor iban a perturbarlos a todos. Cuando la primera nave entró, resplandeciente, en el puerto de Tianjín en 1869, una muchedumbre de chinos y extranjeros se reunió para presenciar el espectáculo, y los que habían intervenido en su construcción tuvieron que enjugarse lágrimas de orgullo. A Giquel le premiaron sus servicios con, entre otras cosas, una chaqueta de mandarín en amarillo real.

Cuando llevaba casi diez años de gobierno, Cixí no solo había revivido un país desgarrado por la guerra, sino que también había fundado una Marina moderna y empezado a construir un ejército y un sector armamentístico modernos, con equipamiento a la última. Aunque la plena industrialización tardó todavía en esta antigua tierra, que tenía sus tradiciones y sus sentimientos religiosos fuertes y muy arraigados, las industrias modernas empezaron a aparecer poco a poco: la minería de carbón y hierro, la construcción de plantas siderúrgicas y la fabricación de maquinaria. Se introdujo la educación moderna para formar a los ingenieros, técnicos, oficiales y tripulaciones. El ferrocarril y el telégrafo estaban esperando a la vuelta de la esquina. La China medieval había dado su primer paso hacia la modernización bajo el mando de la emperatriz viuda.

6
Los primeros viajes a occidente (1861-1871)

En el camino hacia la modernidad Cixí contó con un alma gemela, asesor cercano y administrador responsable, que fue el príncipe Gong. Formulaba todas sus decisiones con la ayuda de él, que era el encargado de llevarlas a la práctica. Entre los dos, el biombo de seda amarilla era casi inexistente.

Sin un hombre así fuera de los confines del harén, Cixí no habría podido gobernar con eficacia. En compensación, le concedió todo tipo de honores sin precedentes y, sobre todo, le eximió de tener que arrodillarse y postrarse ante ella. Un edicto imperial hecho público inmediatamente después del golpe, en nombre de su hijo, concedía el privilegio de no arrodillarse ni tocar el suelo con la frente en las reuniones diarias al príncipe Gong, así como al príncipe Chun y a otros tres tíos del emperador niño[141]. El príncipe Gong era el más beneficiado, porque veía a Cixí a diario. Pero ella acabó dándose cuenta de que tenía que retirarle el honor, porque, sin la rígida etiqueta, el príncipe Gong se mostraba demasiado relajado con ella y la trataba con la misma condescendencia que solía exhibir con todas las mujeres, en especial porque ella era muy joven: no había cumplido aún los 30. El comportamiento del príncipe la irritó y enfadó durante un tiempo hasta que un día, en 1865, estalló y, muy agitada, lo despidió. Escribió de su puño y letra un decreto en el que le acusaba de «tener una opinión demasiado buena de sí mismo», «pavonearse y darse aires» y sencillamente, «decir muchas tonterías»[142]. Fue uno de los pocos decretos que Cixí escribió en persona. Su caligrafía seguía siendo mala, y su texto estaba lleno de solecismos. El hecho de que abandonara la cautela y dejara al descubierto su vulnerabilidad —su falta de formación académica, que tanto importaba a la élite— demuestra lo furiosa que estaba.

Como suele pasar con los momentos complicados en las relaciones sólidas, la tormenta pasó. Los nobles mediaron. Cixí se tranquilizó. El príncipe Gong pidió perdón y se postró a sus pies (que permanecían detrás del biombo de seda amarilla), llorando y prometiendo cambiar su actitud. Viendo que había dejado claro su propósito, Cixí rescindió el decreto y volvió a colocar al príncipe Gong en sus antiguos cargos. Ahora bien, le retiró el título de gran asesor, aunque siguió desempeñando las mismas funciones que antes. También le dijo que en la corte mostrara más respeto y dejara atrás su arrogancia. A partir de entonces, el príncipe Gong, domesticado, tuvo cuidado de mostrarse humilde y de arrodillarse y postrarse en presencia de ella. Este episodio fue una advertencia a otros nobles y les sirvió para no mostrarse condescendientes con Cixí. Ella era la que mandaba. Todos debían postrarse ante ella[143].

Su relación con el príncipe Gong siguió siendo muy estrecha en el trabajo. De hecho, se unieron más que nunca por todas las ocasiones en las que tenían que hacer frente como «camaradas» a los conservadores que se oponían a sus intentos de llevar la modernidad al imperio.

Un episodio importante fue el relacionado con la primera institución educativa moderna, el Colegio Tongwen, la Escuela de Aprendizaje Combinado. Se creó en 1862, poco después de que comenzara el reinado de Cixí, para formar a intérpretes. En su momento topó con relativamente poca resistencia; al fin y al cabo, China debía relacionarse con extranjeros. La Escuela se alojaba en una pintoresca mansión en la que, entre dátiles y bosquecillos de lilos y jazmines amarillos, un pequeño campanario anunciaba las clases. Pero en 1865, cuando, siguiendo el consejo del príncipe Gong, Cixí decidió convertirla en todo un colegio universitario para la enseñanza de las ciencias, la oposición enloqueció. Durante 2.000 años, las únicas materias que se consideraban apropiadas para la educación habían sido las enseñanzas clásicas. Cixí defendió su decisión diciendo que el colegio no pretendía más que «tomar prestados métodos occidentales para verificar ideas chinas» y no iba a «sustituir las enseñanzas de nuestros sagrados sabios»[144]. Pero eso no calmó a los funcionarios que habían llegado a sus puestos a base de absorber los clásicos confucianos y que dijeron que el Ministerio de Exteriores y el príncipe Gong eran «secuaces de los demonios extranjeros»[145]. En los muros de la ciudad aparecieron pintadas con insultos al príncipe.

Un motivo de indignación era que, en este colegio, los extranjeros iban a ser «profesores». Tradicionalmente, un profesor era una figura muy venerada, un mentor para toda la vida, que impartía sabiduría además de conocimientos y al que había que respetar como a un padre. (El asesinato de un profesor se calificaba de parricidio, que, como la traición, se castigaba con la muerte de los mil cortes). Emperadores y príncipes levantaban en sus hogares altares para honrar a sus maestros fallecidos. Quien con más fuerza se opuso a esta iniciativa fue un estudioso mongol muy querido, Woren, que era profesor del hijo de Cixí, el emperador Tongzhi. En una carta a Cixí escribió que no había que conceder a los occidentales un estatus tan elevado porque eran enemigos que habían «invadido nuestro país, amenazado nuestra dinastía, quemado nuestros palacios y matado a nuestra gente». Y razonó: «Hoy estamos aprendiendo sus secretos para combatirles en guerras futuras, y ¿cómo podemos fiarnos de que no hagan trampas y nos enseñen falsedades?».

Aunque a los disidentes violentos les había respondido con contundencia, en el caso de Woren, Cixí se mostró amable y se limitó a pedirle que encontrase profesores chinos para enseñar ciencias. Fue una manera de comprometer al tutor mongol, que tuvo que reconocer que no tenía nadie a quien nombrar. Cixí le dijo que siguiera

intentando encontrar una solución para los problemas del país. El maestro, que había sido escogido para enseñar al emperador por sus profundos principios confucianos, estaba convencido de sus propios argumentos, pero se sintió impotente y perturbado al chocar con la realidad. Un día estalló en sollozos mientras daba clase al emperador de nueve años, que, como nunca había visto llorar al viejo maestro, se asustó y se sintió desconcertado. Pocos días después, el anciano se desmayó cuando intentaba subirse a un caballo. Estaba enfermo y quiso dimitir. Cixí se negó a aceptar la dimisión, pero le concedió una baja permanente por enfermedad[146]. Woren dejó a muchos seguidores en la corte, incluido otro profesor, el gran tutor Weng, que también odiaba a Occidente. Weng había llorado con el incendio del Viejo Palacio de Verano y calificaba a los occidentales de Pekín de «sucios animales» y «lobos y chacales»[147].

Cixí siguió adelante a pesar de la tenaz oposición y nombró a un alto funcionario, Hsü Chi-she, como director del colegio, con el anuncio de que Hsü tenía un «gran prestigio» y era «un buen modelo» para los estudiantes[148]. El mérito que distinguía a Hsü, para la emperatriz viuda, era el libro que había escrito, la primera descripción exhaustiva del mundo hecha por un chino. Aunque nunca había estado en el extranjero, Hsü había llevado a cabo su gran obra con ayuda de un misionero estadounidense, David Abeel, de quien se había hecho amigo cuando trabajaba en la costa meridional, durante la década de 1840. En el libro situaba a China como un país más entre otros muchos en la Tierra, con lo que contradecía la idea de que China era el Reino del Centro, el centro del mundo. Estados Unidos parecía ser el país que más admiraba, y de George Washington decía: «¡Ah, qué héroe!». Hsü explicaba que, después de que Washington librara guerras de las que había salido victorioso en un vasto territorio, cuando la gente le había querido designar rey, él «no ascendió al trono, ni transmitió su puesto a sus descendientes. Por el contrario, creó el sistema por el que una persona se convierte en jefe del país mediante una elección». «¡Washington era un hombre extraordinario!», exclamó(21). Lo que más impresionaba a Hsü era el hecho de que Estados Unidos «no tiene realeza ni nobles […] En este Estado completamente nuevo, los asuntos públicos los decide el pueblo. ¡Qué maravilla!». Para Hsü, Estados Unidos era lo que más se aproximaba al ideal confuciano de que «todo lo que está bajo el Cielo es para el pueblo» (*tian-xia-wei-gong*), y era el lugar más similar a las Tres Grandes Dinastías de la Antigüedad de China, las de los emperadores Shun, Yao y Yu, más de 4.000 años antes. Los chinos pensaban que, bajo esas dinastías, su país había sido un lugar floreciente y amable, en el que a los emperadores se los elegía para el cargo por sus méritos, y vivían como todos los demás. En realidad, eran unas dinastías míticas. Pero la gente imaginaba

que eran auténticas, y muchos chinos que entraban en contacto con Occidente se asombraban de que la legendaria práctica de la antigüedad china pareciera estar vigente al otro lado del océano. El sistema de justicia británico era «justo como el de nuestras Tres Grandes Dinastías de la Antigüedad», observó alguien[149].

Cuando se publicó el libro de Hsü, en 1848, bajo el gobierno del suegro de Cixí, el emperador Daoguang, los funcionarios se habían escandalizado. Le habían acusado de «inflar la categoría de los bárbaros extranjeros»[150] y le habían cubierto de invectivas. Había perdido su trabajo. Ahora, en 1865, su libro llegó a manos de Cixí, que le sacó de su semirretiro deshonroso en su hogar del río Amarillo y le colocó en un puesto fundamental del Ministerio de Exteriores[151]. Los occidentales de Pekín vieron el nombramiento de Hsü como otra señal más del «comienzo de una nueva era».

En los años sucesivos, Hsü sufrió continuos insultos de otros funcionarios. Pidió permiso para jubilarse, alegando mala salud, y al final Cixí tuvo que dejarle marchar (murió en 1873). Después de que se retirara, Cixí nombró a un misionero estadounidense, W. A. P. Martin, para dirigir el Colegio Tongwen, por recomendación de Robert Hart. Al ser extranjero, Martin no corría riesgo de sufrir el ostracismo de sus colegas. Pero, para Cixí, poner a un occidental al mando de una institución educativa china fue un acto revolucionario y extremadamente audaz. Escogió a Martin porque había introducido los conceptos legales occidentales en China con su traducción del libro de Henry Wheaton *Elements of International Law*, que se publicó gracias a una subvención de 500 taeles de plata del Ministerio de Exteriores, con autorización de Cixí. Permaneció en su puesto varios decenios, y formó a muchos diplomáticos y otros personajes importantes. Ese colegio universitario de estilo occidental fue modelo de un nuevo sistema educativo en el imperio[152].

Con el fin de abrir los ojos de la gente al mundo exterior, Cixí empezó a enviar viajeros a otros países. En la primavera de 1866, cuando Hart se fue de permiso a su país, el príncipe Gong escogió a varios alumnos del Colegio Tongwen para que le acompañaran y recorrieran Europa. Nombró a un manchú de 63 años, Binchun, para que encabezara el pequeño grupo de jóvenes. Con su perilla de erudito, se convirtió, como escribiría después con orgullo, en «la primera persona enviada de China a Occidente».

Binchun era administrativo en la oficina de Aduanas. Para una misión tan pionera, era un hombre de categoría increíblemente baja y edad demasiado avanzada. Pero todos a los que se había preguntado (que no podían tener más categoría que Hart, para estar en su séquito) habían rechazado el trabajo. Binchun fue el único que se ofreció voluntario. Muchos alarmistas le advirtieron de que ir a un país extraño

sería como ofrecerse a ser presa de «tigres y lobos con forma humana» y de que podían retenerle secuestrado o incluso cortarle en pedazos. Pero Binchun tenía mucha curiosidad y una absoluta falta de prejuicios. Había aprendido ya suficientes cosas del mundo exterior por sus amigos occidentales, entre ellos W. A. P. Martin, como para saber que las historias de terror no tenían fundamento. En un poema describió de qué forma los libros de sus amigos extranjeros habían ampliado sus horizontes y ya no se sentía como la famosa rana que, sentada en el fondo de un pozo, declaraba que el cielo no era más que el fragmento que podía ver.

Binchun viajó a 11 países, visitó ciudades y palacios, museos y óperas, fábricas y astilleros, hospitales y zoos, y conoció a monarcas y a hombres y mujeres corrientes[153]. La reina Victoria anotó en su diario sobre su audiencia con él, el 6 de junio de 1866: «Recibí a los enviados chinos, que están aquí sin credenciales. Su jefe es un mandarín de primera clase. Se parecían a las figuras de madera y pintadas que se ven»[154]. Binchun, a quien habían atribuido una categoría muy superior para el encuentro, escribió en su diario que la reina Victoria le había preguntado qué opinaba de Gran Bretaña y que respondió: «Los edificios y los aparatos están construidos y hechos con mucho ingenio y son mejores que los de China. En cuanto a la forma de gobernar, aquí existen muchas ventajas». La reina respondió, por su parte, que confiaba en que la gira sirviera para reforzar las relaciones de amistad entre los dos países.

En una fiesta dada por el príncipe de Gales, Binchun se quedó maravillado por el baile, inexistente en China y que describió con cierto detalle y un anhelo evidente. Cuando el príncipe de Gales le pidió sus impresiones de Londres, él respondió con sinceridad que, al ser el primer enviado chino al extranjero, tenía la suerte de ser el primero en saber que existía tanto esplendor al otro lado del océano.

Le maravillaron las ciudades iluminadas de noche y le asombraron los trenes, en los que viajó 42 veces. «La sensación es como de volar por el aire», escribió, y se llevó de vuelta una maqueta de un tren. Se convenció de que las máquinas podían mejorar las vidas de la gente. En Holanda, el uso de bombas de agua para crear terrenos fértiles le hizo reflexionar: «Si se usaran en las tierras de los campesinos en China, no tendríamos que preocuparnos más por las sequías ni las inundaciones». Le gustaron los sistemas políticos europeos y documentó con admiración su visita al Parlamento británico en Londres. «Fui a la gran cámara del Parlamento, que tiene un techo muy alto y resulta grandiosa y venerable. Allí, 600 personas elegidas en todos los rincones del país se reúnen para debatir los asuntos públicos. (Las distintas opiniones se discuten con libertad y hasta que no se llega a un consenso no se toma una decisión ni se lleva a la práctica. Ni la monarca ni el primer ministro pueden imponer su voluntad en las decisiones)».

Este hombre de mente inquisitiva se sintió asombrado por todo lo que veía;

incluso los fuegos artificiales, que se habían inventado en su propio país. Pero, mientras que en China seguían usándose como petardos en tierra, aquí se disparaban hacia el cielo y producían unas explosiones arrebatadoras. Hasta sus reservas iban precedidas de elogios: «A los occidentales les encanta estar limpios, y sus cuartos de baño y retretes están inmaculados. Lo único es que arrojan los periódicos y revistas en las heces después de leerlos, y a veces los utilizan para limpiar la suciedad. No parece que respeten ni aprecien las cosas sobre las que hay textos escritos». El respeto a la palabra escrita era una enseñanza de Confucio.

También cautivaron a Binchun las mujeres europeas y el hecho de que pudieran codearse con los hombres, bailar con ellos y llevar ropas increíbles. Ese tipo de relación entre hombres y mujeres le pareció atractiva. Sobre todo le impresionó cómo trataban los hombres occidentales a sus mujeres. A bordo de un barco de vapor, advirtió que «las mujeres caminaban del brazo de los hombres en cubierta, o descansaban en camas de ratán mientras sus maridos las servían como criados», que era todo lo contrario de las costumbres de China, pero que demostraba una intimidad doméstica que le gustó. Subrayó el hecho de que, en Europa, las mujeres podían ser coronadas monarcas igual que los hombres, como demostraba el gran ejemplo de la reina Victoria. A propósito de ella Binchun escribió con admiración: «Tenía 18 años cuando accedió al trono, y todos en su país se deshacen en elogios de su sabiduría».

Los diarios de Binchun, con sus entusiasmados superlativos sobre Occidente, fueron entregados al príncipe Gong al regresar a China, y el príncipe los mandó copiar y presentar a Cixí. Era el primer relato de un testigo presencial que leía Cixí sobre el mundo exterior, escrito por uno de sus propios funcionarios, y era inevitable que le causara un profundo efecto[155]. En particular, tenía que atraerle el trato dado a las mujeres en Occidente. Mientras que las mujeres occidentales podían ser monarcas por derecho propio, Cixí tenía que gobernar desde detrás del trono de su hijo. No podía ver a sus funcionarios sin un biombo, e incluso con el biombo seguía sin poder recibir a los enviados extranjeros que habían solicitado varias veces audiencia para presentar sus credenciales. Cuando pedía la opinión a los nobles sobre este aspecto, sus respuestas habían sido firmes y uniformes: no podía concederse la audiencia mientras el emperador fuera niño; los enviados tendrían que esperar hasta que él asumiese oficialmente el poder. Que *ella* pudiera recibirlos era algo tan impensable que los funcionarios, en su mayoría, ni se molestaban en mencionarlo. Era imposible que Cixí no se sintiera predispuesta a tener buena opinión de las costumbres occidentales.

Por consiguiente, su reacción después de leer el diario de Binchun fue ascenderle a un puesto en el Ministerio de Exteriores y nombrarle director de Estudios Occidentales en el Colegio Tongwen a principios de 1867, cuando Hsü, el admirador de Washington, era director del centro. Los dos hombres eran espíritus afines, y Hsü

había dado a Binchun una copia de su geografía mundial para que se la llevara en el viaje, durante el cual Binchun había confirmado que Hsü tenía razón y que ¡China no era el centro del mundo! Hsü escribió un prefacio al diario de Binchun cuando se publicó, bajo los auspicios de Cixí.[156]

Igual que Hsü, Binchun recibió críticas de los nobles conservadores. El gran tutor Weng le mencionó en su diario con aversión y desprecio, dijo que era un «voluntario para ser esclavo de los demonios» y mostró su horror por que llamara «a los caudillos bárbaros monarcas»[157]. No está claro si el sufrimiento que le causó a Binchun su mente abierta tuvo algo que ver con el deterioro de su salud, que acabó con su muerte en 1871.

Cixí siempre había tenido la intención de enviar embajadores a los países occidentales. Pero no conseguía encontrar a hombres apropiados para ocupar los puestos, porque ningún funcionario hablaba una lengua extranjera ni sabía nada de otros países. En 1867, Anson Burlingame, embajador de Estados Unidos en Pekín, iba a dejar su puesto para volver a casa, y el príncipe Gong sugirió que se le nombrara embajador extraordinario para Europa y América. En su recomendación, el príncipe Gong dijo a Cixí que Burlingame era un hombre «justo y conciliador», que tenía «presentes los intereses de China» y que siempre estaba «dispuesto a ayudar a China a resolver sus problemas». Era de fiar, igual que el británico Robert Hart, con quien «no tenemos ninguna barrera comunicativa»[158]. Además, añadió el príncipe, Estados Unidos era el país «más pacífico y menos agresivo» entre las potencias respecto a China. Haciendo gala de una perspicacia considerable, Cixí aprobó la sugerencia de inmediato y nombró a Burlingame primer embajador de China en Occidente, con las correspondientes cartas credenciales y los debidos sellos. La tarea de Burlingame era presentar la nueva China al mundo y explicar su nueva política exterior, «hablar en contra y detener cualquier cosa que sea perjudicial para los intereses de China y consentir todo lo que sea beneficioso». Tendría dos jóvenes ayudantes chinos, Zhigang y Sun Jiagu, a los que debería consultar todas las cuestiones. Las decisiones importantes debían remitirse a Pekín. Para que Gran Bretaña y Francia no se molestaran, se invitó a un diplomático de cada país a ser secretario de la misión.

Los conservadores se enfadaron. En su diario, el gran tutor Weng calificó a Burlingame con desprecio de «caudillo bárbaro extranjero *[yi-qiu]*»[159]. A la comunidad internacional le impresionó la idea: «Singular e inesperado», escribió el diario en lengua inglesa *North China Herald*. El periódico no podía creer que «la mente china» fuera capaz de una iniciativa tan inspirada y la atribuía al «cerebro del señor Hart»[160]. En realidad, Hart no se enteró hasta después de que se concibiera y,

aunque expresó su apoyo, hizo comentarios posteriores que eran tibios y escépticos, e incluso críticos. Quizá él, a quien se consideraba «Mr. China», sintió algo de celos[161].

La misión de Burlingame recorrió Estados Unidos y Europa y despertó gran atención en todas partes. La recibieron los jefes de todos los Estados que visitó, como el presidente Andrew Johnson en Estados Unidos, la reina Victoria en Gran Bretaña, el emperador Napoleón III en Francia, Bismarck en Prusia y el zar Nicolás I en Rusia. La reina Victoria escribió en su diario el 20 de noviembre de 1868: «Recibí al embajador chino, el primero que ha venido jamás, pero es americano y lleva vestimenta europea, un tal señor Burlingham *[sic*]. Ahora bien, sus colegas son dos chinos auténticos, y los dos secretarios son un inglés y un francés»[162].

Cixí no podía haber escogido a un portavoz más apropiado que Anson Burlingame. Nacido en New Berlin, Nueva York, en 1820, el presidente Abraham Lincoln le había designado como primer embajador en China en 1861. De mentalidad justa, educado, Burlingame creía en la igualdad entre las naciones y nunca despreció a los chinos. Sería un representante muy elocuente de China ante los públicos occidentales.

Ya era conocido por su poder de oratoria. Después de estudiar en la facultad de Derecho de Harvard, había entrado en la Asamblea de Massachusetts como senador, y luego se incorporó al Congreso en Washington D. C. Allí, en 1856, lanzó una tremenda diatriba verbal contra un ferviente defensor de la esclavitud, el congresista Preston Brooks, que acababa de dar una brutal paliza al senador abolicionista Charles Sumner con un bastón de madera. Brooks retó a un duelo a Burlingame, y este aceptó y eligió el fusil como arma y Navy Island, en lo alto de las cataratas del Niágara, como lugar para el encuentro. El duelo no se celebró solo porque Brooks rechazó las condiciones.

En Pekín, Burlingame contribuyó de manera fundamental a que los países occidentales adoptaran la «política de cooperación» y sustituyeran la doctrina de la fuerza por una diplomacia justa. Se puede ver una muestra de sus apasionados discursos en defensa de China durante su viaje en las palabras que dirigió a «los ciudadanos de Nueva York» el 23 de junio de 1868. Así presentó su misión: China «busca ahora a Occidente […] y esta noche les muestra a sus representantes […] Ha venido a conocerles». Entre grandes vítores, relató a su público qué había conseguido el Gobierno de Cixí y lo extraordinarios que eran sus logros:

Afirmo que no hay lugar en esta tierra en el que se haya avanzado más en los últimos años que en el imperio de China. [Vítores.] Ha ampliado su comercio, ha reformado su sistema de ingresos, está cambiando sus organizaciones militares y navales, ha construido o establecido una gran escuela en la que se enseñarán las

ciencias modernas y las lenguas extranjeras. [Vítores.] Y lo ha hecho en circunstancias adversas de todo tipo. Lo ha hecho después de una gran guerra, que duró trece años, una guerra de la que ha salido sin una deuda nacional. [Largo aplauso y risas.] Debéis recordar lo densa que es su población. Debéis recordar lo difícil que es introducir cambios drásticos en un país así. La introducción de vuestros barcos de vapor dejó sin empleo a cien mil conductores de juncos. La inclusión de varios centenares de extranjeros en la administración civil provocó, como es natural, el resentimiento de los viejos funcionarios nativos. La creación de una escuela se encontró con la formidable resistencia de un bando encabezado por uno de los hombres más importantes del imperio. Sin embargo, a despecho de esos factores, a pesar de todos ellos, el actual Gobierno progresista de China ha seguido avanzando sin vacilar por el camino del progreso [Vítores.].

El comercio, informó Burlingame a su público, «ha pasado, durante el tiempo que he estado en China, de 82 millones de dólares a 300 millones de dólares [más de 4.500 millones en valor actual]». Eran unos cambios admirables, recordó Burlingame a los políticos y el resto de los espectadores, porque afectaban a «un tercio de la raza humana». Criticó a quienes proponían «obligar a China» a adoptar una rápida industrialización y señaló que la idea había «surgido de sus intereses y sus caprichos». Condenó a quienes «nos dicen que la dinastía actual debe caer y hay que tirar abajo toda la estructura de la civilización china»[163].

Burlingame no se limitó a defender a China. En nombre del país, firmó en 1868 un «tratado en pie de igualdad» con Estados Unidos, distinto a todos los tratados «desiguales» que habían firmado China y los países occidentales tras la Guerra del Opio. En especial, protegía a los inmigrantes chinos en Estados Unidos al concederles el estatus «del que gozan los ciudadanos o súbditos de la nación más favorecida» e hizo todo lo posible para interrumpir el comercio de esclavos de China a Sudamérica que se desarrollaba en aquel tiempo(22). En un artículo de 6.000 palabras, el amigo y admirador de Burlingame, Mark Twain, describió de forma muy gráfica qué efectos iba a tener el tratado en los chinos que vivían en Estados Unidos: «Me proporciona una satisfacción infinita llamar especialmente la atención sobre esta cláusula del cónsul y pensar en el aullido que saldrá de los cocineros, los niveladores del ferrocarril y los artistas del empedrado en California cuando la lean. Nunca más podrán golpear, maltratar a los chinos ni soltar los perros contra ellos». Antes del tratado, los chinos carecían de protección legal, como señalaba Twain: «He visto a hombres chinos vejados y maltratados de todas las maneras más mezquinas y cobardes que una naturaleza degradada es capaz de inventar, pero nunca he visto intervenir a un policía ni he visto que un chino obtuviera en un tribunal de justicia la reparación debida por las injusticias cometidas contra él». Ahora, los chinos se

convertirían en votantes y los políticos no podrían seguir ignorándolos. Twain escribió con regocijo: «¡Porque, de un plumazo, todas las desastrosas, intolerantes y anticonstitucionales leyes aprobadas por California contra los chinos desaparecen, y se "descubre" (como se dice en el teatro) a 20.000 posibles votantes y cargos públicos procedentes de Hong-Kong y Suchow!»[164]. Pekín ratificó el Tratado de Burlingame al año siguiente.

El segundo de Burlingame, Zhigang, le admiraba por ser «abierto, comprensivo y justo» y por trabajar «con tanta dedicación» en servicio del país al que estaba representando. Cuando las cosas no iban tan bien como le gustaría, Burlingame caía en «un desánimo y una frustración inconsolables». En Rusia, país vecino de China, con el que el hecho de compartir una frontera de miles de kilómetros auguraba posibles problemas, el sentimiento de responsabilidad pareció pesarle de manera especial. El agotamiento físico y mental —llevaba dos años viajando— se cobró su precio y Burlingame cayó enfermo al día siguiente de su audiencia con el zar, en pleno invierno ruso. Murió en San Petersburgo a principios de 1870. Cixí se había mantenido informada sobre el viaje y honró y recompensó a Burlingame con verdadero sentimiento, antes de ordenar a Zhigang que tomara el relevo y subrayar que «es de la máxima importancia» que la misión continuase[165].

Antes de salir de Pekín a principios de 1868, Zhigang acudió a una audiencia con la emperatriz viuda, que estaba sentada detrás del biombo de seda amarilla, mientras que el emperador Tongzhi, entonces de 11 años, estaba delante, sentado en un trono. Zhigang se puso de rodillas nada más atravesar el umbral, se quitó el sombrero de mandarín y lo puso a su izquierda, con la pluma señalando hacia el trono, como demandaba la etiqueta, y recitó los saludos de rigor al emperador, en lengua manchú (él mismo era manchú), antes de tocar el suelo con la frente. Después se irguió, volvió a ponerse el sombrero, se puso de pie y avanzó hacia delante y hacia la derecha, hasta un cojín más cercano al trono, donde volvió a arrodillarse y aguardó las preguntas de Cixí. Ella le preguntó por la ruta que iba a seguir el viaje, y Zhigang le dio una lista de los países a los que iba a viajar y que iba a atravesar. Era evidente que Cixí tenía una noción bastante acertada de la geografía mundial y estaba bien informada sobre las costumbres occidentales: le dijo a Zhigang que se asegurara de que sus acompañantes vigilaban sus modales y «no les permitiese hacer el ridículo ni ser objeto de risa para los extranjeros». Con plena conciencia del ostracismo que sufrían sus diplomáticos en Pekín, dirigió unas palabras de ánimo a Zhigang: «Cuando se trabaja en asuntos internacionales, uno ha de estar preparado para aceptar todos los comentarios despreciativos que hagan sobre él». A lo que el joven respondió: «Hasta el príncipe Gong tiene que padecer esas cosas, y eso no le asusta.

Las personas corrientes no podemos más que esforzarnos al máximo en nuestro trabajo»[166].

Zhigang era un funcionario diligente, y su diario del viaje es muy distinto del de otro viajero anterior, Binchun. En vez de rezumar efusivos comentarios entusiastas sobre Occidente, tenía una opinión más despegada. En su opinión, algunas cosas no podían servir para China. Las autopsias, por ejemplo, le horrorizaban, aunque reconocía que tenían una utilidad importante. Pensaba que los hijos de los fallecidos no podían consentir que abrieran a sus progenitores. Otras cosas que no le agradaban eran las actividades de ocio en las que participaban hombres y mujeres juntos, como el baile, los juegos en la playa, los baños en el mar, el patinaje sobre hielo y la asistencia al teatro. Los chinos valoraban la sensatez, afirmaba, mientras que los europeos apreciaban la sensualidad. Aborrecía el cristianismo, que, en su opinión, era una buena doctrina pero llena de hipocresía: «Los occidentales predican el "amor a Dios" y el "amor al hombre" y parece que se lo creen de verdad. Pero libran guerras con barcos y cañones para conquistar a los pueblos por la fuerza, además de imponer el opio, un veneno peor que la peste, a los chinos, y todo en busca de beneficios». «Parece que el amor a Dios es menos verdadero que el amor al lucro», escribió.

Sin embargo, Zhigang escribió también que en Londres, en el museo de Madame Tussaud, le sorprendió ver una figura de cera de tamaño natural del comisario Lin, cuya lucha contra el opio y cuya destrucción de los cargamentos había llevado a la Guerra del Opio con Gran Bretaña. Lin estaba representado allí, con su consorte favorita, vestido con ropas resplandecientes, en actitud majestuosa, en lo que era el auténtico salón de la fama de Londres. El museo había encargado las figuras a un artista cantonés y las había importado con un coste inmenso[167]. De modo que no era cierto, ni mucho menos, que todos los cristianos británicos estaban cautivados por «el amor al lucro» ni a favor del comercio de opio. Asimismo hubo otras cosas que le dejaron impresiones positivas, desde la cortesía y la hospitalidad de los reyes y reinas que recibieron a la misión hasta la amabilidad y simpatía de la gente que se encontraban paseando por el parque. Durante su visita a la tumba de George Washington, a Zhigang le impresionó su sencillez y rindió homenaje a este «hombre tan grande». Después de presenciar un escándalo de manipulación de votos en Francia, llegó a la conclusión de que las elecciones ofrecían oportunidades a los ambiciosos sin escrúpulos. Pero Zhigang demostró que, en general, era un admirador del sistema político occidental. Describió el funcionamiento del Congreso de Estados Unidos y comentó: «Con este sistema, los deseos del pueblo llegan a las instancias más altas y la sociedad se gobierna con justicia». De los países que visitó, Estados Unidos le pareció el más sincero en sus deseos de amistad con China, entre otras cosas porque su enorme dimensión y su riqueza en recursos hacían que no tuviera motivos para desear arrebatar nada a los chinos. Francia no le gustó, porque obligaba

a su pueblo a pagar unos impuestos muy altos para mantener un gran ejército que pudiera luchar en guerras extranjeras. El joven funcionario era partidario de la industrialización. Escribió con cierto detalle sobre los inventos científicos y las empresas modernas, y mostró especial entusiasmo por el telégrafo, que le pareció una cosa que no perturbaba la naturaleza como los demás proyectos (las máquinas del telégrafo eran apenas visibles) y podía casi formar parte de ella. En conjunto, concluía el mandarín, «si somos capaces de hacer lo mismo que ellos, ¡no cabe duda de que nosotros también podremos ser ricos y fuertes!».

Zhigang y sus acompañantes chinos volvieron a su país a finales de 1870, después de haber recorrido 11 países en casi tres años. Al volver, presentaron sus diarios e informes a Cixí[168]. Pese a ello, después de los enormes conocimientos acumulados y la buena voluntad generada, no se tomó ninguna medida. El único paso fue el envío de grupos de adolescentes a Estados Unidos para que fueran educados. Pero este proyecto, cuyo objetivo era producir futuros pilares de la sociedad que conocieran de verdad Occidente y las costumbres occidentales, llevaba ya cierto tiempo en preparación. El conde Li, que lo había promovido, estaba deseoso de que se estableciera un programa exhaustivo. En aquel entonces era virrey de Zhili y tenía su oficina en Tianjín, cerca de la capital. En 1872 pidió ir a Pekín a ver a la emperatriz. Pero Cixí le dijo que no[169]. Se encontraba en una posición muy vulnerable desde finales de 1869, después de que ocurrieran ciertos acontecimientos criminales que la habían dejado luchando por sobrevivir e incapaz de poner en marcha grandes iniciativas. Además, su hijo estaba a punto de hacerse con el poder, y su retirada al harén era inminente. Zhigang se lamentó: «De pronto, la situación cambió. ¡Qué desgracia! No puedo hacer nada más que retorcerme las manos»[170].

7
Un amor maldito (1869)

En sus primeros años como gobernante del imperio chino, Cixí, viuda y entre los veintimuchos y los treinta y pocos años, que vivía en el harén rodeada por eunucos, se encariñó de uno de ellos, An Dehai, apodado «el Pequeño An». En realidad, se enamoró de él. Ocho años más joven que ella, el Pequeño An procedía de una zona próxima a Pekín, Wanping, que tenía tradición de proveer de eunucos a la corte. Tenía una historia algo distinta a la de la mayoría de los eunucos. La pobreza empujaba a sus padres a castrarlos en la infancia con la esperanza de que pudieran ganarse mejor la vida en la corte. Normalmente, el padre llevaba al niño a un castrador especializado, que trabajaba nombrado por la corte. Después de firmar un contrato que absolvía al castrador de cualquier responsabilidad en caso de muerte o fallo (que eran dos resultados muy probables), se llevaba a cabo la dolorosísima operación. Los honorarios del castrador eran muy altos y había que pagarlos descontándolos de los ingresos futuros. Si el chico se quedaba en una categoría inferior, podía tardar años en satisfacer la deuda. Para ahorrar dinero, a veces castraban a los niños sus propios padres.

La mayoría de los hombres sentían una repugnancia visceral hacia los eunucos. El emperador Kangxi, que gobernó 61 años, los llamaba «los más bajos y abyectos, más gusanos y hormigas que hombres». Qianlong *El Magnífico* decía que «no hay nadie más pequeño ni más bajo que estos estúpidos campesinos» y que «la corte muestra una generosidad extravagante al permitirles servir aquí»[171]. Vivían casi como prisioneros en los palacios, de los que rara vez los dejaban salir. Los castigos a los que se los sometía no tenían que regirse por el procedimiento legal Qing: lo único que hacía falta para golpear a un eunuco hasta matarle era el capricho del emperador. La gente corriente se reía de ellos por el problema más habitual que padecían: la incontinencia, consecuencia de la castración, que se agravaba con la edad y que los forzaba a llevar pañales todo el tiempo. Los eunucos eran objeto de desprecio universal por haber perdido su virilidad. Eran pocos los hombres que les mostraban compasión o tenían en cuenta que habían acabado en su mísera condición empujados por una pobreza desesperada. Las únicas que solían sentir algo de piedad y de afecto por ellos eran las mujeres de la corte que vivían en su compañía.

El Pequeño An, atractivo y sensible, sirvió a Cixí durante años y se volvió indispensable para ella. Todos sabían que era su favorito. Pero los sentimientos de Cixí hacia él superaban el afecto hacia un criado devoto. La volvía loca. En el verano de 1869, los cortesanos empezaron a notar que Cixí no trabajaba tanto como antes y que tenía cierto aire de languidez, una actitud que indicaba cierta «indulgencia en la búsqueda de placeres»[172]. Estaba claramente enamorada, y el amor la hizo dar un

paso tremendamente audaz y peligroso que violó las arraigadas tradiciones dinásticas.

Ese año, el emperador Tongzhi, su hijo, cumplía 13 años. Siguiendo la tradición, Cixí empezó a preparar su boda, que indicaría su paso a la edad adulta. En primavera se puso en marcha la selección de consortes en todo el país. Los ropajes para la ceremonia los iban a hacer los sastres reales de Souzhou, el renombrado centro de la seda próximo a Shanghái. Cixí envió a dicha ciudad, tan famosa por sus bellos canales y jardines como por su seda, al Pequeño An para «supervisar la compra». Era innecesario, porque existía un cauce establecido para realizar la operación. Y tampoco tenía precedentes. Ningún emperador Qing había enviado nunca a un eunuco con un encargo fuera de la capital. Pero Cixí no pensó más que en lo contento que se pondría el Pequeño An. Iba a salir de la Ciudad Prohibida, de Pekín, a viajar por el Gran Canal que conectaba el norte y el sur de China. Incluso podría celebrar su cumpleaños en el barco. A Cixí le habría encantado poder hacer el viaje ella misma. Sentía un intenso odio por la Ciudad Prohibida, que le parecía un lugar «deprimente», sin nada más que patios y callejones encerrados entre muros[173]. Los vientos embriagadores que habían llegado a las puertas de la Ciudad Prohibida desde el otro lado del océano habían agitado unas aspiraciones hasta entonces inconcebibles.

En agosto, el Pequeño An partió en un grupo que incluía a miembros de su familia y otros eunucos. Cuando el gran tutor Weng se enteró, escribió en su diario, muy alarmado, que era «una cosa muy extraña». Otros nobles también se quedaron extrañados, y luego horrorizados, al saber que el Pequeño An, con un séquito considerable, se lo estaba pasando bien y causando sensación. La gente no había visto nunca a un eunuco y estaba entusiasmada con el espectáculo. Cuando aparecía su barcaza en el Gran Canal, las masas acudían a contemplarla admiradas. Los nobles estaban furiosos. Al llegar a Shandong, el gobernador de la provincia, Ding Baozhen, obsesionado con las normas y las costumbres establecidas, detuvo al Pequeño An y el resto del grupo. Cuando envió su informe a la corte, el gran tutor Weng exclamó: «¡Qué satisfacción! ¡Qué satisfacción!»[174].

Todos los nobles de la corte dijeron que había que ejecutar al Pequeño An porque había infringido unas normas cardinales. En realidad, el joven no había infringido nada. La dinastía estipulaba que a los eunucos les estaba «prohibido salir de la Ciudad Real sin autorización». Pero él tenía autorización, de Cixí. Lo que habían hecho los dos era romper con una tradición que encerraba a los eunucos en los palacios. Y para los nobles eso era imperdonable. El más insistente de todos en que se le ejecutara fue el príncipe Chun, el cuñado de Cixí, amigo del gran tutor Weng, con el que solía estar de acuerdo[175]. Discrepaban de muchas cosas que hacía Cixí, y esta fue la gota que colmó el vaso. Hasta el príncipe Gong y sus colegas más abiertos pidieron la ejecución. Cixí era parte interesada y no podía intervenir en la decisión. Su amiga, la emperatriz Zhen, suplicó a los nobles: «¿No se le puede perdonar la vida

en pago por todos los años que ha servido con devoción a la emperatriz viuda?»[176]. Los nobles respondieron con un silencio sepulcral, que equivalía a un sonoro «no». La cuestión quedó zanjada. Allí mismo se redactó un decreto que ordenaba la ejecución inmediata del Pequeño An.

Cixí sintió que su mundo se derrumbaba. Consiguió retrasar el decreto dos días, que aprovechó para implorar a la emperatriz Zhen que redoblara sus ruegos para salvar la vida del Pequeño An. Pero todos los esfuerzos fueron en vano. El príncipe Chun llegó y exigió a las mujeres que hicieran público el decreto al instante, y probablemente advirtió a Cixí que lo que debía hacer era distanciarse del Pequeño An, no al contrario. La emperatriz Zhen se vio obligada a dejar que se publicara el documento.

Ordenaron al gobernador Ding que ejecutara la sentencia cuanto antes, sin necesidad de más confirmación por parte de la corte. El príncipe Chun y otros querían asegurarse de que Cixí no tuviera más tiempo para encontrar una forma de evitarlo. Al Pequeño An «no debe permitírsele defenderse con astutas explicaciones» ni «debe ser interrogado» en absoluto[177]. Por lo visto, los nobles sospechaban que había tenido una aventura amorosa con Cixí y querían tapar el escándalo.

Así que el Pequeño An murió decapitado. También se ejecutó a otros seis eunucos y a siete guardaespaldas contratados. El gobernador Ding, al parecer, tuvo expuesto el cadáver en el cadalso varios días, para que la gente pudiera ver que no tenía órganos masculinos[178]. Se había extendido el rumor de que era el amante de Cixí. En la Ciudad Prohibida, ella mandó que le entregaran todas las pertenencias del eunuco y se las dio a uno de sus propios hermanos, para que las tuviera alguien de confianza[179].

Un buen amigo del Pequeño An —otro eunuco de la Ciudad Prohibida— se quejó de que era Cixí la que había «enviado a Dehai a su muerte», primero por mandarle fuera de Pekín y luego por no haber asumido la responsabilidad. El comentario puso el dedo en la llaga. En un arrebato de furia, Cixí ordenó que ejecutaran al eunuco estrangulándole[180]. Un secretario principal del Gran Consejo, Zhu, contó en una carta a un amigo que la emperatriz viuda estaba «descargando su ira sobre los criados que la rodeaban». Rezumaba «amargura y pesar, un pesar desbordante». Y en clara referencia a su enfado con el príncipe Chun, el secretario decía que «mantiene una profunda hostilidad contra varios príncipes y nobles muy cercanos» y «se niega a calmarse»[181].

El príncipe Chun y otros nobles no solo mataron al amante de Cixí, sino que enviaron una advertencia sobre varios de los alarmantes cambios que estaba introduciendo. Además de dar estatus social a los eunucos, parecía permitir que se viera a mujeres en público, pese a que la tradición dictaba que debían permanecer en casa[182]. (Los diplomáticos británicos eran atacados con piedras cuando iban

acompañados de señoras, mientras que en otras ocasiones no encontraban más que amabilidad). El Pequeño An se había llevado en el viaje a su hermana, su sobrina y varias mujeres músicas, a las que ahora exiliaron a las tierras salvajes del norte para servir como esclavas a los guardias fronterizos. Los nobles no persiguieron a la propia Cixí. No querían deshacerse de ella. Sus logros eran monumentales y se valoraban. El gobernador Ding dijo a sus subordinados que ella había llevado a China «una prosperidad que ha sobrepasado incluso a las de dinastías [tan gloriosas] como la Tang y la Song»[183]. Solo querían avisarla de que no fuera demasiado lejos. En cualquier caso, se avecinaba su retirada. Su hijo asumiría el poder poco después de su boda.

Después de todas las ejecuciones, mientras el príncipe Chun y otros expresaban su «sentido alborozo», Cixí se derrumbó y permaneció en la cama más de un mes. Era incapaz de dormir, tenía un ruido perpetuo en los oídos y el rostro muy hinchado, y vomitaba de forma constante, a menudo bilis. Los médicos reales diagnosticaron el equivalente chino a una depresión nerviosa —«el *qi* del hígado se dispara hacia arriba, en dirección opuesta al canal normal [hacia abajo]— y mantuvieron una vigilia junto a su puerta. Una de las medicinas prescritas fue sangre de gacela mongola, de la que se decía que reducía las inflamaciones. Hacia finales de año empezó a trabajar de nuevo, pero los vómitos proseguían. Semejante reacción física era algo extraordinario en ella, que, al fin y al cabo, no era nada tímida: había logrado llevar a cabo un golpe de Estado con frialdad, sin el menor signo de tensión física ni emocional, a pesar de que se arriesgaba a una muerte por mil cortes. Pero ahora parecía que le habían estrujado el corazón. Solo el amor podía causar un caos así[184].

Su hijo rezaba por ella y la visitaba con devoción. Pero el niño no podía reconfortar a su madre, que se sentía inconsolable. Lo único que la aliviaba era la música. Llevaba casi diez años sin poder disfrutarla como habría querido. Primero, tras la muerte de su esposo, las normas de la corte dictaban que se prohibieran todos los entretenimientos durante dos años. Al terminar ese periodo, la presión general empujó a Cixí a prolongar la prohibición dos años más, hasta su entierro. Incluso entonces, en la Ciudad Prohibida solo habían empezado a representarse óperas en ciertas ocasiones festivas. Ahora, como para desafiar a todos, Cixí ordenó que se representaran a diario, y en sus aposentos se oía música de forma casi ininterrumpida[185]. En su lecho de enferma, mientras ahogaba sus penas en la música, daba vueltas a una idea: cómo castigar al hombre que más había insistido en ejecutar al Pequeño An y que encabezaba la manada de lobos, su cuñado, el príncipe Chun.

Las ejecuciones del Pequeño An y sus acompañantes bastaron para que Cixí decidiera no volver a tener un amante. El precio era demasiado alto. Su corazón pareció cerrarse. Y la modernización de China también salió perjudicada y quedó en

gran parte en suspenso durante los años posteriores, mientras ella trataba de recorrer un campo de minas.

8
Una venganza contra occidente (1869-1871)

El príncipe Chun había sido el primer y más firme aliado de Cixí en la preparación del golpe, casi una década antes. Su propósito había sido acabar con un grupo de idiotas incompetentes a los que culpaba de la derrota del imperio y la muerte de su hermano, el emperador. A diferencia de Cixí, no tenía ninguna intención de transformar las políticas, sino que quería que el país fuera más fuerte para poder vengarse un día de las potencias occidentales. Su apoyo al golpe de Cixí y su cooperación con ella a lo largo de los años se habían basado en la hipótesis de que ella quería lo mismo.

Sin embargo, a medida que avanzaba la década de 1860, el príncipe Chun empezó a ver que la venganza no era una de las prioridades de Cixí y que, más bien, le atraían las costumbres de Occidente. Cuando, después de aplastar las rebeliones internas, muchos pidieron la expulsión de los occidentales, ella los ignoró. A principios de 1869, el príncipe Chun decidió que debía actuar y presentó un memorándum a Cixí. En él le recordaba el incendio del Viejo Palacio de Verano y la muerte de su marido en el exilio y escribió que el difunto emperador había «muerto con una intensa pena en su corazón», una pena que aún seguía atormentando al príncipe y le hacía sentir que no podía «vivir bajo el mismo cielo que el enemigo». Tras pasar por encima del hecho de que el comercio con Occidente había enriquecido al país, exigía que expulsara a todos los occidentales y cerrase las puertas de China. Había que hacer seis cosas, decía. Una, boicotear todas las mercancías extranjeras, con el fin de que los occidentales no tuvieran incentivos para ir a China; y pedía a la corte que sentara ejemplo destruyendo públicamente todos los productos occidentales que hubiera en los palacios. El ministro de Exteriores debía elaborar una lista de todos los extranjeros residentes en Pekín para que, cuando llegase el momento de romper relaciones, se los pudiera «eliminar» si era necesario, una labor para la que se ofrecía voluntario. El príncipe quería que Cixí emitiera «un decreto que diga a todos los jefes provinciales que deben animar a la aristocracia y el pueblo […] a quemar iglesias extranjeras, saquear los bienes extranjeros, matar a los comerciantes extranjeros y hundir los buques extranjeros», y subrayaba que todas esas acciones debían llevarse a cabo de forma simultánea «en todas las provincias». Para acabar su largo memorándum, el príncipe Chun decía sin rodeos a Cixí que debía «cumplir el último deseo» de su difunto marido y «no dejar ni un solo día de pensar en la venganza, no olvidarla ni por un instante»[186].

Cixí no quería atar el imperio al carro de la represalia. «Aunque no olvidemos los agravios ni un solo día […] los agravios no se solucionan matando gente ni quemando casas», razonó[187]. Envió el memorándum del príncipe Chun a los nobles

para que lo debatieran. A todos les sorprendió la violencia de su propuesta y dijeron a Cixí que lo mantuviera en «el más alto de los secretos» y evitara filtraciones. Al príncipe Chun le dijeron palabras tranquilizadoras, elogiaron sus sentimientos y aprobaron medidas como la de impedir la entrada de las mercancías occidentales en la Ciudad Prohibida (salvo «artículos útiles como relojes y armas de fuego»). Pero dejaron claro que se oponían al tono agresivo de su propuesta, porque podía llevar a una guerra con Occidente, que China no podría ganar. El príncipe Chun aceptó de mala gana el veredicto de los nobles. Pero no quedó en absoluto convencido[188].

Poco después de estas comunicaciones fue cuando el príncipe Chun insistió en la ejecución del Pequeño An. Cixí no tuvo ninguna duda de que era un ataque político y personal contra ella. Mientras aguardaba su oportunidad de vengarse, el príncipe Chun preparó su siguiente paso.

En aquella época, el encuentro de la cultura occidental y la china había producido muchos enfrentamientos. Los occidentales calificaban a China de «semicivilizada», mientras que los chinos llamaban a los occidentales «demonios extranjeros». Pero la animosidad se centraba sobre todo en las misiones cristianas, que se habían establecido en muchas partes del país durante los diez años anteriores. Había habido revueltas ocasionales contra ellas, y hasta adquirieron una denominación específica: *jiao-an*, «casos relacionados con las misiones cristianas».

El origen no eran los prejuicios religiosos. Como observó el agregado Freeman-Mitford, los chinos no tenían fuertes antipatías religiosas:

Si no fuera así, ¿cómo es posible que haya habitado una colonia de judíos entre ellos sin que nadie les molestase durante dos mil años, y aún hoy […] en Kai Feng, en la provincia de Ho Nan? ¿Cómo es que los mahometanos han florecido enormemente en algunas provincias […]? En las murallas del palacio imperial de Pekín hay un pabellón ricamente decorado con inscripciones árabes del Corán en honor de una dama mahometana que fue esposa o favorita de uno de los emperadores. No parece que eso sea persecución religiosa. Y además […] el budismo ha sido la religión popular[189].

Se consideraba que el cristianismo era una enseñanza que «empuja a la gente a ser buena»: *quan-ren-wei-shan*. Ni siquiera los manifestantes anticristianos aborrecían la doctrina. Su ira se dirigía contra las misiones en sí. Ser extranjero siempre era motivo de sospecha, pero el principal problema era que las misiones se habían convertido en una autoridad rival a ojos de la gente normal. Tradicionalmente, las autoridades locales tenían poder absoluto en todas las disputas y administraban justicia —o injusticia— según su opinión. La viajera inglesa Isabella Bird estuvo en

una ocasión sentada ante la puerta de las oficinas de un responsable provincial, el *yamen*, y observó su funcionamiento:

En la hora que pasé a la entrada del *yamen* de Ying-san Hsien, entraron y salieron 407 personas, hombres de todo tipo, muchos en sillas, pero la mayoría a pie, y casi todos bien vestidos. Todos llevaban papeles, y algunos, grandes *dossiers*. En el interior, secretarios, administrativos y escribas cruzaban una y otra vez el patio, deprisa y sin parar, y constantemente se despachaba a *chai-jen*, mensajeros, llenos de papeles. Sin duda se llevaban a cabo muchas transacciones de toda clase[190].

La llegada de los misioneros, apoyados por barcos de guerra, introdujo una nueva forma de autoridad en la sociedad. En las numerosas querellas que se producían, que iban desde las disputas de los derechos de propiedad de fuentes de agua o tierras hasta enfrentamientos históricos entre familias, era frecuente que quienes pensaban que no habían obtenido o no podían obtener justicia de las autoridades locales fueran a pedir protección a la iglesia y se convirtieran. En una situación de ese tipo, un cristiano chino podía acudir al sacerdote, como escribió Freeman-Mitford:

jurando que la acusación contra él no es más que un mero pretexto y que el verdadero delito es su profesión de la fe cristiana, en la que está protegido por el tratado. Lleno de justa indignación y confianza en la veracidad de su converso, al que, por ser cristiano, hay que creer forzosamente más que al hereje acusador, el sacerdote corre a la oficina del magistrado para apelar en nombre de su protegido. El magistrado declara al hombre culpable y le castiga; el sacerdote se aferra a su defensa; se sucede una correspondencia diplomática y ambas partes derraman las siete copas de la ira. ¿Cómo es posible que un sacerdote que se entromete y el mandarín que sufre la intromisión se amen el uno al otro?[191]

Como consecuencia, algunos funcionarios locales, indignados, fomentaban las hostilidades contra los cristianos. También alimentaban el resentimiento algunos malentendidos. Uno de ellos tuvo que ver con los orfanatos de los misioneros. Según la tradición china, los recién nacidos abandonados eran los únicos de los que cuidaban unas instituciones benéficas que debían inscribirse ante las autoridades. Los demás huérfanos y niños abandonados eran responsabilidad de sus parientes, y cómo trataran a los niños era cosa suya. A los chinos les resultaba incomprensible que unos extraños pudieran acoger a niños y niñas sin el consentimiento de sus familiares y que a estos no se les permitiera llevárselos y ni siquiera visitarlos. Esta costumbre despertaba gran suspicacia. Abundaban los rumores de que los misioneros secuestraban a los niños y utilizaban sus ojos y sus corazones como ingredientes medicinales o para fotografías, un fenómeno que en aquel entonces resultaba

misterioso. Isabella Bird escribió:

> Eran habituales las historias de que devoraban a los niños, y estoy segura de que la gente creía que eso era lo que hacían los misioneros […] Vi que, cuando los extranjeros entrábamos en una de las calles más pobres, muchas personas cogían a sus hijos y los metían a toda velocidad en casa; también había niños con cruces rojas sobre parches verdes cosidos en la espalda, en la creencia de que los extranjeros tenían demasiado respeto por la cruz como para hacer daño a cualquier niño que la llevara[192].

En junio de 1870 estalló un motín anticristiano en Tianjín, al parecer desencadenado por uno de esos rumores, el de que un orfanato administrado por las Hermanas de la Misericordia, dependientes de la Iglesia católica francesa, estaba secuestrando a niños y arrancándoles los ojos y los corazones para usos en fotografía y medicina. La muchedumbre dio una paliza a varios cristianos locales, a los que se acusó de haberse llevado a los niños, y luego los llevó a la oficina del magistrado. Aunque todos fueron declarados inocentes (uno estaba llevando a un niño de la escuela parroquial a casa), miles de hombres siguieron llenando las calles y arrojando ladrillos a los cristianos. El cónsul francés en Tianjín, Henri Fontanier, acudió corriendo con sus guardias y realizó un disparo que hirió a uno de los criados del magistrado. La muchedumbre enfurecida golpeó al francés hasta matarlo y luego mató a entre 30 y 40 chinos católicos, además de a 21 extranjeros. En tres horas de linchamientos, saqueos e incendios, se destruyeron orfanatos, iglesias y escuelas. Hubo víctimas mutiladas y destripadas, y a unas monjas extranjeras las desnudaron antes de matarlas[193].

La política de Cixí ante los incidentes que involucraban a cristianos había sido siempre «tratarlos con justicia»: *chi-ping-ban-li*[194]. No creía los rumores de que devoraban niños, que ya habían aparecido en ocasiones en otras zonas y siempre habían resultado falsos. Condenó de manera categórica los asesinatos e incendios y ordenó al marqués Zeng, virrey de Zhili, que tenía su despacho en Tianjín pero que en aquellos momentos estaba ausente por enfermedad, que fuera de inmediato a la ciudad e interviniera con el «arresto y castigo de los cabecillas del motín, para que se haga justicia». Hizo público un decreto en el que expresaba su compasión por las víctimas cristianas, rechazaba los rumores y decía a todos los jefes provinciales que protegieran a los misioneros. El príncipe Gong destinó más guardias a patrullar ante las casas de los occidentales.

El marqués Zeng llegó pronto a la conclusión de que el rumor que corría en Tianjín no tenía fundamento. Descubrió que el motín parecía distinto al caso habitual de unos funcionarios locales que se sumaban a una turba anticristiana; en esta ocasión

había algo más siniestro detrás. Durante la investigación se reveló que el rumor lo había originado un tal comandante Chen Guorui, *el Gran Jefe Chen*. Los alborotadores detenidos confesaron que se habían enterado de lo de «los ojos y los corazones» por el Gran Jefe, que tenía los órganos en su poder, o eso creían. Chen había llegado a Tianjín por barco varios días antes de la revuelta, y había sido entonces cuando había empezado a difundirse el rumor. Los herreros empezaron a vender armas, pese a estar prohibido por las leyes Qing, y diversos vándalos y matones empezaron a entrar y salir de la vivienda del Gran Jefe, una posada anexa a un templo. El día de la revuelta, unos hombres fueron convocando a las masas calle por calle tocando gongs. Cuando el comisario imperial de la región, Chonghou, desmanteló el puente flotante que llevaba a la colonia internacional para tratar de impedir que la multitud llegara a ella, el Gran Jefe Chen ordenó que volvieran a montarlo y, mientras la gente lo atravesaba, les gritó desde su barco: «¡Buena gente, eliminad a los extranjeros, quemad sus casas!». Durante la matanza, Chen, que tenía mal genio y la costumbre de azotar a sus subordinados, permaneció en el barco, según contó él mismo, «buscando placer con niños».

Resultó que el Gran Jefe Chen era un protegido del príncipe Chun. Después de que se revelara su actuación, el príncipe escribió varias cartas a Cixí en las que le decía que «tengo mucho afecto a este hombre y quiero utilizarle en nuestra causa contra los bárbaros extranjeros». Había que tratar bien a Chen porque todos los hombres del imperio con ideales estarían observando lo que le sucedía y podrían ver si el trono tenía verdaderos deseos de «vengar al país». Había que «alentar» a la muchedumbre, no castigarla, advirtió el príncipe. No había duda alguna de que Chen había instigado el motín ni de que tenía detrás al príncipe Chun.

Cixí comprendió asimismo que el príncipe Chun había querido que todo el país hiciera lo mismo que Tianjín. Durante la matanza y después, la agitación se extendió a todo el imperio, y circularon los mismos rumores sobre los misioneros, los ojos y los corazones. En algunos lugares aparecieron en las calles carteles que anunciaban que en un día concreto debían salir todos a matar a los extranjeros y destruir las iglesias. En varias ciudades estallaron motines, aunque de menor tamaño. Todo encajaba a la perfección con el memorándum enviado por el príncipe Chun a Cixí un año antes, y la conclusión inevitable fue que el príncipe había asumido la responsabilidad de llevar su plan a la práctica.

Al darse cuenta del papel que había tenido el príncipe, y sabiendo lo poderoso que era y que sus ideas eran muy populares, Cixí se volvió precavida. Tuvo que negarse a cumplir la exigencia de llevar al Gran Jefe Chen ante la justicia que le hizo el enviado francés, que se había enterado de la actuación de Chen por los cristianos locales. Ceder a las demandas francesas habría despertado una furia inimaginable contra ella y contra su Gobierno. Circulaban ya peticiones para que aprovechara los disturbios de

Tianjín y prohibiera las misiones cristianas, destruyera las iglesias y expulsara a todos los occidentales. Los nobles estaban furiosos por la posibilidad de castigar a los amotinados, a los que consideraban héroes y que contaban con la admiración de personas como el gran tutor Weng. En los abanicos más elegantes se dibujaron escenas de los asesinatos y los incendios, que los personajes más cultos calificaron de obras de arte. El marqués Zeng fue objeto de airados ataques por «ponerse de parte de los demonios extranjeros» y recibió un trato de auténtico paria. En las discusiones mantenidas delante del trono sobre el motín dominó el príncipe Chun y nadie se atrevió a insinuar que había que castigar al Gran Jefe Chen. Con aire arrogante, el príncipe criticó al Gobierno de Cixí por no haber dado ningún paso en los diez años anteriores para ejercer represalias[195].

La posición de Cixí ya estaba muy debilitada por el episodio del Pequeño An. Ahora pensó que tenía que congraciarse con el príncipe Chun y para ello fingió que estaba de acuerdo con él. Le dijo a él y a los demás nobles que ella también consideraba a los bárbaros extranjeros como sus enemigos declarados, pero que su problema era que su hijo no era aún mayor de edad y ella no podía más que ir manteniendo todo en funcionamiento hasta que fuera adulto. Tal vez con la idea de que debía utilizar todos sus poderes para seducir y despertar simpatías, Cixí ordenó que quitaran el biombo de seda amarilla y se sentó cara a cara con los nobles, seguramente por primera vez. Mostró una imagen de impotencia muy atractiva y les suplicó que les dijeran a la emperatriz Zhen y a ella qué hacer porque no tenían «ni idea»[196].

En esas circunstancias, el 25 de julio de 1870, murió la madre de Cixí. Durante su enfermedad había consultado no solo a médicos chinos sino también a la doctora estadounidense Headland, que se había convertido en leal amiga de muchas familias de la aristocracia. Cixí envió a gente a la casa de su madre para que presentaran sus respetos en su nombre y rezó por ella en un altar que mandó levantar en sus aposentos. Dispuso que se colocara el ataúd de su madre en un templo taoísta 100 días, durante los que un abad dirigió un servicio diario. Pero ella no salió de la Ciudad Prohibida. La seguridad era mucho más difícil de garantizar en las calles de Pekín. Tal vez tuvo alguna intuición siniestra. En esa época, el astrólogo de la corte, que observaba las estrellas y hacía interpretaciones en el Observatorio Imperial construido por los jesuitas y equipado por los europeos, predijo que iba a ser asesinada una autoridad importante. Era una profecía extraordinaria, porque prácticamente no había habido magnicidios en la historia Qing. Un mes después, el virrey Ma Xinyi fue asesinado en Nankín. Había denunciado a varias personas que habían extendido rumores con falsas acusaciones contra misioneros y las había castigado. Con ello logró evitar una matanza como la de Tianjín en Nankín[197].

Mientras tanto, como las principales víctimas del motín de Tianjín eran francesas,

incluido el cónsul, Henri Fontanier, llegaron barcos de guerra franceses que dispararon tiros de advertencia ante los Fuertes de Dagu. La guerra parecía inevitable. Cixí tuvo que mover tropas y hacer preparativos. El marqués Zeng, que había estado enfermo, sufrió varios ataques de nervios y tuvo que permanecer en cama. Escribió a Cixí: «China no puede permitirse de ninguna manera una guerra». Nadie en la corte, ni siquiera los que con más vigor exigían venganza, tenía ninguna respuesta para la demostración de fuerza de los franceses.

En ese crítico momento, el hombre que más ayudó a Cixí fue el conde Li, entonces virrey de otra región (China estaba dividida en nueve virreinatos). Partió de inmediato con su ejército para defender la costa y dio prácticos consejos sobre una posible solución diplomática para la crisis. Había que ejecutar a los asesinos convictos, recomendó, pero al menor número posible para no inflamar a la población. El ministro de Exteriores debía explicar a las legaciones extranjeras que insistían en que se castigara a los alborotadores que «un número excesivo de ejecuciones no serviría más que para crear unos enemigos más decididos y no favorecería los intereses de los occidentales a largo plazo». Otro argumento que el conde dijo que debía utilizar Pekín fue que comprendía que los occidentales «mantienen la intención de tratar a los chinos normales y corrientes con generosidad y consideran sagrado el principio de no matar a la ligera»; que sabía que los misioneros practicaban la bondad. «Todos estos sentimientos se contradicen con unas ejecuciones masivas»[198]. Cixí valoró su forma de comprender Occidente y le nombró virrey de Zhili, la región que rodeaba Pekín y, por tanto, el virreinato más importante. Como la capital de la región era Tianjín, un Puerto del Tratado habitado por occidentales, el conde podría tratar directamente con ellos. Y además estaría, por supuesto, cerca de Pekín. El conde sucedió al marqués Zeng, que, después de una larga enfermedad, falleció en 1872.

Aconsejado por el conde Li, el príncipe Gong concibió una solución conciliadora que pretendía satisfacer a los franceses sin enfurecer más a los xenófobos chinos. Se condenó a muerte a 20 «criminales» y se desterró a las fronteras a otros 25. Muchos hombres no tenían ni un nombre propiamente dicho, señal de la mísera existencia que vivían. Se los identificó solo como «Liu el segundo hijo», «Deng el viejo», y así sucesivamente; el que encabezaba la lista era «el cojo Deng». El día de la ejecución, funcionarios y espectadores les vitorearon como auténticos héroes, su único momento de gloria. Dos funcionarios locales que habían participado en los disturbios fueron castigados, pero solo por incumplimiento del deber («no haber reprimido con suficiente fuerza a la turba»), y condenados al exilio en las fronteras septentrionales. Su estancia fue breve, porque «todo el imperio observa su suerte», advirtió el marqués Zeng. En cuanto al comandante Chen, fue declarado «totalmente inocente». La correspondencia judicial sobre él empleó un lenguaje de lo más suave, para que no

se enfadara.

Se pagaron indemnizaciones a las víctimas y se costeó la reparación de las iglesias. A Chonghou, el funcionario que había intentado proteger a los occidentales desmantelando el pontón, lo enviaron a Francia a proclamar que Pekín condenaba el motín y expresaba sus deseos «de conciliación y amistad». Se extendió la idea tergiversada (que sigue vigente) de que Cixí enviaba a Chonghou a humillarse, y el príncipe Chun, indignado, lo criticó.

Francia aceptó la solución. Estaba en guerra con Prusia en Europa y no podía embarcarse en otra en Oriente. El imperio chino se libró por los pelos.

El príncipe Chun no estaba nada arrepentido de la crisis que había provocado y, furioso con la solución, afirmó que sufría de una «enfermedad del corazón» y se quedó en la cama. Allí escribió a Cixí tres largas cartas en las que la criticaba sin reparos por no alentar a los amotinados de Tianjín ni hacer que la gente siguiera su ejemplo en toda China. Insinuó que no había cumplido los deseos de su difunto esposo. La respuesta de Cixí estuvo llena de lugares comunes y no le discutió nada. Pero el príncipe Chun no la dejó en paz: se apresuró a escribir una cuarta carta en la que repetía su acusación y alegaba que, gracias a ella, «los extranjeros están todavía más desenfrenados». Se había dado cuenta de sus evasivas: «Lo que dice el decreto no es en absoluto de lo que yo hablaba. No se dice una palabra sobre el asunto de los bárbaros extranjeros. Es muy escalofriante y preocupante». Cixí se vio obligada a tratar la cuestión, pero insistió en que la expulsión de los occidentales «no está prevista» y en que China debía buscar «la coexistencia pacífica con los países extranjeros». Gracias al apoyo del príncipe Gong y otras autoridades importantes como el conde Li, logró ignorar al príncipe Chun.

Este último siguió cultivando su resentimiento. A principios del siguiente año, 1871, volvió a escribir para quejarse una y otra vez de lo mismo: que Cixí no quería vengarse de Occidente. Sin llegar a denunciarla a ella personalmente, convirtió al príncipe Gong y a sus colegas en chivos expiatorios y los acusó de «mostrarse serviles con los bárbaros extranjeros». Los dos hermanos no se hablaban, pero Cixí tenía que seguirle la corriente a Chun[199].

Desde luego, el príncipe era muy capaz de instigar otra revuelta como la de Tianjín, que podía acabar arrastrando a todo el imperio a una guerra catastrófica. Pero Cixí no podía censurarle. Su postura contra los extranjeros era tan popular entre los funcionarios y la población que pelearse con él por este asunto habría sido suicida para ella. El príncipe Chun, pues, se había convertido en una bomba de relojería para el imperio. Como líder de la facción xenófoba, era el principal obstáculo para la política de puertas abiertas de Cixí; y, como jefe de la Guardia Pretoriana, podía llegar a ser una amenaza contra su vida. Hasta entonces no le había hecho nada porque, además de ser la madre del emperador y la hermana de su esposa, su hijo iba

a asumir pronto el poder y entonces ella regresaría al harén. Estaba dispuesto a tolerarla durante ese breve periodo. Sin embargo, para Cixí, garantizar la seguridad del imperio y la suya propia quería decir que había que hacer algo con el príncipe Chun.

9
Vida y muerte del emperador Tongzhi (1861-1875)

Cuando el hijo de Cixí, Tongzhi, tenía cinco años, comenzó un rígido régimen de educación formal, el que preparaba a los emperadores y príncipes Qing. Le sacaron de las habitaciones de su madre y empezó a vivir en unos aposentos separados. Casi todos los días estaba en su estudio a las cinco de la mañana para comenzar las lecciones. Cuando le trasladaban allí, en una silla de manos, la Ciudad Prohibida dormía aún, salvo unos cuantos criados que se movían de un lado a otro o dormitaban apoyados contra columnas. Los faroles que su séquito llevaba en la mano solían ser los únicos destellos de luz en la oscuridad que envolvía los callejones del palacio[200].

Sus tutores gozaban de la máxima reputación otorgada por consenso, tanto en sabiduría como en moralidad, y las dos emperatrices viudas eran quienes los aprobaban y los nombraban. El programa prestaba especial atención a los clásicos confucianos, que Tongzhi recitaba sin comprenderlos. A medida que cumplió años, fue entendiendo más y aprendió a escribir ensayos y poesía. Las enseñanzas incluían también caligrafía, lengua manchú y lengua mongola, tiro con arco y equitación. Al emperador Tongzhi no se le daban nada bien los textos de Confucio. Su profesor principal, el gran tutor Weng, se lamentaba día tras día, exasperado, en la intimidad de su diario: el emperador no se concentraba, no tenía fluidez para leer los textos en voz alta, no escribía bien los caracteres y siempre estaba aburrido. Al escribir poesía, exhibía poco estilo con temas etéreos como «El agua limpia de primavera que discurre sobre una roca», si bien parecía algo más cómodo con temas relacionados con sus obligaciones reales, tales como «El empleo de gente buena para gobernar bien el país». Cixí y la emperatriz Zhen preguntaban con frecuencia por sus estudios a los tutores. Se quedaban consternadas al saber que el niño parecía «sentir pánico en cuanto ve un libro» y lloraron cuando siguió sucediendo después de que asumiera el poder. Ordenaron a sus maestros que se limitaran a garantizar unas competencias básicas para el trabajo que le aguardaba, y el gran tutor Weng les aseguró que eso no era imposible, porque los informes que llegarían a Su Majestad no serían tan difíciles como los clásicos y sus edictos los redactarían otras personas. Después, Cixí puso a prueba la capacidad de su hijo en el contexto de una audiencia y descubrió que no podía hablar de forma clara ni coherente. Preocupada, instó a sus tutores a que le preparan especialmente para que, por lo menos, fuera capaz de hacer preguntas sencillas y dar breves instrucciones[201].

Una cosa que sí interesaba al emperador era la ópera, que sus maestros consideraban una distracción poco digna: «Nada más que un placer para los sentidos». Él los ignoraba y muchas veces incluso actuaba. En tales ocasiones, se maquillaba y hacía una representación delante de su madre, que no hacía nada para

desanimarlo. Como no era un buen cantante, Tonghzi encarnaba los papeles que incluían artes marciales. Una vez, haciendo de general, se inclinó ante un eunuco que representaba al rey. El eunuco se apresuró a arrodillarse, y él gritó: «¿Qué haces? ¡No puedes hacer eso cuando estás encarnando al rey!». La escena hizo reír a Cixí. Al emperador Tongzhi también lo entusiasmaban las danzas manchúes, y bailaba, encantado, para su madre[202].

Tenía asimismo otros placeres. Cuando era adolescente, el gran tutor Weng le veía «reírse y hacer tonterías» con sus compañeros de estudio. En una ocasión, parecía no poder controlar las risas ante un texto de lo más serio, cosa que confundió enormemente al maestro. «¡Qué extraño!», exclamó en su diario. Pero esos eran casi los únicos instantes en los que Su Majestad tenía algo de energía; el resto del tiempo, parecía exhausto e incapaz de abandonar su abulia. Una vez reconoció que llevaba bastantes noches sin dormir. Pero prohibió a sus profesores que le preguntaran cuál era el problema, y les advirtió con severidad que no dijeran ni una palabra a su madre ni a la emperatriz Zhen. El gran tutor Weng, desesperado, llegó a gritar a su pupilo real, pero en general confiaba su angustia a su diario: «¡Qué vamos a hacer! ¡Qué vamos a hacer!».

El emperador adolescente había probado las delicias del sexo. Al parecer, el hombre que le introdujo en ese nuevo placer era un joven y atractivo estudioso de la corte, Wang Qingqi, de quien el emperador se encaprichó y al que instaló en su estudio como acompañante. Juntos, salían a escondidas de la Ciudad Prohibida a visitar prostitutas y prostitutos cada vez que podían[203].

Mientras el emperador disfrutaba de una niñez descontrolada, la corte se preparaba para sus nupcias. El proceso de seleccionar a sus consortes duró casi tres años, interrumpidos por la ejecución del Pequeño An y la depresión de Cixí. A principios de 1872, antes de que cumpliera 16 años, las dos emperatrices viudas y él mismo habían escogido ya a las consortes, y la fecha de la boda se fijó para ese mismo año. De los cientos de jóvenes elegibles, se decidió que sería emperatriz una tal princesa Alute.

Todas las familias de la élite dijeron que la adolescente, de origen mongol, era una dama ejemplar y una candidata perfecta. Su padre, Chongqi, el único mongol que había obtenido jamás la primera plaza en un Examen Imperial de ámbito nacional, era un auténtico devoto de los valores de Confucio, que inculcó en la joven mente de su hija. Ella obedecía a su padre de manera incondicional, y se podía contar con que obedecería igual a su esposo. De maneras impecables y muy bella, conocía bien los textos clásicos, que su padre le había enseñado personalmente. La emperatriz Zhen se decidió por Alute. El emperador Tongzhi también. No tenía ningún deseo de

acostarse con ella, y pensó que era el tipo de persona que lo consentiría sin rechistar.

Cixí tenía sus reservas. El abuelo materno de Alute, el príncipe Zheng, había sido uno de los ocho miembros del Consejo de Regentes formado por su difunto marido, y ella le había ordenado suicidarse después del golpe, con el envío de una larga bufanda de seda blanca para que se ahorcara con ella. El hombre al que había ordenado decapitar, Sushun, que la había odiado a muerte, era tío abuelo de Alute. La niñez de la joven se había visto empañada por esta catástrofe, porque la casa familiar de su madre, una elegante mansión famosa en Pekín, había quedado confiscada con arreglo al código penal, y a los miembros masculinos de la familia se les había prohibido ocupar cargos públicos. Bajo la impecable conducta de Alute, Cixí no estaba segura de cuáles serían sus auténticos sentimientos. Así que señaló a otra candidata, una tal señorita Fengxiu, y dijo que le gustaban su chispa y su ingenio. Sin embargo, al final, Cixí cedió a los ruegos de su hijo y aceptó su elección; hasta ese punto lo quería. Estaba dispuesta a confiar en Alute, y esperaba que el padre de la joven no le hubiera metido ninguna idea inapropiada en la cabeza. Después de llegar a un acuerdo, Cixí ordenó que se devolviera la mansión confiscada a su familia materna y que se devolviera el título a los descendientes masculinos[204].

La ceremonia nupcial siguió el precedente establecido por el emperador Kangxi 200 años antes, en 1665, que era la última vez que un monarca reinante había escogido a una joven como emperatriz (la emperatriz Zhen no se había casado designada ya para ser emperatriz, sino que había ascendido al puesto después de entrar en la corte). Aunque a la ocasión se le dio el nombre de la «Gran Boda», *da-hun*, no hubo ninguna celebración nacional. No fue más que un asunto de la corte. En la Ciudad Prohibida, sedas de colores brillantes flotaban alrededor de enormes caracteres rojos que decían «doble felicidad»: *xi*. También había una exhibición similar de seda en la mansión de la novia, sobre todo encima de las columnas rojas que flanqueaban la entrada. Desde allí hasta la Ciudad Prohibida, se escogió la ruta de varios kilómetros que debía seguir la novia y las calles se nivelaron y se cubrieron de tierra amarilla, como correspondía a una procesión real.

A lo largo de la ruta, durante toda la semana anterior a la ceremonia, porteadores vestidos con camisas rojas de lunares blancos fueron llevando cada mañana el ajuar de la novia a su nuevo hogar: grandes armarios y pequeños platos de jade, prácticos lavabos de madera e intrincadas obras de arte para especialistas. Los artículos más pequeños viajaron expuestos sobre mesas cubiertas de tejidos amarillos, sujetos por cintas de seda rojas y amarillas. Para ver esa muestra de los enseres de la casa imperial, los residentes de Pekín salían en tropel al amanecer y ocupaban los márgenes de la ruta. Esa fue su única participación en el acontecimiento. Una mañana, por motivos de seguridad, porque los objetos que se transportaban ese día eran particularmente valiosos, la procesión comenzó antes del alba, para no

encontrarse con los espectadores. Estos, después de esperar en vano, se dispersaron a regañadientes y entre protestas. También se sintieron desilusionados quienes esperaban ver el entrenamiento de los encargados de llevar la silla nupcial. Los porteadores, que debían llevarla con una estabilidad perfecta y ser capaces de relevarse unos a otros rápidamente y sin ninguna sacudida, se entrenaban llevando un jarrón lleno de agua en la silla. Sin embargo, por algún motivo, nunca salían a la hora que se había anunciado.

El astrólogo imperial seleccionó el 16 de octubre de 1872 como fecha para la boda. Poco antes de la medianoche, bajo una luna llena, una gran procesión fue a buscar a Alute a su casa. Estaba vestida con una espléndida túnica que tenía bordados un dragón (el emperador) y un fénix (la emperatriz) entrelazados. Sobre la cabeza tenía un brocado rojo con el mismo dibujo. La calle estaba vacía. Los únicos autorizados a contemplar el desfile imperial fueron los escasos perros que correteaban y los guardias repartidos por todo el trayecto. A la población se le había ordenado mantenerse apartada, y a quienes vivían junto a la ruta de la procesión les dijeron que se quedaran dentro de sus casas y no miraran por las ventanas. En los puntos en los que la ruta real se cruzaba con callejones, se habían erigido biombos enmarcados en bambú para impedir cualquier posibilidad de ver nada[205]. A las legaciones extranjeras les dijeron con dos días de antelación que ordenaran a sus respectivos ciudadanos quedarse en sus casas, una exigencia que despertó brotes de enfado y frustración. ¿De qué servía celebrar un gran acontecimiento nacional, preguntaron, si nadie iba a presenciarlo?[206]

Uno de los pocos que sí lo vio a escondidas fue un pintor inglés, William Simpson, que se deslizó en una tienda del camino junto con un amigo misionero. El local estaba lleno de clientes fumando opio y nadie prestó atención a los extranjeros ni a la celebración real. Las ventanas eran de papel fino pegado en marcos de madera, y era fácil hacer un orificio. A través del agujero vieron pasar a príncipes y nobles sobre caballos blancos, precedidos y seguidos de banderas, baldaquines y abanicos gigantes. Tenían un aspecto algo fantasmal en las oscuras y desiertas calles de Pekín, iluminados solo por mortecinos faroles de papel, en unos casos colgados y en otros sostenidos con la mano. Hasta la luna estaba semicubierta por las nubes, como si quisiera obedecer la orden imperial. La lenta columna iba acompañada de silencio.

No era un acontecimiento alegre, e incluso se podría calificar de desolador. Pero se pensaba que en eso consistía la solemnidad. En esa atmósfera, pocos minutos después de medianoche, Alute, en su silla de manos cubierta de oro y transportada por 16 hombres, atravesó el umbral de la puerta meridional y principal de la Ciudad Prohibida. Era la primera mujer que cruzaba esa puerta en 200 años para entrar en la parte delantera de la ciudad, a la que no tenía acceso ninguna mujer salvo la emperatriz el día de su boda. Ni Cixí ni la emperatriz Zhen habían estado nunca allí.

La princesa Alute vivió este honor tan extraordinario sentada con recato, sosteniendo dos manzanas. Dentro de la Ciudad Prohibida, al bajar de la silla, la esposa del príncipe cogió las manzanas y las colocó bajo dos sillas enjoyadas que había delante de la puerta de su cámara nupcial. La palabra que designa la manzana contiene el sonido *ping* y la palabra para silla contiene el sonido *an*. Dos manzanas y dos sillas, *ping-ping an-an*, formaban una expresión que aludía a un buen deseo permanente: «Seguridad y paz». Parece muy prosaico para recibir a una nueva emperatriz. Pero Alute, al pasar por encima de esos objetos cargados de simbolismo, no iba a encontrar ninguna de las dos cosas.

Esa noche de bodas, después de terminar todos los rituales, encerrado en una habitación con una abrumadora decoración en rojo, frente al carácter gigantesco que significaba «doble felicidad», el novio pidió a la novia que recitara poesía de la dinastía Tang, en vez de hacer el amor. Después de esa noche obligatoria juntos, él pasó todas las demás en un palacio aparte, muy lejos de ella y del resto del harén. Alute pensó que tenía el deber de ir a ofrecerse a su esposo, pero él la rechazó, y ella —tímida y educada para no contradecirle—, obediente, se fue[207].

La princesa Fengxiu, la preferida de Cixí, fue nombrada consorte número dos. Justo antes del día de la boda llegó a la Ciudad Prohibida por la puerta posterior, transportada en una pequeña silla de manos que no llevaban más que cuatro hombres y con una procesión diminuta. Esta ceremonia casi siniestra era la que correspondía a una concubina. Ella y otras tres concubinas imperiales intentaron ganarse los afectos de su esposo pero no tuvieron más suerte que la emperatriz. Las cinco mujeres se vieron condenadas a una vida de soledad[208].

Tras la boda, en una ceremonia celebrada el 23 de febrero de 1873, el emperador Tongzhi asumió oficialmente su cargo. Tenía 16 años. Ser un monarca absoluto a una edad tan temprana no era algo infrecuente. Por extraño que parezca, los dos primeros emperadores de la dinastía Qing, Shunzhi y Kangxi, se hicieron cargo del imperio a los 13 años. La toma de posesión de Tongzhi fue un asunto circunscrito a la corte, igual que su casamiento. La gente corriente se enteró por la declaración imperial, en un pergamino que se descolgó desde la Puerta de Tiananmén y se copió y repartió por todo el imperio, de la misma manera que su coronación, unos años antes. De ahí en adelante, aquel adolescente, y solo él, sería quien tomara todas las decisiones relativas al imperio[209]. Como, a partir de entonces, sería él quien escribiría con su pincel mojado en tinta roja, los sellos que habían utilizado en los decretos las dos emperatrices viudas dejaron de utilizarse[210]. El biombo de seda amarilla tras el que se sentaban Cixí y la emperatriz Zhen se plegó y ellas se retiraron al harén.

El emperador estaba decidido a mostrarse merecedor del puesto y prometió al gran

tutor Weng que no iba a «ser perezoso ni negligente» ni quería «decepcionar a mis ancestros»[211]. El maestro se alegró muchísimo. Durante un año, más o menos, el joven fue fiel a su palabra y leyó informes, autorizó edictos y concedió audiencias. Pero no tenía la iniciativa de su madre. Sus instrucciones escritas en tinta roja eran breves y rutinarias. Cixí se atuvo a las reglas y no intervino en lo que hacía su hijo. Por consiguiente, no hubo más proyectos ni intentos de modernizar el imperio[212].

Solo hubo una excepción. Las legaciones occidentales estaban pidiendo audiencia con el monarca para presentar sus credenciales desde que habían llegado a Pekín. Hasta entonces les habían respondido que era impensable: el emperador era un niño y a las dos emperatrices viudas, al ser mujeres, no se las podía ver. Al día siguiente de asumir él el poder, las legaciones volvieron a enviar una petición colectiva de audiencia. Además, insistieron en ver al emperador sin tener que arrodillarse ni postrarse. Aunque lord Macartney, a su pesar, lo había hecho en 1793 por el bien de su misión comercial, el segundo enviado británico, lord Amherst, se había negado a presentarse en 1816. Ahora las legaciones unieron sus fuerzas y exigieron una audiencia sin tener que humillarse en el suelo. Pero la mayoría de la corte era inflexible al respecto y la respuesta fue que debían postrarse[213].

Cixí ya había tomado su decisión: los enviados no tenían que tocar el suelo. Unos años antes había discutido la cuestión con un pequeño círculo de personajes más liberales como el príncipe Gong, el marqués Zeng y el conde Li, y todos habían estado de acuerdo en que podían y debían hacer concesiones. El emperador Tongzhi hizo lo que le dijo su madre. El 29 de junio de 1873 recibió a los ministros enviados sin que se pusieran de rodillas ni tocaran el suelo con la frente. Fue un momento histórico. Los representantes se mantuvieron de pie, se quitaron el sombrero y avanzaron hacia el trono inclinando la cabeza a cada paso. El decano del cuerpo diplomático pronunció un discurso de felicitación y el príncipe Gong transmitió las palabras de buenos deseos del emperador. El acto duró media hora. La corte no hizo ningún anuncio público, porque no quería llamar la atención sobre el hecho de que no se habían postrado[214]. Uno de los que sí se enteró fue el gran tutor Weng, y le molestó[215]. Algunos, furiosos porque les parecía que el emperador había cedido a las presiones de Occidente, prometieron vengarse del desaire en el futuro.

Aparte de este delicado asunto, la burocracia siguió su curso de manera automática. La administración china tradicional era una máquina bien engrasada, que, salvo que surgiera una crisis, seguía funcionando. Las iniciativas no eran necesarias y no solían proponerse. Las políticas estatales dependían en gran medida del dinamismo del trono. Y, mientras que Cixí estaba llena de ideas innovadoras, su hijo carecía de ellas casi por completo. Tampoco había ningún espíritu especial de cambio. Cixí había

llevado paz, estabilidad y cierto grado de prosperidad al imperio. No había ninguna rebelión campesina ni invasión extranjera.

No obstante, a pesar de ser un emperador puramente burocrático, Tongzhi tenía que, por lo menos, supervisar el trabajo, para que la máquina funcionara adecuadamente. Y todo eso a él lo cansaba. El adolescente alto, guapo y juerguista empezó a quedarse en la cama cada vez hasta más tarde. El número de audiencias disminuyó, hasta que llegó un momento en que no veía más que a una o dos personas al día, y en cada ocasión no hacía más que unas cuantas preguntas rutinarias. Los informes constantes se devolvían muchas veces sin leer, y él se limitaba a escribir el «Hágase como proponéis» de rigor, independientemente de que hubiera una «propuesta» o no. Al darse cuenta de ello, los ministerios hacían lo que les parecía, y la administración se relajó.

Esta situación tenía ya muy preocupados a los nobles cuando el emperador decidió reconstruir el Viejo Palacio de Verano. Había visitado las ruinas con su madre y le había consternado ver los restos de los gloriosos edificios cubiertos de hierba. En el otoño de 1873, escribió personalmente un edicto que anunciaba su intención de restaurar el complejo, al menos en parte. El motivo que alegó fue que las dos emperatrices viudas necesitaban un hogar para su retiro. Algunos pensaron que era razonable: el príncipe Gong donó 20.000 taeles de plata para contribuir a cubrir los costes. Cixí ofreció su apoyo entusiasta. La restauración era su sueño. Estaba deseando volver a vivir allí. Con su energía característica y su atención a los detalles, se dedicó en cuerpo y alma al proyecto y se lanzó a entrevistar a capataces y arquitectos, aprobar diseños y maquetas e incluso dibujar algunos de los interiores.

Las obras comenzaron la primavera siguiente, y el emperador hizo frecuentes visitas, en las que instaba a los constructores a acelerar, sobre todo con sus propios aposentos, para poder mudarse allí, incluso antes que las emperatrices viudas. En realidad, lo que más quería el joven monarca era un lugar en el que tener libertad para dedicarse a sus aventuras sexuales. Al tiempo que abandonaba cada vez más sus deberes reales, era bien sabido que pasaba el tiempo «disfrutando y retozando con eunucos». Seguía escapándose a hurtadillas de la Ciudad Prohibida, disfrazado, para visitar establecimientos de mala fama. La Ciudad Prohibida le resultaba muy incómoda, porque las puertas se cerraban al anochecer, y después de esa hora ni el emperador podía salir sin un motivo justificado. En el momento del cierre, los eunucos de guardia daban el grito de «llamada de anochecer» con sus voces atipladas, y entonces se cerraban las pesadas puertas, una por una, y se oía el ruido de los cerrojos. El inmenso complejo caía en un silencio total en el que solo se oían de vez en cuando, débilmente, los clac, clac, clac de los tacos de bambú de los guardias nocturnos por las calles de Pekín. En silencio, los vigías se iban pasando una maza de mano en mano por todas las murallas de la Ciudad Prohibida, para asegurarse de que

ninguno se había quedado dormido ni había desaparecido y que no había huecos en las patrullas. El emperador Tongzhi detestaba las llamadas del anochecer y las puertas cerradas. Las numerosas e inflexibles normas que regían la vida del emperador —desde tener que despertarse a una hora fija hasta ir siempre acompañado de personas que anotaban cada uno de sus movimientos— eran una irritación permanente. Quería el Viejo Palacio de Verano como refugio. Vasto, sin ningún muro sólido que lo rodeara, ese era el lugar en el que podría llevar la vida que deseaba[216].

Sin embargo, pronto estalló un coro de oposición, acorde con la tradición de reprender al monarca si parecía que estaba demasiado atento a los placeres o envuelto en alguna aventura excesivamente cara. Los críticos señalaron que el país no era suficientemente próspero, y el Ministerio de Hacienda presentó al emperador un estado de cuentas que mostraba que el proyecto estaba por encima de las posibilidades del Estado. El tío del emperador, el príncipe Chun, le dijo que el Viejo Palacio de Verano no podía ser más que un recuerdo de la muerte de su padre y de su deber de vengarle[217]. Pero el emperador Tongzhi tenía la mente puesta en la diversión, más que en la venganza. Hizo caso omiso a su tío y arrojó el informe del Ministerio de Hacienda al ministro postrado ante él. No era un monarca que hiciera caso a sus opositores, y escribió con tinta roja un documento en el que denunciaba a los que habían mostrado sus reservas y los acusaba de intentar impedir que cumpliera con sus obligaciones filiales, un grave pecado de acuerdo con la ética confuciana. Adoptó un aire de superioridad moral, despidió a un funcionario «como advertencia» y dijo a los demás que «habrá castigo para quienes vuelvan a mencionar la cuestión». Al final, el príncipe Gong, que había comprendido que el proyecto no era factible, firmó una petición en la que rogaba a su real sobrino que cambiara de opinión. El joven le espetó: «¡Quizá pretendes que te ceda mi trono!». Un gran consejero, postrado en el suelo, se quedó tan asombrado por la reacción del emperador y lloró de tal manera que se desmayó y tuvieron que llevárselo.

En medio del enfrentamiento por la reconstrucción del Viejo Palacio de Verano, varias voces expresaron su desaprobación hacia el estilo de vida de Su Majestad, incluidos su obsesiva afición a la ópera, su abandono de los deberes de Estado y, en especial, sus salidas nocturnas disfrazado. Tongzhi exigió a sus dos tíos que le dijeran quién se había dedicado a contar esas historias. El príncipe Chun atribuyó el origen de las informaciones a varios locales concretos de mala fama, y el príncipe Gong a su hijo mayor, que era amigo del emperador. Este, furioso, los acusó de querer «intimidarlo», junto con otros cargos que equivalían a alta traición. Los dos príncipes no dejaron de golpear el suelo con la cabeza, pero no consiguieron aplacar la ira del emperador, que escribió con tinta roja un edicto con el que arrebató al príncipe Gong y su hijos sus títulos, apartó al príncipe de todos sus cargos y lo puso bajo vigilancia en el Departamento de los Nobles. Con otro edicto despidió al príncipe Chun[218].

Por suerte para los nobles, la madre del emperador estaba atenta. Escribieron a Cixí para rogarle que interviniera. Ella se dirigió a las oficinas de su hijo junto con la emperatriz Zhen y le dijo que hiciera caso a la mayoría. Entre lágrimas, le recriminó su trato al príncipe Gong. Mientras hablaba, el joven emperador se puso de pie y la escuchó, y, cuando la reprimenda de su madre se volvió emotiva, se arrodilló. El código tradicional obligaba al emperador a mostrarse sumiso con su madre, y además la quería. Rescindió todas las órdenes que había dado, y Cixí tuvo que abandonar su sueño de mudarse al Viejo Palacio de Verano[219].

El emperador Tongzhi no estaba dispuesto a dejar sus aventuras sexuales fuera de la Ciudad Prohibida y se fijó como objetivo el vecino Palacio del Mar. Este complejo, dominado por un vasto lago artificial, no albergaba grandiosos palacios, sino unos cuantos templos y edificios de gran calidad arquitectónica, protegidos solo por unos muros simbólicos. La zona de vivienda se encontraba en mal estado porque el padre y el abuelo del emperador Tongzhi no habían tenido dinero suficiente. Los nobles aprobaron las obras de renovación, y los trabajos comenzaron de inmediato. El emperador cobró afecto al lugar y siguió visitándolo a medida que el verano se convirtió en invierno, hasta que un día, cuando estaba en el lago, contrajo un resfriado.

Además, el emperador contrajo también algo mucho más grave. Su expediente médico de la Clínica Real muestra que el 8 de diciembre de 1874 aparecieron erupciones en su piel. Al día siguiente, los médicos le diagnosticaron viruela. El diagnóstico y las recetas de los médicos se dieron a conocer a los miembros del Gran Consejo. Mezclaron e hirvieron hierbas y otros ingredientes, algunos especiales, como gusanos de tierra, que se consideraba que servían para extraer el veneno. La infusión la probaron primero los médicos y luego los eunucos jefe. La corte empezó a observar todos los rituales relacionados con la viruela. Ante una fuerza mortal, lo que hacían los chinos —y en cierto modo siguen haciendo— era apaciguarla, incluso ponerla en un pedestal, con la esperanza de que se aplacara y los dejara en paz. Por eso, a la viruela le dieron el halagador nombre de «flores celestiales», *tian-hua*, y se dijo que el emperador estaba «disfrutando de la felicidad floral y celestial». Los cortesanos se vistieron con túnicas floreadas y bufandas de seda roja (el color de la alegría), y construyeron altares para adorar a la Diosa de las Ampollas, la dama supuestamente responsable de los granos llenos de pus. A los nueve días de que brotara la enfermedad, las ampollas mostraron señales de estar maduras para estallar. Se invitó a los más íntimos a ver a Su Majestad[220].

Junto al lecho real estaban de pie Cixí y la emperatriz Zhen, con velas en las manos. Pidieron a los nobles, que estaban de rodillas a cierta distancia, que se acercaran. El adolescente enfermo yacía con el rostro hacia ellos y levantó un brazo para que lo inspeccionaran. Vieron, como describió el gran tutor Weng, que «las

flores son extremadamente densas y sus ojos apenas visibles». Al cabo de un rato se retiraron de la habitación y luego fueron convocados al salón de audiencias, donde Cixí habló con ellos largo y tendido. Estaba desconsolada y rompió a llorar mientras hablaba. Dijo que su hijo tal vez necesitara relajarse durante su recuperación y que, si «en ocasiones» quería que se interpretara música, «confiaba» en que los nobles «no se opusieran». Con estas palabras de claro reproche, los nobles dieron repetidos golpes de frente en el suelo.

Después, Cixí discutió con ellos asuntos de Estado. Dijo que, como el emperador no había podido trabajar, en los últimos días se había mostrado cada vez más inquieto y quería que los nobles encontrasen una solución. Los nobles propusieron que las dos emperatrices viudas se hicieran cargo mientras el emperador «gozaba del feliz acontecimiento». Luego se fueron a redactar una petición en ese sentido. Pero Cixí tuvo dudas; volvió a llamar a los nobles y les dijo que detuvieran la redacción. Se le había ocurrido que una «petición» podía dar la impresión de que se pedía al emperador que renunciara al poder. Decidió que la solicitud debía venir de su hijo, que, después de hablar con su madre, aseguró que estaba encantado de que interviniera ella. Al día siguiente, el emperador convocó a los nobles y, con más energía aparentemente que el día anterior, dijo con voz firme al príncipe Gong: «Solo quiero decir unas palabras. No debe haber un solo día en el que no se despachen los asuntos de Estado. Tengo pensado pedir a las dos emperatrices viudas que se ocupen de todos los informes en mi nombre, y yo volveré a cumplir mi deber como antes, después de este feliz acontecimiento». Cixí le dijo que los nobles ya habían «pedido» lo mismo la víspera; todos estaban de acuerdo, así que el emperador podía dejar de preocuparse. Los nobles se fueron, aliviados y satisfechos de que las riendas del poder estuvieran de nuevo en manos de Cixí[221].

En el decimosexto día de la enfermedad, las costras que cubrían el cuerpo del joven empezaron a caerse y pareció que se iba a curar. Levantaron el gran altar a la Diosa de las Ampollas que había sido erigido en uno de los salones y, con la compañía de una amplia brigada de guardias de honor, lo trasladaron fuera de la Ciudad Prohibida.

Pero el emperador Tongzhi no se recuperó. Sus llagas se inflamaron y estallaron, sin dejar de supurar. El 12 de enero de 1875, sin haber cumplido aún 19 años, falleció. Había gobernado menos de dos años. Existe la teoría de que le envenenó Cixí, pero no tiene ningún fundamento. Muchos sospechan que murió de sífilis; como esta enfermedad tiene síntomas muy similares a la viruela (durante un tiempo se la llamaba «mal de bubas», por las costras supurantes que cubren el cuerpo, como en la viruela), y como no existían los métodos actuales de diagnóstico, no es posible saberlo con certeza. Da la impresión de que en la corte tampoco lo sabían y sospecharon que la enfermedad del emperador tenía que ver con su estilo de vida. A

Wang Qingqi, su amigo, le expulsaron de la corte y le prohibieron trabajar en un puesto oficial para siempre[222]. Se castigó a los eunucos más próximos al emperador, a unos con bastonazos y a otros con el destierro a las fronteras.

Lo más probable es que fuera viruela. En aquella época era un mal endémico en la capital, y la única hermana del emperador Tongzhi, la gran princesa, murió de lo mismo poco después, el 5 de febrero. En sus delirios murmuraba que su difunto padre la había llamado para que acompañara a su hermano[223].

Quien sí decidió acompañar al emperador y morir con él fue su esposa, Alute. Que una mujer se quitara la vida al fallecer su marido se consideraba la máxima virtud. En pueblos y aldeas se erigieron arcos de triunfo a mayor gloria de los dos(23). La princesa Alute, a la que habían seleccionado por sus virtudes, estuvo a la altura de las expectativas. Según varios eunucos, al expirar su marido, su padre le envió una caja de comida y, cuando ella la abrió y vio que estaba vacía, comprendió que le estaba diciendo que debía dejarse morir de inanición. Así lo hizo, y se granjeó la admiración de todos por ser digna hija de su padre. Murió 70 días después que su esposo, el 27 de marzo[224].

Muchos han responsabilizado de la muerte de Alute a Cixí. Los chinos la han acusado de maltratar a su nuera y empujarla al suicidio. Los occidentales han dicho que estaba embarazada del heredero al trono y Cixí la asesinó para asegurarse el poder. Ninguna de las acusaciones se basa en pruebas (aunque es posible que Cixí tratara con severidad a Alute). En realidad, la princesa procedía de una familia que había asumido el suicidio como suprema demostración de honor. Años después, en 1900, cuando las tropas occidentales invadieron Pekín y Cixí tuvo que huir, los 14 miembros de la familia se suicidaron para demostrar su lealtad[225].

Durante los 100 días posteriores a la muerte del emperador Tongzhi se prohibieron bodas y espectáculos en la capital. En todo el imperio se prohibió a los hombres que se afeitaran y se cortaran el pelo. (En épocas anteriores, el emperador Qianlong había encarcelado a unos funcionarios por violar la prohibición durante el periodo de luto por su esposa). Todas las campanas de los templos de Pekín, grandes y pequeños, repicaron 30.000 veces. En aquel entonces, los chinos eran sin duda el pueblo más ceremonioso de la Tierra. Los eruditos tenían que leer obligatoriamente un libro que contenía 3.000 normas de etiqueta. Una de las más importantes era que, hasta que el emperador fallecido fuera enterrado, no se podía tocar música en la corte. De modo que la Ciudad Prohibida volvió a callar, con figuras que se movían discretamente y en silencio, acompañadas solo por ecos.

La prohibición de la música en la corte se prolongó cuatro años, el tiempo que se tardó en construir el mausoleo del emperador Tongzhi. El emperador no se había

erigido ninguna tumba, porque no había estado en el trono el tiempo suficiente para iniciar el proyecto. A su muerte, su madre envió al príncipe Chun y al gran tutor Weng, junto con un equipo de maestros del *feng shui,* a escoger el lugar ideal para enterrarle. Mientras tanto, su gigantesco ataúd permaneció en un salón de la Ciudad Real para que los altos funcionarios desfilaran a rendirle honores. El féretro estaba hecho de una madera preciosa, pintada 49 veces de color dorado, adornada con símbolos budistas y forrada con 13 capas de brocado decorado con innumerables dragones.

A las afueras de Pekín había dos recintos de mausoleos para los emperadores Qing, uno al oeste de la ciudad y otro al este. Se había seguido la regla de que el mausoleo de cada emperador estuviera en el mismo conjunto que el de su abuelo, no el de su padre. Como el padre de Tonghzi estaba enterrado en los Mausoleos Orientales, él debería haber sido sepultado en los Occidentales. Pero Cixí, cuyo destino era acabar enterrada junto a su marido en los Mausoleos Orientales, quería estar cerca de su hijo, así que le llevó allí. Los nobles manifestaron su comprensión y no se opusieron a que se desviara de la tradición.

Los dos recintos eran enormes, unos lugares de una belleza serena y natural, protegidos por colinas, ríos y bosques. Cada mausoleo tenía una cámara subterránea y un edificio sobre ella que era una reproducción de un palacio de la Ciudad Prohibida. En la fachada había esculpidas unas columnas de mármol blanco con unas coronas elevadas en forma de alas. Lo más sobrecogedor de un mausoleo era su entrada: una larga avenida en línea recta, bordeada de inmensas estatuas de piedra que representaban elefantes, leones, caballos y otros animales de gran tamaño, en una gran extensión de tierra. Sin embargo, en el mausoleo del emperador Tongzhi no se construyó una avenida así. El presupuesto no daba para ello. Cixí tuvo que escoger entre gastarse el dinero en la avenida o importar madera para el ataúd y los edificios funerarios. China sufría escasez de madera de calidad, y el mausoleo de su difunto marido había tenido que conformarse con la madera que había sobrado de la tumba de su padre. Cixí, que creía en la vida después de la muerte, quería que su hijo tuviera el mejor material en el más allá, así que decidió sacrificar la entrada gloriosa. Compró en el extranjero la madera más cara, una clase especial de *nanmu*, de la que se decía que era tan densa que en el agua se hundía en lugar de flotar.

El mausoleo se completó, por fin, más de cuatro años después de la muerte de Tongzhi, y un día de 1879, elegido por el astrólogo de la corte como el más propicio, se los depositó a él y a su emperatriz, Alute, juntos en la cámara subterránea. Sobre los ataúdes colocaron cientos de piezas de oro, plata, jade y piedras preciosas. Con la meticulosa atención de Cixí, la ceremonia del entierro tuvo la grandiosidad de otras anteriores, con la participación de todos los funcionarios de alto rango, que recorrieron a pie los 120 kilómetros desde la capital; 7.920 hombres se relevaron para

llevar el féretro, en turnos de 120. Los habían preparado de manera profesional y se habían bañado con cuidado, para después vestirse con unas chaquetas moradas de arpillera, la tela obligatoria para el luto riguroso. Todos los funcionarios que trabajaban en un radio de 50 kilómetros desde la ruta acudieron a unas salas construidas especialmente para recibir el ataúd, postrados, a su paso. Cada sala estaba iluminada por miles de velas blancas de gran tamaño[226].

Aunque todo esto seguía el precedente establecido, Cixí se esforzó en cuidar cada detalle. Quería verdaderamente a su hijo. Muchos años después, en el aniversario de su muerte, la pintora estadounidense Katharine Carl, que estaba en la corte pintando el retrato de Cixí, se vistió de negro. Según escribió, Cixí comprendió que se había vestido con el color del luto en Occidente y «pareció muy conmovida». «Me cogió la mano entre las suyas y dijo: “Tienes buen corazón, al acordarte de mi pena y querer compartirla”, y sus lágrimas cayeron sobre mi mano, que ella mantuvo retenida»[227].

Tercera parte

Gobernando a través de su hijo adoptado (1875-1889)

10
Un niño de tres años es nombrado emperador (1875)

Cixí estaba junto a su hijo cuando murió, esa noche de enero de 1875. Justo antes del fin entraron los nobles, a los que los médicos habían informado del inminente fallecimiento, y se lo encontraron casi sin respirar y a Cixí tan conmovida y llorosa que no podía hablar. Después de permanecer un rato, salieron de la habitación para dejar que madre e hijo pasaran a solas los últimos momentos. Poco después de que se anunciara la muerte del emperador, mientras todavía estaban todos en llanto, la emperatriz viuda los llamó con el propósito de tomar medidas para el futuro.

La reacción instintiva del siempre prudente príncipe Gong fue quedarse fuera. Como conocía bien a Cixí, tal vez pensó que sus medidas serían irregulares, y dudó sobre si involucrarse o no. No obstante, entró con el resto de los nobles. Cixí les preguntó con toda franqueza si creían que era buena idea que la emperatriz Zhen y ella siguieran manejando las riendas «desde detrás del biombo». Un hombre se apresuró a responder «Sí»: ¿podía la emperatriz viuda, por favor, por el bien del imperio, nombrar a un nuevo emperador y seguir gobernando como antes? Cixí replicó en nombre de sí misma y de la emperatriz Zhen: «Nosotras dos hemos tomado nuestras decisiones y estamos completamente de acuerdo. Os vamos a informar de nuestra decisión definitiva, que no podrá alterarse ni modificarse. Escuchad y obedeced». Este lenguaje tan enérgico se debía a que estaba en una posición fuerte. El emperador Tongzhi no había dejado ningún heredero ni tampoco un testamento que dictara quién debía sucederle. Y, justo antes de morir, había pedido a las dos emperatrices viudas que gobernaran el imperio. Eran ellas quienes ahora debían designar al nuevo monarca[228].

Cixí anunció que las dos iban a adoptar a un niño como hijo de su difunto marido —y de ellas—, un niño que ellas criarían. Era evidente que Cixí tenía intención de volver a gobernar el imperio como emperatriz viuda durante el mayor tiempo posible. Lo normal y apropiado habría sido adoptar a un niño como hijo de su hijo fallecido. Pero, si lo hubiera hecho, a Cixí, como abuela, le habría resultado difícil encontrar justificación para gobernar. La viuda del emperador Tongzhi, la emperatriz Alute, estaba aún viva y se convertiría en emperatriz viuda. Sin embargo, la irregular decisión de Cixí no despertó objeciones. Casi todos agradecieron su regreso al poder. Lo había hecho muy bien antes de la subida al trono de su hijo. En cambio, el breve reinado de este último no había prometido más que desastres. De hecho, el difunto emperador había reprendido a casi todos y despedido a unos cuantos, y quién sabía qué habría sucedido si Cixí no hubiera estado allí para hacerle entrar en razón. Que ella tuviera otra vez el mando suponía un enorme alivio, sobre todo para los reformistas, que se habían sentido frustrados con la paralización de los últimos años.

Después, Cixí nombró al nuevo emperador: Zaitián, el hijo de su hermana y el príncipe Chun, que tenía tres años.

El príncipe Chun estaba presente en la sala, y el anuncio no solo no le alegró sino que le sumió en un terror frenético. Se arrodilló delante del trono y empezó a sufrir convulsiones, aullando y golpeando la cabeza contra el suelo hasta que perdió el conocimiento y quedó tendido como un amasijo de ropa interior y la túnica de la corte[229]. El niño, por aquel entonces, era su único hijo, y su esposa y él le querían casi con desesperación, entre otras cosas porque su hijo mayor había fallecido[230]. Pensó que estaba perdiendo a su único hijo para siempre. Cixí, totalmente inamovible, ordenó que sacaran al príncipe de la sala. Según un testigo presencial, «se quedó tendido en un rincón, sin que nadie le hiciera caso. Fue una escena miserable y desoladora»[231].

Los grandes consejeros se fueron a redactar el decreto imperial que proclamaba al nuevo emperador. El hombre designado para escribirlo, que temblaba de nervios, no podía mantener quieto el pincel. Al verlo, Junglu, entonces chambelán de la corte, que era un hombre ferozmente devoto de Cixí, se angustió tanto por que diera tiempo a que alguien pudiera hacer una objeción que agarró el pincel y empezó a escribir él mismo; algo totalmente impropio, porque no pertenecía al Gran Consejo. Por lo visto, Junglu había ayudado a Cixí a decidir el nombre del nuevo emperador nada más morir su hijo, para que nadie tuviera oportunidad de hablar o actuar en contra de su veredicto[232].

Cixí no tuvo ningún problema. En cuestión de minutos se completaron las formalidades de instaurar a un monarca y se envió una procesión a buscar al nuevo emperador. Antes de que aparecieran los primeros rayos del sol, habían despertado a aquel niño de tres años, le habían separado de su madre, le habían envuelto en una pesada túnica cortesana, le habían puesto en una silla de manos con un funcionario al lado, le habían llevado hasta la Ciudad Prohibida rodeado de velas y faroles y le habían hecho postrarse ante Cixí y la emperatriz Zhen en un oscuro salón. Después le llevaron al lecho en el que yacía el emperador Tongzhi para que se lamentara y llorara como era de rigor, cosa que le salió con gran naturalidad porque le habían interrumpido el sueño. Así comenzó la nueva vida del emperador Guangxu, el emperador de «la gloriosa sucesión»[233].

Para Cixí, fue el momento de vengarse del príncipe Chun. En pago por la angustia que había sufrido por la ejecución del Pequeño An, le clavó un cuchillo en el corazón arrebatándole a su único hijo. Y lo hizo de tal forma que el príncipe Chun no pudo quejarse: al fin y al cabo, su hijo iba a ser emperador.

El hecho de que su hijo fuera el emperador hizo que el príncipe Chun perdiera su papel político. Al ser el padre biológico del emperador, pero no el regente oficial, Chun tenía que abandonar todos sus puestos para evitar cualquier posible acusación

de utilizar su influencia para interferir en los asuntos de Estado, un delito que se consideraba traición. El príncipe se apresuró a presentar su dimisión, envuelta en un lenguaje lleno de humildad. Cixí ordenó a los nobles que debatieran, y el príncipe Gong recomendó enérgicamente que la aceptaran. Uno de los motivos que alegó fue un conflicto de protocolo. Como funcionario, el príncipe Chun debía postrarse ante el emperador, pero como padre, era impensable que lo hiciera. El gran tutor Weng, conservador y aliado del príncipe Chun, comprendió que, si se iba el príncipe, no quedaría nadie capaz de resistir frente a los reformistas, y propuso que se le permitiera conservar un puesto clave, el de jefe de la Guardia Pretoriana. Cixí rechazó la sugerencia y aceptó la dimisión general de Chun. Sí le permitió conservar un cargo, que no tenía ningún poder real: el de cuidar de los mausoleos de los emperadores Qing. Y, por supuesto, le llenó de condecoraciones[234].

Al arrebatar al príncipe Chun todos los puestos serios, Cixí le calló de una vez por todas. A partir de entonces, cada vez que protestara contra las políticas de ella se le acusaría de injerencia en los asuntos de Estado y se le condenaría. El príncipe Chun, desde luego, se dio perfecta cuenta de las intenciones de Cixí. Con el temor a que fuera todavía más allá y encontrara alguna excusa para acusarle de alta traición, le escribió una carta en la que, humillado, le aseguraba que no tenía ninguna pretensión de interferir. Fue el final del príncipe Chun como paladín del bando xenófobo. Así se desactivó la bomba de relojería que amenazaba al imperio.

El príncipe iba a sufrir más tragedias personales. Su mujer, la hermana de Cixí, dio a luz a dos hijos más, pero uno vivió solo un día y medio y el otro murió con pocos años, víctima de un amor demasiado angustiado, según los criados. El matrimonio estaba preocupado todo el tiempo por la posibilidad de que comiera demasiado —un problema serio en los niños de familias ricas— y, como consecuencia, el niño padeció desnutrición[235].

Para su sorpresa, Cixí no quería destruirle. Después de demostrar que podría haberlo eliminado, le concedió una serie de privilegios. Le otorgó concubinas, y el príncipe pudo tener tres hijos más; Cixí le permitió dar su nombre —Zaifeng— al mayor, nacido en 1883. También le nombró supervisor de la educación del emperador niño, para que pudiera ver a su hijo. A su esposa, la hermana de Cixí, la invitaba a vivir en palacio de vez en cuando, para que ella pudiera verle también. Ninguno de los dos podían estar del todo a gusto con el niño, ahora que era emperador y había sido adoptado por Cixí. Pero el príncipe Chun vio que el trato que recibía de ella estaba muy por encima de sus expectativas y se sintió inundado de gratitud[236].

Cixí se ganó también a los amigos del príncipe al demostrarles que no les guardaba rencor y a base de comprarlos con habilidad. Al gran tutor Weng le nombró

tutor principal del nuevo emperador niño, por lo que el maestro se sintió eternamente agradecido. Y al gobernador Ding, el hombre que había ejecutado al Pequeño An, le otorgó los ascensos y las condecoraciones que le correspondían como si no hubiera ocurrido nada malo. Cuando el gobernador ascendió a virrey, siguió la costumbre Qing y acudió a Pekín para ser recibido en audiencia. Antes de llegar, a través del lord chambelán Junglu, Cixí le dio 10.000 taeles para ayudarle a cubrir sus gastos en la capital, donde iba a tener que dar muchas fiestas y hacer muchos regalos. Ding no andaba bien de dinero: como no era un hombre corrupto, no se había aprovechado de sus cargos oficiales para enriquecerse. Junglu le dio el dinero como si fuera cosa suya, pero Ding, que no era especialmente amigo de él, comprendió de dónde procedía. No solo lo aceptó, sino que escribió para pedir «prestados» otros 10.000 taeles, que Junglu le entregó también de inmediato. Fue la manera astuta de decir que el anciano sabía que la donación venía de Cixí (no habría pedido más dinero a otro funcionario) y que acababa de cerrar un trato con ella. Aunque tanto Ding como el gran tutor Weng mantuvieron sus opiniones conservadoras, nunca más volvieron a causar problemas a la emperatriz viuda[237].

Así, Cixí eliminó todos los obstáculos y recondujo el imperio hacia el rumbo que se había marcado. Esta vez iba a acelerar el paso. Durante su reclusión forzosa en el harén, su mente no había estado ociosa, y había aprendido mucho sobre el mundo exterior por los informes y los diarios de los viajeros a los que había enviado años antes. En Hong-Kong y los Puertos del Tratado había crecido el número de periódicos de estilo occidental, que llegaban a la corte y se habían convertido en una fuente de información indispensable[238]. En comparación con una década antes, cuando llegó al poder, Cixí sabía mucho más ahora no solo de Occidente, sino de la modernidad. Estaba convencida de que la modernización era la respuesta a los problemas del imperio, y sabía también que se había perdido mucho tiempo. Desde la advertencia letal que había sido la ejecución del Pequeño An y a lo largo del reinado de su hijo, el país había estado paralizado durante cinco años. Estaba decidida a recuperar el tiempo perdido.

11
La modernización se acelera (1875-1889)

A principios de 1875, Cixí perdió un hijo, pero recuperó el poder. El año se convirtió en un hito extraordinario, lleno de acontecimientos trascendentales. Lo primero que hizo fue convocar al conde Li para discutir una estrategia general de modernización. El conde, que vivía en Tianjín, había pedido esa reunión en 1872, pero en aquella época Cixí, que se sentía vulnerable y estaba a punto de retirarse, se la había denegado. Ahora le vio al día siguiente de que él llegara, y el día posterior, y por tercera vez unos días después. Su entusiasmo por volver a tomar las riendas y regenerar el país era palpable[239].

Para entonces, el conde era ya conocido como el principal modernizador del país. Se había rodeado de occidentales y se había hecho amigo de muchos. Entre ellos se encontraba el antiguo presidente de Estados Unidos Ulysses S. Grant, y los dos se vieron con gran frecuencia en Tianjín en 1879[240]. El misionero Timothy Richard describió así al conde: «Desde el punto de vista físico, era más alto que la mayoría, los sobrepasaba a todos, y podía ver a lo lejos por encima de sus cabezas»[241]. El conde fue el hombre fundamental en la campaña de modernización de Cixí. Él y el príncipe Gong, que encabezaba el Gran Consejo, y cuyo nombre era para los occidentales «sinónimo del progreso en China»[242], se convirtieron en los más estrechos colaboradores de la emperatriz viuda. Con su ayuda, Cixí empujó el imperio, poco a poco pero a fondo, hacia la modernidad. El conde Li expresó a Cixí su común aspiración en una carta: «A partir de ahora, introduciremos en China todo tipo de cosas, y las mentes se irán abriendo de forma gradual»[243]. No excluyeron a los conservadores. El estilo de Cixí consistía en trabajar no solo con los reformistas, sino también con personas como el gran tutor Weng, emplear siempre la persuasión en vez de la fuerza bruta y estar dispuesta a que el tiempo y la razón cambiaran la mentalidad de la gente.

Cixí había querido enviar representantes diplomáticos al extranjero una década antes. Ahora lo hizo. El 31 de agosto de 1875 anunció su primer nombramiento: Guo Songtao, embajador en Londres[244]. Guo era un hombre excepcionalmente progresista, partidario de aprender de Occidente y adoptar proyectos como el ferrocarril y el telégrafo. Los conservadores le lanzaban ataques furiosos. El gran tutor Weng, en su diario, le calificaba de «perverso»[245], y los eruditos de su provincia que estaban en Pekín presentándose a los Exámenes Imperiales hablaban acaloradamente en sus reuniones de ir a derribar su casa. Cixí le consolaba y le vio en

tres ocasiones, junto con la emperatriz Zhen, antes de su partida. Las dos mujeres le dijeron varias veces que no se dejase amilanar por las burlas y las calumnias: «Todos los que trabajan en el Ministerio de Exteriores son blanco de insultos», dijeron. «Pero el trono lo sabe y te aprecia […] Debes asumir esta difícil tarea por el bien del país»[246].

Mientras Guo estaba en el extranjero, el Ministerio de Exteriores publicó su diario, lleno de sus impresiones. En él expresaba su adoración por los británicos: su sistema legal era «justo», las prisiones estaban «exquisitamente limpias, con suelos encerados, sin aire fétido […] uno se olvida de que esto es una prisión»; y sus maneras eran «corteses», lo cual, afirmaba, «demuestra que no es casualidad que este país sea tan rico y poderoso». Llegó a insinuar que el sistema monárquico chino, con sus 2.000 años de antigüedad, no era tan deseable como la monarquía parlamentaria británica. Aunque algunos de sus comentarios —por ejemplo, que las maneras chinas «están muy por debajo, muy, muy por debajo»— se borraron antes de publicar el diario, su primera entrega provocó rechinar de dientes entre los funcionarios más eruditos, que acusaron a Guo de intentar «convertir China en un país subordinado de Gran Bretaña» y exigieron al trono que le castigara. Se ordenó interrumpir la publicación del diario. Pero no hubo reprimenda a Guo. Al contrario, Cixí le nombró embajador en Francia además de Gran Bretaña, despreciando las protestas de los funcionarios conservadores. Después de una disputa muy sonada entre Guo y su tradicionalista número dos en Londres, la emperatriz viuda trasladó a este último a Alemania. Al final, viendo que no lograba llevarse bien con otros altos funcionarios, Guo presentó la dimisión, y ella se la aceptó. A su sucesor, el marqués Zeng, hijo del difunto marqués Zeng Guofan, le dijo que sabía que Guo era «un buen hombre y había hecho un trabajo extraordinario»[247].

Cixí tal vez no estaba de acuerdo con todas las opiniones de Guo, pero valoraba su independencia de pensamiento. Y le gustaba trabajar con personas de convicciones distintas. Su enviado en Berlín, Hung Jun, era todo lo contrario a Guo. Le desagradaban las costumbres europeas, en especial todo lo relativo a las relaciones entre hombres y mujeres. Fuera de sus obligaciones oficiales, prefería encerrarse en su residencia y dedicarse a sus investigaciones sobre la historia de China, sin salir más que para pasear por el Tiergarten. La consorte que llevó a Berlín, una concubina que había sido prostituta de lujo con el nombre profesional de «Más bella que la flor dorada», soñaba con asistir a fiestas, pero no estaba autorizada a hacerlo ni siquiera cuando Hung ofrecía recepciones en casa. Se vestía de forma exquisita, bajaba con gran recato a recibir a sus invitados y luego se retiraba al piso de arriba durante el resto de la velada. En las raras ocasiones en que se quedaba, no podía bailar, no solo por su esposo, sino por sus pies vendados y aplastados, que hacían que le fuera muy doloroso andar e incluso estar de pie. Recordaba haber hecho una reverencia al káiser

y a la emperatriz, y que el canciller Bismarck, de rostro brillante, barba plateada y ojos penetrantes, cortés pero distante, había elogiado su belleza; pero eso era todo. Además, había perdido a la mayoría de sus criados, que se habían negado a cruzar el océano con ellos, salvo dos que fueron apretando los dientes a lo que estaban seguros que sería «un viaje sin retorno» y que cobraban 50 taeles al mes cada uno, mucho más que los ingresos mensuales de un funcionario medio en Pekín, y 10 taeles más que las doncellas alemanas a las que contrató en Berlín. Subrayaba que las criadas alemanas eran «muy consideradas y cuidaban muy bien de la gente. Eran más leales y mucho más obedientes que los criados chinos».

Pero ni siquiera Hung Jun podía permanecer totalmente inmune a su nuevo entorno. Al principio, indignado, se negó a llevar calcetines europeos. Pero cuando se dio cuenta de que eran infinitamente más cómodos que los de basto algodón que se había llevado, su resolución se vino abajo. En el momento de abandonar Berlín, había comprado un trineo para regalárselo a la emperatriz viuda[248].

A mediados de la década de 1880, con la insistencia de Cixí en que no se perdiera tiempo[249], Pekín se había preparado ya para enviar grupos de funcionarios a recorrer el mundo y estudiar las instituciones y culturas occidentales con el propósito de reformar su propio sistema. Cuando se buscaron candidatos en los ministerios, se presentaron varias decenas, una situación muy diferente a la de diez años antes. Tener tratos con Occidente ya no se consideraba algo duro ni vergonzoso. Los puestos de trabajo relacionados con extranjeros ya eran muy codiciados[250]. Los diarios y periódicos de la época proclamaban cuánto había cambiado la sociedad. Hasta los sagrados Exámenes Imperiales, que habían constituido la base de las estructuras políticas y sociales durante más de 1.000 años, estaban experimentando sus primeros síntomas de modernización. A los aspirantes a viajar les decían que escribieran ensayos sobre temas como «el ferrocarril», «defensa», «puertos comerciales» y «la historia de la relación de China con los países occidentales desde la dinastía Ming». Eran temas que abrían la mente y animaban a la gente a aprender cosas nuevas y tener nuevas ideas. A algunos candidatos la transformación los perturbaba y se esforzaban para encajarla con la vieja tradición. Uno dijo que la esencia de la química y las máquinas de vapor se remontaba a las enseñanzas de Mozi, uno de los sabios confucianos de los siglos V y IV a. C.

Hubo un grupo de personas que obtuvo beneficios inmediatos de la activa diplomacia del régimen: las víctimas del tráfico de esclavos, que había comenzado poco antes de 1850. Eran cientos de miles, sobre todo en Cuba y Perú. En 1873 y 1874, el Gobierno Qing había enviado comisiones para investigar sus condiciones de vida. La comisión enviada a Cuba informó:

> Las ocho décimas partes de los esclavos declararon que los habían secuestrado o

engañado; […] al llegar a La Habana los vendieron como esclavos, […] la gran mayoría se convirtió en propiedad de los plantadores de caña; […] la crueldad mostrada […] es grande, e […] insoportable. El trabajo en las plantaciones es demasiado duro, y la comida es insuficiente; las horas de trabajo son demasiado largas, y los castigos con bastones, látigos, cadenas, grilletes, etcétera, producen sufrimientos y lesiones. Durante los últimos años, muchos han muerto por los golpes, han muerto como consecuencia de las heridas y se han ahorcado, se han cortado el cuello, se han envenenado a sí mismos con opio y se han arrojado a pozos y calderos de azúcar[251].

En Perú descubrieron que recibían un trato igual de espantoso. Pekín estaba negociando con ambos países en un intento de proteger a los trabajadores cuando Cixí recuperó el poder en 1875. A su equipo de negociadores, que encabezaba el conde Li, les dijo: «Debéis encontrar formas de garantizar que ese maltrato a los chinos se prohíba por completo y deje de practicarse»[252]. Los acuerdos logrados liberaron a los esclavos y prohibieron el tráfico[253]. Cixí nombró a uno de sus mejores diplomáticos, Chen Lanbin, que había dirigido la investigación en Cuba, como embajador en Estados Unidos, Cuba y Perú, con la responsabilidad fundamental de cuidar de los emigrantes[254].

En 1875 se redoblaron los esfuerzos para construir una Armada de categoría internacional, sobre todo porque el vecino de China, Japón, estaba volviéndose cada vez más agresivo y acababa de intentar apoderarse de la isla de Taiwán. Cixí y sus colaboradores más íntimos habían advertido el ascenso de Japón antes de que se retirase a principios de 1873 y habían observado cómo estaba aprendiendo de Occidente, cómo compraba máquinas y barcos de guerra, construía ferrocarriles y fabricaba armas. Su corte hablaba de cómo ocuparse de esta «gran amenaza permanente»[255], y Cixí aprobó destinar cuatro millones de taeles de plata al año —un presupuesto inmenso— a construir la Armada[256]. Era el momento en el que en Europa acababan de inventarse los buques de guerra acorazados, y su edicto del 30 de mayo autorizó al conde Li a «comprar uno o dos», dado que tenían «un precio astronómico». En los años posteriores al edicto se adquirieron dos acorazados y varios barcos de otros tipos. Se envió a jóvenes a Francia para que aprendieran a fabricarlos y a Gran Bretaña para que se formaran como oficiales navales. Alemania fue el destino para los cadetes del ejército.

Por fin, en 1888, Cixí aprobó el Reglamento de la Armada, de estilo occidental. Y al refrendar esas normas fue cuando dio a conocer la primera bandera nacional de China[257]. El país no había tenido ninguna enseña nacional hasta el comienzo de su

reinado, cuando las relaciones con Occidente hicieron que fuera necesario desplegar una bandera triangular de color dorado para la incipiente Armada. Ahora, Cixí aprobó cambiarla a la forma cuadrangular, más usada por todos los países. En la bandera, denominada el Dragón Amarillo, figuraba un dragón de un intenso azul que alzaba la cabeza hacia una esfera de color rojo vivo, el sol. Con el nacimiento de la bandera nacional, subrayaron los comentaristas occidentales de la época, «China ha asumido con orgullo el puesto que le corresponde entre las naciones»[258].

En otoño de aquel trascendental año de 1875, Robert Hart, el inspector general de Aduanas originario del Ulster, recibió el encargo de escribir un memorándum para emprender una gran expansión del comercio exterior. Así lo hizo, y siguió la orden explícita de «tener en cuenta lo importante que es que sus propuestas sean beneficiosas y no perjudiciales para China»[259]. Pronto hubo más puertos, en especial a lo largo del río Yangtsé en dirección al interior, hasta Chongqing, que se abrieron al comercio internacional. No fueron unas puertas abiertas por la fuerza: el Gobierno de Cixí las abrió de buen grado, en respuesta a una solicitud de Thomas Wade(24). En Filadelfia, Estados Unidos, un funcionario chino participó por primera vez en la Exposición Universal, con el mandato de anotar e informar de todas sus experiencias. Entre las instituciones modernas introducidas por Hart estuvo el Servicio Chino de Correos, que emitió la primera serie de sellos del país, «Grandes Dragones», en 1878[260].

El significado del viejo adagio «Hacer fuerte a China» se amplió para incluir «Hacer ricos a los chinos» (*qiu-fu*). En el círculo de Cixí había consenso en que «la debilidad de China reside en su tradicional pobreza» y que solo podía enriquecerse mediante proyectos industriales como los de Occidente. «Debemos adoptar gradualmente las mismas cosas, para poder salir de la pobreza y ser también ricos»[261]. Hart y Wade habían propuesto esos proyectos diez años antes, pero la antigua nación no estaba entonces lista para ellos. Todos los viajes a Occidente habían abierto los ojos y las mentes. En 1875, Cixí ordenó instalar el telégrafo, primero en la provincia de Fujian, para comunicarse con Taiwán, la isla que codiciaba Japón y que Cixí estaba empeñada en conservar. Se fundó la Administración Imperial de Telégrafos y se nombró director ejecutivo a uno de los primeros hombres de negocios modernos del país, Sheng Xuanhuai. Al principio, masas de gente arrancaban los postes y los cables. Pero, a medida que vieron que eran inofensivos, que la comunicación podía ser milagrosa y que podía aportar muchos beneficios a sus vidas, los sabotajes se terminaron y las líneas de telégrafos se extendieron por todo el imperio[262].

También en 1875, Cixí decretó el comienzo de la moderna minería de carbón, con

la designación de dos áreas de prueba. Había fuerte resistencia y numerosos temores; entre otras cosas, a que los extranjeros se quedaran con los tesoros subterráneos de China. Ante esta inquietud, Cixí ordenó: «Debemos mantener la capacidad de decisión en nuestras manos cuando empleemos a personal extranjero. No debemos dejar que ellos controlen todo y tomen decisiones cruciales en nuestro lugar». Una de las dos zonas estaba en la isla de Taiwán y la otra era Kaiping, a unos 160 kilómetros al este de Pekín. Pronto empezaron a llegar técnicos y maquinaria occidentales, y Cixí nombró a otro destacado empresario moderno, Tong King-sing, director ejecutivo[263]. Tong había adquirido experiencia trabajando para compañías extranjeras y había fundado la primera naviera mercante de China. Tong y Sheng, junto con otros empresarios y hombres de negocios de esa primera generación, fueron los pioneros del ascenso de la clase media, y Kaiping se convirtió en «la cuna de la industria china moderna». De allí surgió un gigantesco centro industrial, Tangshan. Aparte de estos proyectos estatales, se dieron incentivos a particulares para que buscaran vetas de superficie y minas al aire libre. Con el fin de resolver los problemas de financiación y alentar a los emprendedores, Cixí decretó que a los empresarios privados se les permitiera emitir acciones de sus compañías.

Con el carbón llegó la electricidad. Cixí abrió el camino al ordenar que se instalaran luces eléctricas en el Palacio del Mar en 1888. Se llevaron generadores desde Dinamarca y se encargó su manejo a los miembros de la Guardia Pretoriana. Eran las primeras luces eléctricas fuera de los Puertos del Tratado, y fomentaron la expansión de la electricidad. En años sucesivos, se fundaron en Pekín y otras grandes ciudades 17 compañías eléctricas con fines civiles, militares y comerciales[264]. En 1889, Pekín tuvo su primer tranvía[265].

Cixí quería asimismo sustituir la obsoleta divisa del país, los lingotes de plata, por monedas acuñadas. Los lingotes suponían una gran desventaja para China en el comercio internacional porque, como su contenido en plata variaba, tendían a tener una valoración demasiado baja. La única forma de resolver el problema era la acuñación moderna, que además haría que la moneda china fuera compatible con el mundo exterior. No era una empresa fácil, sobre todo porque necesitaba una inversión inicial considerable. Pese a las tercas muestras de resistencia, Cixí fue inflexible y se ofreció a pagar los costes iniciales con dinero de la casa real. El proyecto se puso en marcha con la condición de que se revisaría a los tres años[266].

El proyecto más visible que no lanzó Cixí en 1875 y los años siguientes fue el ferrocarril, que tocaba una tecla muy próxima a la religión. Las numerosas tumbas ancestrales que salpicaban el país, construidas con todo amor por las familias siguiendo los principios del *feng-shui*, no podían trasladarse. Y tampoco se podían

dejar donde estaban si cerca pasaba una línea ferroviaria: la gente creía que el rugido de los trenes molestaría a las almas de los muertos. Cixí creía de todo corazón que las tumbas eran sacrosantas.

Estaba también el problema de la financiación. Durante los tres años posteriores a que Cixí volviera al poder, entre 1876 y 1878, casi la mitad de las provincias chinas y hasta 200 millones de personas sufrieron inundaciones, sequías y plagas de langosta, la mayor serie de calamidades en más de 200 años y una de las peores de la historia del país. Murieron millones de personas de hambre y enfermedades, en especial tifus. Las formas tradicionales de luchar contra las hambrunas consistían en oraciones de la corte para pedir buen tiempo, abrir la hucha real, exenciones fiscales para las zonas afectadas y proporcionar a los chinos el equivalente a los comedores sociales: «centros de arroz». Esta vez se gastaron sumas inauditas de dinero para importar alimentos. En tales circunstancias, la construcción del ferrocarril habría tenido que depender de préstamos de otros países, algo sobre lo que Cixí no tenía experiencia. Se mostró precavida. «Tendríamos que pedir prestados decenas de millones —dijo—. Y podríamos encontrarnos en apuros»[267].

Para hacer propaganda al ferrocarril, unos comerciantes británicos construyeron en 1876 una línea de 20 kilómetros de Shanghái a su puerto exterior, Wusong: la primera línea que entró en servicio en China. Tanto aldeanos como funcionarios sintieron espanto. Un día, cuando circulaba un tren, un grupo de hombres, mujeres y niños salió a la vía y lo obligó a detenerse. Cuando el tren trató de seguir, el grupo se aferró a los vagones en un vano intento de volver a pararlo. Otro día, el tren atropelló a un hombre y pareció que eso iba a provocar un motín. Thomas Wade convenció a la empresa británica de que interrumpiera el servicio. El Gobierno de Cixí compró las vías y las desmanteló, para satisfacer a las dos partes. Se ha dicho muchas veces que la emperatriz cometió la estupidez de arrojarlas —las vías del primer ferrocarril chino — al mar. En realidad, ordenó embalarlas y enviarlas a través del Estrecho a Taiwán, con la intención de emplearlas en la mina de carbón que había allí. Los nativos de Taiwán no estaban tan apegados a sus tumbas como los chinos del continente, y de todas formas, como la isla tenía menos densidad de población, había menos enterramientos. Sin embargo, las vías no pudieron instalarse allí y hubo que volver a llevarlas a la China continental, con la esperanza de poder usarlas en Kaiping. También aquí, la zona que debería cruzar el tren era relativamente yerma y poco poblada, con pocas tumbas. Pero, cuando el ingeniero jefe de Kaiping, el inglés Claude W. Kinder, con gran visión de futuro, decidió adoptar el ancho de vía normalizado, hubo que dejar definitivamente abandonado el ferrocarril de Wusong, que era de vía estrecha[268].

Después de colocar la línea de Kaiping, de 10 kilómetros de longitud, algunos expresaron su preocupación por que pudiera perturbar a las escasas almas muertas de

las cercanías. Así que el tren empezó a funcionar tirado por caballos. Luego, poco a poco, los caballos fueron sustituidos por una locomotora, construida allí mismo bajo la supervisión de Kinder con el nombre de «El cohete de China». La oposición creció y disminuyó, y acabó por rendirse.

No obstante, la decisión de construir o no una red más extensa en China siguió siendo la más difícil para Cixí. Durante más de un decenio, convocó repetidos debates entre la élite. Las opiniones estaban muy divididas, y la emperatriz viuda, normalmente tan resuelta, se mostró vacilante. Todos los argumentos a favor, defendidos por el conde Li, de que el ferrocarril sería bueno para la defensa, el transporte, los viajes y las comunicaciones no bastaron para convencerla de que era preciso violar una creencia fundamental de su pueblo ni tampoco de que merecía la pena asumir el riesgo de contraer una deuda abrumadora con Occidente.

Al final, Cixí decidió probar el tren en persona. En 1888 compró un tren con seis vagones y 3,5 kilómetros de vías a una empresa francesa, para que las instalaran en el complejo del Palacio del Mar. Todo ello, incluido el embalaje y el transporte, costó 6.000 taeles, una nadería comparado con el precio real. Los fabricantes occidentales se desvivían por obtener contratos en China, y años antes Gran Bretaña había ofrecido un tren similar como regalo de boda a su hijo, que lo había rechazado. Ahora el conde Li supervisó la compra. Informó a Cixí de que, aunque el precio era simbólico, todo había sido magníficamente fabricado en París, incluido un vagón de lo más lujoso para ella. Las vías se colocaron siguiendo los consejos de un maestro de *feng-shui* de la corte, que dictó cuándo podía empezar la obra y en qué dirección debía avanzar. Excavar hacia el norte, dijo, era imposible ese año, así que la sección septentrional tuvo que esperar hasta el décimo día del primer mes del siguiente año, 1889. Ese día la obra comenzó entre las tres y las cinco de la tarde. Cuando la línea pudo empezar a funcionar, Cixí se montó en el tren y pudo hacerse una idea de lo que era, aunque solo fuera por unos instantes. Saboreó la velocidad y la comodidad de viajar, pero también vio el humo negro y oyó los ruidos de la locomotora. El tren se guardó en un almacén y, a partir de entonces, solo se sacó para enseñárselo a los visitantes; y en esas ocasiones, eran eunucos quienes tiraban de los vagones, con largas cintas de seda amarilla trenzadas hasta formar cuerdas[269].

Más o menos en la misma época de esta experiencia personal, en abril de 1889, el virrey Zhang Zhidong presentó un argumento único y poderoso que hizo que Cixí se decidiera por fin en favor del ferrocarril. El virrey, que tenía 52 años, dos menos que Cixí, y era un hombre bajo de barba larga y fluida, era un gran partidario de la modernización. Sus contemporáneos occidentales decían que era «un gigante por su intelecto y un héroe por sus logros»[270]. Cixí se había fijado en él años antes, poco después de su golpe de Estado, durante un Examen Imperial. Su último ensayo para la prueba, sobre temas de actualidad, era audaz y heterodoxo y había desconcertado a

los examinadores, que le pusieron en el fondo de la lista de los aprobados. Pero cuando Cixí leyó el ensayo, reconoció a un alma gemela y le designó como la tercera persona más importante de todo el imperio. Con los años adoptó muchas de sus propuestas y le ascendió a puestos clave, y en esa época era un virrey que gobernaba dos provincias fundamentales en el valle del Yangtsé.

El argumento definitivo del virrey fue que el ferrocarril podía impulsar las exportaciones, que, señaló, eran la clave para enriquecer a la población y el país en la era del comercio internacional. Por aquel entonces, las principales exportaciones de China seguían siendo el té y la seda, mientras que las importaciones iban en aumento debido, en gran parte, a los proyectos de modernización. El déficit comercial del país fue de más de 32 millones de taeles en 1888; y el futuro era preocupante, porque las cantidades de té exportado habían empezado a disminuir. En 1867, China había cubierto el 90 por ciento del consumo en Occidente, pero ahora habían entrado en el mercado mundial los tés de la India británica y otros lugares. Era obligatorio ampliar la gama de productos para la exportación[271]. Pensando en esa necesidad, el virrey Zhang propuso construir un eje de Pekín hacia el sur, que atravesara las provincias interiores hasta Wuhán, una gran ciudad que estaba unida con el mar por el río Yangtsé. De esa forma, todas las provincias de la zona que no tenían salida al mar podrían conectarse con el mundo exterior. Sería posible refinar los productos locales con máquinas importadas, hacer que fueran exportables y transportarlos a la costa. Esta idea podía transformar la economía china y resolver su problema más de fondo y más grave: la pobreza. La visionaria propuesta revolucionó a Cixí: ahí estaban los verdaderos beneficios del ferrocarril, los que harían que merecieran la pena todos los sacrificios y todos los riesgos[272].

Se quedó con la propuesta del virrey para someterla a deliberación. Después de pedir a sus máximos consejeros que la examinaran y no recibir ninguna objeción, el 27 de agosto de 1889, Cixí hizo público un decreto que anunciaba la llegada de la era del ferrocarril a China, con el eje norte-sur[273]. La línea Pekín-Wuhán, prolongada después hasta Cantón, se convirtió en la arteria central de transporte del país, que todavía hoy sigue siendo crucial para su economía. Cixí pareció preverlo, porque su decreto es un auténtico manifiesto: «Este proyecto tiene una importancia gloriosa y de largo alcance, y es el elemento fundamental de nuestro plan para hacer fuerte a China. Ahora que emprendemos este innovador proyecto, es inevitable que haya dudas y temores». A continuación ordenaba a los jefes provinciales por cuyos territorios iba a pasar el tren que explicaran la iniciativa a los habitantes locales e impidieran que pusieran obstáculos. «En conjunto —decía—, confío en que la corte y el país estarán de acuerdo, y los funcionarios y los comerciantes harán un esfuerzo concertado para lograr un éxito total»[274]. Encargó al virrey Zhang supervisar la obra, junto con el conde Li, y establecieron su cuartel general en Wuhán. Allí, en

torno al ferrocarril, puso en marcha una serie de empresas modernas e hizo de la ciudad uno de los centros de la industrialización de China.

Cixí no aceptó la industrialización de forma indiscriminada ni sin reservas. En 1882, cuando el conde Li pidió permiso para construir unas plantas textiles, ella se opuso y dijo con una irritación inconfundible: «La fabricación de tejidos es nuestra industria nacional básica. Los tejidos hechos por máquinas le quitan el trabajo a nuestras mujeres y ponen en peligro su sustento. Ya es suficientemente malo que no podamos prohibir los tejidos extranjeros; no debemos hacernos más daño aún. Hay que estudiar el asunto con cuidado». En aquellos días, la fabricación de tejidos se llamaba *can-sang*, literalmente «gusanos de seda y hojas de morera», porque la producción de seda era una actividad fundamental de las mujeres chinas desde hacía miles de años. Para mantener la tradición, todos los años, en primavera, cuando los gusanos empezaban a trabajar, Cixí llevaba a las damas de la corte a una capilla especial dentro de la Ciudad Prohibida, a rezar al Dios del Gusano de Seda para que protegiera a los animalitos. Ella y las damas alimentaban a los gusanos cuatro o cinco veces al día, para lo que recogían hojas de las moreras que había en los terrenos del palacio. Cuando un gusano terminaba de tejer su hilo de seda y se encerraba en el capullo que había hecho con él, hervían este último y desenrollaban el hilo, que medía cientos de metros, para ponerlo en una rueca, listo para ser tejido. Cixí guardó toda su vida parte de la seda que había tejido cuando era niña, para comprobar si la seda nueva era tan fina y reluciente como la vieja. No quería que las viejas costumbres desaparecieran por completo. Aunque estaba decidida a impulsar el cambio en ciertos ámbitos, en otros se resistía o lo aceptaba a su pesar. Bajo su mandato, la industrialización de China no fue una excavadora que se llevara por delante todas las tradiciones[275].

12
Defensora del imperio (1875-1889)

Desde que le arrebataron a su hijo para nombrarle emperador en 1875, el carácter del príncipe Chun había cambiado. Por primera vez, había empezado a temer a su cuñada. La desolación de perder a su único hijo le hizo ver un lado de la emperatriz viuda que antes no había conocido: que poseía un aguijón mortal, aunque rara vez lo usara. Cuando el príncipe fue partidario de ejecutar al Pequeño An en 1869 y cuando, en contra de las órdenes de Cixí, encabezó los disturbios contra los misioneros en Tianjín, en 1870, no había temido las represalias. Ahora se dio cuenta de que ella no había olvidado ni perdonado todo lo que él había hecho: cinco años después, había obtenido su venganza. La sorpresa le desconcertó. En una carta enviada a Cixí después de que se llevaran a su hijo, contaba que había «perdido el conocimiento» al oír el anuncio y había vuelto a casa «lleno de temblores en la carne y en el corazón, como en un trance, o como si estuviera borracho». Se derrumbó y se acostó «en estado vegetativo». Desaparecida su antigua arrogancia, pidió perdón por sus errores pasados (sin detallarlos), se humilló y le rogó compasión. «Tú has sabido ver cómo era yo en realidad —escribió—. Te ruego que me concedas un favor que no merezco»: que le perdonase la vida, «la vida de un idiota estúpido e inútil»[276].

Entonces se dio cuenta de que Cixí no le había destruido cuando habría podido hacerlo, sino que le trataba con amabilidad, y se sintió inundado de gratitud. El miedo se convirtió en respeto. Pasaba gran parte de su tiempo meditando y adoptó un lema: «Retrocede y piensa cómo compensar los errores pasados» (*tui-si-bu-guo*), que mandó tallar en una placa sobre la puerta de su estudio. Su mansión estaba llena de recordatorios de ese sentimiento, desde la caligrafía en los rollos que había en sus paredes hasta la inscripción grabada en un pisapapeles de marfil sobre su mesa. Comprendió que su anterior hostilidad a la estrategia de Cixí respecto a Occidente estaba «llena de prejuicios», y se convirtió en uno de sus más fervientes defensores[277].

La metamorfosis del príncipe se debió también a otras causas, tal vez más importantes. Le impresionó lo que había hecho Cixí por el imperio, cosas como la reconquista de Xinjiang, un inmenso territorio en Asia Central, del tamaño de Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia juntas. El historiador de aquella misma época H. B. Morse destacó a comienzos del siglo XX: «Esta posesión ha estado en manos de China más de dos mil años; con firmeza cuando la administración central era fuerte, sin ella cuando el poder central era relajado, y abandonada en épocas de confusión […] Se ha escindido con frecuencia, pero siempre ha acabado sometida de nuevo a la autoridad de China»[278]. La fractura más reciente se había producido a principios de la década de 1860, después de la rebelión de Taiping. Gran parte de las tierras

separatistas las controlaba un líder musulmán, Yakub Beg, calificado de «mercenario» por Charles Denby[279], que después sería representante de Estados Unidos en China. Cixí estaba empeñada en que Pekín volviera a controlar Xinjiang. Fue una decisión tomada en contra de la opinión del conde Li, que proponía dejar marchar la región y permitir que se convirtiera en uno de los Estados vasallos del imperio, «como Vietnam y Corea».

Los Estados vasallos eran pequeños países independientes alrededor de China que administraban sus propios asuntos pero reconocían el mando supremo del emperador chino, lo cual significaba que le llevaban periódicamente tributos y que pedían la aprobación de China para cada nuevo gobernante. Aparte de Vietnam y Corea, los demás Estados vasallos eran Nepal, Birmania, Laos y las Islas Liuqiu (Ryukyu). El conde Li aconsejó que Xinjiang entrara a formar parte de sus filas. Para Li, la región no era más que «varios miles de *li* de tierra estéril», «no merecía la pena» recuperarla e, incluso aunque se conquistara, «no podía retenerse mucho tiempo, porque todos sus vecinos la codiciaban: Rusia en el norte, Turquía, Persia y otros países musulmanes en el oeste, y la India británica en el sur». Para reconquistar Xinjiang, dijo, sería necesaria una larga marcha del ejército por el desierto y una guerra prolongada que estaba «por encima de las posibilidades» del imperio[280]. Esa había sido la opinión del marqués Zeng[281], notable estratega, y ahora era también la del propio príncipe Chun[282].

Pero Cixí se negaba a renunciar a Xinjiang y, en cuanto regresó al poder en 1875, envió al general Zuo Zongtang a recobrarla. Para ella, la expedición era cuestión de urgencia: Rusia llevaba cuatro años ocupando una zona muy importante de la región, Ili, y si China no actuaba ya, el control ruso sería un hecho consumado.

Para financiar la aventura, Cixí sacó dinero a las provincias y autorizó al general Zuo a pedir prestados cinco millones de taeles a bancos extranjeros. Mientas seguía el recorrido de Zuo a través de sus detallados informes, se esforzaba por satisfacer sus peticiones constantes, sobre todo de dinero. Al emprender la expedición al desierto, el general Zuo, un guerrero curtido de sesenta y pico años, ordenó que llevaran siempre en la caravana un ataúd, señal de que estaba decidido a luchar todo el tiempo que fuera necesario. Su campaña fue victoriosa y de una terrible brutalidad. A principios de 1878 había reconquistado la mayor parte de Xinjiang. No conocía la compasión y las matanzas eran habituales. De acuerdo con los códigos penales de los Qing, tras capturar a los hijos y nietos de Yakub Beg (que había muerto), los castraron y los entregaron como esclavos. Los occidentales estaban horrorizados; pero hasta los más moderados de los diplomáticos chinos aseguraron que era el castigo apropiado y criticaron a los occidentales por «meterse en los asuntos de otros»[283].

Cixí respaldaba a Zuo y apoyaba sus métodos. Después de asegurarse de que Pekín volvía a tener el control de Xinjiang, hizo caso a Zuo y poco a poco convirtió

la región en una provincia, en vez de concederle la autonomía. Estacionó allí unas tropas que empezaron a cultivar tierras vírgenes cuando no estaban reprimiendo rebeliones[284].

Cixí envió a Chonghou a San Petersburgo para negociar la devolución de Ili. Chonghou, un hombre afable, era el funcionario que había intentado proteger a los occidentales durante la matanza de Tianjín, en 1870. No era un negociador duro, y, después de meses de negociaciones, firmó un acuerdo que obligaba a China a ceder una gran parte de Xinjiang a Rusia a cambio de Ili. En Pekín el acuerdo causó indignación, y un consejo de nobles condenó a Chonghou a una pena de «cárcel en espera de ejecución», con el permiso de Cixí. Los delegados occidentales expresaron su fuerte desacuerdo: era indigno de «la nueva diplomacia de China», dijeron, que un diplomático fuera «condenado a muerte por decapitación […] acusado, no de traición, sino de fracaso». La propia reina Victoria hizo un llamamiento personal pidiendo clemencia «a la gran emperatriz viuda de China». Cixí tomó nota y puso en libertad a Chonghou[285].

Pero se negó a reconocer el tratado. Rusia amenazó con la guerra y trasladó 90.000 soldados al territorio en disputa. Gordon *El Chino*, el inglés que había ayudado a derrotar a los rebeldes de Taipei, dio su consejo: «Si quieres la guerra, prende fuego a las afueras de Pekín, saca los archivos y al emperador de la capital […] y lucha […] durante cinco años […] Si quieres la paz, renuncia a Ili *in toto*»[286]. A Cixí no la agradaba ninguno de los dos extremos. La guerra era impensable, porque China no podía permitírsela, mientras que Rusia quizá la agradeciera, para hacerse con más tierras. Sin embargo, la paz no podía costar la pérdida de territorios, ni Ili ni la zona que había cedido Chonghou. Cixí hizo pensar que China estaba «lista para la guerra, tan lista como su rival»[287], pero envió a un nuevo representante, el marqués Zeng hijo, a Rusia para renegociar. Le dio instrucciones detalladas, y la más importante era la conclusión de que, si no lograba recuperar todo el territorio en disputa, debía conformarse con el statu quo que había antes de Chonghou y dejar Ili en manos rusas por ahora, aunque sin dejar de reivindicarla para China. El marqués acudió a las conversaciones acompañado de una copia del tratado de Chonghou llena de marcas que indicaban qué puntos eran absolutamente inaceptables y cuáles eran negociables. Se mantuvo todo el tiempo en contacto con Cixí por telegrama.

Tener una estrategia clara y precisa, así como preparativos detallados, dio resultado. China recuperó la mayor parte del territorio que había cedido Chonghou y además Ili[288]. El nuevo tratado, un compromiso(25), fue recibido por los observadores occidentales como un «triunfo de la diplomacia»[289]. Lord Dufferin, entonces embajador británico en San Petersburgo, comentó: «China ha obligado a Rusia a hacer lo que no ha hecho nunca, devolver un territorio que había absorbido»[290]. El marqués Zeng hijo recibió numerosos elogios por la primera

victoria de su país en la diplomacia moderna, pero el papel crucial fue el desempeñado por Cixí.

En los peores momentos de la crisis, ante la perspectiva de librar una guerra y perder territorio, Cixí sufrió una intensa crisis nerviosa. Pasó días sin poder dormir, se sentía sin energías y tosía sangre. De acuerdo con la tradición, en julio de 1880 la corte envió a los jefes provinciales la petición de que recomendaran médicos para ayudar a los médicos reales y los escoltaran «hasta Pekín, en barco de vapor para que lleguen pronto». Un tal doctor Xue, de la provincia de Zhejiang, describió así su primera sesión con Cixí. Comenzó postrándose ante ella, como era obligatorio, y ella le dijo que se levantara y se acercara a su lecho. Estaba sentada con las piernas cruzadas en el interior de las cortinas de seda amarilla que rodeaban la cama. Tenía un antebrazo fuera, apoyado en un almohadón sobre una mesita auxiliar. Estaba cubierto por un pañuelo, de forma que no se veía más que el punto en el que el médico podía sentir el pulso, un dato fundamental para hacer el diagnóstico. De rodillas, el doctor Xue le presionó la muñeca con los dedos. Su diagnóstico fue «exceso de angustia y ansiedad» e informó a la emperatriz viuda de que no tardaría en curarse, siempre que tuviera cuidado de no devanarse los sesos. Cixí replicó: «Ya lo sé, pero es imposible». Al final se recuperó, en gran parte gracias a los optimistas informes del marqués Zeng[291].

Durante la disputa, se contó con la participación del príncipe Chun. Después de obtener su dimisión de todos los cargos que ocupaba, Cixí se preocupó mucho de incluirle en el proceso de toma de decisiones, y a quienes presentaron objeciones les dijo que el príncipe había «pedido que se le apartara y había golpeado el suelo con la cabeza repetidas veces»[292], pero que ella había insistido en su intervención. Cixí quería ganarse al príncipe a base de dejarle ver cómo abordaba los asuntos de Estado. El príncipe vio que la prioridad de Cixí eran los intereses del imperio y que los defendía con vigor y habilidad. Le sorprendió su implacable actitud al lanzar la campaña de Xinjiang y enfrentarse a Rusia, así como su capacidad de llegar a un acuerdo y entablar negociaciones directas. En cambio, él, que había alardeado de «vengarse» de los extranjeros, no tenía ni idea de qué hacer ante una amenaza exterior real. Todo ello le convenció de que estaba trabajando para una señora que era muy beneficiosa para el imperio, y se ofreció como su más humilde servidor.

Tal vez lo que más impresionó al príncipe Chun y le convirtió de forma definitiva en «esclavo» de Cixí fue ver cómo manejó la guerra con Francia entre 1884 y 1885. Francia había iniciado en 1859 una campaña militar para colonizar Vietnam, vecino y

estado vasallo de China. Cuando Francia se anexionó el sur y empezó a avanzar hacia el norte, el Gobierno Qing no hizo nada, entre otras cosas porque los vietnamitas no pidieron ayuda (cosa que un estado vasallo tenía derecho a hacer). Cixí solo enviaba tropas para apresar a bandoleros chinos que actuaban allí, porque así se lo habían solicitado los habitantes del país. En cuanto los detenían, retiraban las tropas.

A estas alturas, parecía que Cixí había elaborado una política muy meditada sobre los límites del imperio. Estaba decidida a preservar el territorio que consideraba suyo, pero estaba dispuesta a ceder los estados vasallos si se veía obligada a ello. Mujer pragmática, sabía que ahora las potencias europeas eran más fuertes y que su imperio no estaba en situación de conservar esos estados. De modo que, aunque envió un gran ejército para recuperar Xinjiang e hizo todos los esfuerzos necesarios para retener Taiwán, cuando Japón se apoderó de un estado vasallo, las Islas Liuqiu (Ryukyu), a finales de la década de 1870, se limitó a emitir una protesta verbal. Asimismo, sus medidas a propósito de Vietnam se limitaron a asegurar la frontera, sin esforzarse en conservar el país[293]. En agosto de 1883, Vietnam se convirtió por la fuerza en protectorado de Francia. El primer ministro francés, Jules Ferry, aspiraba a adquirir un imperio colonial y emprendió aventuras imperiales en países tan distintos como Túnez, Congo, Níger y Madagascar, además de Indochina. Y ahora las fuerzas francesas avanzaban a paso firme hacia la frontera entre Vietnam y China.

Cixí empezó a prepararse para la guerra. Los astrólogos de la corte y otros aficionados vieron signos de que se avecinaban grandes batallas, como el de las llamas anómalas que incendiaron el cielo durante días y el ángulo de un cometa. Cixí creía en la astrología. Para ella, los cometas eran avisos del Cielo. En el pasado, cuando aparecían cometas, ella reflexionaba sobre lo que podía haber hecho mal y emitía edictos en los que pedía comentarios sobre si había habido funcionarios incompetentes o si la pobreza de la población había caído en el olvido. Ahora estaba llena de aprensión. Tenía un fuerte resfriado que le duró meses y tosía sin cesar durante las audiencias. Cuando los funcionarios intentaban consolarla, decía: «No puedo sino preocuparme al ver esos signos celestiales»[294].

Con los franceses al lado de la frontera, Cixí envió tropas a Tonkín, la región más septentrional de Vietnam, vecina de las provincias chinas de Guangxi y Yunnan. Esta última era especialmente rica en recursos minerales que los franceses deseaban. El propósito de Cixí era conservar parte de Tonkín para tener una zona parachoques, si era posible, y si no, nada más que defender la frontera. Entre diciembre y abril del año siguiente, 1884, las tropas chinas combatieron contra las francesas en la zona y sufrieron repetidas derrotas. Parecía que los franceses iban a acabar entrando en la propia China.

El príncipe Gong, jefe del Gran Consejo, era conciliador por naturaleza. Era fatalista sobre la posibilidad de vencer en una guerra a una potencia occidental y no

intervino activamente para ayudar a Cixí. Según el diario del gran tutor Weng, el príncipe hablaba «con vaguedad y sin ofrecer ideas». «Habló largo y tendido con la emperatriz viuda durante un periodo extraordinariamente amplio de tiempo, pero sin decir nada». A veces, se mostraba apático; en otras ocasiones, no aparecía por su despacho. El hecho de que hubiera tenido mala salud no ayudaba. El príncipe Gong había sufrido varias enfermedades graves en los años anteriores, a veces con expulsión de sangre, y en esas ocasiones Cixí le concedía permisos prolongados. Su energía había disminuido y se le había nublado el juicio. Sin embargo, no presentó la dimisión, y a Cixí le resultaba difícil despedirle por su estatus y porque colaboraba con ella desde el principio. Pero llevaba un tiempo furiosa[295].

La gota que colmó el vaso llegó el 30 de marzo de 1884, cuando, en medio de una serie de devastadoras derrotas ante los franceses, el príncipe insistió en hablar con Cixí de la celebración de su quincuagésimo cumpleaños(26), que iba a ser en otoño, y en concreto sobre cómo quería que se organizara la presentación de regalos. Postrado ante ella, el príncipe habló hora y media. Cixí, furiosa, le abroncó: «¡Con la situación que hay en la frontera, te pones a hablar de regalos de cumpleaños! No debería estar en el orden del día en estos momentos; ¿por qué me molestas con este asunto?». Pero el príncipe siguió, impertérrito, y permaneció arrodillado tanto tiempo que le costó ponerse de pie al acabar. El gran tutor Weng, que presenció la escena, la anotó en su diario mostrando abiertamente su desprecio por el príncipe. Al día siguiente, Gong volvió a reanudar su cháchara y a «pedir a la emperatriz viuda que tuviera la amabilidad de aceptar regalos de cumpleaños». Cixí «le reprendió con palabras que mostraban su desolación», pero no pareció que su reprimenda dejara huella. El gran tutor pensó que tenía que «sobrepasar mis obligaciones» y decirle al príncipe lo que pensaba. Le dijo que hiciera caso a la emperatriz y «no insistiera más en trivialidades». En su diario, el gran tutor escribió en tono de burla: «¡Qué inteligencia tan inferior tiene el alto noble!»[296].

Cixí se decidió a despedir al príncipe Gong. No era tarea fácil. Llevaba ya un cuarto de siglo atrincherado en su puesto a la cabeza del Gran Consejo y era la persona más poderosa del imperio después de ella. Cixí tenía que tomar todas las precauciones. Con un pretexto adecuado, envió al príncipe fuera de Pekín durante unos días y, mientras estaba de viaje, llamó al príncipe Chun y tomó las disposiciones necesarias, casi como si estuviera preparando un golpe de Estado. En cuanto volvió el príncipe, el 8 de abril, Cixí le presentó el decreto en tinta roja que anunciaba su despido y el de todo el Gran Consejo. Con este ataque por sorpresa, la emperatriz viuda cortaba con quien había sido su socio político durante más de dos décadas, el hombre que había estado de su parte casi a diario, que había compartido con ella los retos de las reformas. Quizá debido a la forma de deshacerse de él —más propia de un enemigo que de un íntimo amigo que no le había mostrado más que devoción y

camaradería durante tanto tiempo—, Cixí se sintió incómoda y no volvió a verlo durante diez años. El príncipe Gong intentó tranquilizarla diciendo que no le guardaba rencor y que comprendía muy bien por qué había tenido que ser precavida. Pidió verla, aunque solo fuera como uno de tantos que la felicitaba en sus cumpleaños, pero ella se negó siempre[297].

Cixí nombró un nuevo Gran Consejo y colocó al frente al príncipe Chun. Al ser el padre biológico del emperador, no podía ser su jefe oficial, así que se ocupaba de todo desde su casa. Este traspaso de poder de un hermano a otro no causó ninguna fricción entre los dos príncipes. Al contrario, los dos, que se habían enfrentado en ocasiones por sus distintas actitudes respecto a Occidente, estrecharon mucho más sus lazos. El príncipe Chun, que había cambiado por completo, visitaba con frecuencia a su hermano caído en desgracia. Tenían algo en común: ambos adoraban a su cuñada. Se escribían poemas el uno al otro, y en los del príncipe Gong un tema recurrente era que le resultaba «difícil echar la vista atrás, a todos los años pasados»[298]. El príncipe estaba expresando su nostalgia por los tiempos en los que colaboraba con Cixí; y confiaba en transmitirle, a través del príncipe Chun, que atesoraba los recuerdos y siempre le sería leal.

El príncipe Chun tenía tan poca idea como su hermano sobre cómo resolver la crisis con Francia, pero ejecutó las órdenes de Cixí con eficacia y sin rechistar. Los occidentales creían que era un halcón inflexible, a diferencia del príncipe Gong. Interpretaron la sustitución de uno por otro como una señal del empeño de Cixí en recorrer el sendero de la guerra. En efecto, estaba decidida a librar «una larga guerra contra el enemigo» (*yu-di jiu-chi*)[299] hasta que los franceses, lejos de su hogar, estuvieran agotados y deseosos de terminar el conflicto.

Su verdadero objetivo era la paz, y para ello estaba dispuesta a renunciar a Vietnam si era necesario, siempre que su pérdida garantizara el compromiso de Francia de respetar la frontera con China. Nombró negociador jefe al conde Li. El conde se había convertido en su mejor diplomático y principal consejero. Muy superior al príncipe Gong, trabajaba con ella en perfecta armonía. Pensaban a menudo lo mismo, tenían una relación de comprensión tácita. En aquella época, el conde Li estaba «de luto» oficial por el fallecimiento de su madre, lo cual le exigía no trabajar durante 27 meses. Pero Cixí le dijo que acortara el periodo y citó a antiguos sabios que habían eximido específicamente a quienes tenían deberes militares que cumplir. Durante las negociaciones, circularon sin cesar telegramas entre ellos. Sabían que Francia estaba muy involucrada en la lucha por África y no tenía deseos de enzarzarse en una guerra prolongada con China. La paz era posible, y el conde fue capaz de cerrar un trato en Tianjín con el comandante Fournier, a quien ya consideraba un amigo. El acuerdo Li-Fournier encarnó las condiciones mínimas que estaba dispuesta a aceptar Cixí: Francia prometía no cruzar nunca las fronteras

meridionales de China y garantizaba que se lo impediría a cualquiera que lo intentase; a cambio, China aceptaba que Francia se hiciera con el control de Vietnam. Fournier había informado al conde de que el Ministerio de Exteriores francés había exigido una indemnización de guerra con la explicación de que la opinión pública de su país la pedía. Cixí respondió al conde Li que la demanda era «totalmente injusta, totalmente inaceptable y claramente contra los convenios internacionales»[300]. El conde rechazó la exigencia y Fournier no insistió. Cuando enviaron a Cixí el borrador del acuerdo, ella respondió con este telegrama, el 9 de mayo de 1884: «Lo he leído con atención. Ningún punto daña los intereses fundamentales de nuestro país. Refrendado»[301]. El acuerdo se firmó el día 11.

Cixí empezó a retirar tropas de Vietnam, con cautela, porque se enteró de que en París había insatisfacción por no haber obtenido ningún dinero y de que estaban en camino barcos de guerra[302]. El 12 de julio, Francia presento un ultimátum en el que exigía una gigantesca indemnización de 250 millones de francos y aseguró que China había roto el acuerdo al iniciar un enfrentamiento armado, cosa que, en realidad, fue un accidente, y que los observadores occidentales consideraron «un malentendido de buena fe»[303]. Cixí se enfureció. A varios testigos presenciales les chocó su extraordinaria severidad durante la audiencia, cuando espetó su prohibición de que nadie hablara a favor de negociar la indemnización. Casi todos los implicados en el conflicto, incluido el conde Li, estaban resignados a ceder en cierta medida a la extorsión francesa, con el fin de evitar una guerra. Pero Cixí se mantuvo firme: ni un céntimo para los franceses[304]. Cuando sus diplomáticos decidieron hacer su propia oferta, con una suma muy inferior, ella los reprendió con dureza. Ante la perspectiva de la guerra, al principio pidió a Estados Unidos que hiciera de intermediario y, cuando Francia rechazó la mediación, apretó los dientes y proclamó que «la guerra es inevitable»[305]. En una audiencia le dijo al funcionario Shi Nianzu: «En la relación de China con otros países, por supuesto, es mejor tener paz. Pero para poder tener auténtica paz, China debe estar lista para la lucha. Si cedemos a todas las demandas, entonces, cuanto más queramos la paz, menos probabilidades tendremos de lograrla»[306].

Francia inició la guerra franco-china el 5 de agosto de 1884, primero con un ataque a Taiwán; luego aniquilando la flota china en Fuzhou, en la costa sureste, y haciendo estallar el astillero de la Marina en Fuzhou, que se había construido bajo la dirección del francés Prosper Giquel. El 26 de agosto, en un documento lleno de indignación, Cixí declaró que China estaba en guerra con Francia. A la antigua retórica beligerante se añadió un toque moderno: había que proteger a los ciudadanos extranjeros, incluidos los franceses. Cuando Cixí se enteró de que los funcionarios costeros estaban colgando carteles en los que pedían a los habitantes chinos de las islas del mar del Sur de China que envenenaran los alimentos que se suministraban a

los barcos franceses encallados, se apresuró a detenerlos con un edicto y reprendió a los funcionarios en cuestión, además de decir que los chinos del extranjero debían permanecer fuera del conflicto militar[307].

En meses sucesivos, el ejército de Cixí obtuvo varias victorias y sufrió muchas más derrotas. Pero a finales de marzo de 1885, ganaron una batalla importante en el paso de Zhennan, en la frontera, y, como consecuencia, los franceses se retiraron de la ciudad de Lang Son, de gran importancia estratégica. El Gobierno de Jules Ferry cayó; su sucesor, Charles de Freycinet, se apresuró a acordar la paz. El 9 de junio, en Tianjín, firmaron un tratado el conde Li y el ministro francés Jules Patenôtre. Era en esencia el mismo acuerdo Li-Fournier de un año antes. Los franceses habían vuelto adonde estaban, sin haber conseguido un solo franco de China. Para los chinos, el coste fue inmenso, pero la lucha le subió tremendamente la moral al país y, en palabras del gran tutor Weng, «barrió la sumisa aceptación de que el país era débil»[308].

Cixí no solo demostró que era capaz de librar una gran guerra, sino que tenía la agilidad mental necesaria para detenerla en el momento apropiado. Después de las victorias en la frontera, sus jefes militares en el frente estaban deseosos de seguir luchando. Hasta el normalmente sensato virrey Zhang Zhidong era partidario de conservar Lang Son y otros territorios fronterizos de Vietnam como zona neutral. Cixí les envió una serie de órdenes urgentes e innegociables e insistió con toda su fuerza en que interrumpieran los combates y retiraran sus tropas. Les dijo que no podían «estar seguros de que iba a haber más victorias; y aunque las hubiera, a la hora de la verdad, Vietnam no nos pertenece»[309]. Sabía que los vietnamitas tenían una larga tradición de resistir frente a la dominación china (el nombre del paso fronterizo en chino, *Zhennan*, significa «contener a Vietnam») y que, en esta ocasión, algunos de ellos estaban ayudando a los franceses[310]. Estos, por su parte, habían llevado a cabo un bloqueo a Taiwán y parecían dispuestos a atacar si la guerra se prolongaba, en cuyo caso China perdería la isla. Los telegramas de Cixí estaban redactados con el lenguaje más severo posible y eran una reprimenda para que el virrey y otros la obedecieron. Más tarde, en retrospectiva, el príncipe Chun escribió: «Si no hubiera sido por la visión y la decisión de la emperatriz viuda, que le hicieron firmar la paz con Francia, nos habríamos visto envueltos en unas guerras peligrosas e interminables, nuestras arcas se habrían vaciado y nuestra defensa se habría debilitado. No quiero ni imaginar qué habría podido suceder»[311](27).

La forma de manejar el conflicto de Cixí logró que se respetara al imperio. Robert Hart proclamó: «No creo que nadie diga que China ha salido mal parada de las tribulaciones de este año». En el banquete posterior a la firma del tratado de paz, el signatario francés, Patenôtre, mostró su entusiasmo:

Tengo absoluta confianza en que el acuerdo diplomático que acabamos de firmar no solo pondrá fin a nuestras pasadas disputas y —espero— las borrará a toda prisa de nuestra memoria. Al crear nuevos vínculos entre Francia y China […] el Tratado del 9 de junio ayudará sin duda a afianzar y desarrollar, entre el imperio chino y otros países, esa comunidad de intereses que siempre ha constituido la mejor base de las amistades entre los pueblos.

El conde Li respondió en el mismo tono: «A partir de ahora, la amistad entre nuestros dos países brillará como el sol de la mañana cuando surge de la penumbra nocturna»[312].

Después de la guerra con Francia, Cixí dedicó su atención a reconstruir y modernizar la Armada, y escribió varios decretos en tinta roja para subrayar la importancia del empeño (no solía escribir con tinta roja, el símbolo de la autoridad del monarca)[313]. Desde Europa llegaron más barcos de guerra y tripulaciones formadas por instructores occidentales. En la primavera de 1886, envió al príncipe Chun a inspeccionar la recién modernizada Flota del Norte frente a las costas de los Fuertes de Dagu. El príncipe fue acompañado del principal eunuco de Cixí, Lee Lianying, cuya estrecha relación con ella era bien conocida. De pie al lado del príncipe, con su pipa de agua, Lianying se convirtió en una figura impresionante dentro del séquito del príncipe.

El príncipe le había llevado con un propósito concreto. Diecisiete años antes, Cixí había enviado a Souzhou al Pequeño An, el predecesor de Lianying, para comprar las túnicas nupciales de su hijo. El Pequeño An había muerto decapitado por abandonar la capital, y Chun había sido el principal instigador. Ahora, el príncipe quería hacer un gesto de contrición hacia Cixí por la terrible injusticia que había cometido. Invitar a su eunuco favorito a salir de Pekín para subirse a un moderno barco y salir al mar era su forma de presentarle unas disculpas, tardías, pero que sin duda serían bienvenidas.

El príncipe Chun hizo este gesto extraordinario porque quería demostrar a Cixí cuánto valoraba su defensa del imperio. En aquella época, Cixí firmó varios tratados con las potencias europeas y logró que se comprometieran a respetar las fronteras de China, que se trazaron de forma oficial durante este periodo y que, en general, siguen siendo hoy las mismas. Los tratados fueron el firmado con Rusia (1881), Francia (1885, sobre la frontera con Vietnam) y Gran Bretaña (sobre Birmania en 1886 y sobre Sikkim en 1888). Ella fue sobre todo la responsable de que en aquellos años, cuando las potencias europeas estaban conquistando el mundo, absorbiendo reinos antiguos y repartiéndose continentes, a China la dejaran en paz.

A principios de 1889, en su pleno apogeo, la emperatriz viuda anunció que iba a retirarse para ceder el poder a su hijo adoptivo, de 17 años. Bajo su reinado, la renta anual de China se había duplicado. Antes de su llegada al poder era de unos 40 millones de taeles, incluso en el periodo más próspero, bajo Qianlong *El Magnífico*. Ahora era de casi 88 millones, de los que un tercio procedía de los derechos de aduana, consecuencia de su política de puertas abiertas[314]. Antes de regresar al harén publicó una lista de condecoraciones en la que daba las gracias a un centenar de funcionarios, vivos y muertos, por sus servicios. El segundo de la lista era Robert Hart, inspector general de Aduanas, por construir una institución fiscal organizada y eficiente, libre de corrupción, que había «generado ingresos muy considerables y cada vez más numerosos para China». El dinero de las aduanas ayudó a salvar millones de vidas. En el año anterior, 1888, el país había sufrido inundaciones, terremotos y otras catástrofes naturales, pero había podido gastar 10 millones de taeles de plata para comprar arroz con el que alimentar a la población[315]. El honor que otorgó a Hart fue la Orden Ancestral de Primera Clase de Primera Categoría durante Tres Generaciones, la máxima distinción, porque el título recaía sobre tres generaciones de sus *ancestros*, no de sus descendientes. Hart escribió a un amigo: «Viniendo de los chinos, no hay nada que pueda ser más honorable; en cualquier caso, me produce profunda satisfacción que la emperatriz viuda haga esto antes de retirarse»[316].

Uno de los decretos de Cixí agradecía a todos los enviados extranjeros su contribución a la forja de unas relaciones de amistad entre sus países y China. Ordenó al Ministerio de Exteriores que escogiera una fecha propicia en la que ofrecer un gran banquete para los embajadores y para regalar a cada uno de ellos un *ru-yi*, un cetro de buena voluntad hecho fundamentalmente de jade, además de sedas y brocados, que eligió ella en persona. El banquete, que se celebró el 7 de marzo de 1889 y en el que los diplomáticos occidentales derramaron todos sus elogios sobre ella, fue uno de los puntos culminantes de su reinado[317].

Uno de los invitados que habló de forma espontánea aquel día fue Charles Denby, el enviado estadounidense en Pekín entre 1885 y 1898. Más tarde escribió sobre la «espléndida reputación» de Cixí entre los occidentales en esa época y sobre sus numerosos logros. Además de acabar con las luchas internas y mantener la integridad del imperio:

se creó una magnífica Armada, y el ejército tuvo ciertas mejoras. El telégrafo eléctrico llegó a todo el país. Se levantaron arsenales y astilleros en Foochow [Fuzhou], Shanghái, Cantón, Taku [Dagu] y Port Arthur. Se introdujeron los métodos occidentales de extracción minera y se construyeron dos líneas de ferrocarril. Se

fletaron barcos de vapor en todos los ríos más importantes. Se revivió el estudio de las matemáticas y se introdujeron las ciencias físicas en los exámenes concursales. Existió una tolerancia absoluta de la fe religiosa y los misioneros pudieron establecerse en cualquier lugar de China […] Durante el periodo que abarcó el gobierno de la emperatriz, nuestros propios compatriotas instituyeron muchos colegios y universidades en China.

Además, el reinado de Cixí fue el más tolerante de la historia Qing; ya no se mataba a nadie por lo que decía o escribía, como sucedía con emperadores anteriores. Para aliviar la pobreza, inició la importación a gran escala de alimentos, y cada año gastaba cientos de miles e incluso millones de taeles en comprar comida para dar de comer a la población. Como dijo Denby, «con su pueblo, hasta esta etapa de su trayectoria, fue bondadosa y misericordiosa, y con los extranjeros fue justa». Las relaciones exteriores mejoraron enormemente y la relación entre China y Estados Unidos fue siempre «tranquila y satisfactoria». Sobre todo, señaló el embajador estadounidense: «Se puede decir con seguridad que la emperatriz viuda ha sido la primera de su raza que ha abordado el problema de la relación de China con el mundo exterior y ha utilizado esa relación para fortalecer su dinastía y fomentar el progreso material». Desde luego, Cixí había terminado con el aislamiento voluntario de China y la había incorporado a la comunidad internacional, y lo había hecho con el propósito de beneficiar al país. «En esos días —resumió Denby—, se ganó el aprecio unánime de los extranjeros y la veneración de su propio pueblo, y se la consideró uno de los más grandes personajes de la historia […] Bajo su reinado, durante un cuarto de siglo, China hizo progresos increíbles»[318].

Se había formado el embrión de una China moderna, y su creadora había sido Cixí. Denby destacó: «Nadie podrá negar que las mejoras y los progresos anteriormente esbozados se deben sobre todo a la voluntad y el poder de la emperatriz regente». Con este impresionante legado, Cixí entregó las riendas del imperio a su hijo adoptivo, el emperador Guangxu.

Cuarta parte

El emperador Guangxu se hace con el poder (1889-1898)

13
Guangxu distanciado de Cixí (1875-1894)

Nacido el vigésimo octavo día del sexto mes lunar de 1871, el emperador Guangxu accedió al trono a los tres años, después de que el hijo de Cixí, el emperador Tongzhi, falleciera sin dejar heredero. Cixí lo adoptó y lo convirtió en el siguiente emperador, en parte para elevar a un miembro de su familia —era hijo de su hermana— y en parte para castigar al padre del niño, el príncipe Chun. No amaba verdaderamente al niño, al menos no como había amado a su difunto hijo. Arrancado de su hogar y transportado a la fría e impersonal Ciudad Prohibida en medio de una noche de invierno, el niño perdió a sus padres y a su nodriza, a la que no permitieron ir con él. En su lugar, pasaron a cuidar de él los eunucos. Cixí le dijo que la llamara «Querido papá» (*qin-ba-ba*), y, años después, cuando era mayor, la llamaba «Mi real padre» (*huang-ba-ba*). Cixí aspiraba a desempeñar un papel masculino. Como madre, era solícita, más que afectuosa. En cualquier caso, los niños no le gustaban de forma instintiva. En una ocasión, durante una fiesta de la corte para damas de la aristocracia, una niña rompió a llorar y no había forma de que parara. Cixí, furiosa, ordenó a la madre de la niña que se la llevara y le dijo, mientras la mujer se arrodillaba con los ojos llenos de lágrimas: «Te expulso del palacio para darte una lección, que debes enseñarle a tu hija. No le echo la culpa a ella; te la echo a ti, y me compadezco de ella; pero debe sufrir las consecuencias igual que tú»[319]. La familia no volvió a recibir ninguna invitación durante cierto tiempo.

La emperatriz Zhen fue una figura más maternal que Cixí para el emperador niño, pero falleció cuando este tenía nueve años, el 8 de abril de 1881, a la edad de 43 años. El niño no dejó de llorar delante de su féretro. Se ha dicho que Cixí la envenenó, pero nunca se ha presentado ninguna prueba. Lo más probable es que muriera de una hemorragia cerebral masiva, según la conclusión a la que han llegado los médicos que han estudiado su historial médico. Tenía antecedentes de sufrir unos ataques que debían de ser derrames, de tres de los cuales, al menos, dejó constancia el diario del gran tutor Weng. El primero ocurrió ya en 1863, cuando se desmayó de forma repentina y perdió el habla durante casi un mes. Tal vez su fama de «hablar despacio y con dificultad» durante las audiencias era una consecuencia de ello. La última vez, perdió el conocimiento y murió un par de días después[320].

Cixí lloró la muerte de la emperatriz Zhen y cumplió los rituales debidos a un familiar íntimo y superior, envolviéndose la cabeza en un pañuelo de seda blanca. Era más de lo que correspondía a la etiqueta de duelo por la emperatriz viuda, y le granjeó una «inmensa admiración» de los tradicionalistas como el gran tutor Weng. Aunque las normas dinásticas no requerían más que un periodo de luto de 27 días, Cixí lo prolongó a 100 días, durante los cuales se prohibieron todas las actividades

gozosas, como las bodas. Más aún, decretó un periodo de 27 meses en el que se prohibía la música en la corte. Esa decisión, poco más de un año después de que terminara el periodo de cuatro años de prohibición tras la muerte de su hijo, y en medio de una enfermedad durante la que añoraba la música, fue un auténtico sacrificio. Tenía tales deseos de volver a escuchar música que, meses antes de que acabara el periodo de luto, ya empezó a planear representaciones y a seleccionar cantantes ajenos a la corte. Unos días después de que se levantara la prohibición, en el verano de 1883, asistió a diez horas seguidas de ópera, y después hubo representaciones continuas durante días, una de ellas de doce horas[321].

La muerte de la emperatriz Zhen privó al emperador Guangxu de una figura materna, y además dejó un vacío, porque no quedó ninguna persona conciliadora entre él y Cixí. Cuando el niño creció y empezó a distanciarse cada vez más de su «querido papá», no había nadie que volviera a unirlos. Nadie estaba en situación de hacerlo ni tenía la influencia suficiente. La emperatriz Zhen, que tenía un rango superior al de Cixí, era amiga suya desde la adolescencia y camarada en la puesta en marcha del golpe de Estado, por el que las dos se habían arriesgado a morir por mil cortes, y había sido la única persona ante quien Cixí se mostraba humilde. Cixí había respetado las opiniones de la emperatriz, con la que había trabajado durante dos décadas, y había dejado en sus manos los asuntos domésticos, incluso en un tema tan crucial como la elección de una esposa para su hijo. Sin la ayuda de la emperatriz Zhen, Cixí no consiguió detener el empeoramiento gradual de su relación con el emperador Guangxu, un deterioro que acabaría siendo desastroso para el imperio y para ellos.

En esta época, Cixí se comportaba como un «padre ausente» y, aparte de recibir el saludo diario ritual del niño, se limitaba a seguir su educación. Recurrió al gran tutor Weng, que había sido profesor de su difunto hijo, para que fuera el maestro principal. El hecho de que el conservador Weng y ella hubieran estado en desacuerdo sobre tantas cosas no le impidió nombrarle para el puesto. Weng era, en opinión de todos, el más honrado y aclamado de los eruditos, y se podía confiar en que inculcaría en el niño todas las cualidades que debía poseer un buen emperador. Cixí tenía un firme compromiso con la cultura china, a pesar de estar abierta a las ideas de Occidente. Se daba por descontado que un monarca chino debía educarse al estilo chino. No parece que se le ocurriera que había que educar de otra forma a ese emperador pero aunque lo hubiera pensado, los nobles, que tenían voz y voto en la forma de educar al monarca, no habrían aprobado ninguna otra cosa. Por consiguiente, el emperador Guangxu se preparó siguiendo el modelo de sus antepasados: ninguna parte de su educación le equipó para enfrentarse al mundo moderno.

El emperador niño comenzó sus lecciones cuando tenía cuatro años. Un soleado día de principios de primavera le llevaron al estudio a conocer a sus profesores. Sentado detrás de una mesa baja orientada al sur, extendió un papel de gran tamaño y pidió un pincel. Ya había aprendido a escribir un poco. El gran tutor Weng mojó un pincel en un tintero y se lo dio al niño, que procedió a escribir dos líneas, cada una de cuatro caracteres, con lo que su tutor dijo que era una caligrafía «extremadamente simétrica y agradable». Una línea decía «paz y estabilidad bajo el Cielo» y la otra «recto, magnánimo, honorable y sabio». Ambos eran ideales confucianos a los que debía aspirar un buen monarca. Después de este delicioso comienzo, el gran tutor Weng mostró al niño la palabra para «la moralidad del emperador», *di-de*, que el niño repitió cuatro veces. Luego Weng abrió un libro de ilustraciones, *Lecciones para un Emperador*, en el que estaban retratados los emperadores famosos por su bondad y por su maldad. Mientras le explicaba por qué eran buenos o malos, el dedo del niño, que seguía el del maestro, se detuvo sobre los retratos de los míticos emperadores Yao y Shun de las Tres Grandes Dinastías de la Antigüedad, a quienes se veneraba y se consideraba monarcas ejemplares. El niño pareció sentirse atraído por ellos. Después de observar sus imágenes, pidió al gran tutor Weng que volviera a escribir «la moralidad del emperador», y el anciano así lo hizo. El niño contempló la palabra un rato y luego terminó la primera lección[322].

Esa primera sesión, anotada en el diario del gran tutor Weng, ofrece una idea de cómo era la educación del emperador Guangxu y del tipo de alumno que iba a ser. Muy al contrario que su primo e inmediato predecesor, el emperador Tongzhi, que temía las lecciones, Guangxu parecía disfrutar con ellas. A los cinco años, para asombro de Cixí, estaba recitando en todo momento —«sentado, de pie, caminando o tumbado»[323]— unos clásicos que debían de resultarle incomprensibles. Esa dedicación quizá tenía algo que ver con el fuerte apego que había desarrollado por su maestro, Weng. El niño quería complacer al anciano. Cuando tenía seis años, Weng estuvo cierto tiempo de viaje, para ocuparse de las reparaciones en sus tumbas familiares. Durante su ausencia, el niño jugó como cualquier niño y no hizo los deberes que el maestro le había dejado. Weng le pidió que recitara unos textos clásicos, 20 veces cada uno, para aprendérselos de memoria, pero Guangxu no los leyó más que una vez. El día del regreso de Weng, el niño se arrojó en sus brazos y gritó: «¡Te he echado de menos mucho tiempo!»[324]. Luego se fue a su mesa y empezó a recitar los textos, 20 veces cada uno. Un eunuco que estaba presente comentó: «¡Hacía mucho que no oíamos ese sonido!».

Con una motivación tan poderosa para absorber conocimientos y una buena memoria, el emperador Guangxu pronto sobresalió. Los diarios del gran tutor Weng,

que se habían llenado de exabruptos exasperados sobre su antiguo pupilo, estaban ahora salpicados de exclamaciones satisfechas como «bien», «muy bien», «extremadamente bien» y «¡magnífico!». A los nueve años, el emperador sabía decorar abanicos con una caligrafía que poseía «un toque verdaderamente artístico», decía el feliz tutor, famoso calígrafo él mismo. Apenas adolescente, el chico era capaz de escribir con rapidez poesía y ensayos «totalmente armoniosos», como si de su joven cabeza fluyeran «con alas» las ideas maduras[325].

Toda la vida del niño estaba dedicada a sus estudios, que incluían la lengua manchú además de algo de mongol, si bien la materia fundamental seguía consistiendo en los clásicos chinos. Desde los nueve años empezó a ejercitarse en leer informes y escribir instrucciones sobre ellos con tinta roja. Con tal fin, se hacían copias de algunos informes auténticos para que practicara. Como la lengua china no tenía signos de puntuación en aquellos tiempos, lo primero que tenía que hacer el niño era dividir los textos, a veces muy largos, en frases, a base de marcar cada pausa con un punto rojo. Las instrucciones que daba eran sensatas, aunque, por supuesto, se limitaban a las generalidades. A veces, Cixí se sentaba con él mientras practicaba, como un padre actual que observa cómo su hijo hace los deberes. Llegó un informe de un gobernador que pedía una muestra de caligrafía del emperador para tallarla en una placa y colocarla sobre la puerta de un tempo al Dios del Trueno. Al parecer, habían visto una aparición del dios, que los asustados lugareños interpretaron como el anuncio de que iba a haber tormentas que destruirían sus cosechas. Una muestra de respeto real al dios podría aplacar su ira. El emperador niño concedió la petición, en una respuesta que había aprendido, sin duda, de sus lecturas. Entonces Cixí le enseñó cómo podía decir algo más concreto y añadir la recomendación de que el funcionario no debía contar solo con la inscripción real para tener buenas cosechas, y que los dioses estarían más satisfechos si llevaba a cabo sus obligaciones de manera escrupulosa[326].

Otro informe, del marqués Zeng hijo, que sugería que se permitiera a los diplomáticos de bajo rango que estaban en el extranjero volver a casa de vacaciones y se les pagaran los costes extraordinarios, recibió el consentimiento del niño, entonces de diez años. Cixí añadió este principio: «Lo más importante es escoger a las personas adecuadas. Una vez que se cuenta con ellas, no hay que escatimarles los gastos»[327].

Así prepararon al emperador Guangxu, la emperatriz viuda y sus grandes tutores, para que fuera un gobernante prudente. A los 10 años empezó a ofrecer audiencias ocasionales. Cuando Cixí estaba enferma, él la sustituía y sabía hablar así a los funcionarios: «¿Cómo están las cosechas en Henan? ¿Sigue faltando la lluvia? En la capital también estamos padeciendo una sequía. ¡Cómo anhelamos la lluvia!». Eran las frases habituales que se esperaban de un emperador. Y el gran tutor Weng se sintió

«muy recompensado y satisfecho».

En efecto, el emperador Guangxu creció hasta ser un monarca confuciano modélico. Del gran tutor aprendió a despreciar la «riqueza personal», *cai*, y declaró que prefería la «frugalidad», *jian*, ante lo que el anciano exclamó: «¡Qué gran fortuna para Todo Bajo el Cielo!». Sus ensayos y poemas, centenares de ellos bien guardados en sobres de seda amarilla en los archivos de la Ciudad Prohibida, expresaban sobre todo sus ideas acerca de cómo ser un emperador digno. «Cuidar del pueblo» (*ai-min*) era un tema constante. Cuando escribía a propósito de la luz de la luna sobre un lago del palacio, el emperador pensaba en remotos aldeanos muertos de hambre que compartían la misma luna, pero no en sus lujos. En verano, mientras se refrescaba en un quiosco abierto con frutas heladas, sus poemas hablaban de la piedad que sentía por los campesinos que trabajaban bajo el sol ardiente. Y en invierno, recogido junto a un brasero dorado de carbón en el palacio caliente mientras escuchaba el bramido del viento, se imaginaba cómo debía azotar ese mismo viento a «decenas de miles de familias en casas mal preparadas»[328].

Sus sentimientos y el lenguaje empleado para expresarlos se atenían a la perfección al precedente de un buen emperador confuciano, establecido a lo largo de siglos. Sin embargo, pese a la preocupación que manifestaba por sus súbditos, el emperador no tenía nada que decir sobre cómo mejorarles la vida con métodos modernos. En ningún lugar mencionaba las industrias, el comercio exterior o la diplomacia. La joven mente del monarca estaba anclada en el pasado.

Con su formación de purista confuciano, la diversión le parecía pecaminosa. Sus días de fiesta los pasaba sobre todo en el estudio, igual que sus cumpleaños. Cuando cumplió ocho años, la corte preparó representaciones de ópera durante varios días. Cada día, hacía una breve aparición y luego volvía a su refugio. Se retiraba porque era un alumno diligente, pero además Weng le había enseñado a aborrecer la ópera por sus temas melodramáticos y sus melodías armoniosas, que se consideraban «vulgares». Para satisfacción de su maestro, el niño decía que lo consideraba algo propio de sus ayudantes y que él prefería los «elegantes sonidos de las campanas y los tambores», la solemne (si bien monótona) música antigua pensada no para el placer, sino para la contemplación y las ceremonias, y aprobada por Confucio.

El niño rechazaba el juego y cualquier otra actividad física, incluido montar a caballo, que formaba parte de la educación de un emperador manchú. Para cumplir esa obligación, hizo que le instalaran un caballo de madera en el estudio y se sentaba sobre él durante las lecciones[329]. En cambio, sí le gustaba ejercitar las manos, y le encantaba desarmar y volver a armar relojes de mano y de pared. Se trataba de artículos importados de Europa que los eunucos compraban a un emprendedor danés que poseía una tienda en la capital[330].

Guangxu tenía una constitución débil, era tímido y nervioso, tartamudeaba y se

asustaba con facilidad[331]. El ruido de los truenos lo aterrorizaba. Cuando había tormenta, una multitud de eunucos se reunía a su alrededor y se ponía a gritar con todas sus fuerzas para tapar el estruendo[332]. A diferencia de su «querido papá» y su primo, el emperador Tongzhi, Guangxu no parecía tener nada de vitalidad. No expresaba ningún deseo de viajar, ni siquiera de salir de la Ciudad Prohibida; estaba contento con su aislamiento del mundo exterior.

Dentro de la Ciudad Prohibida, el intenso esfuerzo de aprender los clásicos duró un decenio, el tiempo necesario para convertirse en erudito. Al acabarlo, los tutores del emperador anunciaron que había culminado sus estudios «con distinción». En el verano de 1886, al cumplir 15 años, se le consideró capacitado para gobernar China. Cixí se sintió obligada a emitir un edicto en el que pedía al astrólogo imperial que seleccionara una fecha propicia, a comienzos del año siguiente, para que el joven asumiera el poder.

La inminente marcha de Cixí sumió a los modernizadores en el pánico. Privados de su incansable iniciativa y su impulso, los proyectos de reformas que había comenzado ella tenían muchas probabilidades de perder fuerza. Durante días, el conde Li fue «incapaz de dormir ni comer bien» y estuvo «en un estado constante de turbación». Hasta que escribió al príncipe Chun para rogarle que pensara en una forma de lograr que Cixí se quedara. El príncipe era muy consciente de que su hijo no estaba a la altura de Cixí, así que organizó una campaña para pedir a Cixí que siguiera siendo «guardiana» del emperador unos cuantos años más. Presionó a su hijo para que se arrodillara ante la emperatriz viuda y le pidiera que no se fuera. Cixí fomentó la campaña e hizo que el Gran Consejo redactara peticiones en nombre de varios funcionarios. Una de ellas, que cantaba sus alabanzas, proclamaba que Cixí había «conducido el país a una nueva y gloriosa etapa sin precedentes en su larga historia», una valoración que el gran tutor Weng, que estaba deseoso de que su alumno ocupara el lugar que le correspondía, consideró «inapropiada». Como siempre, Cixí tuvo en cuenta cada ángulo y previó la preocupación de algunos firmantes de que, al pedirle que aplazara la entrega de poder, pudieran molestar al emperador, así que hizo público que el propio emperador le había rogado de rodillas que se quedara.

Al final, Cixí anunció que iba a «continuar sirviendo como guardiana durante unos cuantos años más»[333]. El conde Li se sintió exultante. El príncipe Chun escribió: «Mi corazón, que ha estado desbordado en los últimos días, ha vuelto a su sitio. Es una verdadera fortuna para todo el imperio». El conde Li comentó: «Qué absolutamente cierto»[334]. Al gran tutor Weng no le gustó la medida pero, veterano miembro de la corte, no emitió ninguna protesta. Cuando la emperatriz viuda le

preguntó si su alumno estaba verdaderamente listo para asumir el poder, respondió que, como tutor del emperador, no podía presumir de que Su Majestad no tuviera aún margen para mejorar; y que, aunque no lo tuviera, «los intereses de la dinastía están por encima de todo»[335].

El emperador Guangxu se sintió decepcionado. Después de que le obligaran a la falsa «súplica», se encontró mal durante días, «no del todo bien, con un resfriado y dolor de cabeza», anotó Weng. El joven interrumpió las lecciones, y, cuando volvió a ver a su tutor, tenía un aspecto tan deprimido que el anciano, al ver lo difícil que era alegrarle, rompió a llorar. El joven, normalmente tranquilo, se emocionó. Su tutor lo animó a que fuera sincero con la emperatriz viuda. Pero no lo hizo. De todas las virtudes ensalzadas por Confucio, la devoción filial era la más importante(28). Era un concepto que se había grabado en la mente del joven, en parte mediante un ritual: todos los días, siempre que estaban en el mismo lugar, iba sin falta a ver a su «real padre» para darle los buenos días y las buenas noches. Tenía que recordarse a sí mismo constantemente «no ser insolente», pero en el fondo de su corazón fue acumulando resentimiento. Como ya no tenía la cabeza puesta en los estudios, su tutor, antes tan satisfecho, empezó ahora a lamentar la falta de concentración de su pupilo[336].

El emperador Guangxu era un hombre introvertido que daba vueltas a las cosas. Su salud se deterioró, y cada pocos días tomaba algún tipo de guiso medicinal. Más tarde escribiría que fue en esa época cuando empezó a «sentir frío permanente en los tobillos y las rodillas, y se enfriaba por la menor corriente» o si no estaba «bien abrigado por la noche». Su voz perdió fuerza hasta convertirse en un susurro, y los funcionarios no podían entenderle en sus ocasionales audiencias. Incluso su caligrafía mostraba signos de debilidad, con pinceladas temblorosas y caracteres reducidos hasta la mitad de su tamaño, como si no tuviera suficiente fuerza para sostener el pincel[337].

Cixí era muy consciente de la condición de su hijo adoptivo. Pidió al gran tutor Weng que le convenciera de volver a concentrarse en sus estudios y defendió su aplazamiento del traspaso de poder, entre lágrimas, como un «deber para con sus ancestros»[338]. Pero el único remedio para la enfermedad del emperador era que ella le cediera el poder, cosa que no estaba dispuesta a hacer.

El emperador Guangxu cumplió 16 años el verano de 1887. Era la edad a la que el difunto hijo de Cixí se había casado, unas nupcias cuyos preparativos habían comenzado cuando tenía 13 años. Cixí había retrasado el matrimonio de su hijo adoptivo porque era la señal que indicaba su mayoría de edad y, a partir de ese momento, a ella le resultaría difícil permanecer al mando. Pero la boda no se podía

postergar de manera indefinida, y había que comenzar la selección de sus consortes en todo el país. El proceso se prolongó mucho tiempo, y en 1888, un día, el emperador tuvo un estallido de frustración. Se negó a ir a una clase que tenía prevista y, muy agitado, hizo añicos el cristal de una ventana. (Era bien sabido que el emperador tenía mal genio, y en una ocasión, según anotó su maestro Weng, «en un ataque de furia, dio una terrible paliza a tres eunucos del Departamento del Té, a uno de ellos hasta el borde de la muerte, todo por naderías»[339]). Ya no podía contener su ira hacia su «querido papá». Cixí se quedó atónita. Dos días después de su arrebato, la emperatriz anunció que la boda se celebraría a principios del año siguiente. Pronto hubo otro decreto en el que declaraba que se retiraría inmediatamente después de las nupcias, y su hijo adoptivo emitió otro con las disposiciones para su ceremonia de retirada, sin dar oportunidad a que interviniera nadie más. A los pocos días de estos anuncios, Cixí se trasladó de la Ciudad Prohibida al Palacio del Mar, que iba a ser su hogar a partir de entonces. La pintura de sus aposentos estaba todavía fresca, y tuvo que instalarse en otros provisionales[340].

Como emperatriz viuda, Cixí tenía derecho a participar en la decisión de quién iba a ser la esposa de su hijo adoptivo. Quería una emperatriz que la obedeciera por completo. Después del debido proceso de selección, dejó clara su preferencia: una hija de su hermano, el duque Guixiang(29). Siempre le había agradado la niña, y hacía ya varios años que la tenía «en la reserva» para ser emperatriz[341]. Longyu era tímida y bondadosa, y tenía unos modales impecables. Pero era muy fea, un defecto que no compensaba con ingenio. Y era tres años mayor que el emperador, es decir, 21 en el momento de la boda, muy por encima de lo que se consideraba la edad normal para una novia real. Incluso en una familia corriente se la habría considerado una solterona. Cuando el gran tutor Weng anotó la elección de consortes, omitió la edad de la nueva emperatriz y solo mencionó la de las dos concubinas, Perla, de 12 años, y Jade, de 14.

Al emperador Guangxu no le gustaba su emperatriz, y su padre, todavía menos. El duque Guixiang era una figura despreciada. Era fumador de opio, pese a que su hermana, la emperatriz viuda, detestaba la droga. Se le consideraba un incompetente sin remedio y nunca había ocupado ningún cargo serio. Como había despilfarrado gran parte de su fortuna, Cixí se sentía obligada a ayudarle a mantener a su familia, no dándole dinero a él, que probablemente habría acabado directamente en manos del vendedor de opio, sino haciéndole regalos de vez en cuando. Cuando los eunucos le llevaban un jarrón de porcelana o un joyero esmaltado en *cloisonné* de parte de la emperatriz viuda, esperaban obtener buenas propinas; para poder pagárselas, el duque tenía que empeñar alguna pertenencia. Los eunucos calculaban el momento de su llegada para dar a la familia la oportunidad de visitar la casa de empeños y, mientras tanto, merodeaban por la casa, saludaban a todos los miembros de la familia y, ante

una taza de té, ofrecían infinitos cumplidos a la duquesa, que era incapaz de resistirse a los halagos. Después de cobrar sus propinas, los eunucos se burlaban de la duquesa y hacían comentarios lascivos sobre ella. Ni ella ni el duque eran suegros de los que un emperador pudiera sentirse orgulloso[342].

Este matrimonio arreglado fue una muestra de la asombrosa falta de sensibilidad de Cixí respecto a su hijo adoptivo. En el caso de su hijo fallecido, había dejado que fuera él quien escogiera a su novia a pesar de tener dudas sobre la elegida, una joven cuyo abuelo había muerto por orden de Cixí y que muy bien podía albergar odio hacia ella. Sin embargo, Cixí quería a su hijo lo suficiente como para no oponerse a su decisión. Esta vez, ella escogió a la emperatriz que debía casarse con su hijo adoptivo sin una pizca de consideración por sus sentimientos. El emperador Guangxu no protestó de forma explícita y cumplió el código de obediencia filial (aparte de que su «querido papá» era un personaje temible si lo desafiaban). Pero tenía sus propios instrumentos de venganza y le dio una sorpresa inmediatamente después de su toma oficial de posesión, el 4 de marzo de 1889.

Al día siguiente se celebraba su boda, para la que se habían gastado 5,5 millones de taeles[343]. La ocasión fue tan espléndida como era de prever, realzada por un tiempo soleado. La emperatriz Longyu, transportada en una silla de manos dorada, recorrió la línea central de la Ciudad Prohibida, la línea que solo un emperador —y la emperatriz solo con ocasión de su boda— podía pisar. A su alrededor estaba la inmensa explanada sin árboles que era la augusta sección delantera de la Ciudad Prohibida, bordeada de guardias pretorianos con sus uniformes rojos y banderas multicolores y de funcionarios con túnicas azules sobre un fondo de murallas rojas y tejados dorados. Su silla atravesó la Puerta de la Suprema Armonía, que había sufrido recientemente un incendio y entonces era una imitación provisional de papel y madera, aunque tenía un aspecto tan glorioso como la verdadera. Igual que la puerta, el matrimonio de la emperatriz Longyu iba a ser una farsa.

Al otro lado de la puerta se alzaba la sala más grandiosa de la Ciudad Prohibida, el Salón de la Suprema Armonía, *Tai-he*, el lugar en el que ocurrían los acontecimientos más importantes de la dinastía. El gran banquete en honor al padre de la novia, el duque Guixiang, estaba previsto para el día posterior al enlace. Pero esa mañana, según el gran tutor Weng, el emperador Guangxu se levantó, «se quejó de que se sentía mareado» y «vomitó agua». Los médicos reales no encontraron que le pasara nada, pero el emperador declaró que tenía que evitar las corrientes y se negó a acudir a la gran sala. El banquete tuvo que ser cancelado y todos los nobles reunidos tuvieron que irse. Nunca se había visto una cancelación así, y enseguida se desataron los rumores por toda la capital. El emperador quiso asegurarse de que el desprecio hacia la familia de su novia quedara claro y, para ello, mandó repartir la comida intacta entre las autoridades que figuraban en la lista de invitados y ordenó

específicamente que no se llevara nada a casa de su suegro. Es fácil imaginar la furia de Cixí al enterarse de la espectacular humillación sufrida por su hermano. En su Palacio del Mar, anotó el gran tutor Weng, «las representaciones de ópera no se interrumpieron» al oír la noticia de que el emperador estaba mal[344].

A partir de entonces, el emperador Guangxu trató a su mujer, la emperatriz Longyu, con frialdad en el mejor de los casos. Delante de toda la corte, la ignoraba como si no existiera. Ella intentaba complacerle, lo cual solo servía para irritarle más. Era bien sabido que, cuando ella «llegaba a su presencia, él, con frecuencia, le arrojaba sus zapatos»[345]. El deseo de Cixí de supervisar a su hijo adoptivo fue contraproducente y tensó aún más su relación con él. Ahora que estaba obligada a retirarse, lo que menos quería hacer el emperador era consultarle ninguna cosa, y mucho menos asuntos de Estado.

El emperador prefería a la concubina imperial Perla, una joven alegre que, advirtieron los eunucos, no se presentó ante él como mujer. No llevaba maquillaje y sí un peinado masculino (con una cola de caballo que le caía por la espalda), sombrero masculino, chaleco de montar a caballo y botas planas de raso negro[346]. Según explicó después a sus médicos, entre los que figuraba un galeno francés, el doctor Dethève, el emperador Guangxu sufría eyaculaciones precoces por la noche, desde su primera adolescencia. Se sentía excitado por el sonido de instrumentos de percusión en sus sueños, que le producían sentimientos sensuales y emisiones nocturnas. Sin embargo, escribió el doctor Dethève en su informe, en otras ocasiones no se producían las eyaculaciones y «no hay posibilidad de erección»[347]. Lo que esto sugiere es que el emperador Guangxu era incapaz de mantener relaciones sexuales convencionales. La gente en China se lo imaginaba, y lo llamaba «castración celestial». Perla, vestida de hombre, dejó claro que no le presionaba para tener relaciones sexuales y que podía relajarse con ella. El emperador se aficionó a tocar instrumentos musicales como el gong, el tambor y el cimbal —todos los que le producían excitación sexual— y llegó a ser un percusionista bastante bueno.

A pesar de sus problemas físicos, el emperador llevaba a cabo sus obligaciones reales de forma concienzuda y al mismo tiempo continuaba su estudio de los clásicos chinos y la lengua manchú. Vivía de forma casi exclusiva en la Ciudad Prohibida, con excursiones ocasionales al vecino Palacio del Mar y a varios templos para rezar en busca de buenas cosechas, o a los mausoleos reales para pedir la bendición de sus antepasados. Seguía teniendo una estrecha relación con el gran tutor Weng, la figura paterna con la que había pasado todos sus años formativos y al que seguía viendo casi a diario. Había otro maestro, un hombre de mentalidad avanzada llamado Sun Jianai, que le exhortaba a pensar en las reformas. Pero el joven no estaba interesado, ni tenía

buena relación con este tutor. Weng era el único que estaba en situación de poder influir en la política del reinado del emperador Guangxu.

Weng seguía despreciando a Occidente, aunque ya no sentía odio y había empezado a aceptar algunas costumbres occidentales. Por las descripciones de quienes habían viajado al extranjero y su propia experiencia de pasar por Shanghái, reconocía las ventajas de industrias como «la siderurgia, los astilleros y las fábricas de armamento»[348]. En 1887 se hizo su primera fotografía. Incluso tuvo cosas positivas que decir sobre una iglesia católica que visitó. El orfanato de la iglesia, advirtió, tenía secciones separadas para niños y niñas, se encontraba en «terreno elevado y sin humedades» y estaba «limpio y ordenado». La escuela parroquial tenía cuatro aulas, en las que los niños leían en voz alta de forma muy agradable. Sus anfitriones eran «de lo más educados» y los criados «rechazaron las propinas»[349]. En conjunto, el gran tutor se quedó impresionado. Aun así, en Shanghái, sentía una «fuerte aversión» hacia los edificios occidentales y prefería quedarse en casa que salir. Siguió oponiéndose a la construcción de vías férreas. Cuando estalló el incendio en la Ciudad Prohibida, justo antes de la boda del emperador, pensó que era un aviso del Cielo contra la existencia de luces eléctricas, barcos de motor y el trenecito en los palacios[350].

Cixí conocía sus opiniones y la influencia que tenía sobre su hijo adoptivo. Pero no podía hacer gran cosa para remediarlo, sobre todo con la antipatía que el joven emperador sentía hacia ella y su apego emocional al anciano. Antes del traspaso de poder tuvo una reunión con los dos y les extrajo la promesa de que no iban a cambiar el rumbo que ella había trazado[351]. Sin embargo, no pudo detenerlos cuando, poco tiempo después, paralizaron el gran ferrocarril norte-sur que ella había decretado[352] y dejaron que se esfumara la reforma monetaria[353]. Cuando la delegación de funcionarios que había enviado a recorrer el mundo regresó al país, tanto ellos como los conocimientos que habían adquirido quedaron ignorados. Ansiosa por conseguir que su hijo adoptivo valorara Occidente, Cixí le «ordenó», según el gran tutor Weng, que aprendiera inglés[354]. Como progenitora, tenía derecho a opinar sobre su educación, aunque él era ya adulto y había tomado posesión como emperador. Las lecciones de inglés comenzaron, para consternación del gran tutor. «¿Para qué sirve esto?», preguntó. En su diario se lamentaba: «Ahora hay sobre la mesa imperial libros de lengua extranjera. ¡Qué tristeza me provoca!»[355]. Guangxu persistió en el estudio, en parte por el empeño de Cixí y en parte porque la lengua le parecía interesante. Pero ese interés era solo académico y no se tradujo en ningún esfuerzo de modernización.

El emperador Guangxu no hizo nada para llevar adelante las reformas de Cixí y dejó que expirasen. Volvió a la forma tradicional de dirigir el imperio: una mera administración burocrática, que incluía escribir breves comentarios con tinta roja en

los despachos diarios: «Informe recibido». «Hágase como proponéis». «Al despacho correspondiente». Sus audiencias eran breves y rutinarias. Todos sabían que el emperador «tiene una vacilación en el habla […], habla despacio y con dificultad»[356]. En efecto, su voz era apenas audible y tartamudeaba. Para ahorrarle el claro sufrimiento de tener que hablar, los funcionarios se aconsejaban entre sí iniciar un monólogo después de la primera pregunta del emperador y llenar así los diez minutos mínimos de rigor. El emperador seguía angustiado por «la difícil vida del pueblo». Una vez, cuando una inundación hizo que el agua rompiera un dique, entrara en Pekín y golpeara las murallas de la Ciudad Prohibida, el acongojado emperador se preocupó por toda la gente que vivía en la zona inundada. Pero lo único que hizo fue ordenar la tradicional apertura de los centros de arroz y elevar oraciones al Cielo. No parece que se le ocurriera pensar que la modernización podía ofrecer soluciones. Las importaciones de alimentos siguieron, igual que el comercio exterior, pero el país cayó en «un periodo de hibernación», notaron los occidentales, «en el que los únicos activos eran los comerciantes extranjeros»[357].

No hubo peticiones que lamentaran este letargo. Los que siempre vigilaban el trono estaban dispuestos a protestar por cualquier desviación de los precedentes, cualquier extravagancia o falta de decoro imperial y cualquier otra ofensa contra los preceptos del confucianismo, pero no contra la falta de acción. Los debates sobre políticas que tanto habían animado la corte de Cixí brillaban por su ausencia, y la clase dirigente regresó a su vieja rutina. El príncipe Gong no tenía ningún cargo pero, aunque lo hubiera tenido, no era una persona capaz de establecer las prioridades ni impulsar los cambios. El príncipe Chun necesitaba un líder que le guiara, no serlo él. Y, de todas, formas, estaba enfermo y murió el primer día de 1891. El conde Li, al que muchos occidentales consideraban «el mayor modernizador de China y un gran hombre de Estado», también se sentía impotente sin Cixí. Aunque conservaba sus funciones, tenía las manos atadas: su archienemigo y adversario político, el gran tutor Weng, era ahora el hombre de confianza del emperador.

El emperador Guangxu no concedió ninguna audiencia al cuerpo diplomático para recibir sus credenciales hasta dos años después de asumir el poder. Cuando los recibió, la ocasión —su primer contacto con occidentales— se desarrolló sin contratiempos. Había quedado establecido en 1873, por influencia de Cixí, que los enviados occidentales no estaban obligados a postrarse. De acuerdo con el precedente, los diplomáticos inclinaron la cabeza y el emperador Guangxu hizo una señal de reconocimiento. El príncipe Ching, que había sucedido al príncipe Gong al frente del Ministerio de Exteriores, recogió de los enviados sus cartas de felicitación y las colocó sobre el altar del dragón amarillo, para luego ponerse de rodillas y recitar una especie de informe oficial. Después se levantó y leyó en voz alta la respuesta real a los embajadores. El procedimiento se repitió cada vez que un diplomático

presentaba sus cartas credenciales. «La audiencia se desarrolló con éxito», escribió Robert Hart[358]. A los delegados les habría sorprendido ver lo que anotó en su diario el gran tutor Weng. En presencia de Su Majestad, Weng utilizó un lenguaje que no se había utilizado en la corte de Cixí desde hacía muchos años para escribir: «Los bárbaros extranjeros estaban asustados y temblando, así que se rindieron al rito de obediencia debido»[359].

Los occidentales esperaban grandes cosas del joven emperador cuando llegó al poder. «Ferrocarriles, luz eléctrica, ciencias físicas, una nueva Armada, un ejército importante, un sistema bancario global, una moneda, todo ello hoy incipiente, pronto florecerá […] El reinado del joven emperador será el periodo más memorable de la historia de China»[360]. Muchos tenían ese sueño; pero a las semillas plantadas y cultivadas con tanta devoción por Cixí no se las dejó crecer, ni mucho menos florecer.

El emperador Guangxu ejerció un gobierno pausado y fue un administrador consciente y aficionado a la erudición, mientras el gran tutor Weng se permitía el tranquilo lujo de dedicarse a juzgar poesía y caligrafía. Ambos estaban beneficiándose de la paz y la estabilidad que Cixí había creado. Hasta que, en 1894, se vieron sumergidos de golpe en un torbellino que iba a cambiar todo, para ellos y para el imperio, cuando Japón, aprovechándose de la ausencia de Cixí, se lanzó al ataque.

14
El palacio de verano (1886-1894)

Cuando se discutió el retiro de Cixí en 1886, su sueño de restaurar parte del Viejo Palacio de Verano, arrasado más de un cuarto de siglo antes, volvió a perseguirla. El viejo esplendor se había vuelto aún más atractivo con los años, y en la corte se sabía que su máxima ambición era devolverle parte de su antigua gloria[361]. Para financiar ese sueño, había ahorrado dinero de las asignaciones de la casa real. Los eunucos se habían dado cuenta de que era «muy ahorradora», y sus damas de compañía recordaban que les decía que reutilizaran las envolturas de los regalos y las cuerdas. Decidió que el primer paso sería restaurar un palacio llamado *Qing-yi-yuan*, el Jardín de las Ondas Claras, un terreno ajardinado alrededor del enorme lago de Kunming, que adoraba. Allí los edificios eran relativamente pocos y tenían menos daños, y era posible repararlos sin incurrir en unos costes gigantescos.

Sabía que el proyecto iba a provocar objeciones. Más de diez años antes, cuando su difunto hijo, el emperador Tongzhi, había planeado la obra para su primer retiro, había habido tanta oposición que ella se había visto obligada a interrumpirla. Ahora contaba con que surgiría el mismo coro de voces desaprobadoras, sobre todo porque ya contaba con una vivienda oficial en la que retirarse, el Palacio del Mar, al lado de la Ciudad Prohibida. La renovación de ese palacio también había suscitado críticas y también tenía problemas permanentes de dinero. En un momento dado, los contratistas privados, que daban trabajo a miles de empleados, no pagaron los salarios a tiempo, y los obreros fueron a la huelga, una palabra moderna que apareció por primera vez en los archivos de la corte entre 1886 y 1887[362].

A Cixí no le satisfacía el Palacio del Mar porque estaba en el corazón de Pekín y no le proporcionaba el entorno natural que anhelaba. Ella prefería vivir en el Viejo Palacio de Verano. Trató de justificar la obra en un decreto imperial en el que, cosa poco frecuente, añadió un ruego personal. Quitó importancia a la dimensión del proyecto («unos trabajos de reparación muy limitados») y se dirigió al país para decirle que durante un cuarto de siglo se había agotado cumpliendo su deber «día y noche, con el mismo miedo que si estuviera al borde de un precipicio, preocupada por que algo pudiera salir mal», y había logrado «cierta paz y estabilidad» para el imperio. En todos esos años, nunca había hecho «viajes de placer, por ejemplo a cazar, de los que otros monarcas anteriores habían disfrutado al máximo», porque conocía «la difícil vida de la gente». Daba sus garantías de que las obras no iban a «tocar ningún dinero del Ministerio de Hacienda, para no afectar a los ingresos de nadie», y suplicaba «a todo el imperio su comprensión»[363].

Desde luego, mientras que Qianlong *El Magnífico* solía hacer dos o tres largos viajes al año, con su madre y sus consortes, que costaban cientos de miles de taeles

cada uno, Cixí nunca se había permitido ninguno, pese a lo mucho que deseaba viajar. Era una budista devota y soñaba con visitar la montaña budista de Wutai, al suroeste de Pekín, que había sido un destino favorito de otros emperadores. Pero después de pensar en el coste del viaje, había aceptado el consejo del príncipe Gong y los demás grandes consejeros y había abandonado la idea[364]. Ahora dijo a los nobles que, a cambio de haber renunciado a excursiones costosas, como las visitas al Pabellón de Caza de emperadores anteriores y a ir a la costa para inspeccionar la Armada recién modernizada —cosa que habría tenido legítimo derecho a hacer—, iba a construirse su hogar soñado para retirarse[365]. No hubo grandes protestas; y así comenzó la construcción del nuevo Palacio de Verano de Cixí, el *Yi-he-yuan*, Jardín de la Salud y la Armonía.

El Palacio de Verano, una de las principales atracciones turísticas actuales en Pekín, ha servido de excusa para criticar mucho a Cixí. Se ha dicho que su restauración costó decenas de millones de taeles, que Cixí robó a la Armada, con lo que la llevó a la bancarrota y permitió una terrible derrota a manos de Japón. Quienes visitan hoy el Palacio de Verano tienen muchas probabilidades de oír esa crítica de boca de los guías. La verdad sobre el coste y su desvío de fondos es muy distinta. El Palacio de Verano no costó *decenas* de millones. El Jardín de las Ondas Claras original, planificado por el emperador Qianlong a mediados del siglo XVIII, había costado 4.402.852 taeles. Cuando Cixí lo reconstruyó, añadió varios edificios y comodidades modernas, así que el gasto, desde luego, superó esa suma. El coste inicial de la Oficina de Cuentas del proyecto abarcaba 56 parcelas (alrededor de la mitad del total) y ascendía a 3.166.700 taeles. Según algunos historiadores chinos que han estudiado de forma exhaustiva los archivos de la corte, el coste total de la restauración se calcula en un máximo de 6 millones de taeles. Es decir, algo más de lo que se gastó para la boda del emperador Guangxu, 5,5 millones (un gasto que salió del Ministerio de Hacienda y sobre el que no hubo protestas). Cixí puso 3 millones de los ahorros que había hecho con las asignaciones de la casa real. Y varios funcionarios hicieron «donaciones». Pero todavía necesitaba dinero del Gobierno[366].

Aunque la emperatriz viuda era la que autorizaba todos los gastos oficiales, Cixí no podía coger lo que quería sin más. Como en su decreto había prometido que no iba a emplear dinero del Ministerio de Hacienda, ideó una forma indirecta de obtener fondos del Estado. La Armada estaba en pleno proceso de modernización, dirigido por el príncipe Chun, y tenía asignado un presupuesto inmenso, cuatro millones de taeles al año. ¿No podía utilizarse una pequeña porción de esa suma —tal vez una porción *del interés* derivado del dinero en un banco (extranjero)— para ayudarle a construir su Palacio de Verano, una cantidad que no representaría nada para la Armada? Parece que esta fue su idea. Decidió que el país no tenía por qué enterarse de su plan si la encubrían su devoto servidor, el príncipe Chun, y los demás

involucrados. No está claro qué cifra exacta cogió. Lo que sí se sabe es que en un año le prometieron 300.000 taeles, que parece haber sido una cifra habitual. En menos de diez años es posible que desviara alrededor de tres millones de taeles, que es una cantidad que encaja con el coste total de las obras[367]. Se sabe que el dinero no salió del capital de los fondos navales depositados en el banco, y destacados estudiosos chinos han llegado a la conclusión de que el arreglo «no tuvo gran repercusión en la Armada».

Aunque la repercusión fue imperceptible, podía ser corrosiva. Si Cixí emprendía el camino de la corrupción, sin duda otros seguirían sus pasos. Su estratagema no tenía más remedio que ser perjudicial para la Armada, que era la niña de sus ojos. Al parecer, a Cixí la perturbaba lo que estaba haciendo. Para tranquilizarla, y para aplacar a la población, que veía los trabajos de construcción y empezaba a hablar, el fiel príncipe Chun sugirió que, como Cixí no iba nunca a la costa, la Armada podía entrenarse en el lago de Kunming para que ella pudiera ver sus ejercicios. En ese caso, era legítimo que se reparasen los edificios. Y, en efecto, observó algunos ejercicios, aunque no debieron de ser con barcos de guerra. Pero tenía miedo de que el Cielo pudiera fácilmente descubrir el fraude. Cuando se produjo el gran incendio en la Ciudad Prohibida a principios de 1889, justo antes de la boda del emperador Guangxu y su retirada, Cixí sintió pánico, pensó que podía ser la ira del Cielo por su delito y emitió un decreto para interrumpir las obras. Sin embargo, su pasión por el Palacio de Verano venció pronto cualquier otra consideración y se mostró dispuesta incluso a engañar al Cielo. Las obras se reanudaron.

Supervisaba los trabajos con fruición, examinando detalladamente los diseños, hablando con los capataces y pidiendo informes cada pocos días. Tres cuartas partes del Palacio de Verano consistían en agua: el lago Kunming, de 2,2 kilómetros cuadrados de superficie, dominado por la colina de la Longevidad, de 60 metros de altura. Junto al lago discurría un largo pasillo de madera cubierto, en cuyas vigas había coloridas imágenes que representaban folclore e historias budistas. Al otro lado del lago, visible a lo lejos, había un puente de piedra alargado con 17 arcos, que salvaba con elegancia una estrecha corriente de agua. Todo el terreno era un conjunto perfecto de naturaleza aparentemente intacta y ricas creaciones artísticas. Había luces eléctricas, con generadores y bombillas traídos de Alemania. El conde Li, que supervisó la compra, escribió al príncipe Ching en nombre de la emperatriz viuda que las lámparas eran «los últimos modelos de Occidente, que no se han visto en China […] Son verdaderamente de una belleza extraordinaria»[368]. Los habitantes locales sabían cuándo estaba ella en el palacio: sobre el embarcadero había una alta farola con luces eléctricas que se encendía cada vez que estaba allí. Cuando se lo enseñaron al gran tutor Weng, él comentó que nunca había «visto unos edificios tan espléndidos ni una decoración tan lujosa»[369]. El palacio está considerado la joya de Pekín y un

ejemplo brillante de jardinería paisajística tradicional de China.

15
En el retiro y en el descanso (1889-1894)

Como el Palacio de Verano estaba aún en construcción cuando se retiró Cixí en 1889, al principio vivió en el Palacio del Mar, adyacente a la Ciudad Prohibida. Allí, su hijo adoptivo tenía en medio del lago una villa, Yingtai, en la que dormía con frecuencia. Aunque la veía casi a diario y le ofrecía los saludos de rigor, Guangxu no le decía nada de los asuntos de Estado. Había esperado mucho tiempo para controlar su propia vida, y la injerencia de Cixí era todavía peor recibida después de que ella le hubiera impuesto un matrimonio que detestaba.

Antes de la retirada de Cixí, el príncipe Chun y los nobles habían redactado una serie de normas, los Estatutos, sobre su futuro papel político, y ella las había aceptado. Los Estatutos no exigían que el emperador Guangxu consultara con ella sobre política ni le permitía tener voz en las decisiones del emperador, con la sola excepción del nombramiento de altos funcionarios, para el que se necesitaba que ella diera su aprobación antes de hacer el anuncio. Además, el emperador Guangxu estaba obligado a enviarle los títulos de los informes que recibía, para que ella pudiera hacerse una vaga idea de lo que ocurría en el imperio, pero sin detalles. El propósito de esas copias era meramente informativo. Por mucho que el príncipe Chun quisiera que Cixí siguiese al mando, y por mucho que ella lo deseara, no podían hacer más[370]. Cuando, justo antes de su retiro, un funcionario solicitó que todos los informes destinados al emperador se le enviasen también a ella, Cixí no tuvo más remedio que rechazar la idea al instante[371].

El emperador Guangxu siguió los Estatutos al pie de la letra y envió la primera lista a Cixí al día siguiente de asumir el poder. Al mismo tiempo se cortaron los contactos de ella con el Gran Consejo y otras autoridades, incluido el conde Li[372]. Da la impresión de que, al principio, a esta mujer que había ocupado el centro de la acción histórica durante casi tres decenios le costó mantenerse al margen. Ese verano intervino para anunciar la puesta en marcha del ferrocarril Pekín-Wuhán en un decreto que decía específicamente: «Su Majestad, por orden de Su Majestad la emperatriz viuda Cixí». Consiguió hacerlo, con toda probabilidad, porque el gran tutor Weng estaba de viaje, ocupándose de las tumbas de su familia, y el emperador cedió ante su enérgica intervención[373]. Pero cuando el tutor regresó y dijo que no aprobaba el proyecto[374], Guangxu lo aparcó[375]. A principios del siguiente año, 1890, Cixí aprovechó la oportunidad que le daba un viaje que hizo a los Mausoleos Orientales con el fin de rendir tributo, y que agrupó a las máximas autoridades, para reunirse con el Gran Consejo y el conde Li. Hablaron de los proyectos de ferrocarril y de la situación en Corea, un estado vasallo de China, sobre la que se cernía una crisis

que implicaba a potencias extranjeras rivales[376]. La reunión sentó tan mal al emperador que, al parecer, habló seriamente con ella, lo cual, a su vez, enfureció a Cixí. Cuando distribuyó frutas entre los funcionarios como gesto de buena voluntad, excluyó a los ayudantes del emperador. Siguió habiendo otros momentos de tensión similares hasta bien entrado 1891[377].

El traslado oficial de Cixí al Palacio de Verano, el 4 de junio de 1891, terminó con esa tensión, porque la apartó físicamente del centro de toma de decisiones. Cualquier intento que quisiera hacer posteriormente necesitaría nada menos que una conspiración. El emperador Guangxu subrayó su marcha con un decreto imperial y una elaborada ceremonia a la que asistió un gran contingente de funcionarios. Esa mañana los llevó a todos, vestidos con trajes oficiales, a arrodillarse ante la puerta del Palacio del Mar para verla partir. Después de que su silla de manos emprendiera el camino, él la adelantó para recibirla, de nuevo arrodillado, a su llegada al Palacio de Verano. Cenaron juntos y después él volvió a la Ciudad Prohibida[378]. A partir de entonces visitó el Palacio de Verano con regularidad, pero solo para desearle buena salud. Estas muestras de etiqueta la mantenían alejada de la política. Como dijo más tarde Cixí a un virrey: «Después de mi retirada, dejé de tener nada que ver con los asuntos de Estado»[379].

Sus obligaciones reales eran simbólicas y establecidas. Si había una oleada de malas cosechas, hacía un anuncio público de que la corte iba a donar dinero. Cuando murió el príncipe Chun, en 1891, ella se responsabilizó de supervisar todos los arreglos, desde el entierro hasta la construcción de un templo dedicado a él. Por lo demás, pasaba los días con los eunucos y las damas de la corte.

La persona que cuidaba de ella y se aseguraba de que todo funcionara a la perfección era el jefe de los eunucos, Lee Lianying, el hombre que había acompañado al príncipe Chun a inspeccionar la Armada. El viaje había sido el regalo de Cixí al personaje más importante de su vida cotidiana y una ocasión para el príncipe de reconciliarse con ella. La pintora estadounidense Katharine Carl, que conoció a Lianying unos años después, le describió así:

> En persona es alto y delgado. Su cabeza tiene la forma de la de Savonarola. Posee una nariz romana, una mandíbula fuerte y esbelta, un labio inferior pronunciado y ojos muy astutos, llenos de inteligencia, que relucen desde sus órbitas hundidas. Su rostro está lleno de arrugas y tiene la piel apergaminada […] Sus modales son elegantes y seductores y habla un chino excelente, con una magnífica pronunciación, palabras bien escogidas y una voz grave y agradable[380].

El futuro de Lianying como eunuco quedó sellado a los seis años, cuando su padre, acosado por la pobreza, le llevó a un castrador profesional. A su llegada a la corte, el niño prefería jugar que trabajar y se le consideraba «perezoso». Pero una formación estricta y varios castigos severos por «abandono del deber» le transformaron y pasó a servir a sus amos con dedicación y a obedecer las normas de la corte. Excepcionalmente precavido y sensible, cuidaba de Cixí a la perfección. Era su catador y también su mejor amigo. Cixí se sentía sola. Algunos de sus eunucos recordaban:

Aunque la emperatriz viuda tenía muchos asuntos de los que ocuparse, su vida parecía más bien vacía. Cuando no estaba trabajando, pintaba y veía óperas y cosas así, pero a menudo estaba inquieta. La única persona que podía aliviar esa agitación era el eunuco Lee Lianying. Él sabía cómo cuidar de ella y se convirtió en su compañero indispensable. Todos veíamos que tenían una relación muy íntima[381].

Los eunucos se acordaban de que Cixí aparecía con frecuencia en la habitación de Lianying y le llamaba: «Lianying, vamos a dar un paseo». «Entonces caminaban juntos, y nosotros los seguíamos a distancia. A veces, la emperatriz viuda incluso llamaba a Lee Lianying a su dormitorio […] y charlaban hasta bien entrada la noche». Cuando Lianying estaba enfermo —o fingía estar enfermo para quedarse en la cama, según los eunucos—, «la emperatriz viuda se preocupaba y llamaba de inmediato a los médicos de la corte. Luego se quedaba con él hasta que se tomaba la medicina» (se tardaba cierto tiempo en repartir, mezclar y hervir las hierbas y otros ingredientes). En los archivos médicos de la corte, Lianying tenía su propio expediente, algo extraordinario para un empleado, porque ningún otro tenía el suyo propio. Era un privilegio médico del que no disfrutaban ni siquiera las concubinas reales de rango inferior. Cixí le hacía costosos regalos y le ascendió a una categoría sin precedentes entre los eunucos en la historia Qing.

En la corte, los privilegios de Lianying no eran gran motivo de celos porque todos estaban de acuerdo en que era «siempre respetuoso con sus superiores y siempre generoso con sus inferiores». Sin embargo, en el resto del país, su relación con Cixí y el hecho de que fuera un eunuco hacían que los funcionarios estuvieran siempre acusándole de interferir en los asuntos de Estado, si bien nadie pudo nunca aportar pruebas. En realidad, Cixí nunca hablaba con él de política y seguía las normas Qing al pie de la letra. Pero las acusaciones no cesaban. Cuando el príncipe Chun le llevó a inspeccionar la Armada, la noticia creó tal revuelo que casi fue más importante que la propia inspección. Un censor escribió una reprimenda a Cixí en la que alegaba que enviar a Lianying al viaje había provocado unas inundaciones que habían arruinado las cosechas en varias provincias. Cixí infringió su propia regla de no castigar a los

críticos, acusó al censor de calumnias y difamación y, tras rechazar de forma pública y enérgica sus demandas («se las devolvió de mala manera»), bajó de categoría al infortunado. Cuando otro funcionario escribió para decir que los eunucos no debían salir de la capital jamás, ella hizo caso omiso[382]. Corría el rumor de que Lianying había adquirido su posición privilegiada por su excepcional habilidad para peinar la cabellera de Cixí, un rumor sin fundamento que estaba cargado de un trasfondo sexual. Incluso una derrota posterior ante Japón, cuando Cixí estaba retirada, se achacó a su relación con Lianying.

Este se vengaba a su manera. Recibía frecuentes y caros regalos de funcionarios que aspiraban a obtener alguna prebenda, y los aceptaba pero luego no hacía nada. Cixí era muy consciente de lo que pasaba y lo consentía.

En busca de formas de recompensar a Lianying, Cixí invitó a su hermana a pasar una temporada en la corte. Pero su estancia fue breve. Al ser familiar de un eunuco, su situación era incómoda. Cuando otras damas iban en sillas de manos porque estaban cansadas de una caminata, ella tenía que trotar al lado, como su hermano, y aquello era insoportable para sus pies vendados. Una doncella del palacio observó que la emperatriz viuda le habría permitido usar una silla, pero el prudente Lianying nunca habría aceptado el favor. Su hermana tenía un estatus tan bajo que los criados ni siquiera le aceptaban propinas. «No aceptaríamos propinas de ella aunque estuviéramos muriéndonos de pobres», se rio una criada. Poco después, la hermana dejó de aparecer por la corte.

Las damas que rodeaban a Cixí eran sobre todo viudas jóvenes. A todas les había arreglado su matrimonio la emperatriz viuda, lo cual se consideraba el mayor de los privilegios, y el código tradicional les prohibía volver a casarse tras la muerte de sus esposos. Una de ellas era Si Gege, una hija del príncipe Ching, una joven lista y alegre, amiga de las diversiones y popular, que hacía reír a Cixí. Esta decía que la joven le recordaba a sí misma a su edad, y la echaba de menos cuando se iba de viaje. Otra viuda adolescente era la señora Yuan, que no había estado casada, en realidad: el hombre con quien había estado comprometida, un sobrino de Cixí, había fallecido antes de la boda. Pero, antes del funeral, Yuan se vistió con ropa de viuda y, en una silla de manos cubierta de arpillera, una señal de duelo, se dirigió a su ataúd y ejecutó el ritual propio de una viuda. Aquel acto de lealtad conyugal, muy admirado, la condenó a una vida de castidad y soledad. Cualquier observador podía ver que era una mujer hierática y sin vida, y Cixí no tenía gran cosa que decirle, pero le inspiraba compasión y siempre la incluía en sus invitaciones.

La emperatriz Longyu era un elemento permanente del entorno de Cixí. El emperador la ignoraba por completo, incluso cuando se encontraban y ella se ponía

de rodillas para saludarlo. La gente la consideraba «dulce», «encantadora» y «adorable», «pero a veces tiene en sus ojos una mirada de paciente resignación que es casi patética». Su vida estaba vacía y se aburría muchísimo. Algunos decían que desahogaba su frustración y su amargura con los criados y los animales domésticos, y que sus gatos siempre huían al cabo de unos meses[383]. Todas las damas trataban de mostrarse alegres cuando estaban con Cixí, pero la genuina felicidad era escasa.

Cixí llevaba una vida ordenada. Por la mañana tardaba en levantarse; ya no se obligaba a estar en pie a las cinco o las seis, sino que a veces remoloneaba hasta después de las ocho. Cuando estaba lista para empezar el día, cosa que se indicaba abriendo las ventanas de sus habitaciones, todo el palacio cobraba vida. Los eunucos mensajeros corrían de un lado a otro anunciando la «noticia» y los eunucos jefe se congregaban ante sus aposentos para aguardar instrucciones.

En su dormitorio, se ponía una bata de seda mientras una criada iba a la cocina a buscar agua caliente, que vertía en un cuenco de plata sostenido por un eunuco de rango inferior arrodillado, mientras otras criadas esperaban con jaboneras y toallas. Cixí se lavaba el rostro cubriéndolo varios minutos con una toalla caliente y secándolo a continuación. Luego se envolvía las manos en otra toalla y las sumergía en el agua caliente largo tiempo —suficiente para tener que cambiar el agua dos o tres veces—, que era, según decían, su secreto para conservarlas tan suaves como las de una niña.

Después de lavarse los dientes, se sentaba en una silla de cara hacia el sur y entraba un eunuco a arreglarle el cabello. Según los eunucos, Cixí había empezado a perder pelo desde los 40 años, y sobre la parte más rala colocaban un tupé de color negro. Hacía falta una habilidad considerable para mantener la peluca en su sitio al tiempo que la peinaban al complicado estilo manchú, con horquillas enjoyadas[384]. Mientras tanto, su peluquero le transmitía los chismorreos del día anterior y ella se tomaba con lentitud su gelatina diaria de «hongo de plata» (*yin-er*), que se suponía que era buena para la salud y el aspecto. Al acabar la sesión de peluquería, se colocaba adornos en el pelo. El peinado de una mujer manchú no se consideraba completo sin flores, y Cixí prefería las flores naturales a las joyas. Se hacía adornos florales para el cabello con destreza y a veces entretejía níveos capullos de jazmín para formar una diadema. (Sus doncellas de palacio también llevaban flores en el pelo y, cuando estaban a su lado, las de la derecha llevaban flores en el lado derecho y las de la izquierda en el izquierdo).

Con la cara podía hacer poca cosa: al ser viuda, se suponía que no debía llevar maquillaje. Las damas manchúes en general se pintaban el rostro exageradamente blanco y rosa y con una mancha de color rojo vivo en el labio inferior para crear una

boquita «de cereza», que era un signo de belleza en aquellos tiempos, en los que los labios carnosos se consideraban feos. Deseosa de usar un poco de maquillaje, Cixí se aplicaba un discreto toque de colorete en las mejillas y en las palmas de las manos, e incluso un poco en los labios. El colorete que se usaba en la corte se hacía con rosas que se cultivaban en las colinas al oeste de Pekín. Ponían los pétalos de una rosa roja determinada en un mortero de piedra y los aplastaban con un almirez de mármol blanco. Añadían un poco de aluminio y el líquido rojo oscuro obtenido lo vertían en un «frasco de colorete» a través de una fina gasa blanca. Luego cortaban unos ovillos de seda en pequeñas esponjitas cuadradas o redondas que metían en el frasco durante varios días para que absorbieran el líquido. Secaban esas esponjitas dentro de una habitación con una ventana de cristal para evitar que cogieran polvo y las colocaban en el tocador real. Llegado el momento, Cixí humedecía la esponjita con agua tibia antes de aplicársela. Para los labios, enrollaba una, sola o alrededor de una horquilla de jade, para formar una especie de lápiz, y se aplicaba el color en el centro de la boca, más en el labio inferior que en el superior. El perfume lo hacía ella misma, mezclando los aceites de distintas flores. (El palacio fabricaba también su propio jabón, bajo la dirección de Cixí. Las criadas le enseñaban la pasta que después se solidificaría en jabón, y ella misma la removía enérgicamente).

Al ser viuda, Cixí no podía llevar colores brillantes, rojos ni verdes vivos. Pero incluso las ropas más discretas eran muy coloridas en comparación con la vestimenta europea. En casa podía llevar una túnica de color naranja pálido y un chaleco azul claro, con adornos solo en los bordes, y para una ocasión especial una de sus prendas favoritas era una túnica azul con brocados y grandes magnolias blancas bordadas. Katharine Carl, la pintora estadounidense que pasó 11 meses con ella, observó:

> Siempre va inmaculada. Diseña sus propios vestidos […] Tiene un gusto excelente en la elección de colores, y nunca la vi con un color que le sentara mal, aparte del amarillo imperial. Este no le quedaba muy bien, pero estaba obligada a llevarlo en todas las ocasiones oficiales. Solía alterarlo lo más posible con los adornos, y a veces ponía tantos bordados que el color original era apenas visible.

Las joyas de Cixí solían estar montadas de acuerdo con sus propios diseños, y entre ellas estaba un manto de perlas que se ponía sobre una chaqueta oficial. Los diamantes eran algo a lo que costaba acostumbrarse. Los chinos de su época consideraban que su brillo era una cosa vulgar y los usaban sobre todo como herramientas para perforar.

A Cixí le gustaba vestirse. Se examinaba con detalle en el espejo, más tiempo del que parecía apropiado, dada su edad, o al menos eso pensaban algunas de sus criadas y damas de compañía. Cixí se imaginaba lo que pensaban las jóvenes, y un día le dijo a una de sus damas, Der Ling, que anotó la conversación:

«Debe de parecerte curioso ver que una vieja como yo tiene tanto cuidado y se esfuerza tanto en vestirse y arreglarse. ¡Qué le voy a hacer! Me gusta vestirme y ver a las jóvenes bien vestidas; me hace querer volver a ser joven». Le dije que tenía un aspecto muy joven y todavía era hermosa y que, aunque nosotras éramos jóvenes, no se nos ocurriría compararnos con ella. Eso la complació enormemente, porque le gustaban mucho los cumplidos.

Antes de salir de su vestidor, Cixí se ponía de pie y echaba un último vistazo a sus zapatos, que tenían una cómoda punta cuadrada, muy distinta de las puntas afiladas que llevaban las mujeres han. Sus calcetines eran de seda blanca y se ataban en el tobillo con un bonito lazo, y ella miraba si los bordes de los calcetines que asomaban por encima de los zapatos estaban como debían. Solo llevaba cada par una vez, así que hacía falta un suministro constante. Aparte de un equipo de costureras, también le hacían calcetines su familia y otras familias aristocráticas, que se los ofrecían como regalos.

Completada su *toilette* matinal, Cixí salía por la puerta hacia el vestíbulo exterior, con su «porte erecto y su paso ligero y rápido». Una doncella abría las cortinas y al ver el movimiento, que los eunucos jefes estaban esperando atentos desde fuera, todos caían de rodillas y gritaban: «¡Vieja Buda *[lao-fo-ye*], que toda la alegría te acompañe!». Cixí había adoptado este sobrenombre, ilustre e informal al mismo tiempo, por el que ahora la llamaban en la corte y se la conocía en todo Pekín[385].

Mientras daba a los eunucos jefe sus instrucciones para el día, Cixí se fumaba su primera pipa de agua, que tenía un largo tubo y una pequeña caja rectangular que se sostenía en la palma. Normalmente, no era ella la que sostenía la pipa. Esa era la tarea de una criada especial, que permanecía de pie a una distancia de «unos dos adoquines de la emperatriz viuda», según una de ellas. Cuando la emperatriz le lanzaba una mirada, la criada extendía con suavidad la punta de la pipa, que sostenía con la mano derecha, hasta un par de centímetros de la comisura de la boca de Cixí, de forma que, con un ligero giro del cuello, los labios de ella se abrían para chuparla. La criada seguía sosteniendo la pipa mientras Cixí fumaba. Era un servicio para el que se había entrenado muchos meses, hasta que la palma de la mano derecha era capaz de sostener una taza de agua caliente durante mucho tiempo sin temblar.

Después de dos pipas de tabaco era el turno del desayuno. Primero llegaba el té. Los manchúes bebían té con mucha leche. En su caso, la leche procedía de los pechos de una nodriza. Cixí tomaba leche humana desde su larga enfermedad de principios de la década de 1880, por recomendación de un prestigioso médico. Empleaba a varias nodrizas, que se turnaban para sacarse leche en un cuenco. Las nodrizas llevaban consigo a sus niños de pecho, y la mujer que duraba más tiempo se quedaba a vivir en el palacio y a su hijo le ofrecían una educación y un trabajo

administrativo[386].

Mientras sorbía el té, un equipo de eunucos le llevaba la comida en cajas de laca envueltas en seda amarilla con el motivo del dragón. Lianying, el eunuco principal, cogía las cajas en la puerta y se las acercaba a ella, que estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un *kang*, una larga estructura rectangular de ladrillo, tan alta como una cama, que podía calentarse por debajo y se empleaba en todo el norte de China como lecho o como asiento. Le gustaba sentarse junto a una ventana para poder mirar el jardín y disfrutar de la luz y el cielo. Le ponían la comida sobre una mesa baja encima del *kang* y en varias mesitas que se plegaban cuando terminaba. Cuando las cajas de comida estaban dispuestas, las abrían delante de ella, como dictaban las normas de la corte. Contenían una gran variedad de papillas, rollos y pasteles —al vapor, hervidos, fritos— y muchos tipos de bebidas, desde zumo de soja hasta consomé de hueso de vaca. Había también muchos platos sabrosos como hígado de pato guisado en soja y otras salsas picantes.

La emperatriz viuda tenía buen apetito y después consumía otras dos buenas comidas, además de pequeños tentempiés. Comía donde estuviera en cada momento: no tenía un comedor fijo. El tamaño y la presentación de las comidas seguían los requisitos de la corte. Solo se reducían si había un desastre nacional. Como emperatriz viuda, Cixí tenía derecho a una ración diaria de 31 kilogramos de cerdo, 1 pollo y 1 pato. Con ellos, hortalizas y otros ingredientes, todos en cantidades especificadas, se cocinaban docenas de platos que, para la comida principal, se servían en más de un centenar de fuentes y cuencos. En su mayoría se quedaban sin tocar y solo estaban allí para dar grandiosidad a la presentación[387]. Cixí no solía beber durante las comidas[388] y en general comía sola, porque cualquiera a quien invitara a comer con ella tenía que permanecer de pie, salvo el emperador. A menudo pedía a las damas presentes en la corte que comieran en su mesa después de que ella terminara y se fuera, en cuyo caso ya podían sentarse. Los platos de su comida solían repartirse entre los cortesanos en señal de benevolencia imperial. Si el emperador estaba en el palacio, también recibía sus platos. La enorme cantidad de comida que sobraba en la corte permitía que una serie de puestos de las cercanías hicieran buen negocio, y en ciertos momentos del día se dejaba que los mendigos se aproximaran a una puerta concreta para recibir los restos y rebuscar en la basura antes de que se la llevaran.

La comida iba seguida de un minucioso lavado de manos y luego una siesta. Antes de quedarse dormida, Cixí leía los clásicos con sus eunucos instructores, que animaban la lectura introduciendo bromas que la divertían. Al levantarse, corría otro escalofrío en el palacio, tal como describía un testigo: «Cuando se despierta Su Majestad, la noticia corre como una chispa eléctrica por todos los precintos y todo el complejo, y todo el mundo está alerta al instante»[389].

Antes de acostarse, alrededor de las once de la noche, solía disfrutar de un masaje de pies. Primero, dos masajistas le sumergían los pies en un cuenco de madera forrado de plata con unos anchos «brazos» para que posara los pies. El agua del cuenco se hervía con flores o hierbas, según le hubieran recetado sus médicos, dependiendo de factores como el tiempo y su condición física. En verano podían ser crisantemos secos, y en invierno, membrillos en flor. Las masajistas presionaban distintos puntos, en especial en las plantas, algo similar a una sesión actual de reflexología. Si necesitaba que le cortaran las uñas, las masajistas pedían permiso para coger las tijeras y la doncella principal se las llevaba. Normalmente, los objetos afilados estaban prohibidos en los aposentos de Cixí. La manicura consistía en cuidarle las uñas de las manos, extraordinariamente largas en los dedos anular y meñique, como era habitual entre las aristócratas manchúes. Esas uñas tan largas estaban protegidas por unos escudos hechos de unas rejillas esmaltadas o de oro con rubíes y perlas incrustados. Como ninguna dama de su posición se vestía ni se peinaba a sí misma, las uñas no representaban ningún problema insalvable.

Su cama era un *kang* construido en un nicho del dormitorio, con estantes en las tres paredes sobre los que había pequeños adornos, por ejemplo, figurillas de jade. Su lectura de noche era otra sesión de estudio de los clásicos con los eunucos instructores, que la ayudaba a dormir. Mientras dormía, una doncella permanecía sentada en el suelo de la habitación, tan callada como un mueble. También había doncellas y eunucos en la antecámara de su habitación y en otros lugares del edificio. Quienes estaban de turno de noche solían oír los ronquidos de una persona que dormía profundamente[390].

Cixí había sobrepasado ya los 50 años y tenía muy buena salud. Jugaba a *jian zi* [una especie de bádminton con los pies] con más agilidad que miembros mucho más jóvenes de su corte, y subía las colinas a toda velocidad y sin dar muestras de fatiga. En el duro invierno de Pekín solía rechazar la calefacción y prefería no tener nada en su dormitorio y nada más que unos braseros de cobre con carbón en los amplios pasillos. Dichos braseros, aunque eran muy pintorescos, apenas producían más que unas llamas rizadas de color azul que no cambiaban gran cosa la temperatura. Las puertas de sus aposentos estaban siempre abiertas y tapadas solo con unas cortinas acolchadas, que se alzaban todo el tiempo para dejar paso a eunucos y criadas, de tal modo que había corrientes de aire frío cada vez que alguien entraba o salía. Todos los demás estaban helados, pero Cixí parecía inmune. Se limitaba a llevar ropa interior de seda y lana y un abrigo de piel, como máximo con una gran capa de piel encima.

Tenía la misma claridad mental de siempre, y por eso le resultaba difícil apartarse por completo de la política. Lo que le permitía soportar el aislamiento y el ocio a los

que estaba obligada a diario era su amplia variedad de intereses. Le producía curiosidad todo lo nuevo y quería probarlo todo. Después de añadir un par de barcos de vapor al lago, pidió que la subieran en un globo de aire caliente que habían adquirido años antes para usos militares. Pero el conde Li le dio (a través del príncipe Ching, puesto que ya no estaba autorizado a comunicarse directamente con ella) la desagradable noticia de que el globo no estaba en buenas condiciones y podía explotar[391].

El Palacio de Verano era una fuente de placer interminable para Cixí, que nunca se cansaba de pasear por sus jardines. Lo que más le gustaba era pasear bajo la lluvia. Los eunucos siempre llevaban un paraguas, pero ella solo lo usaba cuando la lluvia era torrencial. Detrás de ella iba una gran comitiva de eunucos, damas de compañía y criadas, que llevaban «su ropa, zapatos, pañuelos, peines, cepillos, cajas de polvos, espejos de distintos tamaños, perfumes, alfileres, tinta negra y roja, papel amarillo, cigarrillos, pipas de agua, y el último llevaba su taburete de raso amarillo», «como un vestidor de mujer ambulante», según una dama de compañía[392]. A menudo, Cixí y sus damas iban en sillas de manos hasta algún lugar pintoresco escogido por ella, donde se sentaba en el taburete de raso amarillo y pasaba largo tiempo mirando a lo lejos. Un lugar en el que se detenía para disfrutar de la vista era un puente con un arco muy elevado que se ondulaba suavemente y tenía el apropiado nombre de Fajín de Jade. Otro sitio que le gustaba era una cabaña construida y amueblada totalmente con bambú, en la que se paraba muchas veces a tomar el té. Sus tés eran los mejores, las primeras hojas de todo el imperio, y los bebía en una taza de jade a la que añadía unos cuantos pétalos secos de madreselva, jazmín o rosa. Los capullos secos se los llevaban en un cuenco de jade con dos finos palillos de madera de cerezo que utilizaba para cogerlos, dejarlos caer en la taza y remover el té.

Una de sus actividades preferidas era pasear en barco por el lago, y a veces detrás de su balsa iba, a cierta distancia, otra con eunucos músicos que tocaban la flauta de bambú, o la flauta dulce, o el *yue-qin*, un instrumento en forma de luna parecido a la mandolina. Todos se callaban mientras Cixí escuchaba, «como en trance»[393]. A veces, bajo la luz de la luna, cantaba en voz baja siguiendo la música que flotaba sobre el agua.

La naturaleza la apasionaba, y adoraba las plantas. Los crisantemos estaban entre sus flores preferidas. Durante la estación de reproducción, Cixí llevaba a las damas de la corte a coger esquejes, ponerlos en macetas y regarlos religiosamente hasta que empezaban a brotar. Entonces cubrían los capullos con tapetes para que las fuertes lluvias no los dañaran. Por esa actividad era capaz incluso de renunciar a su siesta. Años más tarde, cuando volvió al poder, rompió con la vieja costumbre de no permitir plantas en lugares oficiales y llenó el salón de audiencias de flores en macetas, colocadas en hileras. Los funcionarios que acudían a sus audiencias tenían

que orientarse antes de ponerse de rodillas, porque su trono parecía oculto detrás de una «montaña de flores»[394].

Sentía devoción por su huerto, del que le llevaban a diario grandes cestos de fruta cuando estaba en temporada. Examinaba su color y su forma y sostenía un racimo de uvas a contraluz durante largo rato. Manzanas, peras y melocotones llenaban grandes recipientes de porcelana en los pasillos, por su suave fragancia. Cuando habían perdido el olor, repartían las frutas entre los criados. Las calabazas, pese a no tener aroma, también le inspiraban afecto, y muchas veces las acariciaba en sus matas, incluso bajo una lluvia torrencial. Llegó a tener una colección de centenares de calabazas, que un eunuco con dotes artísticas tallaba en forma de instrumentos musicales, vajillas y diversos artículos adornados con miniaturas pintadas y caligrafía. Cixí preparaba algunas calabazas para que las tallaran con un trozo de bambú afilado para rascar la corteza[395].

Cada pocos días visitaba sus inmensos huertos, y le encantaba poder llevarse hortalizas frescas o algún otro vegetal. A veces los cocinaba ella misma, en uno de los patios, y en una ocasión enseñó a sus damas de compañía a cocer huevos con hojas de té negro y especias[396].

Los mosquitos podían ser una molestia en el Palacio de Verano, sobre todo en las tardes estivales, pero los eunucos de Cixí idearon una solución ingeniosa. Levantaron unas marquesinas gigantes, tan grandes como para cubrir un edificio y sus patios por completo. Con el techo y los laterales de junco y un sistema de cuerdas y poleas que permitía enrollar y desenrollar la cubierta y bajar y subir las cortinas, estas obras de arte eran inmensas mosquiteras, además de proteger los recintos del sol durante el día. Tenían discretos faroles y velas que parpadeaban en la brisa, y las tardes eran placenteras y aromáticas, apenas perturbadas por los insectos. Para las embajadas extranjeras se construían las mismas marquesinas[397].

A Cixí le encantaban las aves y los animales. Aprendió a criarlos y contrató a un eunuco que era un gran experto para que la enseñara. Las aves que cuidaba el criador no siempre estaban encerradas, aunque había cientos de jaulas en filas colgadas de estructuras de bambú en uno de los grandes patios. Algunas volaban en libertad y habían convertido el Palacio de Verano en su hogar. Con el fin de proteger las especies más raras, se reclutaba a jóvenes entendidos en pájaros para que formaran parte de la Guardia Pretoriana y patrullaran los jardines armados con arcos, dispuestos a disparar contra cualquier depredador natural o cualquier ave silvestre que tuviera la temeridad de colarse. La demanda de alimento para las aves de Cixí creó un floreciente comercio junto a los muros del Palacio de Verano, con la venta de todo tipo de orugas, saltamontes, grillos y hormigueros, de los que se decía que cada

uno tenía distintas propiedades beneficiosas para los pájaros.

A algunas aves se las enseñaba a volar hacia un ruido de agudo gorjeo para recibir su comida favorita. Si Cixí estaba subiendo una colina o paseando por el lago, los eunucos que la rodeaban hacían el sonido para que las aves acudieran en torno a ella. A ella misma se le daba muy bien imitar el trino de los pájaros y sabía atraerlos a su mano extendida. Su capacidad de domesticar aves fascinaría años después a los visitantes occidentales. Uno de ellos, la retratista Katharine Carl, escribió:

> Tenía una larga rama, como una varita, cortada de un retoño y a la que acababan de quitar la corteza. Le encantaba el débil olor a bosque de las ramas recién cortadas […] Sostenía la rama en alto y hacía un suave sonido como de un pájaro con los labios, sin apartar los ojos del ave […] Esta revoloteaba y empezaba a descender de rama en rama hasta que se posaba sobre la curva de su varita, y ella acercaba su otra mano con suavidad, ¡hasta que acababa posada sobre su dedo!

La señorita Carl «observaba con emocionada atención, y estaba tan tensa y absorta que el repentino final, cuando el pájaro se posaba sobre su dedo, me causaba un pálpito casi doloroso»[398].

Lograba que hasta los peces le saltaran a las manos abiertas, con sus gritos infantiles. Hacían falta cubos llenos de un gusano especial, rojo y de unos tres centímetros de largo, para atraer al pez y hacer que saltara hasta una mano humana en un muelle en el que Cixí atracaba a menudo para almorzar.

Crio docenas de perros. Vivían en un pabellón lleno de cojines de seda sobre los que dormían y un gran armario lleno de chaquetas, bordadas con crisantemos, flores de manzano y otros preciosos dibujos. Para evitar apareamientos indeseados, en los terrenos del palacio solo se permitía la entrada a sus perros. Los centenares que eran propiedad de las damas de la corte y los eunucos tenían que permanecer en los jardines de sus respectivos dueños. Algunos criadores de perros opinaban que Cixí «había hecho más por el pequinés que ningún otro experto desde el nacimiento de la raza»[399]. Un tipo de pequinés que ella dejó de criar fue el «perro manga», un perro miniatura que se podía transportar en las mangas de los cortesanos, tan amplias que servían de bolsillos. Al parecer, se impedía que crecieran alimentándolos solo con dulces y vino y obligándolos a llevar unos chalecos de tela metálica muy ajustados. Cixí contó a Katharine Carl que aborrecía esos métodos tan antinaturales y que no podía comprender por qué había que deformar a los animales por el puro placer del hombre[400].

Sus animales favoritos eran un pug pequinés y un skye terrier. Este último sabía hacer varios trucos: se quedaba completamente quieto cuando Cixí se lo ordenaba, sin moverse más que si se lo decía ella, por mucho que le hablasen otros. El pequinés

tenía el pelo largo y sedoso, de color beige, y grandes ojos dorados y profundos. No era fácil enseñarle nada y Cixí lo llamaba cariñosamente Pequeño Tonto (*sha-zi*). Posteriormente hizo que Katharine Carl pintara retratos de los dos, mientras ella se sentaba detrás de la pintora y mostraba «el máximo interés»[401].

En Pekín había una gran colección de aves y animales formada por el misionero, zoólogo y botánico francés Armand David, que, desde su llegada a China en los primeros años del reinado de Cixí, había identificado muchos cientos de nuevas especies desconocidas en Europa, entre ellas el panda gigante. Cuando Cixí se enteró de la existencia de la colección, se sintió intrigada y quiso verla. La colección se alojaba en una catedral católica desde la que se veía el Palacio del Mar. Después de negociaciones con el Vaticano (a través de un intermediario inglés), el Gobierno chino pagó 400.000 taeles para que se construyera otra catedral en algún otro sitio y compró la vieja iglesia con su colección dentro. Cixí la visitó, pero solo una vez. Las criaturas muertas no le interesaban[402].

Los únicos juegos competitivos a los que la autorizaba la tradición eran los juegos de mesa. A Cixí no le gustaban los naipes ni el *mah-jong*, que se negaba a permitir en la corte. Los dados eran un pasatiempo popular, y Cixí jugaba a veces. Se inventó un juego de dados no muy distinto al juego de la escalera, salvo que el tablero era un mapa del imperio chino, con todas las provincias de colores diferentes. Ocho deidades talladas en marfil, que representaban a los legendarios ocho inmortales taoístas, recorrían el imperio e intentaban llegar a la capital. Durante el juego, les podían desviar a bellos lugares como Huangzhou o les podían enviar al exilio, en cuyo caso tenían que retirarse. Todo dependía de los dados. Quien llegara primero a Pekín ganaba y recibía dulces y pasteles, mientras que los perdedores tenían que cantar una canción o contar un chiste[403]. No se apostaba nada. De hecho, las apuestas estaban prohibidas, y a los infractores se les imponían multas y se los castigaba a recibir bastonazos[404].

La pintura era una afición seria, y Cixí contrató a una tal señora Miao, una joven viuda, para que fuera su profesora. La señora Miao era han y llamaba la atención en la corte, desde el pelo hasta los pies. En vez del complicado y adornado peinado manchú, llevaba el pelo en un simple moño en la nuca rodeado de perlas. En vez de una túnica manchú hasta el suelo, llevaba una camisa suelta que llegaba por debajo de las rodillas sobre una falda larga plisada, que dejaba ver un par de «lirios dorados de siete centímetros y medio», sus pies vendados, sobre los que mantenía un agónico equilibrio. Cixí, que al ser manchú se había librado del vendaje obligatorio, se estremecía al ver los pies deformes. En una ocasión, al ver los pies desnudos de una de las nodrizas que le suministraban leche, había dicho que no podía soportar la imagen y le había ordenado quitarse la venda. Ahora también pidió a Miao que se la quitara, una orden que la profesora de pintura obedeció encantada[405].

Con las lecciones de la señora Miao, Cixí llegó a ser una pintora aficionada bastante buena, capaz de manejar el pincel «con fuerza y precisión», según su maestra. Consiguió algo que se valoraba mucho en caligrafía: escribir de una sola pincelada un carácter gigante, tan grande como una figura humana. Esos caracteres, que indicaban «longevidad» y «felicidad», solían ser regalos rituales que se hacían a los altos funcionarios. La reputación de la señora Miao como profesora de la emperatriz viuda le permitió vender sus propias pinturas a precios elevados, comprar una casa de gran tamaño y mantener a su familia.

Cerca del Palacio de Verano había numerosos templos budistas y taoístas, que organizaban fiestas periódicas a las que las mujeres podían asistir acompañadas, vestidas con los colores más espléndidos. Llegaban artistas tradicionales procedentes de todos los rincones, andando sobre zancos, haciendo la danza del león, ondeando faroles de dragón y llevando a cabo trucos acrobáticos y de magia. Cuando pasaban por delante del Palacio de Verano, Cixí solía verlos desde una torre sobre las murallas. Sabiendo que la emperatriz viuda los observaba, los artistas exhibían todas sus habilidades, y ella les vitoreaba y les daba generosas propinas: un hombre barbudo, que daba vueltas disfrazado de aldeana, fue durante un tiempo el más recompensado. Cixí era muy aficionada a los espectáculos populares y nunca sintió que estuvieran por debajo de su categoría[406].

Con ese mismo espíritu, ayudó a convertir el género de la Ópera de Pekín en la ópera nacional de China. Tradicionalmente había sido un género para «la gente normal de las callejuelas y los pueblos», porque su música, sus historias y su humor eran fáciles de seguir y disfrutar. Este tipo de ópera se consideraba «vulgar» y había topado con el rechazo de la corte, donde solo se representaba ópera ortodoxa, con sus serias melodías e historias. El marido de Cixí, el emperador Xianfeng, había empezado a ver representaciones de la Ópera de Pekín, pero fue Cixí quien la moldeó para convertirla en una forma artística compleja, sin que perdiera su gracia. Indicó una auténtica aprobación real al llevar a artistas de fuera de la corte para que actuaran ante ella e instruyeran a los eunucos del Departamento de Música. Exigía profesionalidad. La Ópera de Pekín siempre había sido bastante informal, con comienzos impuntuales, maquillajes y trajes improvisados, actores que a menudo saludaban a sus amigos desde el escenario o de pronto añadían chistes. Cixí resolvió todos estos detalles con unas órdenes concretas. Hizo obligatoria la puntualidad y amenazó con dar de bastonazos a quienes la infringieran de forma repetida. En una ocasión, uno de los actores principales, Tan Xinpei, llegó tarde, y ella, que era gran admiradora y no se sintió capaz de ordenar que le golpearan, le obligó a hacer de cerdo ridículo en *El rey mono*[407]. También se aseguró de que los actores

profesionales estuvieran bien remunerados. Si los emperadores anteriores daban a los intérpretes propinas de un tael de plata como máximo a cada uno, ella empezó a repartir de forma habitual docenas de taeles, hasta 60 para un protagonista, por ejemplo Tan, que también recibió regalos como parte de la dote para la boda de su hija. (En cambio, el jefe del Departamento de Música de la corte ganaba siete taeles al mes). Un año, la suma total de las propinas que dio a todos los participantes en las representaciones ascendió a 33.000 taeles[408].

Los actores de la Ópera de Pekín, tan bien tratados, se convertían en celebridades, como las estrellas de cine en una época posterior. La gente tenía ocasión de admirar su prestigio: en un caso, 218 artistas viajaron incluidos en la procesión real desde el Palacio de Verano hasta la Ciudad Prohibida, todos a caballo, con 12 carromatos que llevaban sus trajes y su parafernalia. Dedicarse a la ópera se convirtió en una carrera muy codiciada.

Las óperas de Cixí estaban construidas con un sentido artístico muy minucioso. En el Palacio del Mar se erigió un teatro en forma de pabellón en medio del lago, todo rodeado de lotos, de tal forma que, en verano, las representaciones se llevaban a cabo en medio de las flores. En la Ciudad Prohibida, se erigió un invernadero de cristal con una fuente de calor, un acogedor y cálido teatro en medio de los vientos y las nevadas. En el Palacio de Verano, restauró un teatro de dos pisos en una zona que atraía a las oropéndolas: se decía que su canto armonizaba bien con las arias. Luego construyó otro teatro aún más grandioso, de tres pisos, con un escenario de 21 metros de alto, 17 metros de ancho y 16 metros de fondo, y unas bambalinas lo bastante grandes como para albergar los decorados más elaborados. Era el teatro más grande de China. El techo y el suelo podían abrirse durante la representación para permitir que los dioses descendieran del Cielo y el Buda se elevase desde las profundidades de la Tierra, sentado en una enorme flor de loto; podían caer copos de nieve (confetis) desde lo alto, y de la boca de una tortuga gigante podía salir agua disparada hacia arriba. Un estanque de agua bajo el escenario mejoraba la acústica. El teatro estaba situado junto al gran lago para que la melodía pudiera viajar sin impedimentos sobre su superficie.

El repertorio de la Ópera de Pekín se amplió enormemente con Cixí. Ella revivió varias obras dramáticas obsoletas con la orden de localizar sus libretos en los archivos de la corte y adaptarlos a las melodías de la nueva ópera. En el proceso de adaptarlas y, al mismo tiempo, tratar de encajar los versos de la propia Cixí, un actor y compositor, Wang Yaoqing, amplió la tesitura musical de la ópera. Con el estímulo y los incentivos de Cixí, Wang revolucionó la Ópera de Pekín porque dio papeles con cuerpo a los personajes femeninos (interpretados por hombres, incluido él mismo). Hasta entonces no tenían más que papeles secundarios en los que se limitaban a cantar, sin actuar. Ahora, por primera vez, la Ópera de Pekín tenía papeles femeninos

que eran protagonistas.

Dentro de toda esta labor, Cixí se involucró en la composición de una obra de 105 episodios, *Los guerreros de la familia Yang*, sobre una familia de los siglos X y XI que empuñó las armas para defender China contra los invasores. Según los documentos históricos, los guerreros fueron todos hombres. Pero en las leyendas populares las heroínas habían sido las mujeres de la familia, y así lo reflejaba un texto escrito en Kunqu, una forma dramática casi desaparecida. Cixí conocía la historia y decidió introducirla en el repertorio de la Ópera de Pekín. La supervisora fue una mujer —viuda y poetisa— a la que Cixí había buscado al mismo tiempo que a la señora Miao. La propia Cixí se reservó el papel de directora de la obra. Desde entonces, los episodios de *Las mujeres guerreras de la familia Yang* se han convertido en una de las óperas más representadas y amadas del género, y han tenido muchas adaptaciones en otras modalidades artísticas. Los nombres de las guerreras han pasado a formar parte del lenguaje diario como sinónimos de mujeres valientes e inteligentes que eclipsan a los hombres[409].

Cixí odiaba los viejos prejuicios contra las mujeres. Durante una representación de ópera, cuando un cantante repitió una frase muy habitual, «lo más cruel de todo es el corazón de una mujer»[410], ella se enfureció y ordenó al cantante que abandonara el escenario. Su rechazo de la mentalidad tradicional se debía sin duda a su experiencia personal. Por muchos triunfos que hubiera logrado cuando gobernó en nombre de su hijo y su hijo adoptivo, siempre le negarían el derecho a gobernar en su propio nombre. En cuanto los niños se hicieron adultos, ella tuvo que ceder el poder y dejó de poder participar en política. Ni siquiera podía expresar sus opiniones. Cuando veía cómo dejaba caer en el olvido el emperador Guangxu los proyectos de modernización que ella había iniciado, era inevitable que se desesperara. Pero no podía hacer nada. Para hacer cualquier intento de cambiar la situación habrían hecho falta métodos violentos y extremos, como un golpe en palacio, algo en lo que no estaba dispuesta a pensar. Solo había una mujer en la historia de China —Wu Zetian— que se había declarado *emperador* y había gobernado como tal. Y lo había hecho frente a una terrible oposición, que había aplastado por medios crueles y escalofriantes. Dentro de la larga lista de presuntos asesinatos que había ordenado estaba el de su propio hijo, el príncipe heredero. Cixí tenía un carácter diferente y prefería gobernar mediante consenso: ganarse a la oposición, en lugar de aniquilarla. Como consecuencia, decidió cumplir las condiciones de su retiro. Pero era evidente que admiraba a esa emperatriz, y le habría gustado hacer lo mismo, si el precio no hubiera sido tan alto. Sus sentimientos eran conocidos por Miao, su profesora de pintura, que en una ocasión le regaló un rollo que representaba a Wu Zetian dirigiendo los asuntos de Estado como legítima soberana. Que Cixí aceptara el regalo dice mucho sobre sus aspiraciones y sus frustraciones[411].

16
La guerra con Japón (1894)

Japón inició su milagrosa transformación en una potencia moderna durante el reinado del emperador Meiji, que ascendió al trono en 1867. Con una población de 40 millones, su aspiración era construir un imperio mundial. En la década de 1870 se apoderó de uno de los estados vasallos de China, las Islas Liuqiu, e intentó invadir Taiwán, que formaba parte del imperio chino. La política de Cixí era mantener intacto el imperio como fuera, a costa de renunciar a los estados vasallos si no le quedaba más remedio. Se lavó las manos con Liuqiu, en la práctica aunque no en la teoría, pero hizo un claro esfuerzo para defender Taiwán y estrechó aún más los vínculos entre la isla y el continente.

Japón también tenía la vista puesta en Corea, otro estado vasallo de China. En este caso, Cixí trató de impedir que los japoneses se anexionaran el país porque era fronterizo con Manchuria, que estaba cerca de Pekín. Como Corea no tenía la fuerza suficiente para detener a Japón sin ayuda, Cixí pensó que Occidente podría ejercer de disuasión. Ordenó al conde Li que convenciera a Corea de que le convenía abrir el comercio a las potencias occidentales, para que tuvieran intereses en el país. En 1882 estalló una revuelta interna en Corea y hubo un ataque contra la legación japonesa. Tokio envió un barco de guerra para proteger a sus ciudadanos. En cuanto se enteró, Cixí le dijo al conde Li que le preocupaba que Japón «pudiera aprovechar la situación para perseguir sus objetivos». Se apresuró a enviar tropas por tierra y por mar a la capital coreana, la actual Seúl, bajo el mando general del conde Li desde Tianjín. Mientras el ejército chino ayudaba a poner fin a los disturbios, los japoneses no participaron en la lucha; obtuvieron ciertas compensaciones pero, sobre todo, sus soldados se quedaron. Entonces, Cixí ordenó que parte de sus tropas permaneciera también en Corea mientras hubiera presencia militar japonesa(30). Escribió al conde Li de su puño y letra y con tinta roja, para subrayar la importancia de sus palabras: «Aunque es un país pequeño, Japón alberga grandes ambiciones. Ya ha absorbido Liuqiu, ahora se ha fijado en Corea. Debemos prepararnos con discreción. Tienes que ser muy precavido con Japón, no bajes la guardia ni un instante». Este fue el motivo principal por el que decidió invertir grandes sumas en reforzar la Armada[412].

A finales de 1884, mientras China estaba en guerra con Francia en la frontera con Vietnam, estalló en Corea un golpe de partidarios de Japón. Por la información obtenida, Cixí estaba segura de que «los japoneses habían orquestado el golpe», «aprovechando que China estaba ocupada» en otra parte. Envió tropas para reprimir la revuelta, pero les dijo que no dieran a los japoneses ninguna excusa para iniciar una guerra. Al final, cuando las fuerzas chinas tuvieron un enfrentamiento con las japonesas en el palacio del rey coreano, venció China. De acuerdo con las

instrucciones de Cixí, el conde Li entabló negociaciones con el conde Ito Hirobumi[/1/], que pronto sería el primer hombre en ser nombrado primer ministro de Japón, y las dos partes acordaron retirar a sus soldados de Corea[413]. A Cixí le agradó la «rápida y satisfactoria conclusión»[414]. También a Robert Hart, inspector general de Aduanas, que escribió en una carta: «Los japoneses debieron firmar ayer en T'tsin [Tianjín]: así que todos salimos ganando»[415].

Durante la siguiente década, Japón aceleró la modernización de sus fuerzas armadas, en especial la Marina. En China, Cixí estableció sus líneas maestras de desarrollo naval justo antes de retirarse, a principios de 1889: «Seguid expandiendo y modernizando, de forma gradual, pero sin aflojar nunca el ritmo»[416].

Sin embargo, tras la retirada de Cixí, China dejó de comprar barcos de guerra avanzados. El emperador Guangxu se dejó guiar por el gran tutor Weng, que estaba también a cargo de las finanzas del país desde su puesto al frente del Ministerio de Hacienda. Weng no comprendía por qué había que gastar grandes sumas de dinero en barcos de guerra cuando no había guerra. No creía que Japón fuera una amenaza. Lo único que le preocupaba eran los asuntos internos[417]. En 1890, las catástrofes naturales asolaron el país y las inundaciones dejaron a millones de personas sin hogar. Hart escribió: «Hemos tenido lagos en la ciudad, un mar alrededor, ríos en las calles, piscinas en el jardín, lloviznas en las habitaciones, y la destrucción de tejados, techos»[418]. Los hombres y mujeres golpeados por el hambre dependían de los centros de arroz, a los que Cixí, la emperatriz viuda, hacía donaciones. Ese año, el Gobierno gastó más de 11 millones de taeles en comprar arroz a otros países.

Cuando pasaron las catástrofes y las importaciones de arroz se redujeron a la mitad[419], la modernización naval no se reanudó. Al contrario, en 1891, cuando Cixí se mudó al Palacio de Verano y cortó por completo sus lazos con el Gobierno, el emperador Guangxu decretó que se interrumpieran todas las mejoras en la Armada y el ejército, por consejo del gran tutor Weng («no hay guerra en la costa»)[420]. Esta decisión quizá causó las disputas de ese periodo entre el emperador y Cixí, que estaba profundamente preocupada por que Japón pudiera sobrepasar a China en dotación militar. De hecho, como observó el conde Li, Japón estaba «concentrando los recursos de todo el país para construir su Armada» y «comprando un barco de guerra cada año […] entre ellos, los últimos y mejores acorazados de Gran Bretaña»[421]. Como consecuencia, en los años siguientes, la Marina japonesa superó a la china en capacidad, sobre todo en barcos más rápidos y más modernos. También el ejército japonés acabó mejor equipado[422].

Por aquel entonces, el conde Li estaba al mando de la defensa costera. El emperador Guangxu había heredado y conservado el viejo equipo de Cixí. Por más resentido que estuviera con su «querido papá», no mantenía ninguna lucha de poder con ella. Además, el emperador no tenía ningún interés por los asuntos de defensa,

prefería no tener que pensar en ellos, y lo dejaba todo en manos del conde Li. Pero, aunque el conde tenía esa tremenda responsabilidad, ya no gozaba de la confianza inquebrantable que había tenido con Cixí. Junto al emperador estaba su enemigo encarnizado, el gran tutor Weng. La animosidad del archiconservador tutor real hacia el gran reformista se remontaba a muy atrás. El maestro siempre había tenido la sospecha de que parte del dinero asignado al conde para construir la Armada había acabado en sus bolsillos y los de sus amigos. Y esa sospecha era el motivo de que aconsejara al emperador que interrumpiera todas las compras de barcos de guerra. En cuanto Cixí se retiró, el gran tutor empezó a comprobar las cuentas del conde, año tras año, retrocediendo hasta 1884, el año en el que había comenzado una gran modernización naval. Exigieron al conde que presentara documentos financieros detallados, que respondiera a preguntas interminables y que se justificara, además de tener que suplicar para obtener algo tan esencial como el dinero para costear el mantenimiento de los barcos. El gran tutor siguió desconfiando, y el emperador nombró al príncipe Ching jefe supremo de la Armada, una señal de desconfianza hacia el conde[423].

Este tenía la sensación de que el trono «prefiere creer rumores sin fundamento y parece querer arrebatarme el poder»[424]. En vista de las presiones, su prioridad pasó a ser complacer al emperador y conservar su puesto. Después de que el emperador Guangxu interrumpiera las adquisiciones para la Armada, y consciente de que Su Majestad no quería gastar dinero en defensa, el conde le presentó un encendido informe en el que hablaba de una costa impenetrable. No había mención de ningún problema, pese a que el conde sabía que había muchos[425]. En privado escribió: «Nuestros barcos no están al día, y la formación no es suficiente. Sería difícil triunfar en una batalla naval»[426]. Más tarde aseguró que había sabido en todo momento que las fuerzas armadas chinas eran un «tigre de papel»[427]. Pero al emperador solo le contaba lo que Su Majestad deseaba oír. El emperador se sintió satisfecho y le elogió de corazón por hacer un gran trabajo.

Los responsables navales pedían sin cesar más barcos de guerra, pero el conde no transmitía sus solicitudes al trono. Temía que el gran tutor Weng le acusara de dar falsas señales de alarma para llenarse los bolsillos y que el emperador pudiera despedirle[428].

El conde no quería ver las ambiciones de Japón. No parecía que se sintiera inquieto, a pesar de que era evidente que la expansión naval japonesa estaba relacionada con China: Japón quería «superarnos en todo: si la velocidad de nuestra cañonera es 15 nudos, quieren que la de la suya sea 16 nudos». «Ese país llegará lejos», comentó a un colega. Pero se negó a ver el hecho inevitable de que Japón solo podía «llegar lejos» a costa del imperio chino[429].

Si Cixí hubiera estado en el poder, nunca habría permitido que Japón fuera

superior en dotación militar. Sabía que esa era la única forma de detenerlo. Antes de retirarse, había construido una Armada que era la más poderosa de Asia, mucho mejor equipada que la japonesa. Y mantener esa ventaja no era imposible, ni mucho menos, dado que Japón tenía menos riqueza total en aquella época y no podía permitirse entrar en una carrera por construir barcos de guerra.

Sin embargo, una Cixí retirada no tenía ni la información necesaria ni voto en los asuntos internacionales. Y el joven emperador no era ningún estratega. Había dejado toda la defensa del país en manos del conde Li, cuyos cálculos estaban basados en su propio interés.

El 29 de mayo de 1894, después de inspeccionar la costa, el conde Li presentó al monarca otro informe optimista. Pero esta vez, se deslizaron algunos atisbos de aprensión: mencionaba que Japón llevaba varios años comprando cañoneras y China se había quedado atrás. Sin embargo, no se atrevió a explicar las connotaciones, que, por consiguiente, pasaron inadvertidas para el emperador Guangxu. Su Majestad no hizo preguntas y volvió a elogiar al conde por hacer un buen trabajo[430].

Justo entonces, Japón atacó. En la primavera de ese año se había producido una revuelta campesina en Corea. El 3 de junio, el rey coreano pidió a China que enviara tropas y Pekín se lo concedió. Para respetar el acuerdo del conde Li con el conde Ito, China informó a Japón. Tokio afirmó que necesitaba tener a sus propios soldados en Corea para defender a sus diplomáticos y civiles, y despachó un contingente. La revuelta acabó antes de que pudieran intervenir las tropas de ninguno de los dos países, y los coreanos les pidieron a todos que se retirasen. Los chinos estaban dispuestos a hacerlo. Pero los japoneses se negaron.

El primer ministro de Japón era el conde Ito, el interlocutor del conde Li en las negociaciones diez años atrás. Notable estadista, Ito había ayudado a redactar la Constitución Meiji (1889) y crear una Dieta nacional de dos Cámaras (1890), que habían sentado las bases del Japón moderno. Cuando envió las tropas a Corea, su intención era que se quedaran allí, como primer paso hacia una meta mucho más ambiciosa: entablar una rivalidad militar con China, derrotar al inmenso imperio y convertirse en dueños y señores del este de Asia. De modo que, en lugar de retirarse, envió más tropas. Su pretexto para la invasión fue que había que obligar al Gobierno coreano a llevar a cabo «reformas» modernizadoras. Dijeron a los chinos que los invitaban a unirse al empeño «reformista» pero que, si decidían no intervenir, Japón lo impulsaría a solas. El plan del primer ministro Ito no tenía más que ventajas para Japón. Si las tropas chinas se iban, Japón ocuparía Corea y desafiaría a China en el momento que le fuera más conveniente. Si los chinos se quedaban, surgirían numerosas oportunidades de conflicto entre los dos ejércitos que podrían

desencadenar una guerra, también en el mejor momento para Japón. El primer ministro Ito, en realidad, había decidido atacar China ya[431].

Nadie del Gobierno chino comprendió las intenciones de Japón, ni siquiera el conde Li. Mientras Japón aceleraba el aumento de su presencia militar en Corea, en Pekín las cosas seguían como siempre. El emperador Guangxu continuaba con sus lecciones sobre los clásicos y planeaba una serie de banquetes para celebrar su cumpleaños a finales de julio. El gran tutor Weng escribía caligrafía en abanicos, un pasatiempo erudito habitual, y evaluaba sus adoradas colecciones de grabados, hechos mediante el frotamiento de piedras, con los expertos que le visitaban. El conde Li postergó el refuerzo de las tropas chinas en Corea por temor a desencadenar una guerra. No parece que pensara que el objetivo de Japón no era solo Corea, sino la guerra con China. Convencido de que era posible mantener la paz, el conde acudió a las potencias europeas, en especial Rusia, que tenía sus propios designios sobre Corea (como bien sabía el conde), con la esperanza de que pudieran intervenir y contener a los japoneses; una esperanza que resultó vana. Robert Hart comentó que el conde «tiene demasiada confianza en la intervención extranjera y deduce demasiadas cosas de que Japón esté dispuesto a hablar». «Las potencias están tratando de convencer a Japón de que se retire y negocie, porque no desean la guerra, pero Japón está demasiado seguro de sí mismo y excitado»; Japón «les agradece su amable consejo y sigue su camino, ¡y seguramente preferiría luchar contra todos que ceder!»[432].

A finales de junio, el conde Li se dio cuenta por fin de que Japón no estaba «solo amenazando Corea», sino que quería una guerra decisiva «con China, empleando todo lo que tiene»[433]. Lo comprendió al oír una noticia que le dio Robert Hart. «Japón está movilizando 50.000 hombres, ha encargado dos barcos acorazados modernísimos a Gran Bretaña y ha comprado y contratado numerosos furgones ingleses para trasladar soldados y armamento». Cuando se lo dijo al emperador, esta vez, puso el énfasis en los problemas que padecía la defensa del país. Dejó claro que China era «seguramente incapaz de vencer en el mar» y, además, que solo contaban con 20.000 soldados de tierra para defender toda la costa septentrional, desde Manchuria hasta Shandong.

El emperador advirtió la discrepancia entre estos datos y el reciente informe optimista del conde, pero no se alarmó. Dijo que la guerra entre China y Japón a propósito de Corea entraba «en nuestras expectativas»[434] y se mostró tranquilo. En tono grandilocuente, habló de «lanzar una acción militar de castigo a gran escala»[435]. La condescendencia de Su Majestad hacia Japón la compartían la mayoría de sus súbditos. Hart observó: «Novecientos noventa y nueve de cada mil chinos están seguros de que la gran China puede aplastar al pequeño Japón»[436].

El 15 de julio, mientras Japón tomaba medidas «realmente magistrales» (palabras de Hart)[437], el emperador chino nombró a su profesor de cultura clásica principal

asesor de guerra. El Gran Consejo no podía celebrar una reunión sin la presencia de Weng. Maestro y alumno exhibían una despreocupada ignorancia sobre la mala situación de la defensa de su país. Hart escribió por aquel entonces que China iba a descubrir que «su ejército y su Armada no son lo que cree» y que, si había guerra, «Japón se lanzará con valentía y tal vez con éxito, mientras que China, con sus viejas tácticas, tendrá que asumir muchas derrotas»[438]. En efecto, el ejército chino había vuelto a recaer en sus viejas costumbres indisciplinadas y corruptas. Habían usado las cañoneras para hacer contrabando, y los cañones sucios de fusil para tender la colada. El nepotismo había llenado las filas de oficiales incompetentes. Nadie estaba preparado para la guerra, mientras que el ejército japonés se había entrenado hasta ser una soberbia máquina de guerra, dispuesta para la acción.

Con retraso, el conde Li empezó a transportar tropas por mar a Corea, para lo que alquiló tres barcos británicos. Mientras se llevaba a cabo el traslado, el 23 de julio, tropas japonesas entraron en Seúl, capturaron al rey coreano e instalaron un Gobierno marioneta, que concedió al ejército japonés la autorización para expulsar a las tropas chinas. El día 25, la Armada japonesa lanzó un ataque sorpresa contra los transbordadores que llevaban a los soldados chinos y hundió un barco, el *Kow-shing*. Murieron más de 1.000 hombres, entre ellos cinco oficiales navales británicos. El conde Li ocultó al emperador Guangxu la noticia del primer choque militar con Japón durante dos días. El conde temía que el emperador, mal informado, declarase la guerra sin más, cosa que le parecía imprudente. Estaba intentando usar el hundimiento del barco *británico* para evitar la guerra. «Gran Bretaña no puede consentirlo»[439], pensó el conde; haría alguna cosa para contener a Japón. Se aferró a esa esperanza como a un clavo ardiendo.

Pronto se vio que ni Gran Bretaña ni las demás potencias querían involucrarse. China y Japón se declararon mutuamente la guerra el 1 de agosto. Es decir, el peso de dirigir la primera guerra moderna de China —y la mayor que libraba en más de 200 años— recayó sobre los hombros de un joven de 23 años que había llevado una vida totalmente recluida. Tenía escaso conocimiento del mundo, informaciones muy descuidadas sobre su propio ejército y ninguna sobre su enemigo, y se dejaba guiar casi exclusivamente por su retrógrado tutor de cultura clásica. Su jefe militar, el conde Li, había apostado a tratar de conservar la paz y no había preparado las defensas necesarias. Peor aún, el conde se sentía incapaz de discutir la planificación estratégica con Guangxu, y a menudo le ocultaba la verdad.

Frente a este caos se encontraban el moderno ejército y los extraordinarios líderes de Japón. El resultado de la guerra no era difícil de predecir. Los chinos sufrieron una catastrófica derrota detrás de otra, tanto en tierra, en Corea, como en el mar. A finales de septiembre, los japoneses habían capturado la principal ciudad del norte del país, Pionyang, y habían avanzado hasta el río Yalu, la frontera con China.

Durante todo este tiempo, el emperador Guangxu no contó con Cixí más que para informarla cuando la guerra parecía inevitable, justo antes del 16 de julio. Cixí vivía en el Palacio de Verano, apartada del centro neurálgico de las decisiones políticas, y no tenía más que una vaga idea del conflicto. El emperador fue a verla para confirmar que había que librar la guerra, y ella le dio todo su apoyo[440]. También subrayó que China «no debe hacer nada que dé imagen de debilidad»[441]. El comportamiento del conde Li para mantener la paz era un reconocimiento de debilidad, incluso desesperación. Pero no hubo indicios de que le transmitieran el mensaje de Cixí. El emperador Guangxu se limitó a mencionarlo de paso al gran tutor Weng en su estudio privado. Ella no tenía ningún contacto con el conde ni manera alguna de darle a él, ni a nadie más, instrucciones directas.

Tras esta breve consulta, el emperador Guangxu no volvió a pedir la opinión de Cixí. El papel de esta era puramente simbólico. Se dio un galardón en su nombre a una unidad del ejército de la que se decía que había obtenido la primera victoria de China, aunque luego resultó que era mentira. Sin duda, Cixí debía de estar muy preocupada. Al parecer intentó que dos miembros del Gran Consejo le dieran información, a través del príncipe Ching, pero el emperador se enteró y reprendió a los consejeros[442]. A instancia de sus amigos más íntimos, Guangxu mantuvo a Cixí al margen. Los informes de guerra se le presentaban solo a él, en sobres sellados, y él solo la dejaba ver brevemente los encabezados[443].

Desde el estallido de la guerra, a principios de agosto, hasta la víspera de la caída de Pionyang, a finales de septiembre, parece que el emperador solo consultó a Cixí en una ocasión, cuando quiso despedir al almirante Ting, jefe de la Flota Septentrional, que estaba librando los combates. Los Estatutos elaborados cuando asumió el poder le obligaban a obtener la aprobación de Cixí para cualquier cambio importante de personal. El emperador presentó sus argumentos acusando al almirante de ser «cobarde e incompetente»[444] porque no enviaba su flota a mar abierto. En realidad, el almirante estaba adoptando una estrategia defensiva, basada en que los japoneses tenían barcos mejores y más rápidos y su superioridad habría sido imbatible en alta mar. Al permanecer en su base, la flota contaba con la protección de los fuertes. Pero el emperador se guiaba por los consejos de un primo de la concubina imperial Perla, Zhirui, que insistía en que, como «Japón no es más que un país pequeño y pobre, nuestros barcos deben exhibirse en mar abierto […] y atacar y destruir sus cañoneras. Nuestros cañones deben disparar primero, en cuanto nos topemos con un barco enemigo»[445]. Cuando Cixí vio el borrador del edicto que despedía al almirante, se enfureció y dijo con clara indignación: «¡No se ha visto que el almirante haya cometido ningún delito!». Se negó a permitir su publicación. No obstante, en un gesto desafiante, el emperador dio una orden especialmente dura de condena al marino y

dijo al conde Li que encontrase a un sustituto. El conde escribió una larga carta en la que le pedía que cambiara de opinión, explicaba la estrategia defensiva, señalaba que no había nadie capaz de reemplazar al almirante y alegaba que su despido causaría revuelo en la Armada. Al final, el emperador revocó su decisión, a regañadientes, pero siguió reprendiendo y criticando a Ting[446].

En estas circunstancias, el 17 de septiembre de 1894, el almirante dirigió una importante batalla naval, en la que se hundieron 4 de sus 11 barcos de guerra participantes. Esta derrota y la inminente caída de Pionyang obligaron al emperador Guangxu a acudir de nuevo a Cixí, que acababa de encontrar una oportunidad de abandonar el Palacio de Verano e instalarse en el Palacio del Mar, junto a la Ciudad Prohibida. De modo que, el día de la devastadora batalla naval, y después de dos meses de guerra desastrosa, Cixí vio a los miembros del Gran Consejo por primera vez desde hacía años[447]. No tenía ningún mandato que le permitiera dirigir la guerra. Se suponía que su estancia iba a ser breve, de solo diez días, y que volvería al Palacio de Verano el 26 de septiembre[448]. Pero su estatus y su experiencia le daban una autoridad innegable, sobre todo a ojos de quienes la habían venerado. Al informarle del desarrollo de la guerra, el conde Li presentó documentos detallados y adjuntó telegramas que había recibido[449]. Cuando vio el sombrío panorama que empezaba a configurarse, Cixí anunció que iba a donar tres millones de taeles para el mantenimiento del ejército[450]. Luego prolongó su estancia en el Palacio del Mar diez días más, hasta el 6 de octubre, «de forma provisional», es decir, que podría alargarse aún más. Al mismo tiempo, anuló todas las celebraciones de su sexagésimo cumpleaños(31), que era el 7 de noviembre[451].

Los preparativos de su cumpleaños habían comenzado tres años antes bajo la supervisión del gran tutor Weng, entre otros. El sexagésimo aniversario era un hito importante para los chinos, y el de la emperatriz viuda exigía unas celebraciones gloriosas. Una de las responsabilidades fundamentales del Ministerio de Ritos, uno de los grandes departamentos del Gobierno, era elaborar los programas para ocasiones así. En esta ocasión, el programa seguía el precedente establecido por Qianlong *El Magnífico* para sus 60 años y los de su madre, y ocupaba dos libretas forradas de raso rojo. Los archivos de los decretos imperiales estaban llenos de listas de honores que había que otorgar, ascensos que conceder, delincuentes a los que amnistiar y otras mil cosas que hacer. A lo largo de la ruta entre la Ciudad Prohibida y el Palacio de Verano se habían escogido veinte lugares en los que estaban construyéndose arcos ricamente decorados, quioscos, marquesinas y escenarios para óperas y danzas. Pero ahora todo quedó eliminado. Cixí no haría más que recibir las felicitaciones en la Ciudad Prohibida, en una ceremonia muy reducida.

Durante varios días, Cixí estudió el desarrollo de la guerra y llegó a la conclusión de que el conde Li había echado a perder la posición de China con una serie de errores de cálculo… y malas prácticas, por ejemplo al no decir la verdad al emperador. Como las fuerzas armadas eran leales a su persona, Cixí pensó que no se le podía despedir. A los que pedían su pellejo les replicó: «Esperad. No hay nadie que pueda sustituirle»[452]. Se reinstauró al príncipe Gong y se le nombró gran consejero jefe. Pero el príncipe no podía hacer milagros. Hubo más derrotas, y muestras de heroísmo. En una batalla naval, un capitán llamado Deng Shichang encaminó su barco directamente contra otro japonés para intentar abordarlo y, cuando no lo logró y fue su propia nave la hundida, se negó a ser rescatado y se hundió también él (al parecer, junto con su perro).

A finales de septiembre, todas las tropas chinas habían tenido que retirarse de Corea, a la otra orilla del río Yalu. Pekín sabía, en palabras de Robert Hart, que «no se sabe qué pasará si hay más combates y que lo mejor que se puede hacer es lograr cuanto antes un acuerdo»[453]. Dos miembros del Gran Consejo acudieron a él para pedirle que Gran Bretaña hiciera de intermediaria. Los británicos sugirieron dos condiciones básicas para detener la guerra: que Corea se convirtiera en protectorado de las potencias internacionales y que China pagara una indemnización de guerra a Japón. Dadas las circunstancias, no eran malas condiciones. Pero el gran tutor Weng se puso furioso. Acusó al enviado británico que había presentado la propuesta de «cruel» y exigió que los grandes consejeros la rechazaran. Cixí pasó mucho tiempo tratando de convencerle de que aceptara la propuesta británica y le hizo saber que ese era su deseo. El cortesano cedió a la voluntad de la emperatriz viuda de muy mala gana, y los británicos llevaron la propuesta a los japoneses[454].

El episodio le demostró a Cixí que su posición actual era muy distinta de la de antes de retirarse. Ahora no era más que una «asesora», aunque influyente. De hecho, no tenía todos los datos necesarios, porque el emperador solo le daba acceso a algunos de los informes que recibía, por lo que la visión que tenía ella de la guerra era parcial. Por consiguiente, se hizo la ilusión de que, con la mediación de los británicos y el pago de la indemnización, se podría llegar a un acuerdo. No supo valorar el apetito de Japón y creyó que se sentiría satisfecho con la absorción de Corea. Mientras esperaban la respuesta japonesa a la propuesta británica, hizo una cosa que no encajaba con su aspecto de estadista pero sí con otro que también formaba parte de su persona, el de una mujer ávida de tener cosas bellas. El conde Li acababa de enviarle una lista con los regalos que le iba a hacer por su cumpleaños, que eran nueve series de tesoros(32): «Nueve *ru-yi* con incrustaciones de jade, nueve estatuas de oro puro del Buda de la Longevidad, nueve relojes de oro con

incrustaciones de diamantes, nueve pares de copas de oro de la “buena fortuna” y la “longevidad”, nueve tocados de flores de diamantes, nueve rollos de terciopelo amarillo, nueve rollos de brocado con flores amarillas, nueve quemadores de incienso dorados con siete gemas incrustadas y nueve jarrones de oro con siete gemas incrustadas»[455].

Era una lista magnífica, incluso para la emperatriz viuda de China. Y a Cixí le resultaba especialmente tentadora, por lo mucho que la agradaban el arte y el lujo. El conde, que no tenía ninguna fortuna fabulosa, estaba deseando congraciarse como fuera con Cixí, es evidente que con la esperanza de que pudiera salvarlo. Le hacía los regalos pese a saber que dos años antes la emperatriz había emitido un decreto anunciando que no quería presentes por su sexagésimo cumpleaños[456].

La ofrenda del conde confirmó que era un auténtico experto en encontrar los puntos débiles de sus superiores y cultivarlos. A Cixí le era muy difícil rechazar aquel botín. Pero, si aceptaba los regalos del conde, tenía que aceptar los de otras personas. Los cumpleaños de comienzo de década eran las ocasiones más importantes en las que regalar, pero el de sus 50 años había coincidido con la guerra con Francia y había tenido que prohibir todos los ofrecimientos. ¿Debía volver a dejar pasar la oportunidad? La tentación fue demasiado fuerte. Después de unos días de angustias y vacilaciones, Cixí se convenció a sí misma de que aceptar regalos de cumpleaños no era incompatible con la guerra. Fue un caso similar al de cuando, años antes, se había convencido de que sacar una suma relativamente pequeña de dinero de los fondos anuales de la Armada no hacía ningún daño. Ahora anuló su propio decreto y envió a varios eunucos a que dijeran que los funcionarios por encima de una categoría determinada podían hacerle regalos si lo deseaban[457].

Sus palabras causaron inmediata preocupación entre los máximos personajes de la corte. Algunos, como el gran tutor Weng, dijeron que no habían preparado nada porque habían obedecido el decreto de la propia emperatriz viuda, y que de todas formas su admiración hacia ella no podía medirse con objetos materiales (de acuerdo con una máxima confuciana). No obstante, el tono general ya se había establecido: todos empezaron a darle vueltas a la cabeza a qué regalarle, y Weng y otros contrataron a un agente para que les buscara algo. Al darse cuenta de que había cometido un error, Cixí se apresuró a sacar otro edicto para intentar explicarse y dijo que creía que estaba mal por su parte despreciar los buenos deseos de la gente. Pero el mal ya estaba hecho. El espíritu combativo, que ya era escaso en la corte, estaba desapareciendo[458]. Robert Hart escribió en una carta: «Las cosas están mal aquí. Las autoridades no tienen deseos de luchar y la desesperación está arraigando en todos: es una perspectiva verdaderamente mala, y si Japón no acepta “la rama de olivo”, no sé cómo saldremos de esta…»[459].

Los japoneses no aceptaron «la rama de olivo». Sin responder a los británicos,

lanzaron varios ataques contra las defensas fronterizas chinas, que se derrumbaron como un castillo de naipes. Los japoneses entraron en China el 27 de octubre. Cixí trató, con retraso, de arreglar las cosas. Se ofreció a donar otros dos millones de taeles al esfuerzo de guerra. Pero ese gesto no podía salvar ya ni la guerra ni su imagen. Los disminuidos rituales de su cumpleaños se llevaron a cabo al son del avance del ejército japonés. Las ceremonias eran una fachada que era preciso mantener: cancelarlas habría sido como anunciar una catástrofe nacional y habría causado confusión en todo el imperio. Aun así, ni siquiera la pompa de rigor logró disipar una atmósfera triste y sombría.

Las potencias occidentales vieron con indignación y desprecio que el imperio parecía incapaz de librar una batalla respetable y solo sabía organizar una fanfarria de cumpleaños. La reputación de Cixí se vino abajo. Robert Hart escribió en tono irónico, sin sombra de su antigua veneración por ella: «Probablemente celebraremos el cumpleaños de la emperatriz viuda (7 de noviembre) con la captura de Liao Yang; ¡no creo que [los japoneses] puedan llegar a Moukden para esa fecha!»[460]. Liao Yang estaba en el corazón de la península de Liaodong, al sur de Manchuria y junto a Corea, y Moukden era la antigua capital de los manchúes, más al norte.

El 21 de noviembre, los japoneses se apoderaron de la fortaleza estratégica de Port Arthur, en la punta sur de la península de Liaodong, la puerta para llegar a Manchuria por tierra y a Tianjín y Pekín atravesando una corta extensión de agua. Esta catástrofe mostró a Cixí la dimensión de las ambiciones y capacidades de Japón. Lamentó amargamente el fiasco de los regalos de cumpleaños y la ceremonia, aunque hubiera sido de menor tamaño. Más tarde prohibiría las celebraciones y los regalos para todos sus demás aniversarios. Ni siquiera su septuagésimo cumpleaños, otra ocasión importante, sería una excepción. Ese año, las peticiones de que aceptara homenajes resonaron en todas las provincias, pero ella se mantuvo firme[461].

En noviembre de 1894, Cixí achacó también sus errores a que no tenía toda la información. Decidió intentar que su hijo adoptivo levantara la prohibición de enseñarle los informes dirigidos a él. Como su negativa anterior se había debido en gran parte al consejo de amigos que tenían acceso a él a través de Perla, la concubina favorita del emperador, Cixí la abordó en primer lugar.

Perla estaba oficialmente a su cargo por ser miembro del harén, y Cixí no le había mostrado ninguna animadversión. Incluso había intentado ser simpática con ella y las había invitado a ella y a su hermana Jade a menudo al Palacio de Verano. Cuando Perla manifestó su deseo de aprender a pintar, Cixí le puso a su disposición a la señora Miao. A principios de ese año, dentro de las celebraciones de su sexagésimo cumpleaños, Cixí había ascendido a Perla un escalón en la jerarquía de las consortes

reales. La joven, de 18 años, codiciaba el dinero. Un gasto no despreciable en la vida de una concubina eran las propinas a los eunucos, para que la sirvieran bien, y Perla era generosa en ese aspecto. Para ganar dinero, vendía cargos al mejor postor. Uno de esos cargos era el de alcalde de Shanghái, y ella rogó al emperador que se lo diera a un tal Lu. Cuando el emperador Guangxu ordenó al Gran Consejo que lo nombraran —sin decir a los consejeros que la recomendación procedía de Perla—, sus miembros hicieron preguntas, porque nunca habían oído hablar de él. El emperador se vio obligado a que el Ministerio de Funcionarios evaluara a Lu. Decidieron que no se merecía el puesto de Shanghái y le pusieron en una lista de reserva, en espera de que se quedara vacante algún otro cargo mucho menos importante. Se corrió la voz de que Lu era analfabeto y había sobornado a Perla con mucho dinero. Y hubo otros casos parecidos[462].

Que una consorte imperial se aprovechara de su relación con el monarca para vender puestos oficiales era un delito que acarreaba la pena de muerte en la corte Qing. El emperador haría el ridículo y se le tildaría de estúpido e indigno si el escándalo salía a la luz. Cixí conocía las fechorías de Perla y la implicación de Guangxu, y decidió utilizarlas para obligar a su hijo adoptivo a aceptar sus demandas. Obtuvo confesiones de Perla y de los eunucos que la servían, a base de azotar a los eunucos en la espalda con largas palas de bambú y obligar a Perla a presenciar cómo se les desgarraba la piel y cómo sus gritos iban debilitándose desde los aullidos hasta nada más que gemidos. La propia Perla recibió un bofetón. Dolorida, humillada y aterrorizada, se desmayó. Un médico real la encontró «inconsciente, con los dientes apretados, y temblores y escalofríos por todo el cuerpo». Sangraba por la boca y la nariz. Estuvo dos semanas perdiendo y recuperando la conciencia[463].

Unos años antes, cuando Perla acababa de ser elegida como concubina imperial, su madre había presentido que tendría un destino desgraciado. Había llamado a la señora Headland, la médico estadounidense, para que fuera a su casa, y esta recordaba después que la dama:

sufría una crisis nerviosa debido a la preocupación y el insomnio. Al preguntarle averigüé que se habían llevado a sus dos hijas a palacio para ser concubinas del emperador Kuang Hsu [Guangxu] […] Me cogió la mano, me sentó en la cama de ladrillo junto a ella y me dijo en tono patético que le habían arrebatado a sus dos hijas en un mismo día. «Pero se las han llevado a palacio —le repliqué, intentando consolarla—, y he oído decir que el emperador está muy encariñado con su hija mayor…». «Es verdad —contestó—, pero ¿qué consuelo es ese? […] Tengo miedo de las intrigas de la corte, y no son más que unas niñas que no pueden entender la duplicidad de la vida palaciega. Tengo miedo por ellas, tengo miedo por ellas», dijo mientras se mecía en su cama de ladrillo[464].

Con la confesión de Perla, Cixí forzó a su hijo adoptivo a aceptar su «trato». Estaba dispuesta a permitir que se ocultara el papel que había tenido él en el escándalo y, a cambio, Guangxu le daría pleno acceso a todos los informes de guerra. El 26 de noviembre, el emperador se ausentó mientras Cixí relataba al Gran Consejo lo que había hecho Perla, y luego emitía un decreto, con su autoridad de emperatriz viuda y supervisora del harén, en el que anunciaba las transgresiones cometidas por Perla y su hermana Jade y las degradaba a las dos. El decreto presentaba al emperador como un monarca de integridad impecable. Decía que las dos concubinas imperiales habían «rogado al emperador» que diera varios cargos a personas recomendadas por ellas, pero que él se había sentido «profundamente preocupado por este comportamiento» y había llevado el caso ante la emperatriz viuda para pedirle que se censurase a sus dos consortes[465]. Cuando el gran tutor Weng vio al emperador al día siguiente, Su Majestad mencionó el asunto con tranquilidad, como si hubiera sido completamente inocente. Ese día, el 27, el emperador Guangxu publicó un edicto que ordenaba que todos los informes dirigidos a él se le mostrasen también a la emperatriz viuda, y en su forma original[466]. Solo a partir de entonces tuvo Cixí pleno acceso a las informaciones sobre la guerra[467].

Mientras tanto, como recordatorio de la gravedad del escándalo, se redactó con palabras muy severas una reprimenda que se enmarcó y se colgó en la habitación de Perla. Se ejecutó a un eunuco jefe que había participado. Cixí quería que la ejecución fuera pública, pero el gran tutor Weng la convenció de que sería perjudicial para la dinastía; la sentencia la ejecutó, en el interior de la Ciudad Prohibida, el Departamento de Castigos Juiciosos de la corte mediante el método del *bastinado*, es decir, golpear al eunuco con largas varas de madera hasta su muerte.

Cixí resolvió separar al emperador Guangxu de los amigos que le habían instado a excluirla del proceso de toma de decisiones. Sobre todo, quería expulsar de la corte al primo de Perla, Zhirui, que también había intentado que el emperador despidiera al almirante Ting y le encarcelara —incluso le ejecutara— solo porque el almirante había adoptado una (sensata) posición defensiva. En otra ocasión, Zhirui había aconsejado al emperador que redujera el salario de las tropas que defendían Manchuria en un 80 por ciento, para ahorrar dinero, según él. ¿Por qué específicamente en Manchuria, que limitaba con Corea, cuando los japoneses estaban a las puertas? Cixí pensaba que los consejos del primo Zhirui eran negativos y no beneficiaban más que a los japoneses. Con gran desconfianza, le envió a un puesto en los límites septentrionales del imperio, muy lejos de la corte[468].

También planeaba acabar con la influencia de Wen Tingshi, un amigo de la familia de Perla. Wen había escrito al emperador diciendo que había que apartar a

Cixí de la política por completo porque una mujer involucrada en los asuntos de Estado era como «una gallina que cacarea por la mañana, que por fuerza debe anunciar un día desastroso»[469]. Además, Wen había logrado que un censor, Weijun, escribiese al trono para acusar a Cixí de injerencia y de ser una marioneta de su eunuco jefe, Lianying. Cixí se sintió desolada ante esta acusación, que creían incluso algunos de los máximos funcionarios[470]. Uno le expresó su preocupación en una audiencia, y el enfado de Cixí fue palpable cuando lo interrumpió y le dijo que «se quedase tranquilo» porque las acusaciones no eran ciertas[471]. Empezaron a circular rumores de que era partidaria del apaciguamiento y había «presionado al emperador para que no luchase contra Japón». «Los historiadores lo escribirán así. ¿Cómo voy a mirar al país? ¿Y qué pensarán de mí las futuras generaciones?», exclamó. El emperador Guangxu se sintió obligado a castigar al censor calumnioso y le desterró varios años a la frontera. Un castigo tan duro por criticar a Cixí no se había visto durante su reinado, y causó gran impresión. Muchos creían las acusaciones (era —y sigue siendo— fácil convertir a las mujeres en chivos expiatorios de los fracasos) y elogiaron al censor por ser un héroe. Esas simpatías las agitaba en gran parte Wen, cuya estrecha relación con el emperador le daba credibilidad. Wen recaudó decenas de miles de taeles para regalárselos al censor y subirle la moral cuando partía al exilio. Sin embargo, pese a todo lo que Wen le había hecho a Cixí, ella se contuvo. Durante la guerra le dejó en paz, y después hizo que su hijo adoptivo le expulsara de la corte y la capital. Otros dos amigos del emperador que le habían estado susurrando cosas como «no dejes que interfiera la emperatriz viuda» también fueron expulsados después de acabar la guerra, acusados de «alimentar la enemistad entre las Dos Majestades»[472].

El paso más importante que dio Cixí por el momento fue tratar de cerrar el estudio del emperador, que era el único lugar en el que sus amigos podían hablar con él sin despertar sospechas. Era también el lugar en el que el monarca seguía estudiando los clásicos y la lengua manchú —e incluso inglés— en mitad de una guerra desastrosa. Cixí tenía derecho a cerrar el estudio porque, como progenitora, era la responsable suprema de su educación. El cierre del aula acabaría también con las conversaciones íntimas del emperador con el gran tutor Weng, durante las que formulaban la política de guerra. Cixí quería que las estrategias se fijaran con el Gran Consejo y en presencia de ella. Nombró gran consejero a Weng, con el fin de que no tuviera disculpas para impartir sus consejos en privado.

El intento de Cixí de cerrar el estudio no tuvo éxito. Al emperador Guangxu le irritó mucho perder su mundo privado y pidió al príncipe Gong, ahora jefe del Gran Consejo, que interviniera. Weng también se molestó. Así que Cixí tuvo que permitir que continuaran sus lecciones sobre los clásicos y solo interrumpió las de lengua. Aseguró a Weng que le consideraba «leal y digno de confianza» y que no había

querido cerrar el estudio por él, sino por personajes como Zhirui. Pidió perdón por haber dictado una orden «demasiado tajante»[473].

Como resultado de esta inmensa lucha, por fin, Cixí logró incorporarse al proceso de toma de decisiones. Esto ocurrió casi a finales de 1894, cuando hacía meses que había comenzado la guerra, y cuando China estaba ya condenada a la derrota.

17
Una paz que arruinó a China (1895)

Después de capturar Port Arthur, los japoneses declararon que estaban dispuestos a hablar de paz. Dos negociadores chinos partieron hacia Japón. El 5 de enero de 1895, antes de salir, vieron a Cixí y al emperador Guangxu. Después de la audiencia, Cixí escribió los puntos fundamentales de sus instrucciones en una hoja de papel amarillo real y ordenó que se la entregaran a los enviados, además de decirles con gran énfasis que no firmaran nada sin consultar a Pekín y, sobre todo, que no hicieran promesas sobre territorios o que estuvieran más allá de las posibilidades del país[474].

El mismo día que los dos negociadores llegaron a Japón, la guerra dio un giro que empeoró drásticamente las cosas para los chinos: los japoneses estaban a punto de apoderarse de Weihaiwei, el cuartel general de la Flota Septentrional. La flota tenía órdenes estrictas de intentar escapar y, como último recurso, hundir los barcos para que no cayeran en manos enemigas. Pero los oficiales y los marineros se negaron a obedecer esas órdenes. Algunos se arrodillaron y rogaron al almirante Ting que no destruyera los barcos porque, si lo hacía, estaban seguros de que los japoneses los torturarían de forma feroz antes de matarlos. Presionado, el almirante Ting firmó una carta de rendición y entregó las cañoneras, diez en total, incluidas dos acorazadas, a los japoneses. A continuación se suicidó ingiriendo opio. Así se perdió en febrero de 1895 la Flota Septentrional, la espina dorsal de la Armada china. Mientras los guerreros japoneses, en tono despreciativo, comparaban a sus adversarios con «cerdos moribundos que yacen en tierra y esperan a que los maten y los descuarticen»[475], Tokio rechazó a los dos negociadores y exigió que en su lugar fuera un ministro plenipotenciario del máximo rango y prestigio. Era evidente que querían al conde Li.

Al ver cómo estaba dictando Tokio las condiciones, Cixí pensó que era imposible que las negociaciones tuvieran un resultado aceptable. El 6 de febrero afirmó ante el Gran Consejo que Japón iba a imponerles sin duda unas «condiciones que es imposible que aceptemos», y el Gobierno debía decir a los enviados que volvieran, romper las negociaciones y seguir luchando[476]. La «seriedad de sus palabras y su actitud» alarmaron al gran tutor Weng. Al día siguiente, cuando un alto jefe llamado Wang Wenshao acudió a una audiencia con ella, tuvo la misma impresión, tal como describió en su diario:

> La emperatriz viuda llevaba la indignación en el rostro y en las palabras. Me ordenó hacer todo lo posible para reavivar el espíritu combativo de los oficiales y los soldados. Me dijo que pusiera en práctica normas estrictas que recompensasen el valor y castigasen la cobardía y que hiciese todo lo posible para salvar la situación

[…] Me habló largamente y con dureza, me dio instrucciones durante tres cuartos de hora, ansiosa por que comprendiera lo que me decía. Vi lo mucho que la preocupaba que me enterase bien, así que me quedé esperando fuera mientras recibía a los miembros del Gran Consejo, por si tenía más órdenes que darme[477].

Cixí dio al jefe militar un decreto que debía llevar a las tropas. Lo había redactado en su propio nombre y en él las animaba a seguir luchando con valentía[478].

Envió una orden al virrey Zhang Zhidong, que se oponía firmemente a unas negociaciones de paz basadas en condiciones inaceptables y había mandado a la corte telegramas con ideas sobre la mejor forma de seguir luchando. La carta de Cixí le pedía que sobrepasara las competencias de su virreinato y ayudara a planear una estrategia general. Pero cuando el virrey pidió a Pekín más información sobre la guerra, el emperador, en tono descontento, replicó que no era asunto suyo[479].

Era evidente que las palabras de Cixí contaban poco. Los hombres más poderosos —el emperador Guangxu, el príncipe Gong y el resto del Gran Consejo— no querían luchar y estaban dispuestos a aceptar las condiciones que los japoneses quisieran imponer[480]. Los mortificaba la perspectiva de ver a su enemigo entrando en Pekín y derrocando la dinastía. Cuando el emperador le mencionó al gran tutor Weng esta posibilidad, se vio invadido por el llanto, y el maestro de los clásicos acabó «sudando y temblando». Cixí se vio obligada a aceptar que el conde Li fuera a Japón, pero pidió al Gran Consejo que le dijera que «viniera antes a recibir instrucciones»[481]. Al príncipe Gong le aterraba que Cixí pudiera imponer unas condiciones que provocaran la ruptura de las negociaciones, e intervino: «Pero el emperador ha dicho que Li no necesita venir. Esto no respeta los deseos de Su Majestad». Cixí saltó: «¿Me pides mi opinión o no? ¿Mis palabras significan algo o no?».

El conde Li acudió a la audiencia. El 25 de febrero, el príncipe Gong y él informaron a Cixí de que los japoneses exigían que solo fuera a su país si llevaba el mandato de ceder territorio, además de pagar una cuantiosa indemnización. Le dijeron asimismo que el emperador Guangxu había decidido enviar al conde en esas condiciones. Cixí se opuso enérgicamente, en vano. Al final dijo, furiosa: «Haced lo que queráis. ¡No me preguntéis nada más!». Cuando el emperador Guangxu volvió a pedirle consejo sobre lo que el conde Li debía ceder a Japón, ella envió a un eunuco a decir que no se encontraba bien y que, por favor, el emperador tomara la decisión por sí mismo[482].

Como el conde Li no quería asumir ninguna responsabilidad personal por la pérdida de tierras —que era lo que más importaba a los chinos—, el 3 de marzo el emperador Guangxu le entregó una autorización escrita para «ceder territorio»[483]. Era lo que deseaban todos los grandes consejeros, que escribieron ese mismo día una carta colectiva a la emperatriz viuda rogándole que comprendiera el dilema del

emperador y diciendo que su principal preocupación era «el peligro para la capital»[484]. Cixí no contestó. Dio la espalda a su hijo adoptivo, que, angustiado, se dedicó a pasear de puntillas alrededor de sus aposentos para tratar de verla y obtener su respaldo[485].

El 8 de abril llegaron las condiciones definitivas de Japón. Aparte de una indemnización astronómica, exigían la cesión de Taiwán, que sabían que era una «joya» del imperio chino y que, como recordó el virrey Zhang a la corte, «cada año ingresa más de 2 millones de taeles en las arcas del Estado y docenas de veces más para los comerciantes y la población en general»[486]. Además de Taiwán, Japón quería las cercanas Islas Pescadores y la península de Liaodong, en el sur de Manchuria. Una Cixí indignada dijo al emperador Guangxu: «¡No cedas ninguna tierra, llama al negociador y sigue luchando!»[487].

Pero, por supuesto, ella no tenía ningún as guardado en la manga. Lo que sí tenía era la determinación de no rendirse y la voluntad de correr riesgos. Fue ignorada por los hombres, que no querían correrlos. El 14 de abril, tras recibir un ultimátum del primer ministro Ito que advertía que se encaminaban 100.000 soldados hacia Pekín, el emperador Guangxu le dijo al conde Li que aceptara las condiciones de los japoneses. El 17, el conde firmó con Ito el Tratado de Shimonoseki. Japón obtuvo los territorios que exigía y 200 millones de taeles en indemnizaciones[488].

Durante este periodo, Cixí vivió consumida por la indignación y la desesperación, agravada por la impotencia. Su angustia era tan intensa que se desmayaba con frecuencia[489]. Un eunuco «veía con frecuencia a Cixí llorar cuando se creía a solas». Según él, «las lágrimas de Cixí en privado revelaban la angustia inconmensurable que llenaba su corazón […] Si alguien me pidiera que dijera una sola cosa de Cixí, sería que era la persona más atormentada de la tierra»[490].

En comparación con las dos indemnizaciones anteriores, a Gran Bretaña en 1842 y a Gran Bretaña y Francia en 1860, la suma exigida a China en 1895 revela la codicia y la crueldad sin par de la nueva potencia asiática. Las demandas europeas —16 millones de taeles en el primer caso y 8 millones a cada país en el segundo— estaban más o menos relacionadas con los costes de la guerra y los daños causados a los no combatientes. Los 200 millones reclamados por Japón tenían poco que ver con los costes, porque Japón no poseía más que un total de 30 millones de taeles en sus arcas al comienzo del conflicto, y los bonos de guerra que había vendido después —8 millones— solo se habían hecho efectivos en parte. El primer ministro Ito no discutió estas cifras cuando se las mencionó el conde Li[491].

El tratado enfureció a toda la clase dirigente china. Muchos centenares de funcionarios de la capital firmaron peticiones que llamaban a rechazarlo, al igual que

más de un millar de los eruditos de provincias que se encontraban en Pekín para hacer el Examen Imperial. Se puso en marcha una campaña para que se dijera «no», de una dimensión sin precedentes. Aunque el tratado no se había dado a conocer oficialmente en público, se había corrido la voz. Todos los firmantes rogaban al emperador que se negara a ratificarlo, y algunos le instaban a trasladar la capital al interior y prepararse para una guerra prolongada. Pero sus apasionadas palabras fueron desechadas como «una voz y nada más» (según Hart)[492]. La opinión pública contaba poco para el emperador Guangxu, porque la única amenaza que le preocupaba dentro del país era la rebelión campesina armada; y la otra era Japón, que podía derrocar a la gran dinastía Qing.

Entonces, de pronto, varias potencias europeas acudieron en ayuda de Pekín. Rusia, Alemania y Francia intervinieron para exigir a Japón que devolviera la península de Liaodong a China, con el argumento de que su ocupación «pondría a la capital china en situación de permanente amenaza». Europa temía que Japón se adueñase de China. Robert Hart dijo: «Si Japón gana y se apodera de China, el mayor imperio que ha visto jamás el mundo, el más adelantado y el más poderoso…, ¡que se prepare 1900!»[493]. El káiser Guillermo II acuñó la expresión «peligro amarillo» para referirse a lo que consideraba la pesadilla de Europa: Japón «en cabeza de una Asia consolidada, Japón controlando China»[494].

Al ver claras pruebas de la preocupación de Europa, Cixí pensó que era muy poco probable que Japón atacara Pekín y acabara con la dinastía Qing. Japón no estaba todavía en posición de poder desafiar a Occidente. (Al final, Japón aceptó la exigencia de las tres potencias europeas y se retiró de la península de Liaodong, aunque a cambio de un precio). Confiaba en que el emperador Guangxu y los nobles fueran capaces de darse cuenta de que la capital y la dinastía estaban seguras y entonces se mantuvieran firmes y rechazaran las condiciones japonesas. Desde luego, era posible que Japón siguiera adelante a pesar de todo y capturara Pekín, pero Cixí pensaba que era un riesgo que merecía la pena. Los términos del tratado hacían demasiado daño al imperio como para que sus líderes no se arriesgaran. De acuerdo con sus cálculos, Japón, presionado por las potencias occidentales y frente a una China decidida a librar una guerra prolongada, muy bien podría conformarse con un tratado de paz que fuera mucho menos funesto que el Tratado de Shimonoseki.

Con la esperanza de que la corte hiciera el mismo razonamiento que ella, el 26 de abril Cixí pidió al Gran Consejo que volviera a reflexionar de forma exhaustiva sobre el tratado de paz y le dijeran lo que pensaban. Pero todos ellos estaban de acuerdo con el emperador en que tenían que estar seguros de que Europa iba a intervenir en su defensa antes de decidirse a luchar, y el emperador ordenó que se enviaran telegramas a los tres países para pedirles un compromiso concreto. Como es natural, no hubo respuesta inmediata. Mientras aguardaba, el emperador Guangxu se obsesionó con la

obligación de cumplir el plazo límite para la ratificación del acuerdo, aterrado por la posibilidad de que, una vez pasada la fecha, los japoneses invadieran Pekín. Tenso y al límite de sus fuerzas, el joven no aparentaba sus 23 años, sino que tenía un aspecto demacrado que le hacía parecer tener más. Ningún noble aconsejó que no se ratificara: nadie quería ser responsable de la caída de la dinastía. El gran tutor Weng se limitó a gruñir que estaba dispuesto a hacerse añicos la cabeza si eso servía de algo. Todas las miradas estaban puestas en el príncipe Gong, aunque había tenido una contribución escasa y estaba gravemente enfermo. Como era de esperar, el príncipe aconsejó firmar el tratado. A pesar de sus cualidades, en esencia era un hombre débil y propenso a acobardarse en una gran crisis[495].

Como ni el emperador ni los nobles manifestaban ningún deseo de luchar, Cixí dejó de intentar convencerlos. Pero se negó a prestar su respaldo al Tratado de Shimonoseki[496]. El emperador Guangxu confirmó la ratificación el 2 de mayo, en presencia del príncipe Gong y el Gran Consejo. El momento fue acompañado de muchos «temblores» y «llantos»[497]. Después, el emperador telegrafió al conde Li para decirle que intercambiara los instrumentos de ratificación cuanto antes. Así se hizo el 8 de mayo. El emperador incluso metió prisa al conde, porque estaba impaciente por terminar de una vez con toda la cuestión[498].

Había escogido «el camino más seguro —observó Robert Hart—, ¡es un imperio lo que está en juego!»[499]. En opinión de Cixí, sin embargo, el coste de la «paz» era excesivo y al final acabaría arruinando el imperio, en vez de salvarlo. Tenía visión de futuro, capacidad de resistir y valor. Lo que no tenía era un mandato.

El Tratado de Shimonoseki arruinó a China. Charles Denby, el diplomático estadounidense que había actuado de intermediario en el acuerdo y que fue testigo de los tiempos relativamente buenos de antes de la guerra y los desastrosos años de después, escribió: «La guerra con Japón fue el principio del fin para China»[500]. Además de los 200 millones de taeles de indemnización, China tuvo que pagar otros 30 millones por la devolución de la península de Liaodong. Estas cantidades, más otras «costas», sumaron un total de 231,5 millones de taeles, más del cuádruple de la renta anual de Japón. Sin olvidar el botín de guerra que fueron las armas y los barcos.

Para hacer el pago, el emperador Guangxu pidió prestado dinero a Occidente. La deuda exterior de China había llegado a 41 millones de taeles en total en los 30 años anteriores, y estaba prácticamente pagada a mediados de 1895. El país podría haber tenido dinero en efectivo, fondos suficientes para llevar a cabo una gran variedad de proyectos de modernización e incluso mejorar el nivel de vida. Pero ese espléndido legado se despilfarró y hubo que pedir prestados 300 millones de taeles en unas condiciones imposibles. Sumando la indemnización, el interés de los préstamos y el

inmenso gasto ocasionado durante el conflicto, la guerra y la «paz» le costaron a China hasta 600 millones de taeles, casi seis veces sus ingresos totales de 1895 (101,567 millones). Para agravar aún más la situación, el emperador Guangxu, impaciente, decidió pagar a Japón en solo tres años. Todos los ingresos de las aduanas iban destinados a ello, y se subieron los impuestos. Se dio a las provincias unas cuotas que debían satisfacer, que las provincias obtuvieron exprimiendo a la población. China estaba desangrándose[501].

Como en tantas otras acusaciones falsas, muchos han achacado este desastre de guerra y de «paz» a Cixí. Sus acusadores dicen, de forma vaga pero categórica, que vació los recursos de la Armada para construir su Palacio de Verano, que estaba obsesionada con su sexagésimo cumpleaños y descuidó la guerra y que era una apaciguadora sin carácter. La realidad es que fue ella quien fundó la Armada china moderna. La construcción del Palacio de Verano no le quitó dinero, aunque sí es cierto que Cixí utilizó una pequeña parte de los fondos. Estuvo mucho tiempo sin poder participar activamente en la guerra, no porque estuviera dedicada a preparar su cumpleaños, sino porque el emperador Guangxu se lo prohibió. Y no solo no era apaciguadora, sino que fue la única persona de la corte que defendió de manera inequívoca que había que rechazar las demandas de Japón y seguir luchando.

El desvío de fondos navales antes de la guerra (si bien donó aproximadamente la misma cantidad durante el conflicto) y solicitar regalos de cumpleaños fueron tremendos errores y, sin duda, reprochables. Uno minó la disciplina de la Armada y el otro dañó la moral de la corte. Cixí se dio cuenta de lo que había hecho y en años futuros lo compensaría. Sin embargo, esos pecados no quieren decir que fuera responsable ni de la derrota ni de una «paz» tan increíblemente perniciosa. Ambas cosas fueron responsabilidad del emperador Guangxu (que ocupa en la imaginación popular un lugar inmerecido como héroe trágico que se esforzó al máximo) y, en menor medida, de los grandes consejeros (aunque su papel oficial era el de meros asesores). A la hora de la verdad, la responsabilidad es de un sistema que depositó una responsabilidad tan tremenda sobre unos hombros tan menudos. Robert Hart se lamentaba de que «no hay una cabeza, ningún hombre fuerte»[502]. En efecto, no había más que una *mujer* fuerte, que no pudo estar al frente en el momento de la crisis, ni pudo hacerse oír fuera de un minúsculo círculo en la corte, una situación trágica que creó el caldo de cultivo para todas las acusaciones falsas que se hicieron contra ella. Más tarde, un francés muy perceptivo dijo a propósito de Cixí: «C’est le seul homme de la Chine»[503]. Esa fue la verdadera Cixí que estaba en la Ciudad Prohibida en 1895.

18
La pelea por China (1895-1898)

Al acabar la desastrosa guerra, Cixí regresó a su retiro. El 30 de junio de 1895, una comitiva la acompañó oficialmente de la Ciudad Prohibida al Palacio del Mar, antes de su traslado definitivo al Palacio de Verano. Con eunucos vestidos con trajes de colores diseñados para ocasiones especiales y los músicos de la corte tocando trompetas, el príncipe Gong y los demás nobles se arrodillaron en un sendero de piedra, mirando hacia el sur, y golpearon el suelo con la cabeza tres veces al paso de la silla de manos de Cixí. A partir de entonces, cada vez que visitara la Ciudad Prohibida, tendrían lugar unos elaborados rituales con la participación de todos los funcionarios del palacio vestidos con túnicas ceremoniales. Unos ritos que destacaban el hecho de que ya no gobernaba el Estado.

Pero este nuevo periodo de retiro fue diferente al anterior. Desde el problema con Perla, a Cixí le permitían ver todos los documentos fundamentales, y la costumbre continuó[504]. Su hijo adoptivo la consultaba mucho más, y hubo un marcado aumento de sus visitas al Palacio de Verano[505]. El joven emperador y los grandes consejeros se dieron cuenta de que la firma del pernicioso tratado en contra de los deseos de la emperatriz viuda había sido como «beber veneno para aplacar la sed». Para el imperio había supuesto todo menos una paz genuina. El virrey Zhang, que había hecho una campaña febril contra la firma del tratado y al que habían hecho caso omiso, señalaba que el acuerdo solo había servido para enriquecer a Japón y abrirle el apetito, y que sin duda intentaría conquistar a una China sin fuerzas en el futuro[506]. Además, las potencias europeas se habían dado perfecta cuenta de la debilidad del imperio e iban a hacer demandas interminables empleando la amenaza de la guerra, conscientes de que China no podría estar a la altura del reto[507].

En realidad, para las potencias europeas, China había demostrado ser un tigre de papel. Hasta entonces le habían tenido cierto respeto, en parte debido a su tamaño. Ahora sabían que el gigante estaba «lleno de aire», en palabras de Charles Denby, y que «la burbuja china había explotado». Descubrieron que «no podía luchar y estaban preparados para apoderarse de su territorio a la menor excusa». Aunque los más amables la disculpaban («China no es una nación belicosa: sus antecedentes, su civilización y sus idiosincrasias son de paz, y es una lástima que el mundo feroz tenga que perturbarla», escribió Robert Hart), la actitud general era de desprecio indisimulado. El gran tutor Weng anotó: «Cuando los enviados de países occidentales vienen al Ministerio de Exteriores, ya no se comportan con educación; gritan insultos a la menor oportunidad»[508]. Tras presenciar una visita de varios occidentales al Ministerio de Exteriores, un funcionario chino sintió que «las venas le iban a estallar

de indignación»[509].

El emperador Guangxu estaba a la defensiva. Muchos advirtieron que no había hecho una declaración pública sobre la guerra, sino que solo escribió a los más altos funcionarios para pedirles su comprensión y decirles que no volvieran a hablar del tema, con lo que, de hecho, impedía cualquier análisis posterior[510]. El emperador no hizo ninguna reflexión pública sobre las enseñanzas que podían extraerse ni sobre planes concretos de futuro, aparte del cliché de que debían hacer «las dos cosas fundamentales: entrenar al ejército y hallar más dinero para financiarlo». Estaba preocupado y trató de desviar la responsabilidad de la forma más infantil, diciendo a varios funcionarios que dos de los grandes consejeros «me obligaron a ratificar» el tratado[511]. El principal chivo expiatorio fue el conde Li. Pero en vez de responsabilizarle de lo que sí había hecho mal —engañar al trono sobre la fortaleza de las defensas chinas antes de la guerra y conducir mal el conflicto cuando empezó —, el emperador se sumó al extendido rumor de que el conde Li había firmado el tratado sin su autorización. En su primera audiencia con el conde después de la guerra, Su Majestad le reprendió por haber entregado 200 millones de taeles de plata, más Taiwán y todo el resto, cuando era él quien le había ordenado que lo hiciera. El conde, que acababa de recuperarse de una herida de pistola, causada en un intento de asesinato mientras negociaba en Japón, no pudo hacer nada más que golpear el suelo con la cabeza una y otra vez y decir: «Sí, sí, Vuestra Majestad, es todo culpa mía». La farsa se representó delante de los grandes consejeros, que sabían perfectamente cuál era la verdad[512].

Para que un monarca chino recibiera la lealtad de sus funcionarios, tenía que demostrar que era justo. Cixí sabía ser justa con los suyos. En general, se consideraba que distribuía recompensas y castigos de manera proporcionada. Ese era el factor clave de la feroz lealtad que inspiraba, tanto de quienes estaban de acuerdo con ella como de quienes no lo estaban. Pero el emperador Guangxu no tenía su habilidad. Durante la guerra había tratado muy mal al almirante Ting, lo cual contribuyó en parte a la lamentable rendición de la Flota Septentrional con sus 10 barcos de guerra. El conde Li, resentido, pensaba que el emperador «ni siquiera parecía un monarca»[513], y así se lo dijo a sus subordinados de confianza. Hasta los funcionarios más alejados del conde acabaron sabiendo que él deseaba que cambiaran las cosas en la corte, que quería que gobernara Cixí.

Cixí no amonestó a su hijo adoptivo ni a los grandes consejeros restregándoles que ella tenía razón. En lugar de ello, decidió que en ese momento lo mejor era ser magnánima con ellos. Y ellos respondieron abrumados de gratitud. El príncipe Gong había sido el principal partidario de firmar el tratado. Pero Cixí no le hizo ni un reproche. Por el contrario, le invitó a una estancia en el Palacio de Verano y se ocupó de detalles como los muebles de sus habitaciones y la comida que se le iba a servir. El

príncipe estaba tan agradecido que se las arregló para salir de su lecho de enfermo en cuanto le llamó la emperatriz, sin tener en cuenta la queja de su hijo de que, dada su condición, debería quedarse en casa a descansar y no tener que arrodillarse y someterse a las demás normas de la exigente etiqueta de la corte[514]. En una ocasión, escribió el gran tutor Weng, el príncipe Gong estaba en el Palacio de Verano cuando llegó el emperador, pero no fue a saludar a Su Majestad hasta un día después, lo cual le pareció una gran insolencia al maestro. Cixí se había convertido en una especie de dueña y señora de la corte. Los nobles estaban a su disposición y acudían al Palacio de Verano en cuanto los llamaba, donde se quedaban a dormir si ella lo deseaba, para acompañarla en sus paseos, algo muy poco habitual. A veces no se presentaban a la audiencia diaria en la Ciudad Prohibida[515].

Si el emperador Guangxu estaba resentido, no lo demostraba. Al contrario, se volvió más sumiso con su «querido papá». Esto conmovió a Cixí, que dijo de él que era una «persona sumamente agradable». Los sentimientos de la emperatriz hacia su hijo adoptivo se habían enternecido durante la guerra, porque sabía el peso que tenía que soportar y sus limitaciones. El gran tutor Weng vio que, cuando el emperador estaba enfermo, Cixí se mostraba amable y bondadosa con él, le visitaba a diario y mostraba un afecto que nunca se le había visto. En una ocasión le dijo ella a un virrey: «Quiero de verdad al emperador»[516]. Ahora pasaba más tiempo con él, enseñándole su Palacio de Verano y los lugares más hermosos de las cercanías. También devolvió el título de concubina imperial a Perla y su hermana Jade. La gente notó que madre e hijo se llevaban mejor durante este periodo[517].

Cixí no quería que nadie interfiriera en su relación. En esta época fue cuando los amigos del emperador que le habían empujado a marginarla fueron expulsados de la corte. Se advirtió a los funcionarios de que «cualquiera que vuelva a hacerlo no saldrá tan bien librado y recibirá un severo castigo»[518]. El estudio del emperador se cerró del todo, de modo que ya no tenía ningún lugar en el que escuchar a nadie en secreto[519].

Ahora que el emperador Guangxu estaba tan dócil, Cixí decidió encargarse de lo que le parecía el problema más acuciante: la amenaza de Japón. Importantes estrategas como el virrey Zhang habían presentado sólidos argumentos en favor de una alianza con Rusia, el vecino septentrional de China y la única potencia europea a la que afectaba directamente la ascensión de Japón. Cixí era consciente de que Rusia tenía también ambiciones territoriales en China: ya se había quedado con un gran pedazo en 1860 y lo volvió a intentar dos décadas después con Ili en Xinjiang, aunque Cixí le había obligado a retirarse. Sin embargo, tras meses de sopesar los pros y los contras, decidió que buscar una alianza con Rusia era preferible a no hacer nada y esperar a

que Japón volviera a atacar. A principios de 1896, China empezó a tratar de obtener un compromiso ruso de que lucharían a su lado si Japón invadía el país[520]. El Gran Consejo se trasladó al Palacio de Verano siguiendo a la emperatriz viuda y estableció sus oficinas temporales en unas cabañas situadas fuera de la puerta oriental. El príncipe Gong se mudó a una mansión vecina. A nadie le interesaba saber dónde estaba el emperador[521].

A través del embajador chino en San Petersburgo, Cixí sabía lo que podía ofrecer China a Rusia a cambio. El Ferrocarril Transiberiano, que pretendía conectar Moscú y la Rusia europea con el extremo oriental del país, tenía que elegir entre dos rutas antes de llegar a su meta, el puerto de Vladivostok en el Pacífico. Si se quedaba en suelo ruso, debía recorrer un largo arco por un terreno muy difícil, 500 kilómetros más largo que si tomaba la línea recta a través de Manchuria. Los rusos querían construir un atajo por territorio chino. Después de debatirlo en el círculo supremo, Cixí decidió conceder a Rusia su deseo de construir la línea, que luego se conocería como el Ferrocarril Chino Oriental (o «Ferrocarril Siberiano»). La línea podía suponer un beneficio económico considerable para China. Si unía Asia y Europa por tierra sería una máquina de hacer dinero, porque Pekín podría gravar impuestos sobre el inmenso volumen de mercancías que circularía por ella. Como Rusia se ofrecía a construirla, el coste para China sería mínimo, y, para asegurarse de que el imperio iba a beneficiarse, Pekín puso parte del capital inicial (cinco millones de taeles) y se convirtió en accionista (un tercio) de la empresa conjunta del ferrocarril. Si alguna vez se estropeaban las relaciones con Rusia, la vía estaría en territorio chino, por lo que, en teoría, China podría hacer lo que quisiera con ella. Y todo esto, además de garantizarse un poderoso aliado militar en caso de ataque japonés.

El inconveniente, por lo que podía preverse, era un enorme aumento de la influencia rusa en Manchuria, que podía tener consecuencias inesperadas. Cixí sabía que Pekín tenía que estar «en guardia contra futuros peligros»[522], pero proteger al imperio frente a Japón era más importante que esas consideraciones.

Una vez decidida la estrategia, se envió al conde Li a Moscú para negociar el pacto. Cixí se había vuelto en contra del conde por el papel que había desempeñado en la guerra contra Japón, y solo lo utilizó por conveniencia: era un negociador inigualable. Daba la casualidad de que la coronación del zar Nicolás II iba a celebrarse en mayo de 1896, así que el conde fue como ministro extraordinario de China para la ocasión, y el verdadero propósito de su viaje se mantuvo en secreto. Cuando se supo que iba a visitar Rusia, llegaron invitaciones de otros países: Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos. Era el primer viaje al extranjero de un dignatario de primera categoría, nada menos que «el principal estadista de China» en opinión de Occidente. Para no enojar a las otras potencias y para ocultar el auténtico objetivo del viaje, el conde Li visitó también los otros cuatro países. La gira creó

mucha expectación, pero pocos resultados(33).

El Tratado Secreto Chino-Ruso se concretó y se firmó el 3 de junio, días después de la coronación del zar Nicolás II. Su primera frase proclamaba explícitamente que Rusia emplearía todas sus fuerzas armadas disponibles para ayudar a China ante una posible invasión de Japón.

El conde Li se entusiasmó cuando le asignaron la tarea. Le pareció un indicio de que la emperatriz viuda le había perdonado y estaba dispuesta a volver a trabajar con él, ahora que parecía estar al mando de todo. Y el conde confiaba en su propias dotes. Antes de marchar, en un banquete de despedida bajo una marquesina, el viento llenó los platos de arena. Pero el conde comió con ganas, habló y rio muy animado. Al decirle que el Dios del Viento había ido a presentarle sus respetos —y que después de su gran viaje volvería a estar en el meollo de los asuntos de Estado y hacer cosas incluso más grandes—, el conde sonrió y disfrutó de los halagos[523].

Durante el viaje, el conde fue agasajado por los jefes de los estados que visitó y denominado «el Bismarck de Oriente». *The New York Times* publicó esta descripción de él: «Anda y se sienta con su enorme cabeza inclinada hacia el pecho y recuerda a la imagen que da Browning de Napoleón, “la frente adelantada, oprimida por su mente”»[524]. Sin embargo, al volver a pisar China a finales de 1896, el conde se dio cuenta de que pasaba algo. Le hicieron esperar más de dos horas en Tianjín (donde había desembarcado) antes de ser llamado a Pekín. En la capital no le concedieron más que media hora de audiencia con el emperador Guangxu, que prestó atención casi exclusiva a la medalla con diamantes incrustados que Alemania regalaba a Su Majestad. Cuando el conde trató de describir la fortaleza de Occidente y la urgente necesidad de que China hiciera reformas, el joven monarca le dijo que hablara «esos asuntos con el príncipe Gong y ved qué se puede hacer»[525]. Como el conde, de todas formas, no esperaba gran cosa del emperador, no se sintió demasiado decepcionado. Fue la siguiente entrevista, ese mismo día, con la emperatriz viuda, la que le dejó «verdaderamente asustado». Lo que Cixí dijo a Li, de lo que parece no existir testimonio escrito, debió de ser escalofriante, porque el conde se sumió en el letargo y el abatimiento tras la reunión. Estaba alojado en un templo próximo al Palacio de Verano y, distraído, se acercó paseando a las ruinas del Viejo Palacio. Los eunucos encargados de guardar las ruinas reales, que sabían quién era, le permitieron entrar. El conde siguió teniendo la mente, según escribió él mismo, «en ebullición toda la noche». A la mañana siguiente presentó la dimisión de todos sus cargos[526].

Una brusca nota imperial de una sola frase rechazó su dimisión pero dejó

implícito que estaba despedido, al anunciar su nuevo puesto: «trabajar en el Ministerio de Exteriores», ya no como responsable, sino como funcionario corriente. Sus dos puestos anteriores, el de comisario imperial para el norte de China y el de virrey de Zhili, que eran importantes, ya estaban en manos de otras personas y no le fueron devueltos. Al conde solo le permitieron conservar el título de administrador jefe del imperio, que era más bien honorífico. Por si no era suficiente castigo, otro edicto le censuró públicamente por «invadir sin permiso una propiedad real» y le impuso como multa el salario de un año. Estos terribles golpes eran obra de la emperatriz viuda, que quería castigarlo por la responsabilidad que había tenido en la ruina de China; aunque no podía explicarlo en público, porque era imposible revelar la culpabilidad exacta del conde sin dejar al descubierto la del emperador. Pero le dejó claro al conde, que estaba muy satisfecho consigo mismo, que su estrecha relación política se había terminado. Y por la gloria que acababa de disfrutar en el extranjero, recibiría un doble castigo (de ahí la multa por «invasión» de la propiedad, además de despedirle). Más tarde, cuando Cixí recobró todos sus poderes y pareció que necesitaba a un hombre capacitado junto a ella, el conde intentó que le devolvieran sus cargos. Cixí le hizo saber que no merecía sino más sufrimientos y le envió, a sus 75 años, a un duro viaje por el río Amarillo, congelado, «para llevar a cabo un estudio geológico y proponer formas de contener las riadas»[527].

Así acabó Cixí con sus décadas de colaboración política con el conde Li, un estadista extraordinario pero con graves defectos. Después, y con la sensación de alivio de tener asegurada la paz en el imperio a medio plazo gracias al pacto con Rusia, Cixí se apartó de los asuntos de Estado. Los altibajos emocionales provocados por la guerra, con todas sus angustias, sus frustraciones y sus inquietudes, la habían dejado exhausta. Estaba destrozada de ver desaparecer los frutos de varios decenios de trabajo. A sus 60 años, daba la impresión de que no se sentía capaz de volver a empezar. La emperatriz viuda ya no era la de antes, tan dinámica, dispuesta a presidir debates, emitir decretos y lanzar innovaciones políticas. Parecía no importarle ya. Al fin y al cabo, su hijo adoptivo estaba en el poder. Podía controlar una o dos cuestiones cruciales, pero no podía entrometerse en los asuntos diarios. El emperador Guangxu vivía en su habitual estado de inercia y despiste sobre las reformas. Cuando el virrey Zhang le presentó una propuesta para revivir las modernizaciones, el emperador se limitó a pronunciar frases hechas y no hizo nada. El programa para implantar trenes, por lo menos, sí se relanzó, por ejemplo con la línea Pekín-Wuhán, que Cixí había puesto en marcha y el emperador había aparcado. Ahora todo el mundo era consciente de la vital importancia del ferrocarril, incluso el gran tutor Weng[528].

En esa época, la incipiente burguesía china, que dependía del transporte marítimo, la minería y el comercio, y no se había visto afectada por la guerra, seguía activa. La

electricidad había llegado a provincias del interior como Hunan, donde «pueblos enteros brillan con luces eléctricas»[529], exclamó un testigo. Los empresarios desarrollaban ideas nuevas. Sheng Xuanhuai, el pionero empresarial al que se confió la construcción del ferrocarril Pekín-Wuhán, pedía la creación de un banco estatal. Si le hubieran propuesto la idea a Cixí años antes, la habría adoptado sin dudarlo. Pero ahora parecía indiferente, y el emperador Guangxu le dijo a Sheng que creara un banco él mismo mediante inversiones privadas. Los observadores extranjeros que se habían hecho ilusiones con que China llevara a cabo las reformas después de la gira del conde Li por Occidente se sintieron decepcionados. Vieron que habían pasado más de dos años desde el final de la guerra y el país «no había hecho nada para reformar la administración ni reorganizar sus fuerzas» y no había aprendido ninguna lección de la derrota[530].

La multitud de intereses que tenía Cixí aparte de la política le hicieron más fácil desprenderse de ella. Se concentró en la búsqueda del placer. En 1896, después de culminar el pacto secreto con Rusia, y con ocasión de la Fiesta de la Luna, que caía en 21 de septiembre, invitó a los nobles de la corte al Palacio de Verano para celebrarlo. Los recibió en la Villa de la Balaustrada de Jade, *Yu-lan-tang*, que estaba justo al borde del lago y tenía una vista panorámica. Era la residencia del emperador, pero Cixí hizo de anfitriona. Según anotó el gran tutor Weng, Cixí declaró que la villa estaba «llena de luz y de aire, mejor que la Ciudad Prohibida», y se mostró «solícita y llena de elogios» a los nobles por sus «esfuerzos» para lograr el pacto con Rusia. Tras preguntar por un gran consejero que estaba enfermo, ofreció consejo médico y dijo a Weng que le advirtiera de que «podía tomar ginseng, pero con cautela». No se habló del Estado. Dijo a los nobles que se divirtieran. Cuando cayó la noche, se alzó una luna llena en un cielo lavado por la lluvia y ya despejado, grandioso sobre el lago Kunming. El gran tutor Weng bebió con varios amigos y declamó poemas. Cuando la luna empezó a perder brillo y tamaño, se dejaron llevar por la melancolía[531].

Ese día no hubo música. La madre biológica del emperador Guangxu —la hermana de Cixí— había muerto el 18 de junio y todavía estaba en vigor el periodo de 100 días de luto, con la habitual prohibición de tocar música. Tres días después de que acabara el duelo y el emperador y Cixí hubieran cumplido con sus últimos ritos, se dieron las primeras notas con un estilo nuevo. Al anochecer, unas barcas adornadas llevaron a los nobles al centro del lago, donde se detuvieron para mecerse con suavidad entre las ondas que relucían bajo la luna. Tras una señal se encendieron —gracias a la electricidad— faroles rojos en forma de flores de loto alrededor de las barcas y una plataforma bellamente iluminada flotó en silencio hasta el centro. Entonces comenzó sobre ella una representación de ópera con iluminación moderna,

la primera que veían los nobles. A continuación hubo una exhibición de fuegos artificiales que brillaban sobre la oscura silueta de la colina cercana. Cixí presumía de cómo había montado el espectáculo, sin importarle el frío que empezaba a hacer de noche y en el agua. El gran tutor Weng, pese a estar muy impresionado por el despliegue, no pudo esperar a que terminara y se fue corriendo a envolverse en un gran abrigo acolchado.

Cuantas más alegrías le proporcionaba el Palacio de Verano, más tristeza sentía Cixí. Si aquellos hombres sin agallas no hubieran dado una suma tan vasta de dinero a Japón, ¡cuánto habría podido hacer para restaurar el viejo palacio! ¡Y cuántos más proyectos de modernización podría haber llevado a cabo! Aunque se contenía para no reprenderlos, estaba llena de ira. Un día, parece que sintió un deseo irreprimible de desahogarse e informó al Ministerio de Hacienda, dirigido por el gran tutor Weng, de que pensaba empezar a restaurar el Viejo Palacio de Verano y quería que le entregaran todos los impuestos recaudados del opio cultivado en el país. Desde su legalización en 1860 se habían dedicado grandes franjas de terreno a cultivar la droga, y los ingresos que producían eran notables.

La exigencia era una locura, no solo porque llegaba en un momento en el que el imperio se ahogaba bajo deudas gigantescas, sino también porque estaba pidiendo que se incluyera la construcción de un palacio recreativo en el presupuesto del Estado. No había pedido nada igual cuando construyó su Palacio de Verano. De hecho, había dado garantías públicas concretas de que el Estado no lo iba a financiar. Los dineros públicos que pudo utilizar eran robados. Pero ahora era como si quisiera burlarse de los nobles: «Teníais dinero para dárselo a los japoneses; pues yo también puedo usar parte de él. ¡Sois vosotros los que habéis llevado el país a la bancarrota, y no tenéis derecho a negármelo!». La verdad era que los nobles habían perdido cualquier derecho moral a negarle su exigencia. El gran tutor Weng, avergonzado, se propuso explorar formas de satisfacer sus deseos[532].

Al gran tutor le costó un año dar con la solución, dada su resistencia a encontrarla. A principios del verano de 1897, dijo que había consultado a Robert Hart y este calculaba que la producción nacional de opio era mucho mayor de lo que se pensaba y que, si se gravaban impuestos sobre él, se podrían obtener hasta 20 millones de taeles al año, mucho más de lo que estaba recibiendo el Estado. Weng propuso recaudar el impuesto sobre el opio basándose en los cálculos de Hart y entregar el 30 por ciento a Cixí «para la construcción de los palacios reales». Eso le supondría seis millones de taeles anuales, una suma increíble. Cixí recibió el informe con entusiasmo[533].

De inmediato surgió una voz opositora: no de ningún noble, sino de Li Bingheng, el gobernador de Shandong, la provincia costera al sureste de Pekín. Alegó que el nuevo cálculo de la producción de opio era demasiado elevado y que, en el caso de

Shandong, los impuestos sobre esa cifra serían diez veces más altos que hasta entonces. «Puede que ni siquiera la explotación hasta el límite sea suficiente», escribió. La obtención del dinero necesario para pagar las deudas extranjeras ya representaba una carga insoportable para los habitantes de las provincias. Añadir más dinero sería imposible y podría empujar a la gente a la rebelión. Instaba a la corte a rechazar el informe del Ministerio de Hacienda, «olvidarse del deseo de buscar placeres» y «no arruinar a nuestro pueblo»[534].

Cuando vio estos argumentos, Cixí comprendió que tenía que renunciar a su sueño. Cuando retiró su petición, el emperador remitió la carta del gobernador al Ministerio de Hacienda para que se reconsiderase, y el Ministerio se apresuró a revocar lo que denominó «el plan del inspector general»[535]. Ningún miembro del Gobierno quería que su nombre fuera relacionado con el proyecto, y Robert Hart era un cómodo «chivo expiatorio». El gobernador Bingheng, que había alzado la voz contra el plan, fue ascendido a virrey. Y las ruinas del Viejo Palacio de Verano siguieron siendo ruinas.

En cualquier caso, el periodo de búsqueda de placeres de Cixí fue breve. Sus previsiones más pesimistas, tan bien formuladas por el virrey Zhang al oponerse a la firma del Tratado de Shimonoseki, se hicieron realidad a finales de 1897. Las potencias europeas, ahora desdeñosas y agresivas con China, empezaron a reclamar pedazos del imperio. Alemania exigía la bahía de Jiaozhou, en la provincia de Shandong, para establecer una base naval en el puerto de Qingdao, y afirmaba que era justa recompensa por haber contribuido a obligar a Japón a retirarse de la península de Liaodong. Como Pekín rechazó varias veces la exigencia, el káiser Guillermo II decidió emplear «un poco de fuerza». Los barcos de guerra alemanes empezaron a recorrer la costa arriba y abajo en busca de lo que el káiser denominó «una oportunidad y un pretexto deseados», que pronto encontraron. El 1 de noviembre, dos misioneros alemanes fueron asesinados en una aldea de Shandong. Mientras el gobernador Bingheng se apresuraba a lanzar la búsqueda de los criminales, el káiser se congratuló: «Así que los chinos nos han dado por fin el motivo y el "incidente" que tanto deseábamos [los alemanes]». Una flota alemana, ya preparada para actuar, llegó a Qingdao y dio a la guarnición china 48 horas de plazo para evacuar el puerto[536].

En cuanto recibió el ultimátum, el emperador Guangxu, ante el temor a una invasión, actuó como un conejo asustado y envió un telegrama en el que «prohibía absolutamente» al gobernador Bingheng que resistiera por la fuerza, como el indignado Bingheng había propuesto. En un telegrama posterior, el emperador decía: «Por muchas provocaciones que lance el enemigo, la corte no recurrirá en absoluto a

la guerra». Según el gran tutor Weng, «Su Majestad insistió con gran énfasis en dos palabras: "No se luchará *[bu-zhan*]"»[537]. Después de estas comunicaciones fue cuando se informó a Cixí: el príncipe Gong llevó en persona los informes y edictos al Palacio de Verano. Al regresar a la Ciudad Prohibida, el príncipe dijo al Gran Consejo, con gran alivio, que ella los había «aceptado»[538]. Las demandas alemanas se cumplieron más o menos casi todas, y el príncipe Gong aconsejó decir que sí a todo para lograr que los soldados alemanes que habían ocupado el puerto se fueran del país. Los alemanes habían presentado sus exigencias en un lenguaje brutal: «Si no cedéis, iniciaremos una guerra». Una de ellas se refería al gobernador Bingheng: debían «despedirle y retirarle del servicio público». El gobernador, que había sido ascendido después de oponerse al plan de Cixí para construir el Viejo Palacio de Verano, se vio expulsado ahora por los alemanes. Esta experiencia personal despertó en él un odio encarnizado a Occidente, y pronto se convertiría en propulsor incondicional de los xenófobos bóxers. Cuando la rebelión de estos últimos condujo a una invasión de ejércitos occidentales, se ofreció voluntario para dirigir una fuerza armada que luchara contra ellos, y se suicidó después de la derrota.

Alemania obtuvo el puerto estratégico de Qingdao(34) y su bahía «en régimen de alquiler, en principio durante 99 años». Firmaron el acuerdo en Pekín, el 6 de marzo de 1898, el conde Li y el gran tutor Weng. El conde se había convertido en un chivo expiatorio profesional, siempre disponible para firmar cualquier cosa que diera mala fama al signatario. El gran tutor había sido designado por el Ministerio de Exteriores a instancias del príncipe Gong, que quería que el hombre que hablaba con tanta arrogancia compartiera la responsabilidad de firmar tratados equivalentes a «vender el país». El gran tutor advirtió que, cuando el representante alemán pidió la firma del príncipe Gong, este se limitó a señalarle a él. Se sintió terriblemente avergonzado de haber contribuido a dar Qingdao a esas «bestias apestosas» y se torturó pensando que ahora «figuraría en la historia como un criminal»[539].

Aunque Cixí no había intervenido en los acontecimientos recientes, sino que se limitó a aceptar un hecho consumado, su comportamiento fue increíblemente compasivo. Weng anotó con gratitud que, cuando el Gran Consejo se criticó a sí mismo por haber hecho un mal trabajo, «la emperatriz viuda nos consoló con palabras amables y dijo que comprendía a la perfección nuestras dificultades». Solo expresó su tristeza por el hecho de que China se viera reducida a un estado tan lamentable[540].

Las cosas iban de mal en peor. Después de los alemanes llegaron los rusos. Una semana después del desafío alemán para quedarse con Qingdao, unos barcos de guerra rusos llegaron a Port Arthur, en la punta de la península de Liaodong. Rusia

era una de las potencias que habían expulsado a Japón de la península, y ahora quería quedarse con el puerto. «Si Alemania ocupa Qingdao, Rusia debe tener Port Arthur», decían. El conde Witte, que había negociado con China en nombre de Rusia el acuerdo secreto del año anterior, dijo que la conducta de su país era «el colmo de la traición y la deslealtad»[541]. Aun así, hizo todo lo posible para lograr su objetivo. Cuando Pekín se resistió a las demandas y Rusia amenazó con la guerra, Witte aconsejó sobornar a los negociadores chinos, el conde Li y un afable diplomático, sir Chuang Yinhuan (sir Yinhuan había representado a China el año anterior en el Jubileo de Diamante de la reina Victoria, que le había concedido el título de caballero; fue el primer funcionario chino en recibir un título británico). Según los documentos rusos, les ofrecieron medio millón de taeles a cada uno, y ambos aceptaron. Los rusos también quisieron sobornar al gran tutor Weng, pero este, tan tradicionalista, se negó a asistir a ninguna reunión secreta con ellos[542].

El conde recibió su medio millón en persona y «expresó su satisfacción» al día siguiente de firmar la entrega de Port Arthur —aunque «solo» en alquiler durante 25 años—, el 27 de marzo de 1898. En realidad, que aceptara o no el dinero no habría supuesto la menor diferencia. La resistencia de palabra de Pekín se habría venido abajo si Rusia hubiera intensificado su amenaza de guerra, que era algo que el emperador Guangxu quería evitar como fuera. En la corte, los nobles no pudieron hacer nada más que llorar todos juntos; «qué imagen tan patética», se lamentó Weng[543]. El conde sabía también que era el chivo expiatorio designado. En una audiencia, pocos días antes de la firma, el emperador ya estaba culpándole de todo y reprendiéndole: «Ahora tenemos este problema con Rusia. ¿Qué fue de ese tratado secreto tuyo del año pasado?». Daba igual lo que hiciera o dijera el conde, salvo postrarse jadeante. Al final, cuando el emperador le hizo una seña para que se fuera, no pudo ponerse de pie y tuvieron que levantarlo, y después tuvo que detenerse para recobrar el aliento y el equilibrio, antes de salir tambaleándose[544]. Después de ese trato, quizá el conde pensó que se merecía el dinero. Su estado de ánimo general se puede deducir de sus palabras a sir Yinhuan cuando este se quejó de haber tenido que firmar y haber arruinado su reputación: «No somos solo tú y yo los que vamos a acabar destruidos. Vamos a hundirnos todos juntos [todo el imperio]»[545]. Por el momento, sir Yinhuan no aceptó más que 10.600 taeles y dijo a los rusos que ya sufría una avalancha de denuncias por aceptar sobornos. Tenía que esperar, explicó, a que pasara la tormenta.

A Cixí no le consultaron sobre la entrega de Port Arthur. Cuando el conde Li preguntó al emperador: «¿Ha hablado Vuestra Majestad con la emperatriz viuda sobre este asunto?», el emperador respondió que no. También le dijo al gran tutor Weng que ni siquiera se lo había mencionado a Cixí porque estaba «abatida de pena». El gran tutor podía «imaginar cuánta ira reprimida y cuánta amargura» sentía la emperatriz

viuda. Era evidente que el emperador tenía miedo de que Cixí le hiciera sentirse otra vez culpable, aunque solo fuera con la mirada, más que la palabra. En cualquier caso, no tenía sentido contárselo: en opinión del emperador, no había más alternativa que alquilar Port Arthur[546].

El emperador Guangxu trataba de evitar cualquier acción que pudiera desencadenar la furia que Cixí tenía acumulada por el desastroso manejo de la guerra con Japón, que había sido el origen de todas estas crisis. El censor Weijun, que hizo acusaciones falsas contra ella para mantenerla alejada de la toma de decisiones durante el conflicto, y al que desterraron a la frontera, había cumplido ya su condena y estaba a punto de volver a Pekín. Cuando el emperador se enteró, el gran tutor Weng anotó que «estuvo reflexionando durante largo rato y dio la orden de que el hombre permaneciera donde estaba un par de años más». Luego añadió: «No cabe duda de que Su Majestad lo hace por el bien de Weijun». Al emperador le preocupaba que, si el censor regresaba, fuera un pararrayos para la ira de la emperatriz viuda[547].

Con el ejemplo de Alemania y Rusia, Gran Bretaña y Francia no querían quedarse atrás. Gran Bretaña alquiló el antiguo cuartel general de la Flota Septentrional, Weihaiwei, en la punta más oriental de la península de Shandong, y en la costa opuesta a Port Arthur, que habían alquilado los rusos. El alquiler británico debía durar lo mismo que el ruso: 25 años. Los dos países estaban compitiendo en el Gran Juego, disputándose el poder y la influencia en Oriente. Además, Gran Bretaña añadió la península de Kowloon y el Nuevo Territorio a su colonia de Hong-Kong, durante un periodo de 99 años. Francia alquiló por ese mismo periodo de tiempo Guangzhouwan, un pequeño enclave en la costa sur, como un anexo a la Indochina francesa. La provincia de Fujian, situada enfrente de Taiwán —que había pasado a ser colonia japonesa—, entró en la esfera de influencia de Japón. Es decir, a mediados de 1898, casi todas las posiciones estratégicas en la costa de China estaban en manos de potencias extranjeras, que podrían, llegado el caso, hacer lo que quisieran con China.

Quinta parte

Al frente del escenario (1898-1901)

19
Las reformas de 1898 (1898)

H. B. Morse, destacado historiador de China que vivió en aquellos años, observó: «En la historia del mundo, ningún país con un territorio tan vasto y una población tan numerosa, y con un solo gobierno —ningún país con una décima parte de su superficie o su población—, se vio sometido a tantas humillaciones y tantas muestras del escaso aprecio que se le tenía como lo estuvo China durante los seis meses entre noviembre de 1897 y mayo de 1898»[548]. La necesidad de reformas era innegable. Si no, el imperio podía no sobrevivir mucho tiempo más. A la Ciudad Prohibida llegaban una petición detrás de otra. Hasta el propio emperador Guangxu salió de su pasividad y sintió la «urgente necesidad» de hacer algo[549].

A los 26 años, y con escaso conocimiento del mundo real, el emperador no sabía por dónde empezar. Tal vez, como ocurre con los jóvenes de todo el mundo, su instinto era abandonar las formas de etiqueta más restrictivas. En mayo de 1898, el príncipe Heinrich de Alemania visitó su corte. En realidad, el príncipe, que era hermano del káiser, iba como almirante de una flota que iba a reforzar el asalto alemán sobre Qingdao; pero cuando llegó ya se habían restablecido las «relaciones de amistad», gracias a la fácil rendición de Pekín. El diplomático alemán que negociaba su audiencia con el emperador pidió que se le permitiera al príncipe estar sentado durante el encuentro. Era algo sin precedentes, porque nadie salvo Cixí se sentaba delante del emperador. Sin embargo, Guangxu se mostró más que dispuesto a permitirlo. Incluso se ofreció a estar de pie mientras el príncipe alemán se inclinaba ante él y a darle la mano antes de invitarle a sentarse. El gran tutor Weng pensaba que esta violación del protocolo de la corte, como otras, era indigna y especialmente dolorosa después de la reciente ofensa cometida por Alemania. Discutió cargado de emoción con Su Majestad, pero el emperador no compartía la angustia de su tutor y perdió los estribos con él[550]. Al final, Cixí regañó a su hijo adoptivo: ¡Deja de pelear por tonterías cuando hemos sufrido semejante desastre![551]. Ella quería conocer también al príncipe Heinrich —iba a ser la primera vez que vería a un hombre occidental y él a ella—, y tenía muy claro que el príncipe alemán debía estar de pie ante ella[552]. Cixí se salió con la suya, pero Guangxu también. Incluso fue a ver al príncipe y le llevó una medalla para condecorarle. Cuando Heinrich anunció que llevaba una medalla para el emperador de parte de su real hermano, Guangxu se apresuró a ordenar que hicieran otra para dársela al káiser a cambio.

El joven monarca había adquirido una auténtica fascinación por las medallas, igual que se había aficionado a los relojes de bolsillo y de pared europeos. Dedicó un esfuerzo desorbitado a supervisar la medalla para el káiser y discutió sin descanso

sobre el color, el tamaño, las gemas, la destreza y otras innumerables minucias con el Ministerio de Exteriores y el director del proyecto. El color —oro, amarillo real o dorado rojizo— fue el tema de muchas reuniones y mucha preocupación. Luego estaba la cuestión de qué tipo de perla debía incrustarse en la medalla. El emperador quería una grande, y le decepcionó ver que no cabía. Cuando aceptó poner una más pequeña, resultó que no había ninguna de ese tamaño que fuera de la mejor calidad. Hubo más discusiones hasta conseguir un acuerdo sobre la perla apropiada y otros detalles del diseño. El emperador decidió lucir las medallas que le habían regalado monarcas extranjeros y, en un arrebato, concedió una al conde Li y otra a sir Yinhuan, pese a que el conde había caído en desgracia y ambos eran objeto de acusaciones de haber cobrado sobornos. El emperador había visto que los diplomáticos occidentales llevaban medallas[553].

Aunque las iniciativas reformistas de Su Majestad no fueron más allá, los nobles estaban totalmente desconcertados. Cuando les preguntó qué hacer, según el gran tutor Weng, «el príncipe Gong se quedó callado, y luego dijo que debía empezar por la administración. Yo dije unas cuantas cosas, pero los demás grandes consejeros permanecieron en silencio»[554]. El príncipe Gong murió poco después, el 29 de mayo de 1898. En su lecho de muerte no tuvo más que lágrimas por el imperio hecho pedazos.

Con la supervivencia de su dinastía en juego, el emperador Guangxu acudió a Cixí. Sir Yinhuan, que por aquel entonces tenía una estrecha relación con el emperador, observó (y relató a los japoneses): «Las turbulencias de los últimos años han afectado mucho al emperador y le han hecho comprender la necesidad de hacer reformas […] A la emperatriz viuda siempre le han gustado los reformistas. De modo que, como el emperador ha cambiado y se ha hecho a la idea de que hay que reformar, está estrechando lazos con la emperatriz viuda, y eso, inevitablemente, le da más poder a ella»[555].

El emperador Guangxu empezó a pedir consejo a Cixí y ella respondió con afectuoso entusiasmo. Su gabinete le enviaba propuestas de reforma y ella las estudiaba en busca de ideas. El emperador, que residía en la Ciudad Prohibida, recorría cada pocos días en silla las tres horas de camino en cada sentido hasta el Palacio de Verano para consultarle, y ella le visitaba de vez en cuando a él. En conjunto, pasaban más de las dos terceras partes de su tiempo juntos y entonces hablaban de los asuntos de Estado. Él era el alumno y ella la maestra. Después de una de esas visitas del emperador al Palacio de Verano, a su regreso a la Ciudad Prohibida, anunció al Gran Consejo un decreto de Cixí. El gran tutor Weng lo anotó en su diario el 11 de junio de 1898:

Hoy Su Majestad transmite un decreto de la emperatriz viuda *[shang-feng-ci-yu*]:

lo que el censor Yang Shenxiu y el compañero de estudios Xu Zhijing han dicho en los últimos días es absolutamente acertado. No se ha dejado clara la política fundamental de nuestro Estado a todos. A partir de ahora, debemos adoptar de forma integral las costumbres occidentales. Hacer un anuncio público inequívoco y categórico, etcétera […] La emperatriz viuda está totalmente decidida. Le sugerí a Su Majestad que, por supuesto, hay que adoptar las costumbres occidentales, pero que es más importante no abandonar las enseñanzas de nuestros propios sabios en materia de ética y filosofía. Luego me retiré y redacté el edicto imperial.

El edicto «Anuncio de la política fundamental del Estado», redactado por el gran tutor Weng con arreglo a las instrucciones de Cixí transmitidas por el emperador Guangxu, y dado a conocer ese día, puso en marcha un movimiento histórico: las Reformas de 1898. Los libros de historia lo consideran un hito en la historia de China, pero siempre le atribuyen el mérito al emperador Guangxu y condenan a Cixí por oponerse desde una postura ultraconservadora. La realidad es que fue ella quien inició las reformas[556].

Redactar el anuncio fue el último acto político del gran tutor Weng. Al cabo de unos días dejó la corte, despedido por su pupilo, el emperador Guangxu.

La ruptura con el anciano tuvo un coste personal considerable para el emperador, porque el gran tutor había sido para él una figura paterna desde su infancia: de hecho, había tenido una relación más estrecha con su maestro que con ninguna otra persona. El joven monarca había pedido consejo al tutor en todo tipo de asuntos, sobre todo durante la guerra con Japón. Después de ese desastre, como la desgracia llama a la desgracia, el maestro perdió parte de su relumbrón a ojos de su alumno. Luego la relación se volvió intolerable, cuando el emperador optó por la reforma mientras Weng se aferraba al pasado. Hubo muchos desacuerdos cargados de emoción. Era demasiado evidente que el gran tutor no tenía hueco en una corte reformista, a pesar de que fuera un extraordinario erudito y calígrafo, además de honrado y leal. El emperador Guangxu escribió de puño y letra con tinta roja un edicto en el que ordenaba a Weng que se retirara y se fuera a casa. El maestro se quedó desolado y desconsolado cuando el emperador se negó a verlo para decirle adiós. Weng se acercó corriendo a una puerta dentro de la Ciudad Prohibida por la que había oído decir que iba a pasar el emperador, con la esperanza de verlo un instante. Cuando pasó la silla de manos del joven, el anciano tutor se postró y tocó el pavimento de piedra con la cabeza. Más tarde escribió: «Su Majestad se dio la vuelta y me miró sin decir palabra. Me sentí como en una pesadilla»[557].

La decisión, sin duda, contó con la aprobación de Cixí. Ella llevaba tiempo

tratando de reducir la dependencia que tenía el emperador de Weng a la hora de fijar la política del Estado, pero tenía que actuar con cautela y ser consciente de la intimidad que existía entre los dos. Ahora no podía sino sentirse aliviada y satisfecha. Pero siguió mostrándose solícita con Weng. Dio la casualidad de que el día siguiente al del despido era la ocasión en que la emperatriz viuda solía hacer sus regalos estivales a los grandes consejeros. Weng lo rechazó y dijo al eunuco que le llevaba la seda especial que ya no pertenecía al Gran Consejo. Cixí le dijo al eunuco que insistiera, y al final él aceptó sin escribir ninguna carta de agradecimiento. Sus antiguos colegas le dieron las gracias en nombre de él[558].

Por primera vez en la vida de ambos, Cixí y su hijo adoptivo colaboraban estrechamente[559]. De los palacios iba surgiendo una cascada de decretos. Aunque se emitían en nombre del emperador, todos contaban con el aval de Cixí[560]. Estaban redactados a partir de propuestas de funcionarios de toda China. El cambio que encabezaba la lista era el sistema educativo, que era importantísimo para producir la clase dirigente. La tradición de centrarse estrictamente en los clásicos confucianos los preparaba mal para la era moderna, además de asegurar que más del 99 por ciento de la población siguiera siendo analfabeta. Como observó el perspicaz misionero estadounidense W. A. P. Martin, «el futuro de China depende» de su reforma[561]. Dado que el sistema era la base del Estado, su sustitución por otro de estilo occidental fue un cambio auténticamente trascendental.

El primer paso fue la abolición de las materias más arcanas de los Exámenes Imperiales, para reemplazarlas al año siguiente por exámenes sobre economía y actualidad. El emperador Guangxu escribió el edicto él mismo, para demostrar lo mucho que le importaba la cuestión. Se decidió crear escuelas primarias y secundarias y universidades de estilo occidental —que impartían ciencias naturales y sociales como en Occidente— en toda China. Hubo gran deliberación y planificación sobre sus sitios, su financiación, sus profesores y sus materiales pedagógicos. La Universidad de Pekín fue la primera que se fundó.

Muchos de estos proyectos asumieron o desarrollaron los esfuerzos modernizadores previos de Cixí. Entre ellos, los planes para enviar estudiantes al extranjero. Se anunció que, en otoño, Sus Majestades irían en tren a Tianjín a inspeccionar el ejército, que estaba recibiendo entrenamiento moderno. Era un gesto simbólico que pretendía mostrar la importancia que otorgaban al ferrocarril y a una defensa que estuviera a la última. Los nuevos planes incluyeron métodos agrarios modernos, comercio de estilo occidental, nuevas publicaciones e innovaciones tecnológicas, para las que estaban redactándose normas que rigieran el sistema de patentes. Hubo una idea muy nueva y concreta que tendría repercusiones de gran

alcance y que partió con toda seguridad de Cixí (ordenó a su leal colaborador Junglu que la llevara a la práctica): la importación de máquinas para procesar materias primas y transformarlas en bienes para la exportación. Por ejemplo, el pelo de camello y la lana de oveja, dos artículos tradicionales que exportaba el norte de China, empezaron a convertirse en finos tejidos y mantas para aumentar su valor[562]. La perspectiva de aumentar las exportaciones había sido el factor definitivo que había empujado en un principio a Cixí a construir una red de ferrocarril.

Su relación de trabajo transcurrió sin problemas durante más de dos meses, y el celo modernizador de la corte se hizo sentir en todo el país. Se calculaba que lo apoyaban «seis o siete de cada diez, mientras que los que se aferraban con terquedad a las viejas costumbres no eran más que uno o dos de cada diez»[563]. Algunos decretos se pusieron en práctica de inmediato, como la creación de la Universidad de Pekín. Sin embargo, antes de que se pudiera hacer lo mismo con la mayoría de ellos, un suceso espectacular interrumpió de golpe las reformas; un hecho provocado por un hombre astuto y nada convencional, Kang Youwei, apodado Kang *El Zorro Salvaje*.

Kang, que era un cantonés de 40 años, perteneciente a una familia de funcionarios, creció en un puerto franco, Nanhai, en el que había una gran presencia occidental. Adquirió muchas ideas reformistas y estaba deseando ponerlas en práctica. Era un hombre dotado de una inmensa seguridad en sí mismo. En su manuscrito, que lleva el significativo título de *La historia de mí*, declara que ya mostraba signos de grandeza a los 5 años. Cuando tenía 20, un día, estaba sentado a solas y de pronto vio que «el cielo y la tierra y todo lo demás se unían conmigo, y esta entidad despedía unos rayos de luz maravillosos. Supe que yo era el Sabio, y sonreí, lleno de alegría»[564]. El Sabio era Confucio, y él pensó que era su reencarnación. Durante algún tiempo, intentó llegar al trono para dar a conocer sus opiniones y que se actuara conforme a ellas; quería dirigir al monarca. Como era un funcionario de rango muy inferior, se topó con numerosos motivos de frustración, pero nada pudo disuadirle.

En su deseo de cultivar relaciones con personas influyentes, Kang hizo un amigo crucial que cambió su suerte: sir Yinhuan, que también era cantonés y ocupaba el cargo principal en el Ministerio de Exteriores, y que se había convertido en el confidente del emperador, a pesar de las acusaciones de que había aceptado sobornos. El 24 de enero de 1898, gracias a sus maquinaciones, Kang se entrevistó con cinco de los nobles más importantes del imperio. Justo después de la entrevista, escribió una carta al emperador y se la dio a sir Yinhuan para que se la llevara. Así fue como El Zorro Salvaje logró entrar en contacto con el círculo más selecto y el trono.

Después, Kang presentó otros escritos, que sir Yinhuan llevó al emperador. Este se los envió directamente a Cixí sin haberlos leído todos. La emperatriz sí leyó los

documentos con atención y se sintió impresionada[565]. Se quedó con un panfleto sobre la transformación de Japón y llamó la atención de su hijo adoptivo sobre él[566]. Cixí acababa de descubrir a un notable reformista lleno de ideas nuevas, que además era elocuente y audaz a la hora de expresarlas. También detectó las mismas ideas inspiradas en los escritos de dos funcionarios, el censor Shenxiu y el compañero de estudios Xu, los dos hombres a los que se había referido en el decreto que lanzó las reformas, el 11 de junio. Ella no sabía que los dos documentos los había escrito en realidad Kang, aunque sin atribuírselos. Estaba claro que Kang y Cixí tenían una forma de pensar muy similar.

Como el decreto imperial mencionaba al compañero de estudios Xu, el cantonés volvió a escribirle a escondidas otro documento en el que pedía al emperador que le nombrase a él (Kang) «asesor de confianza para todas las nuevas políticas»[567]. A continuación, el ventrílocuo hizo lo mismo con su principal socio, un brillante ensayista llamado Liang Qichao. Con la bendición de Cixí, el emperador Guangxu concedió una audiencia a Kang el 16 de junio en el Palacio de Verano[568]; El Zorro Salvaje se convirtió así en una de las primeras personas de rango inferior que el emperador entrevistó para un alto cargo. Después de la reunión le ofrecieron a Kang un puesto en el gabinete del Ministerio de Exteriores, pero él no lo aceptó. En privado dijo que la oferta era una «humillación» y «sumamente ridícula»[569]. Su propósito era trabajar al lado del emperador y tomar decisiones por Su Majestad. Para conseguirlo, había propuesto desde principios de año la formación de una especie de «Consejo Asesor» del trono que estuviera investido de cierto poder ejecutivo.

De todas sus ideas, parece que esta es la que verdaderamente le impresionó a Cixí. No existía un órgano así en la corte, porque la dinastía Qing se regía por la norma explícita de que las decisiones las debía tomar el emperador por sí solo; el Gran Consejo podía asesorar, pero nada más. Kang, por tanto, identificó un defecto fundamental del sistema dinástico, un defecto que lord Macartney había observado ya 100 años antes, después de visitar al octogenario emperador Qianlong. Macartney había hecho una pregunta profética: «¿Quién es el Atlas destinado por él a soportar la carga de este imperio cuando muera?». «Sean de quien sean los hombros sobre los que pueda recaer», señaló, más valía que tuvieran una fuerza sobrehumana. El imperio chino era como un «buque de guerra de primer orden, que una afortunada sucesión de oficiales capaces y vigilantes ha conseguido mantener a flote durante los últimos 150 años […] Pero, cuando quien está al mando es un hombre incompetente, adiós a la disciplina y seguridad de la nave […] Sus restos flotarán tal vez a la deriva durante un tiempo y luego se harán añicos contra la costa»[570]. El emperador Guangxu era ese capitán «incompetente» y necesitaba mentes brillantes que lo ayudaran. Cixí lo sabía bien. De hecho, diría más tarde que Gran Bretaña era una potencia mundial no tanto por la reina Victoria como por los «inteligentes hombres

del Parlamento» que tomaban decisiones de forma colectiva[571].

Cixí invitó a varios altos funcionarios a debatir la idea de un Consejo Asesor. Ellos se mostraron en contra. Les pidió que lo reconsideraran, que «reflexionaran seriamente y discutieran con detalle la cuestión» y les advirtió que no estaba «permitido hablar sin convicción». Después de meses de tira y afloja, el consenso seguía siendo negativo. La objeción era un problema irresoluble: ¿quién debería estar en ese Consejo y compartir el poder con el emperador? No existía ningún procedimiento de selección y temían que algunas personas «malas» pudieran colarse en el gabinete por métodos deshonestos, como ponerse de acuerdo para promoverse unos a otros sin decirlo, y en ese caso la dinastía podría acabar por completo en sus manos. Los escépticos pensaban sobre todo en Kang *El Zorro Salvaje*. Se había corrido la voz de que Kang estaba pagando a otros para que propusieran su nombre, una acusación que era casi con toda seguridad cierta[572]. Se decía que una petición del compañero de estudios Xu en favor de Kang le había costado a este 4.000 taeles, y a otros les pagaba 300 taeles al mes a cambio de disponer de sus servicios a discreción[573]. La gente de la capital estaba escandalizada y tachaba a El Zorro Salvaje de «sinvergüenza». También se especulaba sobre el origen de su dinero, dado que su familia no era rica. El viejo tutor reformista del emperador, Sun Jianai, alegó que el Consejo Asesor solo podía salir bien con una «elección» de tipo occidental que sometiera el carácter de los candidatos al escrutinio público. Como la elección era algo absolutamente impensable en aquella época, la idea del Consejo Asesor quedó abandonada a finales de julio[574].

A pesar de las cosas desagradables que se decían de El Zorro Salvaje y de que ella misma tenía sus reservas sobre él, Cixí siguió valorando su actitud reformista y le asignó encargos importantes. Con un decreto le ordenó fundar el primer periódico gubernamental moderno en Shanghái para dar publicidad a las nuevas políticas. También le nombró responsable de elaborar una ley de prensa basada en los modelos occidentales. Algunos amigos suyos pensaron que esas eran unas ocupaciones perfectas para él[575]. Era muy propio de Cixí enviar a un hombre desafecto fuera de la capital, donde no pudiera hacer daño, pero permitirle seguir desempeñando un papel, incluso importante. Cixí estaba convencida de que era necesario crear el menor número posible de enemigos. Sin embargo, Kang se negó a irse. No estaba dispuesto a admitir nada por debajo del trono. Su mano derecha, Liang, tampoco estaba satisfecho con su trabajo —supervisar los nuevos libros de texto para todo el imperio—, pese a que se trataba de un extraordinario ascenso, dado que antes nunca había ocupado ningún puesto oficial. Kang se quedó en Pekín y, con la ayuda de Liang, empezó a tramar su siguiente paso.

Se alojaba con sir Yinhuan, que era el elemento fundamental en su plan. Sir Yinhuan, el hombre más próximo al emperador desde la marcha del gran tutor Weng, le contó a Kang muchas cosas sobre Su Majestad: el joven monarca era frágil y débil; tenía los nervios exhaustos por su implacable carga de trabajo, que era aún peor por su obsesiva costumbre de corregir los caracteres mal escritos y los errores gramaticales en los incontables informes que pasaban por su mesa. Sir Yinhuan conocía también el resentimiento latente del emperador contra su «querido papá». Además de las animosidades surgidas en el pasado, en 1896, Cixí había puesto en marcha el Tratado Secreto entre Rusia y China justo después de la guerra con Japón, cuando Guangxu había perdido el respeto de la corte. Ella había tomado todas las decisiones, sin molestarse siquiera en hacer como que le consultaba. Como consecuencia, el joven no solo estaba resentido con Cixí, sino que odiaba Rusia, un sentimiento muy distinto de la indiferencia que sentía hacia Alemania o cualquier otra potencia. Con todo ello, El Zorro Salvaje pudo influir en el emperador aprovechando esos puntos vulnerables, mediante unos escritos que sir Yinhuan le llevaba al monarca de forma clandestina, sin pasar por el Gran Consejo ni por Cixí[576]. En uno de los panfletos más importantes, «Sobre la destrucción de Polonia», se atribuía a Rusia el papel de bestia negra, «un país de animales sanguinarios, que se dedica a devorar otros países». En una libre deformación de la historia de Polonia para poder presentar una parábola, Kang escribía que el país europeo tenía «un rey sabio y capaz, decidido a hacer reformas», pero sus esfuerzos se vieron «obstruidos por aristócratas y altos funcionarios», y por eso desperdició «una ocasión propicia para hacer fuerte al país». Entonces, afirmaba El Zorro Salvaje, «llegaron las tropas rusas […] y el país fue destruido en menos de siete años». El propio rey «sufrió el destino más cruel y atroz que se haya visto en la historia». Kang declaraba que China estaba a punto de convertirse en otra Polonia como consecuencia de que «los nobles están impidiendo la formación del Consejo Asesor» y «las tropas rusas vendrán en cuanto esté terminado el Ferrocarril Siberiano, dentro de unos años». La referencia al Ferrocarril Siberiano, una parte crucial del Tratado Secreto, pretendía causar la máxima amargura al emperador.

Esta siniestra y alarmante fábula llegó a manos de Guangxu justo después del 13 de agosto, la fecha de su vigésimo séptimo cumpleaños. Estuvo leyendo hasta altas horas de la noche, mientras las velas rojas goteaban sobre las páginas. Le alteró todavía más un sueño que ya era malo, y sus frágiles nervios se rompieron. Como muestra su historial médico, los médicos empezaron a hacerle visitas casi diarias a partir del día 19[577]. En esa situación, entre sollozos, ordenó que enviaran 2.000 taeles de plata a Kang como muestra de aprecio. Kang le escribió una carta de agradecimiento el 29, pero no era una mera misiva para dar las gracias. Entregada en secreto al emperador, era de una longitud excepcional, volvía a relatar la horrible

historia de Polonia y subrayaba que la única forma de evitar correr la misma suerte era establecer el Consejo Asesor de inmediato. También derramaba sobre el emperador unos elogios completamente desmedidos. Decía que el emperador era «el más sabio de la historia», con «ojos penetrantes que despiden rayos como el sol y la luna» y con unas dotes «sublimes y sin igual incluso en comparación con los más grandes emperadores de todos los tiempos». Era «una injusticia histórica» que se le echara la culpa de los problemas de China. Si se habían producido era solo porque el emperador no había tenido oportunidad de ejercer su «suprema sabiduría y gran valentía, ni su asombrosa fuerza de rayo». El emperador no podía actuar porque se lo impedían los «viejos funcionarios». Y el mayor problema de todos era que no contaba con la gente adecuada a su lado. Lo único que necesitaba hacer Su Majestad era rectificar esa situación y entonces alcanzaría la grandeza[578].

Nadie le había dicho nunca tales cosas al emperador Guangxu. La corte tenía sus fórmulas para hacer floridos elogios al trono, pero no fomentaba los cumplidos extravagantes. Además, al emperador Guangxu siempre le habían hecho sentir que no estaba a la altura de las expectativas, sobre todo en comparación con su «querido papá». De pronto, se encontraba con alguien que parecía valorarle tal como era. No es fácil imaginar cuánto efecto causaron los halagos de Kang en aquel joven inseguro. Reforzaron su autoestima, expurgaron la conciencia culpable que le rondaba desde la guerra con Japón y aliviaron enormemente su complejo de inferioridad. Después de todo, nada había sido culpa suya. Los responsables eran los «viejos oficiales». Aún más, con Kang a su lado, no había límites a lo que podía conseguir. Así cayó el emperador Guangxu bajo el hechizo de El Zorro Salvaje, a quien no había visto más que una vez. Se apresuró a ordenar que se reunieran todas las cartas de Kang en libretas para poder estudiarlas, y dio a la colección el título de Las *Peticiones del Héroe*[579].

Además de la larga carta llena de lisonjas, Kang escribió otra en la que instaba al emperador a despachar a sus viejos funcionarios y hacer nuevos nombramientos. El emperador estaba tan enardecido que se puso a escribir al instante, despidió a un buen grupo de funcionarios y cerró un gran número de oficinas. El decreto, escrito y corregido por él mismo, mostraba el deseo de «librarnos de todos ellos»[580]. No parece que se le ocurriera al emperador que, aunque muchos de esos funcionarios quizá fueran incompetentes, no eran más que humildes servidores y administrativos que se limitaban a obedecer las órdenes dadas por él.

Cuando Cixí recibió el edicto de abolición de los puestos, antes de que se hiciera público, se alarmó. No obstante, para amoldarse a su hijo adoptivo, no restableció más que unas cuantas oficinas esenciales, como la encargada de transportar el cereal del sur al norte del país, y dejó pasar el resto de los casos. Cuando habló con él mostró su enérgica objeción a los despidos generalizados y le dijo que podía generar

«la pérdida de la buena voluntad y el apoyo *[shi-ren-xin*]» a las reformas e incluso podía costarle el trono[581]. En efecto, al ver que el edicto privaba de pronto a miles de funcionarios, solo en la capital, de su forma de ganarse la vida, los miembros de la administración repartidos por todo el imperio se quedaron horrorizados y temerosos.

Como sabía que Cixí no estaba de acuerdo, el emperador emitió más edictos sin enseñárselos antes y, por tanto, infringió las normas que regían su relación de trabajo. El 4 de septiembre, cuando Cixí acababa de salir de la Ciudad Prohibida para ir al Palacio de Verano, Guangxu despidió al ministro y otros cinco altos funcionarios del Ministerio de Ritos en un airado edicto con tinta roja. Su furia parecía desproporcionada para el delito: que el Ministerio había tardado en transmitirle una propuesta de un funcionario llamado Wang Zhao. Pero el funcionario era amigo de Kang. El emperador le ascendió y nombró a un nuevo ministro, otro amigo de Kang, que había escrito al trono elogiando a El Zorro Salvaje. Entre los nuevos viceministros había también más amigos de Kang, como el compañero de estudios Xu. El emperador Guangxu quería que ese fuera el modelo para otros Ministerios y oficinas. Al día siguiente incorporó a cuatro hombres de rango inferior como secretarios del Gran Consejo; dos de ellos eran asimismo amigos de Kang, y el emperador no había estado más que unos instantes con cada uno. Pero consideró que ellos y los demás designados eran «hombres inteligentes y valerosos», en contraste con los «estúpidos e inútiles» viejos funcionarios[582].

Cixí recibió los edictos del emperador solo a título informativo y después de que fueran públicos. La siguiente vez que vio a su hijo adoptivo, le dijo que los despidos del Ministerio de Ritos eran inaceptables y se negó a respaldar otros nuevos nombramientos, incluido el del compañero de estudios Xu, de quien sabía que pertenecía a la camarilla de El Zorro Salvaje. Luego, con discreción, tomó las medidas necesarias para que le enseñaran a ella primero los edictos redactados por los nuevos secretarios. Aparte de eso, no hizo nada más respecto a las acciones de Guangxu.

Ahora que el emperador había sentado el precedente de despedir y contratar por su cuenta, El Zorro Salvaje organizó a sus amigos en una campaña concertada de peticiones al emperador para que estableciera el Consejo Asesor, que él presidiría. Uno de los cuatro secretarios nuevos, que no pertenecía al círculo de Kang, escribió en una carta privada el 13 de septiembre: «Todos los días hablan del Consejo Asesor, y están presionando al emperador para que lo cree. Kang y Liang no han logrado los puestos que querían, y temo que la situación vaya a volverse turbulenta»[583]. Ese mismo día, el emperador se decidió por fin a establecer un órgano que, en la práctica, era el Consejo Asesor de Kang. Cuando este se enteró, fue a ver enseguida a su pequeño grupo de amigos con el rostro resplandeciente de alegría. Les dijo que el Consejo tendría diez miembros, que deberían ser recomendados de manera oficial al

trono. Luego entregó una lista con diez nombres a aquellos que podían escribir directamente al monarca y les dijo que recomendaran unos cuantos cada uno. Entre ellos estaban el propio Kang, su hermano Guangren, su mano derecha Liang, dos hijos del compañero de estudios Xu y otros compinches. De modo que presentaron a los candidatos del grupo al emperador Guangxu[584].

El 14 de septiembre, el emperador llevó la lista al Palacio de Verano. Cixí se negó a autorizarla y, con su estilo enérgico, dejó muy claro que su decisión era innegociable. Al día siguiente, un angustiado Guangxu convocó a uno de los cuatro nuevos secretarios y le dio una carta pidiendo a los recién nombrados, a quienes llamaba sus «camaradas», que encontraran la manera de formar el Consejo de Kang sin enemistarse con su «real padre». El secretario al que dio la carta, Yang Rui, no era miembro de la camarilla y ni siquiera aprobaba lo que estaba haciendo Kang. Pero Su Majestad tenía bastante confusión sobre las distintas alianzas existentes entre los nuevos nombramientos que llenaban de pronto la corte y los consideraba a todos una misma fuerza progresista.

El Zorro Salvaje se enteró del contenido de la carta y quizá incluso la leyó. Lo siguiente que vio fue un edicto del emperador Guangxu en el que hacía una súplica extrañamente personal a Kang para que se fuera de Pekín y asumiera su puesto en el periódico de Shanghái. Kang se enteró, pues, de que su salto a la cima había topado con el obstáculo de la emperatriz viuda. Cixí nunca había interferido en las políticas reformistas de Kang, e incluso estaba de acuerdo con ellas. Había sido la primera en valorar su talento y ascenderle. Pero no estaba dispuesta a entregarle el poder.

Dado que el régimen Qing había producido tales desastres para el país, los argumentos en favor de un Gobierno alternativo eran incuestionables. Si Kang habría sido un líder mejor es tema para debate. Pero hay una cosa muy clara: no tenía un programa político que previera convertir China en una democracia parlamentaria, como se ha dicho a menudo. Nunca lo defendió; al contrario, en uno de sus artículos decía que la democracia, si bien era positiva para Occidente, no era conveniente para China. En el texto decía: «Un emperador es como un padre de familia, y el pueblo son sus hijos. Los chinos son todos recién nacidos y niños pequeños. ¿Puedo preguntar cómo va a funcionar una familia con una docena de niños si los padres no tienen el derecho exclusivo a tomar las decisiones, sino que dejan que todos los niños tomen las suyas? […] Les aseguro que, en China, solo puede mandar el emperador»[585].

Kang *El Zorro Salvaje* quería ser emperador e intentó inventarse un mandato que le autorizara a serlo. En primer lugar, aseguró que era la reencarnación de Confucio. Con eso llamó la atención, e incluso los occidentales oyeron hablar de él calificándole de «El Sabio moderno» y «El segundo Confucio»[586]. Después, con su pequeño pero ruidoso grupo de discípulos, trató de convencer a todos de que, en su

día, Confucio había sido coronado rey de China y había sustituido al emperador de entonces. Con el fin de propagar esta idea, fundaron un periódico que empleaba el «calendario confuciano», en el que el año 1 era el del nacimiento de Confucio[587]. Esta estrategia era una amenaza directa contra el emperador Guangxu, de modo que El Zorro Salvaje la abandonó cuando empezó a querer congraciarse con él. En cuanto se dio cuenta de que el emperador estaba cayendo en sus redes, Kang, preocupado, explicó al monarca en una de sus cartas clandestinas que se le había malinterpretado y que nunca había pensado que Confucio hubiera sido coronado rey. Kang deseaba hacer desaparecer cualquier idea de que codiciaba el trono[588]. Una vez seducido el emperador, Kang podría cumplir su sueño, pasando antes por convertirse en la persona que manejara los hilos desde detrás del trono. Pero Cixí le había cerrado esa vía con una voluntad de hierro, y la única forma que le quedaba a El Zorro Salvaje de alcanzar su objetivo era eliminarla por la fuerza.

20
Un plan para matar a Cixí (Septiembre de 1898)

Kang *el Zorro Salvaje* llevaba tiempo elaborando planes para matar a Cixí, consciente de que ella era el obstáculo entre él y el poder supremo. Para ello necesitaba una fuerza armada y al principio pensó en un comandante llamado Nie. Pidió al funcionario Wang Zhao que se acercara a Nie y le convenciera de unirse a ellos, pero el funcionario se negó a ir y le dijo a Kang que la misión era un sueño imposible. El ejército estaba seguro en manos de Cixí. Lo primero que había hecho ella al poner en marcha las reformas era hacer varios nombramientos militares importantes, y había colocado al hombre que sentía la lealtad más inquebrantable hacia ella, Junglu, al mando de todo el ejército en la capital y sus alrededores[589]. El cuartel general de Junglu estaba en Tianjín. Uno de sus subordinados eran el general Yuan Shikai, que en el futuro sería el primer presidente de China, cuando el país se convirtió en república. En aquella época era un oficial ambicioso y excepcional. Se dio cuenta de que el emperador estaba asignando puestos increíblemente altos de acuerdo con las recomendaciones de los hombres de Kang, así que se hizo amigo de ellos. Gracias a Kang, el emperador Guangxu concedió al general Yuan no una, sino dos audiencias, justo después de su altercado con Cixí, el 14 de septiembre. Su Majestad consultó un ascenso con el general pasando por encima de sus superiores, y vino a decirle que se desentendiera de Junglu y obedeciera directamente sus órdenes. El emperador hacía lo que le había aconsejado El Zorro Salvaje: formar un ejército propio.

Después de las audiencias, uno de los coconspiradores de Kang, Tan Sitong, visitó al general Yuan a última hora de la noche del 18 de septiembre. Tan, uno de los cuatro recién nombrados secretarios del Gran Consejo, creía que la única forma de lograr las reformas era la violencia. «No ha habido ninguna reforma sin derramamiento de sangre desde la antigüedad; debemos matar a todos esos holgazanes antes de poder empezar a hacer cosas». Tan, que se presentó al general Yuan como «un personaje muy importante recién ascendido y próximo al emperador», le dijo que iba a verle para transmitirle los deseos del monarca. El general Yuan debía matar a Junglu en Tianjín y llevar sus tropas a Pekín; allí debía rodear el Palacio de Verano y capturar a la emperatriz viuda. Después, dijo Tan, «matar a la maldita vieja será cosa mía, y Su Excelencia no tiene por qué preocuparse por ello». Tan prometió al general que el propio emperador le daría un edicto en tinta roja al respecto durante su tercera audiencia, dos días después, el 20 de septiembre. Yuan, que pensó que Tan tenía un aspecto «feroz y medio enloquecido», respondió con evasivas y dijo que hacía falta tiempo para preparar algo tan grande[590].

En realidad, los preparativos ya estaba haciéndolos El Zorro Salvaje, que había

ideado una manera de introducir en la capital a las tropas del general Yuan, 7.000 soldados estacionados en las afueras de Pekín, y conseguir que se situaran cerca del Palacio de Verano. Escribió una propuesta sin firmarla para que otro cómplice, el censor Shenxiu, se la llevara al emperador; en ella se aseguraba que en el Viejo Palacio de Verano había enterrado un botín de oro y plata que ahora podría desenterrarse para ayudar a aliviar la crisis financiera del Estado[591]. Calculó el momento para que la propuesta llegara a la mesa del emperador justo antes de la tercera audiencia con Yuan y le asignara la excavación allí mismo al general, que entonces tendría motivos legítimos para trasladar su ejército a las puertas de Cixí.

Como reveló más tarde su diario, el general Yuan se quedó estupefacto ante la propuesta de Tan. Se enfrentaba al dilema de escoger entre ponerse de parte del emperador Guangxu o de la emperatriz viuda. Como le dijo a Tan, si el monarca verdaderamente publicara un edicto en tinta roja ordenándole que matara a la emperatriz viuda, «¿quién iba a atreverse a desobedecer una nota del emperador?». A pesar de eso, esa misma noche fue a ver a uno de los príncipes de confianza de Cixí y denunció a los conspiradores(35).

Mientras tanto, habían sucedido otros acontecimientos en relación con un visitante que estaba entonces en Pekín, Ito Hirobumi, el antiguo primer ministro de Japón y arquitecto de la guerra contra China y el desastroso Tratado de Shimonoseki cuatro años antes. Ito había dejado su puesto hacía poco tiempo y se encontraba de visita «privada» en Pekín, y estaba previsto que el emperador Guangxu le recibiera el mismo día de la tercera audiencia al general Yuan.

La actitud en ciertos círculos educados chinos respecto a Japón había pasado del odio a la admiración y los buenos deseos, desde la reciente intrusión de las potencias europeas, entre 1897 y 1898. Los japoneses emprendieron una activa campaña para cultivar a los hombres influyentes con este argumento: «La guerra entre nosotros fue un error y ambos sufrimos. Ahora que los blancos nos amenazan a los amarillos, China y Japón deben unirse y resistir juntos contra ellos. Debemos ayudarnos mutuamente». Algunos funcionarios simpatizaban con este argumento y estaban deseando que Japón enseñara a China a hacerse fuerte. Hubo peticiones que solicitaban al emperador que invitara a Ito a quedarse a su lado como asesor. El coro lo encabezaba Kang *El Zorro Salvaje*, que escribió varias cartas en nombre de otros[592]. Un periódico muy leído en Tianjín, el *Guo-wen-bao*, propiedad de un japonés y respaldado por el Gobierno nipón, promovió la idea y afirmó que conduciría «no solo a una situación afortunada para China y Japón, sino también a la supervivencia de Asia y la raza amarilla»[593].

Era bien sabido que el emperador Guangxu quería tener a Ito como asesor. El

emperador había desarrollado una mentalidad muy projaponesa bajo la influencia de Kang. El 7 de septiembre había escrito de su puño y letra una carta al emperador de Japón que comenzaba con un lenguaje íntimo nada habitual en los documentos diplomáticos: «Mi querido y más próximo vecino del mismo continente», y terminaba con el deseo de que los dos países pudieran «apoyarse mutuamente para defender y asegurar el Gran Oriente»[594]. Parece que el propio Ito tenía expectativas de trabajar con el trono chino. Cuando llegó a Tianjín, escribió a su mujer: «Me voy mañana a Pekín, donde parece que el emperador espera mi llegada desde hace tiempo […] En Tianjín estoy ocupado con banquetes todo el tiempo. Muchos chinos se acercan y me piden que ayude a China, y es verdaderamente imposible negarse. He oído decir que el emperador parece ser capaz e inteligente, y no tiene más que 27 años»[595]. El emperador Guangxu concedería audiencia a Ito el 20 de septiembre y muy bien podría anunciar su nombramiento a continuación. (Era frecuente que se anunciaran inmediatamente después de la audiencia con la persona en cuestión). Para permitir que el decreto del nombramiento pareciera la respuesta a una demanda popular, El Zorro Salvaje escribió sin firmar dos peticiones que presionaban al emperador para que contratara a Ito: una debería estar en la mesa de Su Majestad horas antes de la audiencia con él, y la otra al día siguiente.

Si Kang *El Zorro Salvaje* estaba tan deseoso de promover el nombramiento de Ito, era por conveniencia personal. No era tan ingenuo como para creer que Ito iba a trabajar en beneficio de los intereses de China en vez de los de Japón, ni que China podría conservar su independencia bajo su gobierno. Japón no había renunciado a sus aspiraciones de controlar China. Durante la visita de Ito, los periódicos japoneses hablaban de «la necesidad» de que China «consultase al Gobierno de Japón» sobre todas sus políticas[596]. Cuando el conde Li se enteró de que el emperador quería contratar a Ito como asesor, escribió una carta con una sola palabra: «Ridículo»[597]. El virrey Zhang, el famoso modernizador que había concebido la estratégica línea de ferrocarril Pekín-Wuhán, se sintió «escandalizado» y «rechazó la idea por completo»[598]. El conde y el virrey eran ardientes partidarios de aprender de Japón y tener asesores japoneses. Pero sabían que, si Ito se convertía en «asesor» del emperador Guangxu, no habría forma de impedir que el antiguo primer ministro acabara moviendo los hilos y China perdiera su independencia(36).

Kang *El Zorro Salvaje* era tan astuto como los dos estadistas. Y, sin embargo, maniobró no solo para que nombraran a Ito, sino para crear una «unión» chino-japonesa (*lian-bang*) o incluso una «fusión» (*he-bang*). Las cartas que escribió sin firmar en las que pedía la designación de Ito instaban asimismo al emperador Guangxu a decidirse por una u otra opción. Es inverosímil que de verdad quisiera entregar China a Japón. Lo más probable es que hubiera llegado a un acuerdo con los japoneses para promover sus mutuos intereses. De hecho, desde que comenzaron las

reformas, el periódico de propiedad japonesa en Tianjín había dedicado mucho espacio a informar sobre las opiniones de Kang, lo cual le había conferido gran prestigio y había contribuido a crear la impresión de que era el autor exclusivo de las reformas. Esta era una impresión que no tenían solo los lectores de ese periódico concreto. Como otros periódicos de los Puertos del Tratado copiaban sus informaciones, el nombre de Kang adquirió tal prominencia que la gente pensó que era el responsable de las reformas. El periódico de Tianjín fomentó asimismo la idea del Consejo Asesor, mientras que Kang sugirió al emperador Guangxu que en dicho Consejo entrase también Ito. Pero el mayor servicio que le hicieron los japoneses a Kang fue conectarle con el emperador Guangxu al principio, a través de sir Yinhuan, que era casi con toda seguridad agente de Japón y trabajaba en beneficio de sus intereses[599].

Sir Yinhuan, uno de los funcionarios más occidentalizados, tenía unas dotes extraordinarias y era brillante en los asuntos exteriores. Había sido el vistoso enviado de Cixí a una serie de países (en la década de 1880, en Washington, fue «el primer diplomático chino que ofreció un baile en su residencia oficial»[600], según *The New York Times*), y en Gran Bretaña había representado a China en el Jubileo de Diamantes de la reina Victoria y recibido el título de caballero. Un informe confidencial enviado a Tokio por Yano Fumio, embajador japonés en Pekín en 1898, demuestra que era su fuente habitual de información ultrasecreta. Cuando se despidió al gran tutor Weng, el diplomático fue directamente a ver a sir Yinhuan para averiguar la verdadera razón, y este contó al japonés todo lo que sabía[601]. Algunos miembros de la cúpula querían encausarle por «transmitir políticas secretas de Estado a extranjeros». Los grandes consejeros le denunciaron ante el trono por «actuar de modo sigiloso y extraño»[602]. Pero en aquellos tiempos no existían mecanismos para investigar acusaciones de espionaje y, como el emperador Guangxu le defendió, indignado, no se hizo nada[603]. Cixí quería que se registrara la casa de sir Yinhuan en busca de pruebas, pero su estrecha relación con el emperador hizo que la orden de la emperatriz no se llevara a cabo.

Fue sir Yinhuan quien facilitó la entrada de Kang a los círculos del poder, mediante maquinaciones clandestinas, en vez de recomendarle a las claras. Fue él quien hizo de intermediario secreto entre Kang y el emperador Guangxu. Y fue él quien permitió que Kang adquiriera tanta influencia sobre el emperador. Si le ayudó tanto no fue porque tuvieran una vieja y estrecha amistad: de hecho, las pruebas sugieren todo lo contrario, porque más tarde acabaría con El Zorro Salvaje sin una razón clara[604]. Sir Yinhuan actuaba así a instancias de Tokio, y no trabajaba para Tokio porque creyera que la dominación japonesa iba a beneficiar a China. Sabía lo brutales que eran los japoneses, porque había negociado con ellos la indemnización después de la guerra. Cuando China, ahogada por los intereses desorbitados de los

préstamos extranjeros y en plena lucha contra el desbordamiento de las orillas del río Amarillo, pidió que se prolongara el plazo de devolución de tres años, Tokio se negó. En privado, sir Yinhuan se lamentó de que eso demostraba que «el supuesto deseo japonés de establecer una relación especial con China no son más que palabras vacías»[605].

El motivo más probable fue el dinero. Jugador empedernido, sir Yinhuan era conocido por aceptar sobornos, hasta un extremo que resultaba inaceptable incluso en un país lleno de sobornos. Las acusaciones de que cobraba grandes sumas de dinero en los contratos extranjeros que negociaba eran innumerables, y los pagos de Rusia estaban documentados. Los japoneses eran pagadores astutos y habilidosos. Además, sir Yinhuan tenía un cinismo sin límites. En las negociaciones tras la captura alemana de Qingdao, su indiferencia había asombrado a su colega, el gran tutor Weng, que se sentía como si le estuvieran «torturando en agua hirviendo y llamas ardientes». En su diario, Weng escribió: «Cuando voy a su casa [a hablar de trabajo], siempre está charlando y riendo como si no estuviera sucediendo ningún desastre. No puedo comprenderle»[606].

Cixí no estaba completamente al tanto de las trampas y los embustes en los que estaban envueltos sir Yinhuan, Kang *El Zorro Salvaje*, los japoneses y su hijo adoptivo. Le habían informado de la visita de Ito, las peticiones de que se le contratara y su audiencia prevista con el emperador Guangxu. Muy consciente de los peligros que suponía el nombramiento de Ito, tomó sus medidas: hizo que el emperador le prometiera que los consejos que diera el japonés, que debían ser a petición del monarca, no se los daría en persona, sino a través del Ministerio de Exteriores. De esa forma, pensó Cixí, no habría problemas.

Sin embargo, la noche del 18 de septiembre, le llegó una carta urgente que la llenó de aprensión. Escrita por un censor, Chongyi, que era pariente del conde Li por matrimonio, la carta le llamaba la atención sobre lo peligroso que era que el emperador Guangxu contratara a Ito y sobre el extraordinario acceso secreto que tenía Kang al emperador. «Si el trono nombra a Ito —advertía—, será lo mismo que si pusiera el país de nuestros antepasados en una bandeja de plata y se lo entregara a [Japón]»[607]. El censor rogaba a Cixí que recuperara el poder cuanto antes para evitar que sucedieran esos desastres.

Cixí se quedó preocupada. ¿Y si su hijo adoptivo ignoraba el acuerdo que tenían y colocaba a Ito a su lado con un edicto en tinta roja? Decidió ir a la Ciudad Prohibida al día siguiente, el 19 de septiembre, a tiempo para la audiencia del emperador con el japonés, prevista para el 20, y así asegurarse de que no lo hiciera. Después, pensaba regresar al Palacio de Verano. Con la decisión tomada, se fue a dormir.

Dormía profundamente, como de costumbre, cuando, de madrugada, llegó la denuncia de la trama que le enviaba el general Yuan. Cixí se quedó atónita. Era cierto

que la relación con su hijo adoptivo era tensa, pero que estuviera relacionado con una conspiración para matarla le parecía inconcebible.

Aunque, según el relato del general Yuan, el papel del emperador en el plan no estaba nada claro, era indudable que estaba al tanto. Si no, ¿por qué habría hecho al general Yuan su jefe militar personal, separado del ejército, el mismo general al que después acudieron los conspiradores para eliminarla? ¿Y por qué guardaba ese secreto sobre su relación con Kang? El hecho de que su hijo adoptivo conociera el plan de Kang, aunque fuera de manera vaga, le hacía cómplice e imposible de perdonar, sobre todo en una cultura en la que la piedad filial era la norma suprema del código ético.

Por la mañana, Cixí salió del Palacio de Verano como tenía pensado. Por fuera, todo era normal. Se subió a un barco en el embarcadero situado delante de su villa y atravesó el lago hasta el Canal Imperial que llevaba a la ciudad. De 10 kilómetros de largo, el canal estaba bordeado por sauces y melocotoneros, además de guardias pretorianos. En una esclusa en la que era necesario cambiar de embarcación, entró en un templo budista que había en la orilla y rezó. Al terminar el canal, una silla de manos la llevó hasta el Palacio del Mar, junto a la Ciudad Prohibida. Durante todo ese trayecto, en apariencia pacífico y relajado, su mente estaba atormentada.

El emperador Guangxu se enteró de la inesperada llegada de Cixí y fue corriendo a la puerta del palacio para recibirla de rodillas. Pese a la ira que pudo sentir en su interior al ver a su hijo adoptivo, la emperatriz viuda mantuvo un aire tranquilo. No quería causar alarma, sobre todo porque la audiencia con Ito estaba prevista para el día siguiente: había que evitar cualquier complicación con Japón. Quizá no conocía toda la historia de la relación de Kang con los japoneses, pero la aparición de Ito en aquel momento era una coincidencia excesiva.

La mañana siguiente, el 20 de septiembre, todo parecía normal. El emperador Guangxu tenía su tercera audiencia con el general Yuan. No emitió ningún edicto en tinta roja, como había prometido el conspirador Tan al general, pero eso no quiere decir que no lo hubiera pensado. Cixí estaba presente. Durante la audiencia, el general hizo una alusión inequívoca al plan al decir que los nuevos amigos de Su Majestad estaban «haciendo las cosas de manera descuidada e irreflexiva» y que «si hubiera una nota, incriminaría a Vuestra Majestad»[608]. El emperador miró en silencio a Yuan, como si algo le hubiera hecho mella. En opinión de Cixí, el hecho de que comprendiera de qué hablaba el general habría confirmado su culpa.

Yuan regresó a su cuartel en Tianjín. Cixí mantuvo su aire imperturbable cuando su hijo adoptivo, de acuerdo con el ritual, fue a darle los buenos días antes de entrar en el salón principal del Palacio del Mar para su entrevista con Ito. En la reunión, él no dijo nada que se saliera del texto acordado. Pidió a Ito su opinión, pero le dijo que se la transmitiera a través del Ministerio de Exteriores. En cuanto terminó la

audiencia, Cixí ordenó arresto domiciliario para el emperador, en su villa de Yingtai, el islote situado en el centro del lago del Palacio del Mar, al que solo se podía llegar por un largo puente que se abría y se cerraba. Cuando volviera al Palacio de Verano, se lo llevaría con ella. A partir de ese momento, era su prisionero.

Como consecuencia, al día siguiente el emperador escribió de su puño y letra un decreto en tinta roja en el que anunciaba que Cixí iba a ser su guardiana. Se organizó una ceremonia formal y, a partir de entonces, Guangxu se convirtió en la marioneta del Cixí y empezó a firmar con su pincel de tinta roja los decretos que deseaba ella. Siguió recibiendo a funcionarios y al Gran Consejo, pero siempre con ella. El biombo de seda que la ocultaba desapareció: la emperatriz viuda salió de detrás del trono al frente del escenario.

Cixí se hizo enseguida una idea muy clara de las actividades de El Zorro Salvaje respecto a su hijo adoptivo. El emperador no ocultaba casi ningún secreto a sus eunucos, y Cixí empezó a interrogarlos. Así se enteró de quién había hablado con él y le había influido. Sir Yinhuan quedó al descubierto y se convirtió en su segunda bestia negra. Detuvo de forma metódica a los conspiradores, mediante órdenes verbales en lugar de escritas. Las detenciones no se hicieron todas a la vez, porque quería que el proceso se llevara a cabo con la mayor discreción posible.

El primer objetivo era, lógicamente, Kang. Pero Cixí llegó dos días tarde. El Zorro Salvaje comprendió que los habían descubierto en cuanto oyó decir que el general Yuan había respondido con evasivas, igual que otro conspirador al que habían contratado especialmente para matar a Cixí, un hombre llamado Bi. Más tarde Bi contó su visita a Tan para preguntarle sobre su misión, el día siguiente al amanecer. «El señor Tan estaba peinándose lánguidamente» e informó a Bi de que el general no se había comprometido. Bi preguntó: «¿Está seguro de que Yuan es el hombre adecuado para hacerlo?». Era evidente que Tan no confiaba en Yuan, y respondió: «He discutido una y otra vez con Kang, pero él insiste en usar a Yuan. ¿Qué voy a hacer?». Bi dijo: «¿Entonces han revelado todo el plan a Yuan?». Al saber que Yuan estaba al tanto de todo, Bi exclamó: «Pues estamos acabados. ¡Estamos acabados! ¿No saben qué clase de operación es esta? ¡No se puede hablar de ella así como así! ¡Me temo que ustedes y sus familias y sus clanes terminarán todos ejecutados!». Bi se fue a toda prisa y abandonó a los conspiradores[609].

El Zorro Salvaje visitó a dos extranjeros, el misionero baptista galés Timothy Richard, que era amigo suyo, y el propio Ito, la *víspera* de su audiencia con el emperador Guangxu[610]. Lo que Kang buscaba era asilo. Richard se había propuesto cultivar a la clase dirigente y los intelectuales, y conocía a muchos personajes poderosos, entre ellos al conde Li. Su sueño era no solo «establecer el Reino de Dios»

en suelo chino, sino también dirigir el país, «reformar China, remodelar sus instituciones y, en resumen, encargarse de su gobierno»[611], como anotó Robert Hart, al que la idea le resultaba «¡deliciosa!»[612]. Los diplomáticos británicos pensaban que el plan de Richard era «una tontería»[613]. (Una de sus sugerencias era que «se contratara a dos institutrices extranjeras para la emperatriz viuda»). Kang le había recomendado al emperador Guangxu para que fuera uno de los dos asesores extranjeros en el Consejo Asesor, mientras que Ito sería el otro. Richard le estaba agradecido, así que ahora se precipitó a buscar ayuda para Kang, pero logró escasos resultados, porque el embajador británico, sir Claude MacDonald, estaba, según Richard, «lleno ya de prejuicios» contra Kang.

Ito no ofreció asilo a Kang en la legación japonesa. Emplear a un grupo de aficionados para asesinar a la emperatriz viuda con todo en contra no era parte del trato, desde luego. Además, Ito iba a ver al emperador Guangxu al día siguiente. Sería una situación incómoda si le pedía que le entregara a Kang. Así que El Zorro Salvaje tuvo que huir de Pekín. Lo hizo sin más tardar y, para cuando se hizo pública la orden de detención, ya había llegado a Tianjín y había partido en un barco de vapor británico en dirección a Shanghái. En el puerto de Shanghái, unos «detectives y policías» aguardaban el barco «en un estado de gran entusiasmo ante la perspectiva de ganar los 2.000 dólares» de recompensa por el arresto de Kang[614]. Debido a las informaciones de prensa que habían nombrado a Kang como principal autor de las reformas (y debido a que el secretismo de la corte había ocultado el papel de Cixí), el cónsul general británico en funciones, Byron Brenan, que dejó documentada la escena, decidió que tenía que rescatar a Kang. Como no podía hacerlo a las claras, por ser un representante oficial del Reino Unido, Brenan envió al corresponsal de *The Times*, J. O. P. Bland, a recibirle en una lancha antes de que atracase el barco. Así consiguió interceptar a Kang y trasladarlo a Hong-Kong a bordo de una cañonera británica. En la colonia recibió la visita del cónsul japonés, que le invitó a vivir en su país. Tokio «acaricia la aspiración de construir una Gran Asia oriental», en palabras de Kang[615]. Pronto El Zorro Salvaje estaba en Japón.

Su mano derecha, Liang, pidió asilo en la legación japonesa al día siguiente de la audiencia de Ito, y este le ayudó a escapar de China. Bajo la protección de Japón, disfrazado con ropa europea y después de cortarse la coleta, se subió a un barco de guerra japonés en Tianjín.

A Tan, el radical aficionado a la violencia, también le ofrecieron asilo en Japón, pero lo rechazó. Según sus amigos, volvió a proclamar su teoría de la necesidad de sangre para hacer reformas: «Las reformas han triunfado en otros países porque hubo derramamiento de sangre. En las reformas chinas no se ha derramado ni una gota, y por eso el país no va bien. Que mi sangre sea la primera en caer»[616]. Efectivamente, le cortaron la cabeza el 28 de septiembre, junto a otros cinco: Guangren, el hermano

de Kang; el censor Shenxiu, que había pedido que se trasladara a las tropas al Palacio de Verano, en teoría para buscar el oro, pero en realidad para matar a Cixí; y los otros tres secretarios nuevos del Gran Consejo (además de Tan). En el momento de la ejecución, según un periódico, Tan actuó «como si la muerte fuera algo delicioso». El hermano de Kang, en cambio, no parecía muy contento con la perspectiva: vieron que «llevaba solo calcetines, sin zapatos, y tenía el rostro del color de las cenizas y el polvo»[617]. Las ejecuciones estremecieron al país: eran los primeros enemigos políticos de Cixí que morían desde su llegada al poder, casi cuatro decenios antes.

Dos de los cuatro nuevos secretarios, entre ellos Yang Rui, a quien el emperador había confiado su angustiada carta del 14 de septiembre, no tenían nada que ver con Kang ni con su conspiración. En la cárcel se habían mostrado animados, seguros de que sería fácil establecer su inocencia en el juicio, que Cixí había ordenado realizar de acuerdo con los procedimientos Qing. Sin embargo, nada más comenzar el juicio, Cixí lo interrumpió de pronto y mandó que llevaran a los dos inocentes al lugar de ejecución con los demás, como cómplices en la trama. Allí protestaron con indignación. Uno se negó a arrodillarse para oír el edicto imperial que le condenaba a muerte, y el otro, Yang Rui, pidió con insistencia al funcionario que supervisaba la ejecución que le dijera cuál era su delito. Se dice que la sangre de su cabeza amputada salió disparada a un metro de altura, de la vehemencia con la que se opuso a la injusticia[618]. La gente quedó horrorizada por las ejecuciones sumarísimas. Al enterarse, un cortesano se sintió «asombrado y herido como si me hubieran clavado un puñal en la cabeza», y «vomitó con violencia». Incluso los nobles que sabían del plan contra la vida de Cixí se sintieron muy perturbados por el flagrante desprecio a la ley, cosa poco frecuente bajo el gobierno de la emperatriz viuda[619].

Cixí canceló el juicio cuando se dio cuenta de que era inevitable que saliera a la luz algo que quería ocultar a toda costa: la participación de su hijo adoptivo en la conspiración. Un juicio revelaría que el emperador Guangxu quería que la apartasen del poder o incluso la mataran. El Zorro Salvaje había empezado a conceder entrevistas a periódicos extranjeros en las que afirmaba que el emperador le había entregado un «edicto secreto» con instrucciones para conseguir apoyos que le permitieran salir libre y derrocar a Cixí. La afirmación apareció por primera vez en Shanghái, en el *North China Herald*, el 27 de septiembre, el día antes de que Cixí detuviera el juicio y ordenara las ejecuciones[620]. Es muy posible que fuera lo que la empujara a tomar la decisión. Si durante el juicio parecía confirmarse la declaración de Kang, Cixí se enfrentaría a una perspectiva terrible. Los chinos estarían divididos y se verían obligados a tomar partido, y el país se sumiría en el caos. Las potencias extranjeras podrían decidir responder a la petición de Kang y enviar tropas. En concreto, Japón podría querer apuntalar al emperador Guangxu para tenerlo de marioneta, con el pretexto de rescatarle. Cixí no podía consentir que quedara al

descubierto la funesta brecha existente entre ella y su hijo adoptivo.

De modo que fue ella misma la que ocultó el plan para acabar con su vida. El decreto sobre la conspiración y las ejecuciones, emitido en nombre del emperador preso, era vago y lleno de evasivas, y mentía sobre la postura del emperador. Decía que Kang y sus cómplices habían «intentado rodear y atacar el Palacio de Verano para secuestrarnos a la emperatriz viuda y a mí»[621]. La otra figura clave, el general Yuan, también tenía motivos para encubrir la verdad: no quería que se supiera que había traicionado al emperador (conservó su diario sobre los hechos escondido durante toda su vida)[622]. Como Cixí permanecía callada, la única voz que se oyó fue la de Kang. Cuando negó categóricamente que existiera una conspiración para matar a Cixí y afirmó que, por el contrario, era Cixí quien había elaborado un plan para matar al emperador Guangxu, todos aceptaron su versión de los hechos. Sir Claude MacDonald creyó que «los rumores de conspiración no son más que una excusa para detener las reformas radicales del emperador Guangxu»[623].

Así, pues, la historia del intento de golpe y asesinato de Cixí a manos de Kang *El Zorro Salvaje* permaneció en la oscuridad y el olvido durante casi un siglo, hasta la década de 1980, cuando unos investigadores chinos descubrieron en archivos japoneses el testimonio del encargado de cometer el asesinato, Bi, que despejaba todas las dudas sobre la existencia del plan. Mientras tanto, los seis hombres ejecutados, cuatro de ellos conspiradores, pasaron a la historia como héroes que murieron por las reformas y acabaron siendo conocidos con el nombre de «Los Seis Caballeros». Kang *El Zorro Salvaje* entró en la leyenda como el héroe que encendió la antorcha de la reforma e incluso tuvo la visión de convertir China en una democracia parlamentaria. En gran parte, el mito lo creó el propio Kang, a base de revisar y falsificar sus escritos y sus peticiones: por ejemplo, borrando el artículo en el que rechazaba específicamente la democracia parlamentaria como sistema político deseable para China. Era un fantástico creador de mitos y propagandista. Mientras se hacía promoción, Liang —su mano derecha— y él denigraron sin descanso a Cixí y se inventaron muchas historias repulsivas sobre ella en entrevistas, discursos y artículos, algunos de los cuales aparecieron en los periódicos de los Puertos del Tratado, mientras que otros se editaron en Japón en forma de panfletos que se distribuían en China. En ellos acusaban a Cixí de envenenar a la emperatriz Zhen; provocar la muerte de su hijo, el emperador Tongzhi; obligar a la viuda a suicidarse ingiriendo una pepita de oro; agotar el dinero de la Armada, decenas de millones de taeles, para construirse el Palacio de Verano; y causar la derrota de China en la guerra con Japón. Casi todas las acusaciones que desde entonces han formado la imagen que tiene de Cixí la opinión pública, todavía hoy, nacieron con El Zorro Salvaje[624].

Fue él el primero en presentarla como una déspota libertina, rodeada de numerosos concubinos y que realizaba orgías nocturnas con eunucos. La gente creyó

a Kang, en gran parte, porque daba a entender que su fuente era el emperador Guangxu en persona, que le había entregado el «edicto secreto», que se había sacado de la Ciudad Prohibida a escondidas, cosido en un cinturón. El emperador, declaró Kang, no consideraba a Cixí su madre, sino «solo una concubina de un emperador fallecido», y además, «una concubina licenciosa».

Mientras el enemigo más acérrimo de Cixí estaba libre y creando la imagen que la historia iba a tener de ella durante los 100 años siguientes o más, el nombre de su segundo rival más detestado, sir Yinhuan, desapareció de la lista original de condenados a la ejecución. Los británicos y los japoneses presionaron en su defensa, con especial persistencia en el caso de los británicos porque le habían concedido el título de caballero. Su sentencia se conmutó por el destierro a Xinjiang(37). Cixí le odiaba con ganas, porque era quien había convertido a su débil hijo adoptivo en presa fácil para El Zorro Salvaje y los japoneses. Gracias a él, el imperio había estado a punto de caer en manos de Japón.

El propio sir Yinhuan reconocía que su relación con Japón era la causa de su caída. Dijo a los guardias que le escoltaban a su exilio que la emperatriz viuda había empezado a sospechar de él cuando vio que parecía tener una relación íntima con Ito el día de la audiencia de este último con el emperador Guangxu[625]. Fuera o no ese el momento exacto, desde luego Cixí estaba convencida de que sir Yinhuan trabajaba para los japoneses. Es más, es muy posible que se le ocurriera que era un agente japonés desde antes de 1898, y que incluso había tenido un papel en la espectacular derrota de China en la guerra de 1894-1895. Por aquel entonces, el emperador consultaba sus decisiones con el gran tutor Weng. Y el gran tutor, que estaba sobrepasado por la situación, se apoyaba en sir Yinhuan y le enviaba borradores de documentos varias veces al día para que los comentara[626]. Además, sir Yinhuan estaba a cargo del vital sistema de telecomunicaciones entre Pekín y el frente de guerra. Y en el desempeño de esa función, varias personas le habían denunciado por actuar de forma sospechosa. Entre otras cosas, se le acusó de «esconder informes y telegramas y cambiar parte de su contenido». El personal le calificaba de «traidor»[627] y sospechaba que estaba pasando secretos militares a los japoneses. Pero como con otras acusaciones contra nobles, no se investigó. El gran tutor Weng era buen amigo suyo y dijo que él explicaría sus actos al emperador. Desde entonces se ha sabido que los japoneses tenían pleno conocimiento de los intercambios telegráficos y conocían «al dedillo» todos los movimientos que hacía el ejército chino[628]. Tokio sabía también algo crucial: que el emperador Guangxu estaba dispuesto a pagar cualquier precio a cambio de tener paz, y eso le permitió arrancar una indemnización que era un auténtico robo.

Por muy convencida que estuviera Cixí de la traición de sir Yinhuan, por muy furiosa que se sintiera, tampoco a él podía ponerle al descubierto en un juicio. En este

caso, no podía permitirse el lujo de ofender a Japón. Como consecuencia, cuando sir Yinhuan fue condenado al exilio, los «delitos» enumerados en el decreto imperial fueron absurdos: «Albergar malas intenciones, comportarse de manera furtiva, buscar el favor de los poderosos y ser imprevisible y poco digno de confianza»[629]. Parecía una invención grotesca y reforzó el odio de los extranjeros hacia Cixí. Los occidentales siguieron presionando para que sir Yinhuan saliera en libertad. Dos años después, el mismo día en que pidió cooperación a Japón y Gran Bretaña para hacer frente a una invasión extranjera, Cixí ordenó la ejecución de sir Yinhuan en el lugar en el que había sido desterrado, una orden que, según especificó, debía llevarse a cabo con la máxima rapidez. Sir Yinhuan había seguido siendo una gran preocupación y quiso evitar que los británicos y los japoneses pudieran exigir su liberación a cambio de su ayuda[630].

Cixí ordenó otras ejecuciones sin juicio previo y a discreción del trono: las de los eunucos. Cuatro eunucos jefe que habían facilitado la comunicación entre el emperador Guangxu y El Zorro Salvaje fueron condenados a muerte por *bastinado* [a golpes de bastón] en la Ciudad Prohibida(38). Pero eso no bastó para aplacar su furia, y se molestó en concretar que no hubiera «nada de ataúdes ni funerales para ellos, que los arrojen a la fosa común». A otros diez eunucos les dieron palizas y luego les obligaron a llevar un *cangue* o cepo, un pesado yugo de madera, de entre 13 y 18 kilogramos de peso, que se apoyaba en el cuello y los hombros del desdichado eunuco, a veces para siempre. Hacía tanto tiempo que no se practicaban esos castigos que los viejos cangues se habían podrido y las celdas de detención de la corte se habían derrumbado en parte. Los nuevos administradores tuvieron que ordenar que hicieran cepos nuevos y repararan las celdas[631].

En comparación con ellos, los funcionarios involucrados en el caso Kang pero no de forma directa en el plan para matar a Cixí salieron bastante bien librados. A la mayoría de ellos sencillamente se les despidió. Solo uno, el compañero de estudios Xu, fue condenado a cadena perpetua, pero salió en libertad dos años más tarde. En esos momentos, Pekín estaba ocupado por invasores extranjeros y se abrieron las puertas de las prisiones. Él prefirió quedarse en vez de huir, y Cixí le concedió la libertad de forma oficial[632]. Otro funcionario se fue exiliado a Xinjiang, pero le permitieron regresar al cabo de dos años.

Mientras lidiaba con sus enemigos, Cixí quería que las reformas siguieran adelante y publicó varios decretos que subrayaban ese deseo. Escribió de su puño y letra un largo edicto en el que elogiaba «la capacidad de Occidente para hacer ricos y fuertes a sus países» y prometió que China iba a «aprender de sus buenos métodos y aplicarlos paso a paso». Sin embargo, aunque muchos cambios evolutivos sí

continuaron, las reformas, como movimiento, sufrieron una interrupción inevitable. Se anularon los decretos relativos a Kang y sus colegas; se readmitió a los funcionarios que habían sido despedidos a toda prisa; se rescindieron órdenes imposibles de llevar a la práctica, como la de dar a *todo el mundo* en el imperio el derecho a escribir directamente al emperador y recibir una respuesta; y se suspendió de momento la transformación radical de los Exámenes Imperiales. Parecía que el país estaba volviendo a las costumbres de antes. Los observadores occidentales, que no tenían ni idea de que era Cixí la que había lanzado y encabezado las reformas, y que creían que había sido Kang a través del emperador Guangxu, la condenaron de manera unánime por aplastar un movimiento que no había durado más que 100 días[633].

Con Cixí designada como culpable de todo, Kang intentó convencer a los Gobiernos extranjeros de que emplearan la fuerza militar para derrocarla y reponer al emperador Guangxu. En Japón empezó a hablar con los servicios de espionaje nada más llegar y les exhortó a secuestrar al emperador e instaurar un trono respaldado por los japoneses, para «forjar una fusión de la Gran Asia»[634]. En esas conversaciones participó activamente Bi, el hombre escogido para matar a Cixí. Un miembro de los servicios de Inteligencia, Kotaro Munata, aclaró la postura oficial de Tokio: «El Gobierno japonés no envía tropas armadas a la ligera, pero si llega el momento apropiado, desde luego que les ofreceremos nuestra ayuda sin necesidad de que la pidan»[635].

Para impedir que nadie llegara a rescatar, o a secuestrar, al emperador Guangxu, Cixí reforzó la seguridad en torno al prisionero. En su villa del Palacio del Mar, Yingtai, se instalaron grandes cerrojos y barras de hierro, encargados al herrero real en la capital. Se erigieron muros de ladrillo, que aislaban la villa del lago que la rodeaba. La gran esclusa que separaba el lago de las aguas externas al recinto se comprobó y se reforzó para que no pudieran entrar ni salir nadadores buceando. Cuando llegó el invierno y se congeló el agua, se ordenó romper el hielo para evitar que se aproximara cualquiera andando sobre él[636]. Cixí, en su paranoia, incluso temió que los ruidosos instrumentos de percusión de su hijo adoptivo, sus tambores, gongs y cimbales, pudieran oírse desde fuera del palacio y ayudaran a sus rescatadores a localizarle y entrar en contacto. Dijo a los eunucos que cuidaban de sus instrumentos que fueran a informarla a ella antes de dárselos a él[637].

La concubina imperial Perla había ayudado al emperador a comunicarse con Kang a través de sus eunucos privados. Su villa estaba a la orilla del lago, enfrente del islote del emperador. Se levantó un muro de ladrillo entre la casa y el agua y ella también pasó a estar presa[638].

Las feas paredes de color gris desfiguraron incluso el propio Palacio de Verano de Cixí. La residencia del emperador Guangxu allí, la Villa de la Balaustrada de Jade,

estaba justo al borde del agua y podían llegar a ella en barco o buceando. De modo que la fachada que daba al lago se tapó con un basto muro de ladrillos, algunos de los cuales permanecen allí todavía hoy.

21
Desesperada por destronar a su hijo adoptivo (1898-1900)

A estas alturas, Cixí odiaba a su hijo adoptivo: había intervenido en un plan para matarla y, sin embargo, ella no podía denunciarle. Todos creían que él era el trágico héroe reformista y ella la malvada reaccionaria, pero no podía defenderse. Sus sentimientos de amargura y frustración solo se aliviaban cuando veía una ópera sobre un hijo adoptivo despiadado que causaba la muerte de sus padres y luego recibía su justo castigo cuando le alcanzaba una terrible descarga lanzada por el Dios de los Rayos. Cixí se aficionó a esta ópera y la vio muchas veces. Mandaba que presentaran al hijo adoptivo como un canalla despreciable y ordenaba que los rayos y relámpagos se multiplicaran por cinco. También añadió al temible Dios de los Vientos y las Tormentas a la escena, de modo que la represalia parecía y sonaba todavía más espantosa. Incapaz de castigar a su hijo como se merecía, soñaba con que los dioses le castigasen algún día[639].

Es muy posible que se le pasara por la cabeza matar al emperador Guangxu, pero no lo pensó en serio. Aparte del miedo que le inspiraba el Cielo, no podía arriesgarse a las consecuencias nacionales e internacionales. Estaba combatiendo rumores de que lo estaban asesinando o lo habían asesinado ya. El emperador, que solía tener mala salud, había caído gravemente enfermo al haber quedado trastocado su mundo. Como era tradición, los informes de los médicos reales se distribuyeron entre las máximas autoridades, y un edicto público pidió a las provincias que enviaran a sus mejores doctores. Muchos pensaron que estas medidas eran maniobras de Cixí para preparar al mundo para el anuncio de su fallecimiento. Tuvo que enviar al príncipe Ching, el responsable del Ministerio de Exteriores, a ver a sir Claude MacDonald para pedir al diplomático británico que «calmara el ambiente»[640] y, cuando sir Claude sugirió que se permitiera a un médico de la legación examinar al emperador, el príncipe aceptó al instante.

El doctor Dethève, de la legación francesa, entró en la Ciudad Prohibida el 18 de octubre de 1898 para examinar al emperador Guangxu. Su informe confirmó que el emperador estaba verdaderamente muy enfermo. Sus síntomas eran náuseas y vómitos, falta de aliento, zumbidos en los oídos y vértigos. Las piernas y las rodillas parecían inestables, tenía los dedos entumecidos, oía mal, la vista le estaba fallando y le dolía la zona de los riñones. Su pauta de orina era anómala. El médico llegó a la conclusión de que el monarca, de 27 años, sufría nefritis crónica, es decir, que tenía los riñones dañados y no podían filtrar como era debido los residuos y fluidos de la sangre. El dictamen ayudó a acallar el rumor de asesinato, pero nadie pensó que el emperador Guangxu estuviera demasiado enfermo para gobernar el imperio[641].

Cixí quería como fuera apartar a su hijo adoptivo del trono. La rutina diaria de recibir su saludo y acompañarle a la audiencia matinal era un recordatorio constante de la conspiración y el papel que él había tenido en ella, y le impedía tener paz emocional. Dicha rutina comenzaba nada más levantarse, en general entre las cinco y las seis de la mañana. El emperador, después de lavarse y vestirse y de que le hubieran trenzado la coleta, y tras un cigarrillo y un rápido desayuno, llegaba en su silla de manos con dosel amarillo, transportado por ocho hombres (su séquito llevaba todo lo que necesitaba, incluido un orinal). Cuando depositaban la silla en el patio ante los aposentos de Cixí y anunciaban su llegada, Cixí se sentaba muy tiesa y un eunuco colocaba un cojín de brocado amarillo en el suelo. El emperador Guangxu entraba, se arrodillaba sobre el cojín y hacía el saludo ritual de un emperador a una emperatriz viuda, después de lo cual Cixí decía: «Por favor, levantaos, Majestad». Él se ponía de pie, daba un paso y preguntaba lo propio de un hijo a su padre: «¿Ha dormido bien el real padre? ¿Y cenó bien anoche?». Las respuestas afirmativas de Cixí iban seguidas de preguntas sobre él, hasta que por fin ella podía decir: «Vuestra Majestad puede marcharse a descansar». Entonces, el emperador Guangxu pasaba a otra habitación en la que leía los informes que le había dejado Cixí, junto con sus instrucciones. En el salón de audiencias se sentaban uno al lado de otro, flanqueados por guardias pretorianos especiales, autorizados a estar cerca del trono, uno de los cuales era el hermano de Cixí, el duque Guixiang. Durante las audiencias, el emperador casi no hablaba y, cuando lo hacía, se limitaba a murmurar unas cuantas preguntas vagas y a menudo inaudibles[642].

Esa rutina se repetía día tras día. También le irritaba verlo en otros lugares de la corte. Era famosa la afición del emperador a llevar túnicas de algodón muy remendadas como ropa interior, y otras sencillas, modestas y oscuras por fuera, lo cual le convertía en una figura incongruente en medio de las damas de la corte, vestidas de colores brillantes, y ante Cixí con sus joyas. En una ocasión le vieron de lejos en el Palacio del Mar ejecutando el Rito del Arado —en el que el emperador manejaba en persona el búfalo para arar el primer surco del año—, vestido con su ropa anodina, en medio de sus funcionarios y sus coloridos trajes formales de corte. Sus aposentos también eran conocidos por su austeridad. Esa falta de opulencia tal vez no era del todo voluntaria: es posible que los eunucos no atendieran debidamente a su comodidad[643]. Más tarde, cuando los occidentales frecuentaban la corte, se dieron cuenta de que no recibía el trato debido al Hijo del Cielo: «Ningún eunuco obsequioso se arrodillaba en su presencia […] en el palacio nunca he visto una rodilla doblada ante el emperador, salvo la del extranjero que le saluda o se despide de él. Resultaba aún más notable porque tanto los estadistas como los eunucos se arrodillaban cada vez que hablaban con la emperatriz viuda»[644][(39)].

El emperador Guangxu nunca mostraba una pizca de resentimiento, ni siquiera cuando los eunucos se reían de él durante los juegos de salón que compartía a menudo con ellos[645]. Ese comportamiento hacía pensar a muchos que fingía ser idiota mientras esperaba a que llegase su momento. Otros, como la pintora estadounidense Katharine Carl, observaban que el esbelto y delicado monarca tenía «una sonrisa casi de esfinge […] Sobre todo el rostro tiene un aire de estar reprimido que alcanza casi un estado de pasividad»[646]. Ni siquiera Cixí, con su ojo de águila, podía adivinar qué había detrás de aquella máscara quieta e inexpresiva. En la villa que le servía de prisión, el emperador leía traducciones de libros occidentales y clásicos chinos, practicaba caligrafía y tocaba instrumentos musicales (decía que no le gustaban las melodías tristes). Seguía desarmando y volviendo a armar relojes. Una vez se atrevió con una caja de música y, al parecer, no solo le devolvió la vida, sino que le añadió una melodía china[647]. Lo que más le gustaba hacer era dibujar figuras demoniacas en hojas de papel, y en el reverso escribía siempre el nombre del general Yuan, el que había delatado a los conspiradores y había causado su encarcelamiento. Después fijaba los dibujos sobre la pared, les disparaba flechas de bambú y al final hacía pedazos los dibujos agujereados[648].

¿Quién podía saber la verdad? Era posible que el emperador Guangxu estuviera de verdad esperando la llegada de un equipo de rescate, reunido por Kang *El Zorro Salvaje* y financiado por Japón. Esa perspectiva le daba pánico a Cixí. En 1899 incluso empleó una artimaña para neutralizar a los japoneses e intentar darles la impresión de que estaba tan deseosa como su hijo adoptivo de tener una buena relación. Envió a dos funcionarios a Japón, donde concedieron entrevistas a periódicos y pronunciaron discursos públicos en los que declararon que la emperatriz viuda les había enviado a forjar una alianza con Japón. Vieron al emperador japonés y al antiguo primer ministro Ito, que pensó que tenía otra oportunidad y se ofreció a ir inmediatamente a China para ser asesor del trono. Con el fin de que el engaño no fuera a más, los mensajeros hicieron todo lo posible para minar su propia credibilidad, hasta el punto de que la prensa japonesa los calificó de «extraños»[649]. Los europeos pensaron que Cixí se había «equivocado al elegir a sus hombres, porque estos comisarios, a diferencia de lo que normalmente encontramos [*sic*] en el hombre amarillo, revelaban demasiadas cosas de la importante misión»[650]. En Tokio, perplejos, no respondieron a su propuesta, aunque parecieron pensar que Cixí tenía esas intenciones. Pero, si las maquinaciones confundieron a Japón, alarmaron a Rusia y a la opinión pública, que imaginaron que el Gobierno estaba en tratos siniestros con Japón. Fue una maniobra torpe, muy por debajo de la destreza habitual de Cixí, y el hombre que la concibió y convenció a la emperatriz de ponerla en práctica, el censor Chongyi, se ofreció a ser despedido públicamente como chivo expiatorio. Todo ello indica que Cixí estaba realmente desesperada.

Tenía miedo constante de que huyera su prisionero y no le permitía salir de los palacios si no lo acompañaba ella. Ahora bien, había un lugar fuera de la Ciudad Prohibida al que el emperador debía ir, pero al que ella no podía acompañarle por ser mujer: el Templo del Cielo. (Muchos lo consideraban «la obra de arquitectura más bella de China»). El emperador tenía que ir periódicamente para rezar al Cielo y pedir buen tiempo para las cosechas, de las que dependía la supervivencia de la nación. El viaje suponía dormir allí una noche. Todos los emperadores Qing se tomaban el ritual con la máxima seriedad. El emperador Kangxi, por ejemplo, atribuía los cinco decenios de tiempo relativamente bueno que habían permitido que su reinado fuera un éxito a la sinceridad de sus oraciones en el templo. Cixí lo creía de todo corazón. Pero como ella no podía ir, y no podía estar segura de que el emperador Guangxu no fuera a escaparse cuando estuviera fuera de su alcance, envió a unos príncipes a que sustituyeran al monarca. No obstante, si bien era fácil colocar a unos sustitutos, los rezos de ellos no eran lo mismo que los del emperador. Cixí temía todo el tiempo que el Cielo interpretara la ausencia del soberano como una irreverencia y como consecuencia desencadenara una catástrofe sobre el imperio[651]. La angustia y la desesperación se unían en su anhelo de tener un nuevo emperador.

Sin embargo, destronar a Guangxu era algo impensable para los chinos, aunque la opinión pública, en general, estaba satisfecha con que Cixí tomara las riendas. El plan contra su vida empezó a correr de boca en boca y por las casas de té, y se consideró que la participación del emperador, que se achacaba a Kang *El Zorro Salvaje*, era inexcusable. Muchos pensaban que «Su Majestad había demostrado un juicio deplorable y que la emperatriz viuda tenía motivos para hacerse de nuevo con el control». Aun así, querían que él siguiera siendo el emperador. Se le consideraba un personaje sagrado, «celestial», al que sus súbditos ni siquiera debían ver (de ahí los biombos que tapaban sus procesiones). La gente prefería decir que Kang *El Zorro Salvaje* había «engañado al emperador» y había «enfrentado a Sus Majestades entre sí»[652]. Los virreyes de las provincias, aunque apoyaban la toma de poder de Cixí, querían que cooperara con su hijo adoptivo. El conde Li, que en privado se había reído del emperador y había dicho que «ni siquiera parecía un monarca», y que quería que gobernara Cixí, se oponía de forma rotunda, no obstante, a que se le apartara del trono. Cuando Junglu, el confidente más estrecho de Cixí, le sondeó, el conde se levantó de un salto antes de que Junglu terminara de hablar y alzó la voz: «¡Cómo puedes pensar en eso! ¡Esto es traición! ¡Sería un desastre! Los diplomáticos occidentales protestarían, los virreyes y gobernadores se levantarían en armas, y habría una guerra civil en el imperio. ¡Sería una total calamidad!». Junglu estaba de acuerdo con el conde Li. De hecho, él mismo había intentado en privado disuadir a

Cixí de cualquier intento de destronar a su hijo adoptivo[653].

Las legaciones habían dejado claro que sus simpatías estaban por completo de parte del emperador Guangxu. Cixí sabía que pensaban que él era el reformista y ella la tirana antirreformas. En un intento de corregir esa impresión y demostrar que era amiga de Occidente, en 1898 invitó a las damas del cuerpo diplomático a un té en el Palacio de Verano con ocasión de su cumpleaños. Sería la primera vez que unas mujeres extranjeras entraban en la corte. (El primer hombre occidental al que conoció Cixí había sido el príncipe Heinrich de Alemania, a principios de ese mismo año).

Antes de ir, las damas extranjeras reaccionaron como chicas jóvenes que jugaban a «hacerse las duras». Robert Hart escribió: «Primero, no estaban listas el día que Su Majestad quería que fueran, y luego, cuando llegó el segundo día fijado, no pudieron ir porque no consiguieron decidirse sobre el intérprete […] Luego surgió otra dificultad […] Así que la visita se ha pospuesto *sine die*»[654].

El té se celebró, por fin, el 13 de diciembre, muchos días después del cumpleaños. Si Cixí se sintió despreciada, como debió de sentirse, no dejó que sus sentimientos empañaran la ocasión. Sarah Conger, esposa del embajador de Estados Unidos, dejó una descripción detallada. A las 10 en punto de esa mañana, enviaron unas sillas de manos a recoger a las señoras:

Formábamos una procesión espectacular con nuestras 12 sillas y nuestros 60 porteadores […] Cuando llegamos a la primera entrada del Palacio de Invierno [Palacio del Mar], tuvimos que abandonar sillas, porteadores, *mafoos* [encargados de los caballos], acompañantes, todo. Dentro había siete sillas de corte tapizadas en rojo, todas en fila, con seis eunucos para llevar cada una, y muchos escoltas. Nos llevaron a otra valla dentro de la cual había un magnífico vagón de tren, regalo de Francia a China. Subimos al vagón y unos eunucos vestidos de negro lo empujaron y arrastraron hasta otra parada, en la que nos recibieron numerosos funcionarios y nos sirvieron té […] Después de un pequeño descanso y unos sorbos de té, unos funcionarios de alto rango nos escoltaron hasta el salón del trono. En la puerta nos quitaron nuestros ropajes pesados y nos condujeron ante la presencia del emperador y la emperatriz viuda. Nos colocamos según nuestro rango (según el tiempo que llevábamos en Pekín) y nos inclinamos. Nuestro primer intérprete presentó cada dama al príncipe Ch'ing [Ching] y él, a su vez, nos presentó a Sus Majestades. Luego, lady MacDonald leyó unas breves palabras en inglés en nombre de todas las damas. La emperatriz viuda respondió a través del príncipe Ch'ing. Otra profunda inclinación por nuestra parte, y luego llevaron a cada una hasta el trono, donde se inclinaba y hacía una reverencia al emperador *[sic*], que tendía la mano.

En opinión de lady MacDonald, fue «una agradable sorpresa para todas nosotras ver que [Guangxu] participaba en la audiencia […] Un joven de ojos tristes y aspecto

delicado, con poco carácter en el rostro, apenas levantó la vista durante nuestra recepción». Después de saludar al emperador, continuó la señora Conger: «Entonces nos aproximamos a Su Majestad la emperatriz y nos inclinamos con una profunda reverencia. Ella nos iba tendiendo las dos manos y nosotras nos acercábamos. Con unas palabras de saludo, Su Majestad envolvía nuestras manos en las suyas y colocaba en el dedo índice de cada una un pesado anillo repujado en oro, con una enorme perla».

Regalar anillos, y regalarlos de esa manera, era corriente entre las mujeres. Era un intento por parte de la emperatriz viuda de hermanarse con las esposas occidentales. Después las damas disfrutaron de un festín presidido por la princesa Ching y otras princesas, que llevaban «los más exquisitos bordados, ricos rasos y sedas, con adornos de perlas», y las uñas de los dedos «protegidas con anillos de oro enjoyados». Después del festín y el té, las llevaron de nuevo ante Cixí. Sarah Conger relató la escena:

Para nuestra sorpresa, allí, sobre un trono amarillo, estaba Su Majestad, la emperatriz viuda, y nos agrupamos a su alrededor como antes. Era inteligente y alegre y su rostro desprendía benevolencia. No se veía ni un atisbo de crueldad. Nos dio la bienvenida con expresiones sencillas, y sus acciones estuvieron llenas de libertad y cordialidad. Su Majestad se puso de pie y nos expresó sus buenos deseos. Tendió las dos manos a cada dama y luego se tocó mientras decía con entusiasta sinceridad: «Una familia, todos una familia».

Después hubo una representación de la Ópera de Pekín, tras la cual Cixí les dijo adiós con un gesto teatral: «Estaba sentada en su trono, muy cordial. Cuando nos sirvieron el té, se aproximó y se llevó cada taza de té a los labios, tomó un sorbo, luego levantó la taza hacia nuestros labios por el otro lado, y volvió a decir: “Una familia, todos una familia”. Después volvió a darnos bellos regalos, iguales para cada dama». La señora Conger, que tiene un aspecto severo en las fotografías, se deshizo en elogios después de conocer a Cixí:

Después de este maravilloso día de ensueño, tan increíblemente irreal para todas nosotras, llegamos a casa, embriagadas de novedad y de belleza […] ¡Es asombroso! ¡China, después de siglos y siglos de puertas cerradas, las ha empezado a abrir! Ninguna dama extranjera había visto antes a los gobernantes de China, ni ningún gobernante chino había visto a una dama extranjera. Regresamos a la legación británica y, satisfechas, nos agrupamos para hacernos una fotografía que fijara en nuestra mente un día extraordinario, un día de importancia histórica. El 13 de diciembre de 1898 es un un gran día para China y para el mundo.

Lady MacDonald se llevó como traductor a Henry Cockburn, secretario de la legación británica en Pekín, «un caballero con más de 20 años» de experiencia en China […] y que posee gran capacidad y sano juicio». Escribió: «Antes de nuestra visita, su opinión de la emperatriz viuda era la que puedo denominar la más generalizada […] Al volver, dijo que todas sus ideas preconcebidas habían sufrido un vuelco por lo que había visto y oído, y resumió el carácter de la emperatriz viuda en cuatro palabras, “amabilidad rayana en debilidad”». Sir Claude informó a Londres: «La emperatriz viuda causó una impresión de lo más favorable con su cortesía y su afabilidad. Quienes acudieron a palacio con la idea de que iban a conocer a una persona fría y altanera, de modales fuertes e imperiosos, se vieron gratamente sorprendidos al ver que Su Majestad es una anfitriona amable y cortés, y que mostró el tacto y la suavidad propios de un temperamento femenino». Estas opiniones las compartieron los representantes de otras embajadas[655].

La imagen de Cixí había mejorado. Pero los diplomáticos solo pensaban mejor de ella porque habían descubierto que tenía un inesperado «temperamento femenino». Ni mucho menos iban a preferir que gobernara China ella en lugar del emperador Guangxu. A lo largo del siguiente año, Cixí se resintió de la tensión que le provocaba ser una carcelera permanente. Y la presión se volvía intolerable cuando pensaba con temor en las posibles consecuencias de que el monarca no fuera nunca a rezar al Templo del Cielo. Aceptó de buen grado la sugerencia de adoptar un heredero, que podría desempeñar las obligaciones del emperador y, a su debido tiempo, sustituirle, para que él se retirase. La adopción estaba suficientemente justificada: el emperador Guangxu tenía casi 30 años y aún no tenía hijos. Se podía alegar que necesitaba adoptar un hijo para continuar la línea dinástica. Por lo tanto, el prisionero escribió de su puño y letra un humilde edicto en tinta roja en el que anunciaba que su enfermedad le impedía tener un hijo natural y que, a instancias suyas, la emperatriz viuda había consentido amablemente designar un príncipe heredero, por el bien de la dinastía[656].

El heredero fue un chico de 14 años llamado Pujun. Su padre, el príncipe Duan, era hijo de un hermano del emperador Xianfeng, el difunto marido de Cixí, lo cual le otorgaba legitimidad.

Este acuerdo disparó enseguida la especulación de que al emperador Guangxu probablemente le quedaba poco tiempo en el trono. Los que se oponían de forma radical a Cixí insistieron en que le iba a asesinar. «Los embajadores extranjeros recuperaron el semblante serio. Hablaban sin reparos de su temor de que Kuang Hsu [Guangxu] tuviera los días contados», anotó un testigo. Cuando Cixí anunció la designación del heredero, el 24 de enero de 1900, las legaciones extranjeras exigieron una audiencia con el emperador Guangxu, una señal inequívoca de su apoyo al

emperador preso y su desprecio por el príncipe heredero[657]. Les dijeron que el emperador estaba enfermo y no podía verles. Cuando las damas diplomáticas solicitaron una repetición de la alegre fiesta de un año antes, las rechazaron: la emperatriz viuda estaba «demasiado ocupada con los asuntos de Estado»[658].

22
En guerra contra las potencias mundiales y junto a los bóxers (1899-1900)

El hecho de que las legaciones extranjeras se pusieran de parte de su hijo adoptivo produjo un gran resentimiento en la emperatriz viuda. Pero aún le indignó más cómo trataban las potencias a su imperio después de que ella hubiera perseguido su amistad en la recepción a las damas diplomáticas. Poco después de que hubiera hecho la proclamación de «Una familia, todos una familia», recibió un golpe desagradable. A principios de 1899, Italia exigió la cesión de una base naval en la bahía de Sanmen, una profunda ensenada en la costa este de la provincia de Zhejiang. La exigencia se debía, más que a un motivo estratégico, al deseo de Italia de poseer un trozo de China como símbolo de prestigio, para estar a la altura de las demás potencias europeas(40). Como la adquisición no representaba ninguna amenaza para las potencias, Gran Bretaña dio su consentimiento a Italia, igual que casi todas las demás[659]. Entonces, los barcos de guerra italianos hicieron una exhibición frente a la costa próxima a Pekín. Las potencias occidentales esperaban que China cayera de rodillas ante la amenaza de guerra, como había sucedido hasta entonces. Robert Hart, que estaba del lado de China, se mostró pesimista: «El ultimátum italiano ha llegado: ¡China tiene que decir "sí" en un plazo de cuatro días o arrostrar las consecuencias! La situación vuelve a ser crítica […] Creo que debemos ir de mal en peor. No nos sobra el dinero, no tenemos Armada, no tenemos una organización militar propiamente dicha […] Otras potencias seguirán el ejemplo y la *débacle [sic*] no puede estar lejos. No es que China se esté deshaciendo en pedazos; ¡son las potencias las que la están despedazando!». Hart se lamentaba, como durante la guerra con Japón, de que «no hay un hombre fuerte»[660].

Pero esta vez había otra persona al mando. Los occidentales se encontraron con que, «para gran sorpresa de Italia y de todos los demás, China contestó con una terca negativa»[661]. El Ministerio de Exteriores chino devolvió las cartas del embajador italiano, De Martino, sin abrir. Explicó a sir Claude MacDonald que, «al no poder acceder a esta petición, y teniendo en cuenta que discutir el asunto con el representante italiano significaría un gran gasto de pluma y tinta, hemos devuelto al *signore* De Martino sus mensajes»[662]. Cixí dio órdenes de comenzar los preparativos para la guerra. «Había una actividad bulliciosa en todo el imperio», advirtieron los observadores extranjeros[663].

En mitad de la crisis, Italia cambió al ministro de su legación. Cuando llegó el nuevo embajador, Giuseppe Salvago Raggi, fue a presentar sus credenciales al emperador Guangxu. Ignorando el protocolo, que marcaba que el responsable del

Ministerio de Exteriores recibiera las credenciales en su nombre, el emperador «tendió la mano para coger la carta», relató Salvago Raggi, y entonces «el príncipe Ching se quedó helado»[664]. Los italianos interpretaron el gesto como algo muy significativo, una señal de que China quería desvivirse por ser amable y los barcos de guerra habían surtido efecto. Se sintieron muy decepcionados cuando al día siguiente llegaron unos funcionarios chinos a explicar que lo que había hecho el emperador no era más que una anomalía y que no había que darle ninguna interpretación especial. El 20 y el 21 de noviembre de 1899, Cixí publicó dos decretos en los que expresaba su ira y su determinación:

Ahora la situación es peligrosa y las potencias nos observan como unos tigres que contemplan a su presa, todos deseando irrumpir en nuestro país. Dada la situación económica y militar que tiene hoy China, por supuesto trataremos de evitar una guerra […] Pero si nuestros poderosos enemigos intentan obligarnos a ceder a unas demandas que no podemos consentir de ningún modo, entonces no tendremos más alternativa que apoyarnos en lo justo de nuestra causa y unirnos para luchar […] Si nos fuerzan a entrar en guerra, una vez que se haya declarado, todos los jefes provinciales deben actuar unidos para combatir a estos odiosos enemigos […] Nadie está autorizado a pronunciar la palabra *he* [apaciguamiento], ni siquiera a pensarla. China es un gran país rico en recursos y con cientos de millones de habitantes. Si la nación logra unirse en su devoción hacia el emperador y la patria, ¿a qué poderoso enemigo vamos a temer?[665]

Italia, que no tenía ninguna inclinación a librar guerras, suavizó sus demandas y al final solo pidió una concesión en un Puerto del Tratado. Por lo visto, Cixí respondió: «Ni una mota de barro chino»[666]. Italia fue cediendo y, a finales de año, había abandonado ya todas sus reclamaciones. Un «sentimiento de euforia llenó los corazones de los patriotas chinos»[667], advirtieron los occidentales. Pero la victoria no disminuyó la preocupación de Cixí. Sabía que había tenido suerte porque Italia era «un país pequeño y pobre» y en realidad no quería una guerra[668]. Los italianos habían hecho un alarde de fuerza pero ella los había dejado en evidencia. Sin embargo, el apoyo de las grandes potencias europeas a Italia destruyó su fantasía de «una familia» y ahondó su resentimiento. «Las potencias extranjeras nos lanzan demasiadas intimidaciones, demasiadas», decía sin cesar. «Las potencias extranjeras nos acosan», y «Me siento consumida por dentro»[669].

Hasta los miembros más liberales y prooccidentales de la clase dirigente se enfurecieron al ver cómo peleaban las potencias europeas para repartirse China. Les

horrorizaba ver que Estados Unidos, la única gran potencia que no tenía ningún trozo de su territorio, había aprobado la Ley de Exclusión de los Chinos, que discriminaba a los inmigrantes de ese país(41). Casi todo el mundo tenía motivos personales para sentir herido su orgullo. Wu Tingfang, que había estudiado Derecho en Londres y encabezaba la misión de China en Estados Unidos, se sintió muy dolido por un incidente: «A los occidentales les gustan mucho las carreras de caballos. En Shanghái han obtenido de los chinos una gran extensión de terreno en la que celebran carreras dos veces al año, pero los chinos no pueden entrar en las gradas los días de competición. Les asignan una entrada aparte y un recinto aparte, como si fueran víctimas de una enfermedad infecciosa»[670].

Yung Wing, el primer chino licenciado por la Universidad de Yale, describió una experiencia en una sala de subastas de Shanghái que le dejó una huella profunda: «Estaba de pie en medio de una multitud con chinos y extranjeros mezclados. Detrás de mí estaba un fornido gigante escocés […] Empezó a atarme unas bolas de algodón en la coleta, solo porque sí. Pero le vi y, en tono agradable, la levanté y le dije que me las quitara. Él cruzó los brazos y se irguió con una mirada de enorme desprecio y desdén». La cuestión derivó en una pelea cuando los golpes de Yung Wing «hicieron sangrar con gran profusión el labio y la nariz [del escocés]». «El escocés, tras el incidente, estuvo sin aparecer en público toda una semana […] Pero el motivo era más bien que le había dado una paliza un chino menudo de forma tan visible». Yung Wing hacía esta reflexión:

desde que se estableció la colonia extranjera extraterritorial cerca de la ciudad de Shanghái, no se sabe de ningún chino en su jurisdicción que haya tenido el valor y las agallas de defender sus derechos […] cuando un extranjero los ha violado o pisoteado. Su temperamento tímido y sumiso ha permitido que los insultos y las afrentas personales no despertaran resentimientos y se quedaran sin respuesta […] Pronto llegará un día, no obstante, en el que el pueblo de China estará tan formado y tan cultivado que sabrá cuáles son sus derechos, públicos y privados, y tendrá el valor moral necesario para reafirmarlos y defenderlos[671].

Fue Yung Wing quien puso en marcha el plan para enviar a adolescentes chinos a que fueran educados en Estados Unidos, y Wu Tingfang sería, con el tiempo, uno de los autores de un código legal de estilo occidental. Ambos transformaron su orgullo herido en ímpetu para reformar China con arreglo al modelo de Occidente, por el que siguieron sintiendo afecto y admiración toda su vida. Wu escribió sobre el viaje a Estados Unidos:

Cuando un oriental que ha vivido toda su vida en su propio país, donde la voluntad de su soberano es suprema y la libertad personal del súbdito es inexistente, pone el

pie por primera vez en Estados Unidos, respira una atmósfera totalmente distinta a todo lo que conoce y experimenta curiosas sensaciones que son totalmente nuevas. Por primera vez en su vida, puede hacer lo que quiere sin limitaciones […] Se siente sobrecogido[672].

En el caso de los aldeanos y los habitantes de los pueblos, el sentimiento antioccidental se dirigía sobre todo contra las misiones cristianas establecidas entre ellos. Había ya más de 2.000 misioneros que vivían y trabajaban en China. Al ser extranjeros, cuando las cosas iban mal, se convertían enseguida en objetos de odio. Y la inflexibilidad de algunos sacerdotes no mejoraba las cosas. En especial surgía animosidad cuando había sequía, que generaba largos periodos de inquietud entre los campesinos. En esos momentos, los aldeanos solían llevar a cabo elaboradas ceremonias y oraciones al Dios de la Lluvia, con la esperanza apremiante de poder sobrevivir al año siguiente. Era cuestión de vida o muerte, y se exigía que participaran todos los habitantes para demostrar su sinceridad colectiva. Muchas misiones cristianas les decían que estaban rezando a un dios falso y condenaban las ceremonias por ser una farsa «idólatra». E. H. Edwards, que fue durante 20 años misionero médico en China, escribió: «Los extranjeros (a los que estas exhibiciones teatrales les parecen absurdas y sin sentido) no pueden hacerse a la idea del poder que ejercen sobre la gente y las inmensas sumas de dinero que se gastan en ellas cada año». Los misioneros prohibían a los conversos que dieran dinero y participaran. Como consecuencia, cuando la sequía se prolongaba, los aldeanos acusaban a los extranjeros y los conversos de ofender al Dios de la Lluvia y hacer que se murieran de hambre. Cuando los mandarines se lo explicaban a los sacerdotes, la respuesta era categórica, como contó Edwards: «Los funcionarios pidieron a los misioneros que animaran a los cristianos a pagar su parte de dinero para evitar futuros problemas. Esta petición no tuvo, por supuesto, más que una respuesta; y además explicaron a los funcionarios que no solo la Iglesia protestante en China desaprobaba la asistencia a los teatros, sino que, si se descubría que algún miembro iba a ellos de forma habitual, se le aplicaba la disciplina»[673].

Como contaban con el respaldo de las cañoneras, las misiones se habían convertido en una autoridad por derecho propio. Y como tales, podían proteger a sus conversos en numerosas rencillas locales. El reverendo Arthur H. Smith, misionero de la Junta Americana en China durante 29 años, escribió (sobre la misión francesa):

Cada vez que un cristiano tiene una disputa con un hereje, sea cual sea el problema, el sacerdote se hace cargo inmediatamente de la pelea y, si no logra intimidar a los funcionarios locales y obligarlos a dar la razón al cristiano, presenta el caso como un ejemplo de persecución cuando se apela al cónsul francés. Entonces llega la reparación, que se obtiene mediante una rigurosa extorsión, sin la menor

referencia a lo justo de la demanda[674].

Como consecuencia, algunos no cristianos estaban convencidos, con razón o sin ella, de que el funcionario local siempre dictaminaría en favor de los cristianos, para evitar problemas a su Gobierno y quitarse obstáculos de su propia carrera. Su sentimiento de agravio provocó muchos motines contra los cristianos. La orden de Cixí era que en las disputas que estuvieran relacionadas con los cristianos se fuera siempre «justo e imparcial»[675]. Su Gobierno reprimía los disturbios anticristianos y castigaba a los funcionarios que no ejercían la fuerza suficiente para aplastar las protestas o, como ocurría a veces, incluso contribuían a agitarlas. Así se consiguió que el número de motines disminuyera a unas cuantas docenas en el plazo de cuatro décadas, y ninguno de ellos desembocó en una matanza como la de Tianjín de 1870.

Después de que Alemania se apoderara de áreas de Shandong a finales de 1897 y estableciera allí una presencia sustancial, muchos habitantes se convirtieron al cristianismo para recibir protección. En varios condados, las autoridades vieron que la gente se incorporaba a la Iglesia para evitar ser castigada por «tener deudas y no querer pagarlas […] cometer robos e incluso asesinatos»[676]. Y hubo un hombre que buscó refugio en la Iglesia para no tener que contestar a una citación judicial después de que «su padre había presentado una querella contra él por ser gravemente desobediente». En un condado, un campesino cristiano fue acusado de robar trigo del campo de su vecino. En otro, se dijo que un cristiano relativamente rico se negaba a prestar cereal a la gente hambrienta durante una sequía (cosa que se oponía a la tradición). En ambos casos, como los magistrados locales fallaron en favor de los conversos, estallaron disturbios que llevaron a la quema de iglesias. Pero la chispa que desencadenó otro motín fue que unos cristianos trataron de convertir un templo dedicado al Emperador Celestial en una iglesia. El fin de la violencia solía consistir en que el gobierno local castigaba a los amotinados y pagaba una cuantiosa compensación a la Iglesia, lo cual producía aún más resentimiento entre los no cristianos.

En la primavera de 1899, en un intento de acabar con la agitación en Shandong, Alemania envió una expedición a varios pueblos, en los que los soldados incendiaron cientos de casas y mataron a disparos a numerosos habitantes[677]. Después de estas atrocidades, un grupo que tenía alrededor de un año de existencia y se denominaba la Sociedad de los Puños Justos y Armoniosos, los *Yi-he-quan*, adquirió una popularidad inmensa y cientos de miles de seguidores. (Shandong era famosa por la afición de su población masculina a las artes marciales, en particular un tipo de combate con los puños similar al boxeo). El grupo culpaba a los extranjeros de todos los males del país y las dificultades de sus vidas, y se había comprometido a expulsarlos. La prensa extranjera los llamaba «los *bóxers*», los boxeadores. La gente se unía a la sociedad

por diferentes razones. Algunos odiaban a los alemanes, que habían destruido sus hogares, y trasladaban ese odio a todos los extranjeros y los cristianos locales. Otros tenían rencillas antiguas con vecinos que se habían convertido. Otros buscaban una forma de desahogar su angustia porque parecía que la cosecha del año siguiente iba a ser mala. «En general […], el chino es una persona bastante bien alimentada», observó la sagaz viajera Isabella Bird, que se encontraba en el país en ese periodo[678]. Pero, en cuanto el tiempo se estropeaba —como pasaba entonces en Shandong—, esa misma persona se encontraba de pronto en plena lucha por la supervivencia.

Cuando estalló la violencia contra los cristianos, Cixí ordenó que se arrestara y se «castigara con severidad» a los autores y que se protegiera a los cristianos[679]. El gobernador de Shandong, Yuxian, aborrecía a las potencias extranjeras y no quería amparar a los cristianos. Cixí le sustituyó por el general Yuan Shikai[680]. Poco después de la llegada del general a Shandong, el 30 de diciembre de 1899, el reverendo S. M. Brooks, misionero de la Iglesia de Inglaterra, que viajaba en burro por caminos rurales, fue asesinado por un grupo de merodeadores que admiraban a los bóxers. Era la primera vez que asesinaban a un misionero en China desde hacía dos años. Cixí declaró en un edicto que se sentía «profundamente preocupada» y ordenó al general Yuan «capturar a los criminales y castigarlos con severidad»[681]. Yuan encontró pronto a los culpables y los llevó ante la justicia. A algunos los ejecutaron. Además, el general Yuan informó a Cixí de que ese año los bóxers habían destruido 10 casas familiares utilizadas como iglesias, habían arrasado 328 hogares cristianos y habían matado a 23 conversos al cristianismo[682]. El general estaba decidido a emplear la fuerza para reprimir a los bóxers, y Cixí le apoyaba, pero al mismo tiempo le advirtió que se mostrara «extremadamente prudente» antes de emprender cualquier acción militar a gran escala. Su objetivo debía ser «disolver» las bandas y castigar solo a quienes de verdad habían cometido delitos[683]. A medida que Yuan avanzó en su campaña contra los bóxers, ellos empezaron a dispersarse, empujados por una nevada muy deseada que se prolongó varios días, lo cual representaba la promesa de una cosecha mejor al año siguiente y unos estómagos más llenos. La nieve salvadora fue seguida de fuertes lluvias en primavera, que redujeron aún más las filas de los bóxers.

No obstante, algunos bóxers se convirtieron en bandoleros, dedicados a los robos y a recorrer la vecina provincia de Zhili, alrededor de Pekín. El 19 de febrero de 1900, Cixí prohibió a los bóxers en Zhili y en Shandong, y ordenó un «duro castigo» para cualquiera que cometiera actos violentos. Como era habitual, se hicieron copias del decreto para colgarlas en las paredes en las dos provincias[684].

Las legaciones extranjeras, a las que había «tranquilizado» el edicto de Cixí sobre el asesinato del reverendo Brooks, no se quedaron satisfechas con su prohibición de los bóxers. Lo que querían —sobre todo Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Italia y Francia— era una proclamación nacional a todo el país contra los bóxers y cualquier sociedad afiliada, y que «ordenara, nombre por nombre, [su] total eliminación». Exigieron que quedara «claramente establecido en el decreto que pertenecer a cualquiera de estas sociedades o albergar a cualquiera de sus miembros es un delito contra las leyes de China». Además insistieron en que la proclamación se publicara en la *Gaceta de Pekín*, el boletín informativo del Gobierno[685].

Cixí se negó a hacer lo que le decían. Aparte de sentirse desafiante, no quería anunciar su prohibición a todo el imperio, porque los bóxers no existían más que en dos provincias. Solo quería prohibirlos donde tenían actividad, Shandong y Zhili. Pretendía castigar a quienes hubieran cometido actos violentos e infringido la ley, pero no criminalizar a los afiliados corrientes. En especial, detestaba pensar que la población pudiera pensar que reprimía en exceso el sentimiento antioccidental y no quería que la consideraran una marioneta de las potencias extranjeras. Además, opinaba que las legaciones estaban siendo injustas y poco razonables. Ninguna de ellas había emitido ni un murmullo contra las transgresiones de los soldados alemanes, mientras que ella sí había tomado medidas contra los bóxers. Y su estrategia estaba dando resultado: los bóxers estaban bastante disueltos en Shandong. Cuanto más insistían las embajadas en sus exigencias, más se obstinaba ella. En la *Gaceta de Pekín* no se mencionó a los bóxers. Sir Claude MacDonald, el embajador británico, escribió el 2 de abril con frustración: «Nunca les he visto [a los responsables del Ministerio de Exteriores chino] tan tercos ni tan satisfechos de sí mismos». En su opinión, la culpa era de la retirada italiana: «Sus barcos llegaron, vieron y se fueron, y llamaron a su embajador, y los coletas ganaron en todos los frentes»[686]. Lo que no sabía sir Claude era que Cixí habría actuado igual con o sin la debacle de Italia.

El 12 de abril, sir Claude y sus colegas, aunque decidieron «no presionar más para que se publique un decreto especial en la *Gaceta*», dieron al Gobierno chino dos meses para exterminar a los bóxers. Si no, amenazaron, sus tropas entrarían en China para hacerlo ellas mismas. La amenaza se vio reforzada con un enfático desfile de barcos de guerra delante de los Fuertes de Dagu[687]. Sin deseos de confrontación, Cixí hizo concesiones. Dos días después, se publicó en la *Gaceta de Pekín* un memorándum del virrey de Zhili que describía cómo las tropas del Gobierno estaban dispersando a los bóxers; de esa forma, se anunció al país que los bóxers eran ilegales. El día 17, la *Gaceta* publicó un decreto de condena hacia quienes «utilizan

un pretexto para oprimir a los conversos […] e involucrarse en delitos». Las legaciones interpretaron: «El trono no pone límites a su principio de tratar a todos los hombres con la misma benevolencia»; los funcionarios debían «aprovechar cualquier oportunidad para dar a conocer a todos que cada hombre debe ocuparse de sus asuntos y seguir viviendo en paz con los que le rodean». El decreto no nombraba a los bóxers, y el tono era firme sin ser draconiano[688].

El hecho de que aparecieran todos estos documentos en la *Gaceta de Pekín* satisfizo a sir Claude y sus colegas, pero la falta de la severidad deseada en el decreto los dejó descontentos. Las cañoneras permanecían ante los Fuertes de Dagu y su presencia era un recordatorio diario de que, si Cixí no eliminaba a los bóxers antes de dos meses, habría una invasión. Las potencias occidentales, en realidad, no deseaban una guerra. Como escribió la señora Sarah Conger, esposa del embajador estadounidense, «ninguno quiere entrar en guerra con China». Pero también advirtió que «hay muchos barcos de guerra en Ta Ku [Dagu]»[689]. Los barcos formaban parte de la demostración de fuerza. Pero el primer ministro británico, lord Salisbury, explicó posteriormente: «He pasado tiempo tratando de convencer a mis compatriotas de que provocar a los chinos era una diversión peligrosa, pero no preví una confirmación tan sólida de mis opiniones»[690]. Porque Cixí, indignada, se empeñó más aún en desafiar a las potencias.

Desde la desastrosa guerra y «paz» con Japón, cinco años antes, se había instaurado un modelo: las potencias extranjeras hacían demandas, luego amenazaban con usar la fuerza, y Pekín accedía de inmediato a lo que le decían. Cixí acababa de romper la pauta al dejar en evidencia a Italia. Y estaba decidida a hacer lo mismo con las demás potencias, que eran más fuertes. Pero si su desafío conducía a una guerra, ¿cómo —y con qué— podría luchar? La Armada estaba destruida y el ejército era débil. La derrota parecía inevitable. Fue entonces, desesperada, cuando Cixí se agarró a un clavo ardiendo: quizá los bóxers podrían librar una especie de «guerra popular» contra los invasores. Su odio a los extranjeros haría de ellos unos soldados feroces y valientes, pensó.

Los más pragmáticos del entorno de Cixí, como Junglu, vieron que la colisión con Occidente era inminente y aconsejaron llegar a un acuerdo con las legaciones para evitarla. Cixí hizo oídos sordos. Temiendo lo peor, Junglu pidió permiso por enfermedad y se alejó de la corte durante 60 días. Por tanto, el confidente de Cixí, a cuyos sensatos consejos solía hacer caso, estaba ausente cuando tomó su más fatídica decisión[691].

El hombre que la asesoraba más de cerca ahora, el príncipe Duan, era el padre del recién nombrado heredero. Duan odiaba a los occidentales por despreciar a su hijo y fomentó con vehemencia la idea de emplear a los bóxers como soldados. Junto con otros príncipes y aristócratas que pensaban como él, trató de convencer a Cixí de que

los bóxers eran leales, intrépidos y «disciplinados»[692]. Se ofrecieron a organizarlos para convertirlos en una fuerza de combate y prepararlos para la invasión. El lado racional de Cixí le decía que los bóxers no eran ni de lejos los más apropiados para luchar en un conflicto semejante, pero su lado emocional quería creer como fuera lo contrario. Eran su último recurso. También es posible que pensara que los bóxers, al menos, podrían causar cierto daño a los invasores, y eso le daría una oportunidad de negociar un acuerdo y evitar una capitulación sin condiciones.

A medida que se inclinaba a utilizar a los bóxers como soldados, la mano con la que estaba atacándoles empezó a vacilar. Aunque el ejército siguió intentando disolverlos, las tropas empezaron a darse cuenta de la falta de entusiasmo y la ambivalencia de la emperatriz y su propio ardor se apagó. Los bóxers, envalentonados, crecieron en número y se extendieron como el fuego, justo en la zona alrededor de Pekín.

En la primavera de 1900, mientras Shandong recibía con alivio las lluvias, la región de Pekín sufrió una sequía devastadora. Un misionero de la época escribió: «Por primera vez desde la gran hambruna de 1878, no se plantó ningún cereal de invierno […] En las circunstancias más favorables, las lluvias de primavera son casi siempre insuficientes, pero ese año estuvieron ausentes casi por completo. La tierra estaba tan dura que no se podía plantar nada, y, en periodos así, la población ociosa e inquieta está dispuesta a cualquier fechoría»[693]. Atormentados por el miedo a morir de hambre, los bóxers afirmaban que el Dios de la Lluvia no contestaba sus plegarias porque estaba seducido por los «demonios extranjeros», ¡esas criaturas inhumanas que tenían ojos azules![694]. Como los chinos tienen los ojos negros, a los extranjeros se los distinguía por el color de los suyos. Corría un rumor muy extendido de que sus ojos multicolor podían atravesar la superficie de la Tierra y descubrir tesoros enterrados, que entonces robaban para dejar a China en la pobreza.

En mayo, decenas de miles de bóxers, en su mayoría campesinos con grandes problemas debido al mal tiempo, entraron en Pekín y abarrotaron las calles de la capital. Llevaban pañuelos rojos, camisas rojas y un fajín rojo en la cintura, y portaban grandes cuchillos de trinchar. Se movían en grupo y levantaban altares dedicados a una variedad de deidades, a menudo personajes del teatro popular como *El rey mono*. En el transcurso de una ceremonia, el jefe de la banda actuaba como si el espíritu de una deidad hubiera entrado en su cuerpo, de forma que tanto él como sus palabras adquirían un carácter sagrado. Daba saltos sin parar, aullando y bailando como en un trance: gestos que también estaban copiados de óperas de Pekín. Los miembros recitaban con él conjuros sin sentido y aprendían patadas de *kung-fu*. Se les decía que unos espíritus protectores habían entrado en sus cuerpos y los habían vuelto

inmunes a las balas y las armas, así que los fusiles de los extranjeros no podían herirlos.

Entre ellos había algunas mujeres jóvenes que se llamaban las Faroleras Rojas, y que debían ser vírgenes o viudas. Casi todas estas mujeres llevaban faroles rojos y lanzas con borlas rojas, iban vestidas con camisas rojas de manga corta y pantalones ajustados, y se mostraban así por las calles. Una auténtica ruptura con la tradición. Incluso saludaban a los transeúntes con sus pañuelos rojos. Se decía que los pañuelos tenían propiedades mágicas: si se ponía uno en el suelo y se pisaba, una farolera roja se vería transportada hacia el cielo (como en el teatro), donde podría localizar la cabeza de un demonio extranjero y cortarla con el cuchillo. También podía limpiar el polvo de un edificio alto (por ejemplo una iglesia) con el pañuelo y el edificio ardería y acabaría reducido a cenizas. Las jóvenes, que en su mayoría tenían una vida esclavizada, estaban disfrutando de su momento de libertad, entre otras cosas al ver masas de hombres que se postraban en su honor al verlas pasar.

En las paredes de las calles de Pekín, junto a los edictos imperiales con su prohibición, se exhibían, desafiantes, los carteles de los propios bóxers, con llamamientos a «matar a todos los extranjeros en tres meses»[695]. El 31 de mayo, con la situación casi descontrolada, Cixí dio permiso a 400 soldados occidentales de Tianjín para entrar en Pekín con el fin de proteger las legaciones extranjeras[696]. Las legaciones pensaron que no era suficiente, así que, el 10 de junio, más de 2.000 tropas al mando del almirante Edward Seymour, comandante en jefe de la base de la Armada británica en China, salieron de Tianjín hacia Pekín, a 120 kilómetros de distancia, en ferrocarril. Cixí no había autorizado la expedición y ordenó a sus diplomáticos que convencieran a las legaciones de anularla. El responsable del Ministerio de Exteriores, el príncipe Ching, estaba de acuerdo con que acudiera ese ejército extranjero, de modo que Cixí, enfurecida, le sustituyó por el príncipe Duan, partidario de la línea dura. Las legaciones se negaron a hacer volver a la expedición[697].

Resuelta a impedir que un ejército extranjero entrara en la capital sin autorización, Cixí respaldó la movilización de varios grupos de bóxers a lo largo de la línea de tren para intentar detenerlo. Los bóxers resultaron asombrosamente eficaces[698]. Sabotearon la vía y lucharon «con el máximo valor», según el capitán Jellicoe, jefe de gabinete del almirante Seymour. El teniente Fownes Luttrell también destacó la «gran valentía» de los bóxers[699]. Cuando pronto se les unió el ejército imperial, dotado de armas modernas, lograron retener a la expedición Seymour. Este triunfo dio esperanzas a Cixí de que los bóxers pudieran verdaderamente ayudar a repeler la invasión.

Los combates agudizaron las tensiones en Pekín. El 11 de junio, soldados de un ejército, en su mayor parte musulmán, que defendía la capital mataron en la calle a un canciller de la legación japonesa, Sugiyama Akira. Cixí expresó públicamente su «profundo pesar» por la atrocidad cometida contra un diplomático extranjero y prometió castigar a los autores[700]. Pero cuando dio la orden al comandante del ejército, Dong Fuxiang, él replicó que, si se ejecutaba por asesinato a un solo soldado de su ejército, sus fuerzas se amotinarían. Tras un largo silencio, Cixí dijo: «Bueno, lo hecho hecho está»[701].

Apoyados por el ejército musulmán, los bóxers empezaron a destruir vías, trenes y líneas de telégrafo. La comunicación telegráfica entre Pekín y las provincias se interrumpió, de forma que los virreyes del sur tenían que enviar sus mensajes a Shandong para que de allí los llevaran a Pekín a caballo. En la capital, los bóxers empezaron a quemar iglesias y propiedades extranjeras, entre los vítores de grandes muchedumbres. En un acto de odio extremo, la turba arrasó los cementerios extranjeros, hizo añicos lápidas y monumentos y sacó de las tumbas los cuerpos para clavarles lanzas y luego prenderles fuego.

A los extranjeros se los llamaba con frecuencia «Peludos» —*mao-zi*—, porque tenían más vello corporal que los chinos. Los chinos cristianos eran los «Peludos secundarios» —*er-mao-zi*— y constituían el principal blanco de la ferocidad de los bóxers. Con el cuerpo horriblemente quemado y cubierto de heridas, corrían a las legaciones en busca de protección: «Más de lo que la carne y el hueso podía soportar ver», escribió un guardia. Se enviaban patrullas de rescate a tratar de salvar a otros, y estas abrían fuego sobre las multitudes, cosa que provocó la muerte de unos 100 bóxers y otros chinos en un par de días[702]. El odio se desbordó. Hombres enloquecidos, ceñidos con fajines rojos y armados con espadas, lanzas y cuchillos, se agolparon ante el barrio de las legaciones y lo sitiaron.

El barrio de las legaciones, que albergaba a representantes de 11 países, era un enclave de unos 3 kilómetros de largo y 1,5 kilómetros de ancho, y estaba situado junto a los muros surorientales de la Ciudad Real, que envolvía la Ciudad Prohibida. El sur del barrio limitaba con la muralla almenada que separaba la Ciudad Interior, habitada por manchúes, de la Ciudad Exterior, habitada por han. Estaba dividido por un canal poco profundo que corría de norte a sur. Dentro del barrio estaban refugiados 473 civiles extranjeros y miles de cristianos chinos, junto con 400 guardias militares, que construyeron un laberinto de barricadas. Las masas de bóxers, decenas de miles, se lanzaron contra los muros y el cordón de defensa gritando «¡Muerte a los demonios extranjeros! ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!». Quienes escuchaban los escalofriantes gritos nocturnos «nunca olvidaron la imagen de

pandemónium, un ensayo del infierno», escribió el reverendo Arthur H. Smith[703].

Cixí envió a Junglu, prooccidental y que había regresado de su «permiso de enfermedad», para que protegiera con sus tropas el barrio de las legaciones[704]. Emitió numerosos decretos con la intención de controlar a los bóxers y encargó a varios nobles en los que los bóxers parecían confiar que hablaran con ellos e intentaran convencerlos de que se disolvieran y regresaran a sus aldeas. Si no dejaban de destruir ferrocarriles, iglesias y residencias extranjeras, y de atacar —e incluso asesinar— a extranjeros y cristianos chinos, las fuerzas del Gobierno los someterían a una campaña de exterminio[705]. Mientras tanto, Cixí envió un telegrama al conde Li para que fuera a Pekín a negociar con las potencias occidentales. En aquella época, el conde era virrey de Cantón y gobernaba dos provincias costeras en el sur. Como pensaba que Cixí estaba manejando a los bóxers de una manera «increíblemente absurda», se había intercambiado telegramas con otros dignatarios todos los días para discutir qué hacer. Ardía de impaciencia por ayudar y deseaba poder «volar con alas» hasta Pekín. Pero entonces, antes de que emprendiera el viaje, los acontecimientos invalidaron todos esos esfuerzos, cuando Cixí se enteró de que en la costa estaban agrupándose decenas de barcos de guerra occidentales y estaban en camino muchos miles más de soldados. La invasión parecía inevitable[706].

Entrar en guerra significaba jugarse la supervivencia de la dinastía, y Cixí sintió la necesidad de contar con algún respaldo. El 16 de junio convocó una reunión más amplia de lo normal, con más de 70 participantes: los grandes consejeros y ministros del Gobierno, que eran —llamaba la atención— mayoritariamente manchúes y mediocres. Un testigo presencial documentó la escena. En un salón de audiencias abarrotado, todos los asistentes se pusieron de rodillas ante Cixí y el emperador Guangxu, que estaban sentados uno junto a la otra. El príncipe Duan encabezó un coro de voces que pedían que se diera legitimidad a los bóxers y se los utilizara como fuerza de combate. Pero unos cuantos se mostraron en contra de esta idea y, en lugar de ello, pidieron medidas más duras para reprimir a la muchedumbre. Mientras hablaba uno de ellos, el príncipe Duan le cortó en tono sarcástico: «La tuya sería una forma muy buena de perder el apoyo de la gente», y alzó el pulgar derecho, un gesto (universal) de aprobación. Cuando un asistente alegó que no se podía confiar en los bóxers para librar una guerra, «porque gran parte de su valor proviene de las artes negras que dicen que les protegen de las balas», la propia Cixí respondió, indignada: «Es cierto que no podemos confiar en esas artes, pero ¿no podemos confiar en los corazones y el ánimo de la gente? China está debilitada hasta un extremo inconcebible, y lo único que tenemos son los corazones y el ánimo de la gente. Si les marginamos, ¿sobre qué se sostendrá nuestro país?». Y lanzó una mirada furiosa a

quienes insistieron en discutir[707].

Ese mismo día sucedió un hecho de mal agüero. En el barrio comercial más bullicioso de Pekín, justo fuera de la Ciudad Interior y cerca de las legaciones, los bóxers prendieron fuego a una farmacia que vendía medicamentos occidentales y otras tiendas con artículos extranjeros. Mientras las llamas pasaban de un comercio a otro, devorando las mejores y más excepcionales sedas, pieles, muebles, joyas, antigüedades y obras de arte, y otros productos entre los más bellos del imperio, una chispa saltó a la vecina torre de la Puerta de Qianmen. La torre, que tenía más de 30 metros de altura y sobresalía casi 15 sobre los muros de ambos lados, era la más elevada de todas las puertas de Pekín y miraba hacia el sur con arreglo a un eje central desde la Ciudad Prohibida. La puerta solo se abría para el emperador, cuando iba a rezar al Templo del Cielo o el Templo del Dios de la Agricultura. Los bóxers no querían destruirla y, cuando vieron que las llamas estaban consumiéndola, cayeron de rodillas para pedir al Dios del Fuego que salvara el sagrado edificio. La torre pronto quedó reducida a un montón de carbón ardiente y escombros. El mayor incendio de la capital desde hacía más de 200 años aterrorizó a todos los que oyeron hablar de la destrucción que había causado y pensaron que era un siniestro presagio.

Aunque Cixí creía en los presagios, no hubo descanso para ella. Esa misma noche, una fuerza conjunta de ocho países —Rusia, Japón, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Estados Unidos, Italia y Austria-Hungría— atacó los Fuertes de Dagu que protegían la entrada a Tianjín y Pekín desde el mar. Después de una feroz batalla de seis horas, estos cayeron. Para Cixí, la caída de los fuertes tenía una connotación muy dolorosa y que se remontaba a 40 años antes, cuando los había capturado otro ejército aliado, anglo-francés, y como consecuencia ella había huido con su marido, que murió trágicamente fuera de la Gran Muralla. Entonces los invasores habían incendiado el Viejo Palacio de Verano y habían dejado en su lugar una ruina enorme, además de un tremendo agujero en su corazón. Desde entonces, su sueño había sido restaurar al menos una pequeña parte del Viejo Palacio, y para ello había robado dinero de la Armada, desobedecido al Cielo… y atraído las acusaciones. Esta vez, al caer los fuertes, nada podía impedir que luchara.

Todas las partes predecían la guerra. Ese día, en Gran Bretaña, la reina Victoria escribió a lord Salisbury: «Me gustaría oír sus opiniones sobre la situación en China, que me parece muy grave: y diga, por favor, qué propone hacer»[708]. A partir de esa fecha, se presentaron a la reina enormes cantidades de «Telegramas sobre China»[709], y ella respondió con numerosos mensajes, uno de los cuales decía: «Muy preocupada por la seguridad personal de sir C. MacDonald. Ha considerado la posibilidad de sacar a los embajadores extranjeros de Pekín. Si uno de ellos muriera, la guerra sería inevitable»[710].

Todos los reformistas en quienes confiaba Cixí —Junglu, el conde Li, el virrey

Zhang y otros— se oponían a la guerra y a su estrategia. En el conflicto anterior con Japón, se habían escrito muchas peticiones apasionadas que instaban a combatir. Ahora no. Muchos pensaban que los extranjeros tenían justificación para enviar sus tropas a proteger a su gente, puesto que el Gobierno chino no estaba dando la protección adecuada. «No tenemos razón», *li-qu*, dijeron a Cixí[711]. Los funcionarios de menor rango querían reprimir a las masas, porque estaban aterrorizados y acosados por los bóxers, que exigían techo y comida y estaban vengándose de agravios anteriores[712]. Pero Cixí había tomado una decisión. En otra reunión de autoridades, levantó la voz y declaró a los dignatarios presentes: «Nuestra opción es poner el país en bandeja y entregárselo a los invasores, o luchar hasta el final. No puedo mirar a la cara a nuestros ancestros si no nos defendemos. Prefiero luchar hasta el fin [...] Y si el fin llega, vosotros sois mis testigos y podréis decir que hice todo lo que pude»[713]. Sus apasionadas palabras y su agitación nada frecuente impresionaron grandemente a todos, que golpearon el suelo con la cabeza y prometieron seguirla.

El 20 de junio, unos soldados del ejército musulmán mataron al embajador alemán, el barón Von Ketteler, cuando atravesó las barricadas para ir al Ministerio de Exteriores(42). Ya no quedaba alternativa, porque Cixí sabía que, como había dicho la reina Victoria, si uno de los diplomáticos «moría, la guerra sería inevitable»[714]. Al día siguiente, 21 de junio, Cixí declaró la guerra contra los ocho países invasores.

23
Luchando hasta el amargo final (1900)

Después de que Cixí declarase la guerra, los bóxers obtuvieron estatus legal y se organizaron bajo el mando de príncipes que simpatizaban con ellos. En la capital había un cuarto de millón, y el príncipe Duan estaba a cargo de todos. Se constituyeron en unas 1.400 ligas, cada una aproximadamente de 200 miembros[715]. Más de 100.000 participaron junto al ejército regular en la defensa de la carretera a Pekín contra una fuerza internacional de más de 20.000 efectivos. El ejército regular estaba entrenado por occidentales y disponía de armas modernas. Con sus uniformes de tipo occidental, los bóxers, que ahora eran sus camaradas, los habían llamado «Peludos secundarios». Sarah Conger, la esposa del embajador estadounidense, recordaba: «Los bóxers y los soldados unidos formaban un fuerte ejército […] Los extranjeros que conocen a los chinos mejor y desde hace más tiempo dicen que nunca han visto algo así en su carácter […] Las batallas en Tientsin [Tianjín] fueron terroríficas. Los chinos mostraron un valor inimaginable para quienes mejor les conocen. Estaban decididos, lucharon con valentía y sometieron a los ejércitos extranjeros a una dura prueba»[716]. El reverendo Arthur H. Smith escribió: «No cabe duda de que los ejércitos chinos […] luchaban con una desesperación que no había tenido parangón en la guerra con Japón»[717].

Cixí anunció su gratitud a los bóxers y los recompensó con plata de la corte[718]. Abrió los almacenes en los que se guardaban las viejas armas del ejército regular, que tenía ahora otras más nuevas, y ordenó distribuirlas entre ellos. Equipados con esas armas primitivas y con sus cuchillos y lanzas todavía más primitivos, los bóxers se lanzaron contra la tecnología moderna con un fanatismo desenfrenado[719]. Uno de sus adversarios escribió: «Venían despacio, gritando, con las espadas y las picas relucientes al sol, para caer derribados, filas enteras de una vez, por el fuego de los fusiles y las ametralladoras»[720]. Los jefes que creían en sus poderes sobrenaturales morían los primeros. Un soldado británico describió esta escena: «Un jefe bóxer bien vestido vino solo e impresionante hacia el puente de barcazas delante de la infantería rusa […] Ondeó su fajín y llevó a cabo su ceremonial, pero por supuesto se convirtió en un cadáver en cuestión de segundos»[721].

Al ver derrotadas las facultades mágicas de sus líderes, algunos bóxers pensaron que los extranjeros debían de tener poderes misteriosos y trataron de obstruirles el paso apestándoles, que era una antigua estrategia. Colocaron montones de heces nocturnas y unas vendas quitadas de pies de mujeres —las dos cosas que se consideraban más malolientes— en las almenas de las murallas de la ciudad, con la vana esperanza de que los extranjeros retrocedieran ante el olor[722]. Cixí también

cayó en la irracionalidad más absoluta. Emitió dos edictos en los que pedía a un monje budista, del que se decía que era capaz de hacer milagros mediante la oración, que fuera al frente a ayudar a repeler los barcos de guerra[723]. Como los soldados aliados siguieron llegando, quedó claro que ninguna magia, peste ni intervención divina iba a poder contra ellos.

A medida que eran más importantes para el esfuerzo de guerra, los bóxers se descontrolaban. Hacían lo que les resultaba más natural: saquear y arrasar las ciudades y los pueblos que estaban a su merced. Se calculó que las pérdidas en una calle acomodada de Tianjín habían sido de decenas de millones de taeles, antes de que la ciudad cayera en manos de los invasores. Las turbas destrozaron los hogares de la gente, incluidas las casas de algunos nobles. En Pekín, la mansión de la princesa imperial, hija del difunto príncipe Gong y a la que Cixí había adoptado como propia, fue desvalijada[724].

Ni siquiera la Ciudad Prohibida era inmune. Allí, los príncipes de mediana edad se aficionaron a llevar ropas de bóxer —una camisa corta y un fajín rojo en la cintura — mientras se paseaban con aire agresivo, «saltando y gritando, comportándose de forma totalmente distinta a la habitual, como si estuvieran locos o borrachos», recordaba más tarde Cixí. Uno de ellos «¡se atrevió a pelearse conmigo! ¡Estuvo a punto de derribar el altar imperial!». Incluso varios miembros de la Guardia Pretoriana (una de cuyas ramas estaba a las órdenes del príncipe Duan) se unieron a los bóxers. Corrió la voz de que estos querían entrar en la Ciudad Prohibida a matar a nobles prooccidentales como el príncipe Ching y Junglu[725]. Un día, Cixí recibió una solicitud de que se examinara a los criados de la Ciudad Prohibida para determinar si eran «Peludos secundarios». Cixí preguntó cómo se podía saber y recibió la respuesta de que, después de recitar unos conjuros, los bóxers eran capaces de ver una cruz en la frente de cualquiera que hubiera sido bautizado. Eunucos y doncellas, aterrorizados, pidieron a Cixí que les protegiera, pero ella se vio obligada a decirles que fueran a ser examinados, por miedo a que los bóxers utilizaran la excusa para irrumpir en la Ciudad Prohibida. Al final, los bóxers no hicieron ninguna acusación: el hecho de que la propia emperatriz viuda hubiera tenido que ceder pareció satisfacerles lo suficiente[726]. Cixí se sentía como un «tigre de papel». Como explicó a los virreyes que se oponían a su forma de manejar los acontecimientos, «de pronto, en cuestión de meses, había más de cien mil bóxers en la capital, desde gente corriente hasta príncipes y nobles […] La capital se sumiría en un peligro impensable si intentara utilizar el ejército para aplastarlos. Tengo que seguirles la corriente, lograr que me consideren su líder y conseguir controlarlos para salvar como pueda la situación»[727].

De hecho, el control de Cixí era menos firme que de costumbre. Delante de sus narices, decenas de miles de bóxers, junto con el ejército musulmán, estaban sitiando el barrio de las legaciones. Cuando comenzó la guerra, empezaron a atacar el barrio. Cixí sabía que sería suicida agredir a más diplomáticos y no entregó ningún arma a los bóxers que estaban allí. El ejército musulmán, ferozmente antioccidental, estaba solo en una sección del barrio, y el resto se enfrentaba a Junglu, que era prooccidental. Sus asaltos estaban llenos de ruido y de furia, pero escaso significado. Sarah Conger, que estaba en la embajada, escribió sobre los ataques: «El sonido de los cuernos, los gritos y los disparos de sus armas son los ruidos más aterradores que he oído jamás». Y, sin embargo, «los chinos muchas veces tiran demasiado alto, por lo que les estamos muy agradecidos».

El cañón resonante envía sus proyectiles directos contra nosotros; a veces estallan sobre nuestras cabezas, a veces pasan de largo, pero no nos toca ni un fragmento. Cuando el enemigo, después de muchos intentos, acierta con la distancia para hacernos daño, y unos cuantos proyectiles habrían podido alcanzar nuestros edificios, entonces las manos de esos chinos parecen paralizarse. Ni una sola vez han seguido disparando hasta destruir por completo uno de esos edificios o esos muros. ¿Cómo podría ocurrir si no fuera porque Dios nos protege? Su brazo nos rodea lleno de amor[728].

La verdad era que Cixí había asignado el cañón en concreto a Junglu, que ordenó elevar la mira muchos centímetros[729]. Después, Cixí diría: «Si de verdad hubiera querido destruir las legaciones, hoy ya no existirían»[730](43).

Al cabo de un mes de asedio, Cixí empezó a preocuparse por que los que estaban dentro pudieran morir por falta de alimentos frescos y ordenó a Junglu que hiciera llegar frutas y hortalizas a las legaciones[731].

El sitio duró 55 días, del 20 de junio al 14 de agosto, cuando las fuerzas aliadas capturaron Pekín. De los occidentales que estaban en el barrio de las legaciones, murieron 68 y resultaron heridos 159; no se contó el número de muertos ni heridos entre los cristianos chinos. Los bóxers, que atacaban prácticamente con las manos desnudas, sufrieron miles de bajas, muchas más que los enemigos extranjeros a los que parecían tener atrapados[732].

También sitiaron la catedral católica en Pekín, la iglesia del Beitang, en la que se habían refugiado casi 4.000 cristianos chinos y extranjeros. Allí Cixí ordenó al príncipe Duan, responsable del asedio, que «no usara fusiles ni otras armas de fuego». Por eso, cuando los bóxers atacaban con sus armas primitivas, contra un sólido edificio defendido con armas muy superiores, caían en masa. A medida que disminuían las reservas de alimentos dentro de la catedral, empezaron a salir de

forma esporádica grupos en busca de nuevas provisiones. Cuando Cixí se enteró, al principio dio una orden verbal de que «las tropas les dispararan», pero luego cambió de opinión y redactó un edicto que decía: «Si salen huyendo cristianos conversos, no les hagáis daño, sino enviad tropas a protegerlos». En realidad, muchos cristianos prefirieron morir de hambre en el interior de la catedral que caer en manos de los bóxers. Esa fue la razón de la mayoría de las 400 muertes entre los sitiados[733].

Las ambiguas estrategias de Cixí respecto a los bóxers enviaron a muchos de ellos a una muerte segura y garantizaron la supervivencia de la mayoría de los extranjeros atrapados en China, a menudo entre muchedumbres deseosas de asesinarlos.

En algunas otras partes de China hubo casos de misioneros y conversos asesinados por funcionarios. Las peores atrocidades se cometieron en la provincia de Shanxi. Su gobernador, Yuxian, había llegado allí trasladado desde Shandong porque Cixí le consideraba demasiado partidario de los bóxers, y no había bóxers en Shanxi. Las relaciones entre las misiones, las autoridades de Shanxi y la población en general eran amistosas. Pero Yuxian llevó consigo su odio hacia Occidente. Recurriendo sobre todo al uso de soldados, asesinó a 178 misioneros y miles de conversos chinos, a menudo de manera horripilante[734]. Un sacerdote, *monseigneur* Hamer, fue arrastrado «durante tres días por las calles de To To para que todo el mundo tuviera la libertad de torturarle. Le arrancaron todo el cabello y le cortaron los dedos, la nariz y las orejas. Después le envolvieron en una tela empapada en aceite y, tras colgarlo cabeza abajo, le prendieron fuego a los pies. Su corazón se lo comieron dos mendigos»[735].

Con retraso, Cixí puso fin a los horrores de Yuxian[736]. También vetó una matanza a escala nacional, propuesta por algunos nobles, incluido el padre de su difunta nuera, Chongqi, el hombre que, casi con seguridad, había dicho a su hija que se dejara morir de hambre después de que falleciera su esposo y que pronto se suicidaría también (como el resto de su familia) cuando Pekín cayó en manos extranjeras. Él y otros nobles pidieron a Cixí «un decreto que diga a todo el país que cualquier persona está autorizada a matar a los extranjeros cuando los vea». Explicaban que así:

todos sentirán que pueden vengarse de los agravios recibidos y reprimidos durante tanto tiempo […] Durante décadas se han visto envenenados por los extranjeros [con opio], intimidados por conversos al cristianismo y reprimidos por funcionarios, grandes y pequeños, que tomaban decisiones tendenciosas contra ellos, y no tenían adónde acudir […] Cuando el decreto se conozca, la gente se sentirá tan contenta y agradecida al trono que se levantará en armas para luchar contra los invasores […] La tierra de China quedará por fin limpia de extranjeros y nuestra gente se liberará de su aflicción […].

Cixí se guardó la carta y no escribió el decreto[737].

El caos de los bóxers bajo las órdenes de Cixí horrorizó e indignó a todos sus antiguos confidentes, en especial al conde Li y al virrey Zhang Zhidong. Le escribieron para reprenderla: «Si continúas permitiéndote estos caprichos y lo único que te importa es desahogar tu ira, arruinarás nuestro país. ¿En qué abismo aún más profundo tendrás que sumirlo para sentirte satisfecha?». Le señalaron que no estaba haciendo ningún favor a los bóxers: «Han muerto tantos de ellos, y sus cadáveres llenan de tal forma los campos […] No podemos sino compadecerlos por su estupidez». Además, a estas alturas, China había quedado reducida a «una tierra de desolación» por culpa de la sequía y de los bóxers: ya era hora de que la emperatriz prestara algo de atención a las vidas de sus súbditos[738].

Los virreyes de todo el país se telegrafiaban a diario y estaban claramente de acuerdo en que «desde luego no iban a obedecer» los decretos de Cixí. Parecía que, por primera vez desde que gobernaba, casi todos los magnates regionales, cruciales para la administración del vasto imperio, habían perdido la fe en ella. Nunca había tenido tan pocos amigos. Al poner en marcha su golpe de Estado a los 25 años, al escoger de forma arbitraria a un niño de tres años para colocarlo en el trono, durante todas las décadas que había gobernado sin un mandato, e incluso cuando había convertido al emperador en un prisionero, siempre la habían respaldado. Ahora estaba sola[739].

El aislamiento no le daba miedo. Con toda su determinación, Cixí siguió adelante por su cuenta, jugándosela a que iba a poder encontrar una forma de resolver las invasiones extranjeras. Pero no quería arrastrar a todo el imperio y animó a los virreyes a que se mantuvieran al margen de su envite. Les dijo que debían proteger su propio territorio y actuar de forma «totalmente realista»[740]. Con su consentimiento implícito, los principales virreyes, encabezados por el conde Li y el virrey Zhang, firmaron un pacto de «neutralidad» con las potencias que aseguraba la paz en la mayor parte de China, en especial el sur, con lo que los combates quedaron circunscritos a la zona entre los Fuertes de Dagu y Pekín. Las mayoría de las provincias se libraron de la violencia de los bóxers.

A medida que los aliados se aproximaban a Pekín, Cixí se vio obligada a tratar de firmar la paz. Pidió al conde Li, aún en Cantón, que fuera a la capital para ser su negociador, y como incentivo le ofreció el puesto que quería: ser virrey de Zhili. Si bien antes estaba deseando ir, ahora el conde se resistía. Sabía que rendirse era la única opción pero que la emperatriz viuda no estaba dispuesta a aceptarlo y confiaba en obtener mejores condiciones. De hecho, estaba preparándose para seguir luchando incluso con las potencias ya en las murallas de Pekín, e introdujo tropas y munición

para su defensa[741]. El conde fue en dirección al norte pero solo hasta Shanghái, donde se detuvo diciendo que estaba enfermo. Mientras tanto, el virrey Zhang reunió una larga lista de firmas, entre ellas las de seis de los nueve virreyes del imperio, más una serie de gobernadores y generales, para pedir a Cixí que permitiera al conde negociar con las potencias en Shanghái. Pocas veces había habido una petición con las firmas de tantas figuras regionales poderosas[742].

Cixí estaba convencida de que, sin su supervisión directa, el resultado de la negociación no sería aceptable, y vetó la propuesta. Y luego lanzó una advertencia a los firmantes, en particular al virrey Zhang, su cabecilla. El 28 de julio ordenó la ejecución de dos hombres que tenían una estrecha relación con él. De uno de ellos, Yuan Chang, un alto funcionario del Ministerio de Exteriores, se decía que era los ojos y los oídos del virrey en Pekín[743] (el virrey tenía una considerable red de espías en la capital, que Cixí estaba dispuesta a tolerar)[744]. El otro, Xu Jingcheng, había sido embajador de China en Berlín cuando Alemania se disponía a apoderarse de Qingdao. Varios documentos de los archivos alemanes han revelado que Xu asesoró al Gobierno alemán, «con la insinuación» —totalmente secreta, por supuesto— de que la «amenaza del uso de la fuerza militar» era la única forma de lograr que Pekín cediese territorio, y que Alemania debería «ir y ocupar un puerto que le convenga». El káiser siguió su consejo y abandonó su plan inicial por una estrategia menos agresiva. Comentó al canciller alemán, el príncipe Hohenlohe, que «es una verdadera vergüenza que necesitemos a un enviado chino para contarnos a nosotros, los estúpidos alemanes, cómo actuar en China en beneficio de nuestros propios intereses»[745]. Es muy posible que al ministro Jingcheng le atormentara su conciencia, porque en el lugar de ejecución dio la impresión de agradecer la muerte: «Después de colocarse bien el sombrero y la túnica, se puso de rodillas mirando hacia el norte [la dirección del trono], tocó el suelo con la frente y expresó su gratitud al monarca. No se vio un atisbo de queja ni lamento en su rostro»[746].

Por lo visto, Cixí se había enterado de la traición de Jingcheng. El decreto imperial que anunció las ejecuciones acusaba a los dos de «promover intereses privados en sus tratos con extranjeros»[747]. La vaguedad en una acusación relacionada con una potencia extranjera era muy del estilo de Cixí.

El virrey Zhang comprendió que las ejecuciones eran advertencias que le destinaba Cixí. Había conspirado con potencias extranjeras, sobre todo Gran Bretaña y Japón, que tenían muy buena opinión de él. Era un hombre famoso por su honradez, que prefería el basto algodón a las pieles más lujosas en su vestuario, rechazaba siempre los regalos y no había acumulado ninguna fortuna personal. Al morir, su familia no tuvo dinero suficiente para pagarle un funeral en condiciones. Sus pasiones eran la naturaleza y los gatos, que tenía por docenas y de los que cuidaba personalmente. Los occidentales que hablaban con él le consideraban

«tremendamente honrado y dedicado al bienestar de su pueblo», «un auténtico patriota». Fue uno de los pocos funcionarios que los japoneses consideraban incorruptibles y al que respetaban. El antiguo primer ministro decía que el virrey era «el único hombre» capaz de abordar la monumental tarea de las reformas en China; y los británicos le consideraban el hombre con quien más querían trabajar[748]. Decepcionado con Cixí, y convencido de que, una vez que la expulsaran de Pekín, su Gobierno caería —una opinión que compartían muchos—, el virrey pensó en sustituirla. Su representante en Tokio, cuyo deber oficial era supervisar a los estudiantes de su virreinato, le dijo a su contacto japonés que «si el trono tiene que abandonar Pekín (probablemente para ir a Xian), y el imperio Qing se queda sin gobierno», el virrey «estará listo para dar un paso adelante y formar un nuevo Gobierno en Nankín junto con otros dos o tres virreyes». El mismo mensaje se transmitió a los británicos. Con el fin de prepararse para esa posibilidad, el virrey pidió a los japoneses que le proveyeran de oficiales y armas. Cixí quizá no conocía los detalles exactos de esas maquinaciones, pero tenía sus espías y un instinto muy poderoso[749].

Después de advertir a los virreyes que no tuvieran tratos secretos con las potencias extranjeras, Cixí siguió luchando hasta el final. Tras una derrota estratégica que dejó Pekín al descubierto, su comandante en el frente se suicidó de un disparo. En su lugar Cixí nombró al gobernador Li Bingheng, el hombre que había impedido que Cixí exprimiera a la población para restaurar el Viejo Palacio de Verano, por lo que fue ascendido, y luego fue despedido por las presiones de los alemanes, debido a su empeño en oponerse a su ocupación. Odiaba a los invasores con todo su corazón y prometió a Cixí que lucharía hasta el último aliento; pero creía que la guerra era una causa perdida. El ejército estaba destrozado, y los soldados «huían sin más, sin resistirse, decenas de miles que bloqueaban las carreteras. Por donde pasaban saqueaban e incendiaban las aldeas y los pueblos», informó el gobernador Bingheng a Cixí, antes de suicidarse[750].

El día de su muerte, el 11 de agosto, se extinguieron definitivamente todas las esperanzas de Cixí: las potencias iban a ocupar Pekín en cuestión de días. Mandó ejecutar a otros tres altos funcionarios, acusados de «traidores». Uno de ellos era entonces su chambelán, Lishan, con quien había tenido una relación muy estrecha. Cixí creía que había «un buen número de traidores»[751] que vendían secretos a los extranjeros. Los eunucos recordaban verla murmurando que «debe de haber espías en palacio, si no, ¿cómo es posible que cualquier decisión que tomamos aquí se conozca fuera al instante?»[752]. Sus sospechas sobre Lishan quizá nacieron en 1898, cuando él hizo todo lo posible por impedir un registro que había ordenado ella en la casa de

sir Yinhuan, que podría haber sacado a la luz pruebas de la relación de Yinhuan con los japoneses[753]. Sin embargo, las ejecuciones tenían más que ver con el momento presente: Cixí quería impedir que los altos cargos colaboraran con los aliados victoriosos que estaban a punto de entrar en Pekín.

Por fin, Cixí empezó a pensar en escapar. Preguntó sobre medios de transporte y se enteró de que había 200 carruajes y caballos a la espera, pero que las tropas en retirada se habían adueñado de ellos, y ahora era imposible comprar ni alquilar otros porque todo el mundo estaba huyendo[754]. El hecho de que Cixí no hubiera tenido bien protegidos esos 200 salvavidas demuestra que la huida no se le había pasado por la cabeza. Al saber que se había quedado sin transporte, suspiró: «Entonces nos quedaremos». Y se quedó. Parece que estaba dispuesta a morir allí mismo, en la Ciudad Prohibida. Pero en el último minuto cambió de opinión. Al amanecer del 15 de agosto, mientras los aliados llamaban a las puertas de la Ciudad Prohibida, Cixí, a instancias de un príncipe, salió en un carro tirado por mulas que había llevado él de su casa[755].

Como había muy pocos carros de mulas disponibles, la mayor parte de la corte tuvo que quedarse atrás. Cixí se llevó al emperador Guangxu, la emperatriz Longyu, el heredero, una docena de príncipes, princesas y nobles, y la concubina del emperador, Jade. La otra concubina, Perla, que vivía en arresto domiciliario desde hacía dos años, representaba un problema para Cixí. Con la escasez de medios de transporte, Cixí no quería hacerle hueco, pero tampoco quería abandonar a la concubina preferida y cómplice de Guangxu. Decidió usar su prerrogativa y ordenó a Perla que se suicidara. Perla se negó a obedecer y, arrodillada delante de la emperatriz viuda, le rogó que le perdonase la vida. Cixí tenía prisa y ordenó a los eunucos que la arrojasen a un pozo. Como nadie se ofreció a hacerlo, dio un grito furioso a un eunuco joven y fuerte, Cui, y le dijo que obedeciera su orden sin más tardar. Cui arrastró a Perla hasta el borde del pozo y la arrojó dentro, mientras la joven gritaba en vano pidiendo ayuda[756].

24
Huida (1900-1901)

Con el cabello sujeto en un moño y una túnica informal de algodón azul que solía llevar en casa, Cixí emprendió la huida en un carro tirado por mulas. El verano estaba en su apogeo y las ropas que llevaba se le pegaban al cuerpo. Los animales sudorosos y su cargamento atraían enjambres de moscas y otros insectos. Pronto empezó a llover y, aunque no se empapó tanto como las aproximadamente mil personas de su comitiva que avanzaban a pie o a caballo sobre el barro y sin protección, el carro se tambaleaba con violencia y la sacudía de un lado a otro. Después alguien encontró una silla llevada por dos mulas, una delante y otra detrás, y pudo ir un poco más cómoda, pero la silla también se balanceaba con los baches del camino. Al atravesar un río desbordado en el que no había puente, sus guardias levantaron la silla por debajo. La corriente era muy rápida y estuvo a punto de acabar arrastrada por el agua.

Huía en dirección al oeste, hacia el interior. Delante de ella tenía un páramo de pueblos y aldeas en llamas, saqueados por los bóxers y el ejército imperial derrotado. Apenas quedaban una puerta o una ventana intactas, y las paredes mostraban las cicatrices de las balas. No se veía a un solo habitante. Tenía una sed insoportable, pero cuando los eunucos se acercaron a sacar agua de un pozo, encontraron cabezas humanas flotando en él. Así que tuvo que masticar tallos de plantas para aprovechar su humedad. Por mucha hambre que tuviera, no había comida. Y tampoco había un lecho en el que dormir. El emperador y ella pasaron la primera noche sentados en un banco con las espaldas apoyadas una contra la otra, contemplando el techo. Cerca del amanecer, el suelo empezó a desprender una humedad helada que pareció penetrarle en los huesos. Famosa por su resistencia al frío, descubrió que a sus 64 años le resultaba difícil soportarlo, tal como contaría más tarde. La segunda noche, el emperador durmió en una mezquita, encima de una alfombrilla de oración, y le hicieron de almohada un recogedor de mimbre y una escoba sin mango, envueltos en una funda de sillón gris. Por la mañana, Su Majestad hizo un rollo con su *cama* y lo llevó apretado contra el pecho, sin fiarse de dárselo a los eunucos. Estos, en muchos casos, se quedaron rezagados y se escaparon: no estaban acostumbrados a andar largas distancias por carreteras rurales llenas de piedras con sus zapatos de suela de algodón, que, empapados de barro, hacían que cada paso fuera una tortura.

El emperador, que guardaba también con celo su pipa de agua de oro puro, iba vestido con una fina túnica de seda y tiritaba de forma incontrolable en cuanto se ponía el sol y caía la temperatura. Lianying, el eunuco jefe, ofreció a Su Majestad su chaqueta acolchada y se la dio de rodillas mientras le caían las lágrimas por las mejillas. Más tarde, el emperador diría que sin Lianying no habría sobrevivido al viaje, y le estuvo eternamente agradecido. A partir de entonces, trató al eunuco como

a un amigo[757].

Después de dos días y dos noches de pesadilla, Cixí llegó a una ciudad cuyo jefe local estaba aún en su puesto y pudo recibirla. El jefe del condado Woo Yong había sido informado de su llegada en una nota escrita en un pedazo de papel sucio y arrugado, sin ningún tipo de sobre. La nota contenía una larga lista de miembros de la corte a los que se ordenaba que atendiera, y que lo hiciera con todos los lujos. Para mantener la pompa imperial, debía ofrecer un Banquete Completo de Platos Manchúes y Han (*man-han-quan-xi*) a la emperatriz viuda y el emperador. Después debía servir un Festín de Primera Categoría a cada uno de los príncipes y nobles, una docena en total. La nota decía que no se sabía con exactitud el número de funcionarios y criados y que debía preparar toda la comida y todo el alimento para caballos que pudiera. Era una orden difícil de cumplir en una ciudad de provincias que los bóxers y los soldados habían dejado vacía. El equipo de Woo le aconsejó que ignorara el papel y fingiera no haberlo recibido, o que se fuera por las buenas, como otros funcionarios a lo largo de la ruta real. Pero Woo era un súbdito leal y bondadoso, así que, en vez de desechar las ridículas demandas, se afanó para cumplirlas de la mejor manera posible.

Pero incluso el mejor esfuerzo del jefe de condado Woo fue patético. Su cocinero había reunido algunos alimentos, pero de camino a la cocina le asaltaron unos soldados del ejército en retirada, que se llevaron el burro que transportaba las provisiones. Cuando el cocinero se resistió, le rajaron el brazo derecho. Al final consiguió hacer tres *woks* de brotes de soja y papilla de mijo, pero dos los devoraron unos soldados hambrientos que, a regañadientes, les dejaron uno a los miembros de la comitiva real. Woo colocó vigías alrededor del *wok* que quedaba, dispuestos a abrir fuego contra cualquiera que se acercase.

Entonces preparó una habitación en una posada desierta para que descansara la emperatriz viuda, y logró poner cojines sobre las sillas y cortinas en las puertas, e incluso pinturas en las paredes y algún adorno en las mesas. Cuando Cixí llegó y vio aquel lujo y al jefe de condado postrado en el suelo, rompió a llorar. En medio de grandes sollozos, le dijo a Woo que nunca había creído que las cosas fueran a estar tan mal. Después de describir las miserias del viaje, se iluminó al oír hablar de los brotes de soja y la papilla de mijo, y estaba a punto de pedir que le llevaran la comida cuando se acordó del emperador y dijo a Lianying que llevara al jefe de condado a saludar a Su Majestad. Woo era un hombre andrajoso, que iba sin afeitar y sin lavar, vestido con una vieja chaqueta acolchada que le estaba grande. El emperador Guangxu no dijo una palabra y Woo se retiró para ir a buscar los platos. Entonces se descubrió que se había olvidado de los palillos, así que Cixí dijo a los criados que llevaran unos cuantos tallos de sorgo. Cuando Woo salía de la habitación, oyó a Sus Majestades sorber con ansia la comida. Al cabo de un rato salió Lianying y levantó el

pulgar, mientras decía que la emperatriz viuda estaba muy satisfecha. También dijo que «la Vieja Buda» soñaba con un huevo. Woo buscó en toda la ciudad y, por fin, encontró cinco huevos en un cajón vacío dentro de una tienda abandonada. Encendió un fuego y coció los huevos él mismo, y los sirvió en un cuenco rudimentario con un poco de sal. Lianying se los llevó a Cixí y, al volver varios minutos después, le dijo a Woo con una sonrisa: «A la Vieja Buda le han encantado. Se ha comido tres y le ha dejado dos al Maestro de los Diez Mil Años. Nadie más los ha tocado. Es una buena noticia. Pero ahora a la Vieja Buda le encantaría poder fumar su pipa de agua. ¿Crees que podrías encontrar cerillas?». Woo improvisó enrollando un poco de papel en el alféizar. Poco después, la emperatriz viuda salió de la habitación a la terraza y abrió ella misma la cortina de la puerta (una tarea que siempre hacían criados). También se encendió ella misma la pipa y empezó a chupar, la imagen de la perfecta satisfacción[758].

Al mirar a su alrededor vio a Woo y se dirigió a él, lo cual obligó al jefe de condado a arrodillarse en el patio embarrado. Le preguntó si podía encontrarle alguna ropa. Woo dijo que su esposa había fallecido y que toda su ropa estaba en Pekín, pero que tenía alguna prenda que había dejado su madre, «si a la emperatriz viuda no le importa su falta de elegancia». Cixí respondió: «Cualquier cosa que me ayude a calentarme. Por cierto, sería estupendo que pudiera encontrar también ropas para el emperador y las princesas, que tampoco han traído mudas». Woo fue a su casa y abrió el baúl de su difunta madre. Encontró un abrigo de lana para la emperatriz viuda, un largo chaleco para el emperador y unas cuantas túnicas para las princesas. A su cuñada le cogió un juego de tocador, que tenía un espejo, un peine y polvos para la cara. Hizo un gran fardo con todo y se lo dio a un eunuco. Más tarde, cuando los miembros de la familia real salieron de sus aposentos, iban todos vestidos con las ropas de la familia de Woo. Fue la primera vez que se vio a Cixí vestida con prendas típicas de los han[759].

El grupo imperial permaneció en la ciudad del jefe de condado Woo dos noches. Cixí se enteró por él de que los bóxers, además de destruir su condado, habían estado a punto de matarle en el tiempo que habían ocupado la ciudad. En una ocasión lo habían apresado y le habían dicho que querían estar seguros de que no era un «peludo secundario». El veredicto, por suerte favorable, dependió de que las cenizas de un papel que quemaron fueran hacia arriba o hacia abajo. Otra vez interceptaron una carta que había escrito a un buen amigo suyo en la que se quejaba de los bóxers, y solo escapó al castigo porque negó con vehemencia ser el autor. El caso más reciente se había producido cuando intentaba salir de la ciudad para recibir al grupo real y los bóxers se habían negado a abrir la puerta y se habían burlado: «¡Están huyendo y no merecen estar en el trono!». Pero sintieron miedo de la Guardia Pretoriana que se acercaba y salieron corriendo.

Aunque el jefe de condado Woo veía con malos ojos el respaldo que daba la emperatriz viuda a los bóxers, con toda lealtad le encontró una silla de manos y otra para el emperador Guangxu. Cixí se llevó a Woo cuando se fue y le nombró administrador para el resto del viaje. Le dijo: «Has hecho muy buen trabajo y estoy profundamente agradecida. No olvidaré tu lealtad y te mostraré mi gratitud. El emperador y yo sabemos lo difícil que te va a resultar hacerte cargo de la intendencia […] No se nos ocurrirá mostrarnos difíciles ni exigentes. Por favor, no te preocupes y no tengas recelos». Estas palabras llenaron de lágrimas los ojos de Woo, que se quitó el sombrero y tocó el suelo con la frente. Entonces Cixí le preguntó en tono amable: «Ese cocinero tuyo, Zhou Fu, es verdaderamente bueno. Los fideos que acaba de servir están deliciosos, y el cerdo salteado es muy sabroso. Estoy pensando en llevarlo conmigo de viaje, pero me pregunto si estaría dispuesto». Ante esta orden expresada con tanta delicadeza, Woo, por supuesto, contestó que sí en nombre del cocinero, y añadió que era un honor para él también. Después de quedarse sin cocinero, esa noche tuvo que cenar en casa de un amigo. Cixí ascendió al cocinero a la cocina real y le dio un título impresionante.

La emperatriz viuda había huido de la capital y los aliados occidentales la ocuparon. Las defensas chinas estaban desintegradas, pero el poder de Cixí no se derrumbó como casi todos creían. En plena huida y en un estado lamentable, demostró que seguía siendo la líder suprema. Los testigos que la veían subir al carro decían que parecía que estaba subiéndose al trono imperial[760]. A partir de entonces, cada lugar en el que estaba se convertía en el centro neurálgico del imperio. Las órdenes que enviaba a las provincias, con el mismo lenguaje y el mismo tono de siempre, transmitían una autoridad absoluta. Hasta ella llegaban informes de toda China. Pedía tropas para escoltar al grupo real y los soldados acudían lo más deprisa que les permitían sus caballos o sus piernas. Pedía dinero, alimentos y transporte, y le llegaban enseguida y en abundancia. Estuvo bien provista durante el resto del viaje, que abarcó más de 1.000 kilómetros y duró más de dos meses[761]. A finales de octubre, en el oeste de China, cuando estaba estableciéndose en la antigua ciudad de Xian, capital de más de una docena de dinastías chinas desde 1100 a. C., recibió más de seis millones de taeles de todo el imperio[762]. Cuando la corte regresó a Pekín un año más tarde, hubo que cargar 2.000 carros con regalos y documentos[763]. Esta milagrosa exhibición de lealtad en una crisis sin precedentes contribuyó enormemente a la estabilidad general del imperio, enraizada en una profunda fe de la población, los líderes comunitarios y los jefes provinciales en la emperatriz viuda, una fe más fuerte que sus recientes decepciones.

El hecho de que siguiera viva y claramente al mando cortó las alas a quienes

estaban pensando en abandonar el barco. Un ejemplo fue el relacionado con la suerte de su bestia negra, sir Yinhuan. Cuando Cixí ordenó al gobernador de Xinjiang, donde sir Yinhuan estaba exiliado, que le ejecutara, el gobernador no obedeció. Prefirió guardarse las espaldas, porque los invasores avanzaban hacia Pekín y sir Yinhuan era amigo de ellos. La orden se llevó a cabo 50 días más tarde, el 20 de agosto, cuando el gobernador se enteró de que Cixí había huido de la capital y estaba a salvo[764].

Saber que ella seguía teniendo las riendas y su Gobierno no había caído hizo cambiar de opinión al virrey Zhang, que renunció a su plan de instaurar un régimen independiente en Nankín. Las personas con las que contaba para formar su nuevo Gobierno —pero a las que, en realidad, no había contado su plan— reafirmaron su fidelidad a Cixí. El conde Li fue de Shanghái a Pekín para ser negociador en su nombre. Y, cuando los británicos se dirigieron al virrey Liu Kunyi, su colega más cercano, para decirle que Londres aspiraba a que el virrey Zhang y él tomaran el poder y negociaran con los aliados, Liu se quedó horrorizado. Envió un telegrama al virrey Zhang para preguntarle si había recibido el mismo y extraño mensaje. Y le recordó que el hombre con el que debían negociar los británicos era el conde Li, que recibía instrucciones directas de la emperatriz viuda[765]. De modo que, mientras Tokio seguía hablando de «establecer un nuevo Gobierno», con la implicación de que habría un puesto importante para él, el virrey Zhang tuvo un ataque de pánico y despachó un mensaje subrayado con un «mil veces urgente» a su representante en Japón y le dijo que «detuviera esto a cualquier costa». Al día siguiente envió otro en el que explicaba que cualquier acción así ahora «encendería indudablemente la chispa de las luchas internas y sumiría a toda China en una guerra caótica»[766].

Zhang presionó a las potencias occidentales para proteger a Cixí. En realidad, la seguridad de la emperatriz había sido siempre una de sus prioridades, incluso cuando pensaba en formar un nuevo Gobierno. El virrey Liu y él se lo habían dicho al cónsul general británico en Shanghái, Peiham L. Warren, que informó a lord Salisbury de que «a menos que se garantice que su persona vaya a estar protegida, no podrán llevar a la práctica el acuerdo de neutralidad» (que habían firmado los virreyes con las potencias y por el que prometían mantener la paz y proteger a los extranjeros en sus provincias). Cuando Zhang se enteró de que las tropas aliadas habían entrado en Pekín, repitió su exigencia de que Cixí no sufriera «la más mínima alarma». Y cuando supo que Cixí había huido, telegrafió al embajador chino en Londres para pedirle que fuera a ver a lord Salisbury y exigiera «las mismas garantías otra vez»[767].

El apoyo inequívoco de los virreyes a Cixí acabó con las esperanzas occidentales de perseguirla y derrocarla. Muchos eran partidarios de sustituirla por el emperador Guangxu. Sir Claude MacDonald, el embajador británico, era uno de ellos. Pero lord

Salisbury se lo desaconsejó: «Existe gran riesgo de una expedición larga y costosa que, al final, no tendría éxito». El primer ministro rechazó la idea de una ocupación conjunta del territorio conquistado: «El intento de asumir el mantenimiento del orden en el norte de China sería inútil incluso aunque estuviéramos solos. Y ahora, como sin duda provocaría un choque entre nosotros y nuestros aliados, no podría más que acabar en desastre»[768]. Ninguna ocupación podía prosperar sin un colaborador chino de alto rango. Sin embargo, las potencias se dieron cuenta de que los chinos más importantes «se alineaban como un solo hombre»[769] en el bando de la emperatriz viuda. Habían creído que «el imperio estaba en manos de los virreyes», que se oponían con furia a Cixí, pero a la hora de la verdad, descubrieron que aquellos hombres seguían cautivados por ella. Ninguno estaba dispuesto a dar un paso al frente y desafiarla. Su muerte provocaría la guerra civil, que, para los occidentales, significaría sobre todo el derrumbe del comercio, el impago de los préstamos y la aparición de más bóxers. Por eso, debido a todos estos motivos, los aliados decidieron no perseguir a la emperatriz viuda. El 26 de octubre de 1900, convencida de estar a salvo, Cixí estableció su residencia en Xian. Sus representantes, el príncipe Ching y el conde Li, iniciaron las negociaciones con las potencias.

Mientras tanto, el virrey Zhang, el único hombre del régimen que había pensado en la posibilidad de sustituir a Cixí y había pedido ayuda a las potencias extranjeras estaba deseando darle una explicación. Por las advertencias que ella le había hecho llegar, Zhang sabía que Cixí estaba al tanto de sus maquinaciones, que muchos monarcas podrían considerar una traición. Aunque no le castigó, él supuso que no debía de estar contenta. Quería explicarse en persona y decirle que no había sido más que un plan de contingencia por si caía su Gobierno, y que nunca había pretendido derrocarla. Le escribió para pedir una audiencia, con la excusa de que hacía mucho más de 10 años que no veía a Su Majestad y, lleno de arrepentimiento y sensación de culpabilidad, anhelaba ir a algún lugar de la ruta adelantándose a ella para «recibir a Vuestra Majestad de rodillas». La respuesta de Cixí fue un brusco «No necesitas venir». Su enojo era muy visible. Entonces el virrey pidió a un estrecho colaborador que intercediera en su nombre cuando tuviera una audiencia con Cixí. El virrey «no ha visto a Vuestra Majestad desde hace 18 años —dijo el hombre llegado el momento— y, desde el viaje de Vuestra Majestad al oeste, ha estado tan preocupado e inquieto por Vuestra Majestad y os ha echado tanto de menos que no ha podido comer ni dormir como es debido. ¿Puedo preguntar por qué Vuestra Majestad se niega a recibirle?». Cixí ofreció un pretexto: «No puede dejar su puesto por ahora porque la situación no se ha tranquilizado del todo», y prometió «llamarle a Pekín cuando volvamos». Sin embargo, cuando logró regresar a la capital, a principios de 1902,

encontró otra excusa y volvió a aplazar la audiencia. Un año después, el virrey no quiso esperar más y escribió para anunciar que iba a ir a Pekín en la primavera de 1903, en cualquier caso, porque entonces estaría libre de obligaciones y necesitaba ver a Su Majestad, a quien llevaba «veinte años echando de menos». Esta vez recibió una sola frase afirmativa: «Puedes venir a una audiencia»[770].

En mayo de ese año, el virrey Zhang llegó a Pekín y por fin tuvo su encuentro. Según el secretario del Gran Consejo que le acompañó en el Palacio de Verano y los eunucos que estaban fuera del salón de audiencias, Cixí y él no se dijeron prácticamente nada. En cuanto entró, ella rompió a llorar y él también. Cixí sollozó sin parar y no le hizo ninguna pregunta, así que Zhang no pudo decir nada. El protocolo dictaba que el funcionario solo podía hablar cuando el monarca le dirigía la palabra. Y Cixí no dio al virrey Zhang ninguna oportunidad para abrir la boca. Sollozaron un rato y luego Cixí le dijo que se fuera a «descansar», y entonces él se retiró. El silencio fue deliberado. Cixí pensó que de lo que había hecho el virrey más valía no hablar. Mencionarlo y tratar de explicarlo no habría servido más que para alterarla e irritarla; ya había decidido aceptar sus acciones, cuyo motivo le parecía decente. Además, demostró a Zhang que no le guardaba rencor cuando, al día siguiente, le envió un cuadro pintado por ella misma, de un pino, símbolo de la rectitud, al lado de una planta, *zi-zhi*, con la que solía compararse a un hombre de integridad y prudencia. El significado era elocuente y el virrey se sintió contento y aliviado. Se puso a escribir al instante: «Como un árbol viejo y marchito, tocado por los vientos más clementes, / de la noche a la mañana, el color negro volvió al pelo gris de mis sienes»[771].

El virrey Zhang compuso 15 poemas de gratitud similares. En ellos hablaba de sus momentos con la emperatriz viuda y anotaba todos los objetos que recibía de ella: platos de su mesa, frutos de sus huertos, sedas cautivadoras, brocados y un largo collar de coral que llevaba en las ocasiones oficiales, etcétera. Un día, en su presencia, le llevaron unos melones dulces cultivados en los terrenos del palacio. Cixí dijo que no eran suficientemente bellos y envió a los criados a la ciudad para buscar otros mejores. Otro día, Zhang oyó decir a un funcionario que la emperatriz viuda le había comparado con una gran figura histórica que había sido el pilar de su dinastía. Esas «palabras celestiales», escribió, le causaron un frenesí de agradecimiento y le volvieron más humilde y más devoto que nunca. Cuando abandonó Pekín, Cixí le dio varios regalos de despedida, incluidos 5.000 taeles de plata, que él utilizó para poner en marcha una escuela moderna. Al llegar a casa, estaban esperándole otros tres lotes de regalos de ella. El virrey se sintió abrumado y escribió un nuevo poema[772].

Así conquistaba Cixí los corazones de sus súbditos y se granjeaba una lealtad

extraordinaria. Cuando huyó de Pekín en 1900, otro devoto seguidor, Junglu, decidió llevar un ejército en otra dirección para atraer a posibles perseguidores[773]. Entre los que se ofrecieron a hacer de señuelos estaba Chongqi, el padre de la fallecida nuera de Cixí. Al ver que no aparecía ningún perseguidor, desesperado por no poder hacer nada más para ayudar, Chongqi se ahorcó con el cinturón de su túnica y dejó unas frases conmovedoras: «Me temo que soy incapaz de prestar servicio al trono. No puedo ofrecer más que mi vida, y mi vida ofrezco». Cuando los aliados entraron en la capital, su mujer hizo cavar dos grandes pozos en la casa, ordenó a toda la familia, niños incluidos, que se metieran en ellos y se sentaran de manera ordenada, y mandó a los criados que los llenaran de tierra y los enterraran vivos. Los criados se negaron y salieron huyendo, horrorizados, y entonces su hijo prendió fuego a la casa, un incendio en el que murieron los 13 miembros de la familia[774]. No fue un caso excepcional. Docenas de familias se suicidaron quemando sus casas, además de las personas que se ahogaron o se ahorcaron[775](44).

Cixí tenía también enemigos encarnizados, que vieron su oportunidad en 1900. Kang *El Zorro Salvaje* se propuso reunir un ejército y ocupar varias ciudades importantes, con armas que le suministró Japón. En su empresa participaron muchos japoneses, mientras que él permaneció al otro lado del mar. Se formó un escuadrón de asesinos, compuesto por más de 30 piratas. Reclutados en la costa meridional, alrededor de Hong-Kong, lo encabezaba un japonés y estaba preparado para ir al norte con dos propósitos: asesinar a Cixí y reponer al emperador Guangxu[776]. Los hombres de El Zorro Salvaje, que tenían la esperanza de convencer a Gran Bretaña y otras potencias para que les ayudaran a alcanzar su objetivo, escribieron al cónsul general en Shanghái, Peiham L. Warren, diciendo, según telegrafió después Warren a lord Salisbury, «que si no se restablecía al emperador en el trono, estaban preparados para agitar a las Sociedades Secretas de todo el país con el fin de obligar a las potencias extranjeras a intervenir. En esta comunicación se dio a entender que las revueltas populares, que consideraban inevitables, infligirían grandes daños al comercio exterior, y […] que había que prever la destrucción de propiedades de los misioneros»[777]. Evidentemente, un argumento así no iba a ser convincente. Solo sirvió para confirmar a los británicos que las fuerzas de Kang eran tan malas como los bóxers. Gran Bretaña, como era de esperar, no les apoyó. El Zorro Salvaje soñaba con que fueran a recogerle en un barco de guerra británico y lo llevaran protegido hasta Pekín. Pero el sueño se estrelló. Al contrario, las potencias ofrecieron todo su respaldo al virrey Zhang cuando detuvo a los hombres de Kang, que se habían agrupado en su territorio, Wuhán, en el momento de comenzar la revuelta. Gran Bretaña apoyó al virrey cuando ejecutó a los principales rebeldes, como informó el

representante británico en la zona a Warren (que a su vez envió el telegrama a lord Salisbury):

La paz del Yang-tsze [*sic*], por lo demás segura, está amenazada por el partido de la reforma [el grupo de Kang], que está fomentando una rebelión; ellos deducen que cuentan con nuestro apoyo […] Han introducido armas y municiones de Japón, y han colgado Proclamaciones incendiarias en todas partes. Ya no se trata de reforma, sino de anarquía y pillaje. Hay muchos japoneses entre los cómplices de Kang. El virrey [Zhang] solicita que se reúna usted en secreto con el cónsul general japonés [para impedir la participación de japoneses][778].

Tokio mandaba en el campo de Kang. A Japón no le interesaba la desaparición de la emperatriz viuda ni que hubiera luchas internas en China en aquel momento, cuando estaban los ejércitos de otras potencias en suelo chino con sus propias ambiciones territoriales. El jefe del escuadrón de asesinos se retiró alegando enfermedad y fue sustituido por un chino, Shen Jin. Pero antes de que se pusiera en marcha, la rebelión de Kang se vino abajo.

También esperaba aprovecharse de los problemas de Cixí uno de los primeros defensores del republicanismo, Sun Yat-sen. Era un cantonés de bigote oscuro que se había quitado la coleta y la vestimenta china hacía mucho tiempo y llevaba ropa y cabello al estilo europeo, y su empeño era derrocar a la dinastía Qing por la fuerza. En 1895, tras la desastrosa guerra con Japón, inició una revuelta armada en Cantón. Fracasó, pero sirvió para que su nombre llegara a la corte. Huyó al extranjero, a Londres, donde los chinos le capturaron y mantuvieron retenido en su legación de Portland Place. El Gobierno británico, que se negó a conceder su extradición, intervino y obtuvo su puesta en libertad. Más tarde, en Japón, intentó colaborar con Kang *El Zorro Salvaje*, pero este se negó a tener nada que ver con él. Sin desanimarse, Sun trabajó con tesón para alcanzar su ideal republicano a través de la insurrección armada y adquirió un buen número de seguidores japoneses. En 1900, según uno de sus camaradas japoneses que informaba a Tokio, el plan de Sun era arrebatar seis provincias de la costa sur y «fundar una República, antes de expandirse gradualmente a las 18 provincias de China, derrocar a los Aisin-Gioro y establecer por fin una República de la Gran Asia Oriental»[779]. A pesar de sus coqueteos con Japón, ellos no le ofrecieron más que un apoyo intermitente y limitado, de modo que Sun no llegó a ninguna parte.

La emperatriz viuda, exiliada en Xian, siguió siendo la líder inquebrantable de China. Y supo utilizar su huida en beneficio propio. A veces se ponía a llorar cuando recibía a sus funcionarios. Daba una imagen de vulnerabilidad que hacía que los hombres se

sintieran protectores y comprensivos, felices de estar a la altura de las circunstancias y ayudar a una mujer necesitada[780]. Sin embargo, cualquiera que se pasara de la raya se encontraba con una persona muy distinta, como comprobó el jefe de condado Woo. Como él le había prestado un servicio crucial en sus momentos más difíciles y Cixí nunca olvidaba un favor, recibió un trato de intimidad, hasta tal punto que se atrevió a ofrecerle consejo. Un día, le dijo que no debería haber ejecutado a los funcionarios antes de huir, en especial al antiguo embajador en Berlín, Jingcheng, el hombre que, cosa que el jefe de condado no sabía, había dado a los alemanes unos consejos fundamentales que habían dañado de forma indescriptible a China. «En mitad de una frase, de pronto, el rostro de la emperatriz viuda se puso serio y sus ojos empezaron a disparar puñales, y con la mandíbula apretada y las venas de la frente hinchadas empezó a rechinar los dientes y a sisear con voz indignada». Le dijo a Woo que su crítica era injusta y nacida del desconocimiento de la verdadera historia. «Nunca había visto a la emperatriz viuda furiosa, y de repente su ira cayó sobre mí y me aterrorizó hasta lo más hondo». Woo sintió que «me caía el sudor por la espalda». Hizo una reverencia y pidió perdón, y «la emperatriz viuda se tranquilizó, y en un instante todas sus expresiones de enfado desaparecieron, y volvió a tener el rostro relajado y radiante». El cambio fue como si «de la mayor tormenta de truenos y rayos se pasara a un cielo completamente azul en un abrir y cerrar de ojos y sin dejar huella». El jefe de condado señaló que no se imaginaba que «la furia de la emperatriz viuda tenía tanta fuerza. La gente decía que a grandes personajes como el marqués Zeng y el conde Li les sobrecogía tanto la emperatriz viuda que perdían la compostura en su presencia. Ahora lo creo»[781]. Cixí tenía el don de inspirar al mismo tiempo sentimientos protectores y miedo, pero no odio.

En el exilio y en un entorno menos rígido, más personas tenían acceso a Cixí y al emperador Guangxu, y siempre les impresionaba el contraste entre los dos. Las dificultades del largo viaje no dejaron en ella ninguna señal de fatiga ni fragilidad, mientras que su hijo adoptivo parecía siempre al borde del colapso. En las audiencias, sentados uno junto a la otra, el emperador siempre permanecía callado, por largo e incómodo que resultara el silencio, hasta que Cixí se volvía hacia él: «Vuestra majestad, haced alguna pregunta». E incluso entonces, no solía hacer más que dos o tres: «¿Está todo bien fuera?», «¿Es buena la cosecha?». El jefe de condado Woo, que le vio muchas veces, recordaba que solo hacía esas dos preguntas idénticas. «Tenía una voz de lo más diminuta, como el zumbido de una mosca o un mosquito. Casi no se oía lo que decía». En cambio, observaba Woo, «la emperatriz viuda hablaba con gran elocuencia, citaba fácilmente relatos clásicos y al mismo tiempo tenía los pies en la tierra y conocía las costumbres de la gente y la sociedad. Era capaz de leer el pensamiento con solo unas palabras, por lo que los nobles tenían miedo de ella. Con una emperatriz viuda tan lista y tan fuerte, y un emperador tan extraño y débil, se

comprendía que ella le tuviera dominado»[782]. Al final, los funcionarios que anotaban lo sucedido en sus audiencias solían referirse a Cixí como *Shang* (la monarca), una designación que normalmente solo se empleaba para el emperador. Cixí se daba perfecta cuenta de cómo había cambiado su situación. En Xian, para las audiencias oficiales, hizo que le instalaran un trono por detrás y por encima del del emperador, de forma que parecía que era literalmente superior a él. Al regreso a Pekín, Cixí empezó a sentarse en un trono situado en el centro durante las audiencias, mientras que el emperador Guangxu se sentaba más abajo y a la izquierda[783].

La dura experiencia de la invasión, en vez de debilitar la autoridad de Cixí, la reforzó y le dio una nueva sensación de seguridad y confianza.

25
Remordimientos (1900-1901)

La última cosa que hizo Cixí antes de huir de la Ciudad Prohibida fue dar a los custodios de los palacios una nota escrita con su sello en la que les decía que solo podrían sacar algo del recinto las personas que llevaran una autorización suya que llevara el mismo sello. Comenzó su viaje preocupada por los tesoros que allí había[784].

Unos días después, se alegró con las tranquilizadoras noticias que dichos custodios le enviaron. En vez de saquear sin sentido o incendiar los edificios, los invasores habían apostado guardias en ellos. Cerraron las pesadas puertas y colocaron carteles dirigidos al ejército de ocupación en los que «se pedía amablemente a los hombres que no dieran patadas a los empleados chinos porque se negaran a abrir las puertas»[785]. Con visible alivio, los custodios informaron a Cixí de que «las tropas extranjeras están guardando la Ciudad Real y todo su contenido […], todos los palacios y los edificios del gobierno están intactos […] Todos los palacios y templos están a salvo»[786].

Los custodios siguieron manteniendo informada a Cixí. Le dijeron que había extranjeros que visitaban la Ciudad Prohibida pero, aparte de un puñado de objetos, las cosas, en general, no las habían tocado. Más tarde, cuando se retiraron las tropas y los custodios hicieron inventario, descubrieron que había desaparecido un número relativamente escaso de objetos valiosos. Las mayores pérdidas las sufrió la cocina real, de la que faltaban 68 artículos de oro y 54 de plata. Aparte de eso, habían robado 40 jarrones y 200 platos y cuencos del almacén de porcelana, pero seguramente ladrones locales, porque habían accedido excavando un túnel en las paredes. El Palacio de Verano, donde se alojaban los italianos y los británicos, se mantuvo como estaba, con daños de poca importancia. (En cambio, las ruinas del Viejo Palacio de Verano, allí al lado, quedaron desnudas por culpa de los habitantes locales, que se introdujeron, desmantelaron todos los edificios que resistían tras el incendio y robaron todo tipo de cosas, desde las vigas hasta los ladrillos). A diferencia de la situación creada bajo el mando de lord Elgin en 1860, en esta ocasión se prohibieron estrictamente los saqueos. Cuando los Mausoleos Occidentales —en los que estaban enterrados varios emperadores Qing— perdieron unas cuantas vasijas ceremoniales de oro, plata y bronce, se presentó una queja ante el embajador francés, y el ejército de dicho país, que se había alojado allí, devolvió las que había cogido.

Lo que sí desapareció fueron lingotes de plata. Hubo robos de millones de taeles en la Ciudad Prohibida y en varios Ministerios, tanto en la capital como en Tianjín, desde donde se los llevaron al extranjero[787]. También hubo pérdidas en hogares

acomodados, en los que algunos soldados extranjeros entraron por la fuerza en los primeros momentos de la ocupación exigiendo que les entregaran la plata[788]. Pero esos incidentes no duraron más que unos días, después de los cuales los custodios se reunieron con Robert Hart y este ayudó a impedirlos. Según el informe que los custodios enviaron a Cixí, le dijeron a Hart que «lo más urgente e importante es proteger los templos dinásticos, los Mausoleos Orientales y Occidentales y todos los palacios, incluidas la Ciudad Prohibida y la Ciudad Real; lo siguiente es proteger las vidas de millones de personas». A esto Hart replicó, con cierta ironía: «En Occidente, las vidas de la gente tienen la máxima importancia, y la dinastía va después. Aun así, vuestra petición no es difícil de satisfacer»[789]. Hart sacó dos carteles, uno en varias lenguas extranjeras y otro en chino, y les dijo que hicieran miles de copias y las repartieran por toda la ciudad. El primer cartel prohibía a los soldados extranjeros molestar a la población local. Y el segundo ordenaba a los bóxers y otros bandidos que se fueran a sus casas y reanudaran su vida normal, con la amenaza de «exterminarlos» si desobedecían. La mayoría de los bóxers se dispersó. Cixí escribió a Hart para expresarle su gratitud: «Hace decenios que Su Excelencia entrega su talento a una tierra que no es la suya, y hoy su sincera devoción a ella ha quedado clara para todos. No puedo estar más agradecida»[790].

Unos cuantos bóxers hicieron vanos intentos de resistir frente a los extranjeros. Un oficial aliado recordaba que unos cristianos locales le llevaron hasta el escondite de un grupo con el propósito de que los detuviera: «El lugar estaba bien defendido y se negaban a rendirse. Reunidos alrededor, y armados con hachas, barras de hierro y largas varas, los taimados nativos esperaban en lúgubre silencio el desenlace. Era una escena extraordinaria. Todo estaba callado, objetos y personas […] Una cosa así no ocurre más que una vez en la vida»[791].

Pekín recobró pronto la normalidad y la gente que se había preparado para los «saqueos, incendios, violaciones y matanzas» del ejército vencedor sintió un inmenso alivio. Las informaciones que llegaron a Cixí decían que «no ha habido matanzas»[792] ni incendios provocados(45). No se denunció ninguna violación. Por otra parte, los aristócratas se sentían mortificados cuando los trataban como a gente corriente y les ordenaban que sacaran los cuerpos de las personas asesinadas por los bóxers fuera de Pekín. En la campaña para limpiar la capital, tuvieron asimismo que tirar de carros, como animales llamados a filas, y cualquiera que se resistiera recibía unos azotes de los supervisores extranjeros.

A pesar de todo, los aliados eran una clara mejoría con respecto a los bóxers. Incluso se encargaban de la higiene en las calles, que en aquella época eran un gigantesco retrete público. Las nuevas autoridades ordenaron a todos los tenderos y propietarios de viviendas que limpiaran al instante la zona delante de su puerta. Así se transformaron las calles de Pekín, para gran satisfacción de los residentes y de Cixí

cuando volvió a la capital. La costumbre de que cada uno fuera responsable del trozo de calle situado delante de él se convirtió en una política que adoptaron también los futuros gobiernos chinos[793].

Dos meses después de la ocupación de la ciudad, llegó un gran contingente alemán, pese a que la guerra había terminado casi incluso antes de que los soldados salieran de su país. Gracias a las presiones del káiser Guillermo II, el mariscal y conde Von Waldersee fue nombrado comandante en jefe de los aliados. El mariscal soñaba con «volver a casa como el conquistador de China» y enviaba a sus hombres fuera de Pekín en expediciones de castigo durante las que, anotaba, mataban a mucha gente[794]. Eran bóxers y «se merecían su destino»[795], escribió. En una ciudad, los alemanes ejecutaron a seis funcionarios que, según ellos, habían masacrado a unos misioneros. Colocaron la cabeza cortada de uno sobre un poste, al estilo chino pero en una exhibición de fuerza alemana. Al tiempo que sometían a los alrededores de Pekín a una violencia continua, el conde Von Waldersee, en sus informes al káiser, exageraba la gravedad de la destrucción y los saqueos cometidos por los aliados antes de que llegara él, para presentarse como la persona que había restablecido el orden: «Creo que puedo decir que, salvo en unos cuantos casos particulares, no ha habido excesos desde que estoy aquí»[796].

La violencia generada por los alemanes después de la guerra llegó a su fin, mientras el comandante en jefe instalaba su cuartel general en los aposentos de Cixí en el Palacio del Mar. La belleza del lugar cautivó al conde, que pensaba que Pekín, en general, era «la ciudad más sucia del mundo». Escribió en su diario:

Anoche regresé tarde de la ciudad a mi palacio. Nunca en mi vida he visto un cielo estrellado tan hermoso como en esta ocasión. Justo cuando acababa de atravesar el gran patio blanco vacío del Palacio Imperial y llegaba a la orilla del Lago del Loto, se oyeron unos compases de música […] La banda del Primer Regimiento de Infantería del Oriente Asiático estaba tocando en el Palacio de la Isla, donde había estado preso el emperador […] Aquí, dentro de la gran ciudad hereje, sonando sobre los innumerables templos de Buda, me causó una impresión muy poderosa. Permanecí quieto hasta que se desvanecieron las últimas notas[797].

Con cierto sentido del decoro, el conde ordenó que «no utilicemos el dormitorio ni el cuarto de estar de Su Majestad la emperatriz»[798]. Sin embargo, una noche, todo el espléndido edificio creado por Cixí con tanto amor a lo largo de muchos años quedó completamente arrasado. La causa fue un incendio provocado por una gran cocina de hierro que habían instalado los alemanes en la despensa. La destrucción fue

desgarradora para Cixí, pero hubo algún consuelo: los daños sufridos por los palacios y por Pekín en su conjunto acabaron siendo mucho menos graves de lo que se temía, cosa que agradeció. A los habitantes del lugar les sorprendió tanto que achacaron el mérito a una cortesana, que aseguró que había convencido al conde Von Waldersee con sus zalamerías en la cama. La mujer, «Más bella que la flor dorada», había ido a Berlín acompañando como consorte a su marido cuando este era embajador de China, en la década de 1880. A su vuelta, y después de que el marido falleciera, ella había reanudado su antigua profesión. Durante la ocupación aliada empleó su pasado y el escaso alemán que había aprendido y consiguió tener gran éxito entre los oficiales alemanes, con quienes se la veía a menudo montando a caballo por las calles de Pekín. Convenció a los de su círculo de que la llevaran al Palacio de Verano, a las habitaciones del conde Von Waldersee, con la esperanza de que se lo presentaran o de, al menos, captar su atención. No está claro si lo logró o no. Pero su afirmación de que había «salvado al pueblo de Pekín» seduciendo al mariscal alemán prendió en la imaginación sentimental popular, y «Más bella que la flor dorada» se convirtió en un nombre conocido, que pasó a la historia, en opinión de muchos, como una especie de heroína trágica[799](46).

El Protocolo Bóxer, el documento que puso fin a la guerra, no se firmó hasta el 7 de septiembre de 1901, un año después de que los aliados entraran en Pekín. Los representantes chinos, el príncipe Ching y el conde Li, no negociaron mucho, sino que esperaron a que las potencias se pusieran de acuerdo sobre lo que iban a exigir a China.

Decidieron no pedir a Cixí responsabilidades por las atrocidades cometidas por los bóxers. En cambio, nombraron como principal culpable al príncipe Duan, el padre del heredero y principal patrocinador de los rebeldes, y le condenaron a muerte, con la condición de que el trono, si lo deseaba, podía perdonarle la vida con la justificación de que era un miembro importante de la familia real. Le enviaron a Xinjiang a cumplir cadena perpetua. Se dictaron condenas de muerte incondicionales para seis nobles y funcionarios, y a otros se los castigó de distintas maneras. El trono envió representantes a Alemania y Japón para expresar sus «remordimientos» por el asesinato de sus diplomáticos. Los Fuertes de Dagu fueron desmantelados. Y se prohibió por ley crear sociedades xenófobas e incorporarse a ellas.

La cláusula que más afectó a la vida de los chinos fue la relativa a la indemnización, que se decidió que fuera de nada menos que 450 millones de taeles, una cifra a la que se llegó sumando todas las reclamaciones de los países involucrados por el coste de sus expediciones militares y el daño sufrido por sus individuos. Estados Unidos dijo que la indemnización «debería ser una cantidad que China pudiera pagar»[800]. Instó a las potencias a que rebajaran sus exigencias y al principio sugirió una suma global de 40 millones. Pero Alemania «no vio motivo para

que las potencias debieran mostrar una generosidad excesiva», y casi todos los demás países estuvieron de acuerdo. El conde Von Waldersee escribió que el káiser le había dicho que «había que imponer a los chinos una reparación de guerra lo mayor posible, porque necesitaba con urgencia dinero para la Flota»[801]. No existía ninguna autoridad que examinara la validez de cada reclamación ni un principio común que sirviera de baremo para valorar las cantidades. Cada país tenía la potestad de decidir hasta qué punto debía ser razonable, y muchos no lo fueron. El mayor demandante fue Rusia, cuyo ferrocarril en Manchuria había sufrido el ataque de las turbas y cuyas reclamaciones representaron el 29 por ciento de la indemnización total. Después iba Alemania, con el 20 por ciento; luego Francia y Gran Bretaña, que, después de coincidir en un principio con la sugerencia estadounidense, pronto quisieron más. Les siguió Japón, que mostró una contención relativa en comparación con 1895. El propio Estados Unidos cambió de opinión y al final presentó una demanda que una investigación posterior consideró excesiva[802](47). La suma total de 462.560.614 taeles se redondeó en 450 millones. Como la población china en aquella época ascendía aproximadamente a esa cifra, los chinos creyeron (y siguen creyendo), sin razón, que la suma simbolizaba el castigo a toda la población[803].

Robert Hart y otros alegaron que «el país no tiene capacidad de satisfacerla». Pero algunos insistieron en que sí. El obispo francés Pierre-Marie-Alphonse Favier aseguró «que la Familia Imperial posee un tesoro por valor de 300 millones de marcos». Pero incluso al conde Von Waldersee le pareció fantasiosa esta afirmación: al mirar la Ciudad Prohibida «uno tiene la impresión de una antigua grandeza pero una decadencia gradual». En su informe al káiser dijo: «No puedo creer que una corte que soporta tal estado de deterioro pueda ser dueña de una gran riqueza. No sé dónde podría estar guardado ese tesoro». Una solución propuesta fue que «cada potencia se cobrara la reparación ocupando una porción de territorio chino». El conde Von Waldersee quería «un trozo de Shan-tung [Shandong]». Ese era el sueño del káiser, el que deseaba que cumpliese el conde. Pero otras potencias, en especial Gran Bretaña y Estados Unidos, se opusieron a cualquier partición. El conde Von Waldersee comentó que Estados Unidos «parece querer que nadie obtenga nada de China»[804]. Sarah Conger, esposa del embajador estadounidense, escribió conmovida:

Siento mucha compasión por los chinos […] China pertenece a los chinos y nunca ha querido que hubiera extranjeros en su suelo […] Los chinos parecían dispuestos a hacer innumerables sacrificios para conseguirlo […] Dividir China entre las naciones significaría guerras y un ejército permanente grande y fuerte. El resentimiento de los chinos sería más intenso y más activo, e inyectarían su ponzoña en el extranjero con

un veneno aún desconocido[805].

La idea del reparto se abandonó. Entonces algunos países quisieron obligar a China a pedir más préstamos en el extranjero. Robert Hart expresó objeciones: China ya tenía que emplear la cuarta parte de sus ingresos anuales en pagar viejas deudas, y cualquier incremento podía conducirla a la bancarrota. Movidos por la compasión que les despertaba la miseria del pueblo chino, Hart y un grupo de expertos extranjeros se afanaron en encontrar nuevas fuentes de ingresos. Al final, convencieron a las potencias de que aceptaran que China aumentara los aranceles a las importaciones al 5 por ciento (del 3,17 por ciento o menos que cobraba entonces) y de que creara un impuesto sobre importaciones, que hasta entonces estaban exentas: bienes de consumo para los extranjeros, como los vinos, licores y cigarrillos procedentes de Europa[806]. Así, la carga de la indemnización de los bóxers recayó también en parte sobre los occidentales(48). Hart calculaba que los nuevos ingresos podrían recaudar hasta 18 millones de taeles anuales[807].

Cixí pensó también en esta nueva fuente de ingresos y calculó que el aumento de los aranceles generaría alrededor de 20 millones de taeles al año[808]. Elevar los derechos de aduana era un propósito de Pekín desde hacía años, y cuando el conde Li viajó a Estados Unidos en 1896, uno de sus principales objetivos había sido convencer a los Gobiernos occidentales para que estuvieran de acuerdo. En aquella ocasión había fracasado. Esta vez, Cixí dijo a sus negociadores que volvieran a intentarlo y que pidieran ayuda a los británicos. Gran Bretaña era el país que más intereses comerciales poseía en China; si esta iba a la bancarrota, le afectaría. Además, Cixí tenía fe en el sentido de la contención y la moderación de los británicos, y tal vez oyera hablar de la propuesta de Hart. Gran Bretaña y Estados Unidos apoyaron la idea[809]. Daba la impresión de que la emperatriz viuda era tan astuta al juzgar a una nación como al juzgar a una persona. Además, ordenó al príncipe Ching y el conde Li que negociaran unas condiciones de pago adecuadas, para que los nuevos ingresos «bastaran para pagar la indemnización e, incluso aunque no fueran suficientes, la diferencia no fuera demasiado difícil de obtener. Al final, se fijó un plazo de 39 años para hacer el pago, con lo que el abono anual sería de alrededor de 20 millones de taeles[810]. (Además de la indemnización en sí, estaban los intereses).

Los nuevos impuestos pagaron una gran parte de la indemnización de los bóxers y contribuyeron a reducir la carga insoportable impuesta a los chinos. Al hallar esas nuevas fuentes de ingresos, en las que salían perdiendo sobre todo extranjeros y funcionarios corruptos, Robert Hart prestó un servicio incomparable al país. En una carta escrita por aquel entonces, decía que «creo que he sido de cierta utilidad, pero será más fácil verlo después que ahora»[811]. Cixí valoró enormemente su trabajo y le

otorgó un título que no había concedido más que a los dos máximos personajes del imperio, el virrey Zhang y el general Yuan: guardián y edecán del príncipe heredero[812]. Y sin embargo, cuando han pasado más de 100 años desde que muriera Cixí, el nombre de Hart no ha recibido ningún reconocimiento del país por el que seguramente hizo más que ningún otro extranjero, y que la mayoría de los nativos. Hoy es un personaje prácticamente desconocido para los chinos, mientras que las reparaciones de la guerra de los bóxers están en todos los libros de texto, constantemente invocadas para condenar a «los imperialistas» y acusar a Cixí de haber empeñado su país.

Estados Unidos ha salido mejor parado que Hart, porque su conducta sí ha obtenido el reconocimiento debido: después de cobrar los pagos durante unos años, perdonó el resto y especificó que el dinero debía invertirse en educación. Eso permitió fundar la principal universidad china, Tsinghua, y que un gran número de jóvenes recibieran becas y pudieran estudiar en América. Estados Unidos fue asimismo el único país que devolvió a China los lingotes de plata de los que se habían apoderado durante la invasión: en 1901, unos soldados estadounidenses capturaron 500.000 taeles en las oficinas del comisario de la Sal en Tianjín, y Estados Unidos devolvió a China su equivalente, 376.300 dólares, seis meses más tarde[813].

Cuando Cixí recibió el borrador del Protocolo Bóxer, a finales de 1900, se sintió «inundada de una multitud de sentimientos», uno de los cuales fue el alivio[814]. Sus mayores temores eran la pérdida de soberanía o que la obligaran a retirarse para afianzar al emperador Guangxu. Ninguna de las dos cosas se hizo realidad. Las demandas no eran del todo irracionales y, en comparación con Shimonoseki, la indemnización no era tan escandalosa. Como consecuencia, y en vista de que los aliados habían protegido bastante los palacios y la capital, Cixí sintió más simpatía por Occidente.

Durante todo su exilio, Cixí había reflexionado sobre los acontecimientos pasados. Se dio cuenta de que sus políticas habían derivado en la guerra y las atrocidades, con cientos de miles de bajas: misioneros y cristianos chinos, bóxers y soldados, y gente corriente. Seguía pensando que «los extranjeros nos habían acosado en exceso» al recordar por qué había empezado a relacionarse con los bóxers; pero reconocía que, «dado que soy la responsable de mi país, no debería haber dejado que las cosas se deteriorasen de forma tan desastrosa. Fue culpa mía. He decepcionado a nuestros ancestros y he decepcionado a nuestro pueblo»[815]. Con este estado de ánimo, a principios del siguiente año, hizo público un decreto que llamó «El decreto del remordimiento» (*zi-ze-zhi-zhao*). En él decía que había «reflexionado sobre los acontecimientos pasados y me he sentido atravesada por unos sentimientos de

vergüenza e indignación por todos los errores cometidos». Condenaba a «la turba cruel e ignorante» que había atacado las misiones cristianas y las legaciones, y expresaba su gratitud por el hecho de que los aliados no hubieran aplicado el ojo por ojo y porque «no han violado nuestra soberanía ni han dividido nuestra tierra». Sobre todo, reflexionaba sobre el daño que ella misma había causado: «La dinastía ha estado al borde del precipicio. Los espíritus de nuestros antepasados han estado desolados y la capital ha quedado arrasada. Miles de familias de eruditos y funcionarios se han quedado sin hogar, y cientos de miles de soldados y civiles están muertos o heridos». Aunque intentaba explicarse y asignar parte de la culpa a otros, como los nobles que habían espoleado a los bóxers, se responsabilizaba sobre todo a sí misma: «¿En qué posición estoy yo para hacer reproches a otros cuando todo lo que me reproche a mí misma es poco?». Su interés era subrayar su «remordimiento por la catástrofe» (*hui-huo*) que había provocado[816].

Cixí conocía el remordimiento y lo expresó muchas veces. El episodio de los bóxers se convirtió en un suceso trascendental, y en la corte empezó a hablarse de la vida «antes» y la vida «después»[817]. Ella prometió cambiar con auténtica contrición. El 29 de enero de 1901, todavía en Xian, emitió un decreto que fue el comienzo de una nueva fase en su reinado. En esencia, consistía en «aprender de Occidente»: «La emperatriz viuda ordena a su pueblo que solo adoptando lo que tienen de superior los países extranjeros podremos rectificar lo que es deficiente en China». En el pasado había expresado ya sentimientos similares, pero esta vez, el programa de transformación incluía «todos los principios fundamentales que han hecho que los países extranjeros sean ricos y fuertes», y que abarcaban «el poder dinástico, las tradiciones nacionales, los métodos de gobierno, la forma de ganarse la vida, los sistemas educativos, el ejército y los asuntos financieros»[818]. En otro decreto más anunciaba: «Introducir estos cambios es una cuestión de vida o muerte para nuestro país, y da a nuestro pueblo la posibilidad de vivir una vida mejor. El emperador y yo estamos decididos a hacer esos cambios por el bien de nuestra dinastía y por el bien de nuestro pueblo. No hay más remedio»[819].

Sus iniciativas contaron con el apoyo generalizado, a pesar del caos de los bóxers, o quizá por él. La ocupación extranjera de Pekín y Tianjín reveló a la gente del norte, como Hong-Kong y Shanghái habían revelado en el sur, lo que un gobierno de estilo occidental podía lograr y cómo podía mejorar sus vidas. El efecto fue aún mayor en este caso, porque las dos ciudades meridionales eran unas aldeas de pescadores en medio de marismas cuando los europeos las capturaron, a principios de la década de 1840 y poco después de la Guerra del Opio. Por el contrario, Pekín y Tianjín eran ciudades enormes con millones de habitantes y unas amplias castas de mandarines, que ahora pudieron experimentar la vida en un sistema limpio y eficiente. Tianjín se benefició en particular, porque la ocupación duró dos años y los aliados instalaron un

Gobierno provisional. La ciudad pasó de ser medieval a ser moderna[820]. Al acabar su mandato, el Gobierno provisional había recaudado 2.758.651 taeles de impuestos y había gastado 2.578.627, con todo justificado, hasta el último penique, y resultados visibles: por primera vez, los residentes tenían agua corriente, tranvías, farolas y teléfonos. La ciudad se limpió de arriba a abajo y se instalaron infraestructuras sanitarias. Los montones de basura empezaron a desaparecer de las calles. Se introdujo algo tan nuevo como los aseos públicos. Y el orden público se garantizó con una policía de tipo occidental(49). Se implantó el consenso de que Occidente era un modelo deseable[821]. El virrey Zhang, el reformista más destacado, comentó:

A diferencia de hace 30 años, la gente hoy admira la riqueza de Occidente y lamenta la pobreza de China; se queda asombrada ante el poder de los ejércitos occidentales y desprecia la cobardía de las tropas imperiales; agradece la imparcialidad y comodidad de las Aduanas [bajo el mando de Robert Hart] y detesta el ansia culpabilizadora de los recaudadores chinos; elogia el gobierno ordenado de las ciudades administradas por occidentales y aborrece el acoso de nuestros funcionarios, altos y bajos[822].

Los virreyes provinciales dieron todo su apoyo a Cixí, igual que los reformistas que ocupaban ahora la administración central, después de que los nobles xenófobos hubieran caído en desgracia o hubieran quedado marginados. Aunque todavía había reaccionarios y algunos que odiaban a Occidente, al menos estaban callados y no se atrevían a sabotearla. W. A. P. Martin, el misionero estadounidense que vivió varios decenios en China, sintió entonces que «el espíritu de la reforma estaba extendido por el país, y el corazón de la gente estaba con ella»[823].

Los Gobiernos occidentales reconocieron a Cixí como líder indiscutible y empezaron a pensar que era alguien «a la altura de Catalina de Rusia e Isabel de Inglaterra, las reinas egipcias Hatshepsut y Cleopatra, una de las grandes mujeres gobernantes de la historia»[824]. Decidieron cooperar con ella. Estimulada por este respaldo tan amplio, Cixí emprendió un cambio tan enorme y profundo en los años siguientes que merece ser denominado como «la verdadera revolución de la China moderna»[825].

Sexta parte

La verdadera revolución de la china moderna (1901-1908)

26
Regreso a Pekín (1901-1902)

Los grandes cambios revolucionarios que experimentó China en la primera década del siglo XX comenzaron cuando Cixí estaba aún en el exilio en Xian. Allí, en abril de 1901, formó una Oficina de Asuntos Políticos para que se encargara de administrar todo el programa bajo su supervisión. Salió de Xian en dirección a Pekín el 6 de octubre, después de que se firmara el Protocolo Bóxer y se retirasen los ejércitos de ocupación (aunque todavía estaban en Tianjín). No se sentía segura con las tropas extranjeras en la capital y la comunidad occidental le correspondía con la misma inquietud. Hubo «cierto malestar» en las legaciones cuando se anunció la fecha del regreso, escribió Robert Hart, y «los guardias de la legación deben permanecer alerta por si ocurriera algo […] No creo que la corte cometa la tontería de intentar un golpe, pero… si ocurre cualquier cosa, nos devorarán, ¡y en ese caso es posible que esta sea mi última carta!»[826].

El día que partió de Xian, a las siete de la mañana, los funcionarios locales se reunieron ante las puertas del palacio en el que se había alojado la corte para despedirse. Después de que emprendieran el camino los carros con el equipaje, los guardias montados, los eunucos y los príncipes y nobles a caballo, se produjo una breve pausa. Un eunuco dio un paso al frente ondeando un látigo gigantesco, de 10 metros. Estaba hecho de seda amarilla trenzada muy apretada y bañada en cera, con un dragón dorado tallado en el mango, y lo golpeó tres veces contra el suelo. Fue la señal que anunciaba la bajada del monarca y pedía silencio a todos. Cixí y el emperador Guangxu aparecieron en unas sillas de manos amarillas, seguidos de una gran comitiva. La enorme columna recorrió las calles de Xian y salió por la Puerta Sur de la ciudad, antes de dirigirse hacia el este y tomar la carretera hacia Pekín. En realidad, habría podido salir directamente por la Puerta Este, pero por motivos geománticos el trono tenía que comenzar todos los viajes desde el sur.

En el camino, las tiendas y las casas estaban decoradas con sedas de colores y faroles, y al paso de la procesión los residentes se arrodillaban. De acuerdo con la tradición, nadie debía mirar a Sus Majestades a la cara, así que algunos se postraban, mientras que otros bajaban la cabeza y los ojos y unían las manos ante el pecho en un gesto budista de respeto. Había un sentimiento sincero de gratitud. Al llegar Cixí a Xian, la zona estaba padeciendo las consecuencias de una cosecha desastrosa y la gente se moría de hambre. Con las provisiones que enviaban de otras provincias a la emperatriz, pudo alimentar a la población[827]. Pronto el tiempo mejoró y la cosecha de ese año fue excelente. Los habitantes lo atribuyeron a la estancia real y las multitudes presentes en las calles lloraban y gritaban: «¡Larga vida a la Vieja Buda! ¡Larga vida al emperador!»[828]. En los lugares donde las muchedumbres eran más

densas, desviándose por completo de la tradición, Cixí ordenó que abrieran las cortinas de su silla para que la gente pudiera verla. Los enviados a Occidente le habían contado que a los monarcas europeos se los veía por las calles. Los eunucos principales repartieron monedas de plata y a los ancianos les dieron tarjetas de plata con la forma del carácter que significaba «longevidad». Con la esperanza de recibir más plata, algunos siguieron a Cixí durante días.

Los funcionarios que acudieron a despedir a la familia real llegaron con sus propias banderas, que añadían aún más colorido a la escena. Algunos no habían querido ir, pero les habían dicho que, si no aparecían, sus posibilidades de ascenso podrían quedar interrumpidas durante dos años. Del mismo modo, a lo largo de la ruta real a través de varias provincias, se ordenó a los funcionarios locales que salieran a vitorear al trono, además de suministrar alimentos y bebidas, para lo que les dieron unas asignaciones generosas. Sin embargo, en la primera parada después de salir de Xian, el jefe local no hizo nada de lo que se esperaba de él, a pesar de que le habían dado 27.000 taeles para ello. Al parecer, había obtenido el puesto gracias a su relación con el gobernador provincial, para tener acceso a la cuantiosa asignación real, pero a la hora de la verdad fue incapaz de organizar una recepción apropiada para un grupo tan grande, con sus complicados protocolos reales, así que decidió esconderse y ocultar la cabeza debajo del ala. Cuando Cixí se enteró, en una villa sin velas en la que debía pasar la noche, ordenó que le perdonasen el castigo y ni siquiera le despidieran[829]. Los miembros de su séquito comentaron entre sí que la Vieja Buda se había ablandado.

Durante el recorrido, Cixí visitó montañas sagradas y lugares especialmente bellos, recorrió estrechos caminos en el fondo de valles a la sombra de riscos gigantescos, en compensación por todos los años en los que soñó con viajar pero no pudo hacerlo. Cuando llevaba un mes de viaje, llegó la noticia de que había muerto el conde Li, el 7 de noviembre de 1901, antes de cumplir 80 años y un mes después de firmar el Protocolo Bóxer. Su fallecimiento dejó a Cixí sin un diplomático de gran categoría, pero no influyó en el desarrollo de su revolución. La fama del conde de ser «el mayor modernizador de China» es exagerada.

La última carta del conde a Cixí —cargada de emociones— llegó poco después por telégrafo. Decía que se sentía inmensamente agradecido por haber sido el hombre al que ella «había valorado y en el que había confiado más y desde más pronto»; había leído sus decretos sobre las futuras reformas y sabía que iban a fortalecer a China, por lo que sentía que podía «morir sin lamentarlo»[830]. Por su parte, Cixí publicó un decreto personal, además de otro oficial, en el que decía: «Al leer la carta del difunto conde, la pena me inundó»[831]. En la capital ya estaban celebrándose los

funerales, con numerosas banderas blancas, una gran sala funeraria cubierta de blanco y gente vestida con la arpillera blanca de luto que entraba y salía al son de música plañidera. Docenas de hombres sostenían el ataúd del conde, del que luego se hizo cargo su familia para llevarlo a su ciudad natal, a más de 1.000 kilómetros al sur, en la provincia de Anhui. Cixí ordenó a los funcionarios de los lugares situados en la ruta que les dieran todas las facilidades, y se erigieron altares y pabellones de descanso a lo largo de todo el camino. Sarah Conger dijo que, «en magnitud y esplendor», la procesión «superó todo lo que con más extravagancia podía imaginarme»[832]. Cixí se aseguró de que se dieran al conde las honras debidas y se cuidara bien de su familia. Y, sobre todo, anuló oficialmente todas las censuras que le había hecho el trono.

Estaba en Kaifeng, una de las antiguas capitales de China, que contaba con un alojamiento apropiado. Un mes después de recibir la última carta del conde seguía todavía allí y emitió otro decreto en el que confería aún más honores a él y su familia[833]. Era evidente que el conde había sido muy importante para ella. Habían trabajado juntos durante cuatro décadas y durante muchos años él había sido su mano derecha, la persona que mejor la comprendía. Juntos habían conseguido grandes cosas y habían sacado al imperio de su aislamiento para colocarlo en el mundo. Y, sin embargo, ambos habían cometido graves errores que tuvieron un gran coste para el país y que provocaron un distanciamiento entre los dos. En el fondo, ella no podía perdonarle por su papel en la guerra con Japón y el declive de China; y él estaba enfadado con ella por el trato que había dado a los bóxers. Ahora lo necesitaba, entre otras cosas, para protegerla de posibles humillaciones, e incluso daños, por parte de los occidentales (con quienes él se llevaba bien) al volver a Pekín. Por eso, dubitativa, permaneció en Kaifeng hasta el día en que le llegó un telegrama del general Yuan Shikai, que había sucedido al conde como virrey de Zhili y comisario imperial para el norte de China. Estos distinguidos nombramientos eran la recompensa que le había dado Cixí por denunciar a los que habían conspirado contra su vida en 1898 pero, además, su capacidad estaba a la altura de su lealtad. Su mensaje informaba a la emperatriz viuda de que los ejércitos extranjeros no estaban dispuestos a abandonar Tianjín, que aún ocupaban, si ella no regresaba a Pekín. Partió de Kaifeng al instante[834].

Cuando todavía estaba allí, pensando en el regreso a la capital, Cixí anuló el título del príncipe heredero y lo alejó de la corte. Al padre del adolescente, el príncipe Duan, se le había declarado principal culpable de las atrocidades de los bóxers. Cixí sabía que, en realidad, todo lo que el príncipe había hecho al respecto contaba con su aprobación, y que era ella quien debía asumir la máxima responsabilidad. Como se

sentía en deuda, había conservado el puesto del heredero en la corte pese a que los funcionarios que la rodeaban le instaban a revocarle el título. Era consciente de que el joven no podía ser un emperador aceptable. No mostraba ninguna aptitud para los asuntos de Estado y carecía del porte de un futuro monarca. Lo que le interesaba era cuidar de sus numerosos animales de compañía —perros, conejos, pichones, grillos— y le gustaba gastar bromas pesadas. En una ocasión hizo que el emperador Guangxu, tío suyo y el Hijo del Cielo, se cayera tumbado al suelo. Su Majestad se quejó entre lágrimas a Cixí, que ordenó que le dieran 20 azotes (más bien simbólicos) al heredero. Los eunucos le despreciaban y ridiculizaban cuando jugaba con ellos a cosas que se consideraban por debajo de su categoría. Sin embargo, Cixí aguantó todo un año antes de revocarle el título: no quería «echar más leña al fuego», como en el viejo dicho. Ahora había llegado el momento de actuar, pero su decreto no mencionó ninguno de sus defectos. Dijo que era él mismo quien había solicitado retirarse, debido a sus difíciles circunstancias. El joven abandonó la corte como un príncipe, con su vieja niñera, camino de reunirse con su padre en el exilio[835].

También había llegado el momento de decir adiós al jefe de condado Woo. Cixí le asignó un puesto en la provincia costera de Guangdong y le dijo que le enviaba a una zona próspera porque sabía que se había quedado sin dinero mientras trabajaba para ella: quería decir que allí tendría oportunidades de enriquecerse. Era una práctica corrupta que constituía una forma de vida. Los chinos sabían que la corrupción era un problema y que despertaba el desprecio de los occidentales, pero no confiaban en poder cambiarla nunca. La propia Cixí, con todas sus reformas radicales pasadas y por venir, nunca trató de abordarla. Se dejó llevar, por lo que, como era inevitable, ayudó a mantenerla.

Durante la audiencia, mientras se enjugaba varias veces las lágrimas, Cixí le dijo a Woo lo agradecida que le estaba y que había sido un verdadero amigo en sus momentos de necesidad; aseguró que se separaba de él con tristeza y que siempre le echaría de menos. Al salir de la audiencia, cargado con los regalos de la emperatriz viuda, taeles de plata y rollos de caligrafía escritos de su puño y letra, el jefe de condado se sintió lleno de gratitud[836].

Después, Woo se ocupó sin descanso, durante un día y una noche, de los detalles necesarios para que Cixí cruzara el río Amarillo después de dejar Kaifeng. El día anterior, una tormenta de nieve había barrido la antigua capital, pero el tiempo se aclaró antes de la partida y la travesía transcurrió sin problemas. En el momento de la salida, a la que asistieron funcionarios y habitantes locales arrodillados, Cixí rezó en una marquesina levantada en la orilla y rindió tributo al Dios del Río. Luego subió a un barco decorado en forma de dragón, y la enorme flotilla, llena de colorido, partió

hacia el norte sobre un agua quieta como el cristal, alterada solo por los remos que cortaban la superficie. Cixí estaba encantada. Vio la «extraordinariamente suave» travesía como una señal de que los dioses la protegían y aprobaban el rumbo que había escogido[837]. Pero además recompensó con generosidad a los barqueros por su trabajo.

La última etapa del viaje de tres meses fue en tren, en la parte norte del Gran Ferrocarril Pekín-Wuhán, cuya historia era casi tan agitada como la de la propia Cixí. El año anterior, los bóxers habían arrancado las vías a las afueras de Pekín y habían incendiado varias estaciones. El ferrocarril fue reparado gracias a los invasores extranjeros, que después se lo entregaron al Gobierno, junto con un vagón real para que lo utilizara la emperatriz viuda[838]. El 7 de enero de 1902 llegó con todo lujo en él a Pekín y entró en la ciudad por las puertas del sur, que hasta entonces estaban reservadas al emperador: primero Qianmen, cuya enorme torre de vigilancia había ardido durante el caos de los bóxers, pero que después había sido reconstruida, y luego, más al norte, la Puerta de la Gran Dinastía Qing. Sin embargo, al llegar ante la puerta delantera de la Ciudad Prohibida, se detuvo, dio la vuelta y entró al harén por la puerta posterior[839]. Que una mujer atravesara la parte frontal de la Ciudad Prohibida habría sido una afrenta tan escandalosa contra el carácter sagrado del monarca que Cixí se aseguró de no violar la norma.

Dentro de la Ciudad Prohibida, uno de sus primeros actos fue rezar a los antepasados de la dinastía Qing. En cuanto se hicieron los preparativos, llevó a la corte a los Mausoleos Orientales para rendir tributo a los ancestros allí enterrados y pedir su protección. Mientras estaba allí, vio un pequeño mono que pertenecía a un funcionario y estaba dando saltos en su tienda. Expresó su afecto por el animal y decidió permitirse un «capricho»: pronto, el mono daba saltos vestido con un bello chaleco de seda amarilla[840].

Sin embargo, lo primero que hizo Cixí, al día siguiente de su regreso, fue honrar a la concubina imperial Perla, a la que había mandado ahogar justo antes de salir huyendo. Era su acto de contrición, así como un intento de reparar lazos con su hijo adoptivo, que le había ofrecido su cooperación durante años, en especial durante el exilio. Y era sobre todo, tal vez, un gesto dedicado a las potencias occidentales, que se habían sentido horrorizadas por el asesinato[841]. Estaba decidida a granjearse su benevolencia, porque supondría una inmensa diferencia para el país y para el trato que ella misma recibiera. El pago anual de la indemnización de los bóxers podía variar de forma considerable, dependiendo de los tipos de cambio, y, con buena voluntad, las potencias extranjeras podían adoptar el método de cálculo que fuera más ventajoso para China. Además, la transformación del imperio necesitaba la cooperación de una comunidad internacional amiga.

27
Una buena relación con los occidentales (1902-1907)

Para su entrada en Pekín, Cixí rompió con la tradición y anunció que los extranjeros podrían observar la procesión real. Se invitó a los diplomáticos a un edificio especial que permitía tener una buena vista de los acontecimientos. Y otros se colocaron en las murallas de la ciudad. Uno de ellos sacó una fotografía a la emperatriz viuda delante de su silla, a punto de entrar en un pabellón. En la imagen se la ve dándose la vuelta para saludarles desde abajo, con un pañuelo en la mano y su túnica de ricos bordados arremolinada. Saludar a los espectadores era algo que no tenía precedentes: Cixí lo había visto en las descripciones de los monarcas extranjeros escritas por los viajeros enviados por ella al extranjero[842].

Veinte días después de su vuelta, el 27 de enero de 1902, el cuerpo diplomático acudió a una audiencia con Cixí y el emperador Guangxu. No había biombo de seda y estaba sentada en un trono. La recepción fue, en palabras de Sarah Conger, «digna y respetuosa»[843]. Unos días después, Cixí ofreció otra recepción a las familias de los diplomáticos. Como no podía socializar con los hombres, sus esfuerzos amistosos se centraron en las mujeres occidentales. «La corte exagera con su cordialidad —escribió Robert Hart en tono divertido—; la emperatriz viuda no solo recibe a las esposas de los embajadores, ¡sino también a los *niños* de las legaciones!»[844].

El día de la recepción, el cielo tenía una claridad poco frecuente, sin las comunes y cegadoras tormentas de arena. Antes del acto, Sarah Conger, decana de las damas diplomáticas y cristiana devota y magnánima, reunió a las mujeres y les pidió que fueran educadas. En un salón dentro de la Ciudad Prohibida, Cixí estaba sentada detrás de una larga mesa que parecía un altar, sobre la que yacía un cetro de coral. Sonrió al reconocer a Sarah, que había estado en su recepción hacía tres años y después había sufrido el asedio de las legaciones. Durante toda la agitación de los bóxers, Estados Unidos había sido el país más comprensivo con China y con Cixí. Ahora Sarah Conger saludó a Cixí de manera amigable y Cixí le respondió igual, con un discurso escrito leído por el príncipe Ching, que se aproximó al trono y, arrodillado, lo cogió de manos de la emperatriz. Todas las mujeres y los niños se acercaron a presentarse ante Cixí, que los saludó con una especie de apretón de manos. Luego saludaron al emperador Guangxu, que dio la mano a cada una de las damas.

Después de las presentaciones formales, en cuanto condujeron al grupo a otra sala para una recepción informal, Cixí preguntó por Sarah Conger, que más tarde escribió: «Me cogió las manos entre las suyas y se sintió abrumada por sus sentimientos. Cuando pudo controlar su voz, dijo: “Lamento y me arrepiento de los problemas habidos. Fue un grave error, y a partir de ahora China será amiga de los extranjeros.

Nunca volverá a ocurrir algo así. China protegerá al extranjero y espero que seamos amigos en el futuro”». Era una representación, pero también una declaración sincera. En el banquete posterior, se llevó a cabo una reconciliación ritual. Sarah Conger describió la escena: Cixí «cogió su copa de vino y todos hicimos lo mismo. Colocó la copa en mi mano izquierda, unió mis dos manos con elegancia, de forma que las dos copas se tocaban, y dijo: “Unidas”. Luego cogió mi copa y me dejó la suya, y la alzó ante todos, y todos respondieron». Cixí «me aseguró una y otra vez que nunca se repetirían problemas como los de los dos años anteriores. Su actitud era considerada, totalmente seria, y siempre atenta a la comodidad y el placer de sus invitados. Tenía los ojos brillantes, despiertos y alerta, y no se le escapaba nada. Su rostro no muestra huellas de crueldad ni severidad; tiene la voz grave, suave y atractiva, y el tacto amable y gentil». Era evidente que Cixí había causado la impresión que buscaba[845].

Después, la emperatriz viuda y sus huéspedes se sentaron a comer, lo cual era algo extraordinario, porque las normas de la corte exigían que sus comensales permanecieran de pie. Pero el experimento resultó desagradable. A un lado de ella estaba sentada la «primera dama» de la legación británica, lady Susan Townley, esposa del primer secretario, porque el embajador, sir Ernest Satow, no estaba casado. Lady Townley había llegado a China después de la guerra de los bóxers «con una decidida aversión a la idea de estar rodeada por criados chinos; imaginaba que serían sucios y malolientes y tendrían manos repulsivas»(50). Se inclinó hacia Cixí y le pidió un regalo, el cuenco en el que estaba comiendo la emperatriz. Lady Townley sabía bien que la etiqueta marcaba que nadie compartiera los platos de un soberano. Su petición no podía entenderse más que como un insulto[846]. Más tarde, Cixí le dijo a una dama de compañía: «Estos extranjeros parecen tener la idea de que los chinos somos ignorantes y que por tanto no necesitan ser tan remilgados como en la sociedad europea»[847]. Pero también sabía que muchos occidentales la odiaban por culpa de los bóxers. Se tragó el insulto y consintió en lo que le pedía lady Townley (que luego presumió de su «extraordinario presente»). Cixí siguió mostrándose amable con la dama, que empezó a decir que era la «principal favorita» de la emperatriz viuda. La afabilidad no disminuyó ni siquiera cuando encontraron a lady Townley tratando de quedarse con más tesoros del palacio. Otra occidental que la había visto pedir el cuenco a Cixí escribió: «En otra ocasión, la dama mencionada cogió un adorno de un armario y estaba llevándoselo cuando la doncella de palacio que estaba presente le pidió que lo devolviera a su sitio, diciendo que era responsable de todo lo que había en la habitación y sería castigada si faltaba». Cixí no exhibió animosidad contra lady Townley, en parte, desde luego, porque representaba a Gran Bretaña. Pero quizá también porque en ella descubrió otro aspecto más bondadoso. Cuando se dirigía a China en un barco de vapor, la dama había visto a una niña con los pies vendados y se había sentido llena de compasión por «las pobres pequeñas».

El banquete fue el único al que asistió Cixí, pero representó el comienzo de una relación social más asidua con las mujeres occidentales. Como dijo a las damas diplomáticas al acabar la comida: «Espero que nos veamos más a menudo y nos conozcamos mejor para poder ser amigas». Como los regalos (en especial los regalos de carácter personal) eran una forma esencial de expresar los buenos deseos en China, Cixí llenó de obsequios a las damas. En esta ocasión, tomó las manos de Sarah Conger entre las suyas y, «quitándose de un dedo un pesado anillo de oro tallado con una elegante perla, me lo puso en uno de los míos; luego se quitó varias pulseras de las muñecas y las colocó en las mías. A cada dama le hizo regalos de gran valor. También tuvo un amable recuerdo para los niños y los intérpretes».

De vuelta en las embajadas, los hombres llegaron a la conclusión de que Cixí estaba intentando sobornar a sus mujeres y pidieron a la corte que no volviera a hacer regalos en el futuro. Robert Hart observó: «Las audiencias han transcurrido tan bien que los críticos las consideran demasiado amables y sospechan que no son sinceras»[848]. Acusaron a Cixí de intentar «adular a los extranjeros y granjearse su favor para recibir mejor trato a manos de las potencias»[849]. Sin duda ese era uno de sus motivos pero, como dijo Sarah Conger, «este día histórico no puede hacer daño».

Hubo otros gestos de buena voluntad, entre ellos invitaciones a los Mausoleos Orientales y Occidentales, el Palacio de Verano e incluso la Ciudad Prohibida. Cuando llegaban los visitantes a sus aposentos, se exhibían de forma destacada los regalos de sus respectivos países. Los retratos del zar y la zarina figuraban sobre una mesa cuando llegaba la esposa del embajador ruso. Y dos grabados en acero de la reina Victoria, uno de ella con las vestiduras reales y el otro de ella con el príncipe Alberto, rodeados de hijos y nietos, colgaban en la pared a la vista de los británicos, junto a una caja de música y otros adornos enviados por la reina. Sus habituales estatuas blancas y verdes de Buda, hechas de jade, eran sustituidas por un montón de relojes europeos[850].

El segundo encuentro de Cixí con las esposas diplomáticas estuvo, en opinión de Sarah Conger, «lleno de contenido femenino». La emperatriz viuda dio el extraordinario paso de invitar a las damas extranjeras a la intimidad de su dormitorio. «Cuando nos llevaron a sus aposentos privados, Su Majestad se mostró muy satisfecha y señaló con la mano un *kang* ricamente cubierto y con cojines que ocupaba todo un extremo de la larga habitación». El *kang* —un mueble de ladrillos calentados que servía de cama y asiento— era el sitio favorito de Cixí. Allí, con aire travieso, dio más regalos a las mujeres:

Su Majestad se acercó al *kang* y nos hizo señas a mí y otras para que hiciéramos lo mismo. Cogió una figurita de un niño de jade del estante, me la puso en la mano y

expresó con gestos las palabras no pronunciadas: «No lo cuentes». Me llevé el precioso objeto a casa y lo adoro. Fue una muestra de buenos deseos, y no tengo intención de olvidarme de eso […] Agradecí de verdad poder ver manifestarse el espíritu amable de esa mujer a la que el mundo ha condenado con tanta vehemencia.

Hubo más regalos. Sabedora de la afición de la señora Conger a los pequineses, llegó a la legación de Estados Unidos un «precioso perrito negro» en una «cesta forrada de raso rojo», con «un arnés montado en oro con un largo cordón de seda y un gancho de oro». Para la hija recién nacida de Sarah, Cixí envió «unas cajas amarillas de seda con dos bellos adornos de jade […], los primeros regalos que enviaba a una niña extranjera».

De vez en cuando llegaban a las embajadas macetas con peonías y orquídeas de sus jardines, cestos de fruta de sus huertos, cajas con pasteles y bolas de té, que transmitían los buenos deseos de Cixí. Para el Año Nuevo chino, las familias diplomáticas recibieron pescado, un símbolo muy propicio porque comparte sonido con la palabra «abundancia». La legación de Estados Unidos recibió un espécimen gigantesco: de casi 3 metros de largo y 164 kilos de peso. En su estilo, totalmente chino, Cixí intentaba forjar unas buenas relaciones, y en Sarah Conger encontró una amiga de lo más valiosa, que sin duda facilitó sus tratos con las potencias extranjeras. La amistad contribuyó a generar simpatías por China en Estados Unidos y facilitó que los estadounidenses devolvieran la indemnización de los bóxers[851].

En su ofensiva de buena voluntad, Cixí animó a otras mujeres chinas a entablar amistad con occidentales. Poco después de la primera recepción, Sarah Conger, que simpatizaba con los chinos («Aunque tienen muchas cosas que me parecen indeseables, también hallo en sus caracteres mucho que admirar […] Verdaderamente quiero conocerles. Me gustan los chinos»)[852], invitó a varias damas de la corte a la legación estadounidense a cenar[853]. La hija adoptiva de Cixí, la princesa imperial, acudió en su representación y encabezó la lista de 11 invitadas. Famosa por ser «de aspecto vulgar y porte majestuoso» y por «hacer la reverencia más elegante de todas las damas de la corte», llegó en una silla amarilla[854]. Las demás princesas iban en sillas rojas, y las de menos categoría iban de verde, mientras que el intérprete iba en un carro de mulas oficial. Llegaron con 481 criados, incluidos 8 eunucos para cada una y 60 soldados que se quedaron en la puerta. Para los chinos, cuanta más categoría tenía una persona, mayor era el número de criados. La señora Conger exclamó: «¡Qué visión!». La princesa imperial llevaba los saludos de Cixí, que «espera que las agradables relaciones que existen hoy entre Estados Unidos y China continúen como ahora». Cuando se fueron las damas, «la gran procesión partió de debajo de la bandera estadounidense y salió a las calles de la bandera del dragón […] Todos los chinos tenían prohibido estar en las calles por las que pasaba la procesión, pero miles

aguardaban en otros lugares disfrutando del espectáculo».

Poco después, las damas de la corte devolvieron la invitación a las damas extranjeras, y Sarah Conger acudió con casi 100 criados «para adaptarse a la costumbre china». A partir de entonces, las mujeres empezaron a relacionarse y se hicieron amigas. A principios de 1903, Sarah escribió sobre su vida reciente a su hija, que había estado en China con ella previamente:

¿Notas el cambio respecto a las viejas costumbres y la apertura, poco a poco, de las puertas cerradas? Yo lo veo y lo valoro […] Las mujeres de los altos funcionarios, tanto manchúes como chinas, están abriéndonos sus puertas, y yo las recibo a mi vez. Mis ideas anteriores sobre las damas chinas están cambiando enormemente […] Descubro que les interesan tanto los asuntos de su propio país como los de otros países. Estudian los edictos y leen los periódicos. A veces me refiero a hechos y acontecimientos para escuchar sus ideas y me doy cuenta de que tienen mucha información que dar.

«Veo que tenemos muchas opiniones e ideas en común», descubrió Sarah Conger. Las mujeres chinas leían libros traducidos por los misioneros. Hablaban «de cuando Colón descubrió América, la llegada de los Peregrinos, nuestros problemas con Inglaterra, la secesión de las colonias, nuestra Declaración de Independencia». Una estaba «muy interesada por el sistema monetario del profesor Jenks», un sistema que un profesor de la Universidad de Cornell, Jeremiah Jenks, había propuesto ese año para China. El embajador estadounidense, Edwin H. Conger, estaba tan impresionado como su esposa. Cuando un almirante estadounidense le preguntó a ella: «¿De qué hablan ustedes, las señoras, de ropa y joyas?», el embajador replicó: «Al contrario. Hablan de los problemas en Manchuria, cuestiones políticas y muchas cosas relacionadas con su gobierno». Al menos algunas damas de la corte debían de haber recibido instrucciones de estudiar y prepararse, porque Cixí sabía que los occidentales respetaban a las mujeres que mostraban inteligencia y opiniones[855].

Sarah Conger y Cixí se veían a menudo y tenían largas conversaciones. Cixí le contó a la estadounidense sus experiencias de 1900 y relató «de forma muy gráfica las circunstancias de su huida y la de la corte; me contó sus dificultades y sus privaciones […] Su Majestad me citó muchas cosas sobre las que la creía totalmente ignorante». Cixí escuchaba además de hablar: estaba «muy interesada en oírme contar qué imagen tenía verdaderamente de su China». En una reunión que mantuvieron después de que Conger hiciera un largo viaje por el país en 1905, la estadounidense describió sus impresiones: «Los chinos están buscando las ideas extranjeras como nunca antes […] Todo el mundo advierte el despertar de ideas más abiertas». Sarah Conger estaba dándole a Cixí algo de gran valor para la emperatriz viuda: las reflexiones de una occidental sobre las inmensas reformas que había puesto

ella en marcha[856].

Conger se sentía «indignada por las horribles e injustas caricaturas» de su amiga en la prensa extranjera y tenía «un deseo cada vez mayor de que el mundo pudiera verla más como es en realidad». Así que concedió entrevistas a periódicos estadounidenses en las que describía a Cixí «tal como la he visto muchas veces». Su imagen de Cixí y el hecho de que se hubieran hecho tan amigas creó una imagen nueva y más favorable de la emperatriz viuda, sobre todo en Estados Unidos. La prensa empezó a reconocer sus reformas, aunque solían atribuir el mérito a Sarah Conger y decir que «gracias a la influencia de la señora Conger, se han producido numerosos cambios…»[857]. «La mujer que gobierna China americaniza su imperio»[858], decía un titular. Aun a su pesar, los periódicos empezaron a mostrar una imagen progresista de Cixí, y un dibujo incluso la enseñaba en posición de combate mientras el texto que lo acompañaba decía: «Ordena que se liberen los pies de las mujeres»[859]. (La orden de quitar las vendas de los pies de las mujeres fue uno de los primeros edictos de Cixí a su regreso a Pekín). Sarah Conger desempeñó un papel fundamental en que Cixí tuviera mejor prensa en Occidente.

Cixí estaba agradecida y sentía una genuina amistad por la dama estadounidense. En 1905, los Conger tuvieron que dejar China para ir destinados a otro puesto. La emperatriz concedió a Sarah un título muy importante y le hizo bellos regalos de despedida. Antes de irse, visitó el palacio para decir adiós a Cixí y, después de las formalidades, «nos sentamos y, de mujer a mujer, la emperatriz viuda y yo conversamos». Luego «dijimos nuestros adioses y, cuando estaba yéndome de la estancia de Su Majestad, me pidieron que regresara. Su intérprete me colocó en la mano una "piedra de la buena suerte", un jade azul, con estas palabras: "Su Majestad se ha quitado la piedra de la buena suerte de su persona y desea dársela para que la lleve durante el viaje a través de las grandes aguas, para que llegue a salvo a su honorable país"[860]. La piedra, de aspecto corriente, se había transmitido de generación en generación de la dinastía Qing, y Cixí la había llevado durante su reinado, como talismán para protegerse durante sus tribulaciones. Separarse de un objeto así no era cualquier cosa. Hacerlo de forma impulsiva revelaba los verdaderos sentimientos de Cixí. Los Conger siguieron recibiendo mensajes de ella después de irse[861].

En sus esfuerzos por mejorar la reputación de Cixí en Occidente, Sarah Conger concibió la idea de que una artista estadounidense pintara el retrato de la emperatriz viuda para la Exposición de San Luis de 1904. Cixí aceptó, aunque le supuso un gran coste psicológico. Lo tradicional era que solo se pintaran retratos de antepasados muertos (aunque sí había acuarelas que representaban la vida cotidiana), y Cixí, pese

a todas sus rupturas de los convencionalismos, era supersticiosa. Pero no quería rechazar el amable gesto de su amiga y también le agradó la posibilidad de fomentar su imagen.

Le recomendaron a Katharine Carl, cuyo hermano trabajaba en las Aduanas chinas, y la pintora llegó a la corte en agosto de 1903. Cixí se había comprometido a una sola sesión y se arregló de manera espléndida para ella, tal como correspondía a la emperatriz viuda de China. Llevaba un vestido amarillo imperial con brocados y ricos bordados de hilos de perlas que formaban un dibujo de glicinias. Del botón superior de su hombro derecho colgaba un hilo de 18 enormes perlas separadas por trozos de jade. También colgaba del botón un rubí de gran tamaño, con borlas de seda amarilla que terminaban en dos inmensas perlas en forma de pera. Bajo un brazo tenía un pañuelo de seda de color azul claro y bajo el otro un saquito de olor con largas borlas de seda negra. El tocado estaba lleno de gemas de distintos tipos, además de grandes flores frescas. Los brazos y las manos los llevaba adornados con pulseras y sortijas y, para añadir todavía más adornos, dos dedos de cada mano estaban cubiertos por protectores de uñas enjoyados. No se había olvidado de los pies: los zapatos de raso bordado, de punta cuadrada, estaban cubiertos de pequeñas perlas, que no dejaban al descubierto más que las suelas de varios centímetros. Cixí llegó caminando sobre esas suelas imposibles, avanzó con paso decidido hacia Katharine Carl y preguntó dónde había que colocar su asiento, el Trono de los Dos Dragones. Y así empezó a trabajar la pintora, en una sala en la que contó 85 relojes que hacían tictac y daban las horas, y con los ojos de su modelo «perforándome».

Esos ojos decidieron que Katharine Carl era una persona sincera y de carácter fuerte y abierto. A Cixí le gustó. Después de la sesión, escribió después Carl, «me preguntó, mirándome a los ojos, si me gustaría quedarme en el palacio unos días para que pudiera sentarse en más sesiones a su conveniencia». La artista, que había simpatizado de inmediato con Cixí, se mostró encantada. «Las informaciones que había oído sobre el odio de Su Majestad a los extranjeros quedaron desmentidas por esa primera audiencia y lo que vi allí. Pensé que ni la más consumada actriz sería capaz de falsear de tal forma su personalidad».

Carl se quedó casi un año. A través de ella, Cixí permitió al mundo exterior entrar en la misteriosa corte china. Y además disfrutaba de la compañía de la pintora. Esta vivía en los palacios, veía a Cixí casi a diario y se mezclaba con la gente de la corte. Con su mirada observadora y sensible, adquirió más intimidad con Cixí que casi cualquier otra persona. Notó su asombrosa autoridad, entre otras cosas al ver cómo manejaban su retrato «con el mismo respeto que muestra un oficiante ante los vasos sagrados en la iglesia». Hasta los materiales de la artista estaban revestidos de una especie de cualidad semisagrada. «Cuando Su Majestad se sentía cansada e indicaba que se habían acabado las sesiones, el eunuco me cogía de las manos los pinceles y la

paleta, quitaba el retrato del caballete y guardaba todo respetuosamente en la habitación que se había reservado para ello». Los pinceles y la paleta se colocaban con sumo cuidado en unas grandes cajas planas hechas especialmente, que se cerraban con una llave de la que se hacía cargo el eunuco jefe.

Katharine Carl veía cómo se salía Cixí con la suya, en este caso con sus sugerencias sobre el cuadro que presentaba con timidez, como si estuviera pidiendo un favor. «Me cogía la mano y decía casi en tono de súplica: "Hay un trozo de cenefa que no está bien acabado. Lo puede arreglar, ¿verdad…?"». Pedía disculpas por sus demandas: «Le estoy dando mucho la lata, y es usted muy amable». Una petición que hizo con gran vacilación e inquietud fue la relativa a la fecha en la que el retrato estaría acabado. Se consultaron los almanaques y se decidió que el 19 de abril de 1904 era la fecha apropiada, y las cuatro de la tarde, la hora ideal. Katharine Carl aceptó de buen grado y Cixí pareció enormemente aliviada.

A Carl le impresionó mucho la pasión de Cixí por sus jardines: «Por cansada o agobiada que pudiera estar, parecía encontrar alivio en sus flores. Se acercaba una flor al rostro, absorbía su fragancia y la acariciaba como si fuera un ser capaz de sentir. Se paseaba entre las flores que llenaban sus habitaciones y, con un suave toque, colocaba un capullo para que tuviera mejor luz o daba la vuelta a una jardinera para que la planta que crecía en ella tuviera una posición más favorable».

La pintora tenía también en común con Cixí su amor por los perros. La emperatriz viuda tenía una perrera grande y lujosa, que Carl visitaba con frecuencia. Al verlo, Cixí le regaló un perro. Un día, «llevaron unos cachorros para mostrárselos a la emperatriz viuda. Ella acarició a la madre y examinó con ojo crítico los rasgos de los perrillos. Luego me llamó para mostrármelos y me preguntó cuál me gustaba más […], me llamó la atención sobre sus mejores cualidades e insistió en que me quedara con uno». Como a Carl le violentaba cogerlo, Cixí se lo envió como regalo: «Un precioso pequinés blanco y ámbar». Era el cachorro favorito de la pintora, por el que había mostrado un interés particular cuando visitaba la perrera. Evidentemente, Cixí se había propuesto averiguarlo.

Carl experimentó la faceta más considerada de Cixí en un aspecto muy personal y femenino. Un día estaban paseando: «Como estaba atardeciendo y yo llevaba poca ropa, Su Majestad pensó que tenía frío y, al ver que no llevaba ningún chal, llamó al eunuco jefe para que me trajera uno suyo. Él escogió entre los que siempre llevaban para esos paseos y se lo dio a Su Majestad, que me lo puso sobre los hombros. Me pidió que me lo quedara y que intentara acordarme de cuidarme mejor en el futuro». Cuando se aproximaba la estación fría, Cixí envió a una doncella a los aposentos de Carl para que cogiera uno de sus vestidos europeos hechos a medida y ordenó a los sastres del palacio que lo copiaran en seda acolchada. Le dio a Carl una faja larga y suave que se ataba en un extremo, que dijo que lo hacía más elegante. Cuando

empezó a hacer aún más frío, Cixí diseñó para Carl una vestidura larga, forrada de piel, un híbrido de estilos europeo y chino, que a la pintora no solo le pareció preciosa sino muy cómoda para pintar con ella. La emperatriz escogió asimismo un sombrero de visón para Katharine, en un color que pensó que le iba a su cabello rubio y un diseño que dijo que realzaría su carácter enérgico.

La entrega de estas prendas no europeas a la pintora se hacía con delicadeza, porque Cixí era consciente de que a la dama estadounidense podía no gustarle un traje de otra cultura. La ropa de la emperatriz viuda era una expresión de su identidad étnica. La única vez que dejó de llevar prendas manchúes fue durante su huida, cuando llevó la ropa perteneciente a la familia del jefe de condado Woo, que era han. Le aseguró a Carl que su nueva vestimenta no tenía más que un fin práctico y no violaría su personalidad. Con esa misma sensibilidad, cuando daba una recepción a las damas diplomáticas, Cixí disponía que Carl saliera del palacio para unirse a Sarah Conger y volviera a entrar con las damas de la legación de Estados Unidos, por si a Carl podía darle vergüenza parecer un miembro del séquito de la emperatriz. Cuando paseaban por los jardines, Cixí recogía flores pequeñas y se las colocaba a Carl detrás de las orejas, en un gesto de intimidad cuyo fin comprendía esta última que era «asegurar que las damas y los eunucos me trataran de la misma forma». Cixí se ocupaba también de que se incluyera a Carl en todas las actividades placenteras. Una de ellas era el periodo de salir a volar cometas en primavera, cuando se veía a nobles y eruditos correr de un lado a otro como niños. La costumbre era que la primera cometa la lanzara la emperatriz viuda. Ese día, Cixí invitó a Carl al jardín y, después de soltar la cuerda y demostrar su pericia con la cometa, se la dio a Carl y se ofreció a enseñarle a volarla.

Cixí se comportaba con Carl como una amiga. Tenían mucho en común. Nadie valoraba los jardines de la emperatriz con tanta intensidad como la pintora estadounidense: «El exquisito placer que me proporcionaba esa vista gloriosa me hacía temblar de placer». Compartían risas. Un día, Cixí fue a ver sus crisantemos, que estaban en flor, mientras Carl estaba trabajando. Al volver, la emperatriz viuda le llevó a la pintora una nueva variedad y le dijo: «Te daré una cosa bonita si te imaginas qué nombre he puesto a esta flor». Carl pensó que el curioso capullo, con pétalos como cabellos y centro compacto, recordaba a la cabeza calva de un anciano, ante lo cual Cixí, encantada, exclamó: «Lo has adivinado. ¡Acabo de llamarla el Viejo de la Montaña!». Entre ellas había una intimidad informal. En una de sus fiestas en el jardín, Cixí vio el vestido gris de Carl, agarró una peonía rosa de un jarrón y se la prendió, mientras decía que le vendría bien un poco de color. Hablaban de ropa. Cixí elogiaba las modas europeas por sus «bonitos colores», pero decía que, aunque «los trajes extranjeros sentaban muy bien a las personas bien formadas y bien proporcionadas», «eran una desgracia para cualquiera que no tuviera esa suerte». El

traje manchú, en cambio, «como caía en línea recta desde los hombros, quedaba mejor a las personas gruesas, porque ocultaba muchos defectos». (La emperatriz viuda siempre se contuvo para no criticar los corsés occidentales ante la pintora. Al parecer, a una dama de la corte que había vivido en el extranjero y le habló de ese artículo con cierta exageración, le respondió: «Es verdaderamente patético lo que tienen que soportar las mujeres extranjeras. Van atadas con barras de acero hasta el punto de no poder casi ni respirar. ¡Patético! ¡Patético!»[862]).

Después de permanecer con Cixí durante casi un año y verla casi a diario en su propio entorno, Katharine Carl sentía que «había llegado verdaderamente a querer» a Cixí. El sentimiento era mutuo. Cixí invitó a Carl a quedarse todo el tiempo que quisiera y sugirió que retratara a otras damas de la corte e incluso, tal vez, que pasara el resto de su vida en Pekín. Carl lo rechazó amablemente, porque sentía que «el mundo más allá de las puertas del palacio me llamaba».

Su retrato de Cixí fue mediocre. Los retratos occidentales tienen sombras en el rostro pero, en la tradición china, un rostro con sombras negras era un «rostro *yin-yang*», que indicaba un carácter ambiguo, traicionero. Carl sufrió presiones, aunque con mucho tacto, para uniformarlo. «Cuando vi que debía representar a Su Majestad de forma tan convencional y que su personalidad, tan increíblemente atractiva, iba a resultar vulgar, perdí el ardiente entusiasmo con el que había comenzado mi trabajo, y sufrí y me rebelé mucho hasta que me resigné a lo inevitable». Sin embargo, escribió un libro sobre su extraordinaria experiencia, *With the Empress Dowager*, publicado en 1906, que ofrecía una imagen memorable de Cixí. La emperatriz había logrado otra leal amiga en Occidente[863].

Mientras tanto, el retrato pintado por Carl acabó siendo un regalo al Gobierno de Estados Unidos después de la Exposición de San Luis. En el Salón Azul de la Casa Blanca, el 18 de febrero de 1905, el embajador chino en Washington dijo al presidente Theodore Roosevelt y a los demás asistentes que el regalo de la emperatriz viuda pretendía mostrar lo que valoraba la amistad de Estados Unidos hacia China y «su interés permanente en el bienestar y la prosperidad del pueblo estadounidense». Al aceptar el retrato «en nombre del Gobierno y el pueblo de Estados Unidos», el presidente Roosevelt dijo: «Es apropiado que exista esta amistad mutua y que se mantenga y fortalezca de todas las formas posibles, tanto en el campo general de las relaciones internacionales como en agradables ocasiones como la que hoy nos reúne». El retrato, dijo, «se expondrá en el Museo Nacional como recordatorio perdurable de los buenos deseos que unen a los dos países y el firme interés que cada uno siente por el bienestar y el progreso del otro»[864].

Una tercera persona que también tuvo que ver con los intentos de Cixí de estrechar

lazos con Occidente fue una mujer a la que conoció en 1903. Se trataba de Louisa Pierson, hija de un comerciante estadounidense originario de Boston, que vivía en Shanghái, y de su esposa china[865]. En la época de su nacimiento, la década de 1870, había muchas relaciones entre europeos y asiáticas, y a sus hijos se los despreciaba siempre por ser mestizos. Robert Hart tenía «una joven china a la que mantengo»[866], escribió. Vivió con ella durante años, hasta que la abandonó para casarse con una británica. Envió a los tres hijos que había tenido con ella a Inglaterra para que los criara la mujer de un contable, y ni él ni la madre volvieron a verlos jamás. Su comportamiento se consideró «de extrema generosidad, casi quijotesco» para lo normal entonces, porque otros extranjeros solían abandonar a sus hijos mestizos, sin más[867]. No se sabe cómo trataba a Louisa Pierson su padre estadounidense, que murió en Shanghái, pero estaba casada con todas las de la ley con un funcionario chino excepcional, Yu Keng, que no la aceptó como concubina ni la trató como a una mantenida. Su relación no fue fácil. Los chinos llamaban a Louisa «casi un demonio extranjero» (*gui-zi-liu*), y la comunidad extranjera le hacía el vacío. Pero la pareja vivió feliz con sus hijos, sin avergonzarse de nada ni pedir perdón por estar juntos. A regañadientes, Hart reconocía que «el matrimonio, creo, fue por *amor*», y comentaba: «La familia Yu Keng no tiene buena fama en ninguna parte, pero el viejo cuenta con apoyos poderosos, no sé por qué».

El apoyo procedía de varios personajes sin prejuicios, entre ellos la propia Cixí. Yu Keng había trabajado para el virrey Zhang, que le encargó lidiar con los choques entre la población local y las misiones cristianas en sus provincias. Louisa Pierson era bilingüe y podía hablar con las dos partes, por lo que ayudó a suavizar malentendidos y resolver disputas. El virrey Zhang tenía buena opinión de la pareja y los recomendó a Pekín. Allí, Yu ascendió rápidamente, primero a embajador en Japón, luego a embajador en Francia. Aunque Hart gruñó («¡No me gusta el nombramiento!»), Yu Keng y Louisa Pierson fueron al corazón de Europa con su «ruidosa familia de niños que hablaban inglés»[868].

En París llevaron una vida cosmopolita. Según la prensa occidental, que estaba fascinada con ellos, Louisa Pierson «habla francés e inglés perfectamente, con un ligero acento que recuerda al de Boston, junto con algo indefinible que sin duda es puro chino. Es una artista maravillosa, que dibuja sobre seda al estilo de los viejos maestros chinos, con una habilidad y un oficio certero que hace que los pintores franceses se queden boquiabiertos de asombro»[869]. Y «preside las recepciones de la embajada con sumo encanto y refinamiento»[870]. En un baile de disfraces que organizó el matrimonio para celebrar el Año Nuevo Chino en 1901, uno de sus hijos, Hsingling, se disfrazó de Napoleón de forma convincente[871]. Católico, acabó casándose con una profesora de piano francesa en una iglesia de París. A la boda, para la que el novio llevó una túnica azul de estilo manchú con botones de coral rojo,

asistió el embajador de Estados Unidos en Francia, el general Horace Porter, y en la prensa aparecieron muchas informaciones sobre ella y se dijo que era «la boda más pintoresca e interesante que se ha visto aquí en tiempos recientes» y «un acontecimiento nuevo»[872]. (El matrimonio no duró tras su posterior regreso a China). Las dos hijas, Der Ling y Rongling, escribió *The New York Times*, «son de una belleza adorable, y se visten al estilo europeo con un acabado y un talento que cuentan también con algo del encanto oriental, lo cual las convierte en el blanco de todas las miradas cuando entran en un salón». Louisa y su marido dieron a sus hijas una libertad inaudita para que disfrutaran de París a fondo. Las jóvenes salían, iban al teatro (donde las cautivó Sarah Bernhardt) y recibían lecciones de danza de la famosa Isadora Duncan. Bailaban en las fiestas de sus padres y practicaban bailes de salón a la europea, en estrecho contacto corporal con hombres desconocidos. La forma de vida de la familia, que incluía que Louisa dejara que un francés le besase la mano, provocó no solo asombro, sino también rencor: varios funcionarios de la embajada, indignados, denunciaron a la familia ante el trono[873].

Pero a Cixí le agradaba lo que estaban haciendo y esperaba con impaciencia su regreso. Cuando terminó el mandato de Yu Keng, y después de un recorrido vertiginoso por las grandes ciudades europeas, la familia llegó a Pekín a principios de 1903. Cixí se apresuró a invitar a Louisa Pierson y sus hijas a palacio para que fueran sus damas de compañía y las colocó por delante de casi todas las demás damas de la corte. Las dos hijas, que hablaban inglés y francés, hacían de intérpretes en los contactos cada vez más frecuentes de Cixí con occidentales. Cuando se enteró de que la hija pequeña, Rongling, había estudiado música y danza en París, Cixí se entusiasmó. Dijo que siempre le había parecido una enorme lástima que la danza china casi hubiera desaparecido y que había intentado sin éxito encontrar a alguien que investigara en los archivos de la corte y la reviviera. «Ahora Rongling puede hacerlo», declaró la emperatriz viuda[874]. Así comenzó la joven una carrera que le dio la fama de ser «la primera dama de la danza moderna en China». A instancias de Cixí, estudió bailes cortesanos y campestres y, combinándolos con el ballet y otros tipos de bailes occidentales, coreografió una serie de danzas que ejecutaba delante de una feliz Cixí. La acompañaba una orquesta de estilo occidental creada por el general Yuan, además del grupo de música de la corte.

Louisa Pierson era la más valiosa consejera de Cixí en todo lo relacionado con el mundo exterior. Capaz, por fin, de tener al lado a alguien que tenía conocimiento de primera mano de Europa y Japón y cuyas opiniones respetaba, Cixí buscaba su consejo a diario. Una intérprete anterior, una joven que había estado en Alemania con su padre, agregado en la embajada china, le había dicho a Cixí que la corte alemana era «muy simple»[875]. En un intento de juzgar si su propia corte era demasiado extravagante en comparación con la de otros países, Cixí le preguntó a Louisa, que

dijo que, aunque no había estado en ningún palacio alemán, tenía entendido que en realidad eran bastante ostentosos. Cixí se quedó más tranquila. Inteligente y competente, Louisa Pierson era mucho más que una fuente de información y una asesora en materia de etiqueta diplomática. Se ocupaba incluso de la política internacional. Cuando Japón y Rusia se disponían a entrar en guerra en Manchuria, a finales de 1903, Cixí hablaba a menudo con ella del país nipón, donde Luisa había vivido con su esposo. Un día, la mujer del embajador japonés, Uchida Kosai[/2/], solicitó una visita. A Cixí le resultaba simpática y le había regalado un cachorro de pequinés, igual que a Sarah Conger. Desde luego, esos gestos amistosos los hacía también pensando en Tokio. Cixí sabía que la visita de la dama japonesa en aquel momento tenía una intención política, y que Tokio quería sondear lo que de verdad pensaba sobre Japón, algo que la emperatriz no tenía ningún deseo de divulgar. Louisa Pierson ayudó a Cixí a tomar la decisión de que Rongling fuera la intérprete, y esta, por indicación de su madre, tradujo mal las preguntas cargadas de intención política de la dama y las convirtió en una charla inane[876]. Louisa se volvió tan indispensable para Cixí que, cuando a veces se iba a ver a su marido, que estaba enfermo, Cixí le pedía, con el mayor tacto posible, que volviera cuanto antes. Cixí se mostró reacia y resignada al permitir que Louisa abandonara la corte de manera definitiva cuando su marido estaba en situación de extrema gravedad —de hecho, muriéndose— en 1907.

28
La revolución de Cixí (1902-1908)

Cixí llevó a cabo su revolución a lo largo de siete años trascendentales: desde su regreso a Pekín a principios de 1902 hasta su muerte a finales de 1908. Fue una época caracterizada por cambios históricos, durante la que China cruzó decididamente el umbral de la modernidad. Esa modernización permitió que los ingresos anuales del país ascendieran a más del doble en este periodo, de algo más de 100 millones de taeles a 235 millones[877]. Y a medida que crecieron los ingresos, fue posible financiar nuevas olas modernizadoras. Las reformas de esos años fueron radicales, progresistas y humanitarias, diseñadas para mejorar las vidas de la gente y erradicar la brutalidad medieval. Bajo su prudente administración, la sociedad china se transformó por completo a mejor, de forma meditada y no sangrienta, conservando las raíces y con un mínimo trauma.

Uno de los primeros decretos revolucionarios de Cixí, proclamado el 1 de febrero de 1902, anunció el levantamiento de la prohibición de los matrimonios entre han y manchúes, una prohibición tan antigua como la propia dinastía Qing. En una sociedad centrada en la familia, la prohibición había hecho que hubiera escasa relación social entre los dos grupos étnicos. Aunque hubiera funcionarios de uno y otro grupo que tenían estrecha relación como colegas, sus familias no tenían apenas ocasión de conocerse. La doctora Headland, la médico estadounidense, describió una ocasión en la que dos princesas manchúes y la nieta de un gran consejero han se encontraron en casa de ella. Durante un rato, intentar que conversaran fue «como intentar mezclar agua y aceite»[878]. Desde ese momento, la segregación entre manchúes y han iba a desaparecer.

Ese mismo decreto exigía a los han que abandonaran la tradición de vendar los pies y subrayaba que la costumbre «daña a criaturas y va en contra de las intenciones de la naturaleza», un argumento que apelaba a la convicción muy arraigada de que había que respetar la creación natural. Consciente de lo tenaz que era una costumbre implantada durante mil años, y en previsión de una resistencia que pudiera desembocar en choques violentos, Cixí abordó la puesta en práctica de su orden con su característica cautela. Pidió a los líderes locales que dieran a conocer su mensaje a todos los hogares y utilizaran el ejemplo y la persuasión para convencer a las familias, y prohibió de forma explícita y enfática el uso de la coacción brutal. El estilo de Cixí no consistía en imponer cambios drásticos, sino en introducirlos de manera gradual a base de perseverancia. Cuando su amiga estadounidense Sarah Conger le preguntó si su edicto iba a tener consecuencias inmediatas en el imperio, Cixí respondió: «No; los chinos se mueven despacio. Nuestras costumbres están tan asentadas que se tarda mucho tiempo en cambiarlas»[879]. La emperatriz estaba

dispuesta a esperar. Su énfasis en que el cambio fuera gradual contribuyó a que a muchas niñas (incluida la abuela de la autora de este libro) todavía siguieran rompiéndoles los pies una década después. Pero esa fue la última generación sometida a este sufrimiento[880].

También mediante la persuasión y el estímulo, en lugar de la fuerza, Cixí empezó a sacar a las mujeres de sus hogares y a liberarlas de la separación de los hombres, que era una tradición confuciana fundamental. Las mujeres empezaron a aparecer en público, a ir al teatro y al cine y a disfrutar de placeres con los que ni habían soñado. En especial, promovió una educación moderna para las mujeres e instó repetidamente a virreyes, altos funcionarios y aristócratas a que tomaran la iniciativa y establecieran y financiaran escuelas para niñas. Ella dio ejemplo fundando la Escuela para Mujeres Aristócratas, para cuya dirección nombró a su hija adoptiva, la princesa imperial. Otro plan suyo fue abrir un instituto de educación superior para mujeres y, como incentivo para las solicitantes, se anunció que cada graduada tendría el honor de denominarse «pupila personal de la emperatriz viuda». En 1905, la patrocinadora de una escuela para niñas, *madame* Huixing, se inmoló (una forma tradicional y no infrecuente de llamar la atención sobre una causa) en un intento de obtener fondos regulares para el centro. La floreciente prensa de la época la convirtió en heroína nacional. Hombres y mujeres se unieron en sus exequias y se escribió una Ópera de Pekín sobre su historia. Cixí mostró su apoyo público al escoger un reparto lleno de estrellas para representarla en el Palacio de Verano. Y escogió también otra obra que fue representada en esa misma ocasión, *Las mujeres pueden ser patriotas*, dirigida a despertar la conciencia política femenina. En la primavera de 1907 se decretó una Normativa para la Educación de las Mujeres, que hizo oficial la orden de que las mujeres recibieran formación[881].

Un gran defensor de la educación de las mujeres fue el virrey Duanfang, que había impresionado a Cixí con sus ideas reformistas y su capacidad durante el exilio en Xian, donde era gobernador. Ascendido a puestos clave en el valle del Yangtsé, la nueva estrella política fue responsable de muchos proyectos modernizadores, entre ellos la primera guardería de China[882]. Fue él quien envió a las primeras mujeres estudiantes del país al extranjero, en 1905. Las jóvenes fueron primero a Japón, a formarse como profesoras, y después a Estados Unidos. Una de las adolescentes que obtuvieron becas del Gobierno para Wellesley College, en Massachusetts, fue una tal Song Qinglin (Qingling), más tarde conocida como *madame* Sun Yat-sen y, más tarde todavía, como presidenta de honor de la China comunista. Con ella estaba su hermana menor, Meiling, entonces una niña, que posteriormente estudió también en Wellesley y se convirtió en *madame* Chiang Kai-shek, primera dama de la China nacionalista[883].

Muchas de las que serían mujeres destacadas en el futuro se beneficiaron de las

oportunidades creadas por Cixí. Una de ellas fue la primera directora de un gran periódico, el *Ta Kung Pao*, en 1904; desde su puesto atrajo a equipos de hombres jóvenes que la adoraban[884]. Las nuevas intelectuales pusieron en marcha alrededor de 30 publicaciones para promover la liberación de la mujer[885], una de los cuales, el *Diario para la mujer*, fue en su momento, por lo visto, el único periódico femenino del mundo (si bien no tuvo una vida muy larga)[886].

En la primera década del siglo XX, la expresión «derechos de la mujer» —*nü-quan*— estaba de moda en China. Un influyente folleto proclamaba ya en 1903: «El siglo XX será la era de la revolución por los derechos de la mujer»[887]. En una civilización que había tratado a las mujeres con una crueldad inigualable, su emancipación había comenzado.

Otro elemento clave de la sociedad china, el sistema educativo tradicional por el que se seleccionaba a la clase dirigente del imperio, se eliminó. Este obstáculo para la modernización —y para el pensamiento chino en general— era una prioridad de Cixí desde hacía años, y durante ese tiempo había instaurado poco a poco un sistema educativo alternativo y otras vías para hacer carrera, tanto en la administración como en los sectores privados. De modo que, cuando llegó el momento del empujón final, en 1905, el gigantesco pilar que había sostenido la infraestructura política de China durante más de mil años se derrumbó con extraordinaria facilidad. El nuevo sistema educativo estaba basado en modelos occidentales y en él se introdujeron numerosas materias, aunque los clásicos chinos siguieron formando parte del programa. Ese año, después de visitar una de las nuevas escuelas, con maestros que hablaban inglés y alumnos uniformados en aulas al estilo europeo, con biblioteca y sala de deportes, Sarah Conger reflexionó con asombro: «¿Cuál será el futuro de China cuando estos cientos y cientos de jóvenes formados salgan de estas escuelas para ser el fermento de su inmensa población?»[888]. Tres años más tarde, las escuelas, quizá no todas tan bien equipadas, se contaban por decenas de miles[889].

Los jóvenes que estudiaban en el extranjero recibían becas o incentivos, como la promesa de trabajos apetecibles cuando volvieran con unas notas satisfactorias. Al principio, muchos se resistían a irse, sobre todo los hijos de las familias poderosas, a los que la vida sin un regimiento de criados les parecía inimaginable. Pero se dijo que cualquiera que aspirase a ser funcionario tenía que irse, si no a estudiar, al menos a viajar, y en 1903 se convirtió en obligatorio estar en el extranjero al menos varios meses para aspirar a futuros puestos. Un edicto de Cixí ordenó también a los funcionarios ya en activo que salieran a otros países, algo, decía, que tenía «solo ventajas y ningún inconveniente»[890]. El número de estudiantes en el extranjero se disparó. Solo en Japón, en los primeros años del siglo, se calculó que había casi

10.000[891].

Con la nueva educación y las nuevas ideas, los jóvenes han empezaron a cuestionar y rechazar el poder manchú, y sus publicaciones se llenaron de protestas de este tipo: «¡Los manchúes son extranjeros que invadieron China y nos han dominado durante 260 años! ¡Nos conquistaron con matanzas y nos trajeron desastres por los que hemos tenido que pagar el precio! Nos obligan a llevar "colas de caballo" y nos convierten en objeto de burla en Londres y Tokio». Tras la lista de agravios, llegaba el inevitable grito de guerra: «¡Expulsemos a los manchúes! ¡China para los chinos han!». En 1903, un devastador ensayo antimanchú, *El ejército revolucionario*, escrito por un tal Zou Rong, apareció en un periódico de Shanghái. El artículo, que llamaba a Cixí «prostituta», defendía con vehemencia la necesidad de derrocar al gobierno manchú. «Expulsemos a todos los manchúes que viven en China, o matémoslos para vengarnos», exclamaba; «¡Matemos al emperador manchú!». El texto enfureció a los nobles manchúes, incluso a los reformistas más liberales, y seguramente a la propia Cixí. Según el código legal Qing, esos llamamientos equivalían a alta traición y el castigo era una muerte horripilante. Hasta el virrey Duanfang, devoto reformista, que era manchú, quería que se «extraditara» al autor desde Shanghái (que, al ser un Puerto del Tratado, se regía por leyes occidentales) y se le condenara a cadena perpetua, o incluso a muerte. Shanghái denegó la petición y Zou compareció allí mismo ante un jurado en su mayoría occidental, en el que el Gobierno chino estaba representado por un abogado. Juzgado con arreglo a una ley occidental relativa a la sedición de palabra y no de obra, el autor fue condenado a mediados de 1904 a dos años de cárcel y trabajos forzados en una cárcel de estilo occidental. El periódico fue prohibido[892].

Esta *cause célèbre* fue una lección para todos. Los escritores extremistas sintieron la necesidad de suavizar su lenguaje. La prisión de Shanghái, aunque no era un antro como la mayoría de las cárceles chinas, no era un lugar agradable, y Zou, con mala salud e incapaz de dormir, murió antes de un año. A Cixí, el caso le dio mucho sobre lo que reflexionar. Se enfrentaba a un nuevo reto: qué hacer ante expresiones hasta entonces impensables, casi blasfemias, en una prensa que crecía a toda velocidad. Declararlas traición y afrontarlas según las viejas leyes sería dar marcha atrás, y rechazó la posibilidad. Se negó a hacer caso a quienes aconsejaban la represión o recomendaban dejar de enviar estudiantes al extranjero, donde aprendían todo tipo de herejías. En lugar de eso, decidió regular la prensa mediante leyes y normas basadas en los modelos de Occidente y Japón, e introducirlas de forma gradual[893]. Como consecuencia, el nuevo siglo presenció una explosión de periódicos y revistas en lengua china. Surgieron cientos de títulos en más de 60 lugares de todo el imperio.

Cualquiera podía poner en marcha un periódico, si tenía dinero para hacerlo, y nadie podía callarle[894]. El general Yuan, virrey de Zhili, cuya capital era Tianjín, fue objeto de despiadados ataques del periódico más influyente de allí, el *Ta Kung Pao*, y, por más que le repugnaran, no pudo hacer nada para impedirlo. Lo único que pudo hacer fue ordenar a los empleados del Gobierno que no lo compraran y a la oficina de correos que no lo distribuyera. Ambas medidas fracasaron y no sirvieron más que para aumentar la circulación del diario[895]. La tolerancia de Cixí ante las críticas a su Gobierno —y a ella misma— y su deseo de permitir la diversidad de opiniones no habían tenido equivalente en ninguno de sus predecesores ni, seguramente, lo tendrían en sus sucesores.

Además de la implantación de unas libertades impensables, Cixí empezó a revolucionar el sistema legal chino. En mayo de 1902, decretó una revisión general de «todas las leyes existentes […] con referencia a las leyes de otras naciones […] para garantizar que las leyes chinas sean compatibles con las de otros países»[896]. Con un equipo legal dirigido por una mente extraordinaria, Shen Jiaben, que poseía un conocimiento exhaustivo de las leyes tradicionales y había estudiado varios códigos legales de Occidente, en el curso de un decenio se creó una estructura legal totalmente nueva, basada en modelos occidentales, que incluía toda una serie de leyes comerciales, civiles y penales y procedimientos judiciales. Cixí aprobó las recomendaciones del equipo y decretó personalmente muchos cambios históricos. El 24 de abril de 1905 se abolió la tristemente famosa «muerte de los mil cortes», con una explicación de Cixí en la que, en tono algo defensivo, decía que esa espantosa forma de ejecución no era una práctica de origen manchú[897]. En otro decreto se prohibió la tortura durante los interrogatorios. Hasta entonces, todo el mundo consideraba que era indispensable para obtener confesiones; ahora se decidió que era «permisible usarla solo con aquellos sobre los que había suficientes pruebas para declararlos culpables y condenarlos a muerte, pero que siguieran sin reconocer su culpabilidad». Cixí hizo hincapié en su «odio» hacia quienes tenían propensión a torturar y advirtió que serían severamente castigados si no respetaban las nuevas limitaciones. Las cárceles y los centros de detención debían funcionar con arreglo a criterios humanitarios; no se toleraría el maltrato a los presos[898]. Se establecerían facultades de leyes en la capital y las provincias, y los estudios de Derecho formarían parte de la educación general. Bajo su mandato empezó a construirse un marco legal.

Otra innovación cuya trascendencia no era tan visible fue que el comercio se volvió respetable. Pese a la paradoja de que a los chinos les gustaba ganar dinero, la cultura

tradicional hacía gala de cierta repugnancia por el comercio y lo colocaba en el último lugar de la jerarquía de las profesiones (el orden, por prestigio, era eruditos y funcionarios, campesinos, artesanos y comerciantes). En 1903, por primera vez en la historia, China creó un Ministerio de Comercio[899]. Varios decretos imperiales ofrecieron incentivos minuciosamente definidos para que los aspirantes a hombres de negocios «formaran empresas», y a los gobiernos locales se les ordenó que concedieran su inscripción «al instante, sin un momento de retraso». Uno de dichos incentivos era: «Quienes reúnan acciones por valor de 50 millones de yuanes serán nombrados asesores de primer grado del Ministerio, con categoría de funcionarios de primer grado, y se les concederá la medalla de oro especial del doble dragón imperial, y sus descendientes masculinos heredarán un puesto de asesores de tercer grado en el Ministerio durante tres generaciones»[900]. Además había estímulos para que los comerciantes asistieran a exposiciones en el extranjero e identificaran nuevos productos para la exportación[901].

Entre otras muchas novedades, estuvo la creación del banco estatal en 1905, seguida del nacimiento de una moneda nacional, el yuan. El sistema sigue hoy en uso. La gran arteria norte-sur, el ferrocarril Pekín-Wuhán, se completó en 1906. Existía un embrión de red de ferrocarriles. El ejército y la Armada adquirieron nuevos cuarteles generales, dos grandiosos edificios de estilo europeo con rasgos orientales. Diseñados por un arquitecto chino, son dos de los edificios más interesantes de Pekín. Se dice que pagó la factura la propia Cixí. Quizá era su penitencia por haber cogido dinero de la Armada en el pasado[902].

A medida que los chinos adoptaban nuevas formas de vida, el viejo hábito de los fumaderos de opio empezó por fin a decaer. Había pasado medio siglo desde que el país se vio obligado a legalizar la droga, y gran parte de la población —los cálculos oficiales hablaban de «casi el 30 o 40 por ciento»[903]— la consumía. La imagen estereotípica de los chinos en Occidente era la de los rostros sucios y despreciables en los antros del opio: un retrato muy injusto, teniendo en cuenta cuál había sido el origen de su adicción. Los ciudadanos inquietos por la situación de su país llevaban tiempo proponiendo la prohibición, igual que los misioneros occidentales. El opio extranjero que llegaba importado a China se producía sobre todo en la India británica y partía solo de puertos británicos. La opinión pública, en todo el mundo, era abrumadoramente favorable a prohibir el tráfico. A mediados de 1906, el Parlamento británico debatió el problema y la actitud del país entusiasmó de tal forma al embajador chino en Londres que se apresuró a escribir a sus superiores: «Si demostramos que nos tomamos en serio la prohibición, estoy seguro de que Gran Bretaña nos apoyará y colaborará con nosotros»[904]. Cixí aprovechó la oportunidad y

anunció su intención de erradicar la producción y el consumo de opio de China en el plazo de diez años. En el decreto expresaba su repugnancia por la droga y describía los daños que causaba a la población. Se elaboró un plan detallado de diez puntos para hacer posible que todas las personas del imperio menores de 60 años dejaran de consumir[905]. (Se consideró que los mayores de 60 no tenían la fuerza física necesaria para soportar el extenuante proceso). La repercusión del edicto «en la nación», escribió H. B. Morse, que se encontraba entonces en China, «fue eléctrica». Los agricultores interrumpieron el cultivo con escasa resistencia. «Millones de fumadores abandonaron el hábito; fumar en público se quedó pasado de moda; y se presionó a los jóvenes para que no adquirieran la costumbre. Muchos millones siguieron fumando, por supuesto, pero hoy está creciendo una generación de chinos en la que pocos se han aficionado»[906].

Se pidió a Gran Bretaña que acabara con el comercio de opio. Y el Gobierno británico reaccionó al instante. En línea con el programa de diez años de Cixí, aceptó restringir las exportaciones de opio de India en una décima parte cada año. Tanto Gran Bretaña como China pensaron que este era un «gran movimiento moral» y se mostraron dispuestas a soportar una pérdida considerable de ingresos. Al cumplirse los diez años, la erradicación del consumo y producción de opio en China había progresado de manera asombrosa y las exportaciones británicas de opio se habían interrumpido del todo[907].

Los grandes cambios se sucedían como olas en el océano. Los chinos que no vivían en los Puertos del Tratado experimentaron muchas cosas por primera vez en sus vidas: la primera iluminación de las calles, el primer sistema de agua corriente, el primer teléfono, las primeras facultades de Medicina occidental (a una de las cuales Cixí donó 10.000 taeles), el primer acontecimiento deportivo, los primeros museos, los primeros cines, el primer zoo y parque público (un antiguo parque real de Pekín) y la primera granja experimental del Gobierno. Muchos leyeron sus primeros periódicos y revistas, y adquirieron la agradable costumbre de leer el diario.

La propia Cixí experimentó varios «primeros» fenómenos. Un día, en 1903, preguntó a Louisa Pierson si sus hijas sabían hacer una fotografía, porque «permitir entrar a un hombre fotógrafo en el palacio» podía causar una auténtica tempestad. Louisa respondió que uno de sus hijos, Xunling, había estudiado fotografía en el extranjero y había vuelto de Europa con un buen equipo, y quizá él podía sacar varias fotografías a Su Majestad. A pesar de ser hombre, Xunling era hijo de Louisa y se le podía tratar como si fuera «de la familia». Fue el único fotógrafo que sacó fotos a Cixí[908].

Más tarde, el pintor estadounidense de origen holandés Hubert Vos afirmó que

había fotografiado a Cixí, además de pintar su retrato, y se suele pensar que es verdad. Pero no existe ninguna prueba documental que apoye esta historia llena de vaguedades. Y tampoco parece probable, dado que era un hombre adulto y extranjero[909]. Ni siquiera Robert Hart, que servía a la emperatriz viuda desde hacía decenios, tuvo más que unas cuantas reuniones formales con ella, la más larga de veinte minutos, en 1902. Fue una ocasión memorable y Hart escribió:

La anciana habló con una voz dulce y femenina, y se mostró muy elogiosa: dije que había otros listos para ocupar mi lugar, pero ella replicó que me quería a mí. Entre otras cosas, se refirió a la coronación [del rey Eduardo VII] y dijo que deseaba toda la felicidad para Su Majestad. A propósito de los viajes por ferrocarril, se rio y dijo que empezaba a pensar que ¡incluso le gustaría un viaje por el extranjero![910]

Con su amor a los viajes y su intensa curiosidad, a Cixí le habría encantado ese viaje por el extranjero. Pero nunca se tomó la idea en serio, porque le parecía imposible. Del mismo modo que, a pesar de ser la máxima autoridad del imperio, nunca puso el pie en la sección delantera de la Ciudad Prohibida ni entró en el palacio por su puerta principal. No quería desafiar unas tradiciones tan controvertidas solo por satisfacer sus propios deseos. Aunque es muy probable que Cixí hubiera preferido tener libertad para relacionarse con los hombres y no le habría importado en absoluto que un hombre extranjero la pintara o la fotografiara, lo normal era que no lo hiciera(51). Su contención y su buen criterio eran dos cualidades esenciales que le permitieron transformar el imperio y gobernarlo. Su buen juicio sobre lo que debía cambiarse —y cuándo y cómo había que hacerlo— fue crucial para entender por qué hubo tan pocas turbulencias durante su revolución.

Cuando llegó Xunling a hacer las fotografías de Cixí, al principio tuvo que trabajar de rodillas, porque todos tenían que arrodillarse en presencia de la emperatriz viuda. Pero en esa posición no llegaba a la cámara, que estaba colocada sobre el trípode. Lianying, el eunuco jefe, le llevó un taburete para que se pusiera sobre él, pero le era difícil guardar el equilibrio al tiempo que manejaba la cámara. Entonces Cixí dijo: «Muy bien, queda eximido de arrodillarse mientras hace las fotografías».

En las fotos, Cixí, que tenía ya sesenta y muchos años, los aparenta. Unas imágenes tan realistas no le habrían gustado, así que, antes de enseñárselas, las retocaron, una práctica habitual en aquellos tiempos. Le suavizaron el rostro, le borraron las arrugas y le alisaron las bolsas bajo los ojos. Le quitaron muchos años y dejaron imágenes de una mujer bella en la flor de la edad. El *lifting* es inconfundible cuando se comparan las copias de la colección personal de Xunling (hoy en la Freer

Gallery de Washington D. C.), que no se retocaron, con las de las mismas fotografías presentes en los archivos de la Ciudad Prohibida.

Las imágenes retocadas no eran las que sus espejos le devolvían desde hacía algún tiempo. Cixí se entusiasmó al verlas y se lanzó a un frenesí fotográfico. Posó en diversas posturas; en una, poniéndose una flor en el pelo, como una joven coqueta. Se cambiaba de ropa, joyas y escenarios, y mandó construir complicados decorados, como si fuera a subir a un escenario. Siempre había querido actuar en una ópera, y los cortesanos la veían cantando y bailando en los terrenos del palacio cuando creía que no la veía nadie. Ahora, vestida de Guan Yin, la Diosa de la Misericordia, mandó que se ataviara a las damas y los eunucos de la corte con los trajes de los personajes relacionados con la diosa, y posó con ellos ante los decorados. Después mandó ampliar sus fotografías favoritas a tamaños de hasta 75 por 60 centímetros, colorearlas y enmarcarlas con gusto y colgarlas en las paredes del palacio, para disfrutar de su aspecto joven y más atractivo que tanto le entusiasmaba[911].

Tiempo después regaló alguna de las fotos enmarcadas a los jefes de Estado que le escribieron para felicitarla por su septuagésimo cumpleaños en 1904. Las fotos llegaron a las legaciones con gran solemnidad[912]. Los periódicos de Estados Unidos comentaron: «La foto hace que aparente 40 años en lugar de 70»[913].

Los retoques, las ampliaciones y los enmarcados los hizo el estudio fotográfico más antiguo y famoso de Pekín, propiedad de un tal Ren Jingfeng, que había estudiado fotografía en Japón[914]. Pronto recibió una invitación para acudir a la corte, donde le pusieron en contacto con el gran actor de la Ópera de Pekín Tan Xinpei, miembro del Departamento de Música. La mayor fan del actor era la emperatriz viuda, que no solo le recompensaba con generosidad sino que le permitía cobrar sustanciosos honorarios cuando actuaba fuera de la corte. Ahora, Ren dirigió a Tan en el primer film chino, *La Montaña de Dingjun*, que mostraba un episodio de una Ópera de Pekín del mismo título[915]. Era 1905, y se puede decir que Cixí fue la primera «productora ejecutiva» de cine de China[916].

El film se rodó a pesar de un accidente que se había producido. Los británicos habían regalado a Cixí un proyector y varias películas mudas el año anterior, por su cumpleaños. En la primera proyección, después de que pasaran tres rollos, el motor explotó[917]. Parece que a Cixí no le gustaba demasiado el cine. Tenía un atractivo limitado para ella, porque no había sonido, lo cual quería decir que no había música. Sin embargo, Ren y otros siguieron haciendo películas, y las salas de exhibición, que mostraban sus obras y películas extranjeras, entre ellas cortos policiacos, florecieron y se extendieron al vasto interior del país.

La noticia de que Cixí se había hecho fotografías con eunucos disfrazados de

personajes, en una época en la que ninguna mujer podía subir al escenario y divertirse con los eunucos se consideraba «inapropiada» y llegó pronto a sus enemigos, que aprovecharon la oportunidad para intentar dañar su reputación. Desde finales de 1904 hasta finales de 1905, *Shi-bao*, un periódico creado por Kang *El Zorro Salvaje* (cuyo principal colaborador era su mano derecha, Liang, que escribía desde Japón) publicó anuncios diarios de venta de fotografías de Cixí. Los anuncios, en nombre de la casa editorial hermana del periódico, propiedad del japonés Takano Bunjiro[918], destacaban el hecho de que la emperatriz estaba vestida con trajes teatrales y «sentada al lado» de sus dos eunucos favoritos, uno de ellos Lianying[919]. El propósito era provocar la repulsión del público. Además, las copias de las fotos se ofrecían a unos precios increíblemente bajos y con la indicación de que estaban rebajadas, para extremar el insulto.

Cixí no hizo nada sobre los anuncios ni contra la editorial, que tenía una oficina en Pekín, a tiro de piedra de la Ciudad Prohibida, y otra en Shanghái. Por el contrario, devolvió la pelota a sus enemigos al ofrecer una foto suya con Lianying como regalo a un diplomático japonés[920].

Da la impresión de que los anuncios no tuvieron ninguna repercusión. Cixí gozaba de una popularidad considerable. Pearl Buck, la premio Nobel de Literatura, vivía entonces en China, entre campesinos y otra gente normal y corriente (sus padres eran misioneros), y observaba cómo «la querían»[921]. Cixí había decretado que no hubiera celebraciones para conmemorar su septuagésimo cumpleaños. Aun así, muchos lo celebraron. En Pekín, ante la Puerta de Qianmen, numerosos faroles de distintos colores y formas iluminaron toda la zona, y atrajeron a muchedumbres de espectadores y personas de fiesta[922]. En Shanghái, Sarah Conger escribió:

> Mientras circulábamos por las calles en la concesión extranjera de Shanghái, vimos muchas decoraciones preciosas en honor del cumpleaños de Su Majestad. Las tiendas chinas relucían de colores brillantes; incluso ondeaba la bandera china, algo muy poco habitual, porque la bandera, en China, solo se utiliza con fines oficiales. No había visto nunca una ruptura así de las viejas costumbres […] Miles de bellos faroles, en sus variedades casi infinitas, añadían brillantez a todos los demás adornos. El chino estaba proclamando su lealtad a China y sus gobernantes de tal forma que el extranjero pudiera entender esa lealtad[923].

A pesar de las drásticas reformas que estaban barriendo China, Cixí introdujo muy pocas en la corte. Se relajaron las reglas para los eunucos, a los que se permitió visitar bares y teatros fuera del palacio. Pero su existencia, que se remontaba a la época medieval, persistió, y también persistió, por tanto, la castración de los niños con ese propósito. Hubo un momento en el que Cixí decidió abolir la costumbre, pero

los eunucos reaccionaron con una campaña de llanto para convencerla de que cambiara de opinión, y anuló la medida[924]. En general, la corte siguió respetando las viejas normas, la rígida etiqueta y la formalidad. Los trajes obligatorios para distintas ocasiones siguieron siendo sacrosantos. Al llegar a un acto de la corte reunida, Cixí captaba de un vistazo todos los detalles de la ropa que llevaban los asistentes y corregía cualquier error. En su presencia, la gente siguió estando de pie, e incluso de rodillas. En la única ocasión en que cenó con las damas del cuerpo diplomático, las extranjeras y ella permanecieron sentadas, pero las princesas chinas estuvieron de pie. Durante el banquete, Sarah Conger preguntó si no podían sentarse las princesas también. Cixí se sintió obligada a volverse hacia ellas y, con un gesto de la mano, les dijo que se sentaran. Fue la única vez que unas personas chinas (salvo el emperador) se sentaron a comer con ella. Pero la verdad es que no comieron. Un testigo presencial observó: «Se sentaron en actitud tímida e incómoda, en el borde de la silla, pero no se atrevieron a tocar nada de la comida»[925]. Durante la cena, el embajador chino en Gran Bretaña le sirvió de intérprete y lo hizo arrodillado[926].

Cixí era especialmente estricta al exigir que los oficiales respetaran la etiqueta. Cada vez que iba de un palacio a otro, los oficiales designados tenían que arrodillarse en los lugares de llegada y de partida para recibirla o despedirla, incluso bajo la lluvia. Un día, se vio que el agua de lluvia que goteaba de un hombre arrodillado era de color rojo y verde, y resultó que el funcionario era demasiado pobre para tener una túnica formal de tela y se había tenido que poner una de papel pintado[927]. Otra vez, después de hacer regalos a un gran grupo de funcionarios, ellos se reunieron y aguardaron para darle las gracias poniéndose de rodillas. Debido a lo numerosos que eran, tuvieron que llevar a cabo el ritual en el patio, donde caía una fuerte lluvia. Esperaron más de una hora, mientras Cixí contemplaba la lluvia desde detrás de una cortina. Cuando la lluvia paró, ordenó que se ejecutara el rito, y los funcionarios tuvieron que arrodillarse sobre el suelo húmedo y lleno de barro[928].

La obligación de arrodillarse era una molestia para todo el mundo. A los nobles les resultaba insoportable si las audiencias se prolongaban. Los eunucos tenían unas rodilleras cosidas de forma permanente en sus pantalones, porque tenían que caer de rodillas cada vez que Cixí les dirigía la palabra, estuvieran donde estuvieran, aunque fuera en suelos de piedra o rocas. La artritis de rodilla era un problema común entre ellos.

Cixí comprendía que estar de rodillas era doloroso y solía acortar el tiempo que tenía que pasar la gente así. Una vez, en beneficio de Katharine Carl, se llamó a varios pintores de la corte para que dibujaran crisantemos en el campo. Como la emperatriz viuda estaba mirando, los pintores tenían que estar de rodillas mientras dibujaban. Su incomodidad era visible, y les dijo que cogieran unas cuantas flores y se fueran a dibujarlas a casa[929]. En una recepción que ofreció, se suponía que el

funcionario del Ministerio de Exteriores que iba presentando a los diplomáticos, Wu Tingfang, debía arrodillarse. Pero eso lo habría colocado en una posición desconcertante, porque los diplomáticos extranjeros estaban de pie. Parecería «un enano junto a los extranjeros», se quejó a Louisa Pierson. Por consejo de esta, Cixí le eximió: «En ese caso no tiene por qué arrodillarse»[930].

Después envió a Wu de embajador a Washington, donde tuvo una vida de libertad embriagadora y adquirió fama de ser «el hombre que gustaba de hacer comentarios insípidos e insolentes en las cenas»[931]. Al regresar a Pekín, hizo de intérprete para Alice Roosevelt, hija del presidente Theodore Roosevelt, cuando visitó China en 1905 y tuvo una audiencia con Cixí. Al parecer, después de haberse acostumbrado a la forma estadounidense de considerarse igual que cualquier otra persona, Wu se olvidó de que debía estar de rodillas ante Cixí o pedir permiso para no hacerlo de antemano. Permaneció de pie y charló con desenvoltura. Según escribió Alice:

Estaba de pie entre nosotras, un poco al margen, pero de pronto, mientras continuaba la conversación, la emperatriz dijo algo en voz baja pero brutal, y él se quedó lívido y se puso a cuatro patas, con la frente tocando el suelo. La emperatriz hablaba; él levantaba la cabeza y me lo repetía en inglés; su frente volvía a tocar el suelo mientras hablaba yo; volvía a levantar la cabeza mientras se lo decía en chino a la emperatriz; luego volvía la frente otra vez al suelo […] Daba la sensación, literalmente, de que en cualquier momento iba a decir «Que le corten la cabeza» y se la cortarían[932].

Era el periodo en el que Wu estaba codirigiendo las reformas legales del imperio y gozaba del aprecio de Cixí. En esos años, con el consentimiento de ella, hasta los gobernadores más conservadores eliminaron la obligación de arrodillarse de la etiqueta en sus provincias. Pero ella la mantuvo en la corte. Lo que estaba en juego, desde su punto de vista, era la santidad divina del trono, que era lo único que le confería su poder sobre todo el imperio. Arrodillarse era la manifestación y el refuerzo de ese carácter sagrado, sin el cual —sin todas esas rodillas dobladas— el trono e incluso el imperio podían tambalearse.

Para mantener este símbolo de sumisión total en un imperio cada vez más progresista, Cixí sacrificó su curiosidad y no montó nunca en coche. Le había regalado uno el general Yuan, que había sustituido al conde Li en más de un aspecto. No solo había heredado los cargos del conde y su papel de íntimo consejero de la emperatriz viuda, sino que, como el conde, poseía un gran talento para hacer regalos. El coche que le compró a Cixí estaba lacado en color amarillo imperial, con un motivo de un dragón y un asiento en forma de trono en el interior. Cixí soñaba con montar, sobre todo porque acababa de descubrir la diversión de montar en triciclo,

también regalo del general[933]. Pero con un coche había un problema irresoluble: era imposible que el conductor pudiera manejar el volante de rodillas o incluso de pie. El chófer tenía que sentarse, delante de ella. El coche fue el único aparato moderno, interesante y a su alcance que la emperatriz viuda no probó[934].

29
¡El voto! (1905-1908)

Cixí era consciente de que el trono no podía sostenerse mucho más tiempo apoyado en símbolos. Hacía falta algo más sólido para garantizar su supervivencia. Estaba la opción de detener su revolución y dar marcha atrás al reloj, pero la rechazó y decidió seguir adelante. En 1905 empezó a preparar el terreno para la más fundamental de todas sus reformas: convertir China en una monarquía constitucional (*li-xian*) con un Parlamento elegido. Confiaba en que una Constitución consolidara la legitimidad de la dinastía Qing y, al mismo tiempo, permitiera a una gran parte de la población —en su mayoría, chinos han— participar en los asuntos de Estado. Esta histórica medida, que incluía unos comicios con una base electoral tan amplia como en Occidente, significaba la introducción del voto en China.

Cixí estaba convencida de que China no podía prosperar tanto como los países occidentales porque no existía el mismo sentimiento de conexión entre los gobernados y los gobernantes. «En los países extranjeros —comentaba—, los gobernados *[xia*] se sienten vinculados a los gobernantes *[shang*]. Por eso son tan formidables»[935]. Lo único que podía crear ese vínculo era el voto. Desde su punto de vista, tenía claras las ventajas de una monarquía parlamentaria como la de Gran Bretaña. Una vez, hablando de la reina Victoria, Cixí dijo: «Inglaterra es una de [las] grandes potencias del mundo, pero eso no lo consiguió la reina Victoria con un poder absoluto. Contó con los capaces hombres del Parlamento que la respaldaban en todo momento y por supuesto discutían todo hasta que se obtenía el mejor resultado». En China, «tengo a 400 millones de personas que dependen por completo de mi juicio. Aunque consulto al Gran Consejo […], todo lo que tiene importancia lo debo decidir yo»[936]. Aunque estaba orgullosa de sus dotes, reconocía que incluso ella había cometido un error desastroso, en el caso de los bóxers. Su hijo adoptivo había sido funesto. Y no se le ocurría nadie en la corte que fuera remotamente capaz de triunfar como monarca absoluto, sobre todo en el mundo moderno.

Por aquel entonces, la idea de la monarquía constitucional estaba en el aire y algunos periódicos hablaban de ella. Entre ellos, el principal diario de Tianjín, el *Ta Kung Pao*, cuyo director era un manchú que se había casado con una mujer Aisin-Gioro. Al ser miembro de la familia real, la esposa del periodista entraba y salía de palacio, y escribía una entretenida columna sobre la vida en la corte. (Dice mucho de la tolerancia de Cixí que el director fuera católico y el periódico profesara su lealtad al emperador Guangxu y exhortara a Cixí a retirarse). Un artículo de «opinión» publicado en 1903 destacaba que «el proceso de reforma política siempre ha ido de la monarquía absoluta a la monarquía constitucional y luego a la democracia […] Si queremos reformar el sistema político de China, nuestra única vía es una monarquía

constitucional». En abril de 1905, el periódico invitó a escribir ensayos sobre el tema «¿Qué debemos hacer con urgencia para reanimar China?». Muchos colaboradores opinaron que debían «acabar con la autocracia y construir una monarquía constitucional». En apoyo de esta opinión y para abordar otras prioridades sugeridas, como «desarrollar la industria, el comercio y la educación», un editorial afirmaba que «sin cambiar nuestro sistema político, todas estas, aunque se desarrollen, no tendrían una base sólida en la que apoyarse, y aún existiría el abismo entre los gobernantes y los gobernados». Es muy posible que para tomar su decisión Cixí tuviera en cuenta este comentario de prensa[937].

El 16 de julio de 1905, Cixí anunció que se iba a enviar una Comisión a varios países occidentales para «estudiar sus sistemas políticos»[938]. Al dar instrucciones a sus miembros, hizo hincapié en que su labor era estudiar cómo estaban organizados los diferentes gobiernos parlamentarios, «para que podamos poner en marcha un sistema apropiado cuando regreséis». Gracias a haber tomado la iniciativa y haber comenzado la gigantesca tarea «desde la cúspide de la pirámide»[939], como dijo un observador occidental de la época, Cixí pudo proteger los intereses de su dinastía. La Comisión estaba encabezada por el duque Zaize, descendiente directo de la familia Aisin-Gioro, que estaba casado con una hija del hermano de Cixí, el duque Guixiang. Él y otros nobles se encargarían de asegurar que el nuevo sistema no supusiera ningún perjuicio para los manchúes y ayudarían a Cixí a convencer a otros manchúes, que temían lo que les fuera a deparar el futuro.

La Comisión estaba dividida en dos grupos y tenía planeado viajar a Gran Bretaña, Francia, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Austria, Rusia, Holanda, Bélgica, Suiza e Italia, además de Japón y Estados Unidos. El 24 de septiembre, el duque Zaize y su amplia comitiva de ayudantes cuidadosamente seleccionados subieron a un tren en la estación de ferrocarril de Pekín para comenzar su viaje. En ese momento, Wu Yue, un republicano decidido a derrocar a la dinastía manchú, hizo estallar una bomba en el vagón del duque, que los hirió a él y a más de otros 12 pasajeros. Murieron tres, incluido el autor de la explosión. Wu Yue fue el primer terrorista suicida de China. Cixí, que consoló a los miembros de la Comisión entre lágrimas, reafirmó su decisión de continuar con el empeño. Los hombres emprendieron su viaje ese mismo año, después de que ella les dijera que con ellos iban sus «máximas esperanzas»[940]. Mientras estaban en el extranjero, se creó una Oficina Constitucional encargada de estudiar los distintos tipos de monarquía parlamentaria, con el objetivo de diseñar la Constitución más apropiada para China.

Los comisarios volvieron de sus viajes en el verano de 1906. Sabiendo que la emperatriz viuda esperaba impaciente, el duque Zaize fue directamente de la estación al Palacio de Verano y solicitó una audiencia. Cixí le vio al día siguiente al amanecer y la reunión duró dos horas. Además de volver a verle, recibió también a otros

comisarios. Estos redactaron sus informes, un conjunto de muchas docenas de volúmenes que entregaron a la Oficina Constitucional[941]. En una histórica proclamación del 1 de septiembre de 1906, la emperatriz viuda Cixí anunció, en su propio nombre, su propósito de establecer una monarquía constitucional, con un Parlamento electo, que sustituiría a la monarquía absoluta existente. Los países occidentales, dijo, eran ricos y fuertes gracias a este sistema político, en el que «la población participa en los asuntos de Estado», y «la creación y el gasto de la riqueza del país, además de la planificación y ejecución de sus asuntos políticos, están abiertos a todos». Dejaba claro que, en la versión china, «el poder ejecutivo reside en la corte, y el público tiene voz en los asuntos de Estado». Pedía a la población que mostrara «espíritu público, siguiera la ruta de la evolución» e hiciera la transición de «manera ordenada, conservadora y pacífica». Les invitaba a convertirse en «ciudadanos cualificados»: el pueblo sería a partir de entonces «ciudadanos del país», *guo-min*[942].

La proclamación tuvo un eco tremendo. Los periódicos publicaron ediciones especiales dedicadas al tema. Cuando leyó la noticia en Japón, Liang Qichao, el más estrecho colaborador de Kang *El Zorro Salvaje*, sintió que comenzaba una nueva era y decidió de inmediato fundar un partido, una de las muchas organizaciones políticas que empezaron a surgir[943]. El Gobierno de Cixí se sumergió en un enorme volumen de trabajo preparatorio: redactar leyes, extender oportunidades educativas, informar a la gente sobre el nuevo sistema político, instituir la policía y entrenar a los agentes sobre cómo mantener el orden de manera moderna, etcétera. Dos años después, el 27 de agosto de 1908, se publicó un borrador de Constitución con respaldo de Cixí. El histórico documento combinaba las tradiciones políticas de Oriente y Occidente. De acuerdo con la vieja costumbre oriental, daba verdadero poder político al monarca, que seguiría presidiendo el Gobierno y tomando la decisión final. El Parlamento redactaría leyes y propuestas, pero todas estarían sujetas a la aprobación del monarca, que sería quien las haría públicas. El poder inviolable del trono quedaba subrayado en el borrador, ya desde su primera frase: «La dinastía Qing gobernará el imperio Qing eternamente y será reverenciada por los siglos de los siglos». De acuerdo con las prácticas occidentales, a los ciudadanos se les garantizaba una serie de derechos fundamentales, como las «libertades de palabra, escritura, publicación, reunión y asociación», y el derecho a ser «miembros del Parlamento siempre que estén autorizados por la ley». Se establecería una Asamblea parlamentaria en la que los representantes elegidos del pueblo tendrían una influencia importante en los asuntos de Estado, incluido el presupuesto. El borrador no decía qué sucedería en el caso inevitable de un choque entre el trono y el Parlamento. Pero la carta de los redactores a Cixí indicaba una solución: «Tanto el monarca como el pueblo tendrán que hacer concesiones»[944].

En 1907 se había creado una Asamblea Preliminar, *Zi-zheng-yuan*, para que se encargara de la transición. Trabajó durante 10 meses elaborando las reglas para la fundación del futuro Parlamento, incluida la composición de sus miembros. Cixí aprobó y anunció el documento el 8 de julio de 1908. Alrededor de la mitad de los miembros estarían en una Cámara Alta, nombrados por el trono de estos sectores de la sociedad: príncipes manchúes, aristócratas manchúes y han, aristócratas mongoles, tibetanos y hui (musulmanes), funcionarios de rango medio, eruditos destacados y los mayores contribuyentes. Los demás miembros, en la Cámara Baja, serían elegidos por los miembros de las Asambleas Provinciales que estaban instituyéndose en toda China, cuyos miembros los elegirían en votación directa los ciudadanos de esas provincias[945]. El 22 de julio de 1908 Cixí hizo público, con su aprobación, el proyecto de Normativa Electoral para la elección de las Asambleas Provinciales[946].

En este gran documento histórico, el sufragio se basaba en las prácticas occidentales de la época. En Gran Bretaña, por ejemplo, podían votar los varones adultos que tuvieran propiedades o pagaran al menos 10 libras de alquiler al año, de modo que el electorado estaba formado por un 60 por ciento de la población masculina adulta del país. Para el electorado chino (varones mayores de 25 años), el requisito de la propiedad se fijó en 5.000 yuanes en capital de negocios o propiedades. Pero se permitían otras condiciones alternativas: hombres que hubieran dirigido con distinción proyectos públicos durante más de tres años, graduados de las escuelas secundarias o de enseñanza superior modernas, eruditos del viejo sistema educativo, y así sucesivamente. Todas esas personas podían votar aunque fueran pobres y no tuvieran propiedades. Al mencionar sus diferencias con los modelos de Occidente, los autores de la normativa alegaron que si tener propiedades era la única forma de poder votar, la gente solo querría buscar el beneficio y la riqueza.

La elegibilidad de los candidatos parlamentarios también se inspiraba sobre todo en la costumbre occidental, salvo por que debían tener al menos 30 años (como en Japón), que, según Confucio, era la edad de la plena madurez. Había un grupo de hombres que, a diferencia de otros países, en China quedarían excluidos de poder ser candidatos: los maestros de educación primaria. El argumento era que precisamente ellos eran los responsables de formar a los ciudadanos. Por consiguiente, debían dedicar todas sus energías a esa causa, la más digna de todas. Entre quienes no podrían votar (ni presentarse) estaban los funcionarios de la provincia y sus asesores, porque eran los administradores y debían permanecer separados de los legisladores, para evitar la corrupción. También quedaban fuera los militares, porque el ejército no debía intervenir en política[947].

Cixí aprobó la Normativa Electoral y pidió un calendario para las elecciones y la convocatoria del Parlamento[948]. El príncipe Ching, jefe del Gran Consejo, que supervisaba la redacción de dicha normativa, se mostró en contra de un calendario

concreto. Su labor era impresionante y no tenía precedentes, y era inevitable que surgieran problemas imprevistos, dijo, entre otros, el peligro de dejar agujeros que pudieran aprovechar personajes perversos para hacerse con el poder. Cixí vetó la recomendación del príncipe Ching. Sin un calendario fijo, perderían el impulso y todo podría quedarse en nada[949]. Muchos funcionarios tenían miedo de este cambio y se oponían a él, porque les parecía impracticable e impensable en un país tan grande y poblado, en el que los niveles educativos eran tan bajos. Sin un plazo concreto, se limitarían a fingir obediencia. Un calendario era lo único que podía empujarles y llevar la aventura a buen puerto[950].

Se elaboró y aprobó un calendario de nueve años, junto con una lista de tareas que había que hacer y objetivos que había que alcanzar en cada uno de esos años. En la lista estaban los preparativos para las elecciones, la elaboración de leyes, el censo, un programa de impuestos y la especificación de los derechos, los deberes y la financiación del trono. Un problema importante era el grado de analfabetismo. El porcentaje de población que sabía leer y escribir (en chino) mínimamente en aquella época era inferior al 1 por ciento. La redacción de nuevos libros de texto y la campaña para la educación moderna comenzarían en el primer año del calendario. Al acabar el séptimo, el 1 por ciento de la población debía estar «alfabetizada», y al final del noveno año la meta era el 5 por ciento[951]. La responsabilidad de cumplir cada objetivo se dio a un Ministerio concreto, y Cixí mandó inscribir el calendario en placas que se colgaron en las oficinas del Gobierno[952]. En su decreto, invocaba la «conciencia» y al «Cielo omnipotente» como advertencia a los funcionarios que perdieran el tiempo[953]. Su pasión y su determinación eran indudables. Si todo se desarrollaba con arreglo al plan, nueve años después de 1908, millones y millones de chinos podrían votar. (En 1908, los votantes en Gran Bretaña sumaban más de siete millones). Por primera vez en su historia, los chinos tendrían influencia en los asuntos de Estado. W. A. P. Martin, el misionero estadounidense que vivía en China desde hacía decenios, exclamó: «¡Qué conmoción provocará la urna electoral! ¡De qué forma tan repentina despertará el intelecto durmiente de una raza inteligente!»[954].

En la versión de la monarquía constitucional que deseaba Cixí, el electorado chino no tenía el mismo poder que sus homólogos occidentales. Pero estaba sacando al país de una autocracia incuestionable y abriendo las labores de gobierno a la gente normal, a los ciudadanos, como se los llamaba ahora. Iba a limitar su propio poder y a introducir en la política china un foro de negociación en el que el monarca y los representantes del pueblo, incluidos diferentes grupos de intereses, discutirían, pactarían y, desde luego, librarían combates verbales. Mientras Cixí estuviera con vida, dado su sentido de la justicia y su inclinación al consenso, existían todas las posibilidades de que los deseos del pueblo siguieran ganando terreno.

Aun con la concesión de que «es prematuro especular» sobre el resultado de la

iniciativa de la emperatriz, Martin tenía fe en ella. «Durante toda su vida se pudo contar con que siempre llevaba adelante la causa que defendía con tanto ardor. Cogía las riendas con mano firme; y tenía tal valor que no vacilaba en conducir el carro del Estado por muchas carreteras nuevas y desconocidas». En conjunto, subrayaba Martin: «Han pasado poco más de ocho años desde la restauración, si se puede llamar así al regreso de la corte en enero de 1902. En este periodo, se puede afirmar que se han decretado más reformas trascendentales en China que en ningún otro país a lo largo de medio siglo, con la excepción de Japón, cuyo ejemplo profesa seguir China, y Francia, en la Revolución, de la que Macaulay asegura que “cambiaron todo, desde los ritos de la religión hasta la moda en hebillas de zapato”».

Las «importantes innovaciones o mejoras» de Cixí, escribió Martin, se remontaban al momento en el que se hizo con el poder, y habían «hecho que el reinado de la emperatriz viuda fuera el más brillante en la historia del imperio. Los últimos ocho años han sido extraordinariamente prolíficos en reformas; pero la tendencia comenzó tras la paz de Pekín en 1860. A partir de esa fecha, se dieron todos los pasos hacia la adopción de los métodos modernos durante la regencia de esa extraordinaria mujer, que se extendió desde 1861 hasta 1908». De esos 47 años, Cixí gobernó de verdad 36 (su hijo gobernó dos y su hijo adoptivo, nueve). Dado todo lo que consiguió durante su periodo en el poder, y con los inmensos obstáculos que tuvo que superar —y que superó—, no parece aventurado decir que el sufragio habría llegado a China en 1916 si la emperatriz viuda hubiera vivido hasta entonces.

30

Haciendo frente a rebeldes, asesinos a sueldo y japoneses (1902-1908)

Un funcionario han de la época comentó que la revolución de Cixí era «beneficiosa para China, pero muy perjudicial para el gobierno manchú»[955]. En efecto, muchos manchúes estaban inquietos por lo que sucedía. Solo la autoridad de Cixí les permitió depositar su fe y su destino en manos de ella. La emperatriz estaba intentando preservar su dinastía con su versión de la monarquía constitucional. Sin embargo, a la hora de la verdad, la exclusividad manchú del trono fue su talón de Aquiles. Aunque dio muchos pasos para acabar con la segregación entre han y manchúes, quiso que el trono siguiera siendo para los segundos. El decreto de 1902 que anulaba la prohibición de los matrimonios mixtos tenía una cláusula añadida según la cual las consortes imperiales solo podrían escogerse entre las manchúes (y las mongolas). Había indicios de que, al final, habría acabado por ceder ante lo inevitable y habría abolido la exclusividad étnica del trono, pero no llegó hasta ese punto en vida.

Cixí tenía un fuerte sentimiento de identidad manchú, reforzado por el hecho de que eran una minoría, siempre en peligro de ser avasallada por los han. Con sus damas de la corte, en su mayoría de la misma etnia, siempre hablaba de «nosotras las manchúes». Aunque no sabía hablar la lengua, lo compensaba con un respeto religioso a otros signos externos de pertenencia: las costumbres manchúes eran las que se cumplían en la corte y la ropa y los peinados manchúes eran los que se llevaban, sin excepción. Sus diplomáticos, en su mayoría han, querían cambiar sus trajes manchúes por ropa occidental, pero les denegaron la petición. El deseo de deshacerse de la cola de caballo ni se mencionaba[956]. Cixí no tenía prejuicios contra los han: de hecho, ascendió a más funcionarios han que ninguno de sus predecesores y los nombró para cargos antes reservados a los manchúes. Y los han no tenían menos privilegios ni peor nivel de vida. Lo que la emperatriz quería conservar como fuera era simplemente el trono manchú.

Esa fue la razón de que, durante mucho tiempo, Cixí se resistiera a aceptar a estadistas han de primera categoría en el corazón de la corte. El conde Li, pese a su extraordinaria relación con Cixí y su excepcional importancia para el imperio, nunca fue miembro del Gran Consejo. Este órgano no incluyó a la flor y la nata de los funcionarios han hasta 1907, año en el que Cixí nombró por fin al general Yuan y al virrey Zhang. A este último había pensado nombrarlo en varias ocasiones, entre ellas la primavera de 1898, cuando comenzó sus reformas, pero siempre había decidido no hacerlo por temor a que, con su supremo talento, acabara por suponer la pérdida incluso del propio trono[957]. Al aferrarse a la idea de que el trono debía ocuparlo un

manchú, Cixí hizo que la monarquía parlamentaria no fuera tan deseable y que la república fuera una alternativa atractiva.

Sun Yat-sen, que era el líder informal del movimiento republicano, era el partidario más insistente de la acción militar para derrocar a la dinastía manchú. En 1895 había tratado de organizar una revuelta armada y en el nuevo siglo orquestó una serie de insurrecciones, de pequeña dimensión pero que Cixí trató con la máxima seriedad. Criticó a los jefes provinciales por no dar importancia a «estas llamas que podrían desencadenar un incendio», y en sucesivos telegramas les instó a «extinguirlas; no dejéis que se extiendan»[958].

El atentado formaba parte importante de las tácticas republicanas, como se vio con el terrorista suicida del tren en 1905. Dos años después, Xu Xilin, un jefe de la policía local en la provincia de Zhejiang, en el este de China, disparó a bocajarro al gobernador de la provincia, un manchú llamado Enming, que había ido a examinar la academia de policía. Enming creía que Xilin era un reformista como él y le había sacado del anonimato para confiarle la jefatura. De acuerdo con el código ético tradicional, Xilin debería haber estado agradecido a su benefactor; sin embargo, lo mató, por ser manchú. Después de ser detenido, Xilin declaró en su testimonio —que los periódicos reprodujeron— que su objetivo era «matar a todos los manchúes, hasta el último»[959]. Murió decapitado. Las tropas leales al gobernador fallecido le arrancaron el corazón para ofrecerlo en sacrificio, un repugnante y antiguo ritual que simbolizaba la venganza suprema. Décadas antes, el asesino del virrey Ma había recibido el mismo trato.

El asesinato del gobernador formaba parte de una insurrección planeada, entre cuyos líderes se encontraba una mujer. Qiu Jin, que había estudiado en Japón y era profesora en una escuela de niñas, era bella y elegante y una pionera del feminismo en China. Desafiaba la conducta prescrita para las mujeres y se paseaba en público vestida de hombre y con un bastón. Había creado un periódico feminista y pronunciaba discursos que obtenían aplausos «como centenares de truenos primaverales», escribían los periodistas que la admiraban. La acción violenta la atraía e intentó fabricar bombas para la insurrección, un proceso en el que sus manos resultaron heridas. Qiu fue arrestada y ejecutada en un lugar público, aunque antes del amanecer.

Unos años antes, la gente corriente ni se habría inmutado por una cosa así. La ejecución sumarísima de los rebeldes armados se daba por descontada. Pero esta vez hubo una avalancha de condenas en la prensa. Los artículos afirmaban que las armas halladas a Qiu eran una trampa y que la confesión que se había publicado era falsa. Hasta los periódicos más conservadores decían que era completamente inocente, una víctima de los deseos de venganza de las fuerzas conservadoras locales. La llenaron de elogios, le atribuyeron bellos poemas y la convirtieron en una heroína, una imagen

que ha llegado hasta nuestros días. Su camarada el jefe de policía también fue objeto de conmiseración casi sin reservas. La prensa se preguntaba cómo era posible que le hubieran arrancado el corazón, si se habían prohibido las formas salvajes de ejecución y la tortura en los interrogatorios. Los periodistas hicieron una demostración de fuerza y lograron influir en la opinión pública: su identificación y condena de los funcionarios implicados en el caso de Qiu los convirtió en objetos de odio. Cuando se quiso trasladar a algunos a otras regiones, las autoridades locales se negaron a aceptarlos. El jefe de condado que sentenció a Qiu a muerte se ahorcó, agobiado por las presiones[960].

La influencia y la confianza recién obtenidas convirtieron a la prensa en una fuerza temible, sobre todo a la hora de vigilar al Gobierno. Cixí nunca intentó reprimirla, a pesar del sentimiento antimanchú que la inundaba (no hubo una palabra de compasión, por ejemplo, dirigida al gobernador manchú asesinado)[961]. En cambio, reaccionó de forma implacable contra las acciones violentas. Después de recibir informes detallados sobre el caso de Qiu, que demostraban sin lugar a dudas que era una de las dirigentes de la insurrección, Cixí respaldó las medidas que se habían tomado contra ella y emprendió otras igualmente duras para aplastar la insurgencia[962]. *The New York Times* lo dejó muy claro en 1908 al decir que, en vida de ella, no se percibían «desórdenes generales. China no gozaba de esta tranquilidad desde 1900»[963]. No obstante, el movimiento republicano seguía teniendo fuerza y aguardaba el momento en que ella desapareciera.

Mientras Cixí mantenía a raya a los republicanos con una mano, con la otra luchaba con Kang *El Zorro Salvaje*. Después de su fallido plan para matarla en 1898, Kang había huido a Japón. Ante las fuertes presiones del Gobierno Qing y en particular del virrey Zhang, cuya amistad querían cultivar los japoneses, Tokio le pidió pronto que se fuera. Pero El Zorro Salvaje no se quedó en el desierto. Se fue de Japón para recorrer el mundo, acompañado por un agente japonés de los servicios de Inteligencia que hablaba chino, Nakanishi Shigetaro, que se había entrenado en el instituto de espionaje de su país con la mira puesta en China. Durante el viaje, hizo de intérprete y guardaespaldas de Kang, además de facilitar sus contactos con Tokio[964]. En Japón quedó el discípulo y mano derecha de Kang, Liang Qichao, que ponía en práctica las órdenes de su jefe. Desde el extranjero, Kang continuó su esfuerzo para restablecer al emperador Guangxu, que era lo que deseaba también Japón, porque lo consideraba el modo más fácil de controlar China. De modo que El Zorro Salvaje estaba trabajando en colaboración con Japón, si no totalmente en su nombre.

Kang organizó diversos intentos de acabar con la vida de Cixí, y varios asesinos salieron de Japón hacia Pekín. Uno de ellos fue Shen Jin, que emprendió su misión

acompañado de unos piratas en 1900. Pero su aventura fracasó y tuvo que partir al exilio. En 1903 llegó a la capital para volver a intentarlo y se hizo amigo de jefes de policía y eunucos. La información sobre el potencial asesino llegó a los oídos de los devotos de Cixí y Shen Jin fue detenido.

Un decreto público acusó a Shen de participación en una rebelión armada y ordenó su inmediata ejecución[965]. Como el cumpleaños del emperador Guangxu era ese mes y una tradición Qing ordenaba que el mes del cumpleaños estuviera libre de ejecuciones públicas, el decreto ordenó al Ministerio de Castigos que llevara a cabo la sentencia en prisión, mediante el método del *bastinado*. Esta forma medieval de ejecución, que consistía en golpear al condenado hasta morir, estaba reservada a los eunucos que habían cometido delitos dentro de las pesadas puertas y murallas de la Ciudad Prohibida, y la prisión estatal no tenía ni el equipamiento ni los expertos necesarios. Hubo que fabricar unas largas varas especiales de madera, y a los inexpertos verdugos les costó bastante tiempo acabar con la vida de Shen, que era un hombre de gran tamaño y constitución robusta[966]. La historia llegó a los periódicos y los espantosos detalles causaron la repulsión de los lectores, en especial los occidentales[967]. El *North China Herald*, de lengua inglesa, dijo que la ejecución era «una monstruosa perversión incluso de la justicia china» y acusó directamente a Cixí: «Solo ella, cuya palabra es ley, podía atreverse a hacerlo». Ese otoño, la Legación británica boicoteó la recepción de Cixí[968](52).

Cixí había publicado el decreto sin pensárselo dos veces, igual que había ordenado otros bastinados para castigar a eunucos durante años. Esta vez reconoció que un castigo tan cruel era inaceptable en los tiempos modernos, y aprendió la lección. Pronto entraron en vigor reformas legales que lo prohibían, y la emperatriz declaró públicamente que aborrecía (*tong-hen*) la tortura, incluidos los golpes con varas de madera[969]. En enero del año siguiente, 1904, concedió la amnistía a todos los que habían participado en la conspiración de Kang *El Zorro Salvaje* en 1898 y la revuelta armada en 1900. Los que estaban en la cárcel salieron en libertad y los exiliados pudieron regresar. Solo hubo tres hombres a los que se siguió considerando delincuentes políticos, todos ellos en el exilio: Kang *El Zorro Salvaje*, Liang Qichao y Sun Yat-sen[970]. Se debatió la posibilidad de indultar a Liang[971].

Cixí reforzó su seguridad y aumentó la vigilancia en los lugares que frecuentaban los eunucos. En noviembre de 1904, Kang envió desde Japón a un grupo de asesinos de élite, uno de cuyos miembros, Luo, era especialista en bombas (también practicaba el hipnotismo, que parecía pensar que le podía ser útil). Su plan era colocar bombas en sitios a los que acudía Cixí, de ser posible en el pequeño barco de vapor que utilizaba para trasladarse de la ciudad al Palacio de Verano. Como el piloto del barco era la

única persona a bordo que no pertenecía al palacio, intentaron conseguir el puesto para el especialista en bombas. Pero en julio de 1905, mientras estaba perfeccionando los dispositivos, para lo que necesitaba viajar entre China y Japón, Luo fue capturado en la costa y ejecutado de forma sumarísima allí mismo. Se consiguió mantener oculto el incidente. Cixí había aprendido a eliminar a sus asesinos en secreto, y era más fácil hacerlo en las provincias, donde la vigilancia de la prensa era menos intensa que en la capital. El Zorro Salvaje le ayudó a echar tierra sobre el suceso, porque no quería que se supiera que se dedicaba a organizar asesinatos[972].

La muerte de Luo, el especialista en bombas, fue un grave traspiés para Kang. Pero el resto del grupo siguió trabajando a las órdenes de su viejo amigo y guardaespaldas, Tiejun. En el verano de 1906, Tiejun y otro conspirador fueron detenidos. Reconoció enseguida que estaba en Pekín por orden de Kang para asesinar a Cixí. A los dos hombres no los llevaron al Ministerio de Castigos, como marcaba el procedimiento legal, porque, en tal caso, las informaciones sobre ellos llegarían al público y a la prensa. De modo que los trasladaron a la guarnición del general Yuan en Tianjín, donde se les podía someter a un consejo de guerra lejos de las miradas de la población. Cixí temía que, en un juicio público, los hombres se defendieran diciendo que no habían hecho más que lo que el emperador les había ordenado.

En Tianjín escoltaron a los dos presos a barracones separados, sin grilletes ni señales de tortura, según testigos presenciales. Los cuarteles tenían la orden de tratarlos como a huéspedes distinguidos, adornar sus habitaciones con brocados de seda y proporcionarles espléndidas comidas. Tiejun, un hombre atractivo de cuarenta y tantos años, llevaba ropa de estilo europeo: un traje blanco y sombrero blanco a juego. Como se derretía con el calor estival, el cuartel se encargó de que unos sastres trabajaran toda la noche para hacerle una muda completa. El oficial al mando le preguntó qué tejido prefería para su traje. Él mencionó un tipo de seda muy cara, que por un lado era negra y brillante y por otro marrón y mate[973].

Existía la tradición de que las personas a las que se iba a ejecutar recibieran un trato especial. La víspera de la ejecución se les daba una comida suntuosa. En el lugar de ejecución, como comentó Algernon Freeman-Mitford (abuelo de las hermanas Mitford) cuando residía en Pekín, «no había nada que sobrepasara la amabilidad de los funcionarios, de todos y cada uno, hacia los condenados. Los dejaban fumar de sus pipas, les daban té y vino; incluso al desgraciado asesino, que se debatía y peleaba sujeto por dos soldados, solo le pidieron que se callara, a pesar de las provocaciones […] Me llamó especialmente la atención toda la amabilidad de los soldados con los criminales»[974].

Tiejun sabía que el trato que le daban era el preludio a la ejecución. Pero charló y bromeó, sin delatar ninguna agitación. La sentencia llegó el 1 de septiembre en forma de un telegrama cifrado del general Yuan, que había ido a Pekín después de interrogar

a los presos. El telegrama ordenaba a la guarnición que ejecutara a los dos hombres al instante y lo confirmara con un telegrama de respuesta una hora después. En el caso de Tiejun, el juez del tribunal militar le mostró el mensaje y le ofreció la posibilidad de suicidarse. Tiejun pidió veneno y murió entre horribles dolores. Le enterraron en una fosa común cercana para criminales ejecutados. En la guarnición se ordenó decir a quien preguntara que había muerto por una enfermedad repentina.

La ironía fue que ese mismo día Cixí proclamó su intención de establecer una monarquía constitucional. El general Yuan había ido a Pekín para ayudar a redactar la proclamación, y su orden de que se ejecutara a los conspiradores siguió a varias audiencias con la emperatriz viuda. Parece indudable que fue Cixí quien autorizó las sentencias.

La muerte de Tiejun no apareció más que en un periódico y atrajo escasa atención. Igual que había ocurrido en el caso del especialista en bombas, el jefe de Tiejun, Kang *El Zorro Salvaje* tenía tantos motivos como el general Yuan y Cixí para mantener todo el asunto en secreto. El hecho de que Tiejun se quitara la vida influyó. Si cooperó al final fue porque había cambiado de idea sobre su misión. En una carta enviada a Kang antes de su detención, le pedía que dejara de presionarle para llevar a cabo su tarea y decía que deberían olvidarse del asesinato y, en su lugar, tratar de ayudar a Cixí en sus reformas. La víspera de su captura escribió a unos amigos: «No hagáis nada […] emplead medios pacíficos a partir de ahora»[975]. Pese a ello, no se le concedió ninguna medida de gracia. ¿Tal vez no quiso colaborar y delatar a sus cómplices? O quizá Cixí no se atrevió a correr ese riesgo.

Ahora bien, tampoco estaba paranoica. La ruta que seguía para ir de un palacio a otro siguió siendo la misma. Un día de nieve, mientras se trasladaba en silla de manos del Palacio de Verano a la ciudad, uno de sus portadores se resbaló y la tiró al suelo. Conscientes de los rumores sobre asesinos, los miembros del séquito sintieron pánico, debido al temor a que aquello fuera parte de un plan. «Mirad si está viva», gritaron las damas aterrorizadas, y su dama de compañía, Der Ling, corrió a su lado. Se encontró a Cixí «allí sentada, tranquila, dando órdenes al eunuco jefe de que no castigara al porteador porque no era culpa suya, sino de las piedras que estaban húmedas y muy resbaladizas»[976](53). No existen pruebas de que Cixí castigara jamás a alguien solo por sospechar que había participado en una trama de asesinato.

Japón, donde tenían su base los asesinos, era el foco de la desconfianza de Cixí. Sus temores se intensificaron a partir de 1905, con la victoria japonesa en la guerra contra Rusia.

Rusia había ocupado partes de Manchuria durante el caos de los bóxers en 1900, aprovechando que las turbas habían agredido a algunos rusos que vivían allí. Según el

conde Witte, político y diplomático ruso, «el día en que llegó la noticia de la rebelión a la capital, el ministro de la Guerra, Kuropatkin, vino a verme a mi despacho en el Ministerio de Finanzas. Estaba rebosante de alegría». El ministro le dijo al conde: «Estoy muy contento. Esto nos dará una excusa para apoderarnos de Manchuria». Cuando se firmó el Protocolo Bóxer, las tropas extranjeras se retiraron de China, pero los rusos se negaron a irse de Manchuria, en un paso que el conde Witte llamó «traicionero»[977]. Japón codiciaba desde hacía mucho la zona y declaró la guerra a Rusia. Durante la guerra, librada en territorio chino entre dos potencias extranjeras, Cixí declaró que China era neutral. Era una situación humillante, pero no tenía alternativa. Rezaba para que su imperio sufriera el menor daño posible, en su capilla privada a la que se llegaba por unas escaleras ocultas detrás de su cama[978]. Cuando Japón ganó la guerra, muchos chinos se sintieron eufóricos, como si la victoria de Japón fuera también suya. Un «pequeño» estado asiático había derrotado a una gran potencia europea y así había destrozado la creencia de que los europeos eran superiores a los asiáticos y la raza blanca a la amarilla. Se ensalzó a Japón hasta un punto sin precedentes. Sin embargo, para Cixí, la victoria japonesa solo sirvió para avivar el fantasma de que, con su nueva fuerza y su nueva confianza, Japón volvería pronto su mirada depredadora hacia China. Esta sensación de que se avecinaba una crisis la empujó aún más a transformar el país en una monarquía constitucional, y la decisión definitiva la tomó justo después de la victoria japonesa, en 1905. Tenía la esperanza de que los chinos fueran más patriotas si eran *ciudadanos*.

Sus aprensiones hacia Japón estaban justificadas. Los japoneses emprendieron una serie de ofensivas diplomáticas para obtener la connivencia de las potencias en sus designios sobre China, y firmó acuerdos con Gran Bretaña, Francia e incluso Rusia. Los representantes japoneses intensificaron su campaña de persuasión en China, entre funcionarios y propietarios y directores de periódicos, tratando de convencerles de que los dos países asiáticos debían formar una «unión». Muchos les dieron una acogida favorable, pese a saber que una unión así estaría dominada por Japón, si no en teoría, sí en la práctica. Los chinos que habían estado en el país vecino estaban impresionados por lo que habían visto: «La limpieza de las calles, el bienestar de la gente, la honradez de los comerciantes y la ética de trabajo del hombre corriente»[979]. Era sabido también entre los diplomáticos europeos que Japón estaba gastándose el equivalente a entre seis y ocho millones de marcos alemanes al año (entre dos y tres millones de taeles) para ganarse a personas que le fueran de utilidad, con «el objetivo último de trasladar al emperador de Japón a Pekín», al menos de forma figurada. Seguros de sí mismos, algunos japoneses se hacían esta pregunta retórica: «¿Por qué no van a poder 50 millones de japoneses hacer lo que han hecho 8 millones de manchúes [a los chinos]?»[980].

Cixí no tenía ningún deseo de permitir que Tokio se apoderase de su imperio. No

se hacía ilusiones de que el dominio japonés fuera a convertir China en un lugar mejor. En Corea, que Japón había situado bajo su *protección* después de derrotar a China entre 1894 y 1895, el poder japonés era brutal. Mientras la prensa china disfrutaba de una libertad sin límites, la prensa coreana estaba sometida a una censura estricta para erradicar cualquier atisbo de sentimiento antijaponés. Un periodista muy crítico que dirigía un diario en lengua coreana cuyos dueños eran británicos, Yang Ki-Tak, fue detenido y confinado en una celda «tan abarrotada que no podía tumbarse, pero con el techo tan bajo que no podía ponerse de pie». Al cabo de unas semanas no era más que un mero esqueleto. El cónsul general británico en Corea, Henry Cockburn, se indignó y fue a protestar ante un alto funcionario japonés. El funcionario se mantuvo impertérrito y le dijo a Cockburn que, si «insistía en hablar sobre un tema tan insignificante y marginal, debía de ser porque le inspiraba un deseo hostil de interponer obstáculos en el camino de Japón». Escandalizado por el incidente y horrorizado al ver que Gran Bretaña no prestaba atención a la brutalidad de los japoneses, Cockburn dimitió y cortó de raíz una carrera prometedora[981].

Cixí no sentía ninguna preferencia automática por los japoneses, por ser de raza amarilla, frente a los europeos blancos. El color de la piel no le importaba y no tenía prejuicios raciales. Entre sus amistades extranjeras se contaban Sarah Conger y Katharine Carl, blancas estadounidenses; Louisa Pierson, que era mitad china y mitad estadounidense; y Uchida Kosai, la esposa del embajador japonés.

Su desconfianza hacia Japón no la empujó a arrojarse en brazos de ninguna otra potencia, como podría haber sucedido. Su Gobierno no quiso tener a ningún asesor extranjero junto al trono, aunque sí contaba con muchos asesores japoneses y occidentales en los Ministerios y las provincias. En 1906, el káiser alemán, Guillermo II, le envió un mensaje a través del embajador chino en Berlín, que regresaba con la oferta de formar «una *entente cordiale* que *garantizaría* las partes más importantes de China» en caso de un ataque japonés. Cixí no contestó. Después de haber experimentado la traición de Rusia, no se hacía ilusiones sobre ese tipo de garantías. Y de quien menos se fiaba era del káiser, que, al fin y al cabo, había iniciado la lucha para repartirse China[982]. La propia forma de expresar su preocupación le resultó ofensiva, porque decía que una unión entre Japón y China sería el «peligro amarillo». Poco después, el káiser declararía a un periodista de *The New York Times*: «El control de China por parte de Japón […] es claramente irreconciliable con la civilización del hombre blanco. Sería [la] peor calamidad […] El futuro pertenece a [la] raza blanca; no pertenece a la amarilla, ni a la negra, ni a la aceitunada. Pertenece [al] hombre rubio»[983](54).

El káiser se sentía perplejo y frustrado ante el silencio total de Cixí. «Ha pasado ya un año. Pero no se ha hecho nada. ¡Tenemos que empezar a trabajar ya! ¡De inmediato! ¡Deprisa! […] Les expliqué hace un año […] Es evidente que para ellos el

tiempo no es oro». Y «China va muy despacio. Dejan todo para después y luego vuelven a dejarlo para después»[984]. El káiser trató de incorporar a Estados Unidos a su plan, y ese era el único país en el que Cixí tenía depositada alguna esperanza. A finales de 1907, recibió dos noticias prometedoras. Estados Unidos iba a devolver la parte que quedaba de la indemnización de los bóxers e iba a enviar una gran flota al Pacífico. Al ver la prueba de amistad de los estadounidenses para con China y su clara intención de rivalizar con Japón, Cixí decidió enviar un emisario para explorar la posibilidad de forjar lazos más estrechos y expresar su agradecimiento por la devolución del dinero. El emisario debía visitar después Alemania y otros países europeos. Pero la devolución se retrasó y el emisario tardó un año en emprender el viaje. El hecho de que Cixí no ordenara a su embajador en Washington que hablara de la *entente* propuesta por el káiser ni despachara a un emisario especial con ese propósito indica que no pensó que fuera una posibilidad real. Estados Unidos no iba a declarar la guerra a Japón en nombre de China; era más probable que sacrificara los intereses de China en favor de los suyos propios[985]. De hecho, no mucho más tarde, los estadounidenses firmaron un acuerdo con Japón, el Acuerdo Root-Takahira, por el que se comprometían a apoyar la presencia japonesa en el sur de Manchuria a cambio de que Japón aceptara la ocupación estadounidense de Hawái y las Filipinas(55).

En el verano de 1907, Japón se anexionó Corea, en la práctica. Obligó al rey coreano a abdicar en favor de su hijo, porque no había sido lo suficientemente obediente con su «asesor» japonés, nada menos que el antiguo primer ministro Ito Hirobumi. Mediante un nuevo acuerdo entre Corea y Japón, se nombró a Ito ministro residente general y se especificó que el rey no podía tomar ninguna decisión sin su permiso. Ito moriría asesinado por un nacionalista coreano dos años después, por haberse «ganado el odio de los nativos con su duro ejercicio del poder»[986], escribió *The New York Times* en el momento de su muerte. Su encumbramiento como jefe supremo de Corea sirvió para recordar a Cixí que «esta figura tan importante en el ascenso de Japón como potencia mundial» había estado muy cerca de controlar al emperador Guangxu, y que China había corrido peligro de convertirse en otra Corea. Además, ahora que Corea se había convertido a todos los efectos en territorio suyo, Japón había adquirido una frontera terrestre con China que su ejército podía cruzar con facilidad si así lo deseaba.

En estas circunstancias, Cixí hizo un decidido esfuerzo para limpiar su corte de presuntos agentes japoneses. Su principal objetivo fue un oficial del ejército llamado Cen Chunxuan, que había escoltado a la corte durante la huida de Pekín en 1900. Cixí le estaba agradecida y le había permitido tener acceso a ella. Pero después se había descubierto que el oficial Cen, cuyo ejército estaba acuartelado lejos de la capital,

había corrido en ayuda de la corte en contra de las órdenes de su superior, y que lo había hecho a instancias de Kang *El Zorro Salvaje*, con quien se relacionaba a escondidas, para proteger al emperador Guangxu. Cixí se enteró también de que había celebrado reuniones en Shanghái con el colaborador de El Zorro Salvaje, Liang, que había ido especialmente desde Japón, unas reuniones a las que el propio Kang había pensado asistir. Cixí concedió al oficial Cen un «permiso por enfermedad». Además sacó a su mejor amigo, el gran consejero Lin Shaonian, de Pekín y le nombró gobernador de la provincia de Henan[987]. Durante su «permiso» en Shanghái, Cen siguió reuniéndose con destacados políticos japoneses, entre ellos Inukai Tsuyoshi, el futuro primer ministro que dirigiría la invasión de Manchuria en 1931, y que entonces era el mayor partidario de El Zorro Salvaje y de Sun Yat-sen[988].

Cixí reorganizó el Gran Consejo y nombró a tres nuevos consejeros, que estaba segura de que no serían peleles de Japón. Uno era el general Yuan, a quien nombró responsable del Ministerio de Exteriores, pese a que un extranjero decía que tenía «menos aplomo que otros dignatarios chinos»[989]. El general era uno de los mayores admiradores de Japón y ordenó a todos los nuevos funcionarios bajo sus órdenes que viajaran allí tres meses antes de incorporarse a sus puestos. Pero también era firme y astuto al tratar con los japoneses, y siempre había permanecido alerta ante las ambiciones del país vecino respecto a China[990]. Como consecuencia, siempre había sido un incordio para Tokio, y era el personaje al que Kang *El Zorro Salvaje* más quería asesinar después de Cixí[991](56).

El segundo nuevo gran consejero fue el virrey Zhang, otro admirador de Japón. A pesar de sus devaneos con Japón en 1900, Cixí confiaba en su compromiso con una China independiente y en su fortaleza de carácter, que significaba que no toleraría ser la marioneta de nadie. Además era incorruptible y, por tanto, inmune a los sobornos.

El tercer nuevo gran consejero fue Zaifeng, el hijo de su viejo seguidor el príncipe Chun. En realidad, Cixí estaba preparándole para ser su sucesor. Cuando el Protocolo Bóxer exigió que se enviara a un príncipe chino a la corte alemana para pedir perdón por el asesinato del barón Von Ketteler, se escogió para la tarea a Zaifeng, que tenía 18 años. Manejó bien la difícil misión y mostró una tranquila dignidad al pedir perdón en nombre de China, después de rechazar la exigencia de Berlín de que él y su séquito se postraran ante el káiser, una demanda que Berlín acabó retirando. Tras su vuelta a Pekín, Cixí le organizó un matrimonio arreglado con la hija de Junglu, uno de sus más estrechos colaboradores(57). Mantuvo a Zaifeng lo más al tanto posible de los asuntos exteriores: por ejemplo, lo enviaba siempre que había ocasión a representar al Gobierno en los actos públicos con presencia de extranjeros. Zaifeng conocía el cuerpo diplomático y a los misioneros mejor que la mayoría de los chinos. A los occidentales les agradaba, y se llevaba bien con ellos. Cixí tenía fe en él y creía

que no sería colaborador de los japoneses, y él no la decepcionó. Cuando Zaifeng se convirtió en regente, después de que falleciera Cixí y su hijo Puyí fuera proclamado emperador, se resistió a todas las proposiciones japonesas(58). Cuando su hijo fue coronado emperador de Manchukuo, el estado marioneta de los japoneses en Manchuria, Zaifeng no le visitó más que una vez en los 14 años de existencia de la corona. Permaneció allí un mes y se mantuvo alejado de la política (murió en 1951) [992].

Uno de los principales agentes de Japón era el príncipe Su, un vástago de la familia Aisin-Gioro. De unos 40 años por aquel entonces, el príncipe era el noble más japonizado y partidario del emperador Guangxu. En su mansión estableció una escuela para sus hijas y otras mujeres de la familia y llevó a un japonés como maestro. Como el príncipe parecía ser un hombre capaz y liberal, Cixí le nombró jefe de Policía. El asesor de la fuerza policial era un japonés, Kawashima Naniwa, que había demostrado gran eficacia al mantener el orden en la capital durante la ocupación de las tropas extranjeras tras la revuelta de los bóxers. Los dos hombres se hicieron buenos amigos, y Kawashima adoptó años después a una de las hijas del príncipe Su. La joven, criada en Japón, llegó a ser una de las principales espías a favor de Tokio durante la invasión de China en la Segunda Guerra Mundial, y adquirió el apodo de «Joya de Oriente». Después de la guerra murió ejecutada por traición[993].

El príncipe Su quería promover una toma japonesa de China con tanto fanatismo como después lo haría su hija. Por ahora, sin embargo, se mantenía callado. En 1903, Cixí recibió una advertencia sobre lo que realmente pensaba. La revelación se la hizo Qing Kuan, un pintor de la corte (cuya representación panorámica del Palacio de Verano y cuyo cuadro de la boda del emperador Guangxu son hoy dos de los tesoros nacionales de China). Ferozmente devoto de Cixí, el pintor había contribuido de manera fundamental a la captura del asesino Shen Jin. Después escribió a Cixí un mensaje confidencial en el que decía que la detención solo había sido posible porque se había mantenido en secreto a los más íntimos colaboradores del príncipe Su[994]. Cixí interrogó al príncipe, que no pudo más que farfullar de forma poco convincente en su defensa[995]. Le apartó de su puesto de jefe de Policía con el pretexto de que sus deberes se habían vuelto demasiado pesados y mandó vigilarlo estrechamente[996]. Él contó a un hombre de enlace con Kang *El Zorro Salvaje* que incluso su concubina favorita estaba trabajando para Cixí, y que tenía la sensación de estar permanentemente «sentado en una cama de agujas»[997]

Con el príncipe bajo vigilancia, Cixí volvió a nombrarle, en junio de 1907, responsable del recién creado Ministerio de Servicios Públicos, que englobaba la

Policía. La medida era una cortina de humo para engañar a Tokio: como estaba alejando de la corte al oficial Cen y otros, no quería dar a los japoneses la impresión de que las expulsiones tenían que ver con ellos[998]. Mientras tanto, se aseguró de que las riendas de la Policía estuvieran en manos del número dos del príncipe, un hombre en el que sí confiaba[999].

No obstante, la brigada antiincendios de la capital era responsabilidad del mismo Ministerio. El príncipe le dijo a Wang Zhao, un miembro de la conspiración de 1898, que había salido de prisión gracias a la amnistía concedida por Cixí: «He armado a la brigada de incendios y la he entrenado como a un ejército. Cuando llegue el momento del cambio radical, la usaré para invadir los palacios con la excusa de apagar un incendio y restableceremos al emperador en el trono». Wang Zhao se mostró totalmente de acuerdo. «En cuanto tengamos la información de que la emperatriz viuda está enferma y postrada en cama, Vuestra Alteza podrá llevar a la brigada antiincendios al Palacio del Mar y proteger al emperador, trasladarle al salón más grandioso de la Ciudad Prohibida e instalarle en el trono. Entonces podremos llamar a los nobles para que vayan a ponerse a sus órdenes. ¿Quién se atreverá a desobedecer?»[1000](59).

El Palacio de Verano estaba demasiado lejos de la ciudad para que la brigada de bomberos del príncipe Su llegara a él. Así que, al parecer, se preparó otro plan para él. El Gobierno japonés ofreció a la emperatriz viuda un regalo, un barco de vapor, construido a medida para el lago de Kunming. Era un regalo que Cixí no podía rehusar. Así que se dejó entrar a unos ingenieros japoneses en el Palacio de Verano, donde llevaron a cabo un examen exhaustivo del lago y el canal que lo unía con la ciudad y anotaron exactamente la anchura de los cauces, la profundidad y la mejor forma de maniobrar en ellos. Inspeccionaron las demás embarcaciones de Cixí para asegurarse de que el suyo fuera mejor. El barco se construyó en Japón y se envió al Palacio de Verano junto con más de 60 técnicos japoneses encargados de ensamblarlo en el muelle, que se dedicaban a pasear por el complejo y echar un vistazo a las villas. Por fin, a finales de mayo de 1908, el barco fue completado y presentado a la emperatriz, junto con su tripulación japonesa. Le pidieron que lo bautizara, y lo llamó *Yong-he*, «Paz eterna». La ceremonia inaugural se celebró en el Palacio de Verano y a ella asistieron autoridades de los dos países, pero no lo hicieron ni Cixí ni el emperador Guangxu. Por fin se fueron los últimos ingenieros y tripulantes japoneses. No existen pruebas de que Cixí llegara a utilizar el «regalo» jamás.

Un secretario del Gran Consejo expresó consternación en su diario. «La seguridad de las residencias imperiales es un asunto grave —escribió—, y ni siquiera los funcionarios normales pueden entrar en el recinto. Y, sin embargo, estos extranjeros

se pasean día y noche por allí. No está bien. He oído decir también que los japoneses son aficionados a beber y gritar. Me pregunto qué sucederá si irrumpen en lugares prohibidos por la fuerza»[1001]. Era imposible que Cixí no compartiera los recelos del secretario. El barco de vapor (cuyo aspecto, en realidad, se parecía al de un barco de guerra) era un caballo de Troya en su palacio y podía servir para llegar hasta el emperador Guangxu, cuya villa estaba al borde del lago[1002].

El caballo de Troya entró en el Palacio de Verano justo cuando Cixí empezaba a enfermar. Su fuerte constitución la había sostenido mucho tiempo, y en una visita a la primera granja experimental moderna del país, en mayo, caminó varios kilómetros, mientras que al emperador Guangxu lo llevaron en silla dos porteadores[1003]. Pero desde principios de julio le empezó a costar mucho llevar a cabo su trabajo, porque se sentía febril y mareada todo el tiempo y tenía un ruido metálico en los oídos[1004].

Cixí recibió además noticias preocupantes de su virrey en Manchuria sobre unos problemas en la frontera con Corea, que estaba en poder de Japón. Los japoneses estaban construyendo embarcaderos en el lado coreano del río y una línea de ferrocarril hasta la orilla. Incluso habían construido un puente, que llegó hasta la mitad del río, pero que tuvieron que desmantelar debido a las enérgicas protestas de Pekín[1005]. Mientras ocurría todo esto, el embajador japonés en Pekín entregó una nota diplomática en la que amenazaba con que sus fuerzas iban a cruzar la frontera para atacar a una banda coreana antijaponesa que estaba causándoles problemas. Da la impresión de que Tokio estaba dispuesto a utilizar cualquier excusa para enviar tropas, como plan de apoyo a lo que pudiera suceder en los palacios[1006].

El 18 de julio, el teniente general Fukushima Yasumasa, legendario agente de la inteligencia militar de Japón, llegó a China y se fue directamente a la provincia de Hunan a visitar al oficial Cen, al que Cixí había nombrado gobernador[1007]. Quizá empujada por un presentimiento, Cixí dijo al general Yuan y al virrey Zhang que inspeccionaran los archivos confiscados que contenían la correspondencia de Kang *El Zorro Salvaje* y sus socios. Era una orden lo bastante peculiar como para que un secretario del Gran Consejo la anotara en su diario con sorpresa. Normalmente, Cixí tenía cuidado de no hacer cosas que pudieran incriminar a quienes estaban relacionados con sus adversarios políticos; pero ahora parecía sentir la necesidad de averiguar si había más casos como el del oficial Cen sin revelar[1008].

En medio de esta tensión angustiosa, el 24 de julio, se celebró el trigésimo séptimo cumpleaños del emperador Guangxu. Cixí escogió para la ocasión una ópera que trataba sobre la muerte de un rey, Liu Bei, en el año 223 d. C. Cixí, que adoraba esta ópera concreta, había ordenado que todos los trajes y los decorados se hicieran en el color del luto, el blanco. En el escenario, los intérpretes llevaban brocados blancos, con el dibujo del dragón bordado en hilo negro sobre la túnica del rey. Las corazas y las banderas también eran de un blanco brillante. En general, el blanco era

un color tabú en un cumpleaños imperial: los cortesanos ni siquiera podían llevar túnicas con mangas en las que se viera un forro blanco, para ahuyentar la mala suerte. Pero Cixí quería que su hijo adoptivo tuviera mala suerte. Su muerte era lo único capaz de detener las maquinaciones japonesas para convertirlo en su marioneta[1009].

31
Muertes (1908)

Por aquel entonces, de hecho, el emperador Guangxu estaba gravemente enfermo, y se convocó a los médicos de provincias a Pekín. En las notas que entregaba a sus doctores, Su Majestad se quejaba de que oía ruidos, «a veces un viento y una lluvia distantes, y voces humanas y golpes de tambor, otras veces cigarras y seda desgarrada. No tengo un momento de paz». Hablaba de «grandes dolores de cintura para abajo», dificultades para levantar los brazos y lavarse la cara, sordera y «escalofríos incluso si estoy debajo de cuatro edredones». Reprendía a sus médicos por no curarle ni ayudarle a sentirse mejor. Pero se aferraba tercamente a la vida[1010].

El emperador tenía algo más de libertad desde el regreso del exilio y había reanudado su deber más importante: visitar el Templo del Cielo en el solsticio de invierno para pedir las bendiciones celestiales sobre las cosechas del año siguiente. Desde que comenzara su encierro, el ritual lo habían llevado a cabo varios príncipes en su lugar, y Cixí había tenido miedo a la ira del Cielo. Ahora, segura de que los guardias y funcionarios la obedecerían más a ella que al emperador, le permitió salir por fin de los terrenos del palacio sin acompañarlo.

Aun así, Cixí vivía con el temor constante a que se lo llevaran y siempre estaba alerta, en especial cuando había visitantes extranjeros. En una ocasión, Cixí habló ante un grupo de invitados de otros países, y uno de ellos recordaba más tarde:

> El emperador, seguramente cansado de una conversación en la que no estaba interviniendo, se retiró discretamente por una entrada lateral al teatro, en el que había una representación. Durante unos instantes, la emperatriz viuda no notó su ausencia pero, en cuanto se dio cuenta de que se había ido, una mirada angustiada se extendió por sus rasgos y se volvió hacia el eunuco jefe, Li Lienying [Lee Lianying], al que preguntó en tono imperioso: «¿Dónde está el emperador?». Hubo carreras entre los eunucos, que fueron a unos sitios y otros a hacer averiguaciones. Al cabo de unos momentos regresaron y dijeron que el emperador estaba en el teatro. La mirada de preocupación se disipó como una nube que pasa por delante del sol, y varios eunucos se quedaron donde estaba el emperador[1011].

Por lo visto, el emperador Guangxu hizo varios intentos de escapar. Un día caminó hacia una puerta del Palacio del Mar, pero los eunucos lo arrastraron de vuelta, agarrado por su larga cola de caballo. Otra vez, un secretario del Gran Consejo lo vio delante de sus oficinas, mirando al cielo en actitud como de oración, antes de dirigirse a una puerta para salir de la Ciudad Prohibida. Una docena de eunucos o más se apresuró a obstruirle el camino[1012].

Estaba prohibido visitarle en su villa y solo unas cuantas personas de confianza podían conversar con él. Cuando Louisa Pierson llegó a la corte, su hija adolescente, Rongling, solía charlar con él cada vez que se encontraban. Un día, el eunuco que estaba siempre al lado del emperador fue a buscarla y le mostró un reloj. En la esfera de cristal había escrito un carácter con tinta roja. El eunuco le dijo a la niña que Su Majestad quería saber dónde estaba el hombre que llevaba ese apellido. Como había crecido en el extranjero, Rongling casi no sabía leer chino y no reconoció el carácter. El eunuco sonrió: «¿No lo reconoces? Es Kang». La adolescente comprendió que se refería a Kang *El Zorro Salvaje*, un personaje que hasta ella sabía que era innombrable en la corte. Asustada, dijo que no sabía dónde estaba Kang y que quizá debía preguntarle a su madre. Entonces el eunuco le dijo que se olvidara del asunto. Dado que los eunucos que acompañaban a Guangxu los había seleccionado Cixí con el máximo cuidado, no parece probable que fuera el mismo emperador quien había escrito el carácter «Kang». Seguramente, Cixí quería poner a prueba a la joven, de cuyas charlas con el emperador sin duda le habían informado, por lo que quería estar segura de que nadie estaba utilizando a Rongling como mensajera entre El Zorro Salvaje y el emperador Guangxu[1013].

En el verano de 1908, Cixí empezó a padecer diarrea, que la dejaba agotada. Mantuvo su inmensa carga de trabajo y solo a veces retrasaba su audiencia matinal hasta las nueve. Casi todos los decretos que publicó en este periodo estaban relacionados con la creación de una monarquía constitucional. Respaldó el borrador de Constitución, autorizó las Normas Electorales y especificó el plazo de nueve años para instaurar el Parlamento[1014].

También concentró sus energías, cada vez más débiles, en una visita que iba a hacer el decimotercer Dalai Lama. El imperio Qing había absorbido el territorio de Tíbet en el siglo XVIII. Desde entonces, los tibetanos manejaban sus propios asuntos pero aceptaban la autoridad de Pekín. Había un comisario imperial destacado en Lhasa que servía de enlace, y China aprobaba por principio todas las decisiones de la capital tibetana. Sobre esa base, en 1877, Cixí (en nombre del emperador Guangxu) había refrendado la decisión del regente tibetano de identificar al niño Thubten Gyatso como decimotercer Dalai Lama reencarnado[1015]. Sus edictos posteriores respaldaron el programa educativo diseñado para el niño, cuyos maestros eran todos tibetanos. Su plan de estudios no tenía ningún elemento han ni manchú. Los tibetanos colaboraban con ella, y ella los dejaba en paz[1016]. Pero siempre se mantenía bien informada: desde la llegada del telégrafo a China, el comisario imperial de Lhasa estaba equipado para comunicarse por cable con Pekín.

Entre 1903 y 1904, una expedición militar británica, dirigida por el comandante

Francis Younghusband, invadió Tíbet desde la India británica. Los tibetanos lucharon contra los invasores y sufrieron numerosas bajas. El Dalai Lama huyó, y Younghusband llegó hasta Lhasa. Allí firmó un tratado con lo que quedaba de Gobierno y luego se retiró. El tratado imponía una indemnización de guerra de 500.000 libras y exigía a Tíbet que abriera más centros al comercio. Y continuaba así: «Como garantía del pago de la indemnización mencionada y para cumplir las disposiciones relativas a los centros comerciales […] el Gobierno británico seguirá ocupando el valle de Chumbi». Ordenaba a los tibetanos «arrasar todos los fuertes y fortificaciones y eliminar todos los armamentos que pudieran impedir la libre comunicación entre la frontera británica y las ciudades de Gyangtse y Lhasa». Tíbet no podría tomar ninguna decisión de política exterior «sin el consentimiento previo del Gobierno británico»[1017].

Cuando el comisario imperial Qing telegrafió a Cixí las condiciones del tratado, ella vio que la «soberanía» de su imperio sobre Tíbet corría peligro. En un edicto del 3 de octubre de 1904, anunció: «Tíbet pertenece a nuestra dinastía desde hace 200 años. Es una vasta región rica en recursos, que los extranjeros siempre han codiciado. Hace poco, las tropas británicas la invadieron y obligaron a los tibetanos a firmar un tratado. Es un acontecimiento siniestro y […] debemos impedir más daños y salvar la actual situación»[1018]. Envió representantes a India a negociar con los británicos y a establecer el principio de que Gran Bretaña tenía que tratar con Pekín cualquier cosa relacionada con Tíbet. «No hagáis concesiones sobre la soberanía», instruyó Cixí a sus delegados[1019].

Gran Bretaña aceptó volver a negociar con los representantes de Cixí. Firmó con Pekín en abril de 1906 un tratado que en definitiva (aunque no sin ambigüedades) reconocía que Tíbet formaba parte del imperio chino.

Cixí tenía una baza importante: el decimotercer Dalai Lama fugitivo. Era un hombre atractivo, casi en la treintena, vestido con hábito de monje, que viajó hacia el nordeste hasta llegar a Urga, hoy Ulán Bator, capital de Mongolia Exterior y, en aquella época, parte del imperio Qing. El Dalai Lama era el líder espiritual de los mongoles además de los tibetanos. Cixí envió de inmediato funcionarios para que lo atendieran y ordenó a las autoridades locales que cuidaran de él. Además envió un telegrama en el que se condolía por las dificultades de su viaje. Le instaba a volver a Lhasa en cuanto se fueran los británicos y a seguir dirigiendo Tíbet como antes[1020].

El decimotercer Dalai Lama tardó algún tiempo en regresar, pero a cambio pidió ir a Pekín y conocer a la emperatriz viuda[1021]. Durante su ausencia dirigió Tíbet un funcionario han, Chang Yintang (aunque no como comisario imperial, un cargo que, según la tradición, precisamente no se le daba a un han). Yintang trató de implantar «reformas», con la intención de que Tíbet se pareciera más a una provincia han. Después de haber estado en India negociando con los británicos y de ver cómo

gobernaban allí, aconsejó a Pekín que adoptara el método británico: enviar un ejército de buen tamaño, convertir al comisario imperial en gobernador general, nombrar los cargos de la administración y tratar al Dalai Lama y el Panchen Lama como a los maharajás indios, es decir, quitarles el poder político y remunerarles con generosidad. Cixí no respaldó a Yintang. Después de recibir informaciones de que sus planes eran tremendamente impopulares entre los tibetanos, le trasladó a otro puesto y de esa forma abortó su programa. Parece que comprendió que el deseo de los tibetanos de que los dejasen en paz no era negociable y llegó a la conclusión de que respetar ese deseo era la única forma de que Tíbet siguiera perteneciendo al imperio[1022]. El Dalai Lama tomó nota de su estrategia y consideró que era la mejor opción, así que pidió en varias ocasiones que le recibiera para llegar a un acuerdo. Por fin, Cixí envió la invitación y el 28 de septiembre de 1908 el decimotercer Dalai Lama llegó a la capital.

Cixí se había resistido a invitarle, seguramente porque una visita del Dalai Lama planteaba problemas de protocolo que podían ser explosivos. El mayor dilema era si el Dalai Lama debía arrodillarse ante ella y el emperador. Como líder espiritual, la gente se arrodillaba delante de él. Pero también era un líder político y, como tal, debía arrodillarse ante el trono. Si no se le exigía que se pusiera de rodillas, dado que los únicos exentos eran los extranjeros, eso implicaría que Pekín no consideraba que Tíbet formara parte de China. El problema se agudizaría con ocasión del banquete de Estado en su honor, porque los líderes políticos de Mongolia, por ejemplo, se pondrían de rodillas cuando el emperador Guangxu llegase y se marchase. El banquete era un acto «público», y Cixí era muy consciente de que sería el centro de atención: mientras que las potencias occidentales buscarían indicios de que no consideraba a Tíbet parte del imperio, los tibetanos necesitaban saber con seguridad que no se había humillado a su dios. La oficina de protocolo preguntó a Cixí qué hacer y ella reflexionó sobre el problema varios días. Al final decidió que el Dalai Lama iba a arrodillarse, como todos los demás asistentes al banquete, salvo que él lo haría desde su asiento —un trono bajo en el que sentaba con las piernas cruzadas— en vez de en la entrada al vestíbulo como todos los demás. De esa forma, no se notaría que se arrodillaba, sobre todo con su amplia túnica. El Dalai Lama no se opuso; es evidente que pensó que era un precio que merecía la pena pagar para que Tíbet mantuviera su autogobierno, cosa que deseaban tanto él como la emperatriz viuda[1023].

Para Cixí, era crucial mantener Tíbet en el imperio, de forma mutuamente aceptable y amistosa. Deliberó sobre los regalos simbólicos más apropiados y, al otorgar otro nuevo título al Dalai Lama, insistió en añadir unas palabras para expresar que era un hombre «sinceramente leal» al imperio[1024]. Pero no quería utilizar medidas represivas para reafirmar su autoridad. Ese mismo año había nombrado un

nuevo comisario imperial en Tíbet, Zhao Erfeng, pero Lhasa lo rechazó, por la aversión que despertaba su historial como administrador de una región vecina en la que vivían tibetanos. En vez de imponer a Zhao por la fuerza, Cixí anuló el nombramiento, lo cual era una concesión sin precedentes en la historia de la dinastía Qing. Fue «para no perder la benevolencia de los tibetanos», explicó la emperatriz en su decreto[1025]. Además, se ordenó a las tropas imperiales que no entablaran choques con el ejército tibetano. En Pekín, Cixí y el Dalai Lama acordaron que regresaría a Lhasa cuanto antes y seguiría gobernando Tíbet como siempre[1026].

Durante toda la estancia del Dalai Lama, Cixí se vio obligada a esforzarse para resistir. La primera reunión después de su llegada tuvo que cancelarse, porque ella se encontraba demasiado mal para celebrarla. Lloró de frustración al dar la orden. No fue posible fijar otra fecha por adelantado, porque su condición variaba de un día para otro. Solo lograron entrevistarse cuando se levantó una mañana y se sintió lo bastante fuerte[1027].

La visita del Dalai Lama coincidió con el septuagésimo tercer cumpleaños de Cixí, el décimo día del décimo mes lunar, es decir, el 3 de noviembre de 1908. Tenía grandes deseos de agasajar al Hombre Santo tibetano, así que se sintió obligada a aguantar las interminables actuaciones y los rituales, a pesar de tener una diarrea constante y mucha fiebre. Los médicos anotaron que estaba «excepcionalmente exhausta»[1028].

Cuatro días después de su cumpleaños, sintió que la muerte se aproximaba y envió al príncipe Ching a los Mausoleos Orientales para comprobar el estado de su tumba, cerca de las de su esposo y su hijo. Su última morada tenía una enorme importancia para ella y había ordenado construirla con todo esplendor. Durante su entierro se colocarían en la tumba una gran cantidad de joyas, como correspondía a una emperatriz viuda[1029].

Mientras tanto, había empezado a poner en orden los asuntos del imperio. Había llegado el momento de ocuparse del emperador Guangxu. Postrado en la cama y aparentemente al borde de la muerte, se aferraba a la vida y era capaz de reponerse, como ya lo había hecho antes. Si sobrevivía cuando falleciera ella, el imperio caería en las manos de los japoneses al acecho. En esas circunstancias, Cixí ordenó el asesinato de su hijo adoptivo, con veneno. El consumo de grandes cantidades de arsénico quedó definitivamente establecido como causa de la muerte del emperador Guangxu en 2008, después de un examen forense de sus restos. Su asesinato debió de ser fácil de organizar: Cixí le enviaba siempre platos, como muestras de amor de madre. A las 18:33 horas del 14 de noviembre, los médicos reales certificaron la muerte del emperador Guangxu[1030].

Su emperatriz, Longyu, lo acompañó en los últimos momentos. Por lo visto lloraron abrazados, algo que pocas veces habían hecho en casi 20 años de matrimonio. Durante las últimas horas se vio a Longyu correr entre su marido moribundo y su suegra moribunda, con los ojos hinchados. Después de morir el emperador, ella vistió el cuerpo. De acuerdo con la tradición de la corte, había que colocar la perla más perfecta que se encontrase en la boca del difunto para que le acompañase al otro mundo. La emperatriz Longyu quiso cogerla de la corona del emperador, pero un eunuco se lo impidió y dijo que no tenían el permiso de la emperatriz viuda. Así que la emperatriz Longyu quitó la perla de su propia corona y la puso en la boca de su marido[1031].

El emperador Guangxu murió en una cama que estaba «sin adornar, como una persona común y corriente»[1032], observó uno de los médicos de provincias. No había ninguna cortina que la rodeara, y el escabel que pisaba para subirse a ella estaba cubierto solo con una manta, no un brocado de seda. En sus últimas horas le acompañaron médicos y funcionarios de la corte, pero no estuvo presente ninguno de los grandes consejeros. No hubo constancia de sus últimas palabras. El Gran Consejo se reunió junto al lecho de Cixí mientras él agonizaba, y de nuevo cuando se enteraron de su fallecimiento, para oír las instrucciones de la emperatriz viuda sobre la sucesión[1033]. Zaifeng, a quien Cixí llevaba años entrenando, fue designado regente, y su hijo de dos años, Puyí, sobrino nieto de Cixí, fue nombrado sucesor al trono. El nombramiento del niño emperador garantizaba que su padre se hiciera cargo como regente, y además Cixí podía conservar el control mientras siguiera viva[1034]. Su decreto dejó claro que «todas las políticas claves las decidiré yo»[1035]. Estaba empeñada en conservar las riendas del imperio hasta su último aliento.

Zaifeng no era el candidato ideal, pero a Cixí le parecía el mejor posible. Confiaba en que no entregaría China a Japón y en que podría tratar con los occidentales de manera amistosa y digna. Tenía graves limitaciones, que ella conocía bien. Una vez, en una cena en la legación de Estados Unidos, le preguntaron: «¿Qué piensa Su Alteza de los rasgos distintivos de alemanes y franceses?». Él respondió: «La gente en Berlín se levanta temprano por la mañana y va a trabajar, mientras que la gente en París se levanta por la noche y va al teatro»[1036]. Es evidente que estaba repitiendo un cliché.

Cixí se apagaba; pero todavía conseguía supervisar las miles de cosas que había que hacer tras el fallecimiento de un monarca, incluida la redacción del testamento oficial del emperador Guangxu, que había que anunciar al imperio. El testamento hacía referencia al establecimiento de una monarquía constitucional en el plazo de nueve años. Esta, declaraba, era la «aspiración insatisfecha» del emperador, que, una vez cumplida, le proporcionaría una alegría sin fin en el otro mundo[1037].

Pasó una noche mientras Cixí se ocupaba de una cosa detrás de otra, consciente

en todo momento de que acababa de asesinar a su hijo adoptivo. Se vio obligada a parar alrededor de las 11 de la mañana, cuando sintió que su muerte era inminente. Falleció menos de tres horas después[1038].

Un secretario del Gran Consejo redactó el testamento oficial de Cixí de acuerdo con sus deseos, «con el corazón y la mano temblorosa, mientras todo parece irreal»[1039], anotó en su diario. El testamento recordaba su intervención en los asuntos de Estado de China durante casi 50 años y sus esfuerzos para gobernar de la mejor manera posible. Repetía su determinación de transformar China en una monarquía constitucional que, decía el documento con gran pesar, ahora no podría ver culminada. Los dos testamentos dejaban muy claro que el último deseo de Cixí era que los chinos tuvieran su Parlamento y su derecho al voto[1040].

Durante sus tres últimas horas de vida, la mente de Cixí siguió inquieta. Dictó su último decreto político, que habría parecido extraño a cualquier observador. «Me encuentro en estado crítico y temo que estoy a punto de fallecer —decía, con un lenguaje directo y personal—. En el futuro, los asuntos de Estado los decidirá el regente. Sin embargo, si se encuentra con materias de excepcional importancia, deberá obedecer a la emperatriz viuda»[1041]. Con ello se refería a la emperatriz Longyu, que acababa de recibir el título al morir su marido y nombrarse al heredero. Para subrayar que los deseos de la emperatriz Longyu serían definitivos, Cixí empleó la palabra *debe* en su decreto, un hecho poco habitual porque al parecer es un término redundante. Con ese énfasis, Cixí hizo que la responsabilidad suprema de la suerte del imperio recayera sobre Longyu[1042].

La nueva emperatriz era, según todos los testigos, una figura patética. Los extranjeros que la conocieron decían que tenía «un rostro triste y amable. Va muy encorvada, es tremendamente delgada, con el rostro largo y cetrino y los dientes muy deteriorados»[1043]. Desde el día de su boda, su marido la trató con desdén, en el mejor de los casos. A los observadores más bondadosos les resultaba conmovedora, y los menos generosos la despreciaban. Sin atreverse casi a hacer ningún comentario por propia iniciativa, estaba acostumbrada (y resignada) a que la denigraran. La doctora Headland, la médico estadounidense que frecuentaba la corte, recordó, al enterarse de la nueva función que iba a desempeñar:

En las audiencias ofrecidas a las damas [extranjeras], siempre estaba presente, pero nunca en la cercanía inmediata de la emperatriz viuda ni el emperador […] Siempre se quedaba en algún lugar discreto en la parte de atrás, con sus damas de compañía alrededor, y, en cuanto podía retirarse sin llamar la atención, así lo hacía […] En verano, a veces, la veíamos con sus criados vagando por la corte. Tenía el aspecto de

una persona amable, callada, bondadosa, que siempre temía ser una intrusa y no tenía ningún puesto ni papel en nada. ¡Y ahora es la emperatriz viuda! Parece una perversión de la lengua inglesa dar a esta alma buena y amable el mismo título que nos hemos acostumbrado a usar al hablar de la mujer recién fallecida[1044].

Los nobles despreciaban de tal forma a la emperatriz Longyu que ninguno se molestó en informarle de su nuevo título de emperatriz viuda. Por temor a que la pasaran por alto, preguntó tímidamente a los miembros del Gran Consejo cuál era su situación mientras estaban reunidos en el dormitorio de la difunta Cixí, a la que ella acababa de amortajar. Un gran consejero la ignoró, fingió que estaba sordo y no oía lo que preguntaba[1045]. Cuando Longyu se enteró de cuál era su nuevo título, se alegró mucho. Aunque era lo que le correspondía, no se había atrevido a esperarlo. Pese a que era Cixí quien la había escogido como emperatriz y a quien ella había estado asistiendo todos esos años, la emperatriz fallecida no le había dirigido casi nunca un comentario ni le había pedido jamás su opinión. Sin embargo, ahora, su último acto político consistía en depositar el peso del destino del imperio sobre sus hombros estrechos y encorvados.

Unos meses antes, un día, Cixí paseaba por el jardín de la Ciudad Prohibida y contemplaba las numerosas estatuas budistas que allí había. Por alguna razón, pensó que las estatuas no tenían la colocación idónea y ordenó a los eunucos que las reorganizaran. Mientras movían las estatuas, quedó al descubierto un gran montón de tierra. Con el ceño fruncido, Cixí mandó que lo barrieran. El eunuco jefe Lianying se arrodilló y le suplicó que lo dejara como estaba. La tierra estaba allí desde siempre, y lo extraño es que siempre había sido un montón limpio y contenido, sin una mota de tierra fuera de sitio. Por lo visto, los pájaros nunca se posaban en él y las ratas y los zorros que merodeaban por los terrenos del palacio lo evitaban. Se decía, desde hacía muchas generaciones, que era un montón de «tierra mágica», que protegía a la gran dinastía. Cixí era famosa por sus supersticiones, pero pareció irritada por esta explicación y saltó: «¿Qué tierra mágica? Barredla». Mientras allanaban el montón de tierra, no dejó de murmurarse a sí misma: «¿Qué tiene que ver con esta gran dinastía? ¿Qué tiene que ver con esta gran dinastía?»[1046]. Al escucharla, un eunuco dijo que él y sus colegas se entristecieron; parecía que, para la emperatriz viuda, la dinastía Qing se aproximaba a su fin.

Desde luego, la emperatriz viuda Cixí preveía que sus reformas, al transformar China por completo, podían acabar enterrando a su propia dinastía. Mientras estuviera viva, el trono manchú estaría seguro. Pero cuando ella ya no estuviera, su sucesor quizá no tendría la misma fuerza y la monarquía constitucional que estaba

intentando crear podría terminar en nada. Muchos observadores chinos y occidentales ya predecían revueltas contra los manchúes después de su muerte. La emperatriz viuda pasó sus últimas horas preocupada por la suerte de su pueblo. Si el imperio se inundaba de rebeliones republicanas, la única opción para los manchúes, en franca minoría, sería rendirse, para evitar un baño de sangre. Solo la rendición podría salvar a su pueblo y ahorrar al país una guerra civil. Estaba segura de que, ante una revolución republicana, los hombres de la corte decidirían defender la dinastía y luchar hasta el final. Ningún hombre aconsejaría rendirse, aunque quisiera. Por eso Cixí otorgó el poder de decisión en ese tipo de crisis «de excepcional importancia» a la emperatriz Longyu. Cixí sabía que la emperatriz ofrecería la rendición de la dinastía para asegurar su propia supervivencia y la del pueblo manchú. La emperatriz Longyu había vivido rendida siempre. No le importaba la humillación y era una auténtica superviviente. Y, al ser mujer, no tenía necesidad de demostrar ninguna valentía.

La profecía de Cixí se hizo realidad exactamente tres años después, en 1911, cuando estallaron las revueltas y los motines que tanto se esperaban. El detonante fue una disputa por la propiedad de un ferrocarril en Sichuan, al que siguió un gran motín en Wuhán, y la rebelión se extendió después a una sucesión de provincias, muchas de las cuales proclamaron su independencia del Gobierno Qing. Aunque no existía ningún dirigente en común entre los distintos sucesos, casi todos compartían un mismo objetivo: derrocar a la dinastía Qing y proclamar la República(60). La sangre manchú empezó a correr: asesinaron al virrey Duanfang, reformista, y en Xian, Fuzhou, Hangzhou, Nankín y otras ciudades masacraron a hombres y mujeres manchúes. Se discutió la posibilidad de rendirse, mediante la abdicación del emperador. Tal como había previsto Cixí, los nobles se resistieron con vehemencia y prometieron defender la dinastía hasta el final. También como había previsto, el regente se pronunció públicamente en contra de la abdicación, pese a que en privado era partidario. Sabía que era inútil luchar (a pesar de que la corte seguía contando con un apoyo sustancial), pero no quería ser el responsable de la caída de su dinastía[1047]. El decreto firmado por Cixí en su lecho de muerte resolvió este angustioso dilema. El 6 de diciembre, Zaifeng dimitió de su puesto de regente y remitió todas las decisiones a la emperatriz Longyu. La emperatriz, después de reunir a los nobles(61), declaró entre lágrimas que estaba dispuesta a asumir la responsabilidad de poner fin a la dinastía con la abdicación de Puyí, que tenía cinco años[1048]. «Lo único que deseo es paz bajo el Cielo», dijo[1049].

Así, el 12 de febrero de 1912, la emperatriz Longyu puso su nombre en el Decreto de Abdicación, que acabó con la Gran Dinastía Qing, tras 268 años en el poder, y con más de 2.000 años de monarquía absoluta en China. Fue la emperatriz Longyu quien decretó: «En nombre del emperador, transfiero el derecho a gobernar a todo el país,

que a partir de ahora será una República constitucional». Esta «Gran República de China comprenderá todo el territorio del imperio Qing, habitado por los cinco grupos étnicos, manchú, han, mongol, hui y tibetano»[1050]. Cixí le había asignado ese histórico papel. La república no era lo que la emperatriz viuda Cixí hubiera querido, pero sí era lo que habría aceptado, porque compartía el mismo objetivo que su anhelada monarquía parlamentaria: que el futuro de China estuviera en manos del pueblo chino.

Epílogo

China después de la emperatriz viuda Cixí

El legado de la emperatriz viuda Cixí fue múltiple y sobresaliente. Lo más importante es que llevó a la China medieval a la era moderna. Bajo su dirección, el país empezó a adquirir prácticamente todos los rasgos de un Estado moderno: ferrocarriles, electricidad, telégrafo, teléfono, medicina occidental, una Armada y un ejército modernos, y nuevas formas de ejercer el comercio exterior y la diplomacia. El restrictivo sistema educativo que databa de mil años atrás se abandonó y fue sustituido por escuelas y universidades como las de Occidente. La prensa floreció y disfrutó de una libertad que no tenía precedentes y que seguramente no se ha superado después. Cixí abrió la puerta a la participación política: por primera vez en la larga historia de China, sus habitantes iban a convertirse en «ciudadanos». Fue Cixí quien defendió la liberación de la mujer en una cultura que durante siglos había obligado a su población femenina a vendarse los pies, una costumbre que ella desterró. El hecho de que su último empeño antes de su muerte prematura fuera introducir el derecho al voto da fe de su valor y su visión de futuro. Y lo más importante es que su transformación de China se llevó a cabo sin recurrir a la violencia y con relativamente pocas turbulencias. Sus cambios fueron radicales pero a la vez graduales, trascendentales y, sin embargo, asombrosamente incruentos. Siempre en busca del consenso y siempre dispuesta a trabajar con personas de distintas opiniones, guio la transformación porque la historia estaba de su lado.

Fue una figura gigantesca, pero no una santa. Con su poder absoluto sobre un tercio de la población mundial, y dado que era producto de la China medieval, podía ser inmensamente despiadada. Sus campañas militares para recuperar Xinjiang y para aplastar las rebeliones armadas fueron brutales. Sus intentos de utilizar a los bóxers para luchar contra los invasores desembocaron en las tremendas atrocidades cometidas por aquellos.

Pero a pesar de sus defectos, no era una déspota. En comparación con los gobiernos de sus predecesores, y los de sus sucesores, el de Cixí fue benigno. En aproximadamente cuatro decenios de poder absoluto, los asesinatos políticos que ordenó —justos o injustos—, y que figuran en este libro, no sumaron más de unas cuantas docenas, muchos de ellos como reacción a haber descubierto algún plan para matarla. No era cruel por naturaleza. Cuando su vida se apagaba, su preocupación fue cómo conseguir evitar una sangrienta guerra civil y la masacre del pueblo manchú, cuya supervivencia garantizó mediante el sacrificio de su dinastía.

También pagó un elevado precio personal. Cixí creía con devoción en la santidad

de la última morada, pero su propia tumba acabó profanada. Los líderes de los primeros gobiernos republicanos, empezando por el general Yuan (que murió en 1916), respetaron las condiciones de la abdicación y protegieron los mausoleos Qing[1051]. En 1927, los nacionalistas radicales, encabezados por Chiang Kai-shek, expulsaron a los anteriores e instauraron un nuevo régimen. Un año después, cuando habían pasado 20 años desde la muerte de Cixí, un ejército incontrolable irrumpió en su tumba para robar las joyas que se sabían enterradas con ella. Los oficiales y los soldados abrieron una brecha en el muro con dinamita y, con bayonetas y barras de hierro, abrieron la tapa de su féretro. Después de coger las joyas que la rodeaban, le rompieron la ropa y le arrancaron los dientes, en busca de cualquier posible tesoro escondido. Luego dejaron su cadáver al descubierto[1052].

Cuando Puyí, el último emperador, se enteró del sacrilegio, se quedó desolado, según contó después. Al joven, que ahora tenía 24 años, le habían expulsado de la Ciudad Prohibida en 1924 (violando el acuerdo de abdicación) y desde entonces vivía en Tianjín. Envió a varios miembros de la antigua familia real para que volvieran a enterrar los restos de Cixí y presentaran una protesta ante el Gobierno de Chiang. Como el robo se convirtió en un escándalo nacional, hubo una investigación, pero se desinfló sin que se castigara a nadie; parece que gracias a una serie de cuantiosos sobornos. Cuando Puyí oyó el extendido rumor de que habían cogido la perla de la boca de Cixí para decorar el zapato de la mujer de Chiang, se sintió invadido por un odio irreprimible. La indignación consolidó su decisión de aliarse con los japoneses, que le nombraron emperador de Manchukuo, el estado marioneta creado en Manchuria después de que la ocuparan en 1931. En 1937, Japón invadió China[1053].

Cixí se había esforzado en desbaratar los intentos japoneses de convertir China en parte de su imperio asiático, y había asesinado a su hijo adoptivo para impedirlo. Lo irónico es que, si hubiera entregado China a Japón, es casi seguro que su última morada y sus restos habrían sido respetados.

Chiang Kai-shek, verdadero heredero de Cixí, luchó contra Japón durante la Segunda Guerra Mundial. La devastación causada por los japoneses en el Estado de Chiang preparó el terreno para que Mao se hiciera con el poder en 1949, aunque el papel fundamental en su ascenso correspondió a Stalin, su patrocinador y mentor. Mientras el Japón de la posguerra se metamorfoseaba en una democracia floreciente, China se sumió en un abismo sin precedentes con los 27 años de gobierno de Mao, que devoraron las vidas de más de 70 millones de personas en tiempo de paz, hasta que su fallecimiento, en 1976, terminó con sus atrocidades. Mao no pidió el más mínimo perdón por su mal gobierno, a diferencia de Cixí, que se arrepintió en público por el daño que había causado y que, aunque grave, no era más que una parte del que infligió Mao a la nación. Pearl Buck, la premio Nobel de Literatura —que nació en 1892, creció en China cuando Cixí estaba en el poder y después vivió y observó los

sucesivos regímenes—, contaba en los años cincuenta «lo que sentían sobre ella los chinos a los que conocí en mi niñez»: «Su pueblo la amaba, no todo su pueblo, porque los revolucionarios, los impacientes, la odiaban de corazón […] Pero los campesinos y los aldeanos la veneraban». Cuando se enteraron de que había fallecido, los campesinos se sintieron «asustados»: «“¿Quién cuidará ahora de nosotros?”, lloraron». La conclusión de Pearl Buck era: «Este es, quizá, el juicio final sobre un gobernante»[1054].

Los últimos 100 años han sido muy injustos con Cixí, a la que se ha tachado de tiránica y sanguinaria, de incompetente sin remedio, o ambas cosas. Sus logros han tenido escaso reconocimiento y, cuando lo tienen, se atribuye siempre el mérito a los hombres que estaban a su servicio. El motivo es una desventaja de partida: como era mujer, solo podía gobernar en nombre de sus hijos, así que se ha conocido mal su papel exacto. A falta de datos claros, los rumores han sido abundantes, y se han inventado y creído muchas mentiras. Como dijo Pearl Buck, los que la odiaban eran simplemente «más elocuentes que los que la querían»[1055]. Las fuerzas políticas que han dominado China desde poco después de su muerte la han denigrado de forma deliberada y han ocultado sus logros, para poder decir que rescataron al país del caos que ella había dejado.

Si hablamos de logros trascendentales, sinceridad política y valor personal, la emperatriz viuda Cixí sentó un precedente que pocos han igualado. Introdujo la modernidad para sustituir a la decrepitud, la pobreza, la brutalidad y el poder absoluto, e incorporó una humanidad, una ausencia de prejuicios y una libertad hasta entonces insólitas. Y además tuvo conciencia. Al repasar las espantosas décadas transcurridas desde que falleció, es inevitable admirar a esta asombrosa mujer de Estado, con todos sus defectos.

Relación de Ilustraciones

35. Una cortesana china.
36. Niños chinos enviados a Estados Unidos para su educación.
37. Pearl, la concubina favorita del emperador Guangxu.
38. Gran Tutor Weng.
39. Cixí en un templo con la emperatriz Longyu.
40. Sir Yinhuan Chang.
41. Kang Youwei.
42. Liang Qichao.
43. Billete japonés mostrando Ito Hirobumi.
44. Los Boxers en 1900.
45. Las fuerzas aliadas de entrar en la Ciudad Prohibida.
46. Cixí saludando a un fotógrafo extranjero.
47. Postal de la locomotora imperial.
48. Niñas con los pies vendados.
49. Convictos con cepos.

50. Cixí poniéndose una flor en su peinado.
51. Cixí sonriendo.
52. Cixí. En una barcaza en el lago del Palacio del Mar.
53. Sobre una barcaza en la ópera de disfraces.
54. Las damas de la Corte en la Legación Americana.
55. Patio de Sarah Conger.
56. Cixí en la nieve con eunucos y Der Ling.
57. Regent Zaifeng con el niño emperador Puyi.
58. Sun Yat-sen con soldados.
59. Desfile funeral de Cixí.
60. Los Mausoleos del Este de los monarcas Qing en las fueras de Beijing, donde Cixí fue sepultada.



Cixí era una budista devota y veneraba a Guanyin, la diosa de la misericordia. Fotografía tomada en 1903, vestida de Guanyin, con los dos eunucos más cercanos a ella, Lianying (a su izquierda) y Cui (a su derecha), con el vestuario de los personajes asociados a la Diosa.



Calles del antiguo Beijing. Visibles en primer plano están los carros tirados por mulas, taxis de la época. Uno de esos carros llevó a Cixí a la Ciudad Prohibida en 1852. El emperador Xianfeng inspeccionaba los carros, y fue quien la eligió como una de sus concubinas.



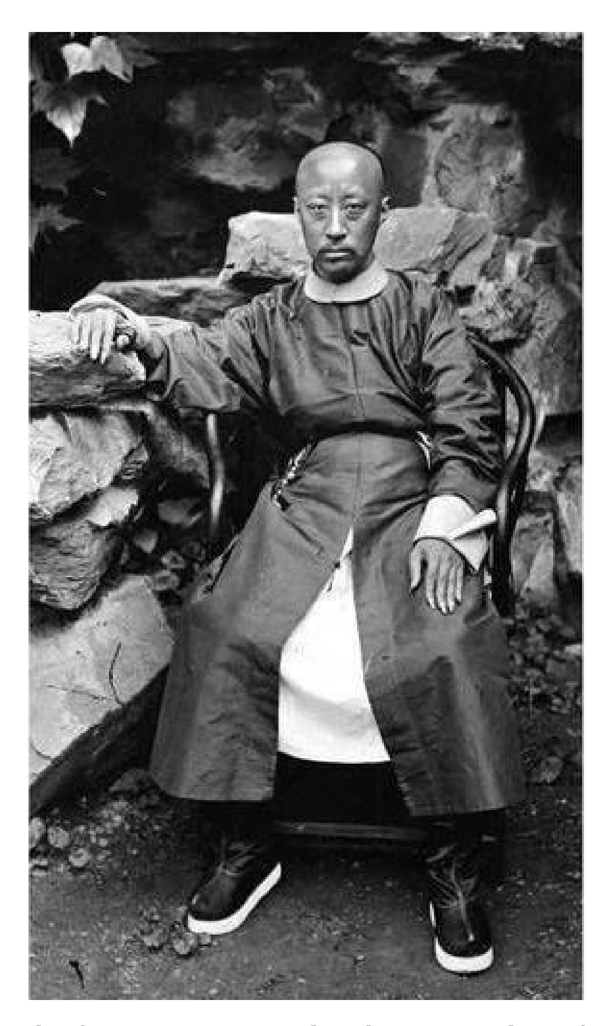
Una caravana de camellos que pasan delante de una puerta de la ciudad de Beijing. Se dice que unos cinco mil camellos llegaban a Beijing cada día.



Cuando el emperador Xianfeng murió en 1861, el hijo de Cixí de cinco años de edad, le sucedió en el trono. Rechazó a los regentes nombrados por su marido y se convirtió gobernante de China. Ella iba a las habituales audiencias de la mañana rodeada de eunucos con túnicas ricamente coloreadas. Delante, Cui a la izquierda y Lianying, a la derecha.



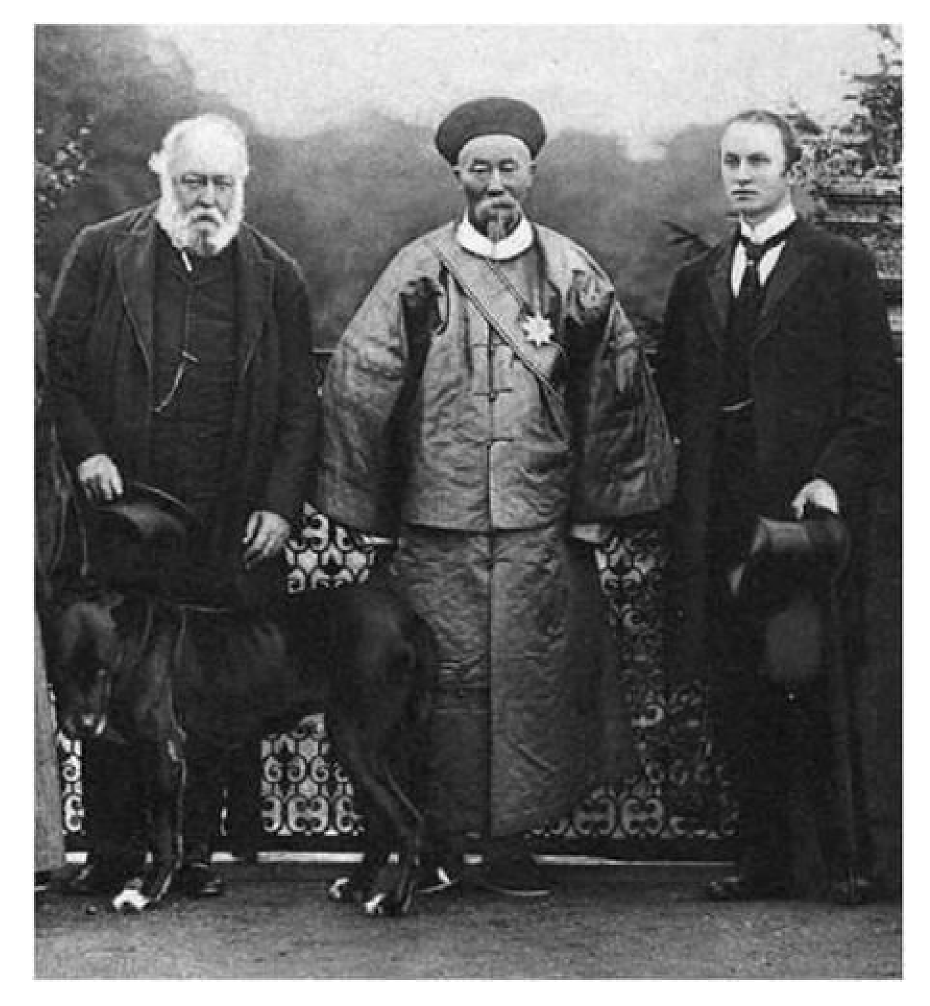
El Príncipe Chun, quien se casó con la hermana de Cixí.



El Príncipe Gong, mano derecha y asesor de Cixí.



El Virrey Zhang Zhidong, de los principales de Cixí y reconocido modernizador.



Li Hongzhang (Earl Li), el reformador más importante a las órdenes de Cixí. En Gran Bretaña, en 1896, con Lord Salisbury, primer ministro británico, (a la izquierda), y Lord Curzon (a la derecha).



El General Yuan Shikai, más tarde primer Presidente de la República de China



Junglu (delante en el centro), un devoto feroz de Cixí, acompañando a visitas femeninas occidentales.

AMIGOS OCCIDENTALES DE CIXÍ



Anson Burlingame, primer embajador del presidente Lincoln en China (1861-7), y más tarde primer embajador de China en los países occidentales. De pie en medio de su delegación, está flanqueado por sus dos diputados chinos (sentados), Zhigang y Sun Jiagu, y los dos secretarios de la misión, el británico y el francés (sentados).



El teniente coronel Charles Gordon (Gordon “el chino”), que ayudó a derrotar la rebelión Taiping. Esta victoria abrió el camino para la era de Cixí



Sir Robert Hart, con su banda occidental de músicos chinos. Fue Inspector General de Aduanas Marítimas de China durante todo el período de la vida política de Cixí.



Sarah Conger (con traje oscuro), esposa del ministro de EE.UU. en China (1898-1905), de la mano de Cixí con otras damas de la Legación Americana



Una pintura de Cixí.



Cixí aprendió a escribir caracteres tan grandes como este (tamaño del panel 211 cm x 102 cm) de un solo trazo. Esto era considerado extraordinario, especialmente porque ella era anciana y tenía poca altura. Este caracter se pronuncia “shou”, que significa “longevidad”.



Caballo y la caligrafía del emperador Xianfeng cuando tenía dieciséis años.



Representación de un pintor de la corte con Cixí jugando Go con un eunuco.



Un retrato fotográfico Cixí enviado al presidente de EE.UU. Theodore Roosevelt en 1904, dándole las gracias por sus felicitaciones por su septuagésimo cumpleaños. Su rostro había sido borrado de la foto.



El emperador Xianfeng, retrato estándar de un monarca que le sucedió tras su muerte. Xianfeng murió en 1860 en un exilio autoimpuesto, en parte porque el Antiguo Palacio de Verano había sido incendiado por los ingleses.



Desde palacio, “Lootie”, un pequinés, fue llevado a Gran Bretaña y regalado a la reina Victoria, que lo mandó pintar.



El hijo de Cixí, que se convertiría en el emperador Tongzhi, jugando con su medio hermana.



El emperador Guangxu, que, tras la muerte de Tongzhi en 1875, fue puesto en el trono por Cixí cuando tenía tres años.



Zhen, emperatriz de Xianfeng, y amiga de toda la vida de Cixí.



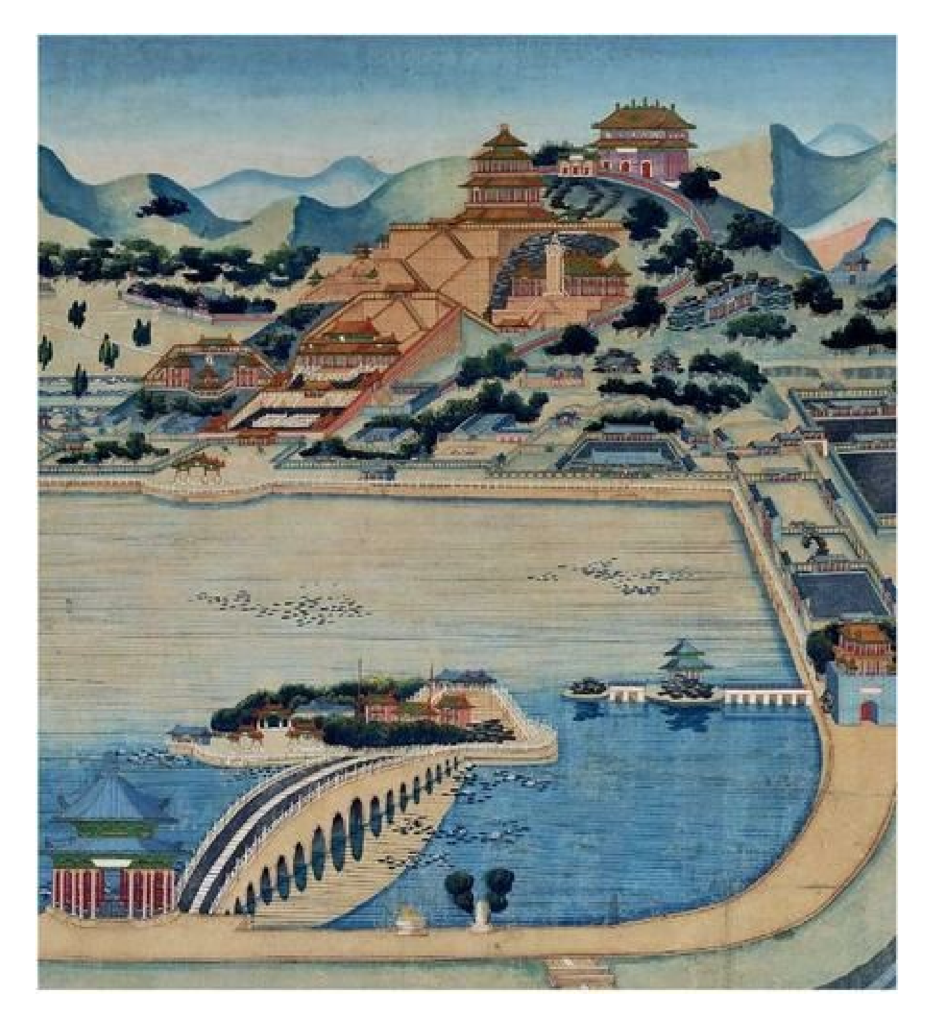
El harén, en la parte trasera de la Ciudad Prohibida. A Cixí le parecían "deprimentes" sus altos muros y cerrados callejones.



La parte frontal y principal de la Ciudad Prohibida, vasta y magnífica y vedada a las mujeres. Cixí nunca puso un pie en ella, incluso cuando ella era la gobernante suprema de China.



Como mujer, Cixí no debía ver a sus funcionarios, que eran todos hombres. Así, durante las audiencias, se sentaba detrás del trono y tras la mampara de seda amarilla. El emperador niño estaba a veces sentado en el trono en el frente.



El Palacio de Verano que Cixí amaba apasionadamente, por un pintor extranjero.



Retrato de Cixí de la pintora Americana Katherine Carl, para la Exposición de San Louis de 1904.



Katharine Carl, con un traje chino exclusivo —diseñado posiblemente— por Cixí.



En la nieve en el invierno 1903-4. Detrás, la asesora de Cixí, Louisa Pierson, mitad estadounidense y mitad china, cuyas dos hijas, Der Ling y Rongling, están a ambos lados de Cixí.



Louisa Pierson (sentada), su marido, Yu Keng (a la derecha, al fondo), el embajador de China en Francia, sus dos hijas e hijo Hsingling (a la izquierda, al fondo), en un restaurante de París acompañando al príncipe Zaizhen (sentado en el centro), que había acudido a la coronación del rey Eduardo VII en Londres en 1902.



Rongling, su hija, estudió baile en París y fue conocida como “la primera dama de la danza moderna” en China.



Hsingling vestido de Napoleon en un baile de disfraces dado por sus padres para celebrar el Año Nuevo Chino en 1901.



Una cortesana de alta clase con gran parecido a “Prettier than Golden Flower”, consorte del embajador de Cixí en Berlín a mediados de la década de 1880.



Como parte del programa de modernización de Cixí, en la década de 1870 grupos de jóvenes adolescentes fueron enviados a Estados Unidos para recibir una educación integral.



En 1889, el emperador Guangxu asumió la dirección del imperio después de que Cixí se retirara. En la fotografía, la concubina favorita de Guangxu, Pearl.



El Gran Tutor Weng, figura paterna de Guangxu.



Guangxu detestaba a su emperatriz, a quien Cixí (centro, con capa) había recogido. La emperatriz Longyu (segunda por la izquierda), quedó como una figura lastimosa en la corte. Al fondo a la izquierda: Cui, el eunuco; y detrás, a la derecha: Louisa Pierson.

ENEMIGOS DE CIXÍ



Sir Yinhuan, confidente del emperador Guangxu y posiblemente el principal agente de Tokio. Ayudó Kang Youwei a ganar influencia sobre Guangxu. Kang conspiró para matar a Cixí.



Kang Youwei.



Liang Qichao, principal discípulo de Kang.



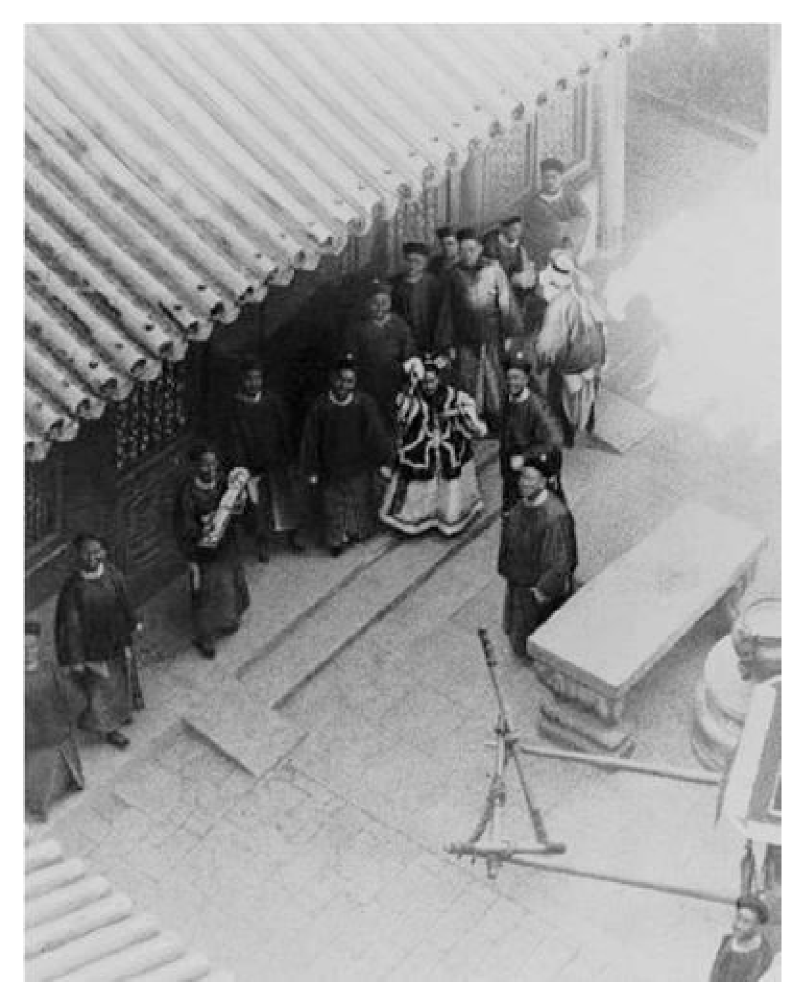
El exprimer ministro de Japón, Ito Hirobumi, representado en un billete de banco moderno, fue el arquitecto de la guerra de Japón contra China en 1894.



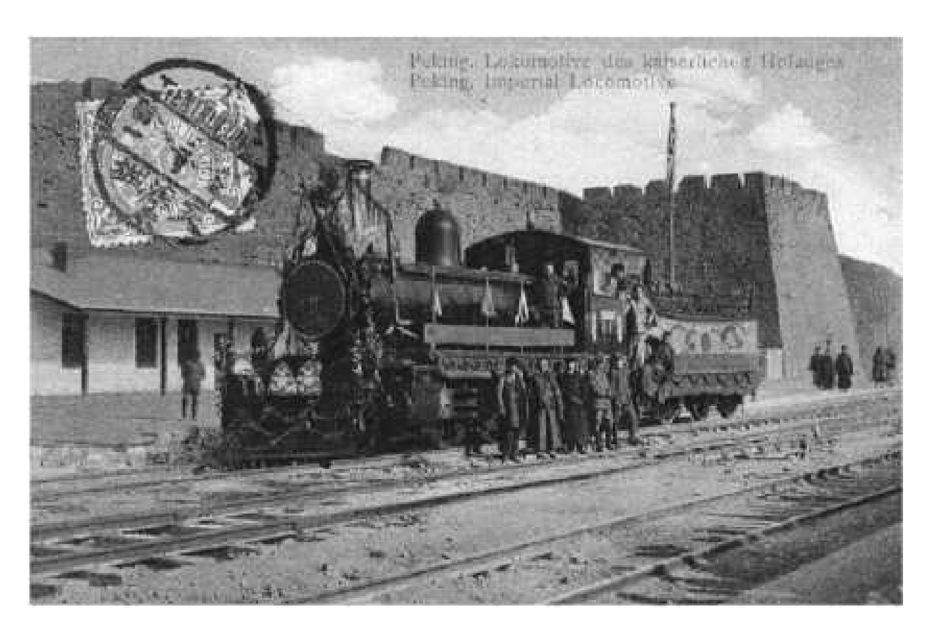
Los xenófobos boxers, que crearon caos en el norte en 1900. Potencias occidentales invadieron China y Cixí fue expulsada de Pekín.



Las fuerzas aliadas penetran en la Ciudad Prohibida.



Cixí regresó a Beijing a principios de 1902, viajando el último tramo en tren, con la locomotora imperial proporcionada por los aliados. Un extranjero en la muralla de la ciudad tomó una foto de ella, con un pañuelo en la mano, cuando se volvió para saludar.



La locomotora imperial.



Las niñas con pies vendados. Uno de los primeros decretos de Cixí tras su regreso a Beijing fue el de prohibir la costumbre de los pies vendados.



Convictos con cepos. Las reformas legales iniciadas por Cixí abolieron las formas medievales de castigo como este y la muerte por mil cortes.



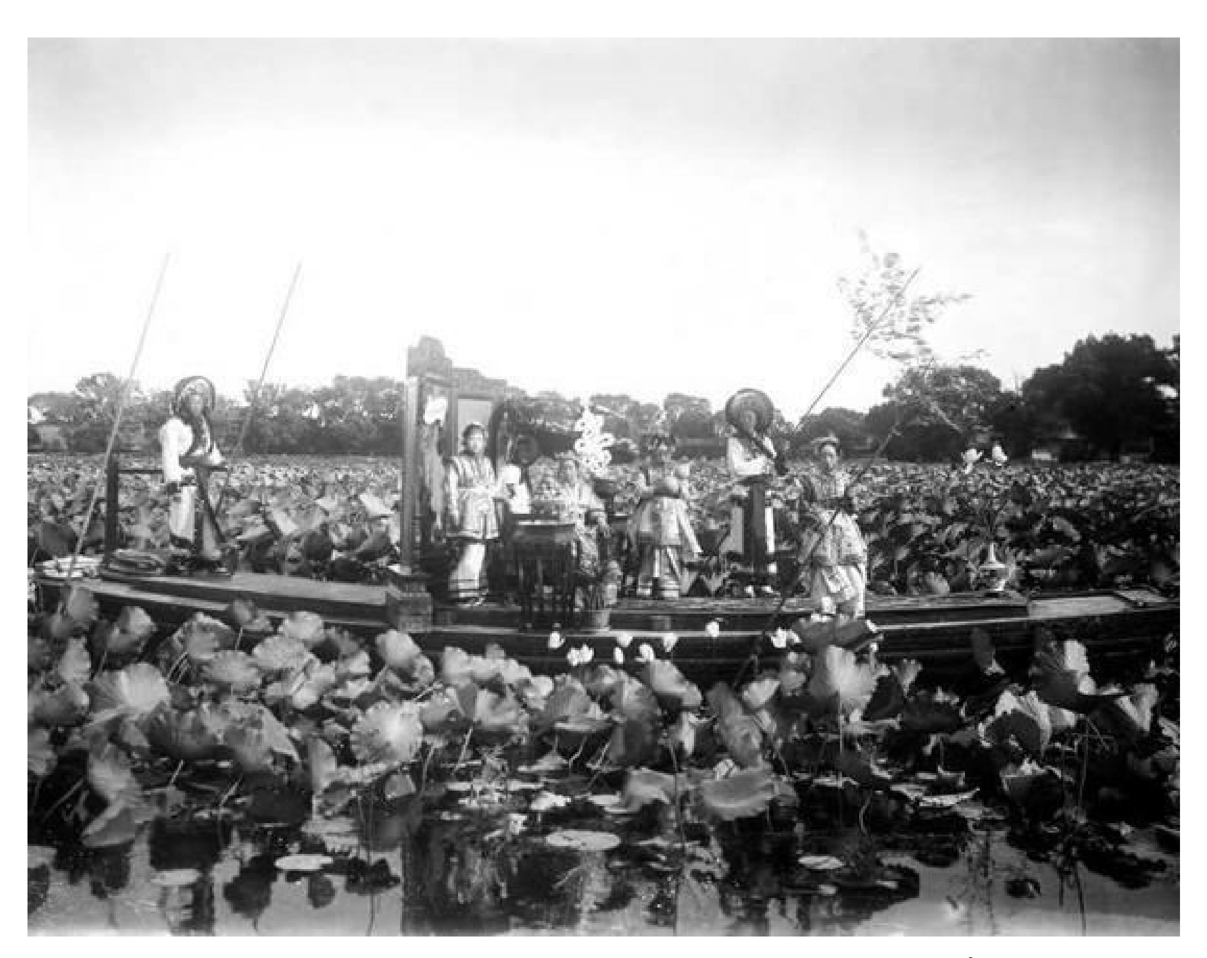
Poniéndose una flor en su peinado de estilo manchú. Cixí cuidaba mucho su apariencia. Ella diseñó la ropa y joyas y supervisó la fabricación de cosméticos, tales como rouge, perfume y jabón. En el fondo, las manzanas de su huerta elegidas por su sutil fragancia.



La única foto en la que Cixí está sonriendo. A ella realmente le gustaba reír, pero tuvo que eliminar sus sonrisas y asumir un aire serio cuando iba a trabajar —o estaba frente a una cámara.



En una barcaza en el lago del Palacio del Mar, en medio de las flores de loto. Con damas de la corte y los eunucos. Louisa Pierson al fondo y a la derecha; la quinta por la derecha la Concubina Imperial Jade, hermana de Pearl. Todos tenían que estar en pie en presencia de Cixí, la única que estaba sentada.



Vistiendo trajes de ópera. Cixí era una apasionada de la música, y ayudó crear la Ópera de Pekín, la ópera nacional de China.



Al frente del primer grupo de damas de la corte en la Legación Americana para la cena en el año 1902 fue la hija adoptiva de Cixí, la princesa imperial, que actuó como su representante. Sentada en el medio, con Sarah Conger a su lado.



El patio exterior del comedor de los Congers. En el verano, el tribunal al aire libre y todo el edificio estaban cubiertos por una “mosquitera” gigante, hecha de carrizos por hábiles eunucos. Sarah Conger escribió: “El aire es fresco, y los hermosos árboles, plantas en macetas, arbustos, muchas flores, y los huéspedes encantadores hacen que el día realmente feliz”.



Cixí entre cuatro jóvenes eunucos de buen aspecto, Lady Der Ling esperando a un lado. Los eunucos tenían la finalidad de reprimir los deseos sexuales en sus años más jóvenes. De hecho, ella se enamoró de un eunuco, An Dehai, cuando tenía unos treinta años. Fue decapitado en 1869, y ella sufrió una crisis nerviosa.



En su lecho de muerte en 1908, Cixí proclamó como su hijo a su sobrino-nieto de dos años de edad, Puyi (de pie), el siguiente emperador, y su padre, Zaifeng (sentado sosteniendo el hermano de Puyi), el Regente.



Sun Yat-sen (en el centro), conocido como el “Padre” de la Republica de China, había intentado en varias ocasiones derrocar a la dinastía manchú por medios militares.



El funeral de Cixí. Brooke Astor, filántropo estadounidense, era un niño en Beijing y observó con su familia desde la muralla de la ciudad la procesión: “Durante todo el día pasó por debajo de nosotros a través de la puerta. Había sacerdotes budistas y taoístas con túnicas blancas y los lamas budistas de amarillo con fajas rojas. Había un sinfín de bandas de eunucos vestidos de blanco, que lanzaban billetes al el aire (para el uso de la emperatriz en su camino al cielo)… Había veinticuatro camellos blancos, con las tiendas de brocado de color amarillo en la grupa… y toda una compañía de ponies blancos… había réplicas de cartón piedra de todos los palacios de la Emperatriz… Todo esto se acompañaba por los gritos de los dolientes, que se arrancaban el pelo y golpeaban el pecho con platillos”. El colosal palanquín estaba cubierto de brocado amarillo bordado con aves fénix. Cuando pasaba, todos los occidentales se levantaron y se quitaron el sombrero.



Los Mausoleos del Este de los monarcas Qing en las fueras de Beijing, donde Cixí fue sepultada con su marido y su hijo. En 1928, una unidad del ejército republicano rebelde violó su tumba para saquear las joyas con las que fue enterrada. Su cadáver fue dejado expuesto.

Créditos de las Ilustraciones

Fotografías núms:

1, 4, 14, 31, 39, 50, 51, 52, 53, 56, Freer Gallery of Art y Arthur M. Sackler Gallery Archives, Smithsonian Institution, Washington D. C., fotógrafo: Xunling;

2, 6, cortesía de Wellcome Library, Londres, fotógrafo: John Thomson;

3, © *The Siege at Peking* de Peter Fleming, Birlinn Ltd., Edimburgo, 2001;

5, de *Qingshi tudian (A Pictorial History of the Qing Dynasty*), ed. Zhu Chengru, vol. 11, Zijincheng chubanshe, Pekín, 2002;

7, 32, 33, 36, 41, 42, 47, 48, se han hecho todos los esfuerzos para localizar al propietario de los derechos;

8, de *Memoirs of Li Hung Chang*, editadas por William Francis Mannix, Houghton Mifflin Company, Boston, 1913;

9, 10, 15, 54, de *Court Life in China* de Isaac Taylor Headland, Fleming H. Revell Company, Nueva York, 1909;

11, cortesía de The Stephan Loewentheil Collection of Chinese Photography;

12, de *Events in the Taeping Rebellion*, de Charles Gordon, W. H. Allen, Londres, 1891;

13, de *Old China and Young America* de Sarah Pike Conger, F. G. Browne & Company, Chicago, 1913;

16, cortesía de Richard Nathanson Fine Art, Londres;

17, 18, 23, 57, proporcionadas por el Museo del Palacio, fotógrafo: Liu Zhigang;

19, cortesía de Blair House, The President's Guest House, Departamento de Estado, Estados Unidos;

20, 26, proporcionadas por el Museo del Palacio, fotógrafo: Feng Hui;

21, Royal Collection Trust/© Her Majesty Queen Elizabeth II 2013;

22, 24, proporcionadas por el Museo del Palacio, fotógrafo: Liu Mingjie;

25, 60, © Jung Chang;

27, proporcionadas por el Museo del Palacio, fotógrafo: Hu Chui;

28, © The Trustees of the British Museum;

29, Arthur M. Sackler Gallery, Smithsonian Institution, Washington D. C., regalo del

Gobierno Imperial Chino, S˝011.16.1-2a-ap;

30, de *With the Empress Dowager* de Katharine A. Carl, The Century Company, Nueva York, 1905;

34, cortesía de George Eastman House, International Museum of Photography and Film;

35, cortesía de Howard y Jane Ricketts;

37, proporcionada por el Museo del Palacio, fotógrafo desconocido;

38, fotógrafo desconocido;

40, de *American Democrat: The Recollections of Perry Belmont*, Columbia University Press, Nueva York, 1941;

43, cortesía de la Embajada de Japón, Londres;

44, Library of Congress/The Whiting View Company © 1901 The Whiting Bros;

45, Library of Congress/Underwood & Underwood, 1901;

46, cortesía de Marcelo Loeb, Buenos Aires;

49, detalle de página 49, China Travel Album 1883, Isabella Stewart Gardner Museum, Boston, Massachusetts;

55, de *Letters from China* de Sarah Pike Conger, A. C. McClurg & Company, Chicago, 1909;

58, © Topical Press Agency/Getty Images;

59, fotógrafo desconocido. Con la colaboración en la edición de Frances Nutt Design.

Archivos consultados

Archivos del Ministerio italiano de Asuntos Exteriores, Roma, Italia.
Archivos del Museo de Bellas Artes, Jewell Collection, Boston, Estados Unidos.
Archivos del Museo del Palacio Nacional, Taipei, Taiwán.
Archivos Nacionales, Londres, Reino Unido.
Biblioteca del Congreso, Washington D. C., Estados Unidos.
Bodleian Library, Chinese Collection, Oxford, Reino Unido.
Cambridge University Library, Departamento de Manuscritos y Archivos de la Universidad, Reino Unido.
Freer Gallery of Art and Arthur M. Sackler Gallery Archives, Washington D. C., Estados Unidos.
Isabella Stewart Gardner Museum Archives, Boston, Estados Unidos.
Ministerio francés de Asuntos Exteriores, Centre des Archives Diplomatiques de Nantes, Francia.
Primeros Archivos Históricos de China, Pekín, China.
Royal Archives, Windsor, Reino Unido.
Royal Collection, Royal Library and Print Room, Windsor, Reino Unido.
Wellcome Library, Iconographic Collections, Londres, Reino Unido.

Bibliografía

AISIN-GIORO, Puyí, *Wo de qianbansheng (La primera mitad de mi vida*), Pekín, Qunzhong chubanshe, 1964.

ANÓNIMO, «Rehe mizha» («Cartas secretas de Rehe»), *Jindaishi ziliao (Documentos de Historia Moderna*), núm. 36.

Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), *Qingdai dangan shiliao congbian (Colecciones de documentos del Archivo de la Dinastía Qing*), Pekín, Zhonghua shuju, 1979.

Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), *Qingmo choubei lixian dangan shiliao (Documentos del Archivo sobre los preparativos para establecer una monarquía constitucional*), Pekín, Zhonghua shuju, 1979b.

Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), *Yihetuan dangan shiliao (Documentos del Archivo sobre los bóxers*), Pekín, Zhonghua shuju, 1979a.

Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *Dierci Yapian Zhanzheng (La Segunda Guerra del Opio*), Shangái, Shanghai renmin chubanshe, 1978.

Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *Wuxu bianfa (Las reformas de 1898*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 2000.

Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *Xinhai Geming (La Revolución de 1911*), Shangái, Shanghai shudian chubanshe, 2000.

Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *Yangwu yundong (El movimiento para aprender de Occidente*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 2000.

Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *Yapian Zhanzheng (La Guerra del Opio*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 2000.

Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *Yihetuan (Los bóxer*), Shanghái, Shanghai renmin chubanshe, 1960.

Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *Zhongfa Zhanzheng (La Guerra Chino-Francesa*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 2000.

Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *Zhongri Zhanzheng (La Guerra Chino-Japonesa*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 2000.

ASTOR, Brooke, *Patchwork Child*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1963.

Banco Popular de China (ed.), *Zhongguo Gingdai Waizhaishi Ziliao (Documentos sobre las deudas externas de la dinastía china Qing*), Pekín, Zhongguo jinrong chubanshe, 1991.

BI, Yongnian, «Chengfu xinhuo» («Nuevos descubrimientos de Japón»), *Tang Zhijun*, Nankín, Jiangsu guji chubanshe (1990).

Biblioteca del Instituto de Historia Moderna, *Shi-bao*, Pekín, Academia China de Ciencias Sociales.

BINCHUN, «Chengcha biji, shi erzhong» («Los diarios de viaje y poemas de Binchun»), *Zhong Shuhe (ed.), Zouxiang shijie congshu (Diarios reunidos de los primeros enviados a Occidente*), Changsha, Yueli shushe, 1985.

BIRD, Isabella, *The Yangtze Valley and Beyond*, Londres, Virago Press, 1985.

BLAND, J. O. P. y E. BACKHOUSE, *China under the Empress Dowager*, Londres, William Heinemann, 1910.

BOREL, Henri, *The New China: A Traveller's Impressions*, Londres y Leipzig, T. Fisher Unwin, 1912.

BOULGER, Demetrius Charles, *The Life of Gordon*, vol. I, The Project Gutenberg e-book.

BROWN, Arthur Judson, *New Forces in Old China: An Inevitable Awakening*, disponible en: http://infomotions.com/etexts/gutenberg/dirs/etext99/ldchn10.htm, 1904.

BUCK, Pearl S., *Imperial Woman*, Nueva York y Londres, Moyer Bell, Mount Kisco, 1991.

CARL, Katharine A., *With the Empress Dowager of China*, Londres, Eveleigh Nash, 1906.

CHUNXUAN, Cen; Yun YUDING *et al.*, *Lezhai manbi; Chongling chuanxin lu; Wai erzhong (Las memorias de Cen Chunxuan y Yun Yuding; dos memorias adicionales*), Pekín, Zhonghua Shuju, 2007.

CHANG, Jung, *Wild Swans: Three Daughters of China (Cisnes salvajes: tres hijas de China*), Barcelona, Circe, 2003; Simon & Schuster, Nueva York y HarperCollins, Londres, 1991.

CHANG, Jung y Jon HALLIDAY, *Mao: the Unknown Story (Mao: la historia desconocida*), Londres y Nueva York, Random House, 2005; Madrid, Taurus, 2006.

CHEN, Kuilong, *Mengjiaoting zaji (Apuntes de Chen Kuilong*), Pekín, Shijie zhishi chubanshe, 2007.
CHEN, Pokong, «Bainian fansi: Sun zhongshan shi wenti renwu» («Reflexiones sobre los últimos cien años: Sun Yat-sen es un personaje problemático»), *Open Magazine*, Hong Kong, núm. 11 (2011).
CHEN, Pokong, «Toward the Republic: A Not-So-Distant Mirror», *China Rights Forum*, núm. 4 (2003).
CHENG, Jihua *et al*. (eds.), *Zhongguo dianying fazhanshi (Historia del cine chino*), Pekín, Zhongguo dianying chubanshe, 1981.
COCKBURN, Patrick, «A Prehistory of Extraordinary Rendition», *London Review of Books*, 13 de septiembre de 2012.
Comité de Restos Culturales de Shanghái (ed.), *Kang youwei yu baohuanghui (Kang Youwei and the Emperor Protection Association*), Shanghái, Shanghai renmin chubanshe, 1982.
CONGER, Sarah Pike, *Letters from China*, Londres, Hodder & Stoughton, 1909.
COOLEY JR., James C., *T. F. Wade in China, 1842–1882*, Leiden, Holanda, E. J. Brill, 1981.
Correo de la UNESCO (noviembre de 1985).
CRANMER-BYNG, J. L. (ed.), *An Embassy to China. Being the journal kept by Lord Macartney during his embassy to the Emperor Ch'ien-lung, 1793–1794*, Londres, Longmans, 1962.
CROSSLEY, Pamela Kyle, «The Late Qing Empire in Global History», *Education about Asia*, vol. 13, núm. 2 (2008).
Cuba Commission, *Chinese Emigration: Report of the Commission Sent by China to Ascertain the Condition of Chinese Coolies in Cuba*, Shanghái, Imperial Maritime Customs Press, 1876.
DAI, Hongci, «Chushi jiuguo riji» («Los diarios de Dai Hongci como enviado a nueve países»), *Zhong Shuhe* (ed.), *Zouxiang shijie congshu (Diarios reunidos de los primeros enviados a Occidente*), Changsha, Yueli shushe, 1986.
DAI, Yi, «Guangxu zhisi» («La muerte de Guangxu»), *Qingshi yanjiu (Estudios de historia Qing*), núm. 4 (2008).
DAN, Lydia, *The Unknown Photographer: Statement Written for the Smithsonian*, Washington D. C., Freer Gallery of Art and Arthur M. Sackler Gallery Archives, 1982.
DENBY, Charles, *China and Her People*, Boston, L. C. Page & Company, 1906.
DENG, Zhicheng, *Gudong suoji quanbian (Una colección de anécdotas históricas misceláneas*), Pekín, Beijing chubanshe, 1999.
DER, Ling, *Princess, Two Years in the Forbidden City*, Fairfield, Iowa, 1st World Library, 2004.
DER, Ling, *Tongnian huiyilu (Recuerdos de mi infancia*), Shanghái, Baixin shudian, 1948.
DING, Baozhen, *Ding Wenchenggong yiji (Escritos de Ding Baozhen*), Taipei, Luo Wenbin, Wenhai chubanshe, 1967-1968.
DING, Ruqin, *Qingdai neiting yanxi shihua (Historia de las representaciones de ópera en la corte Qing*), Pekín, Zijincheng chubanshe, 1999.
DONG, Shouyi, *Gongqinwang yixin dazhuan (Una biografía del príncipe Gong, Yixin*), Shenyang, Liaoning renmin chubanshe, 1989.
DU, Maizhi *et al.* (ed.), *Zilihui shiliaoji (Documentos históricos sobre la Asociación Zhili*), Changsha, Yueli shushe, 1983.
DU, Zhongjun, «Dezong qingmaiji» («Memorias del tratamiento del emperador Guangxu»), *Deng Zhicheng, Gudong suoji quanbian (Una colección de anécdotas históricas misceláneas*), Pekín, Beijing chubanshe (1999).
DUGDALE, E. T. S. (ed. & tr.), *German Diplomatic Documents, 1871–1914*, Nueva York, Harper & Brothers, 1930.
East Asia Common Culture Association (ed.), *Duihua huiyilu (Memorias de experiencias personales en China*), Pekín, Shangwu yinshuguan, 1959.
EDWARDS, E. H., *Fire and Sword in Shansi*, Edimburgo y Londres, Oliphant Anderson & Ferrier, 1907.
FAIRBANK, John King, Martha Henderson COOLIDGE y Richard J. SMITH, *H. B. Morse: Customs Commissioner and Historian of China*, Kentucky, University Press of Kentucky, 1995.
FANG, Hanqi *et al., Dagongbao bainianshi (Historia de Dagongbao en los últimos cien años*), Pekín, Zhongguo renmin daxue chubanshe, 2003.
FENG, Erkang, *Shenghuo zai qingchao de renmen (La gente que vivió en la dinastía Qing*), Pekín, Zhonghua Shuju, 2005.
FEUCHTWANG, Stephan, *Popular Religion in China: The Imperial Metaphor*, Surrey, Reino Unido,

Curzon Press, 2001.
FLEMING, Peter, *The Siege at Peking*, Londres, Rupert Hart-Davis, 1959.
Forbidden City Publishing (ed.), *Mingqing gongting quwen (Historias interesantes de las cortes Ming y Qing*), Pekín, Zijincheng chubanshe, 1995.
FRANZINI, Serge (ed.), «Le docteur Dethève appelé en consultation par l'empereur Guangxu», *Études chinoises*, vol. XIV, núm. 1 (1995).
FREEMAN-MITFORD, Algernon B., *The Attaché at Peking*, Elibron Classics, 2005.
FU, Guoyong, «Qiu jin beishahai zhihou» («Después de que asesinaran a Qiu Jin»), disponible en: www.artx.cn/artx/lishi/40096.html.
GAO, Shu, «Jinluan suoji» («Fragmentos de recuerdos en la corte Qing»), *Cen Chunxuan*.
GE, Bin, «Guangxudi zhupi shuping» («Sobre las instrucciones en tinta roja del emperador Guangxu»), *Primeros Archivos Históricos de China* (ed.), vol. 1 (2005).
GONG, Pixiang, «Qingmo fazhi gaige yu zhongguo fazhi xiandaihua» («Reformas legales en el último periodo Qing y la modernización del sistema legal chino»), *Jiangsu shehui kexue*, núm. 6 (1994).
GORDON, Henry William, *Events in the Life of Charles George Gordon*, Londres, Kegan Paul, Trench, 1886.
GRANT, James Hope, *Incidents in the China War of 1860*, Elibron Classics, 2005.
GU, Hongming, *Gu hongming de biji (Notas de Gu Hongming*), Taipei, Guomin chubanshe, 1954.
GUO, Songtao, *Lundun yu bali riji (Diarios de Londres y París*), Changsha, Yueli shushe, 1984.
GUO, Weiping, «Zhang yintang zhizang zhengce shibai yuanyin chutan» («Estudio de las causas del fracaso de la política de Zhang Yintang en Tíbet»), *Qinghai minzu xueyuan xuebao (Revista de la Universidad de Qinghai para las nacionalidades*), núm. 1 (1988).
HAKE, A. Egmont, *Events in the Taeping Rebellion, Being Reprints of MSS. Copied by General Gordon, C. B. in His Own Handwriting*, Londres, W. H. Allen & Co., 1891.
Hansard (informe textual y editado de las actas de la Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores), Londres.
HART, Robert, *Entering China's Service: Robert Hart's Journals, 1854–1863*, Cambridge (Mass.) y Londres, Katherine F. Bruner, John K. Fairbank & Richard J. Smith, Council on East Asian Studies, Harvard University, 1986.
—, *Robert Hart and China's Early Modernization: His Journals, 1863–1866*, Cambridge (Mass.) y Londres, Richard J. Smith, John K. Fairbank & Katherine F. Bruner, Council on East Asian Studies, Harvard University, 1991.
—, *The I.G. in Peking: Letters of Robert Hart, Chinese Maritime Customs, 1868–1907*, Cambridge (Mass.) y Londres, John King Fairbank, Katherine Frost Bruner & Elizabeth MacLeod Matheson, The Belknap Press of Harvard University, 1975.
HAYTER-MENZIES, Grant, *Imperial Masquerade*, Hong Kong, Hong Kong University Press, 2008.
HE, Gangde, *Chunming menglu (Apuntes de He Gangde*), Shanghái, impresión privada y fotocopia de Shanghai guji shidian, 1983.
HEADLAND, Isaac Taylor, *Court Life in China*, Nueva York, Fleming H. Revell Company, 1909.
HOGGE, David, «The Empress Dowager and the Camera: Photographing Cixi, 1903–1904», disponible en: http://ocw.mit.edu/ans7870/21F/21f.027/empress_dowager/cx_essay_03.pdf
HOU, Bin, «Nalashi, ronglu yu yihetuan yundong» («La mujer Nala, Junglu y el Movimiento bóxer»), *Yihetuan yanjiuhui huikan (Revista de la asociación para el estudio de los bóxer*), núm. 2 (1983).
HSÜ, Chi-she, *Yinghuan zhilue (Breve descripción del mundo*), impresión privada de 1848.
HU, Sijing, *Guowen beicheng (Apuntes de Hu Sijing*), Pekín, Zhonghua Shuju,2007.
HUANG, Hu, *Zhongguo xinwen shiye fazhanshi(Historia de la prensa en China*), Shanghái, Fudan daxue chubanshe, 2009.
HUANG, Xi, *Zhongguo jinxiandai dianli jishu fazhanshi (Historia de la tecnología de la energía eléctrica en la china moderna*), Jinan, Shandong jiaoyu chubanshe, 2006.
HUANG, Xing, «Wanqing dianqi zhaomingye fazhan jiqi gongye yicun gaishu» («Breve informe del desarrollo de la iluminación eléctrica y la industria en el último periodo Qing»), *Neimenggu shifan daxue xuebao (Revista de la Universidad Normal de Mongolia Interior*), vol. 38, núm. 3 (2009).
HUANG, Xingtao, «Qingmo minchu xinmingci xingainian de "xiandaixing" wenti» («La "modernidad" de las nuevas palabras y los nuevos conceptos en el último periodo Qing y primero republicano»),

Zhongguo jindaishi (Modern Chinese History), núm. 11 (2005).
HUANG, Zhangjian, *Wuxu bianfashi yanjiu (Estudio de la historia de las Reformas de 1898*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 2007.
HUBBARD, Clifford L. B., *Dogs in Britain*, Londres, Macmillan and Co., 1948.
HUNT, Michael H., «The American Remission of the Boxer Indemnity: A Reappraisal», *Journal of Asian Studies*, vol. 31, núm. 3 (1972).
HURD, Douglas, *The Arrow War*, Londres, Collins, 1967.
IGNATIEFF, Michael, *The Russian Album*, Londres, Chatto & Windus, 1987. [*El álbum ruso*, Madrid, Siglo XXI, 2008].
Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), *Qingshi biannian (Cronología de la Historia Qing*), Pekín, Zhongguo renmin daxue chubanshe, 2004.
JIA, Yinghua, *Modai taijian sun yaoting zhuan (Biografía del último eunuco, Sun Yaoting*), Pekín, Renmin wenxue chubanshe, 2004.
JIANG, Ming, *Longqi piaoyang de jiandui (La flota de la bandera del dragón*), Pekín, Sanlian shudian, 2008.
JIANG, Tao, «Wushinianlai de wangqing zhengzhishi yanjiu» («Estudios de la historia política del último periodo Qing durante los últimos 50 años»), *Modern Chinese History Studies*, núm. 5 (1999).
JIANG, Tao, *Zhongguo jindai renkou shi (Historia de la población en la China moderna*), Hangzhou, Zhejiang renmin chubanshe, 1993.
JIANG, Weitang *et al.*, *Weixin zhishi, aiguo baoren peng yizhong (Peng Yizhong, decidido reformista y periodista patriota*), Dalian, Dalian chubanshe, 1996.
JIN, Liang, *Guangxuan xiaoji (Apuntes de Jin Liang sobre los reinados del emperador Guangxu y el emperador Tongzhi*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 1998.
JIN, Liang, *Qinggong shilue (Breve historia de la corte Qing*), impresión privada de 1933.
JIN, Pushen, «Zhongri jiawu zhanzheng yu zhongguo waizhai» («La guerra chino-japonesa de 1894 y las deudas externas de China»), *Dongnan xueshu (Investigaciones Académicas del Sudeste*), núm. 1 (2000).
JIN, Yi, *Nüjie Zhong*, 1903, Nueva York, nueva edición de Bernadette Yu-ning, Outer Sky Press, 2003.
JIN, Yi y Shen YILING, *Gongnü tanwanglu (Memorias de una doncella de palacio*), Pekín, Zijincheng chubanshe, 1992.
JIN, Zhong (ed.), *Open Magazine*, Hong Kong.
«Junjichu suishou dengjidang» («Archivos de documentos que pasaron por el Gran Consejo»), *Primeros Archivos Históricos de China (ed.*).
KAMISAKA, Fuyuko, *Nanzhuang nüdie chuandao fangzi zhuan (Una biografía de Kawashima Yoshiko*), Pekín, Jiefangjun chubanshe, 1985.
KANG, Youwei, *Kangnanhai zibian nianpu (Cronología de Kang Youwei* editada por él mismo), Pekín, Zhonghua Shuju, 1992.
KECSKES, Lily, «Photographs of Tz'u-hsi in the Freer Gallery Archives», *Committee on East Asian Libraries Bulletin*, núm. 101, The Association for Asian Studies, Inc. (diciembre de 1993).
KESWICK, Maggie (ed.), *The Thistle and the Jade*, Londres, Francis Lincoln, 2008.
KONG, Xiangji (ed.), *Kang youwei bianfa zouzhang jikao (Colección completa de las peticiones de Kang Youwei sobre reformas*), Pekín, Beijing tushuguan chubanshe, 2008a.
—, *Qingren riji yanjiu (Estudio de diarios de la Dinastía Qing*), Guangzhou, Guangdong renmin chubanshe, 2008.
—, *Wanqing yiwen congkao (Estudio de anécdotas misceláneas del último periodo Qing*), Chengdu, Bashu shushe, 1998.
—, *Wanqingshi tanwei (Examen de algunos detalles de la historia del último periodo Qing*), Chengdu, Bashu shushe, 2001.
—, *Wuxu weixin yundong xintan (Nuevo estudio sobre las reformas de 1898*), Changsha, Hunan renmin chubanshe, 1988.
—, y Murata YUJIRO, *Cong dongying huangju dao zijincheng (Del palacio imperial japonés a la Ciudad Prohibida*), Guangzhou, Guangdong renmin chubanshe, 2011.
—, y Murata YUJIRO, *Hanweirenzhi de zhongri jiemeng ji qita (La historia poco conocida del intento de alianza chino-japonesa y otras*), Chengdu, Bashu shushe, 2004.

—, y Murata YUJIRO, «Yige riben shujiguan jiandaode kang youwei yu wuxu weixin» («Kang Youwei y las reformas de 1898 vistos por un secretario japonés»), *Guangdong shehui kexue (Ciencias sociales en Guangdong*), núm. 1 (2009).
—, y Murata YUJIRO, *Zhongdao xiong qiren yu 'wangfu wenxin mulu (Nakajima Yuu y su "Lista de correspondencia oficial*"), Pekín, Guojia tushuguan chubanshe, 2009a.
KWONG, Luke S. K., *T'an Ssu-t'ung, 1865–1898: Life and Thought of a Reformer*, Leiden, Holanda, E. J. Brill, 1996.
LEI, Chia-sheng, *Liwan kuanglan: wuxu zhengbian xintan (El vuelco: un nuevo estudio sobre el golpe de Estado de 1898*), Taipei, Wanjuanlou, 2004.
LI, Ciming, *Yuemantang guoshi riji (Los diarios políticos de Li Ciming*), Taipei, Wu Yuting, Wen Hai Press Company, 1977.
LI, Guoliang, «Qingdai bishushanzhuang yanxi suotan» («Fragmentos de información sobre las representaciones de ópera en el Pabellón de Caza»), *Gugong bowuyuan yuankan (Revista del Museo del Palacio*), Pekín, núm. 2 (1984).
LI, Guorong, *Qinggong dangan jiemi (Revelaciones de los Archivos de la corte Qing*), Pekín, Zhongguo qingnian chubanshe, 2004.
LI, Hongzhang, *Li hongzhang quanji (Obras completas de Li Hongzhang*), Hefei, Gu Tinglong, Dai Yi *et al.*, Anhui jiaoyu chubanshe, 2008.
LI, Wenzhi (ed.), *Zhongguo jindai nongyeshi ziliao (Documentos sobre la Historia de la agricultura moderna en China 1840–1911*), Pekín, Sanlian shudian, 1957.
LI, Xizhu, *Zhang zhidong yu qingmo xinzheng yanjiu (Estudio de Zhang Zhidong y el Nuevo Sistema en el último periodo Qing*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 2009.
LI, Yin, *Qingdai diling (Los Mausoleos de los emperadores Qing*), Pekín, Zhongguo xiju chubanshe, 2005.
LI, Yongsheng, «Wuxuhou kangliang mouci cixi taihou xinkao» («Nuevo estudio sobre los intentos de asesinato de la emperatriz viuda Cixí por parte de Kang y Liang despues de 1898»), disponible en: www.docin.com/p-335080067.html.
LI, Yunjun (ed.), *Wanqing jingji shishi biannian (Crónica de la economía del último periodo Qing*), Shanghái, Shanghai guji chubanshe, 2000.
LI, Zhiting, *Qing kangqian shengshi (Las grandes eras de Kangxi y Qianlong*), Nankín, Jiangsu jiaoyu chubanshe, 2005.
LIANG, Qichao, *Liang qichao nianpu changbian (Cronología detallada de Liang Qichao*), Shanghái, Ding Wenjiang y Zhao Fengtian, Shanghai renmin chubanshe, 2008.
—, *Wuxu zhengbian ji (El golpe de 1898*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1964.
LIN, Jing, *The Photographs of Cixi in the Collection of the Palace Museum*, Pekín, Forbidden City Publishing House, 2002.
LIN, Keguang *et al.*, *Jindai jinghua shiji (Lugares históricos e historias en Pekín*), Pekín, Zhongguo renmin daxue chubanshe, 1985.
LIU, Bannong *et al.*, *Sai jinhua benshi (La extraordinaria historia de Sai Jinhua*), Changsha, Yueli shushe, 1985.
LIU, Haiyan *et al.* (trs.) *Procès-verbaux des Séances du Gouvernement Provisoire de Tientsin*, Tianjín, Tianjin shehui kexue chubanshe, 2004.
LIU, Kunyi, *Liu Zhongchenggong yiji (Escritos de Liu Kunyi*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1959.
LIU, Ruoyan, «Fengyu bainian yonghe lun» («El barco de vapor de Yonghe Steamer en su centenario»), *Yiheyuan gengzhitu jingguan wenhua zhuankan (Revista sobre las escenas en el jardín de labranza y tejido del Palacio de Verano*), núm. 4.
LOVELL, Julia, *The Opium War*, Londres, Pan Macmillan, 2011.
LU, Chuanlin, «Lu chuanlin riji» («Los diarios de Lu Chuanlin»), *Wenwu chunqiu (Primavera y otoño en el patrimonio*), núm. 2 (1992) y 3 (1994).
LU, Di, *Men Shi Tan Shi (Colección de ensayos sobre Historia de China*), comunicación personal con Lu Di, a través de su correo electrónico: ludi666_45@hotmail.com.
MA, Zhongwen, «Shiren riji zhongde guangxu, cixi zhisi» («Las muertes de Guangxu y Cixí en los diarios de sus contemporáneos»), *Guangdong shehui kexue (Ciencias sociales en Guangdong*), núm. 5 (2006).
—, «Zhang yinhuan liufang xinjiang qianhou shiji kaoshu» («Estudio sobre el exilio de Chang Yinhuan en

Xinjiang»), *Xinjiang daxue xuebao (Revista de la Universidad de Xinjiang*), núm. 4 (1996).
—, «Zhang Yinhuan yu wuxu weixin» («Chang Yinhuan en las reformas de 1898»), Wang Xiaoqiu & Shang Xiaoming (eds), *Wuxu weixin yu qingmo xinzheng (Las reformas de 1898 y el nuevo sistema en el último periodo Qing*), Pekín, Beijing daxu chubanshe, 1998.
MACDONALD, Sir Claude *et al.*, *The Siege of the Peking Embassy, 1900*, Londres, The Stationery Office, 2000.
MAO, Haijian, *Cong jiawu dao wuxu: Kang youwei «woshi» jianzhu (De 1894 a 1898: Juicio crítico sobre la "Historia de mí" de Kang Youwei*), Pekín, Sanlian shudian, 2009.
—, *Kuming tianzi: xianfeng huangdi yizhu (El infortunado emperador Xianfeng, Yizhu*), Pekín, Sanlian shudian, 2006.
—, *Wuxu bianfa shishikao (Estudio detallado de los datos históricos de las reformas de 1898*), Pekín, Sanlian shudian, 2006.
—, «Wuxu zhengbian qianhou zhang zhidong yu jing jin hu de midian wanglai» («Los intercambios telegráficos secretos entre Zhang Zhidong y sus hombres en Pekín, Tianjín y Shanghái en la época del golpe en 1898»), *Zhonghua wenshi luncong (Revista de Literatura e Historia de China*), núm. 1 (2011).
—, «Zhang zhidong yu yangrui de guanxi» («La relación entre Zhang Zhidong y Yang Rui»), en *Zhonghua wenshi luncong (Revista de Literatura e Historia de China*), núm. 4 (2010).
MARTIN, W. A. P., *A Cycle of Cathay*, Edimburgo y Londres, Oliphant Anderson and Ferrier, 1896.
—, *The Awakening of China*, The Project Gutenberg e-book, producido por Robert J. Hall, 2005.
MAUGHAM, W. Somerset, *On a Chinese Screen*, Londres, Vintage, 2000. [*En un biombo chino: viaje por la cuenca del río Yangzi*, Barcelona, Península, 2003].
MI, Rucheng (ed.), *Zhongguo jindai tielushi ziliao (Documentos históricos sobre los comienzos de la construcción del ferrocarril en China*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1984.
MILLAR, Oliver, *The Victorian Pictures in the Collection of Her Majesty the Queen*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
MORSE, H. B., *The International Relations of the Chinese Empire*, primera edición en 1910; reedición en Taipei, Cheng Wen Publishing Company, 1971.
Museo del Palacio (ed.), *Qingguangxuchao zhongri jiaoshe shiliao (Documentos históricos sobre las relaciones chino-japonesas durante el reinado del emperador Guangxu*), Pekín, Beijing gugong bowuyuan, 1932.
Museo del Palacio (ed. y redactor principal Zhu Chengru), *Qingshi tudian (Historia en imágenes de la dinastía Qing*), Pekín, Zijincheng chubanshe, 2002.
Museo Qingdao, Primeros Archivos Históricos de China & Instituto de Ciencias Sociales de Qingdao (eds.), *Deguo qinzhan jiaozhouwan shiliao xuanbian (Documentos históricos escogidos sobre la ocupación alemana de Jiaozhouwan*), Jinan, Shandong renmin chubanshe, 1987.
NAQUIN, Susan, *Shantung Rebellion*, New Haven (Conn.), Yale University Press, 1981.
NATONG, *Natong riji (Los diarios de Natong*), Pekín, Archivos de Pekín, Xinhua chubanshe, 2006.
Oficina de Archivos del Estado, Archivos Ming y Qing (ed.), *Wuxu bianfa dangan shiliao (Documentos del Archivo sobre las reformas de 1898*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1958.
PACKARD, J. F., *Grant's Tour Around the World*, Cincinnati (Ohio), Forshee & McMakin, 1880.
PAN, Xiangmin, «Lun cunqinwang yixuan» («Sobre el príncipe Chun, Yixuan»), *Qingshi yanjiu (Estudios de historia Qing*), núm. 2 (2006).
Parkes Papers 28/10, Departamento de Manuscritos y Archivos de la Universidad, Cambridge, Cambridge University Library.
Primeros Archivos Históricos de China (ed.), *Gengzi shibian qinggong dangan huibian (Documentos del Archivo sobre el incidente de 1900*), Pekín, Zhongguo renmin daxue chubanshe, 2003.
—, *Guangxuchao shangyudang (Decretos imperiales del reinado del emperador Guangxu*), Guilin, Guangxi shifan daxue chubanshe, 1996.
—, *Guangxuchao zhupi zouze (Decretos imperiales escritos en tinta roja durante el reinado de Guangxu*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1995.
—, *Mingqing dangan yu lishi yanjiu —zhongguo diyi lishi danganguan liushi zhounian jinian lunwenji (Estudios sobre Historia y Archivos Ming y Qing. Ponencias en honor del 60 aniversario de los Primeros Archivos Históricos de China*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1988.

—, *Mingqing dangan yu lishi yanjiu lunwenji (Ensayos sobre los Archivos y Estudios de Historia Ming y Qing*), Pekín, Xinhua chubanshe, 2008.
—, *Mingqing dangan yu lishi yanjiu lunwenxuan (Selección de ponencias sobre los Archivos y Estudios de Historia Ming y Qing 1994.10-2004.10*), Pekín, Xinhua chubanshe, 2005.
—, *Xianfeng tongzhi liangchao shangyudang (Decretos imperiales de los reinados del emperador Xianfeng y el emperador Tongzhi*), Guilin, Guangxi shifan daxue chubanshe, 1998.
—, (editores principales: Qin Guojing y Zou Ailian), *Yubi zhaoling shuo qingshi (Documentos fundamentales del Archivo de historia Qing*), Jinan, Shandong jiaoyu chubanshe, 2001.
—, y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds), *Qingmo shisanshi dalai lama dangan shiliao xuanbian (Documentos escogidos del Archivo sobre el decimotercer Dalai Lama en el último periodo Qing*), Pekín, Zhongguo zangxue chubanshe, 2002.
—, y Departamento de Historia de la Universidad Normal de Fujian (eds), *Qingmo jiaoan (Casos relacionados con las misiones cristianas en el último periodo Qing*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1996.
PUJIA, Pujie *et al.*, *Wanqing gongting shenghuo jianwen (Testimonios presenciales del último periodo de la corte Qing*), Pekín, Wenshi ziliao chubanshe, 1982.
QI, Qizhang, *Jiawu zhanzhengshi (Historia de la guerra chino-japonesa de 1894*), Shanghái, Shanghai renmin chubanshe, 2005.
— (ed.), *Zhongri zhanzheng xubian (Continuación de Documentos del Archivo sobre la guerra chino-japonesa*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1989.
QIAO, Zhaohong, «Lun wanqing shangpin bolanhui yu zhongguo zaoqi xiandaihua» («Sobre las exposiciones en el último periodo Qing y la modernización de China»), *Journal of Humanities*, Shanghái (2005).
Qing Government (ed.), *Chouban yiwu shimo (Documentos relacionados con Asuntos Exteriores*), Pekín, Museo del Palacio, 1929-1930.
Qing shilu (Crónicas completas de Qing), Pekín, Zhonghua Shuju, 1987.
QU, Chunhai, *Qinggong dangan jiedu (Estudio de los Archivos de la corte Qing*), Pekín, Huawen chubanshe, 2007.
REYNOLDS, Douglas R., *China, 1898–1912: The Xinzheng Revolution and Japan*, Cambridge (Mass.) y Londres, Council on East Asian Studies, Harvard University, 1993.
RICHARD, Timothy, *Forty-five Years in China*, Nueva York, Frederick A. Stokes Company, 1916.
RIDLEY, Jasper, *Lord Palmerston*, Londres, Constable, 1970.
ROBBINS, Helen H., *Our First Ambassador to China*, Elibron Classics, 2005.
ROBERTS, Andrew, *Salisbury: Victorian Titan*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1999.
ROCKHILL, William Woodcille, *Diplomatic Audiences at the Court of China*, Londres, Luzac & Co., 1905.
ROHL, John, *Wilhelm II: Der Weg in den Abgrund 1900–1941*, Múnich, C. H. Beck Verlag, 2008.
RONGLING, «Qinggong suoji» («Fragmentos de recuerdos en la corte Qing»), *Wang Shuqing & Xu Che* (eds), *Cixi yu wo (Cixí y yo*), Shenyang, Liaoshen shushe (1994).
RONGLU (Junglu), *Ronglu cunzha (Las cartas de Junglu*), Jinan, Du Chunhe *et al.*, Qilu shushe, 1986.
RONGQING, *Rongqing riji (Los diarios de Rongqing*), Xian, Xibei daxue chubanshe, 1986.
ROOSEVELT LONGWORTH, Alice, *Crowded Hours*, Nueva York y Londres, Charles Scribner’s Sons, 1933.
SALVAGO RAGGI, Giuseppe, *Ambasciatore del Re: Memorie di un diplomatico dell’Italia liberale*, Florencia, Le Lettere, 2011.
SANG, Bing, *Gengzi qinwang yu wanqing zhengju (Las acciones para rescatar al emperador Guangxu en 1900 y la situación política del último periodo Qing*), Pekín, Beijing daxue chubanshe, 2004.
SATO, Tetsujiro, *Yige riben jizhe bixiade yuan shikai (Yuan Shikai descrito por un periodista japonés*), Tianjín, Kong Xiangji & Murata Yujiro, Tianjin guji chubanshe, 2005.
SCHRECKER, John, «For the Equality of Men – For the Equality of Nations: Anson Burlingame and China’s First Embassy to the United States, 1868», *Journal of American–East Asian Relations*, vol. 17 (2010).
SEAGRAVE, Sterling, *Dragon Lady*, Nueva York, Vintage Books, 1993.
Secretaría del Comité Permanente de la Asamblea Nacional Popular (ed.), *Zhongguo jindai bupingdeng tiaoyue huiyao (Colección de Tratados desiguales en los primeros tiempos de la China moderna*),

Pekín, Zhongguo minzhu fazhi chubanshe, 1996.
SHAN, Shiyuan, *Gugong zhaji (Apuntes sobre la Ciudad Prohibida*), Pekín, Zijincheng Chubanshe, 1990.
—, Shiyuan, *Wo zai gugong qishinian (Setenta años en la Ciudad Prohibida*), Pekín, Beijing shifan daxue chubanshe, 1997.
SHEN, Xuefeng, «Qingdai caizheng shouru guimo yu jiegou bianhua shulun» («Estudio de los cambios en el volumen y la composición de los ingresos Qing»), *Beijing shehui kexue (Ciencias sociales de Pekín*), núm. 1 (2002).
SHENG, Xuanhuai, *Sheng xuanhuai nianpu changbian (Cronología detallada de Sheng Xuanhuai*), Shanghái, Xia Dongyuan, Shanghai jiaotong daxue chubanshe, 2004.
SHIMURA, Toshiko, «Wuxu bianfa yu riben: jiawu zhanzheng houde baokan yulun» («Las reformas de 1898 y Japón: La prensa y la opinión pública tras la guerra chino-japonesa de 1894»), *Guowai zhongguo jindaishi yanjiu (Estudios modernos sobre China en el extranjero*), Pekín, vol. 7, Zhongguo shehui kexue chubanshe (1985).
SHORE, Henry Noel, *The Flight of Lapwing*, Londres, Longmans, Green & Co., 1881.
SHU, Xincheng (ed.), *Zhongguo xinjiaoyu gaikuang (Ensayos sobre educación moderna en China*), Shanghái, Zhonghua Shuju, 1928.
SIMPSON, William, *Meeting the Sun*, Londres, Longman, 1874.
SMITH, Arthur H., *China in Convulsion*, Nueva York, Fleming H. Revell Company, 1901.
Sociedad de Estudios Manchúes (ed.), *Qingdai diwang houfei zhuan (Breves biografías de los emperadores Qing y sus consortes*), Pekín, Zhongguo huaqiao chuban gongsi, 1989.
SONG, Yanli, «Qingmo xinzheng shiqi de zhongying yapian jiaoshe» («La negociación entre China y Gran Bretaña sobre el opio en el periodo de la nueva política a finales de la Dinastía Qing»), *Tangdu xuekan (Revista Tangdu*), núm. 4 (2003).
SPENCE, Jonathan D., *The Search for Modern China*, Nueva York y Londres, W. W. Norton & Co., 1990. [*En busca de la China moderna*, Barcelona, Tusquets, 2011].
SUN, Ruiqin (tr.), *Deguo waijiao wenjian youguan zhongguo jiaoshe shiliao xuanyi (Traducciones de documentos diplomáticos alemanes escogidos sobre los tratos con China*), Pekín, Shangwu yinshuguan, 1960.
SUN, Xiaoen y Ding QI, *Guangxu zhuan (Una biografía de Guangxu*), Pekín, Renmin chubanshe, 1997.
SUN, Yat-sen, *Sun zhongsan nianpu changbian (Cronología detallada de Sun Yat-sen*), Pekín, Chen Xiqi, Zhonghua Shuju, 1991.
SUN, Yutang (ed.), *Zhongguo jindai gongyeshi ziliao (Documentos sobre la Historia de las industrias modernas en China*), Pekín, Kexue chubanshe, 1957.
SWINHOE, Robert, *Narrative of North China Campaign of 1860*, Elibron Classics, 2005.
TALO (Draklo), «Qingmo minzu guojia jianshe yu zhang yintang xizang xinzheng» («La construcción nacional y el nuevo sistema de Zhang Yintang en Tíbet»), *Minzu yanjiu (Estudios etno-nacionales*), núm. 3 (2011).
TANG, Jiaxuan (ed.), *Zhongguo waijiao cidian (Diccionario de la diplomacia china*), Pekín, Shijie zhishi chubanshe, 2000.
TANG, Yinian, *Qinggong taijian (Los eunucos de la corte Qing*), Shenyang, Liaoning daxue chubanshe, 1993.
TANG, Zhijun, *Chengfu xinhuo (Nuevos descubrimientos de Japón*), Nankín, Jiangsu guji chubanshe, 1990.
TANG, Zhijun, *Kang youwei zhuan (Una biografía de Kang Youwei*), Taipei, Taiwan shangwu yinshuguan, 1997.
THOMSON, John, *Through China with a Camera*, Londres, A. Constable & Co., 1898.
TONG, Yue y Lü JIHONG, *Qinggong huangzi (Los príncipes de la corte Qing*), Shenyang, Liaoning daxue chubanshe, 1993.
TŌTEN, Miyazaki, *Sanshisan nian zhimeng (Mis sueños de 33 años*), Taipei, Shuiniu chubanshe, 1989.
TOWNLEY, Lady Susan, *The Indiscretions of Lady Susan*, Nueva York, D. Appleton and Co., 1922.
TREVOR-ROPER, Hugh, *Hermit of Peking*, Londres, Macmillan, 1976.
TSEWANG, Dorje, «Lun qingmo chuanjun ruzang he shisanshi dalai lama waitao» («Estudio de la entrada del ejército de Sichuan en Tíbet a finales de la dinastía Qing y huida del decimotercer Dalai Lama al extranjero»), *Zangzushi lunwenji (Ensayos sobre la historia de los tibetanos*), Chengdu, Sichuan minzu

chubanshe (1988).
Tsinghua University History Department (ed.), *Wuxu bianfa wenxian ziliao xiri (Cronología documental de las reformas de 1898*), Shanghái, Shanghai shudian chubanshe, 1998.
VARÈ, Daniele, *The Last of the Empresses*, Londres, John Murray, 1936.
VON WALDERSEE, Count Alfred, *A Field Marshal's Memoirs: From the Diary, Correspondence and Reminiscences of Alfred, Count Von Waldersee*, Londres, Hutchinson & Co., 1924.
WALEY, Arthur, *The Opium War Through Chinese Eyes*, Londres, Routledge, 1958.
WANG, Daocheng, «Pekín zhengbian yuzhi tanxi» («Estudio de los decretos en el golpe de Pekín»), *Shoudu bowuguan congkan (Revista del Museo de la capital*), núm. 18 (2004).
—, «Cixi de jiazu, jiating he rugong zhichu de shenfen» («El clan, la familia y el estatus de Cixí en el momento de su llegada a la corte»), *Qingshi yanjiu ji (Colecciones de estudios sobre historia Qing*), Chengdu, vol. 3, Sichuan renmin chubanshe (1984).
— (ed.), *Yuanmingyuan chongjian dazhengbian (El gran debate sobre la reconstrucción de Yuanmingyuan*), Hangzhou, Zhejiang guji chubanshe, 2007.
—, «Zhongri jiawu zhanzheng yu cixi taihou» («La guerra chino-japonesa de 1894 y la emperatriz viuda Cixí»), *Qingshi yanjiu (Estudios de historia Qing*), núm. 4 (1994).
WANG, Junyi, *Qingdai xueshu tanyan lu (Estudio exploratorio de las ideas académicas Qing*), Pekín, Shehui kexue chubanshe, 2002.
WANG, Lixiong, *Tianzang (Entierro celestial*), Taipei, Dakuai Publishing, 2009.
WANG, Shuqing, «Qingdai gongzhong shanshi» («La comida en la corte Qing»), *Gugong bowuyuan* yuankan (*Revista del Museo del Palacio*), núm. 3 (1983).
WANG, Shuqing, «Qingdai houfei zhidu zhongde jige wenti» («Algunas cuestiones sobre el sistema Qing de concubinas imperiales»), *Gugong bowuyuan yuankan (Revista del Museo del Palacio*), núm. 1 (1980).
—, y Xu CHE (eds), *Cixi yu wo (Cixí y yo*), Shenyang, Liaoshen shushe, 1994.
WANG, Wenshao, *Wang Wenshao riji (Los diarios de Wang Wenshao*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1989.
WANG, Xiagang, *Wuxu junji sizhangjing hepu (Cronología combinada de los cuatro secretarios del Gran Consejo en 1898*), Pekín, Zhongguo shehui kexue chubanshe, 2009.
WANG, Xiaoqiu, *Jindai zhongguo yu riben (China y Japón en los tiempos modernos*), Pekín, Kunlun chubanshe, 2005.
—, y Shang XIAOMING (eds), *Wuxu weixin yu qingmo xinzheng*, Pekín, Beijing daxu chubanshe, 1998.
—, Yang JIGUO, *Wanqing zhongguoren zouxiang shijie de yici shengju (Un espléndido paso hacia el mundo en la China del último periodo Qing*), Dalian, Liaoning shifan daxue chubanshe, 2004.
WANG, Yanwei (ed.), *Qingji waijiao shiliao (Documentos históricos sobre las Relaciones internacionales de la dinastía Qing*), Pekín, Shumu wenxian chubanshe, 1987.
WANG, Yunsheng, *Liushinianlai zhongguo yu riben (China y Japón en los últimos 60 años*), Pekín, Sanlian shudian, 1979.
WANG, Zhao, «Fangjiayuan zayong jishi» («Apuntes de Wang Zhao»), en Cen Chunxuan, Yun Yuding *et al., Lezhai manbi; Chongling chuanxin lu; Wai erzhong (Memorias de Cen Chunxuan y Yun Yuding; Dos Memorias adicionales*), Pekín, Zhonghua Shuju (2007).
WARNER, Marina, *The Dragon Empress*, Londres, History Books Club, 1972.
WEALE, B. L. Putnam, *Indiscreet Letters from Peking*, Nueva York, Dodd, Mead and Co., 1907.
WENG, Tonghe, *Weng tonghe ji (Colección de obras de Weng Tonghe*), Pekín, Xie Junmei, Zhonghua Shuju, 2005.
—, *Weng tonghe riji (Diarios de Weng Tonghe*), Pekín, Chen Wenjie, Zhonghua Shuju, 2006.
WESTAD, Odd Arne, *Restless Empire: China and the World Since 1750*, Nueva York, Basic Books, 2012.
WITTE, *The Memoirs of Count Witte*, Nueva York y Toronto, Doubleday, Page & Co., Garden City, 1921.
WOLSELEY, Garnet Joseph, *Narrative of the War with China in 1860*, Elibron Classics, 2005.
WOQIU, Zhongzi, *Cixi chuanxinlu (Una colección de historias sobre Cixí*), Shanghái, Chongwen Shuju, 1918.
WU, Rulun, *Tongcheng wuxiansheng riji (Los diarios del señor Wu de Tongcheng*), Shijiazhuang, Song Kaiyu, Hebei jiaoyu chubanshe, 1999.
WU, Tingfang, *America: Through the Spectacles of an Oriental Diplomat*, Tianjín, Nankai daxue chubanshe, 2009.

WU, (Woo) Yong, *Gengzi xishou congtan (Recuerdos del viaje al oeste de 1900*), Changsha, Yueli shushe, 1985.
WU, Xiangxiang, *Wanqing gongting shiji (Crónica de la corte Qing*), vol. 1, Taipei, Zhengzhong Shuju, 1952.
XIA, Xiaohong, *Wanqing nüxing yu jindai zhongguo (Las mujeres en el último periodo Qing y los principios de la China moderna*), Pekín, Beijing daxue chubanshe, 2004.
XIANG, Lanxin, *The Origins of the Boxer War*, Londres, RoutledgeCurzon, 2003.
XIANG, Si, *Xiang si tan cixi (Xiang Si habla sobre Cixí*), Pekín, Zhongguo gongren chubanshe, 2010.
XIN, Haonian, «Qingmo de dalunzhan yu lishi de zhongyao qishi» («Grandes debates en el último periodo Qing e importantes revelaciones de la historia»), disponible en: http://jds.cass.cn/Item/6032.aspx.
XIN, Xiuming, *Laotaijian de huiyi (Memorias de un viejo eunuco*), Pekín, Beijing yanshan chubanshe, 1987.
XU, Baoheng, *Xu baoheng riji (Los diarios de Xu Baoheng*), Pekín, Zhonghua Shuju, 2010.
XU, Che, *Yige zhenshide cixi taihou (Una auténtica emperatriz viuda Cixí*), Pekín, Tuanjie chubanshe, 2007.
XU, Zaiping y Xu RUIFANG, *Qingmo sishinian shenbao shiliao (Documentos históricos sobre Shen Bao durante sus 40 años en el último periodo Qing*), Pekín, Xinhua chubanshe, 1988.
XUE, Baotian, *Beixing riji (Diarios de un viaje al norte*), Zhengzhou, Henan renmin chubanshe, 1985.
XUE, Fucheng, *Xue Fucheng riji (Diarios de Xue Fucheng*), Changchun, Cai Shaoqing & Jiang Shirong, Jilin wenshi chubanshe, 2004.
—, *Yongan biji (Apuntes de Xue Fucheng*), Nankín, Jiangsu renmin chubanshe, 1983.
—, *Yongan xubian (Más apuntes de Xue Fucheng*), impresión privada, 1897.
YANG Naiji, «Xiyuan tielu yu guangxu chunian de xiulu dalunzhan» («El ferrocarril en el Palacio del Mar y los debates sobre si construir o no ferrocarriles durante los primeros años del reinado de Guangxu»), *Gugong bowuyuan yuankan (Revista del Museo del Palacio*), núm. 4 (1982).
YANG, Tianshi, «Gemingpai yu gailiangpai de liangci wuli changshi» («Los dos intentos armados de los revolucionarios y los reformistas»), *Wenshi caikao (Referencia histórica*), núm. 5 (2011).
—, *Wanqing shishi (Historias misceláneas y verdaderas del último periodo Qing*), Pekín, Zhongguo renmin daxue chubanshe, 2007.
YE, Xiaoqing, «Guangxu huangdi zuihou de yuedu shumu» («Los Libros que el emperador Guangxu leyó en el último periodo de su vida»), en *Lishi yanjiu (Investigaciones históricas*), núm. 2 (2007).
YE, Zhiru y Tang YINIAN, «Guangxuchao de sanhai gongcheng yu beiyang haijun» («La renovación del Palacio del Mar y la armada Qing»), *Primeros Archivos Históricos de China* (ed.), (1988) pp. 1015–33.
YEHENALA, Genzheng y Hao XIAOHUI, *Wosuo zhidaode cixi taihou (La emperatriz viuda Cixí que yo conozco*), Pekín, Zhongguo shudian, 2007.
—, *Wosuo zhidaode modai huanghou longyu (La última emperatriz Longyu que yo conozco*), Pekín, Zhongguo shudian, 2008.
YOUTAI, *Youtai riji (Los diarios de Youtai*), manuscrito en la Biblioteca de Pekín.
YU, Bingkun *et al.*, *Xitaihou (La emperatriz viuda del Palacio Occidental*), Pekín, Zijincheng chubanshe, 1985.
YU, Zuomin, «Congxin renshi wanqing jidu jiaomin» («Un reanálisis de los cristianos chinos en el último periodo Qing»), *Journal of Yantai University*, núm. 3 (2005).
YUAN, Shikai, «Wuxu riji» («Mis diarios de 1898»), *Asociación de Historiadores Chinos (ed.), The Reforms of 1898*, vol. 1 (2000), pp. 549–55.
YUAN, Shuyi, *Li hongzhang zhuan (Una biografía de Li Hongzhang*), Pekín, Renmin chubanshe, 2004.
YUAN, Weishi, «Ershishiji zhongguo shehui biange de kegui kaiduan» («Un valioso comienzo de los cambios en la sociedad china del siglo XX»), disponible en: www.cuhk.edu.hk/ics/21c/issue/articles/063_001112.pdf.
YUAN, Xieming, «An dehai shengping shiji kaoyi» («Estudio crítico de la vida y muerte de An Dehai»), *Shilin (Revista Histórica*), Instituto de Historia, Academia de Ciencias Sociales de Shanghái, núm. 6 (2006).
YUN, Yuding, *Yun yuding chengzhai riji (Los diarios de Yun Yuding*), Hangzhou, Zhejiang guji chubanshe, 2004.
YUN, Yuding *et al.*, *Lezhai manbi; Chongling chuanxin lu; Wai erzhong (Memorias de Cen Chunxuan y*

Yun Yuding; Dos memorias adicionales), Pekín, Zhonghua Shuju, 2007.
YUNG, Wing, *My Life in China and America*, Nueva York, Henry Holt & Co., 1909.
ZAIZE, «Kaocha zhengzhi riji» («Los diarios de la gira para estudiar sistemas políticos»), en Zhong Shuhe (ed.), *Zouxiang shijie congshu (Diarios reunidos de los primeros enviados a Occidente*), Changsha, Yueli shushe (1986).
ZAO, Yang, «Qingdai gongting xiqu huodong zongshu» («Sobre las representaciones de ópera en la corte Qing»), disponible en: www.mam.gov.mo/showcontent2.asp?item_id=20081213010301&lc=1.
ZENG, Guofan, *Zeng guofan riji (Los diarios de Zeng Guofan*), Pekín, Zongjiao wenhua chubanshe, 1999.
ZENG, Jize, *Zeng jize yiji (Colección de los escritos de Zeng Jize*), Changsha, Yu Yueheng, Yueli shushe, 1983.
ZHANG, (Chang) Yinhuan, *Zhang yinhuan riji (Los diarios de Zhang Yinhuan*), Shanghái, Ren Qing & Ma Zhongwen, Shanghai shudian chubanshe, 2004.
ZHANG, Dechang, *Qingji yige jingguan de shenghuo (La vida cotidiana de un funcionario Qing en Pekín*), Hong Kong, Xianggang zhongwen daxue, 1970.
ZHANG, Deyi, «Hanghai shuqi» («Diarios de viaje de Zhang Deyi»), en Zhong Shuhe (ed.), *Zouxiang shijie congshu (Diarios reunidos de los primeros enviados a Occidente*), Changsha, Yueli shushe, 1985.
ZHANG, Hailin, *Duanfang yu qingmo xinzheng (Duanfang y el nuevo sistema en el último periodo Qing*), Nankín, Nanjing daxue chubanshe, 2007.
ZHANG, Kaiyuan, *Xinhai geming yu jindai shehui (La revolución de 1911 y los principios de la sociedad moderna*), Tianjín, Tianjin renmin chubanshe, 1985.
ZHANG, Rongchu (tr.), *Hongdang zazhi youguan zhongguo jiaoshe shiliao xuanyi (Traducciones de documentos históricos escogidos sobre los tratos con China de la revista El expediente Rojo*), Pekín, Sanlian shudian, 1957.
ZHANG, Shesheng, *Jueban li hongzhang (Imágenes infrecuentes de Li Hongzhang*), Shanghái, Wenhui chubanshe, 2008.
ZHANG, Shiyun, «Tongzhi dahun liyi» («Crónicas de la Gran Boda de Tongzhi»), *Gugong bowuyuan yuankan (Revista del Museo del Palacio*), núm. 1 (1992).
ZHANG, Xia *et al.*, *Qingmo haijun shiliao (Documentos del Archivo sobre la armada en el último periodo Qing*), Pekín, Haiyang chubanshe, 2001.
ZHANG, Xiaohui y Yuan SU, *Tang shaoyi zhuan (Una biografía de Tang Shaoyi*), Zhuhai, Zhuhai chubanshe, 2004.
ZHANG, Zhenkun, *Zhongfa zhanzheng xubian (Continuación de Documentos del archivo sobre la guerra chino-francesa*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1996.
ZHANG, Zhidong, *Zhang zhidong quanji (Obras completas de Zhang Zhidong*), Shijiazhuang, Hebei renmin chubanshe, 1998.
ZHANG, Zhiyong, «Qingmo xinzheng shiqi de zhongying jinyan jiaoshe» («La negociación entre China y Gran Bretaña sobre la prohibición del opio en el periodo de la nueva política a finales de la Dinastía Qing»), disponible en: www.qinghistory.cn/qsyj/ztyj/zwgx/2007-05-14/25650.shtml.
ZHAO, Erxun et al., *Qingshi gao (Esbozo de historia de la Dinastía Qing*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1976.
ZHAO, Guangjun, «Qingmo baokan dui shijie funü yundong de baodao jiqi dui zhongguo funü yundong de qimeng zuoyong» («Los informes sobre los movimientos feministas mundiales en la prensa del último periodo Qing y su influencia aleccionadora en el movimiento feminista chino»), *Funü yanjiu luncong (Ensayos de estudios sobre la mujer*), núm. 3 (2006).
Zhejiang, Asociación de Estudios sobre la revolución de 1911 & Biblioteca Provincial de Zhejiang (eds), *Xinhai geming zhejiang shiliao xuanji (Documentos históricos escogidos sobre la revolución de 1911 en Zhejiang*), Hangzhou, Zhejiang renmin chubanshe, 1982.
Zhejiang, Academia de Ciencias Sociales & Biblioteca Provincial de Zhejiang (eds), *Xinhai geming zhejiang shiliao xuji (Continuación de Documentos históricos escogidos sobre la revolución de 1911 en Zhejiang*), Hangzhou, Zhejiang renmin chubanshe, 1987.
ZHENG, Xiaoxu, *Zheng xiaoxu riji (Los diarios de Zheng Xiaoxu*), Pekín, Zhongguo guojia bowuguan (Museo Nacional de China), Zhonghua Shuju, 2005.
ZHIGANG, «Chushi taixi ji» («Diarios de viaje de Zhigang como enviado a Occidente»), en Zhong Shuhe (ed.), *Zouxiang shijie congshu (Diarios reunidos de los primeros enviados a Occidente*), Changsha,

Yueli shushe, 1985.
ZHONG, Shuhe (ed.), *Zouxiang shijie congshu (Diarios reunidos de los primeros enviados a Occidente*), Changsha, Yueli shushe, 1984-1986.
ZHU, Jiajin, «Deling rongling suozhushu zhong de shishi cuowu» («Errores objetivos en los libros de Der Ling y Rongling»), *Gugong bowuyuan yuankan (Revista del Museo del Palacio*), núm. 4 (1982).
ZHU, Jinfu y Wenquan ZHOU, «Cong qinggong yian lun guangxudi zaitian zhisi» («Sobre la muerte del emperador Guangxu a la luz de los Archivos médicos de la corte Qing»), *Gugong Bowuyuan yuankan (Revista del Museo del Palacio*), núm. 3 (1982).
ZHU, Jinfu y Wenquan ZHOU, «Lun cixi taihou nalashi zhisi» («Sobre la muerte de la emperatriz viuda Cixí»), *Gugong Bowuyuan yuankan (Revista del Museo del Palacio*), núm. 1 (1985).
ZHU, Shoupeng (ed.), *Guangxuchao donghualu (Cronología detallada del reinado de Guangxu*), Pekín, Zhonghua Shuju, 1984.
ZHU, Yong, «Qingmo xinzheng: yichang zhenzhengde falü geming» («El nuevo sistema en el último periodo Qing: Una auténtica revolución legal»), *Jining shizhuan xuebao (Revista de la Escuela de Magisterio de Jining*) (abril de 2002).
ZUO, Buqing, «Qianlong zhenya wanglun qiyi houde fangmin jucuo» («Medidas adoptadas por Qianlong contra la población tras la represión de la revuelta de Wang Lun»), *Gugong bowuyuan yuankan (Revista del Museo del Palacio*), núm. 2 (1983).

Agradecimientos

Estoy en deuda con los numerosos historiadores y especialistas en China que me han ofrecido su ayuda generosa e inestimable en mis investigaciones sobre la emperatriz viuda Cixí: el profesor Wang Daocheng, la profesora Wang Junyi, el profesor Dai Yi, el profesor Kong Xiangji, el profesor Mao Haijian, el profesor Jiang Tao, Ma Zhongwen, el profesor Yang Tianshi, Xiang Si, el profesor Huang Xingtao, el profesor Zhu Chengru, el profesor Wang Rufeng, el profesor Li Zhiting, el profesor Huang Aiping, el profesor Xu Che, el profesor Guan Jialu, el profesor Yang Dongliang, el profesor Pan Xiangming, Qiu Zhihong, Wang Lixiong y Yehenala Genzheng.

Me gustaría dar las gracias a Su Majestad la reina por su permiso para citar material de los Royal Archives de Windsor. En el manejo de este tesoro de información conté con el asesoramiento de Sheila De Bellaigue y la profesionalidad de Pamela Clark, archivista jefe, y sus colegas. Kate Heard y sus colegas de la Real Biblioteca y la Sala de Estampas fueron muy serviciales y se lo agradezco profundamente; lamento no poder nombrarlos a todos aquí, pero quiero subrayar que gracias a ellos mi investigación no solo ha sido fructífera sino agradable. En particular, trabajar con David Hogge, jefe de archivos en la Freer Gallery of Art y la Arthur M. Sackler Gallery de Washington D. C., fue un placer.

Agradezco al profesor John Röhl que respondiera a mis preguntas relacionadas con Alemania; al profesor Guido Franzinetti por su ayuda con la documentación italiana; y al doctor Ngo Minh Hoang por la investigación en los archivos franceses.

El príncipe Nicholas Romanov y James Reeve me animaron por separado a escribir este libro. Las siguientes personas me hicieron amables sugerencias, me enviaron material, me facilitaron la investigación y me abrieron sus colecciones de libros: el profesor John Adamson, Bao Pu, el profesor Chen Peng Jen, Chen Pokong, Patrick Cockburn, la duquesa viuda de Devonshire (de soltera, honorable Deborah Freeman-Mitford), Edmund Fawcett, el profesor Roy Foster, David Halliday, Charles W. Hayford, el profesor Michael Ignatieff, Kazuo Ishiguro, Jia Yinghua, Jin Zhong, Fang-Ling Jong, sir Henry y lady Keswick, el profesor Gavan McCormack, el profesor Roderick MacFarquhar, Derry y Alexandra Moore, lady Ritblat, lady Roberts, lord y lady (John) Sainsbury, lady Selborne, sir David Tang, el profesor Q. Edward Wang, Lisa y Stanley Weiss, lady Wellesley, Guorong Xu, Joe Zhang y Pu Zhang.

Mi agente, Gillon Aitken, leyó el manuscrito e hizo comentarios perspicaces, que le agradezco inmensamente. También expreso mi gratitud a Dan Franklin, mi editor en Cape; Clare Bullock, editora adjunta; Mandy Greenfield, editora del original; y Suzanne Dean, que diseñó una cubierta maravillosa. Debo una muestra de gratitud

especial a Will Sulkin, que hizo una magnífica labor en la revisión de mi manuscrito. Mis ayudantes, Alexandra Adamson y Kristyan Robinson, fueron indispensables en la escritura de este libro.

Tengo la suerte de tener a mi lado a Jon Halliday, mi esposo y coautor de *Mao: The Unknown Story (Mao, la historia desconocida*). Sus consejos sabios y constantemente buscados elevan mi trabajo. A él le dedico este libro.

Índice analítico



JUNG CHANG nació en la ciudad china de Yibin, provincia de Sichuan, el 25 de marzo de 1952. A los catorce años se hizo miembro de la Guardia Roja y después trabajó como campesina, “médica descalza”, trabajadora del metal y electricista antes de estudiar inglés y, más tarde, convertirse en profesora de la Universidad de Sichuan. En 1978 dejó China para trasladarse al Reino Unido y, poco después, recibió una beca de la Universidad de York, donde obtuvo el doctorado en Lingüística en 1982 (fue la primera ciudadana de la República Popular China en recibir un doctorado de una universidad británica). En 1991 publicó su aclamada autobiografía de su familia *Wild Swans* (Cisnes Salvajes) y posteriormente escribió, junto con su marido, el historiador británico John Halliday, una extensa biografía de Mao Zedong, *Mao: La historia desconocida* (2005) y es una descripción muy crítica de la vida y trabajo de Mao Zedong en China.

Notas

[1] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 1998, vol. 4, núm. 164; Wang Daocheng, 1984, p. 213; Yu Bingkun *et al.*, p. 56. <<

[2] Wang Daocheng, 1984, pp. 195-208. <<

[3] Yu Bingkun *et al.*, pp. 7-43. <<

[4] Weng Tonghe, 2006, vol. 1, p. 148; Jin Liang, 1998, p. 161. <<

[5] Xin Xiuming, p. 1; Forbidden City Publishing House (ed.), p. 39. <<

[6] Yu Bingkun *et al.*, pp. 13-31; Yehenala Genzheng y Hao Xiaohui, 2007, pp. 17-18.
<<

[7] Xin Xiuming, p. 2 <<

[8] Wang Daocheng, 1984; Yu Bingkun *et al.*; Shan Shiyuan, 1990, pp. 1-23; Wang Shuqing, 1980, núm. 1; Li Guorong, pp. 216-219. <<

[9] Maugham, p. 2. <<

[10] Freeman-Mitford, pp. 151-152. <<

[11] Carl, p. 19. <<

[12] Xin Xiuming, p. 14. <<

[13] Wang Shuqing, 1983, núm. 3; Wang Daocheng, 1984. <<

[14] Wang Daocheng, 1984, p. 196; Mao Haijian, 2006, p. 148; cfr. Forbidden City Publishing (ed.), pp. 22-23; Li Guorong, pp. 260-161; Tang Yinian, pp. 23-24. <<

[15] Mao Haijian, 2006, p. 75. <<

[16] Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), vol. 9, p. 69. <<

[17] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979, vol. 1, pp. 1-80; Mao Haijian, 2006, p. 106. <<

[18] Museo del Palacio (ed.), 2002, vol. 10, p. 276. <<

[19] Yu Bingkun *et al.*, pp. 14-22. <<

[20] Woqiu Zhongzi, p. 2. <<

[21] Yun Yuding, vol. 2, p. 782. <<

[22] Xue Fucheng, 1983, p. 25. <<

[23] Xin Xiuming, p. 10. <<

[24] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 4, núm. 164; Ding Ruqin, p. 229. <<

[25] Bingkun *et al.*, pp. 63-70. <<

[26] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 11, núm. 1856. <<

[27] Pujia, Pujie *et al.*, p. 209. <<

[28] Headland, p. 264; cfr. Carl, p. 82. <<

[29] Yu Bingkun *et al.*, pp. 67-68; Tong Yue y Lü Jihong, pp. 15-16. <<



[30] Los diarios de Macartney en Helen H. Robbins; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 2001, pp. 130-6; Rockhill, p. 31. <<

[31] Li Guorong, p. 338. <<

[32] Kangxi a sus hijos y funcionarios, en Forbidden City Publishing (ed.), p. 239. <<

[33] Jiang Tao, 1993, pp. 30-34; Li Zhiting, pp. 475-477. <<

[34] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Opium War*, vol. 2, pp. 107-108. <<

[35] Gobierno Qing (ed.), *Daoguang*, pp. 492-504. <<

[36] Hansard, 8 de abril de 1840. <<

[37] Wu Tingfang, pp. 246-247. <<

[38] Gobierno Qing (ed.), *Daoguang*, pp. 4.746, 4.807; Museo del Palacio (ed.), 2002, vol. 9, p. 8. <<

[39] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979, vol. 4, pp. 273-278; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 2001, p. 150. <<



[40] Mao Haijian, 2006, pp. 44-46; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 3, pp. 449-450. <<



[41] Primeros Archivos Históricos de China y Departamento de Historia de la Universidad Normal de Fujian (eds), vol. 1, p. 44. <<

[42] Morse, vol. 1, p. 417. <<

[43] Morse, vol. 1, p. 57. <<

[44] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vols. 3 y 4, *passim*. La traducción inglesa del apoyo del emperador en Parkes Papers 28/10, Departamento de Manuscritos y Archivos de la Universidad, Biblioteca de la Universidad de Cambridge, Cambridge. <<

[45] Wolseley, pp. 16, 57, 92-93, 113. <<

[46] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 5, p. 92.
<<

[47] Lin Keguang *et al.*, p. 150. <<

[48] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 5, pp. 64, 67-68, 80, 94-95, 101-103, 111. <<

[49] Grant, pp. 133-134. <<

[50] Hurd, p. 234. <<

[51] Grant, p. 203. <<

[52] Morse, vol. 1, p. 606. <<

[53] Wolseley, pp. 224-227. <<

[54] Swinhoe, p. 305. <<

[55] Grant, p. 129. <<

[56] Archivos Reales, Windsor, PPTO/PP/QV/MAIN/1861/7469; Millar, pp. 130-131.
<<

[57] Morse, vol. 1, p. 611. <<

[58] Grant, pp. 204-205. <<

[59] Wolseley, p. 280. <<

[60] Boulger, p. 31. <<

[61] *El correo de la UNESCO*, noviembre de 1985. <<

[62] Bland y Backhouse, pp. 14-29; Trevor-Roper; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 2, pp. 66-69. <<

[63] Thomson, p. 252. <<

[64] Grant, p. 209. <<

[65] Wolseley, p. 295. <<

[66] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 5, p. 264.
<<

[67] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 5, pp. 225-226, 264. <<

[68] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 2, p. 42. <<

[69] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 5, pp. 235, 246, 261; vol. 4, p. 463. <<

[70] Ignátiev, pp. 44-45. <<

[71] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Second Opium War*, vol. 5, pp. 239, 260-261, 269-270. <<

[72] Ding Ruqin, pp. 221-227; Li Guoliang, p. 95. <<

[73] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979, vol. 1, pp. 82-83; Anón., p. 13; Wu Xiangxiang, pp. 49-55; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 1998, vol. 11, núms. 877, 881. <<

[74] Wu Xiangxiang, p. 56. <<

[75] Anón., p. 13. <<

[76] Xue Fucheng, 1983, p. 25. <<

[77] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 11, núms. 886-891; Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979, vol. 1, p. 85. <<

[78] Anón., pp. 13-14. <<

[79] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 11, núms. 338, 882. <<

[80] Weng Tonghe, 2006, vol. 1, p. 131. <<

[81] Anón., p. 8. <<

[82] Xue Fucheng, 1983, p. 19; Anón., pp. 8-9. <<

[83] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979, vol. 1, pp. 91-92. <<

[84] Wu Xiangxiang, p. 62. <<

[85] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 2001, p. 176. <<

[86] Lin Keguang *et al.*, p. 441; Pan Xiangmin, 2006, núm. 2. <<

[87] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 5.940, 7.286. <<

[88] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 2001, p. 176; Li Ciming, p. 539. <<

[89] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979, vol. 1, pp. 96-118; Weng Tonghe, 2006, vol. 1, pp. 143-147; Xue Fucheng, 1983, p. 21; Sato, p. 177. <<

[90] Xue Fucheng, 1983, pp. 17, 23; Weng Tonghe, 2006, vol. 1, p. 54; vol. 5, p. 2.889; Chen Kuilong, p. 96; Aisin-Gioro Puyi, p. 11. <<

[91] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 1998, vol. 11, núm. 1.533; Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979, vol. 1, pp. 120, 139. <<

[92] Bruce al conde Russell, 12 de noviembre de 1861, F. O. 17/356, Archivos Nacionales, Londres. <<

[93] Robertson al Ministro de Exteriores británico, 30 de noviembre de 1861, F. O. 17/360, Archivos Nacionales, Londres. <<

[94] Zeng Guofan, vol. 1, p. 690. <<



[95] Carta original al príncipe Chun, Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 2001, p. 176. <<

[96] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979, vol. 1, pp. 106, 119-121. <<

[97] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979, vol. 1, p. 123. <<

[98] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979, vol. 1, p. 137. <<

[99] Shan Shiyuan, 1997, pp. 452-453. <<

[100] Bruce al conde Russell, 12 de noviembre de 1861, F. O. 17/356, Archivos Nacionales, Londres. <<

[101] Carl, p. 51; Rongling, 1994, pp. 13, 20; Der Ling, 2004, pp. 69, 78, *passim*. (Para un juicio sobre los escritos de Rongling y Der Ling, que fueron importantes testigos presenciales, ver Zhu Jiajin, 1982, núm. 4.). <<

[102] Headland, p. 71. <<

[103] Guo Songtao, p. 16; Xue Fucheng, 1983, pp. 25-26. <<

[104] Yu Bingkun *et al.*, p. 116. <<

[105] Headland, p. 28. <<

[106] Xin Xiuming, pp. 35-36. <<

[107] Palmerston, en Hake, pp. 86-87; Morse, vol. 2, p. 119. <<

[108] Freeman-Mitford, p. 72. <<

[109] Yang Tianshi, pp. 6-7. <<

[110] Morse, vol. 2, p. 63 <<

[111] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 293-306. <<

[112] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 298, 352-358, 403-404, 417-418, 485-487. Para más información sobre Wade, ver Cooley, Jr. <<

[113] Morse, vol. 2, p. 76. <<

[114] Gordon, pp. 49-50. <<

[115] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, p. 353. <<

[116] Morse, vol. 2, pp. 102-104. <<

[117] Li Hongzhang, vol. 29, p. 157. <<

[118] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 2.461-2.462, 2.526-2.529; Morse, vol. 2, p. 105. <<

[119] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 3.894-3.900; Hart, *Journals, 1863-1866*, p. 167. <<

[120] Zuo Buqing. <<

[121] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, p. 301. <<

[122] Li Yunjun (ed.), p. 243. <<

[123] Hart, *Journals, 1854-1863*, p. 15. <<

[124] Hart, *Journals, 1854-1863*, pp. 317-318. <<

[125] Hart, *Journals, 1863-1866*, p. 343. <<

[126] Morse, vol. 1, p. 570; vol. 2, p. 33; Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, p. 3.615. <<

[127] Li Wenzhi (ed.), pp. 770, 773; Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 6.032-6.034. <<

[128] Hart, *Journals, 1863-1866*, pp. 282-288, 326-346; Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 3.764-3.787. <<

[129] Freeman-Mitford, pp. 240-241. <<

[130] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 3.767-3.770. <<

[131] Mi Rucheng (ed.), pp. 29-31. <<

[132] Guo Songtao, p. 15. <<

[133] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, p. 5.157. <<

[134] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, p. 3.765. <<

[135] Shore, p. 394. <<

[136] Freeman-Mitford, p. 158. <<

[137] Mi Rucheng (ed.), p. 30. <<

[138] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 3.817-3.818. <<

[139] Hart, *Journals, 1863-1866*, p. 298. <<

[140] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 4.469-4.472. <<

[141] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 11, núm. 1.349. <<

[142] Wu Xiangxiang, p. 10. <<

[143] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 15, núms. 293, p. 378. <<



[144] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 2, p. 30. <<

[145] Weng Tonghe, 2006, vol. 1, pp. 519, 521. <<

[146] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 4.557-4.616; Weng Tonghe, 2006, vol. 1, pp. 527-544. <<

[147] Weng Tonghe, 2006, vol. 1, pp. 78, 93, 429; Kong Xiangji, 2008, pp. 29-32. <<

[148] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 4.523-4.525; Weng Tonghe, 2006, vol. 1, p. 515. <<

[149] Zhang Deyi, p. 520; Hsü Chi-she, sobre Estados Unidos. <<

[150] Gu Hongming, p. 54. <<

[151] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, p. 3.503; Shan Shiyuan, 1990, pp. 68-69; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 2, p. 28; Freeman-Mitford, pp. 181-182. <<

[152] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 2.701-2.704. <<

[153] Todas las citas en Binchun. <<

[154] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/QVJ/1866. <<

[155] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 4.443-4.445. <<

[156] Hart, *Journals, 1863-1866*, p. 360; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 684. <<

[157] Kong Xiangji, 2008, p. 31; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 684. <<

[158] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 4.899-4.917. <<

[159] Weng Tonghe, 2006, vol. 1, p. 568. <<

[160] Morse: vol. 2, pp. 188-189. <<

[161] Morse: vol. 2, pp. 190, 194, 203. <<

[162] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/QVJ/1868. <<

[163] Discurso de Burlingame en Schrecker; en Shore, p. 408-409. <<

[164] Schrecker. <<

[165] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, p. 6.640; Zhigang, p. 361. <<

[166] Zhigang, pp. 244-380. <<

[167] Edición de 1845 del catálogo de Madame Tussaud’s, en Arthur, p. 11. <<

[168] Li Hongzhang, vol. 4, pp. 363-365. <<

[169] Li Hongzhang, vol. 5, p. 183. <<



[170] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 8, p. 270. <<

[171] Li Guorong, p. 184. <<

[172] Weng Tonghe, 2005, vol. 1, p. 1; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 703. <<

[173] Carl, p. 203. <<

[174] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 705, 711. <<

[175] Xue Fucheng, 2004, vol. 1, p. 42; Xue Fucheng, 1983, p. 83. <<

[176] Xue Fucheng, 2004, vol. 1, p. 42. <<

[177] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 1998, vol. 19, núm. 526. <<

[178] Woqiu Zhongzi, p. 52; Xue Fucheng, 1897. <<

[179] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 19, núm. 548; Tang Yinian, p. 153. <<

[180] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 19, núm. 632; Woqiu Zhongzi, p. 52; Yuan Xieming. <<

[181] Xue Fucheng, 2004, vol. 1, p. 43. <<

[182] Ding Baozhen, vol. 2, pp. 801-802; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 19, núm. 631. <<

[183] Xue Fucheng, 1897. <<

[184] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 721-730. <<

[185] Ding Ruqin, pp. 231-232. <<

[186] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 5.927-5.941; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 671. <<

[187] Zeng Jize, p. 334. <<

[188] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 5.941-5.950. <<

[189] Freeman-Mitford, pp. XII-XIII. <<

[190] Bird, p. 257. <<

[191] Freeman-Mitford, pp. XLII-XLIII. <<

[192] Bird, p. 346. <<

[193] Comunicaciones diarias, incluidas las instrucciones detalladas de Cixí, en Primeros Archivos Históricos de China y Departamento de Historia de la Universidad Normal de Fujian (eds), vol. 1, pp. 775 y ss.; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 776 y ss.; Morse, vol. 2, p. 246. <<

[194] Primeros Archivos Históricos de China y Departamento de Historia de la Universidad Normal de Fujian (eds), vol. 1, pp. 778-779; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 1998, vol. 11, núm. 1.538. <<

[195] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 784-785. <<

[196] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 784. <<

[197] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 793; Primeros Archivos Históricos de China y Departamento de Historia de la Universidad Normal de Fujian (eds), vol. 1, pp. 814-817. <<

[198] Li Hongzhang, vol. 4, p. 76. <<

[199] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 7.285-7.336; Wu Xiangxiang, vol. 1, pp. 121-127; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 824. <<

[200] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 11, núm. 343. <<

[201] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, *passim*. <<

[202] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 839, 849-850, 862, 882, 1.068; Yu Bingkun *et al.*, p. 240. <<

[203] Wu Xiangxiang, vol. 1, pp. 218-225; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 1.067, 1.073; Gao Shu, p. 156. <<

[204] Xue Fucheng, 1983, pp. 26-27. <<

[205] Simpson, capítulo XV; Morse, vol. 2, pp. 265-266. <<

[206] Morse, vol. 2, p. 266. <<

[207] Zhang Shiyun. <<

[208] Zhang Shiyun. <<

[209] Xue Fucheng, 1983, pp. 26-27. <<

[210] Yu Bingkun *et al.*, p. 116. <<

[211] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 849. <<

[212] Wu Xiangxiang, vol. 1, pp. 214-225; Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, *passim*. <<

[213] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 8.226-8.353. <<

[214] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 8.287-8.288. <<

[215] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 983-984. <<

[216] Wu Xiangxiang, vol. 1, pp. 206-225. <<

[217] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 8.527-8.532. <<

[218] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 1.059, 1.062; Wu Xiangxiang, vol. 1, pp. 208-209, 219-226; Wu Rulun, vol. 1, p. 314. <<

[219] Weng Tonghe, 2005, vol. 1, p. 2; Tonghe, 2006, vol. 2, p. 1.063; Wu Rulun, vol. 1, p. 314. <<

[220] *Tongzhi jinyaobu*, en Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979, vol. 7, pp. 265-292; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 1.073-1.086. <<

[221] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 1.076-1.077; Weng Tonghe, 2005, vol. 1, p. 3.
<<

[222] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1998, vol. 24, núm. 1.119; Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 1.089. <<

[223] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 1.092-1.093. <<

[224] Xin Xiuming, p. 26; Xue Fucheng, 1983, p. 27. <<

[225] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 3, pp. 891-892; Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), vol. 12, p. 226; Yun Yuding, vol. 2, p. 789. <<

[226] Weng Tonghe, 2006, vol. 3, pp. 1.096-1.112; Li Yin, pp. 238-252; Qu Chunhai, pp. 39-40, 79-81. <<

[227] Carl, p. 243. <<

[228] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 1.086-1.087; Chen Kuilong, p. 100. <<

[229] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 1.087. <<

[230] Aisin-Gioro Puyi, p. 29. <<

[231] Chen Kuilong, p. 100. <<

[232] Chen Kuilong, p. 100. <<

[233] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, p. 1.087; Zhu Shoupeng, vol. 1, p. 2. <<

[234] Weng Tonghe, 2006, vol. 2, pp. 1.088-1.089; Zhu Shoupeng, vol. 1, p. 3. <<

[235] Aisin-Gioro Puyi, pp. 29-30. <<

[236] Pujia, Pujie *et al.*, pp. 209-214; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, p. 1.470; Zhu Jiajin, 1982, núm. 4. <<

[237] Chen Kuilong, p. 197, cfr. pp. 120-121. <<

[238] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 4.549-4.556. <<

[239] Li Hongzhang, vol. 31, p. 166. <<

[240] Packard, p. 711. <<

[241] Richard, p. 298. <<

[242] Carl, p. 256. <<

[243] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, p. 336. <<

[244] Tang Jiaxuan (ed.), p. 780; Guo Songtao, *passim*. <<

[245] Kong Xiangji, 2008, p. 32. <<

[246] Guo Songtao, pp. 2-21. <<

[247] Zeng Jize, p. 335. <<

[248] Liu Bannong *et al.*, pp. 11-14, 71-72. <<

[249] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, núms. 1.020, 1.021. <<

[250] Wang Xiaoqiu y Yang Jiguo, pp. 1-34. <<

[251] Cuba Commission, p. 3. <<

[252] Li Hongzhang, vol. 6, pp. 327-328. <<

[253] Tang Jiaxuan (ed.), pp. 75, 277, 439. <<

[254] Cuba Commission, p. 5; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, p. 85. <<

[255] Li Hongzhang, vol. 4, pp. 216-217. <<

[256] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, p. 74; vol. 2, p. 1.977; Wang Daocheng, 1994, núm. 4. <<

[257] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 14, núm. 848; Zhang Xia *et al*. (eds), pp. 470-505; Museo del Palacio (ed.) 2002, vol. 11, pp. 16-17. <<

[258] Morse, vol. 2, p. 393. <<

[259] Morse, vol. 2, Apéndice D. <<

[260] Museo del Palacio (ed.) 2002, vol. 12, p. 379. <<

[261] Mi Rucheng (ed.), vol. 1, p. 78, cfr. p. 7. <<



[262] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 6, p. 325 y ss.; Sheng Xuanhuai, vol. 1, p. 107. <<

[263] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 1, pp. 153-155; vol. 7, pp. 20, 23-24, 26, 103, 128, 138, *passim*; Sun Yutang (ed.), vol. 1, núm. 2, pp. 612-647. <<

[264] Huang Xi, pp. 33-34; Huang Xing, 2009, vol. 38, núm. 3. <<

[265] Huang Xi, p. 35. <<

[266] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.032; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 7, p. 540. <<

[267] Li Hongzhang, vol. 9, p. 259. <<

[268] Mi Rucheng (ed.), vol. 1, p. 39 y ss.; Sun Yutang (ed.), vol. 1, núm. 2, p. 612. <<

[269] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 6, pp. 221-222; Yang Naiji; Carl, p. 290; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.561; Yu Bingkun *et al.*, p. 173. <<

[270] Martin, 2005, p. 219. <<

[271] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 3, p. 2.556. <<

[272] Zhang Zhidong, vol. 1, pp. 661-667. <<

[273] Zhang Zhidong, vol. 1, p. 667. <<



[274] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 6, p. 262. <<

[275] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2005, vol. 1, p. 74. <<

[276] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, p. 3. <<

[277] Pujia, Pujie *et al.*, pp. 210-214; Aisin-Gioro Puyi, pp. 7-8; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 6, p. 186. <<

[278] Morse, vol. 2, pp. 328-329. <<

[279] Denby, vol. 1, p. 242. <<

[280] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, pp. 9.136-9.138. <<

[281] Gobierno Qing (ed.), *Tongzhi*, p. 9.137. <<



[282] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 1, p. 116. <<

[283] Zeng Jize, p. 382. <<

[284] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, pp. 804, 917-919; vol. 2, p. 1.838. <<

[285] Morse, vol. 2, p. 333. <<

[286] Morse, vol. 2, pp. 334-335. <<

[287] Morse, vol. 2, p. 338. <<

[288] Zeng Jize, pp. 41-47; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, pp. 855-856, 870, 896-897. <<

[289] Morse, vol. 2, p. 338. <<

[290] Morse, vol. 2, p. 339. <<

[291] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, p. 936; Xue Baotian, pp. 50-116. <<

[292] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, pp. 1.679-1.682. <<

[293] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, p. 1.213; vol. 2, pp. 1.399-1.400, 1.685-1.686, 1. 729-1.730, *passim*; Zhang Zhenkun, vol. 1, pp. 30-31, 44-45, 54-55. <<

[294] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, pp. 1.787-1.788. <<

[295] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, pp. 1.732 , 1.737, 1.775-1.777, 1.787, 1.790, 1.811-1
.815. <<

[296] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 1.816. <<

[297] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, pp. 1.817-1.818; He Gangde, p. 9. <<

[298] Dong Shouyi, pp. 433-440. <<

[299] Li Hongzhang, vol. 10, pp. 331-333. <<

[300] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, p. 1.699. <<

[301] Li Hongzhang, vol. 21, p. 150. <<

[302] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, pp. 1.744-1.745. <<

[303] Morse, vol. 2, p. 355; Li Hongzhang, vol. 21, p. 181. <<

[304] Li Hongzhang, vol. 21, p. 199; Kong Xiangji, 2001, pp. 344-348. <<

[305] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, pp. 1.766-1.767. <<

[306] Kong Xiangji, 2001, p. 329. <<

[307] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, pp. 1.804-1.805. <<

[308] Kong Xiangji, 2001, p. 348. <<

[309] Zhang Zhidong, vol. 3, pp. 1.917-1.922; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, pp. 1.912-1.914. <<

[310] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, pp. 1.729-1.730; Li Hongzhang, vol. 10, p. 418; Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 60. <<

[311] Kong Xiangji, 2001, p. 352. <<

[312] http://history.cultural-china.com/en/34History6627.html. <<

[313] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 1995, vol. 64, pp. 818, 821, 823, 840. <<

[314] Shen Xuefeng. <<

[315] Li Wenzhi (ed.), p. 773. <<

[316] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 3, p. 2.570; Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 1, pp. 737-738. <<

[317] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2004, pp. 48-58. <<

[318] Denby, vol. 1, pp. 241-248. <<

[319] Carl, pp. 192-193. <<

[320] Weng Tonghe, 2006, vol. 1, p. 259; vol. 2, p. 735; vol. 3, p. 1.555; ver la investigación del historiador Xu Che, en Xu Che, pp. 345-347. <<

[321] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 1, pp. 1.065, 1.244; vol. 2, p. 1.450; Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 1, p. 371; Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 1.751; Ding Ruqin, p. 242. <<

[322] Weng Tonghe, 2006, vol. 3, p. 1.191. <<

[323] Weng Tonghe, 2006, vol. 3, p. 1.266. <<

[324] Weng Tonghe, 2006, vol. 3, p. 1.327. <<

[325] Weng Tonghe, 2006, vols. 3 y 4 *passim*; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2005, vol. 1, pp. 69-75. <<

[326] Primeros Archivos Históricos de China, Pekín, número de archivo: 04-01-14-0080-001; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1995, vol. 1, p. 73. <<



[327] De los Primeros Archivos Históricos de China, Pekín, número de archivo: 04-01-12-0528-062. <<

[328] Society of Manchu Studies (ed.), pp. 178-201. <<

[329] Society of Manchu Studies (ed.), p. 195. <<

[330] Headland, p. 116. <<

[331] He Gangde, p. 16. <<

[332] Xin Xiuming, p. 31; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.452. <<

[333] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, pp. 2.119-2.127; Weng Tonghe, 2006, vol. 4, pp. 2.028-2.031. <<

[334] Li Hongzhang, vol. 34, pp. 42, 47, 50. <<

[335] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, pp. 2.030-2.031. <<

[336] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, pp. 2.029-2.031, 2.089-2.092, 2.103; Lin Keguang *et al.*, p. 27. <<

[337] Zhu Jinfu y Zhou Wenquan, 1982, núm. 3; Weng Tonghe, 2006, vol. 4, pp. 2.068, 2.125; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2005, vol. 1, pp. 75-76. <<

[338] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.103. <<

[339] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.503; cfr. Headland, p. 202. <<

[340] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, pp. 2.201-2.202, 2.211-2.212; Lin Keguang *et al.*, p. 39. <<

[341] Yehenala Genzheng y Hao Xiaohui, 2008, p. 4; Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.231. <<

[342] Pujia, Pujie *et al.*, p. 94; Xin Xiuming, p. 85; Yehenala Genzheng y Hao Xiaohui, 2007, pp. 164, 170-174; Jin Yi y Shen Yiling, pp. 295-298. <<

[343] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.255; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.051. <<

[344] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.261. <<

[345] Rongling, p. 21; Headland, p. 202. <<

[346] Pujia, Pujie *et al.*, p. 187; Xin Xiuming, p. 23. <<

[347] Franzini. <<

[348] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.052. <<

[349] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.311. <<

[350] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.249. <<

[351] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.256. <<



[352] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 6, pp. 274-276; Li Hongzhang, vol. 34, p. 634. <<

[353] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 7, p. 548 y ss.; Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.032. <<

[354] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.056; Li Hongzhang, vol. 35, p. 324. <<

[355] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.481, 2.484. <<

[356] Seagrave, p. 175; He Gangde, p. 16. <<

[357] Morse, vol. 2, p. 394. <<

[358] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 837. <<

[359] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.428. <<

[360] Seagrave, p. 175. <<

[361] Xin Xiuming, pp. 47-48. <<

[362] Yu Bingkun *et al.*, pp. 158-168. <<

[363] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, núm. 80; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 3, pp. 2.414-2.415. <<

[364] He Gangde, p. 17. <<

[365] Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.060. <<

[366] Wang Daocheng, 1994, núm. 4; Ye Zhiru y Tang Yinian, pp. 1.027-1.031; cfr. Xin Xiuming, p. 47. <<

[367] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 3, p. 141; Wang Daocheng, 1994, núm. 4; Ye Zhiru y Tang Yinian, pp. 1.029-1 .030. <<

[368] Li Hongzhang, vol. 35, p. 213. <<

[369] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.879-2.880. <<

[370] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 14, núm. 1.164; cfr. Mao Haijian, 2005, p. 11. <<

[371] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 15, núm. 85. <<



[372] *unjichu suishou dengjidang (Archivos de documentos que pasaron por el Gran Consejo*), 5 de marzo de 1.889 y ss. <<

[373] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 15, núm. 813; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 3, p. 2.646. <<

[374] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 3, p. 2.552; Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.323. <<



[375] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Movement to Learn from the West*, vol. 6, pp. 274-276; Li Hongzhang, vol. 34, p. 634. <<

[376] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.353; Li Hongzhang, vol. 35, p. 324. <<

[377] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.353, 2.446. <<

[378] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.447. <<

[379] A Liu Kunyi, en Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms of 1898*, vol. 4, p. 301; Xin Xiuming, pp. 18, 21. <<

[380] Carl, p. 125. <<

[381] Pujia, Pujie *et al.*, pp. 189-190. <<

[382] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 2, pp. 2.149, 2.151; Weng Tonghe, 2006, vol. 4, p. 2.049. <<

[383] Carl, p. 43; Rongling, p. 22; Jin Yi y Shen Yiling, p. 150. <<

[384] Xin Xiuming, p. 13. <<

[385] Jin Liang, 1998, p. 163; Headland, p. 85. <<

[386] Xin Xiuming, p. 41; Forbidden City Publishing (ed.), pp. 200-202; Carl, p. 48.
<<

[387] Kong Xiangji, 1998, p. 110. <<

[388] Carl, p. 190; Rongling, p. 19. <<

[389] Carl, pp. 23-24. <<

[390] Der Ling, 2004; Rongling; Jin Yi y Shen Yiling; Xin Xiuming; Carl; Headland; Yehenala Genzheng y Hao Xiaohui, 2007. <<

[391] Li Hongzhang, vol. 35, pp. 502-503. <<

[392] Der Ling, 2004, p. 26. <<

[393] Jin Yi y Shen Yiling, p. 165; Der Ling, 2004, p. 128. <<

[394] Gao Shu, p. 176; Carl, p. 40. <<

[395] Rongling, p. 15; Xin Xiuming, p. 3; Carl, p. 115. <<

[396] Der Ling, 2004, p. 95. <<

[397] Carl, p. 60, Conger, pp. 261-262; Jin Yi y Shen Yiling, pp. 146-147. <<

[398] Carl, p. 140. <<

[399] Hubbard, p. 220. <<

[400] Carl, pp. 53-55. <<

[401] Carl, p. 173. <<

[402] Yu Bingkun *et al.*, pág. 172; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 2005, vol. 2, pp. 920-921. <<

[403] Der Ling, 2004, pp. 76-77. <<

[404] Rongling, p. 32. <<

[405] Carl, p. 48; Headland, pp. 88, 233. <<

[406] Xin Xiuming, p. 71; Gao Shu, p. 157. <<

[407] Rongling, p. 9. <<

[408] Ding Ruqin, pp. 255-257. <<

[409] Ding Ruqin, pp. 267-268; Zao Yang; Xin Xiuming, p. 38. <<

[410] Forbidden City Publishing (ed.), p. 377. <<

[411] Yu Bingkun *et al.*, p. 157. <<

[412] Li Hongzhang, vol. 10, pp. 74-76, 277; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1995, vol. 64, p. 821. <<

[413] Li Hongzhang, vol. 10, pp. 640-641, 684. <<

[414] Li Hongzhang, vol. 11, p. 60. <<

[415] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 1, p. 592. <<

[416] Li Hongzhang, vol. 12, p. 531; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 1995, vol. 65, pp. 33, 45. <<

[417] Li Hongzhang, vol. 15, p. 335. <<

[418] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 1, p. 803. <<

[419] Li Wenzhi (ed.), p. 773. <<

[420] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Sino-Japanese War*, vol. 3, pp. 177-178. <<

[421] Li Hongzhang, vol. 35, p. 562. <<

[422] Li Hongzhang, vol. 15, pp. 423-424; vol. 35, p. 562; Jiang Ming, pp. 328-329.
<<

[423] Li Hongzhang, vol. 13, pp. 74-77, 207-209, 249-250, 351-354, 364-368, 391-392 , 420, 546-553; vol. 14, *passim*; vol. 35, p. 587. <<

[424] Wang Daocheng, 1994, núm. 4. <<

[425] Li Hongzhang, vol. 14, pp. 94-96. <<

[426] Li Hongzhang, vol. 35, p. 252. <<

[427] Wu (Woo) Yong, p. 107. <<

[428] Li Hongzhang, vol. 15, p. 406. <<

[429] Li Hongzhang, vol. 35, p. 562. <<

[430] Li Hongzhang, vol. 15, pp. 333-336. <<

[431] Memorias de Mutsu Munemitsu, *Kenkenroku*, en Wang Yunsheng, vol. 2, p. 35.
<<

[432] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 976. <<

[433] Li Hongzhang, vol. 15, pp. 371-374. <<

[434] Li Hongzhang, vol. 15, p. 372. <<

[435] Li Hongzhang, vol. 15, p. 383; Weng Tonghe, 2005, vol. 1, pp. 117-118. <<

[436] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 979. <<

[437] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 976. <<

[438] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, pp. 974-975. <<

[439] Li Hongzhang, vol. 24, p. 168. <<

[440] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.708. <<

[441] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.708. <<

[442] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.720. <<

[443] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.108. <<

[444] Li Hongzhang, vol. 15, p. 406. <<

[445] Qi Qizhang (ed.), vol. 1, p. 41. <<

[446] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.091; Li Hongzhang, vol. 15, pp. 405-407. <<

[447] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.730-2.731. <<

[448] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.732. <<

[449] Li Hongzhang, vol. 15, pp. 415-436. <<

[450] Li Hongzhang, vol. 15, p. 424. <<

[451] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.732; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 20, núms. 1.011-1.012. <<

[452] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.096. <<

[453] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 991. <<

[454] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.738; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.098. <<

[455] Li Hongzhang, vol. 15, p. 452. <<

[456] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.740. <<

[457] *Ibíd*. <<

[458] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 20, núm. 1.117. <<

[459] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, pp. 991-992. <<

[460] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 992. <<

[461] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 30, núm. 370; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, p. 5.071; Hu Sijing, pp. 28-29. Para otros cumpleaños: Wu (Woo) Yong, p. 99; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, pp. 5.093, 5.575, 5.745, etc. <<

[462] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.754; Xin Xiuming, p. 24; Kong Xiangji, 1998, pp. 89-95; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 20, núm. 803; also núms. 446, 459. <<

[463] Kong Xiangji, 1998, pp. 84-87. <<

[464] Headland, pp. 203-204. <<

[465] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 20, núm. 1.301. <<

[466] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.754. <<

[467] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 20, núm. 1.304 y ss.; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.108; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.797. <<

[468] Qi Qizhang (ed.), vol. 1, pp. 41-45. <<

[469] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2004, pp. 290-291. <<

[470] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.756, 2.764. <<

[471] A Liu Kunyi, en Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms de 1898*, vol. 4, p. 300. <<

[472] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.856; Mao Haijian, 2005, p. 468; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, p. 3.685. <<

[473] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.757-2.759. <<

[474] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.116. <<

[475] Kong Xiangji, 2001, p. 16. <<

[476] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.125; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.776. <<

[477] Wang Wenshao, p. 870. <<

[478] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, p. 3.539. <<

[479] Zhang Zhidong, vol. 3, pp. 2.036, 2.047. <<

[480] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, pp. 1.125-1.126; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.776-2.777. <<

[481] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.778. <<

[482] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.782; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, pp. 1.134-1.135. <<

[483] Li Hongzhang, vol. 16, p. 31; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.137. <<

[484] Li Hongzhang, vol. 16, p. 31. <<

[485] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.787. <<

[486] Zhang Zhidong, vol. 3, p. 2.041. <<

[487] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.792. <<

[488] Li Hongzhang, vol. 16, p. 56. <<

[489] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms de 1898*, vol. 4, p. 300. <<

[490] Xin Xiuming, p. 16. <<

[491] Wang Yunsheng, vol. 2, pp. 260, 268-269. <<

[492] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.009. <<

[493] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, pp. 992, 1.006. <<



[494] La entrevista del káiser con el doctor William Hale, 19 de julio 1908, en Rohl, Apéndice 2. <<

[495] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.798. <<

[496] *Ibíd*. <<

[497] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.799-2.800. <<

[498] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.801-2.802, cfr. p. 2.791; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.062. <<

[499] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.017. <<

[500] Denby, vol. 2, p. 147. <<

[501] Jin Pushen, 2000, núm. 1; Qi Qizhang, p. 504. <<

[502] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 992. <<

[503] Carl, p. 101. <<

[504] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.889; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vols. 21-24, *passim*. <<

[505] Mao Haijian, 2010, núm. 4; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, pp. 3.637, 3.648-3.649, 3.652, 3.656, 3.662, 3.670-3.726, *passim*. <<

[506] Zhang Zhidong, vol. 2, pp. 989-990; cfr. Sheng Xuanhuai, vol. 1, pp. 472-473, 476, 479. <<

[507] Denby, vol. 2, pp. 147-148; Morse, vol. 3, p. 101; Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 998. <<

[508] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.063. <<

[509] Wu (Woo) Yong, p. 130. <<

[510] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.803; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, pp. 3.595-3.596. <<

[511] Departamento de Historia de la Universidad de Tsinghua (ed.), p. 44. <<

[512] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.829. <<

[513] Mao Haijian, 2010, núm. 4. <<

[514] Mao Haijian, 2010, núm. 4; Departamento de Historia de la Universidad de Tsinghua (ed.), p. 180. <<

[515] Mao Haijian, 2010, núm. 4; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.837, 2.844, 2.878, 2.890. <<

[516] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms of 1898*, vol. 4, pp. 300-301; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.742. <<

[517] Mao Haijian, 2010, núm. 4. <<

[518] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.856; Wang Wenshao, pp. 919-920. <<

[519] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.878. <<

[520] Zhang Zhidong, vol. 2, pp. 1.002-1.003. <<

[521] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.064; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.883. <<

[522] Departamento de Historia de la Universidad de Tsinghua (ed.), p. 197. <<

[523] Wu (Woo) Yong, p. 113. <<

[524] *The New York Times*, 3 de septiembre de 1896. <<

[525] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.944; Li Hongzhang, vol. 26, p. 275. <<

[526] Li Hongzhang, vol. 16, p. 84; vol. 26, p. 275; Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.944; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, pp. 3.876-3.877; Mao Haijian, 2010, núm. 4. <<

[527] State Archives Bureau, Ming and Qing Archives (ed.), pp. 466-467; Mao Haijian, 2011, núm. 1; Li Hongzhang, vol. 36, pp. 199-226. <<

[528] Zhang Zhidong, vol. 2, pp. 989-1.001; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, p. 3.631 y ss. <<

[529] Zhang (Chang) Yinhuan, p. 533. <<

[530] Morse, vol. 3, p. 108. <<

[531] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, pp. 2.934-2.936. <<

[532] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, p. 2.891. <<

[533] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, pp. 3.963-3.965. <<

[534] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, pp. 3.972-3.973. <<

[535] *Qing shilu*, vol. 57, p. 301; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, p. 3.973. <<

[536] Sun Ruiqin (tr.), vol. 1, pp. 106-147; Museo Qingdao *et al.* (eds.), p. 121 y ss. Dugdale, E. T. S. (ed. y tr.), XIV, p. 69; Morse, vol. 3, pp. 106-107. <<

[537] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.069; Wang Yunsheng, vol. 3, pp. 173-174. <<

[538] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.069. <<

[539] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.099; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.072. <<

[540] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.071; Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.081. <<

[541] Witte, p. 100. <<

[542] Zhang Rongchu (tr.), pp. 203-212. <<

[543] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.104. <<

[544] Zhang (Chang) Yinhuan, p. 519. <<

[545] *Ibíd*. <<

[546] Zhang (Chang) Yinhuan, pp. 519-520; Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.104. <<

[547] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.103. <<

[548] Morse, vol. 3, p. 127. <<

[549] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.081; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms of 1898*, vol. 2, p. 430. <<

[550] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, pp. 3.118-3.128; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.072; Zhang (Chang) Yinhuan, p. 530. <<

[551] Zhang (Chang) Yinhuan, p. 522. <<

[552] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.118. <<

[553] Mao Haijian, 2005, pp. 428-435. <<

[554] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, pp. 3.081, 3.114. <<

[555] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2004, pp. 252-253. <<

[556] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.132. <<

[557] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.134. <<

[558] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.074; Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.134. <<

[559] Mao Haijian, 2005, pp. 31-33. <<

[560] Mao Haijian, 2005, pp. 16-18, 33-35. <<

[561] Martin, 1896, p. 327. <<

[562] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 4, p. 4.135. <<

[563] Kong Xiangji, 1988, p. 369. <<

[564] Kang Youwei, p. 8. <<

[565] Mao Haijian, 2005, p. 382; Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.112; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 23, núm. 1.107. <<

[566] Guangxu pidió a Weng que le diera otra copia del panfleto de Kang sobre Japón seguramente porque Cixí, que lo tenía, le habló del escrito y él no lo había leído. Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.128; Mao Haijian, 2009, p. 382. <<

[567] Kong Xiangji (ed.) 2008a, p. 231. <<

[568] Kong Xiangji (ed.) 2008a, pp. 234-235. <<

[569] Kang Youwei, p. 44; Mao Haijian, 2009, p. 441. <<

[570] Cranmer-Byng, p. 238; Robbins, p. 386. <<

[571] Der Ling, 2004, p. 277. <<

[572] Mao Haijian, 2009, pp. 576-588; Zhang (Chang) Yinhuan, p. 547; State Archives Bureau, Ming and Qing Archives (ed.), pp. 6-11. <<

[573] Zhang (Chang) Yinhuan, p. 562; Kong Xiangji (ed.) 2008a, p. 142; Liang Dingfen, en Tang Zhijun, p. 67. <<

[574] Mao Haijian, 2009, pp. 582-583. <<

[575] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2009, núm. 1. <<

[576] Kong Xiangji (ed.) 2008a, pp. 355, 432; Mao Haijian, 2009, p. 721; Liang Dingfen, en Tang Zhijun, p. 67. <<

[577] Kong Xiangji (ed.) 2008a, p. 433; Mao Haijian, 2005, p. 131; Zhang (Chang) Yinhuan, p. 553. <<

[578] Kong Xiangji (ed.) 2008a, pp. 351-355. <<



[579] Kong Xiangji (ed.) 2008a, p. 360; folletos encuadernados en la biblioteca del Museo del Palacio, Pekín. <<

[580] Kong Xiangji, 1988, pp. 373-375. <<

[581] Kong Xiangji, 1988, p. 380. <<

[582] Mao Haijian, 2005, pp. 35, 65, 81. <<

[583] Mao Haijian, 2005, p. 73. <<

[584] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms of 1898*, vol. 4, p. 332; Mao Haijian, 2009, p. 709. <<

[585] Kong Xiangji, 1988, p. 62. <<

[586] Morse, vol. 3, p. 132. <<

[587] Sun Jianai, en Mao Haijian, 2009, pp. 42, 534; Liang Dingfen, en Tang Zhijun, pp. 63-64. <<

[588] Kong Xiangji (ed.), 2008a, pp. 350-351. <<

[589] Wang Zhao, en Cen Chunxuan, Yun Yuding *et al.*, p. 84. <<

[590] Yuan Shikai, pp. 550-553; Bi Yongnian, p. 28. <<

[591] Kong Xiangji (ed.) 2008a, pp. 402-403; Mao Haijian, 2009, p. 774. <<

[592] Kong Xiangji (ed.) 2008a, pp. 399-401, 404-405, 443-445. <<

[593] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2011, pp. 107-195; Departamento de Historia de la Universidad de Tsinghua (ed.), p. 958. <<

[594] Mao Haijian, 2005, pp. 440-442. <<

[595] Wang Xiaoqiu, p. 122. <<

[596] Wang Xiaoqiu, p. 129. <<

[597] Li Hongzhang, vol. 36, p. 193. <<

[598] Zheng Xiaoxu, vol. 2, p. 671. <<

[599] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2011, pp. 148-153; Liang Dingfen, en Tang Zhijun, p. 69. <<

[600] *The New York Times*, 13 de mayo de 1897. <<

[601] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2004, pp. 251-254. <<

[602] Kong Xiangji, 1988, p. 252; Zhang (Chang) Yinhuan, p. 540. <<

[603] Zhang (Chang) Yinhuan, pp. 539-541; Mao Haijian, 2005, p. 38. <<

[604] Kong Xiangji, 2008, pp. 230-233; Kong Xiangji (ed.) 2008a, pp. 144, 188, 422; Ma Zhongwen, 1998; Mao Haijian, 2009, p. 721; Liang Dingfen, en Tang Zhijun, p. 67. <<

[605] Zhang (Chang) Yinhuan, p. 510; cfr. Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2009a, p. 83. <<

[606] Weng Tonghe, 2006, vol. 6, p. 3.068; Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.071. <<

[607] State Archives Bureau, Ming and Qing Archives (ed.), p. 461. <<

[608] Yuan Shikai, p. 553. <<

[609] Bi Yongnian, p. 28. <<



[610] Carta de Kang a Timothy Richard, en Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms of 1898*, vol. 3, p. 528. <<

[611] Richard, dedicatoria, pp. 258, 263, 266. <<

[612] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.044. <<

[613] Archivos Nacionales, Londres, P. O. 17/1718, p. 191. <<

[614] Brenan a MacDonald, en Seagrave, p. 244. <<

[615] Kang Youwei, p. 66. <<

[616] Liang Qichao, 1964, p. 109. <<

[617] Mao Haijian, 2009, p. 822. <<

[618] Chen Kuilong, p. 37; Wang Xiagang, pp. 240-244. <<

[619] Yun Yuding, vol. 1, p. 170; Mao Haijian, 2011, núm. 1. <<

[620] Tang Zhijun, p. 39. <<

[621] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 24, núm. 1.399; cfr. Mao Haijian, 2005, p. 133. <<

[622] Yuan Shikai, pp. 554-555. <<

[623] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms of 1898*, vol. 3, p. 542. <<

[624] Tang Zhijun, pp. 57-63. <<

[625] Zhang (Chang) Yinhuan, p. 562. <<

[626] Weng Tonghe, 2006, vol. 5, *passim*; Wu (Woo) Yong, pp. 21-22; Kong Xiangji, 2001, pp. 199-200; Ma Zhongwen, 1996, núm. 4. <<

[627] Weng Tonghe, 2005, vol. 2, p. 1.084. <<

[628] Zhang Shesheng, p. 156. <<

[629] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 24, núm. 1.411. <<



[630] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 26, núm. 662; cfr. núms. 679, 681. <<

[631] Mao Haijian, 2005, pp. 142-146. <<

[632] Mao Haijian, 2009, p. 859. <<

[633] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 24, núms. 1.376, 1.399, 1.754, *passim*; Mao Haijian, 2005, pp. 136, 547-548. <<

[634] Yang Tianshi, pp. 188-190. <<

[635] Yang Tianshi, p. 159. <<

[636] Mao Haijian, 2005, pp. 149-153, 160. <<

[637] Ding Ruqin, p. 272. <<

[638] Wang Daocheng, en Society of Manchu Studies (ed.), vol. 2, p. 223; Mao Haijian, 2005, pp. 143, 152. <<

[639] Ding Ruqin, pp. 269-270. <<

[640] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núm. 116; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Reforms of 1898*, vol. 3, p. 538. <<

[641] Franzini. <<

[642] Xin Xiuming, pp. 12-14; Jin Liang, 1998, p. 14; Rongling, p. 12. <<

[643] Yun Yuding, vol. 1, p. 405; Wang Zhao, pp. 103-104; Carl, pp. 191, 292. <<

[644] Headland, pp. 165-168. <<

[645] Wu (Woo) Yong, p. 74. <<

[646] Carl, pp. 66-67. <<

[647] Ye Xiaoqing, 2007, núm. 2; Rongling, p. 22; Wang Zhao, pp. 102-103. <<

[648] Wu (Woo) Yong, p. 74. <<

[649] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2004, pp. 123-209. <<

[650] Headland, p. 65. <<

[651] Forbidden City Publishing (ed.), p. 239. <<

[652] Departamento de Historia de la Universidad de Tsinghua (ed.), pp. 1.198, 1.205; Liu Kunyi, vol. 3, pp. 1.112, 1.415. <<

[653] Chen Kuilong, p. 23. <<

[654] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.180. <<

[655] Conger, pp. 40-43; lady Ethel MacDonald, «My Visits to the Dowager Empress de China», *Empire Review*, abril de 1901, en Seagrave, pp. 259, 261. <<

[656] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 25, núm. 1.512. <<

[657] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 25, núms. 43-44; Headland, p. 161. <<

[658] Headland, p. 161. <<

[659] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núm. 121; Morse, vol. 3, pp. 124-125. <<

[660] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.190; Hart, *Journals, 1863-1866*, p. 1.192. <<

[661] Headland, p. 61. <<

[662] Xiang, pp. 87-88. <<

[663] Morse, vol. 3, p. 125. <<

[664] Salvago Raggi, pp. 148-149. <<

[665] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 25, núms. 1.207, 1.220. <<

[666] Xiang, p. 95. <<

[667] Morse, vol. 3, p. 125. <<

[668] Xiang, p. 101; Li Hongzhang, vol. 36, p. 250. <<

[669] Sheng Xuanhuai, vol. 2, pp. 652-656; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 25, núms. 1.247-1.248; Wu (Woo) Yong, p. 89. <<

[670] Wu Tingfang, p. 254. <<

[671] Yung Wing, pp. 70-73. <<

[672] Wu Tingfang, p. 181. <<

[673] Edwards, pp. 53-54. <<

[674] Smith, p. 54. <<

[675] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 44; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 25, núm. 1.451, *passim*. <<

[676] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 13. <<

[677] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 21-32; Primeros Archivos Históricos de China y Departamento de Historia de la Universidad Normal de Fujian (eds.), vol. 5, pp. 588-592. <<

[678] Bird, p. 298. <<

[679] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 19-21, 38. <<

[680] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 38, 44-45. <<

[681] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 25, núm. 1.423; Morse, vol. 3, p. 179. <<

[682] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 57. <<

[683] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 46-48. <<

[684] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 26, núm. 53. <<

[685] Archivos Nacionales, Londres, P. O. 17/1412; Morse, vol. 3, p. 187. <<

[686] Archivos Nacionales, Londres, P. O. 17/1412. <<

[687] Archivos Nacionales, Londres, P. O. 17/1412; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Boxers*, vol. 3, p. 169. <<

[688] Archivos Nacionales, Londres, P. O. 17/1412; Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 80. <<

[689] Conger, p. 91. <<

[690] Roberts, p. 773. <<

[691] Ronglu (Junglu), p. 405; Hou Bin. <<

[692] Wu (Woo) Yong, p. 86; Kong Xiangji, 2008, p. 168; Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), vol. 12, p. 180. <<

[693] Smith, p. 169. <<

[694] Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), vol. 12, p. 175. <<

[695] Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), vol. 12, p. 179. <<

[696] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 110-111; Conger, p. 92. <<

[697] Conger, pp. 97, 100; MacDonald, sir Claude *et al.*, p. 49; Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 142-144; Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), vol. 12, p. 182. <<

[698] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, pp. 145, 157-158. <<

[699] Xiang, p. 261. <<

[700] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 133. <<

[701] Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), vol. 12, p. 183. <<

[702] Morse, vol. 3, p. 204; Fleming, p. 95; Xiang, pp. 269-270. <<

[703] Smith, p. 240. <<

[704] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 144-145. <<

[705] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 136-141. <<

[706] Li Hongzhang, vol. 27, *passim*. <<

[707] Yun Yuding, vol. 2, pp. 785-786. <<

[708] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núm. 133. <<

[709] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núms. 135-851. <<

[710] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núm. 130. <<

[711] Li Hongzhang, vol. 27, p. 74. <<

[712] Wu (Woo) Yong, p. 28 y ss. <<

[713] Yun Yuding, vol. 2, p. 786. <<

[714] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núm. 130. <<

[715] Kong Xiangji, 2008, p. 170. <<

[716] Conger, pp. 116, 199. <<

[717] Smith, p. 577. <<

[718] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979a, vol. 1, pp. 161-162; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 26, núms. 587-588; Li Hongzhang, vol. 27, p. 97. <<

[719] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 176. <<

[720] Xiang, p. 261. <<

[721] Xiang, p. 301. <<

[722] Liu Bannong *et al.*, p. 75. <<

[723] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 2, pp. 476, 478. <<

[724] Headland, p. 206. <<

[725] Wu (Woo) Yong, p. 87; Chen Kuilong, p. 39; Ronglu (Junglu), p. 404; Kong Xiangji, 2008, p. 169. <<

[726] Wu (Woo) Yong, p. 87. <<

[727] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979a, vol. 1, p. 187. <<

[728] Conger, pp. 114-117, 129-130. <<

[729] Chen Kuilong, p. 52. <<

[730] Wu (Woo) Yong, p. 89. <<

[731] Li Hongzhang, vol. 27, p. 154. <<

[732] Li Hongzhang, vol. 27, p. 117. <<

[733] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 414. <<

[734] Morse, vol. 3, p. 242. <<

[735] Edwards, pp. 106-107. <<

[736] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979a, vol. 1, pp. 327-328, 421-423. <<

[737] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 1, pp. 253-254. <<

[738] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 415-417. <<

[739] Li Hongzhang, vol. 27, *passim*. <<

[740] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979a, vol. 1, pp. 156-157; vol. 2, p. 946. <<

[741] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 401, 404, 411-412, 414. <<

[742] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979a, vol. 1, pp. 386-387. <<

[743] Kong Xiangji, 2008, pp. 166-171. <<

[744] Mao Haijian, 2011, núm. 1. <<

[745] Sun Ruiqin (tr.), vol. 1, pp. 106, 121-145. <<

[746] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The Boxers*, vol. 2, p. 496. <<

[747] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979a, vol. 1, p. 392. <<

[748] Morse, vol. 3, p. 362; Martin, 1896, p. 238; Kong Xiangji, 2008, p. 213; Liu Kunyi, vol. 6, p. 2.586. <<

[749] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núm. 628; Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2011, pp. 408-409; Liu Kunyi, vol. 6, p. 2.586. <<

[750] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.), 1979a, vol. 1, p. 469. <<

[751] Sheng Xuanhuai, vol. 2, p. 656. <<

[752] Xin Xiuming, p. 37. <<

[753] Mao Haijian, 2005, p. 38. <<

[754] Chen Kuilong, pp. 57-59. <<

[755] Natong, vol. 1, p. 350; Pujia, Pujie *et al.*, pp. 90-91. <<

[756] Pujia, Pujie *et al.*, pp. 187-188; Xin Xiuming, pp. 24-25. <<

[757] Pujia, Pujie *et al.*, pp. 90-93; Cen Chunxuan, en Cen Chunxuan, Yun Yuding *et al.*, pp. 14-15; Wu (Woo) Yong, p. 51; Xin Xiuming, pp. 33-34; Wang Zhao, p. 100. <<

[758] Wu (Woo) Yong. <<

[759] Pujia, Pujie *et al.*, p. 93. <<

[760] Pujia, Pujie *et al.*, p. 90. <<

[761] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 489, *passim*; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 2, *passim*. <<

[762] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2005, vol. 1, p. 37. <<

[763] Wu (Woo) Yong, p. 95. <<

[764] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 1996, vol. 26, núm. 662; Ma Zhongwen, 1996, núm. 4. <<

[765] Liu Kunyi, vol. 6, p. 2.586. <<

[766] Kong Xiangji, 2008, pp. 162-163. <<

[767] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núms. 592, 806. <<

[768] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núm. 843. <<

[769] Morse, vol. 3, pp. 330, 342. <<

[770] Zhang Zhidong, vol. 2, pp. 1.453-1.454; vol. 3, pp. 1.526, 1.580; Li Xizhu, pp. 116-117. <<

[771] Gao Shu, p. 148. <<

[772] Zhang Zhidong, vol. 12, pp. 10.566-10.568. <<

[773] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 484. <<

[774] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 484, 532; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 3, pp. 891-892; Instituto de Historia Qing, Universidad de Renmin (ed.), vol. 12, p. 226; Yun Yuding, vol. 2, p. 789. <<

[775] Natong, vol. 1, p. 352; Yun Yuding, vol. 2, p. 789. <<

[776] Yang Tianshi, 2011, núm. 5; Sang Bing, pp. 334-335; Yang Tianshi, pp. 157-161.
<<

[777] Archivos Nacionales, Londres, P. O. 17/1718, p. 372. <<

[778] Archivos Reales, Windsor, VIC/MAIN/Q/16, núm. 859. <<

[779] Tang Zhijun, 1997, p. 337. <<

[780] Wu (Woo) Yong, pp. 50, 89; Cen Chunxuan, Yun Yuding *et al.*, p. 18; Xu Che, p. 486. <<

[781] Wu (Woo) Yong, p. 83. <<

[782] (Woo) Yong, p. 74. <<

[783] (Woo) Yong, p. 81; Roosevelt Longworth, p. 99; Carl, p. 71; Townley, p. 89. <<



[784] Entrevista con el profesor Wang Daocheng, que ha visto la nota, 21 de octubre 2010. <<

[785] Smith, pp. 529-530. <<

[786] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 496-497, 551-552 ; vol. 2, pp. 1.152, 1.214, 1.321, 1.328-1.329, 1.340-1.341; cfr. Zhang Zhidong, vol. 3, p. 2.168. <<

[787] Morse, vol. 3, p. 367; Chen Kuilong, p. 44; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 8, p. 604; Zhang Zhidong, vol. 2, p. 1.451. <<

[788] Natong, vol. 1, p. 350; Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 498. <<

[789] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, pp. 496-497. <<

[790] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 513. <<

[791] Weale, p. 342. <<

[792] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 1, p. 552. <<

[793] Liu Bannong *et al.*, p. 36. <<

[794] Von Waldersee, p. 205. <<

[795] Von Waldersee, pp. 252-253. <<

[796] Von Waldersee, pp. 216-221. <<

[797] Von Waldersee, pp. 241-242. <<

[798] Von Waldersee, p. 221. <<

[799] Qi Rushan, en Liu Bannong *et al.*, pp. 253-263. <<

[800] Morse, vol. 3, pp. 346-347, 350. <<

[801] Morse, vol. 3, p. 350; Von Waldersee, p. 210. <<

[802] Hunt. <<

[803] Jiang Tao, 1993, pp. 78-79. <<

[804] Von Waldersee, pp. 224, 233, 239-240; People's Bank of China (ed.), pp. 888-898. <<

[805] Conger, pp. 188-189. <<



[806] Protocolo Bóxer de 1901, en Secretaría del Comité Permanente de la Asamblea Nacional Popular (ed.), p. 205; Banco Popular de China (ed.), p. 892. <<

[807] Morse, vol. 3, p. 351. <<

[808] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 2, p. 1.075. <<

[809] Morse, vol. 3, pp. 103-104; Sun Ruiqin (tr.), vol. 1, p. 116. <<

[810] Archivos de las Dinastías Qing y Ming (ed.) 1979a, vol. 2, p. 1.075. <<

[811] Fairbank *et al.*, p. 167. <<

[812] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 27, núm. 751; Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.294; Morse, vol. 3, p. 470. <<

[813] Morse, vol. 3, p. 367. <<

[814] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 2, p. 853. <<

[815] Wu (Woo) Yong, p. 89. <<

[816] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 2, pp. 944-947. <<

[817] Carl, p. 269. <<

[818] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 2, pp. 914-916. <<

[819] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 2, p. 1.328. <<



[820] *Procès-verbaux des Séances du Gouvernement Provisoire de Tientsin*, vol. 1, Introducción, pp. 1-16. <<

[821] Morse, vol. 3, p. 365. <<

[822] Zhang Zhidong, vol. 2, p. 1.428. <<

[823] Martin, 2005, p. 198. <<

[824] Roosevelt Longworth, p. 95. <<

[825] Reynolds, p. 1. <<

[826] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.299. <<

[827] Wu (Woo) Yong, pp. 95-96. <<

[828] Xin Xiuming, p. 30. <<

[829] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 8, p. 532; Wu (Woo) Yong, pp. 95-97. <<

[830] Wang Yanwei (ed.), vol. 4, pp. 4.275-4.276. <<

[831] Wang Yanwei (ed.), vol. 4, p. 4.276. <<

[832] Conger, pp. 212-215. <<

[833] Wang Yanwei (ed.), vol. 4, p. 4.283. <<

[834] *Ibíd*. <<

[835] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 27, núm. 712; Wu (Woo) Yong, pp. 80, 121; Zhang Zhidong, vol. 10, p. 8.654. <<

[836] Wu (Woo) Yong, pp. 123-124. <<

[837] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, núms. 768-769. <<

[838] Wang Yanwei (ed.), vol. 4, p. 4.287; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 8, pp. 536-537; Conger, pp. 215-216. <<

[839] Cfr. Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 8, p. 618; Shan Shiyuan, 1997, pp. 452-453. <<

[840] Gao Shu, p. 130. <<

[841] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 27, núm. 824. <<

[842] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2003, vol. 8, p. 586; Conger, pp. 215-216. <<

[843] Conger, p. 217. <<

[844] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.301. <<

[845] Conger, pp. 217-223. <<

[846] Townley, pp. 80-81, 100-102; Headland, p. 100. <<

[847] Der Ling, 2004, p. 286. <<

[848] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.303. <<

[849] Carl, p. 232. <<

[850] Diario de Sarah Conger, the Jewell Collection, Museo de Bellas Artes, Boston, 19 de marzo de 1904, 14-15 de junio de 1904; Conger, p. 315; Carl, p. 209; Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2005, vol. 2, p. 1.261; Rongling, p. 23; Der Ling, 2004, p. 148. <<

[851] Diario de Sarah Conger, the Jewell Collection, Museo de Bellas Artes, Boston, 1902-1904, *passim*; Conger, p. 223 y ss. <<

[852] Conger, pp. 236, 290. <<

[853] Conger, pp. 226-229. <<

[854] Headland, p. 206. <<

[855] Conger, p. 232 y ss. <<

[856] Conger, p. 236 y ss. <<

[857] *Boston Daily Globe*, 1 de enero 1905. <<

[858] *Chicago Daily Tribune*, 23 de octubre 1904. <<

[859] *Chicago Daily Tribune*, 23 de octubre 1904. <<

[860] Conger, pp. 352-353. <<

[861] Entrevista con Sarah Conger, en *The Washington Post*, 17 de noviembre 1908. <<

[862] Headland, p. 32. <<

[863] Carl. <<



[864] *The New York Times*, 19 de febrero 1905; *The Washington Post*, 19 de febrero 1905. <<

[865] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, pp. 1.200, 1.328; Zheng Xiaoxu, vol. 1, p. 505. <<

[866] Hart, *Journals, 1863-1866*, p. 363. <<

[867] *Ibíd*. <<

[868] Zheng Xiaoxu, vol. 1, p. 505; Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, pp. 1.200, 1.328.
<<

[869] *The New York Times*, 9 de noviembre 1902. <<

[870] *Boston Globe*, 26 de octubre 1902. <<

[871] *Boston Daily Globe*, 29 de abril 1901. <<

[872] *Boston Globe*, 26 de octubre 1902; *Chicago Daily*, 17 de octubre 1902; *Chicago Daily Tribune*, 2 de noviembre 1902; *Atlanta Constitution*, 21 de junio 1908. <<

[873] *The New York Times*, 9 de noviembre 1902; Der Ling, 1948. <<

[874] Rongling, p. 11. <<

[875] *Ibíd*. <<

[876] Rongling, pp. 32-35. <<

[877] Shen Xuefeng, 2002, núm. 1. <<

[878] Headland, p. 231. <<

[879] Conger, p. 254. <<

[880] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 27, núm. 960. <<

[881] Xia Xiaohong, pp. 228-251; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, pp. 5.627, 5.637-5.638; Zhang Hailin, p. 344; Shu Xincheng (ed.), p. 4. <<

[882] Zhang Hailin, p. 559. <<

[883] Zhang Hailin, pp. 354-355. <<

[884] Fang Hanqi *et al.*, pp. 66-68. <<

[885] Zhao Guangjun. <<

[886] Headland, p. 225. <<

[887] Jin Yi, p. 79. <<

[888] Conger, p. 336. <<

[889] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2005, vol. 2, p. 1.367; Morse, vol. 3, p. 416. <<

[890] Zhang Zhidong, vol. 2, pp. 1.430-1.431; vol. 3, pp. 1.593-1.594; Shu Xincheng (ed.), pp. 231-235; Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2004, pp. 308-313; Kong Xiangji, 1998, p. 76. <<

[891] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2008, vol. 2, p. 1.526; Yang Tianshi, p. 262. <<

[892] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The 1911 Revolution*, vol. 1, p. 331 y ss.; Huang Hu, p. 89. <<

[893] Fang Hanqi *et al.*, p. 21; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The 1911 Revolution*, vol. 1, p. 481. <<

[894] Huang Hu, pp. 85, 89. <<

[895] Fang Hanqi *et al.*, pp. 42-44. <<

[896] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 28, núm. 402. <<

[897] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 31, núm. 192. <<

[898] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 31, núm. 197; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, pp. 5.328-5.332, 5.342-5.343, 5.356-5.359. <<

[899] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 29, núms. 314, 1294; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, pp. 5.015-5.016, 5.091, 5.122-5.123; Sun Yutang (ed.), vol. 2, núm. 1, pág. 637 y ss. <<

[900] Sun Yutang (ed.), vol. 2, núm. 1, pp. 640-642. <<

[901] Zhu Shoupeng (ed.), pp. 5.015-5.016. <<

[902] Lin Keguang *et al.*, p. 362. <<

[903] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, p. 5.593. <<

[904] Song Yanli. <<

[905] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, pp. 5.593-5.596. <<

[906] Morse, vol. 3, p. 437. <<

[907] Morse, vol. 3, pp. 437-439. <<

[908] Dan; Rongling, pp. 16-17. <<

[909] *The New York Times*, 17 de diciembre 1905. <<

[910] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, pp. 1.304-1.305. <<

[911] Lin Jing, p. 25. <<

[912] *Los Angeles Times*, 13 de noviembre 1904; Natong, vol. 1, pp. 518-519, 535, 539, 547. <<

[913] *The Washington Post*, 26 de febrero 1905; *Atlanta Constitution*, 26 de febrero 1905. <<

[914] El nombre del laboratorio (Fung Tai Photographer) estaba escrito en los marcos, en los archivos de la Freer Gallery, Washington; Cheng Jihua *et al.* (eds), vol. 1, pp. 13-14; www.china.com.cn/chinese/2005/dybn/1052350.htm <<

[915] Xu Baoheng, vol. 1, p. 141; Ding Ruqin, pp. 245-246, 255. <<

[916] Cheng Jihua *et al*. (eds.), vol. 1, p. 14. <<

[917] Cheng Jihua *et al*. (eds), vol. 1, p. 10. <<

[918] Kecskes. <<

[919] *Shi-bao*, cuarto día del decimosegundo mes lunar, 1905, Biblioteca del Instituto de Historia Moderna, Academia China de Ciencias Sociales, Pekín. <<

[920] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2011, p. 270. <<

[921] Buck, Foreword. <<

[922] Xu Baoheng, vol. 1, p. 152. <<

[923] Conger, p. 319. <<

[924] Kong Xiangji y Murata Yujiro, 2011, p. 276. <<

[925] Headland, p. 98. <<

[926] Conger, p. 221. <<

[927] Rongling, p. 39. <<

[928] Du Zhongjun, p. 432. <<

[929] Rongling, p. 38. <<

[930] Rongling, p. 13. <<

[931] Roosevelt Longworth, p. 100. <<

[932] Roosevelt Longworth, pp. 99-100. <<

[933] Rongling, p. 42. <<

[934] Rongling, p. 42; Carl, pp. 290-291. <<

[935] Sheng Xuanhuai, vol. 2, p. 653. <<

[936] Der Ling, 2004, p. 277. <<

[937] Fang Hanqi *et al.*, pp. 31-32. <<

[938] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 1, p. 1. <<

[939] Morse, vol. 3, p. 441. <<

[940] Dai Hongci, p. 314; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 31, núm. 722. <<

[941] Zaize, p. 685. <<

[942] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 1, pp. 43-44. <<

[943] Liang Qichao, 2008, p. 240. <<

[944] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 1, pp. 54-67. <<

[945] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 2, pp. 627-637. <<

[946] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 2, pp. 667-684. <<

[947] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 2, pp. 671-673. <<

[948] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 2, pp. 683-684. <<

[949] Kong Xiangji, 1998, p. 78. <<

[950] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vols. 1 y 2, *passim*. <<

[951] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 1, pp. 61-67. <<

[952] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 1, p. 68; Kong Xiangji, 1998, p. 79. <<

[953] Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979b, vol. 1, p. 68. <<

[954] Martin, 2005, pp. 197-199. <<

[955] Yun Yuding, en Kong Xiangji, 2001, p. 387. <<

[956] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2008, vol. 2, pp. 1.466-1.478. <<

[957] Por ejemplo Mao Haijian, 2005, pp. 186-209. <<

[958] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The 1911 Revolution*, vol. 2, pp. 501-522, 554-558; vol. 3, pp. 221-225, 272 y ss. <<



[959] Xu Zaiping y Xu Ruifang, p. 188; fotografía del testimonio en Museo del Palacio (ed.) 2002, vol. 11, p. 179. <<

[960] Xu Zaiping y Xu Ruifang, pp. 191-199; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The 1911 Revolution*, vol. 3, pp. 37-46, 92-97, 187-214; Xia Xiaohong, pp. 289-302; Fu Guoyong. <<

[961] Cfr. Xu Zaiping y Xu Ruifang, pp. 191-199; Xia Xiaohong, p. 294; Zhejiang, 1911 Revolution Study Association y Biblioteca Provincial de Zhejiang (eds.), p. 393. <<

[962] Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The 1911 Revolution*, vol. 3, pp. 187-214. <<

[963] *The New York Times*, 16 de noviembre 1908. <<

[964] Toten Miyazaki/3/, pp. 220, 223. <<

[965] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 29, núm. 697. <<

[966] Kong Xiangji, 1998, p. 58. <<

[967] Fang Hanqi *et al.*, p. 45. <<

[968] Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, pp. 1.374-1.345; Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The 1911 Revolution*, vol. 1, pp. 432, 478. <<

[969] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, pp. 5.329-5.332. <<

[970] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, p. 5.191. <<

[971] Li Yongsheng. <<

[972] Liang Qichao, 2008, p. 224; Li Yongsheng. (Cfr. Jin Liang, 1998, p. 20). <<

[973] Liang Qichao, 2008, pp. 206, 225, 241; Sang Bing, pp. 338-340; Kong Xiangji, 1998, pp. 68-71; Li Yongsheng. <<

[974] Freeman-Mitford, pp. 193, 198. <<

[975] Li Yongsheng. <<

[976] Der Ling, 2004, pp. 234-235. <<

[977] Witte, pp. 107-109. <<

[978] Carl, pp. 207-208; Der Ling, 2004, p. 269. <<

[979] Fang Hanqi *et al.*, pp. 15-16. <<

[980] Sun Ruiqin (tr.), vol. 3, pp. 28, 35. <<

[981] Cockburn. <<

[982] Sun Ruiqin (tr.), vol. 3, 39; cfr. Rohl. <<

[983] La entrevista del káiser con el doctor William Hale, 19 Julio, 1908, en Rohl, Apéndice 2, pp. 345-347. <<

[984] Sun Ruiqin (tr.), vol. 3, pp. 38, 48; la entrevista del káiser con el doctor William Hale, 19 de julio 1908, en Rohl, Apéndice 2, p. 347. <<

[985] Sun Ruiqin (tr.), vol. 3, pp. 44-49. <<

[986] *The New York Times*, 27 de octubre 1909. <<

[987] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, p. 5.713; Kong Xiangji, 2008, p. 197. <<

[988] Cen Chunxuan, Yun Yuding *et al.*, pp. 12-13; Yun Yuding, vol. 1, pp. 351-352; Zheng Xiaoxu, vol. 2, p. 1.100; Kong Xiangji, 2001, pp. 219-26; Kong Xiangji, 2008, pp. 195-197; Sang Bing, pp. 266-270; Yang Tianshi, p. 178; Hu Sijing, p. 24; Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, p. 5.713. <<

[989] Roosevelt Longworth, p. 102. <<

[990] Sato, pp. 363-364. <<

[991] Yang Tianshi, p. 173; Sun Ruiqin (tr.), vol. 3, p. 28; Sato, p. 48. <<

[992] Wang Yanwei (ed.), vol. 4, pp. 4.233-4.245; Rockhill, p. 53. <<

[993] Liang Qichao, 2008, p. 293; Pujia, Pujie *et al.*, pp. 81, 88, 100, 304-315; Comité de Restos Culturales de Shanghái (ed.), p. 158; Jin Liang, 1998, p. 24; Kamisaka, pp. 202-203, 214. <<

[994] Kong Xiangji, 1998, pp. 54-55. <<

[995] Jin Liang, 1998, p. 24. <<

[996] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, p. 5.147. <<

[997] Liang Qichao, 2008, p. 293. <<

[998] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, p. 5.681. <<

[999] Zhang Kaiyuan, p. 328. <<

[1000] Wang Zhao, p. 108. <<

[1001] Xu Baoheng, vol. 1, p. 183. <<

[1002] Liu Ruoyan; Wang Daocheng, en Lin Keguang *et al.*, pp. 484-487; Museo del Palacio (ed.) 1932, vol. 73-74, núm. 5.474. <<

[1003] Ma Zhongwen, 2006, núm. 5; Xu Baoheng, vol. 1, p. 190. <<

[1004] Zhu Jinfu y Zhou Wenquan, 1985, núm. 1. <<

[1005] Museo del Palacio (ed.) 1932, vols. 73-74, núm. 5.472 y ss. <<

[1006] Museo del Palacio (ed.) 1932, vols. 73-74, núms. 5.506-5.507. <<

[1007] Museo del Palacio (ed.) 1932, vols. 73-74, núms. 5.504-5.505. <<

[1008] Xu Baoheng, vol. 1, p. 193. <<

[1009] Ding Ruqin, pp. 273-276. <<

[1010] Zhu Jinfu y Zhou Wenquan, 1982, núm. 3; Xu Baoheng, vol. 1, p. 186. <<

[1011] Headland, pp. 165-168. <<

[1012] Gao Shu, p. 154. <<

[1013] Rongling, pp. 10-11, 21-22, 31, 41. <<

[1014] Zhu Jinfu y Zhou Wenquan, 1.985, núm. 1; Xu Baoheng, vol. 1, p. 197. <<



[1015] Primeros Archivos Históricos de China y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds.), p. 8. <<



[1016] Primeros Archivos Históricos de China y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds.), p. 18. <<

[1017] Tibet Justice Center, www.tibetjustice.org/materials/treaties/treaties10.html. <<

[1018] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 30, núm. 609. <<

[1019] Zhu Shoupeng (ed.), vol. 5, pp. 5.234-5.235; Zhang Xiaohui y Su Yuan, pp. 48-49. <<

[1020] Primeros Archivos Históricos de China y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds.), p. 82 y ss.; cfr. Hart, *Letters, 1868-1907*, vol. 2, p. 1.432. <<

[1021] Primeros Archivos Históricos de China y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds.), p. 118 y ss. <<

[1022] Guo Weiping; Talo (Draklo). <<



[1023] Primeros Archivos Históricos de China y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds)., pp. 156-160. <<



[1024] Primeros Archivos Históricos de China y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds.), p. 169; Xu Baoheng, p. 214. <<

[1025] Tsewang Dorje, p. 66; Xu Baoheng, vol. 1, pp. 201, 214, 217. <<



[1026] Primeros Archivos Históricos de China y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds.), p. 169. <<

[1027] Xu Baoheng, vol. 1, pp. 205-207; Primeros Archivos Históricos de China y Centro de Estudios Tibetanos en China (eds), pp. 151-153. <<

[1028] Rongqing, pp. 140-141; Zhu Jinfu y Zhou Wenquan, 1985, núm. 1. <<

[1029] Xu Baoheng, vol. 1, p. 217. <<



[1030] Dai Yi; hallazgos del examen forense en *Qingshi yanjiu (Estudios de Historia Qing*), 2008, núm. 4. <<

[1031] Xin Xiuming, p. 34; Yun Yuding, vol. 1, p. 405. <<

[1032] Du Zhongjun, p. 435. <<

[1033] Lu Chuanlin, 1994, núm. 3; Xu Baoheng, vol. 1, pp. 217-218. <<

[1034] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 34, núms. 922-923. <<

[1035] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 34, núm. 935. <<

[1036] Headland, pp. 175-176. <<

[1037] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 34, núm. 936. <<

[1038] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 34, núms. 926-945; Xu Baoheng, vol. 1, p. 218. <<

[1039] Xu Baoheng, vol. 1, p. 218. <<

[1040] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 34, núm. 951. <<

[1041] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 34, núm. 946. <<

[1042] Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 34, núm. 938. <<

[1043] Headland, p. 202. <<

[1044] Headland, pp. 202-203. <<

[1045] Lu Chuanlin, 1994, núm. 3. <<

[1046] Xin Xiuming, p. 97. <<

[1047] Pujia, Pujie *et al.*, p. 83. <<

[1048] Xu Baoheng, vol. 1, p. 381. <<

[1049] Xu Baoheng, vol. 1, pp. 385-386. <<

[1050] Primeros Archivos Históricos de China (ed.) 2001, p. 234. <<

[1051] Yu Bingkun *et al.*, p. 287. <<

[1052] Yu Bingkun *et al.*, pp. 288-291. <<

[1053] Aisin-Gioro Puyi, pp. 230-231. <<

[1054] Buck, Prefacio. <<

[1055] *Ibíd*. <<

Notas aclaratorias

[1] Existe la hipótesis de que se llamaba Lan, que significa «magnolia» u «orquídea». (El profesor Wang defendió con argumentos convincentes que Lan no era el nombre de soltera de Cixí: Wang Daocheng, 1984, pp. 216-218. También: Yehenala Genzheng y Hao Xiaohui, 2007, p. 13). En realidad, ese fue el nombre que le asignaron cuando llegó a la corte. Sus descendientes sugieren que se llamaba Xing, «almendra», que se pronuncia igual que el carácter que denota «buena suerte». <<

[2] A los han que habían pertenecido al ejército manchú en Manchuria se los consideraba manchúes. <<

[3] Las «sobras» no se desperdiciaban. Un emperador anterior había dictaminado que se dieran a los criados, y las sobras de estos a los gatos y los perros. Y ni siquiera se tiraban los últimos restos: había que secarlos y convertirlos en alimento para pájaros. (Jim Liang, 1933, p. 27). <<

[4] A veces se dice que Cixí ayudaba a su marido a leer informes oficiales y escribir instrucciones, pero no existen pruebas de ello. <<

[5] Esto es lo que relatan los archivos chinos. Algunos opinan que lord Macartney no llevó a cabo el ritual. Pero el emperador Qianlong declaró específicamente a la corte que iba a recibir a lord Macartney «ahora que ha aceptado seguir las normas de esta Dinastía Celestial» al respecto. Para leer otros argumentos que sugieren que lord Macartney accedió al odiado gesto de «arrodillarse tres veces y dar nueves golpes de cabeza», véase Rockhill, pág. 31. <<

[6] No se encuentra en los Archivos Reales de Windsor, ni existen indicios de que la carta llegara a Londres. Sin embargo, sí apareció en la prensa inglesa de la época en Cantón, *The Canton Press* y el número de febrero de 1840 de Chinese Repository, una publicación dirigida a los misioneros protestantes. <<

[7] Exigir una indemnización no era habitual en Europa por aquel entonces. Posteriormente, tratando de defenderse de las críticas, Palmerston dijo al Parlamento que «lo que pidió el pasado Gobierno fue una satisfacción por el daño al honor del país, y que una de las formas de obtener esa satisfacción era la retribución por el opio arrebatado de esa manera». Que China pagara «los gastos de la guerra», reconoció Palmerston, era «desde luego inusual en las guerras europeas» pero, «para que los chinos comprendieran la dimensión de la ofensa que habían cometido y sintieran en toda su medida el ejercicio del poder de Gran Bretaña en la reparación de su honor, se pensó oportuno y apropiado obligarles a pagar los costes de la guerra, además de compensar a las partes perjudicadas». (Ridley, p. 259; Hansard, 4 de agosto de 1843). <<

[8] Los hijos primero, segundo y tercero habían muerto, y el séptimo (el príncipe Chun, que se casaría con la hermana de Cixí), el octavo y el noveno eran demasiado jóvenes. En cuanto al quinto hijo, su padre se lo había dado a un hermano (fallecido) como hijo adoptivo, por lo que había perdido sus derechos de sucesión. <<

[9] Una explicación frecuente de por qué el emperador Daoguang escogió como heredero al cuarto hijo es que un día descubrió que el joven era incapaz de herir a ningún animal en primavera por si era una hembra preñada. Es pura sensiblería. <<

[10] Personaje simbólico que encarna el espíritu y las mejores cualidades del Reino Unido y, en concreto, de Inglaterra. [N. de la T.] <<

[11] De acuerdo con el método tradicional para calcular la edad, que empieza a contar a partir de un año. <<

[12] Posteriormente, se demostró que Backhouse era un falsificador literario. En este caso, al parecer, falsificó cinco fragmentos sobre Cixí y los insertó en un famoso diario publicado por un funcionario de Pekín llamado Wu Kedu. Como Backhouse publicó su biografía antes en inglés, los cinco fragmentos falsos se fundieron con la traducción del diario que estaba citando. Cuando, después, se tradujo su libro al chino, los fragmentos falsos, «blanqueados», pasaron a formar parte del diario. La falsificación ha confundido siempre a los historiadores, porque las ediciones del diario que existen en China no contienen esas referencias a Cixí. En ellas, los residentes en Pekín aparecen pendientes de cada palabra de Cixí sobre la suerte del imperio. Tal vez fuera así cuando Backhouse estuvo en China decenios más tarde, pero no en 1860, cuando ella no era más que una concubina imperial y, por tanto, inexistente para la población. <<

(13) Para no confundir a los lectores, este libro seguirá llamando emperatriz Zhen a la emperatriz viuda Ci’an. <<

[14] Se suele pensar que el emperador Xianfeng había tenido la intención de que la emperatriz Zhen y Cixí utilizasen los sellos como contrapeso al Consejo de Regentes. No existen pruebas de ello. En realidad, solo dejó el poder en manos de los ocho hombres. Y es improbable que quisiera que las dos mujeres gozasen de poder político. <<

[15] La interpretación más común es que el nombre real se refería al «gobierno conjunto» de las dos emperatrices viudas, porque la palabra *tongzhi* significa eso en chino moderno. No es así. Su «gobierno conjunto» era un acuerdo temporal por el que se sintieron obligadas a disculparse. En realidad, el nombre procede de una enseñanza de Confucio: «Hay muchas formas de ser un buen gobierno, y todas se pueden resumir en orden y prosperidad; hay muchas formas de ser un mal gobierno, y todas se pueden resumir en caos y tumulto». <<

[16] Decenios más tarde, en 1915, cuando el general Yuan Shikai se designó a sí mismo nuevo emperador, ordenó que movieran el trono para alejarlo de la bola, al parecer por miedo a que el artilugio pudiera caerle encima. (Lin Keguang *et. al*., p. 16). <<

[17] Wade era un destacado sinólogo, pionero en el sistema de romanización de la lengua china, posteriormente denominado Wade-Giles, que fue durante gran parte del siglo XX la herramienta habitual para que los no nativos aprendieran chino, además de una gran ayuda para que los chinos aprendieran su propio idioma. El nombre de la autora, Jung Chang, sigue la ortografía marcada por el sistema Wade-Giles. <<

[18] En Trafalgar Square de Londres se erigió una estatua de Gordon que luego se trasladó al Victoria Embankment. En 1848, Winston Churchill propuso en el Parlamento que se devolviera la estatua a su lugar original y dijo que Gordon era «un modelo de héroe cristiano» y que «su nombre va asociado a muchos ideales valiosos». <<

(19) En los lugares no destruidos u ocupados por los rebeldes, la recuperación fue instantánea. Ya a mitad de la década de 1860, el agregado inglés, Freeman-Mitford, observó: «La prosperidad de Cantón es evidente y muy impresionante». (Freenan-Mitford, p. 29). <<

[20] Al principio, Hart no fue consciente de la ofensa que había causado su memorándum y, pensando que podía obligar al Gobierno de Cixí a emprender la industrialización, había estampado un «¡Hurra!» en su diario después de enviarlo. Pero luego se dio cuenta de que sus anfitriones le trataban con reserva durante otra visita al Ministerio de Exteriores para tratar de introducir los telégrafos y el ferrocarril. Escribió en su diario que los chinos «podrían pensar que estoy a sueldo de los extranjeros y no de ellos», y les dijo que «no debería volver a referirme a los asuntos de los que había hablado». <<

[21] Las palabras de Hsü sobre Washington están grabadas en una piedra conmemorativa en el Monumento a Washington en Washington D. C. <<

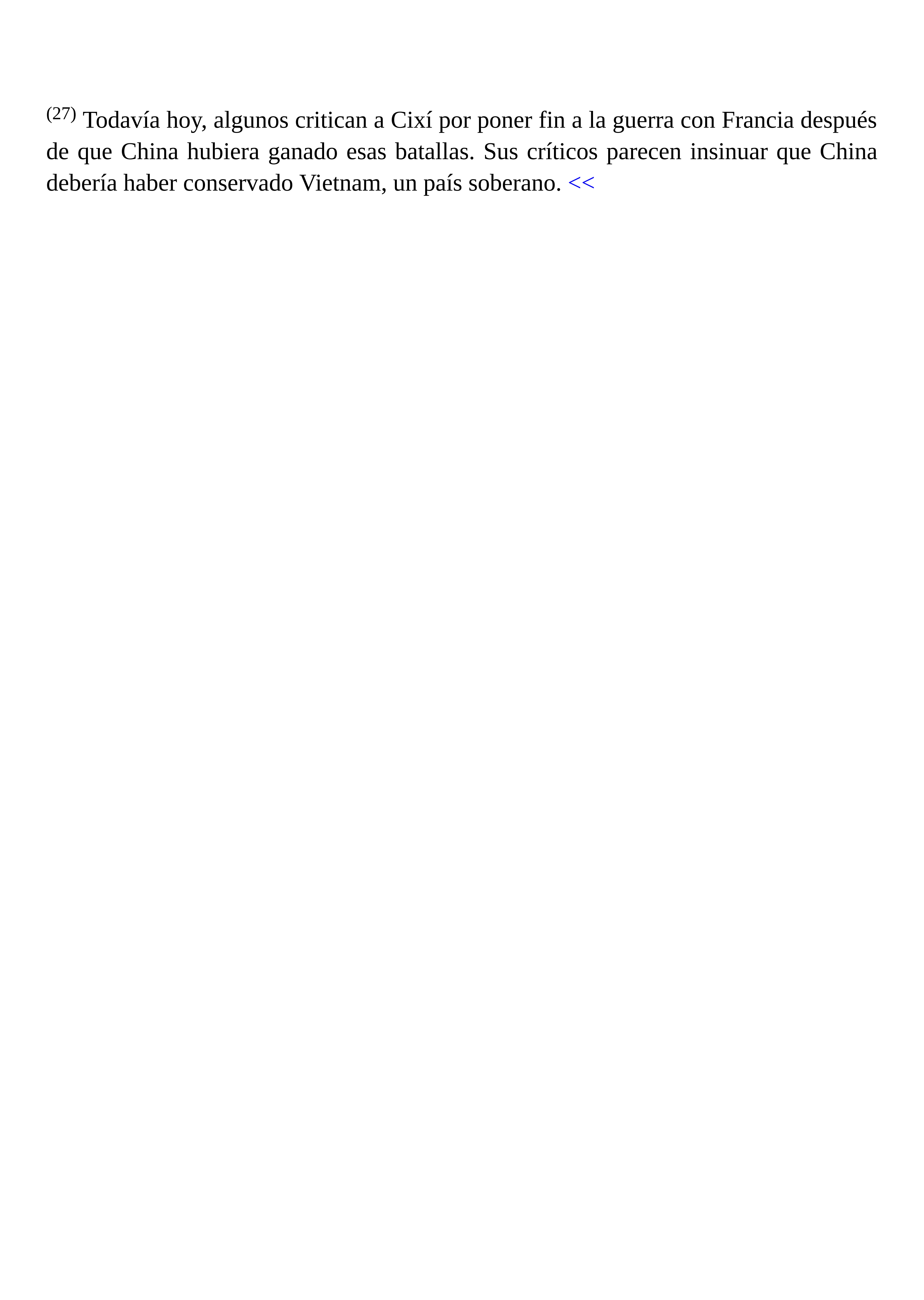
[22] Artículo V: «Los Estados Unidos de América y el Emperador de China reconocen cordialmente el derecho intrínseco e inalienable del hombre a cambiar de hogar y de lealtad, así como las ventajas mutuas de la libre migración y emigración de sus ciudadanos y súbditos de un país a otro, por motivos de curiosidad, comercio o como residentes permanentes. Las altas partes contratantes, por tanto, reprueban todo lo que no sea una emigración totalmente voluntaria con esos fines. Y, por consiguiente, acuerdan aprobar unas leyes que consideren delito penal que un ciudadano de Estados Unidos o de China lleve a súbditos chinos a Estados Unidos o cualquier otro país, o que un súbdito chino o un ciudadano de Estados Unidos lleve a ciudadanos de Estados Unidos a China o cualquier otro país, sin su respectivo consentimiento libre y voluntario». <<

[23] Una concubina del abuelo materno de la autora se suicidó ingiriendo opio tras morir él, a principios de la década de 1930, cuando todavía se consideraba una muestra suprema de lealtad conyugal, y colocaron una placa en su honor. <<

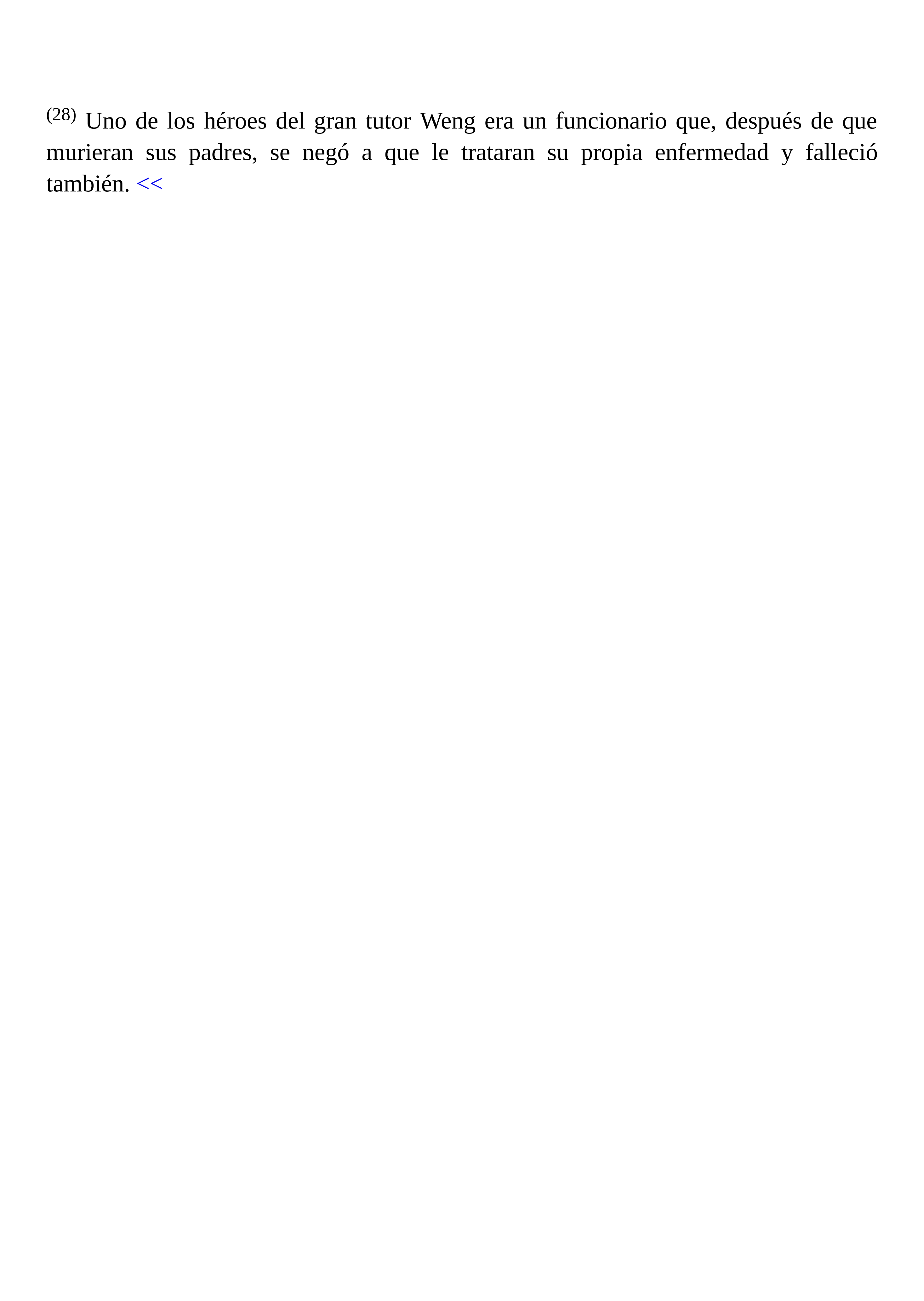
[24] La apertura de estos nuevos puertos se incluyó en el mismo convenio (el Convenio de Chefoo) que el acuerdo sobre el asesinato del señor Margary, miembro de la legación británica, en Yunán. Pero los británicos no lo exigieron ni amenazaron con emplear la fuerza. <<

[25] China pagó a Rusia por mantener Ili lejos de los rebeldes y permitir que continuara el comercio. El pago no era una indemnización de guerra, aunque los libros de historia chinos emplean el mismo término, *pei-kuan*, y los tratan como si fueran la misma cosa. <<

[26] Según el sistema chino. <<



[27] Todavía hoy, algunos critican a Cixí por poner fin a la guerra con Francia después de que China hubiera ganado esas batallas. Sus críticos parecen insinuar que China debería haber conservado Vietnam, un país soberano. <<



[28] Uno de los héroes del gran tutor Weng era un funcionario que, después de que murieran sus padres, se negó a que le trataran su propia enfermedad y falleció también. <<



[29] Después de hacer emperador al hijo de su hermana, Cixí quería hacer emperatriz a la hija de su hermano. El matrimonio entre primos hermanos era una práctica común. <<

[30] Las tropas que se quedaron en Corea estaban bajo el mando de un tal comandante Wu Changqing, que, al parecer, consiguió mantener una estricta disciplina entre sus hombres, lo cual le granjeó la buena voluntad de los coreanos. En 1884 cayó enfermo y regresó a China. Cuando parecía que no había nada capaz de curarle, su hijo adolescente se cortó dos rebanadas de carne de su propio pecho, cerca del corazón, y los cocinó junto con la medicina, en un intento desesperado e inútil de que semejante muestra de amor y sacrificio conmoviera al Cielo y reviviera a su padre. La idea del hijo procedía de las parábolas confucianas. (Li Hongzhang, vol. 10, pp. 497-498). <<

[31] Según el método de cálculo chino. <<

(32) Se consideraba que el nueve era el número más propicio porque es el más alto de una sola cifra y se pronuncia igual que la palabra que significa «duradero», *jiu*. <<

[33] El único objetivo con sustancia anunciado públicamente fue tratar de convencer a las potencias occidentales de que aceptaran un arancel aduanero más elevado. Aunque las potencias, en general, estaban de acuerdo en que lo que se pedía era justo, no se tomó ninguna medida y los aranceles siguieron siendo los mismos por el momento. (Morse, vol. 3, pp. 103-104; Sun Ruiqin (tr.), vol. 1, p. 116). <<

[34] Por eso existe hoy la cerveza Qingdao, que empezaron a producir cerveceros alemanes. <<

[35] Los historiadores suelen situar la denuncia de Yuan mucho más tarde, después de que viera al emperador por tercera vez. Pero no pudo ser así. Cixí habría interpretado cualquier retraso por su parte, en una cuestión de vida o muerte para ella, como una muestra de vacilación y deslealtad. Nunca habría vuelto a confiar en él. Lo cierto es que, a partir de entonces, el general Yuan gozó de la confianza sin reservas de Cixí y tuvo un ascenso meteórico. <<



(36) En los libros de historia habituales no se deja constancia de este factor y se presenta la idea de nombrar a Ito como una medida digna de elogio que habría beneficiado a China. <<

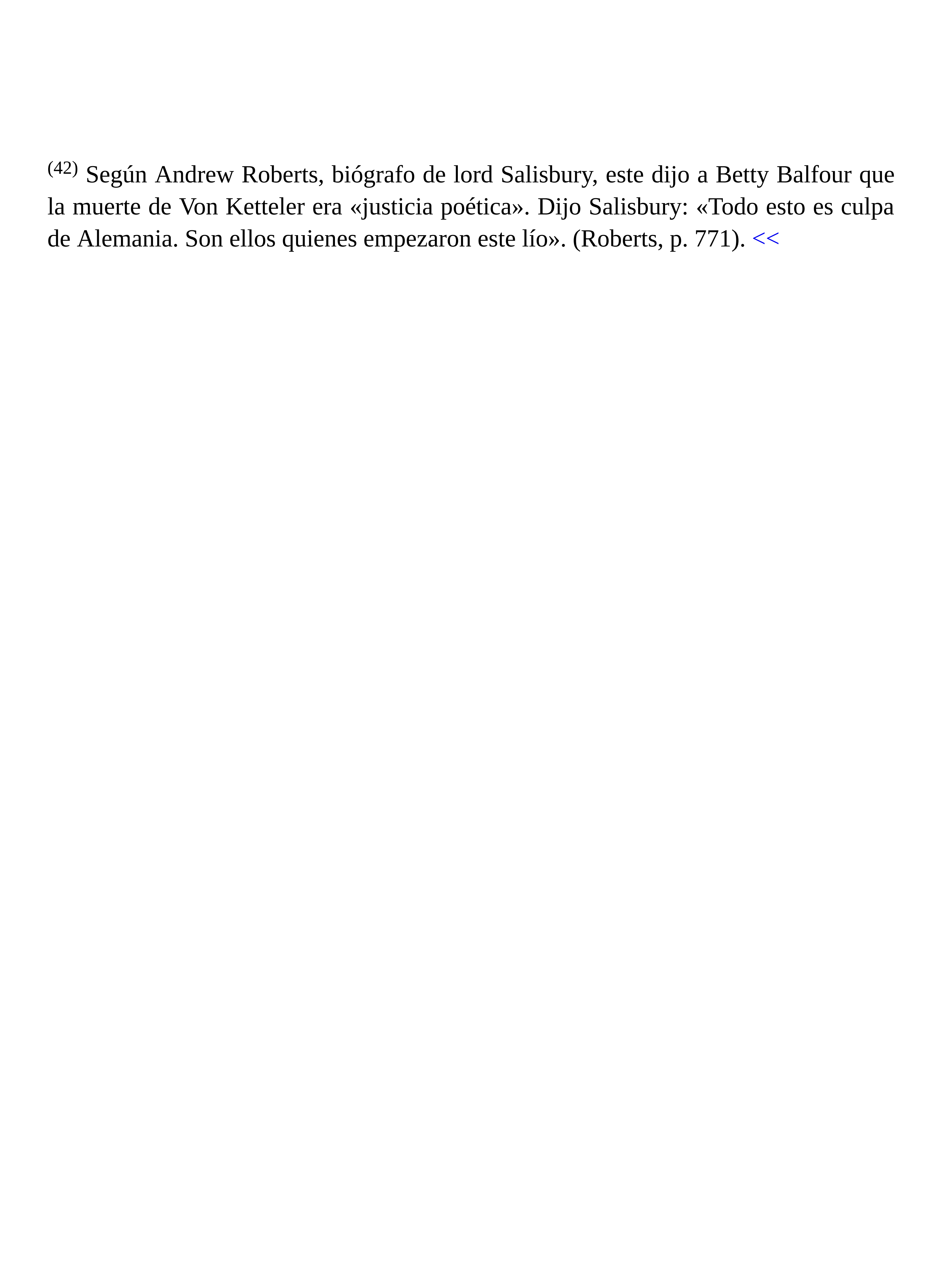
[37] Antes de marcharse, sir Yinhuan envió un mensaje a los rusos en el que pedía 15.000 taeles más de los sobornos que le habían ofrecido. Sus guardias durante el viaje le atormentaron de forma implacable y le dijeron que, sin el dinero, «no podremos cambiar nuestras caras del invierno helador a una brisa primaveral y acariciadora». Los rusos se lo concedieron, aunque para entonces ya no les era de ninguna utilidad. Calcularon que quienes en el futuro pretendieran obtener sobornos de ellos necesitaban ver que cumplían sus tratos. [Zhang (Chang) Yinhuan, p. 561; Zhang Rongchu (tr.), pp. 211-212]. <<

[38] A principios de 1898, el Ministerio de Castigos había condenado a muerte y ejecutado públicamente a otro eunuco, Kou Liancai. Su muerte no tuvo nada que ver con la conspiración. Había escrito una petición, pero el código Qing prohibía a los eunucos ejercer cualquier forma de participación política y castigaba a los infractores con la muerte. (Xin Xiuming, p. 33). <<

(39) El emperador Guangxu no era aficionado al lujo. Katharine Carl observó que «Su Majestad no era precisamente un epicuro. Comía deprisa y parecía que no le importaba el qué. Al terminar, se ponía de pie cerca de Su Majestad [Cixí] o paseaba por el salón del trono hasta que ella terminaba». <<

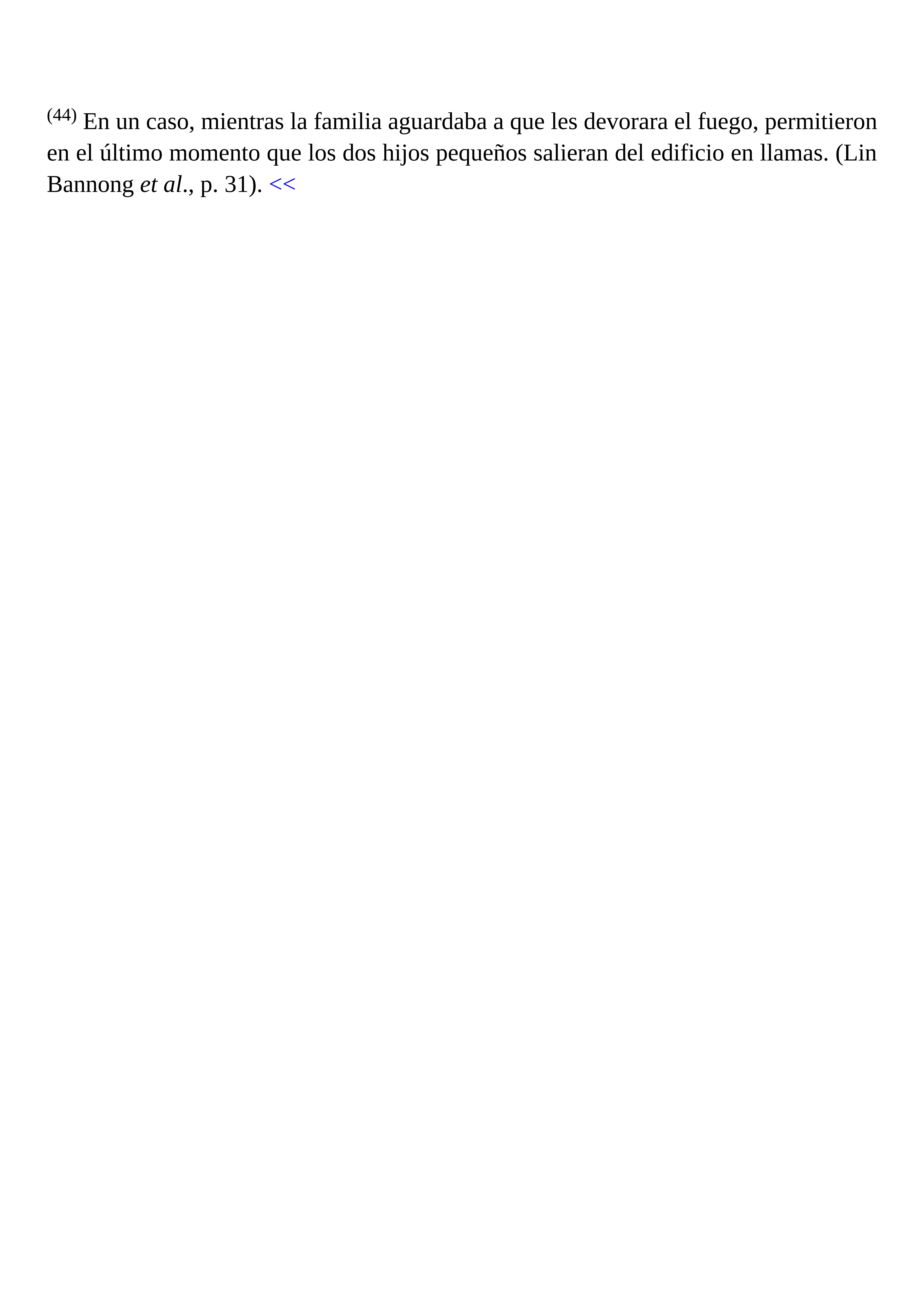
[40] Era una época en la que Italia estaba afirmándose como gran potencia marina y aseguraba con gran convicción que había inventado la brújula, cuando todo el mundo estaba de acuerdo en que se había inventado en China. En 1900 se erigió en Malfi una estatua del presunto inventor, Flavio Gioja (que, según las conclusiones de historiadores italianos, no existió). <<

[41] La ley federal, que revisaba el Tratado de Burlingame de 1868, se firmó en 1882. Se abolió en 1943. El 18 de junio de 2012, el Congreso de Estados Unidos aprobó una declaración oficial de «arrepentimiento» por la ley discriminatoria contra los chinos. <<



(42) Según Andrew Roberts, biógrafo de lord Salisbury, este dijo a Betty Balfour que la muerte de Von Ketteler era «justicia poética». Dijo Salisbury: «Todo esto es culpa de Alemania. Son ellos quienes empezaron este lío». (Roberts, p. 771). <<

[43] Katharine Carl observó, después de residir en el barrio de las legaciones: «Cuando vi la posición del barrio y en especial la de la legación británica, donde se congregaron todos los extranjeros al final […] me convencí de que, si no hubiera habido alguna fuerza de contención en sus propias filas, los chinos habrían podido aniquilar a los extranjeros en menos de una semana. La falta de puntería por su parte no habría podido más que retrasar durante un breve periodo un resultado inevitable. Si no hubiera existido algún poder que controlara a los chinos, no habría quedado ningún europeo vivo para contarlo: y estoy segura de que esa fuerza de contención procedía del emperador y la emperatriz viuda directamente». (Carl, p. 266). <<



(44) En un caso, mientras la familia aguardaba a que les devorara el fuego, permitieron en el último momento que los dos hijos pequeños salieran del edificio en llamas. (Lin Bannong *et al*., p. 31). <<

[45] La Biblioteca Imperial, que alberga numerosos libros de un valor incalculable, estaba situada junto a la legación británica, y los bóxers la quemaron durante el asedio cuando quisieron incendiar la legación. Pero los rumores responsabilizaron del fuego a los británicos, y un informe enviado a Cixí dio el rumor por bueno. Cuando se publicó la información en la *Gaceta de Pekín*, el embajador británico protestó y señaló que los occidentales sitiados en la legación habían combatido el fuego y tratado de salvar los libros. El hombre que había transmitido el rumor pidió disculpas —a Cixí y en público— por haberle dado informaciones engañosas. [Archivos de las Dinastías Ming y Qing (ed.) 1979a, vol. 2, pp. 1155-1156]. <<

[46] En los años treinta del siglo XX se escribió una obra de teatro sobre ella. La que pronto sería esposa de Mao, Jiang Qing, quería encarnar el papel, pero este fue a parar a otra actriz, Wang Ying. El resentimiento de *madame* Mao fue tan profundo y emponzoñado que se convirtió en uno de los factores de su venganza personal contra ella durante la Revolución Cultural 30 años después, que culminó en la muerte de la actriz en prisión. (Chang y Halliday, capítulo 56). <<

[47] Las reclamaciones de todos los países, formaran o no parte de las fuerzas aliadas, fueron las siguientes (en taeles, con una equivalencia de un tael por cada tres chelines ingleses o 0,742 dólares estadounidenses):

Rusia: 133.316.000

Alemania: 91.287.043

Francia: 75.779.250

Gran Bretaña: 51.664.029

Japón: 35.552.540

Estados Unidos: 34.072.500

Italia: 27.113.927

Bélgica: 8.607.750

Austria-Hungría: 3.979.520

Holanda: 800.000

España: 278.055

Suecia: 110.000

Portugal: ninguna reclamación

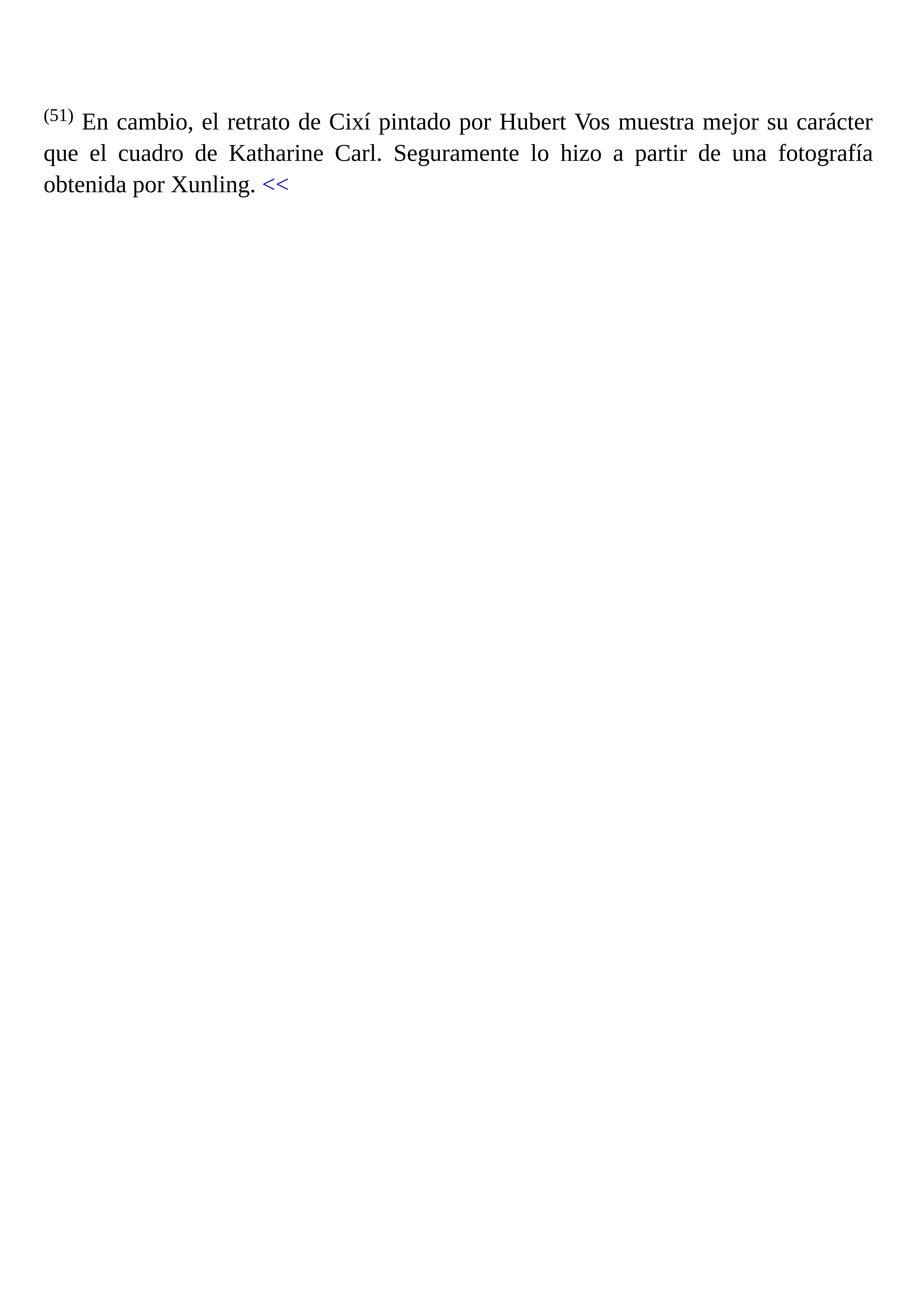
Total: 462.538.116 [sic]

(H. B. Morse, The International Relations of the Chinese Empire, vol. 3, pp. 352-352). <<

[48] Hart asumió también la responsabilidad de algunas de las aduanas internas, dirigidas por funcionarios que a menudo eran corruptos y se quedaban con parte de los impuestos que recaudaban. Según su descripción, «los antiguos ocupantes no tenían que pagar más que unas sumas simbólicas al tesoro y se embolsaban el resto. T'tsin, por ejemplo, recaudó más de *400.000* taeles y no remitió más que 90.000 al tesoro». (Hart, *Letters, 1868-1907,* vol. 2, p. 1.282; Morse, vol. 3, p. 351). <<

[49] La modernización también produjo desgarros. Quizá el mayor para muchos fue el desmantelamiento de los sólidos muros que rodeaban la ciudad «por motivos militares y de higiene». Tianjín fue la primera ciudad que se quedó sin murallas, y para la mayoría de la gente una ciudad no lo era sin esos muros ondulados, aunque también valoraban la comodidad y facilidad para moverse. <<

[50] Una opinión que luego cambió. «En retrospectiva, les echo de menos con frecuencia y pienso que me gustaría contar ahora con ellos. Eran las personas más limpias imaginables, y las más calladas en su servicio. ¡Nunca daban el menor problema y nunca pedían una tarde libre!». <<

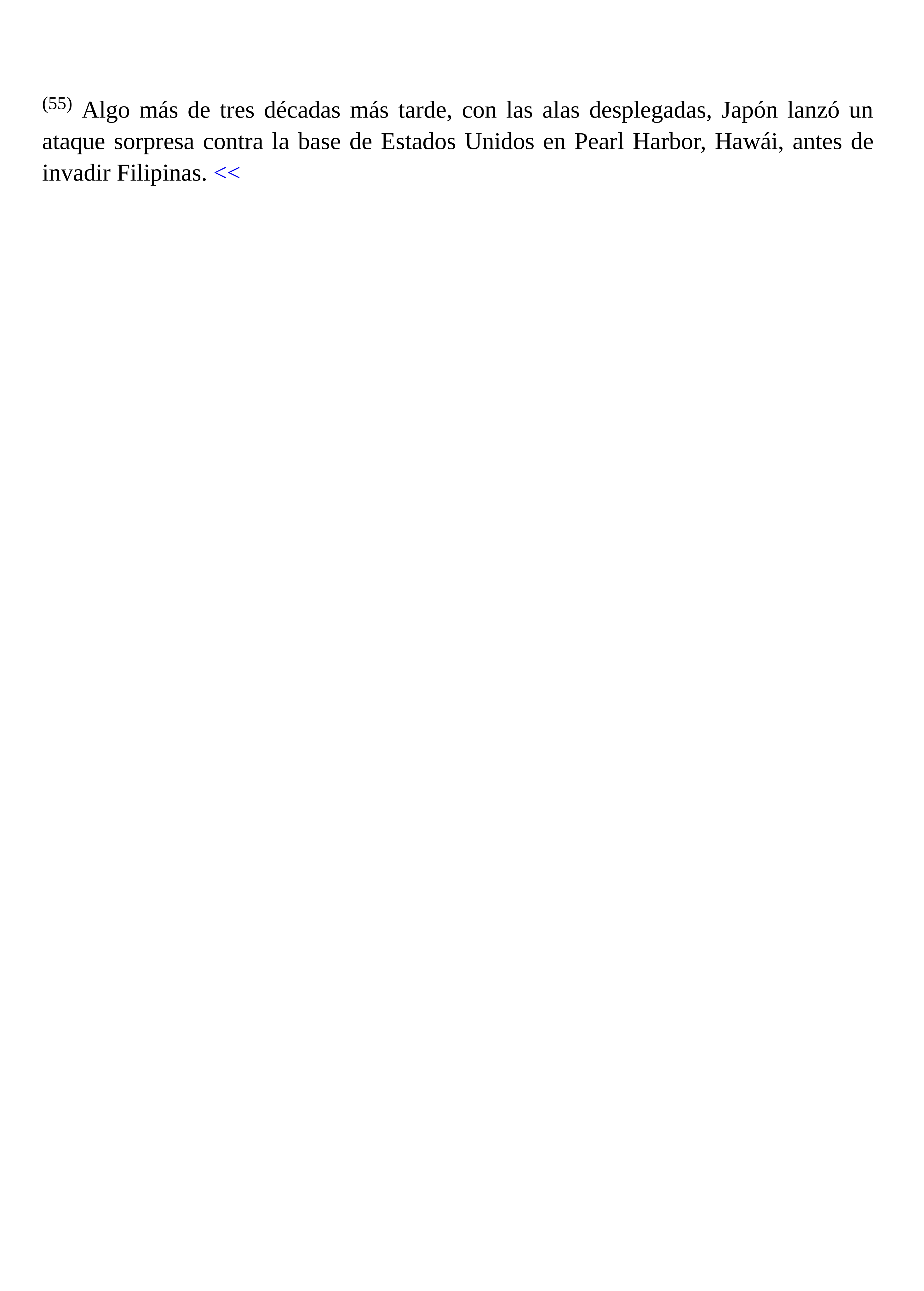


(51) En cambio, el retrato de Cixí pintado por Hubert Vos muestra mejor su carácter que el cuadro de Katharine Carl. Seguramente lo hizo a partir de una fotografía obtenida por Xunling. <<

[52] Se dice con frecuencia que Shen fue ejecutado por ser un periodista audaz. En realidad, no existen pruebas de que escribiera nada para ningún periódico ni otra publicación. Su relación con el periodismo se limitó a obtener un documento que suele denominarse «Tratado Secreto Chino-Ruso» y que se publicó en los periódicos japoneses. Se trataba de una lista de exigencias presentadas por Rusia a Pekín después de las turbulencias de los bóxers, a cambio de retirar sus tropas de Manchuria. Pekín nunca aceptó las demandas y no hubo ningún tratado, ni «secreto» ni no secreto (el único que sí existió fue el de 1896). Los japoneses querían publicar el documento para alimentar el fervor antirruso. Aun así, la entrega de este documento a Japón no fue el motivo de que se ejecutara a Shen. Su «crimen» fue el papel que desempeñó en la rebelión armada de 1900. Cixí quería que muriera cuanto antes porque sabía que había llegado a Pekín para llevar a cabo un nuevo intento de asesinato. [Asociación de Historiadores Chinos (ed.), *The 1911 Revolution*, vol. 1, pp. 286-307; Primeros Archivos Históricos de China (ed.), 1996, vol. 29, núm. 697; Kong Xiangji, 1998, pp. 54-57; Sang Bing, p. 335]. <<

[53] Der Ling describió después la escena con más detalle: el eunuco jefe Lianying aconsejó que se diera la impresión de que se había castigado al porteador, porque esa era la norma. «Después de estas palabras, se volvió hacia los encargados de dar los golpes (que acompañaban siempre con sus varas de bambú a la corte, por si surgían ocasiones así) y les dijo: “Dadle 80 golpes en la espalda”. La pobre víctima, que estaba de rodillas en el barro, oyó la orden. Los verdugos se lo llevaron a unos 90 metros de donde estábamos, le empujaron al suelo y empezaron a golpearle. No tardaron mucho en dar los 80 golpes y entonces, para mi sorpresa, el hombre se levantó, después de recibir el castigo, como si no le hubiera ocurrido nada. Estaba de lo más tranquilo». Era evidente que se habían limitado a cumplir las formalidades porque sabían que la emperatriz viuda no estaba enojada con él. Los eunucos que cometían errores cuyo castigo eran unos azotes no solían tener tanta suerte. Muchos se acostumbraron a llevar almohadillas de caucho en la espalda, por si acaso. <<

(54) La cursiva y las palabras entre corchetes figuran en las citas originales de los comentarios del káiser. El periodista escribió también que, durante la entrevista, «el rostro de Su Majestad enrojeció y él levantó el brazo, con el puño cerrado en aire *[sic*]. Con los dientes apretados y el rostro próximo al mío, exclamó». <<



(55) Algo más de tres décadas más tarde, con las alas desplegadas, Japón lanzó un ataque sorpresa contra la base de Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawái, antes de invadir Filipinas. <<



(56) El general Yuan era extravagante además de temible. Sus guardias, escogidos por su tamaño, llevaban uniformes con dibujo de piel de leopardo y parecían «tigres y osos», según los asombrados testigos. (Gao Shu, p. 158). <<

[57] Junglu murió en 1903. <<

[58] La historia de Puyí quedó inmortalizada en la película de Bernardo Bertolucci *El último emperador*. <<

[59] Wang Zhao intentó convencer al príncipe Su para que actuara sin más demora, pero el príncipe era precavido y quería esperar al momento adecuado. Dijo: «Las normas de nuestra dinastía son especialmente estrictas en lo que se refiere a nosotros, los príncipes. No podemos entrar en los palacios sin que nos llamen. Un paso equivocado y soy hombre muerto». Como Wang Zhao insistía en que se lanzara, respondió: «Esto no es una cosa que se pueda conseguir arriesgándose. Mira a qué te ha llevado arriesgarte, directamente a la cárcel del Ministerio de Castigos. ¿De qué sirvió?» <<



[60] Sun Yat-sen, que estaba de viaje por el extranjero, no fue el líder de las revueltas. Pero había sido el primer y más destacado impulsor del republicanismo y se le considera, con razón, el «padre» de la China republicana. <<

[61] El virrey Zhang Zhidong no estaba entre ellos; había fallecido en 1909. <<

Notas de la conversión

Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos.

/1/ Itō Hirobumi <<

/2/ Uchida Kōsai <<

/3/ Tōten Miyazaki <<